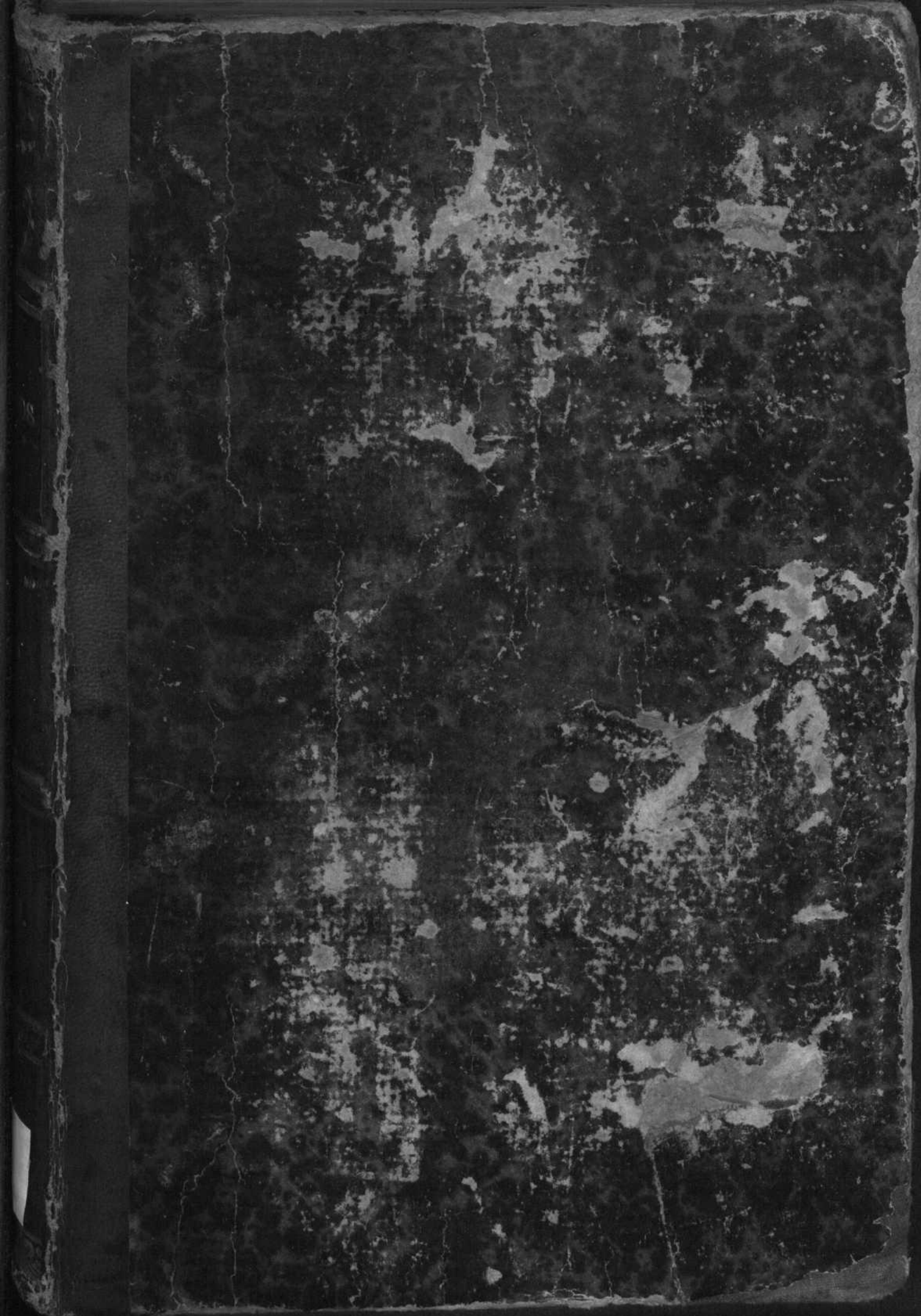




Valladolid y 4 de marzo de 1961

F. San Martín

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS

POR

A. DE LAMARTINE

NOVISIMA EDICION ESPAÑOLA

ILUSTRADA CON MULTITUD DE GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO
Y MAGNÍFICOS RETRATOS APARTE.

TOMO SEGUNDO

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.

1877

R. 40240

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS.

LIBRO VEINTITRES.

La Asamblea y el pueblo.—El poder en la casa de ayuntamiento.—Los jefes salen de sus retiros.—El Consejo del Comun, gérmen de la Convencion.—Aspecto de la Asamblea.—Los peticionarios en la barra.—Despojos de palacio llevados allí por los combatientes.—Suspension del poder ejecutivo.—Decrétase la Convencion.—Campamento al lado de París.—Reposicion de Roland, de Servan y de Claviere.—Danton ministro de Justicia.—Sus palabras en la casa de ayuntamiento.—París en la tarde del 10 de Agosto.—Santerre y Lafayette.—El rey y su familia duermen en los Fuldenses.—El pueblo pide nuevos asesinatos.—Danton difiere para más adelante las venganzas populares.—La familia real es conducida al Temple.

I

Volvamos á la Asamblea. Esta, no habiendo sabido adoptar el partido de la revolucion ni sostener la Constitucion, sufria en silencio todos los golpes que le venian de rechazo de la parte exterior, y parecia que no estaba en sesion permanente sino para aceptar los actos cometidos por el pueblo. ¡Actitud pasiva y degradada! ¡Justo castigo de un cuerpo soberano que temia á la república sin atreverse á resistirla, y que la deseaba sin osar decidirse á servirla! El pueblo, que conocia la debilidad de sus representantes, era entónces la verdadera república y el único que gobernaba; pero lo hacía á la manera que lo hace siempre; es decir, en medio del desórden y llevándolo todo á fuego y sangre. Unicamente conservaba hácia la Asamblea una apariencia de respeto legal, para hacer ver con esto que respetaba alguna cosa; pero él se habia apoderado de la dictadura desde el momento en que se habia armado. Los homenajes que afectaba rendir á la Representacion nacional, eran más bien unas órdenes dadas bajo la simulacion del respeto. El verdadero poder residia ya en la casa de ayuntamiento, en los comisionados del Comun. El pueblo lo habia conocido, y les prestaba su apoyo. El pueblo tiene siempre el sentimiento del derecho supremo, es decir, el de su propia conservacion. Los comisionados del Comun no eran ya sus representantes, sino el pueblo de París personificado en unos cuantos individuos. Así es que en cuanto se decidió la victoria de resultas de la retirada del rey á la Asamblea y del asalto de las Tullerías, todos los hombres que eran políticos y prudentes á la par, y que por lo mismo habian aguardado lo que decidiese el destino para declararse, volaron en seguida á la casa

de ayuntamiento, y se instalaron allí en nombre de su opinion en el verdadero Consejo de los soberanos de las circunstancias.

Robespierre, que trataba de conservar siempre, no su persona, sino su fortuna popular, y que se habia ocultado lo mismo de sus amigos que de sus enemigos, tanto durante la conjuracion como mientras duró el combate, compareció aquel mismo dia en el Consejo del Comun. Allí fué acogido por sus discípulos Huguenin, Sergent y Panis como el hombre de Estado de la crisis y el organizador de la victoria.

Danton, despues de haber tranquilizado á su mujer y besado á sus niños, fué á los Franciscanos á embriagarse con los aplausos de los conjurados de Charenton, y á imprimir en sus cómplices la actitud, el tono y la voluntad propios de aquel momento.

Hasta Marat salió del subterráneo en que estaba oculto hacia algunos dias. Al oir los gritos de victoria, se lanzó á la calle á la cabeza de unos cuantos de sus fanáticos y de una columna de federados de Brest, paseándose largo rato por los parajes más públicos con un sable desenvainado y coronado de laurel. No contento con esto, se hizo proclamar comisario de su seccion, en nombre de sus harapos, de sus calabozos y de su furor. Con aquellos mismos satélites se dirigió á la imprenta real, donde se apoderó de las prensas, que trasladó á su casa como parte que le correspondia en el botin á causa de su genio privilegiado.

Tallien, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes, Camilo Desmoulins, todos los jefes de los jacobinos y de los girondinos, todos los agitadores, todas las voces y todas las manos del pueblo, se precipitaron á la casa de ayuntamiento, é hicieron de un Consejo municipal el gobierno provisional de una nacion. A estos hombres se unieron luégo Fabre d'Eglantine, Osselin, Freron, Desforgues, Lenfant, Chenier y Legendre. Este Consejo provisional del Comun fué despues el gérmen de la Convencion. Escogió su papel, no lo recibió, y obró dictatorialmente.

II

La Asamblea no contaba trescientos miembros en su seno el 10 de Agosto. Los del lado derecho y los del partido constitucional, presintiendo que tendrian que sancionar únicamente la voluntad del pueblo ó perecer, no habian acudido á la sesion, de modo que la Asamblea sólo se componia aquel dia de jacobinos y girondinos. Pero los bancos desiertos de representantes estaban llenos de hombres extraños al Congreso, de peticionarios, de miembros de los clubs y de trabajadores que, mezclados en desórden entre los diputados, ofrecian á la vista la imágen de la confusion del pueblo y de sus representantes, hablando, gesticulando, consultando y levantándose cuando lo hacian los diputados, como dominados por el peligro público que identificaba á la Asamblea con los espectadores. En una catástrofe que interesa todos los ánimos en la misma proporcion, nadie mira y todo el mundo obra. Tal era el aspecto de la Asamblea durante y despues del combate. Nadie peroraba; no se veian sino gestos repentinos y unánimes, gritos de horror ó de triunfo, juramentos renovados á cada instante como para justificarse con el estruendo de una aclamacion cívica contra el que movian los cañones en las mismas puertas de la Asamblea; diputaciones que, apenas nombradas, trataban de

salir del salon, y que eran rechazadas adentro por la multitud; finalmente, votaciones nominales que no servian sino para gastar tiempo aparentando una accion que no existia, y que daban el suficiente á los acontecimientos para adoptar una resolucion decisiva.

En cuanto el pueblo se vió dueño de palacio, los gritos de los vencedores, unidos á los de la multitud, penetraron en la Asamblea por ventanas y puertas. Esta se levantó en masa y se asoció al triunfo del pueblo, haciendo el juramento de mantener la igualdad y la libertad. A cada momento entraban en el salon varios hombres del pueblo con los brazos desnudos, las manos ensangrentadas y el rostro tiznado de pólvora, que, recibidos con aplausos por las tribunas, se dirigian en seguida á la barra, en donde contaban en breves palabras las pérdidas emboscadas de la corte, que bajo una tregua aparente habia atraído á los ciudadanos á la boca de los fusiles de los suizos para ser allí sacrificados. Otros, señalando á la tribuna del logógrafo, ofrecian sus brazos á la nacion para exterminar al tirano asesino de su pueblo. «Esa corte pérfida—exclamó uno de aquellos oradores, que tenia el pecho atravesado de un balazo—es la que ha hecho correr esta sangre. Nosotros no hemos podido penetrar en palacio sino pasando por encima de los cadáveres de nuestros hermanos asesinados en el peristilo. Sin embargo, aún hemos dado cuartel á algunos de los satélites de un rey parricida. A él sólo es á quien buscamos. Aquellos hombres no eran sino unos instrumentos de su traicion. Desde el momento en que estos asesinos pagados han rendido las armas, no vemos ya ni queremos ver en ellos sino unos hermanos.» Al decir estas palabras, abrazó á un suizo desarmado ya á quien habia traído de la mano, y cayó desmayado en el suelo, agobiado de la fatiga de aquel dia y casi exánime por la mucha sangre que salia de su herida. Varios diputados se levantaron á un mismo tiempo á socorrerle, y consiguieron que volviese en sí. Apénas recobra sus sentidos, cuando vuelve á comparecer en la barra. «Conozco—dice—que voy recuperando mis fuerzas. Pido á la Asamblea que me permita llevar este infeliz suizo á mi casa; quiero mantenerle y ser su protector. ¡Esta es la venganza que toma un patriota frances!»

La generosidad de aquel ciudadano se comunica cual una chispa eléctrica á la Asamblea y á las tribunas. En seguida salen comisiones para contener el degüello. Hacen entrar en el patio de los Fuldenses á los suizos que estaban aún en el tertraplen expuestos al furor del pueblo, y de este modo se les salva las vidas por el pronto. Aquellos soldados disparan sus armas al aire en prueba de confianza y de seguridad. Entónces se les hace entrar en los corredores, en los patios y hasta en las oficinas de la Asamblea. Los combatientes van acudiendo sucesivamente y depositando en la mesa de la presidencia la vajilla, el oro, la plata, las alhajas, los muebles de valor y hasta las carteras llenas de papeles que han encontrado en las habitaciones de los príncipes. Multitud de aplausos saludan este acto de desprendimiento. Las armas, el oro y los asignados y demas objetos que llevan los suizos encima son tambien depositados al pié de la tribuna. El rey y la reina asistian desde el fondo de la suya al inventario de los despojos hallados en lo más secreto de sus cuartos y en el interior de sus gavetas.

El presidente puso todos estos objetos bajo la custodia y responsabilidad de Huguenin, comisionado del nuevo ayuntamiento. El estampido de la artillería habia cesado, y el fuego de la fusilería iba disminuyendo. Los peticionarios exigian

á grandes gritos la cabeza ó la deposicion del rey. «No impedireis—decian—la venganza del pueblo si no haceis justicia. ¡Representantes, tened firmeza! ¡Teneis obligacion de salvarnos! ¡Atreveos á jurar que salvareis el imperio, y el imperio se salvará!» Estos clamores tenian todo el aspecto, no de una súplica, sino de un mandato terminante.

Los girondinos, indecisos hasta entónces entre humillar el trono ó suprimirle, conocieron que era preciso decidirse por este último partido, ó verse envueltos en su ruina. Vergniaud dejó la presidencia á Guadet, para que durante su ausencia quedase la Asamblea dirigida por un hombre de su faccion. La comision extraordinaria, en la cual los girondinos tenian la mayoría del número, de la importancia y del talento, se reunió acto continuo; la discusion no fué muy larga; el cañon deliberaba en su nombre, y el pueblo esperaba. Vergniaud tomó la pluma y redactó precipitadamente el acta de suspension provisional del trono. Volvió á entrar en el salon y leyó, en medio de un profundo silencio, á cuatro pasos del rey que le escuchaba, el plebiscito de la suspension. El sonido de la voz de Vergniaud era solemne y triste, su actitud melancólica, y su aspecto abatido. Sea que la necesidad de leer la condenacion de la monarquía en presencia del monarca hiciese nacer en su mente un sentimiento de compasion, sea que estuviese ya arrepentido del impulso que habia dado al acontecimiento, en el cual se reconociese instrumento pasivo de una fatalidad que le exigia más de lo que su conciencia podia consentir, ello es que pareció que declaraba ménos la victoria de su partido que su propia sentencia.

«Vengo,—dijo,—en nombre de la comision extraordinaria, á proponeros una medida bien rigurosa; pero yo apelo al mismo dolor de que estais penetrados para que juzgueis cuánto importa á la salud de la nacion que la adopteis en el momento. La Asamblea nacional, considerando que los peligros de la patria han llegado á su colmo; que los males que hacen gemir al imperio provienen principalmente de la desconfianza que inspira el proceder de los jefes del poder ejecutivo en una guerra que se ha emprendido en su nombre contra la Constitucion y contra la independencia nacional; que esta desconfianza ha provocado en todos los puntos del imperio el voto de que sea revocada la autoridad confiada á Luis XVI: considerando asimismo que el Cuerpo legislativo no quiere engrandecer por ninguna usurpacion su propia autoridad, y que no puede conciliar su juramento á la Constitucion con su firme voluntad de salvar la libertad, apelando á la soberanía del pueblo, decreta lo siguiente:

»Se invita al pueblo frances á formar una Convencion nacional.

»El jefe del poder ejecutivo queda suspenso temporalmente en sus funciones; hoy mismo se propondrá un decreto sobre nombramiento de un ayo para el príncipe real.

»Se suspende el pago de la lista civil.

»El rey y su familia permanecerán en el recinto del Cuerpo legislativo hasta que la calma se restablezca en Paris, y el departamento hará preparar el Luxemburgo para su residencia, bajo la custodia de los ciudadanos.»

Este decreto fué aprobado sin discusion. El rey lo oyó sin sorpresa y sin dolor. Al tiempo de hacerse la votacion se dirigió al diputado Coustard, situado debajo de la tribuna del logógrafo, con el que habia hablado familiarmente durante la

sesion. «Lo que estais haciendo no es muy constitucional»,—le dijo el rey en tono de ironía, que contrastaba con la solemnidad de las circunstancias. «Es verdad, señor,—respondió Coustard,—pero es el único medio que hay de salvar vuestra vida.» Y votó contra el rey hablando con el hombre.

Pero este decreto, que dejaba la cuestion de la monarquía ó de la república en suspenso, y que aún prejuzgaba en favor de la primera indicando el nombramiento



Marat se pasea en Paris con un sable en la mano y coronado de laurel.—Pág. 6.

de un ayo para el príncipe real, no era sinó una satisfaccion á medias, atendida la urgencia de la situacion. Deseado con pasion el dia anterior, fué aceptado con murmullos en el presente.

Apénas Vergniaud acabó de leer, los peticionarios más exigentes se presentaron en la barra é intimaron á la Asamblea que pronunciase la destitucion del rey pérfido, cuyo reinado debia terminar desde el momento en que habia permitido el derrame de sangre de sus vasallos. Vergniaud se repuso y justificó el fin y el objeto del ambiguo decreto de los girondinos. «Estoy satisfecho —dijo— de poder explicarme delante de los ciudadanos que están en la barra. Los representantes

del pueblo han hecho todo lo que permitian sus poderes cuando han decretado que se nombrase una Convencion nacional para deliberar sobre la cuestion de la destitucion. Entre tanto, la Asamblea no ha podido hacer otra cosa que pronunciar la suspension. Esta medida debe bastar al pueblo para asegurarle contra las traiciones del poder ejecutivo. ¿La suspension no reduce al rey á la imposibilidad de obrar? Yo espero que esta explicacion satisfará al pueblo, y que conocerá y sentirá la verdad.»

Las tribunas y los peticionarios escucharon con frialdad estas palabras. El diputado Choudieu hizo que se votase lo urgente que era la formacion de un campamento á las inmediaciones de Paris, y que la Asamblea se declarase en sesion permanente. En seguida se procedió al nombramiento de ministros.

Roland, Claviere y Servan, aquellos tres ministros girondinos depuestos por el rey, fueron repuestos sin más votacion que una simple proposicion de Brissot. Su nombramiento fué una satisfaccion del agravio que se les habia hecho anteriormente. Danton fué nombrado ministro de Justicia; Monge, de Marina; Lebrun, de Negocios extranjeros, y Grouvelle, secretario del Consejo de ministros. Monge era un matemático ilustre, Lebrun un hombre versado en la diplomacia, y Grouvelle un letrado subalterno y ambicioso. A las nueve de la noche se constituyó el gobierno. Los girondinos dominaban en él por Roland, Claviere, Servan y Lebrun; el ayuntamiento no tenia en el gabinete sino á Danton para contrarestar la influencia de la Gironda.

Apénas Danton fué nombrado ministro, cuando corrió al Consejo de la casa de la ciudad para rendir homenaje á sus cómplices por haberle elevado á un poder que acababa de conquistar para ellos. «Una bala de cañon me ha hecho subir al ministerio,—dijo á sus confidentes;—quiero que la revolucion éntre conmigo en el poder; ella constituye mi fuerza, y pereceré si la abandono.» En seguida nombró á Fabre d'Eglantine y á Camilo Desmoulins para las dos plazas más importantes de su ministerio. El primero era el satélite complaciente de sus ideas; el segundo, cortesano de su fuerza.

La Asamblea hizo redactar un extracto de los decretos de aquel día, y envió una porcion de comisionados que los publicasen por todas las calles de Paris, acompañados de multitud de hombres con hachones.

III

El cielo estaba sereno; el ambiente de la noche y la emocion febril de los acontecimientos del día convidaban á los habitantes á salir de sus moradas á respirar el fresco, tan agradable á aquellas horas en el verano. La curiosidad de saber lo que pasaba en la Asamblea y la de visitar el campo de batalla de aquella mañana, llevaban instintivamente hácia los diques, hácia los Campos Elíseos y hácia las Tullerías á los ociosos, á los jóvenes y á las mujeres de los barrios extraviados de la capital. Largas columnas de habitantes pacíficos recorrían los paseos ó estaban sentados bajo los árboles de las Tullerías, de que se hallaba ya posesionado el pueblo. Las llamas y el humo de los muebles devorados por el incendio en los patios salían por cima de los tejados de palacio é iluminaban las dos orillas del Sena. Las casas inmediatas á palacio por la parte del pabellon de Flora, en un radio de

mil quinientas toesas, cercado por los bomberos y zapadores, lanzaban llamas por cima de la galería del Louvre y amenazaban á cada instante abrasar el devastado palacio. El fuego, que reflejaba en el Sena entre el Puente Nuevo y el de Luis XVI, daba á las aguas el aspecto de un rio de sangre. Várias camillas conducidas por dependientes del ayuntamiento recogian en los Campos Elíseos, en la plaza de Luis XV, en el jardin y en los patios los cuatro mil cadáveres de los suizos, marseleses y federados que señalaban hacinados los parajes en que el combate habia sido más encarnizado. Las mujeres, adornadas como para un dia de fiesta, no temian aproximarse á estas camillas para contemplar los restos de la carnicería. Este pueblo, cuya tristeza no dura nunca un dia, se agitaba en medio de las conversaciones ordinarias en los parajes públicos. Los teatros estaban abiertos, y los espectadores se apiñaban á sus puertas, como si la caída de un imperio no hubiese sido para la ciudad sino un espectáculo dado ya al olvido.

Los marseleses, los de Brest y las masas de los arrabales se replegaron á sus cuarteles y á sus casas, despues de haberles costado la jornada más de tres mil seiscientos hombres; tributo desinteresado ofrecido á la revolucion, cuyo fruto debia ser recogido por sus hijos.

Estos soldados y este pueblo no habian combatido por el poder, y aún ménos por sus despojos. Rendidos de tanto trabajar y con las manos vacías, se volvieron á sus talleres á proseguir sus faenas. Trabajadores de la libertad, le habian dedicado un dia; combatieron por ella sin comprenderla, indiferentes á la fortuna del poder, á la monarquía y á la república, é incapaces de definir las palabras selladas con su sangre, pero impulsados como por un presentimiento divino á conquistar otros nuevos destinos á la humanidad. La clase media combatió en beneficio propio; el pueblo, únicamente por las ideas. Cosa extraña, pero cierta: los matices de estas dos clases eran tan marcados, que nadie pudo desconocerlos en los diversos accidentes de aquellas jornadas.

La guardia nacional, compuesta de la clase media, mezcla confusa de los partidos de Lafayette, de los girondinos y de Petion, no habia sabido impedir, obrar, atacar, ni defender. Temiendo por un lado la victoria del pueblo, deseosa por otro del triunfo de la corte y de la aristocracia, no habia tomado partido sino por sí misma. Reunida con trabajo, indecisa en sus movimientos, rehusando dar su iniciativa á la república y su apoyo al rey, habia permanecido arma al brazo entre el palacio y los arrabales, sin prevenir el choque ni decidir la victoria, y pasando despues cobardemente al lado del vencedor, no hizo fuego sino sobre los fugitivos.

Ahora se volvia humillada y consternada á sus tiendas y á sus escritorios. Justamente habia perdido ya su influencia sobre el pueblo. Ella no debia ser en adelante sino la fuerza de parada de la revolucion, destinada á asistir á todos sus actos, á todas sus fiestas y á todos sus crímenes; decoracion viva y vana á las órdenes de todos los tramoyistas de la república.

Desde el oscurecer del 10 de Agosto, la guardia nacional habia desaparecido. Las picas y los harapos habian reemplazado á las bayonetas y á los uniformes cívicos en los puestos y en las patrullas que se establecieron de nuevo ó pululaban por Paris. Los marseleses y los federados daban sólo algun aparato marcial á estos destacamentos del pueblo armado. Santerre, afectando en su exterior la

sencillez cínica de un general de los arrabales para contrastar con el lujo militar de Lafayette, recorrió París montado en un caballejo negro más á propósito para el trabajo que para caballo de batalla. Dos ó tres jornaleros de su cervecería le acompañaban, sirviéndole de ayudantes de campo, en lugar del brillante estado mayor de aquellos jóvenes oficiales de la aristocracia ó del comercio con que el general del Campo de Marte se habia presentado siempre. El sombrero aplastado de Santerre, sus charreteras ennegrecidas, su sable con vaina de latón, su uniforme raído y desabrochado, su pecho desnudo y su facha trivial, lisonjeaba á la multitud. Esta veía en Santerre un igual suyo. Westermann, con una actitud más militar, visitó los puestos de los federados y marseleses acompañado de Fournier el Americano, de Barbaroux y de Rebecquí.

Los agentes del ayuntamiento de París, obligados á hacer desaparecer las manchas de sangre y los cadáveres de las víctimas por temor de que su aspecto encendiese de nuevo al otro día la ira del pueblo, y de que se perpetrasen los asesinatos que se querían evitar, habían enviado escuadras de presidiarios al Carrousel para limpiar el campo de batalla. Hacia la medianoche, estos hombres encendieron inmensas hogueras con el maderámen incendiado, con las camas de los suizos del palacio de Brionne y con los muebles de las Tullerías. Allí arrojaron los centenares de cadáveres que yacían en el Carrousel, en los patios, en el vestíbulo y en las habitaciones. Reunidos en silencio alrededor de las hogueras estos barren-deros de sangre, alimentaban el fuego arrojando á él nuevos destrozos y nuevos cadáveres. Las llamas lúgubres, reverberándose en las paredes y alumbrando á traves de los cristales rotos el interior del palacio, fueron la última iluminacion de aquella noche. Al amanecer, suizos y marseleses, realistas y republicanos, nobles y pueblo, todo se habia consumido. Se habia lavado el suelo y arrojado las cenizas al Sena. Todo lo habia devorado la noche, el agua y el fuego. La ciudad volvió á su curso ordinario, sin apercibirse otras trazas de la catástrofe de la monarquía que un palacio desierto, unas puertas sin guardias, unas ventanas desmanteladas, y las huellas de la metralla en las antiguas paredes de las Tullerías.

IV

La Asamblea suspendió la sesion á la una de la madrugada. La familia real habia permanecido hasta entónces en la tribuna del logógrafo. Dios sólo puede medir la duracion de aquellas catorce horas en las almas del rey, de la reina, de madama Isabel y de los príncipes. Lo inesperado de la caída, la incertidumbre, las vicisitudes del temor y de la esperanza, la batalla que se daba á las puertas de la Asamblea para decidir de su suerte sin que ellos vieses siquiera á los contendientes, los cañonazos, las descargas de fusilería que resonaban en sus corazones, alejándose, aproximándose y volviéndose á alejar de nuevo como la esperanza que juega con el moribundo; la idea del peligro de sus amigos abandonados en palacio, el sombrío porvenir que á cada instante se abría delante de ellos sin que divisasen su término, la imposibilidad de obrar y de moverse en momentos en que todos los pensamientos conducen al hombre á la agitacion, el tormento de no poder hablar entre sí, la actitud impasible que el cuidado de su decoro les imponia, el temor, la alegría, la desesperacion, el enternecimiento, y por último suplicio, las miradas de sus enemigos fijas constantemente en ellos para sorprender su crimen



Los despojos de las Tullerías llevados á la mesa de la presidencia —Pág. 7.

L. CRÉPON. DEL.

en una emocion, ó gozándose en sus angustias, todo esto hizo de aquellas horas eternas la agonía del trono. La caída fué

larga, profunda, terrible, desde el solio al cadalso. En ninguna parte fué más sentida que allí. El primer golpe es el que destroza; los demas sólo matan.

Si se añade á estas torturas del alma los tormentos del cuerpo de esta desgraciada familia, arrojada despues de una noche de insomnio á una especie de calabozo; el ambiente ardoroso producido por una reunion de tres ó cuatro mil personas apiñándose á la entrada de la tribuna ó interceptando el paso en los corredores, la sed, la sofocacion, el sudor copioso y la ternura recíproca de los miembros de esta familia, de la que cada individuo sufría más por los otros que por sí mismo, se comprenderá que esta jornada debió ser bastante por sí sola para saciar una venganza de catorce siglos.

A excepcion del acceso maquinal y espasmódico de apetito que el rey habia satisfecho al principio de la sesion, las personas de la familia real no tomaron ninguna clase de alimento durante este dia y parte de su noche. Hasta los niños se olvidaron de comer. La piedad atenta de algunos diputados y de los inspectores del salon les enviaba de cuándo en cuándo algunas frutas y vasos de agua de nieve para que apagasen la sed. La reina y su hermana no hacian más que mojarse los labios, y parecia que no se ocupaban más que del rey.

Este príncipe, puesto en la delantera de la tribuna como un hombre que asiste á un gran espectáculo, parecia que ya se habia familiarizado con su situacion. Hacía reflexiones juiciosas y desinteresadas sobre las circunstancias, sobre las proposiciones y sobre las votaciones, cosas todas ellas que probaban un completo desprendimiento de sí mismo. Hablaba de sí como de un rey que hubiese vivido mil años ántes, y juzgaba los actos del pueblo con respecto á él como si hubiese estado juzgando los de Cromwell y los del Parlamento largo con Carlos I. La potencia de resignacion que poseia le daba la de la impassibilidad bajo el hierro del partido que le sacrificaba. Dirigia con frecuencia la palabra á media voz á los diputados que estaban más próximos á él y que conocia, entre otros á Calon, inspector de la sala, á Coustard y á Vergniaud. Oyó sin inmutarse las invectivas dirigidas contra él y el decreto de su suspension. Ni siquiera movió la cabeza al oír que la corona se habia desprendido para siempre de sus sienes, y hasta se notó cierta alegría secreta en sus facciones en medio de la gravedad y la tristeza de aquel momento supremo. Respiraba con fuerza, como si un gran peso gravitase sobre su alma. El imperio era para él más bien un deber que un orgullo, y destronándole se le libraba de él.

Madama Isabel, insensible á la catástrofe política, no trataba más que de difundir un poco de serenidad en aquella sombra. La triste expresion de su sonrisa y el profundo afecto que brillaba en sus ojos á traves de sus lágrimas, abrian al rey y á la reina un rincon de cielo interior, donde descansaban sus miradas confidencialmente de tanta turbacion. Sólo un alma que ama, un solo acento que compadece, compensan la injuria y el odio de todo un pueblo: ella era la piedad visible y presente al lado del suplicio.

La reina se habia sostenido al principio con la esperanza de la derrota de la insurreccion. Conmovida como un héroe al oír el estampido del cañon, intrépida contra las vociferaciones de los peticionarios y de las tribunas, su mirada los despreciaba y su labio altivo los desdeñaba, dirigiendo sin cesar miradas de inteligencia hácia los oficiales de su guardia que ocupaban el interior de la tribuna y del corredor, para preguntarles noticias de palacio, de los suizos, de las fuerzas que les quedaban, de la situacion de las personas queridas que habia dejado en las Tullerías, y sobre todo, de su amiga la princesa de Lamballe. Habia oído, temblando de indignacion pero sin cambiar de color, el asesinato de Suleau en el patio de los Fuldenses, los gritos de rabia de los asesinos, las descargas de los batallones á las puertas de la Asamblea, y los asaltos tumultuosos del pueblo para forzar la entrada del corredor y venir á degollarla. Miéntras habia durado el combate, estuvo continuamente agitada y llena de ánsia y de sobresalto; á los últimos cañonazos, á los gritos de victoria del pueblo, al ver sus gavetas, sus alhajas, sus carteras y sus secretos expuestos y profanados ante sus ojos como los despojos de su persona y de su corazon, habia caído en un abatimiento inmóvil, pero siempre fiero. Ella devoraba su derrota, pero no la aceptaba como el rey. Su rango se habia identificado con ella de tal suerte, que quitárselo era matarla. El decreto de suspension pronunciado por Vergniaud habia sido un rayo para ella: cerró un momento los ojos, pareciendo que se recogia en su humillacion, mas en seguida el orgullo del infortunio resplandeció en su frente como una nueva diadema. Recogió todas sus fuerzas para hacerse superior por el desprecio á los golpes de sus enemigos; ella no los sintió sino por los demas.

Cincuenta hombres escogidos y fieles habian penetrado con el rey en aquel recinto, formando una guardia cerca de la familia real en el corredor inmediato á la puerta del logógrafo. Los ministros, algunos oficiales generales, el príncipe de Poix, Mr. de Choiseul, Mr. de Aubiers, Mr. de Maillardoz, Mr. de Aubigny, Mr. de Viomenil, Carl, comandante de la gendarmería, y algunos criados particulares del rey, estaban allí en pié, atentos á sus órdenes, prontos á morir y á formar con sus cuerpos el último parápeto si el pueblo conseguia invadir los corredores de la sala. Estos generosos confidentes de las angustias de la familia real le comunicaban en voz baja lo que pasaba en lo exterior. El uniforme de la guardia nacional y del ejército que algunos de ellos vestian les permitia circular por las cercanías de la Asamblea y relatar luego á sus dueños los acontecimientos de la jornada.

Hacia las seis de la tarde, los antiguos ministros, depuestos ya oficialmente, se despidieron con tristeza del rey y se retiraron para ir á entregar sus carteras y comparecer al otro dia al tribunal de Orleans. Un poco despues, Maillardoz, jefe de los suizos, llamado por los comisionados del ayuntamiento, fué preso en la Abadía. Aubigny, habiéndose mezclado á los grupos que derribaban las estatuas de los reyes en la plaza de Luis XV, y habiendo expresado su indignacion por este hecho con algunos ademanes, fué inmolado bajo el monumento cuya profanacion deploraba. Mr. de Choiseul estuvo dos veces á riesgo de perder la vida al salir para reunir los suizos, y sin embargo, volvió para defender al rey con su espada. Un momento despues se oyó un gran estrépito en las puertas; el rey volvió la cabeza y preguntó con inquietud la causa de este tumulto. Carl, comandante de la gendarmería de Paris, salió fuera y no volvió. El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada orden suya traia la desgracia á sus amigos; la carnicería los diezmaba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez más cerca.

¡Cuántos corazones que latian por ellos á la mañana, estaban helados por la tarde! La oscuridad del sitio, los resplandores del incendio de las Tullerías que reflejaban en las ventanas y en las paredes del Picadero, la agitacion de una sesion tan prolongada, y la noche siempre más cruel que el dia, los sumia en los más sombríos pensamientos. El silencio de los sepulcros reinaba hacia algunas horas en la tribuna del logógrafo. No se oia más que el ruido de las plumas de los redactores al deslizarse sobre el papel, escribiendo instante por instante las palabras, los ademanes y las emociones del salon. La luz opaca de las velas que alumbraban la mesa dejaba ver al joven Delfin acostado en la falda de la reina, y durmiendo al ruido de los decretos que le quitaban el imperio y la vida.

V

A la una de la noche, los inspectores del salon fueron por el rey y su familia para conducirlos al aposento que se les habia preparado de prisa desde la promulgacion del decreto de suspension. Unos comisionados de la Asamblea y el destacamento de la guardia nacional que vigilaba desde por la mañana por su seguridad los escoltaron. Un oficial de la casa del rey tomó al Delfin de manos de la reina, y le llevó dormido en sus brazos detras de ella.

Aquel alojamiento, más parecido á una celda ó á una prision que á un palacio,

estaba en el piso alto del antiguo monasterio de los Fuldenses, encima de las oficinas de las comisiones de la Asamblea. Se componia de cuatro piezas seguidas, dando todas por una puerta al vasto corredor á que comunicaban las celdas de los religiosos. Estos cuartos, deshabitados desde la supresion de las órdenes monásticas, estaban desnudos como las casas cuyos habitantes faltan de ellas hace mucho tiempo. El arquitecto de la Asamblea, bajo las órdenes de los inspectores del salon, habia hecho llevar allí precipitadamente los muebles que encontraron más á mano en su propia habitacion: una mesa de nogal, algunas sillas, cuatro catres sin colgaduras y algunos colchones tendidos en el suelo, tales fueron las camas destinadas para toda la familia real, madama Isabel, el aya de los príncipes y el resto de su servidumbre; campamento sobre el campo de batalla, entre dos dias de crisis y á las puertas de un palacio saqueado por un pueblo vencedor, y que anunciaba demasiado por su desnudez á la familia real que estaba ya más cerca del calabozo que de palacio. Los señores de Briges, de Aubiers y de Goguelat, el príncipe de Poix y el duque de Choiseul, ocuparon la primera pieza; tendidos sobre las capas á la puerta del rey, fueron los últimos que velaron su sueño.

El rey se acostó medio vestido en el segundo cuarto. Desprovisto de ropa de noche y de objetos de tocador, se puso una servilleta en la cabeza, recostándose en seguida en una almohada. La reina ocupó con los príncipes el tercer cuarto. Madama Isabel, madama de Tourzel y la princesa de Lamballe, que habia ido por la noche á unirse á la familia real, se quedaron en una pieza que estaba contigua á la de la reina, y las tres pasaron la noche velando, llorando y rezando á su puerta.

El claustro elevado y vasto sobre el cual daban estas habitaciones sirvió de campo á los oficiales superiores, á los cincuenta hombres de la guardia y á los criados del rey, Hue y Chamilly. Luis XVI, su familia y la comitiva no tocaron á la cena que se les habia preparado. Despues de una conversacion íntima y sin testigos entre aquel príncipe, la reina y madama Isabel, se fueron á buscar algunos momentos de descanso. Una velada de treinta y seis horas habia rendido á la vez sus almas y sus cuerpos. El sueño fué corto, el despertar terrible.

La reina abrió los ojos á los rayos de un sol ardiente que penetraba sin obstáculo hasta su cama. Al ver aquellos sombríos techos, aquellas ventanas sin cortinas, aquel cuarto desnudo, aquellas sillas de paja, y sus vestidos en desórden tirados sobre unos muebles casi miserables, volvió á cerrarlos para engañarse un momento más y persuadirse de que los acontecimientos del dia anterior no eran más que un sueño; pero fué arrancada de esta especie de sueño por la voz y por las caricias de sus hijos. Madama Isabel los llevó á los piés de su cama. Advirtieron entónces á la reina que la hora de la sesion se aproximaba, y que la Asamblea exigia que la familia real volviese al sitio del dia anterior. Algunas de sus damas, que los inspectores del salon habian permitido por la mañana llegar hasta su señora, fueron introducidas al mismo tiempo en el cuarto. Al atravesar la celda del rey, hallaron á este príncipe sentado cerca de su cama, haciendo componer el desórden de su peinado. Le cortaron un poco de pelo, y él, tomando algunos rizos, se los dió á estas fieles servidoras de la reina; munificencia del corazon, única que le quedaba de todo su poder. Ellas quisieron besarle la mano, pero él la retiró y las abrazó. La familiaridad de la desgracia habia acercado las distancias entre esta familia y sus servidores.

Aquellas mujeres se deshacían en lágrimas viendo á la reina de Francia acostada en un tablado y servida por una extraña, portera de aquel claustro abandonado. Esta pobre sirvienta, intimidada y compadecida por la grandeza y el infortunio que tenía ante sus ojos, se esforzaba por compensar con sus atenciones y con su respeto la torpeza de su servicio. María Antonieta tendió los brazos á sus amigas y prorumpió en gemidos, quedándose largo tiempo sin poder mirar ni hablar,



Fabre d'Eglantine.

confusa y avergonzada de su envilecimiento y degradacion delante de las que la habian visto el dia anterior en todo su lujo y en todo su esplendor. «Venid, desgraciadas mujeres,—les dijo, en fin,—venid á ver á una mujer más desgraciada que vosotras, porque ella es quien os hace desgraciadas á todas.» Despues, abrazando á su hija y al Delfin, presentados por madama de Tourzel, añadió: «¡Pobres hijos míos! Es bien cruel haberles prometido tan hermosa herencia, y tenerles ahora que decir: ¡Hé aquí todo lo que os dejamos, todo concluye con nosotros!» Se informó en seguida de todos los pormenores de la suerte de la señorita Paulina de Tourzel, de madama de Laroche-Aymon, de la duquesa de Luynes y de todas las personas de su corte que habia dejado en las Tullerías.

La muerte de sus servidores asesinados en el umbral de los aposentos despedazó su corazón. Lloró por ellos, y contó cuando se vestía sus impresiones durante la sesión del día anterior. Se quejaba á medias palabras de aquella falta de dignidad natural que no daba al rey, desde que estaba en manos de la Asamblea, toda la majestad que ella hubiera deseado que tuviese delante de sus enemigos. Sentía que hubiese satisfecho su apetito en público, ofreciendo de este modo á la mirada del pueblo una indiferencia de insensibilidad tan impropia de su corazón. Algunos diputados adictos á su causa le habían advertido el mal efecto que había producido este olvido de su situación; pero sabiendo, decía ella, la inutilidad de estas advertencias en presencia de su fuerte naturaleza, nada había dicho al rey por no añadir una humillación á tantas penas. Habiéndose extraviado el reloj y el bolsillo de la reina en el tumultuoso camino de palacio á la Asamblea, tomó el de una de sus damas y rogó á madama Augié, primera camarera, que le prestase veinticinco luises para lo que se pudiera ofrecer durante su cautiverio.

A las diez, la familia real entró en la Asamblea, permaneciendo allí hasta la noche. El triunfo del día anterior había hecho al pueblo más exigente, y las proposiciones eran ya más sanguinarias. Los peticionarios asediaban la barra pidiendo á grandes gritos las cabezas de los suizos de la escolta del rey refugiados en el recinto de los Fuldenses. La Asamblea disputaba á los asesinos aquellas doscientas víctimas. Santerre, enviado por Vergniaud para proteger á los prisioneros, anunciaba el degüello inminente de los que habían sido presos en el bosque de Bolonia. Unos hombres feroces aullaban á las puertas pidiendo que se les entregase su presa. «¡Gran Dios! ¡Qué caníbales!»—exclamó Vergniaud.

Algunos rasgos de generosidad popular se mezclaron á los rugidos de aquellas fieras sedientas de sangre; no faltaron combatientes que protegieron bajo su responsabilidad á los vencidos, y que se sacrificaron por salvarlos. Mailhe y Chabot, enviados para arengar á los grupos, fueron acogidos con los gritos de *¡Mueran los oradores!* Hubo un momento en que el terror se apoderó de la Asamblea, porque el recinto exterior fué forzado. Vergniaud, intrépido para no temer su riesgo personal, temió por la vida del rey. Los inspectores del salón hicieron retirar á la familia real al corredor, á fin de que si el pueblo entraba con las armas en la mano en el salón, no encontrase á las víctimas á su alcance. El rey, que creyó que el momento terrible había llegado para él y su familia, pensó únicamente en libertar á sus servidores, rogándoles que le abandonasen á su suerte y que pensasen en su propia seguridad. Ninguno de ellos pensó en salvar su vida faltando á sus deberes, y todos se quedaron en donde el honor y la adhesión les mandaban vivir ó morir. Danton acudió; impuso á la multitud con la autoridad de su nombre y el terror de su actitud, si bien pidiendo tan sólo paciencia, y no generosidad, á los asesinos. A su voz, los hombres de las picas se contuvieron por un momento, aplazando para más adelante el saciar su sed de sangre. «Legisladores,—dijo Danton entrando en la Asamblea,—la nación francesa, cansada de despotismo, había hecho una revolución; pero generosa,—añadió lanzando una mirada amenazadora al sitio en que el rey le escuchaba,—ha transigido con los tiranos. La experiencia le ha probado que no hay ninguna enmienda que esperar de los antiguos opresores del pueblo. Ella va á entrar en el ejercicio de sus derechos... pero donde empieza la justicia, deben detenerse las venganzas populares. Yo me comprometo ante la Asamblea

nacional á proteger á las personas que están en su recinto, yo me pondré á la cabeza del pueblo, y respondo de las vidas de aquéllas.»

Al pronunciar estas últimas palabras, dirigió una mirada rápida y fiera á la reina, como si una inteligencia secreta ó una compasion soberbia estuviese oculta bajo la aspereza de su discurso y el desden de su actitud.

La Asamblea y las tribunas aplaudieron. El pueblo ratificó por fuera con sus aclamaciones la promesa hecha por su favorito, y los suizos se salvaron hasta el 2 de Setiembre. Petion reemplazó á Danton. Libre de su prision fingida, acababa de tomar posesion en el ayuntamiento de una autoridad que no ejercia sino en el nombre. Util el dia anterior á los facciosos, ya les era importuno, pero afectó ante la Asamblea que creia en un poder que se le escapaba. Cuando la obra se concluye, se rompe el instrumento. Petion no era ya sino un cómplice tímido de una conspiracion consumada, no siendo para el pueblo más que un maniquí popular creado contra el rey, é inútil desde el dia que éste desapareció. Trató, pues, en vano de moderar las exigencias de los comisionados de la municipalidad, y de depositar el poder en su centro legal, es decir, en la Asamblea. El ayuntamiento, entre tanto, enviaba órdenes imperiosas bajo la apariencia de súplicas al Cuerpo legislativo. Los girondinos eran, como Petion, los soberanos honorarios de una revolucion que los dejaba atras.

Habíase decretado el dia anterior que Luis XVI habitaria el palacio del Luxemburgo durante la suspension. Este antiguo palacio recordaba demasiado el poder supremo, cuyas huellas queria el ayuntamiento hacer desaparecer de la vista del pueblo, por lo cual hizo presente al Cuerpo legislativo que no podia responder del rey en una morada tan vasta y en la que unos subterráneos inmensos podian favorecer las evasiones ó los complots. La Asamblea, para salvar la aparente independencia de sus resoluciones, facultó una comision para señalar la habitacion que debia ocupar el rey. Esta comision decretó que la familia cautiva habitase el palacio del ministerio de Justicia, en la plaza Vendome. Este edificio, sito en el centro de Paris, y en una plaza donde se pasaba revista á las tropas, fijaba demasiado las ideas en un poder que aún era peligroso mostrar á los soldados y al pueblo. El ayuntamiento se negó á ejecutar este decreto. Manuel fué en su nombre á pedir que la habitacion del rey, á quien se guardaba como en rehenes, se fijase en el Temple, distante de los recuerdos y emociones de la ciudad. La Asamblea accedió. La eleccion del Temple para la familia real indicaba las ideas del ayuntamiento, y de qué modo interpretaba los acontecimientos que acababan de pasar: en lugar de una residencia régia, se le dió una prision.

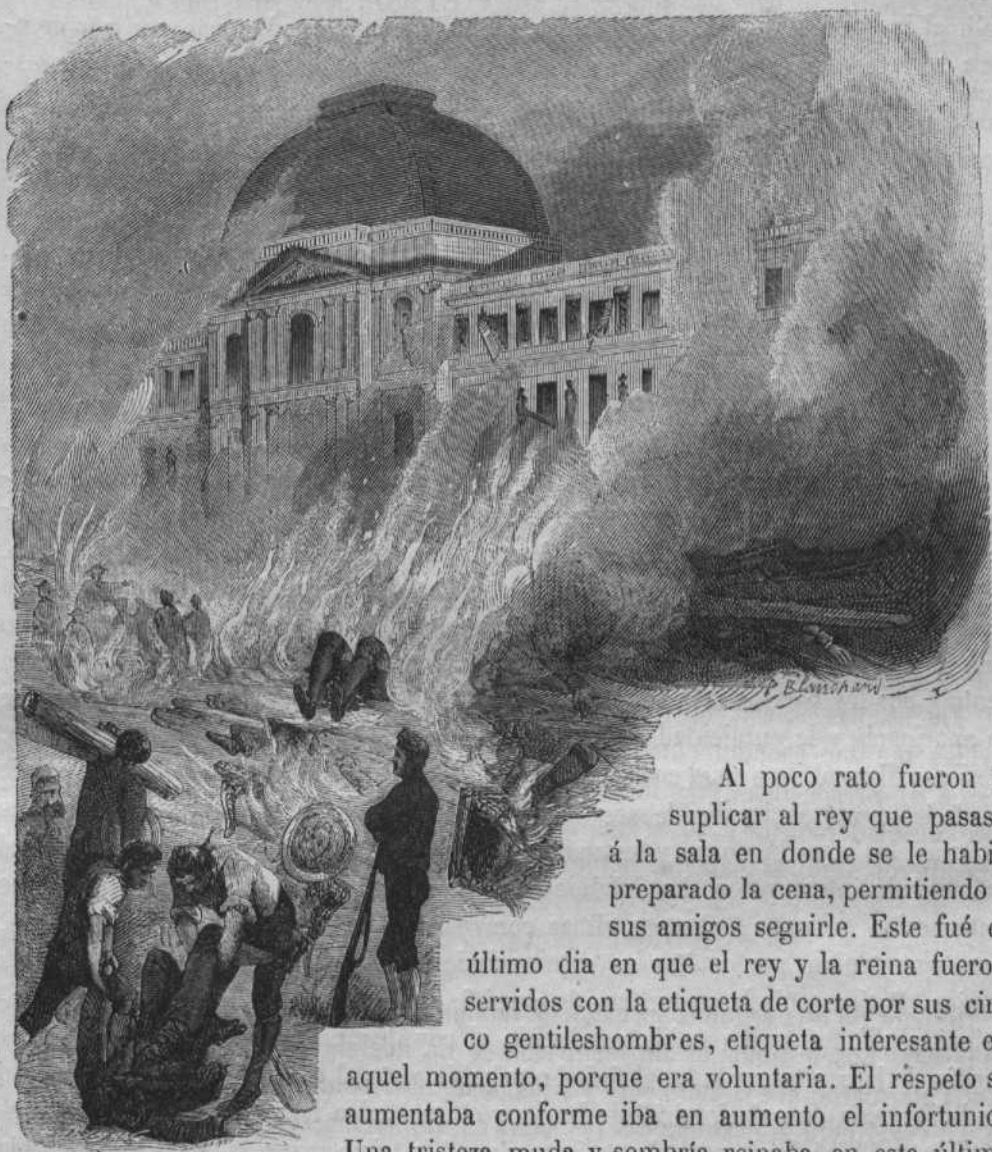
Los girondinos solamente le habian suspendido; la municipalidad degradaba al trono. Roland y sus amigos quisieron prepararse un apoyo contra la omnipotencia de la casa de la ciudad, instituyendo el Consejo del departamento y dándole el ascendiente y la vigilancia que la Constitucion le señalaba sobre el cuerpo municipal, é hicieron proponer esta mocion por uno de los más oscuros de entre los que les eran adictos, para ocultar la mano que daba el golpe. La municipalidad conoció de dónde salia el tiro, y lo previno. Tres veces en el mismo dia envió á pedir, humildemente al principio, con firmeza despues, y con insolencia al fin, la revocacion de un decreto tan atentatorio á su poder. La última comunicacion fué lacónica y amenazadora como una orden soberana. El ayuntamiento fué obedecido.

Otras diputaciones de éste fueron en seguida á pedir la creacion de una comision militar para vengar la sangre del pueblo. La Asamblea eludia la respuesta. «Si no me dais el decreto, — dijo friamente el orador del ayuntamiento, — mi encargo es no moverme de aquí hasta que se me dé.» Robespierre, en nombre de la seccion de la plaza Vendome, compareció en la barra. «Pueblo, — dijo, aludiendo á las estatuas del rey que echaban abajo en las plazas públicas, — cuando la tiranía está por tierra, guardaos de darle tiempo de levantarse. Hemos visto caer la estatua de un déspota, y nuestra primera idea ha sido elevar en su lugar un monumento á la libertad. Los ciudadanos que mueren defendiendo la patria en el extranjero están en segunda fila; en primera se hallan los que mueren por liberarla en el interior.»

En fin, el prusiano Anacarsis Clootz, filósofo errante encargado de difundir su doctrina por todas partes por medio de la palabra, y entusiasmado hasta arriesgar para conseguirlo su fortuna y su sangre, hizo oír á nombre del género humano en la Asamblea nacional el primer eco producido por el 10 de Agosto en el alma de los pueblos impacientes por su esclavitud. Clootz llevaba su pasion por la humanidad hasta el delirio; pero este delirio era el de la esperanza de la regeneracion universal. Los escépticos le encontraban ridículo, los patriotas vulgar, y los políticos le llamaban utopista. Sin embargo, Clootz no se engañaba sino en la oportunidad. Las utopias no son muchas veces sino verdades prematuras: las almas, conmovidas por los sacudimientos del momento y fanatizadas por la esperanza, se abren á las perspectivas más ideales. El filósofo fué escuchado con placer, y las ideas consoladoras que hizo brillar como un iris sobre este horizonte de sangre suspendieron algunos instantes la lucha de los partidos y el hacha de los asesinos.

VI

Despues de esta segunda jornada, la familia real fué conducida de nuevo á los Fuldenses. Los testimonios de compasion y de fidelidad de las personas de su escolta alarmaron al ayuntamiento y á los jacobinos. Santerre relevó aquella guardia y escogió para la custodia del rey unos corazones inaccesibles á la indulgencia é irreconciliables con un *tirano* destronado. La aspereza en los modales y el rigor de las consignas pusieron de manifiesto al rey el cruel cambio que se habia operado en su suerte. El girondino Grangeneuve, miembro de la comision de vigilancia, cuya oficina estaba en el mismo claustro de las habitaciones del rey, se alarmó tambien en vista del respeto y de la compasion que manifestaba por la familia real el corto número de amigos de que estaba rodeada. Creyó que se habia fraguado un proyecto de evasion, y dió parte de esta sospecha á sus colegas. La más sombría de las tiranías es la más reciente. La comision participó ó fingió participar del miedo de Grangeneuve, y ordenó la separacion de todas las personas extrañas á la servidumbre inmediata de la real familia. Esta órden consternó á los generosos cortesanos de su cautiverio. El rey entónces hizo llamar á los diputados inspectores del salon, y les dijo con amargura: «¿Con que estoy preso, señores? Carlos I fué más dichoso que yo, porque á lo ménos le dejaron en compañía de sus amigos hasta que fué conducido al cadalso». Los inspectores bajaron la cabeza, respondiendo su silencio por ellos.



Las hogueras en el Carroussel.
Pág. 12.

Al poco rato fueron á suplicar al rey que pasase á la sala en donde se le habia preparado la cena, permitiendo á sus amigos seguirle. Este fué el último dia en que el rey y la reina fueron servidos con la etiqueta de corte por sus cinco gentileshombres, etiqueta interesante en

aquel momento, porque era voluntaria. El r  speto se aumentaba conforme iba en aumento el infortunio. Una tristeza muda y sombría reinaba en esta última cena, conociendo tanto los amos como los servidores fieles que iban á separarse para siempre. El rey no

comió, y retardaba con intencion la hora de levantarse de la mesa, con el fin de prolongar los instantes en que le era permitido aún ver caras amigas. Esta larga despedida cans   la paciencia de los oficiales d   guardia, y fué necesario interrumpir aquella larga conversacion. El rey sabía que los cinco gentileshombres estaban expuestos    que se les pusiese presos al pié de la escalera, aumentando la inquietud que sufria por la suerte de aquellos leales vasallos el horror que tenia por la suya. En fin, bañado en lágrimas y mirándolos por última vez, trat   de hablarles, pero la emocion que experimentaba le impidió hacerlo. «Separ  monos,—les dijo la reina;—desde este instante es cuando sentimos toda la amargura de nuestra situacion. Hasta ahora la habeis mitigado con vuestro respeto y endulzado con vuestras atenciones. Dios os pague un reconocimiento que...» Y sus lágrimas ahogaron su voz. Entónces hizo que abrazasen    sus hijos hasta los últimos servidores

de su familia. La inflexible guardia entró en aquellos momentos tan tiernos, é hizo salir al instante á los gentileshombres, que bajaron de aquel cuarto por una escalera secreta y salieron del edificio uno á uno, disfrazados con unos vestidos prestados para evitar el ser conocidos por la multitud.

Mr. de Rohan-Chabot, ayudante de campo de Lafayette, pasó los dos dias con sus noches á la puerta del rey vestido de simple guardia nacional. Reconocido y preso al salir de los Fuldenses, fué puesto en la cárcel de la Abadía, que no se abrió sino á los asesinos de Setiembre. La reina, madama Isabel y los príncipes, careciendo de todo desde el saqueo de las Tullerías, recibieron de la embajadora de Inglaterra la ropa blanca y los trajes necesarios á la decencia de su posición social. La familia real pasó aún dia y medio en la tribuna del logógrafo, pareciendo que el pueblo, como un vencedor cruel, queria gozarse por mucho tiempo en el suplicio y en la ignominia del trono. Solos y sin amigos durante estos últimos dias, su dolor y su vergüenza pasaron sin testigos y sin consuelos. Sus corazones, fatigados de tantos ultrajes, no pudieron descansar en un poco de piedad. Al mirarse mutuamente, sus ojos no veian sino las mismas lágrimas y los mismos terrores.

A las tres de la tarde del lunes fueron Petion y Manuel con dos coches para conducirlos al Temple. El ayuntamiento, que podia llevar los presos de noche, quiso que el tránsito desde las Tullerías á la prision se hiciese en medio del dia, á paso lento y por los barrios más concurridos, para que la degradacion del trono tuviese la apariencia y la publicidad de una exposicion á la vergüenza ántes del suplicio. Petion y Manuel iban en el coche del rey. Una multitud innumerable formaba calle desde la puerta de los Fuldenses á la del Temple. Las miradas, las acciones, las injurias, las risas burlonas y los más repugnantes ultrajes se renovaron en todo el tránsito sin interrupcion. La debilidad de las mujeres y la inocencia de los niños enternecian en vano á algunas almas compasivas que les miraban furtivamente, pero que tenian que ocultar su enternecimiento por no pasar por traidores á la nacion. Petion tenia la costumbre de presidir estas marchas triunfales de la proscripcion. El fué quien habia conducido al rey desde Varennes atravesando por medio de la capital irritada, él fué el que habia visto al rey con el gorro encarnado en la invasion de palacio el 20 de Junio, y el que habia felicitado al pueblo al despedirlo, y él fué finalmente el que le condujo á la triste mansion desde donde debia salir al cadalso. Este hombre cruel no le evitó ninguna amargura en el camino, ni hizo nada para dulcificarle su caida, complaciéndose por el contrario en pasearle por medio de su humillacion para hacérsela saborear. Al pasar por la plaza Vendome le hizo reparar en la estatua derribada de Luis XIV, pisada por aquel mismo pueblo en donde por tanto tiempo habia reinado. El pueblo no queria ya rey ni nada que se lo recordase: todos los símbolos del trono estaban borrados ó mutilados en el camino que llevaban los coches; la mano del pueblo hacía desaparecer así anticipadamente una institucion que la Asamblea no habia destruido aún. El 10 de Agosto fué un decreto ambiguo de la victoria, que el ayuntamiento de Paris se apresuró á interpretar con la prision del rey. La vuelta de éste al trono era imposible; el ayuntamiento quiso demostrarlo. Luis XVI lo conoció, y cuando, despues de dos horas de marcha, los coches rodaron bajo las bóvedas del patio del Temple, habia ya abdicado el trono en su corazon y aceptado el patíbulo.

LIBRO VEINTICUATRO.

Los girondinos se ven en la precision de abdicar.—Disposiciones del ejército.—Lafayette se expatria.—Dumouriez presta juramento á la nacion.—Couthon.—Westermann emisario de Danton en el ejército.—Dumouriez reemplaza á Lafayette en el mando del ejército.—Gana la confianza de las tropas.—El ayuntamiento de Paris se arroga el poder ejecutivo.—Creacion de un tribunal criminal.—Marat prosigue en su idea de exterminio.—Danton la lleva á cabo.

I

Miéntas que la familia real, llegada al término de tantas agitaciones, se guarecia detras de las paredes del Temple y se establecia en su último asilo, la Asamblea, por conducto de Guadet, preparaba las reglas por las cuales debia nombrarse una Convencion, llamando á la soberanía directa y unánime al pueblo. Las asambleas primarias debian componerse de todos los franceses que tuviesen veintiun años y fuesen de condicion libre. Estas debian reunirse el 26 de Agosto, y dar á sus representantes unos poderes soberanos independientes de toda constitucion preexistente. La Convencion se reuniria el 20 de Setiembre. La Asamblea nacional y el poder ejecutivo nombrado el dia anterior no se reservaban sino el interregno del 12 de Agosto al 20 de Setiembre.

De esta suerte, el triunfo de los girondinos produjo inmediatamente su abdicacion. La Asamblea, que dominaban, se vió débil ante un acontecimiento que no tuvo valor de completar ni virtud para impedir. Se retiró, restituyendo al pueblo los poderes que de él habia recibido. El movimiento abortó en sus manos, y habiéndole cabido el gobierno en suerte, dejó á Francia á merced de la casualidad. Infiel á la Constitucion, rehusando dar su apoyo al trono, tímida ante la república, no tuvo ni plan, ni política, ni audacia, dando á todos los partidos el derecho de despreciarla. La historia la juzgará con más severidad que á ninguna de las asambleas que personificaron la revolucion. Colocada entre la Asamblea constituyente y la Convencion nacional, palideció ante aquellos dos grandes focos, á saber: el de las luces de la filosofía, y el de la voluntad revolucionaria de la nacion. Nada cambió, nada fundó, y sólo ayudó á derribar todo. Recibió de sus predecesores una Constitucion que mantener, un trono que reformar y un país que defender, y al retirarse, dejó á Francia sin Constitucion, sin rey y sin ejército, desapareciendo en un motin. Las únicas señales de su existencia fueron multitud de ruinas. ¿Deberá acusarse de esto á las dificultades de la época? Pero ¿fué ésta más fácil ni los acontecimientos ménos espinosos para la Asamblea constituyente en el juramento del Juego de Pelota, en el 14 de Julio, en las jornadas de Octubre y en la fuga del rey?

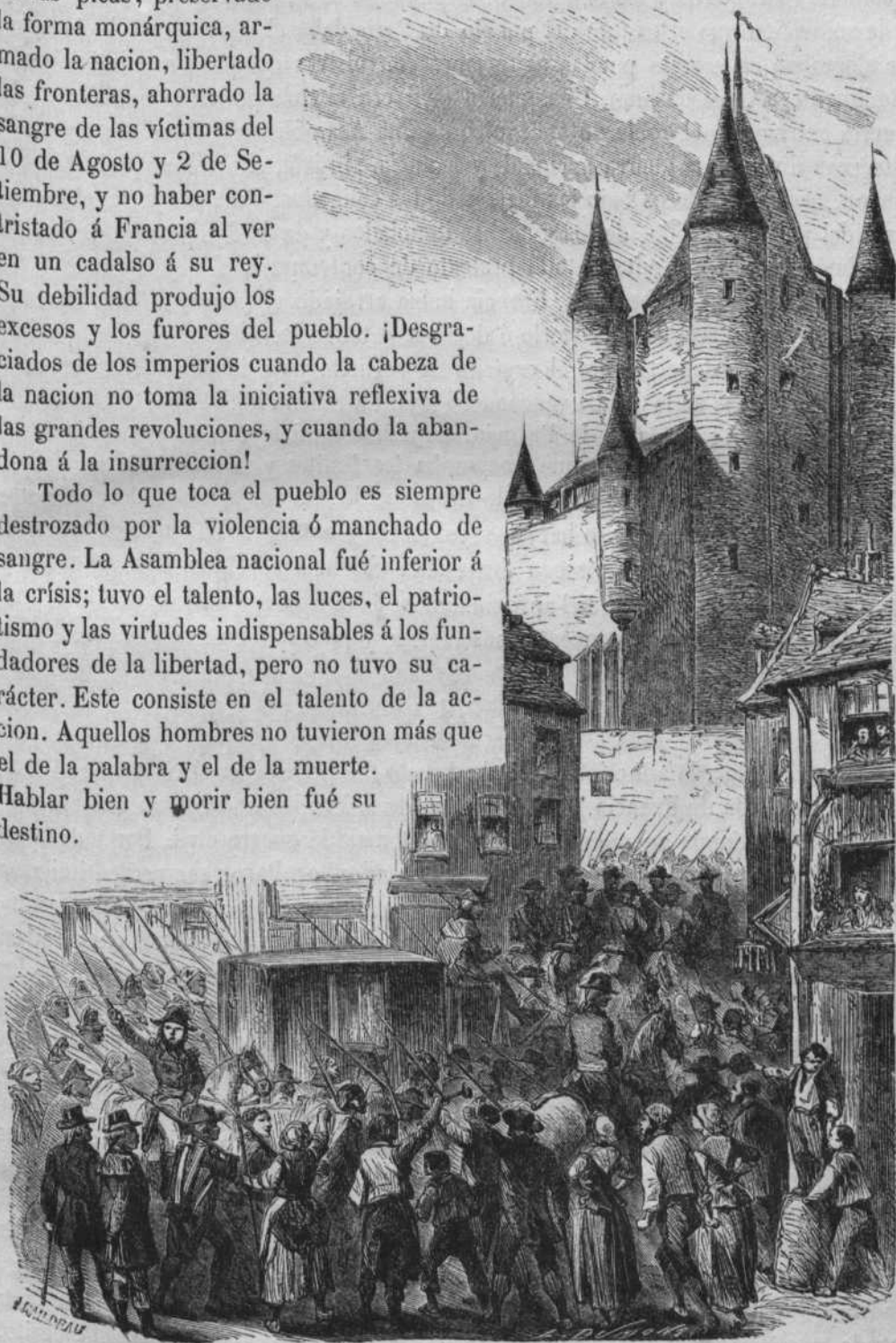
¿Fué acaso más dulce para la Convencion á su advenimiento en medio de la anarquía, en la proclamacion de la república, en la invasion de la Champagne, en la insurreccion de la Vendée y en el sitio de Lyon? Evidentemente que no; pero estas dificultades extremas hallaron en aquellos dos cuerpos una política y una voluntad iguales á lo apurado de las situaciones. Pero ¿en qué consiste esta diferencia entre unos cuerpos políticos salidos del mismo pueblo y obrando en la misma época? Osemos decirlo: consiste en que la Asamblea legislativa, nombrada por aborrecimiento á la aristocracia y sin completa confianza en el pueblo, fué escogida entre los partidos medios y moderados, que no son en tiempos de crisis sino las negaciones del bien y del mal, por cuya razon no tuvo en los elementos que la compusieron ni el espíritu político de las altas clases, ni el alma patriótica del pueblo. La Asamblea constituyente fué la representacion del pensamiento de Francia, y la Convencion la de la adhesion apasionada de las masas. La Asamblea legislativa no representó sino los intereses y la vanidad de las clases intermedias. Expresion de la clase media, honrada pero egoista en sus hábitos, no llevó al gobierno en estas dos crisis sino ideas medianas, pasiones vanas y la raquítica prudencia de esta parte de las naciones, cuya timidez es á la vez su virtud y su vicio. Supo escribir y hablar, pero no supo obrar. Tuvo oradores, pero no hombres de Estado. Mirabeau habia sido en la Asamblea constituyente la expresion soberana de aquella aristocracia que, despues de haberse ilustrado en los rangos elevados de las naciones con las sublimes luces de toda filosofía, aspira á la gloria de comunicarlas al pueblo, haciéndose revolucionaria por generosidad y popular por orgullo. Danton y Robespierre fueron la expresion terrible de las pasiones de un pueblo apenas emancipado, que quiere conservar á toda costa en el porvenir la revolucion que le han dado hecha, y que no trueca un interes por una idea, ni un principio por una vida. Brissot, Gensonné y Guadet no fueron sino discursistas, alguna vez sublimes, pero siempre impotentes. No tuvieron objeto determinado, ó si lo tuvieron, se colocaron constantemente demasiado léjos ó demasiado cerca, dando á la revolucion impulsos á veces muy débiles, otras demasiado fuertes, que la dejaron más acá ó la lanzaron más allá de sus ideas. Quisieron un poder, y lo minaron; temieron la anarquía, y sin embargo, conspiraron en favor de ella; desearon la república, y la aplazaron. La nacion se impacientó al ver esta indecision que la perdia, y verificó un molin en el cual desaparecieron.

El 10 de Agosto, el pueblo fué más hombre de Estado que sus jefes. Una crisis era inevitable, porque todo perecia en manos de aquellos legisladores que querian el movimiento sin sacudidas, la libertad sin sacrificios, la monarquía sin trono, la república sin oscilaciones, la revolucion sin garantía, la fuerza del pueblo sin su intervencion, y el patriotismo sin aquella fiebre del entusiasmo que da á las naciones el delirio y la fuerza de la desesperacion. Un pueblo no podia, sin estar demente, dejar que durase y se empeorase semejante estado de contradicciones. Francia iba á perderse, la Asamblea no tomaba el timon, y el pueblo se echó sobre él con el espíritu de las circunstancias y la temeridad de resolucion, que hace que se arriesgue todo para salvarlo todo cuando todo está perdido irremisiblemente. El mecanismo de la Constitucion no podia funcionar, un rayo de convencimiento le demostró que no se le podia recomponer. El 10 de Agosto le rompió.

Las lágrimas, la sangre y los crímenes de esta jornada no recayeron tanto sobre

el pueblo que la llevó á cabo, como sobre la Asamblea que la hizo inevitable. Si la Asamblea legislativa hubiera tenido la inteligencia necesaria, si hubiese tomado la dictadura, cubierto con un velo la Constitucion, suspendido y separado al rey y puesto el trono bajo tutela durante la crisis, pudiera haber evitado la intervencion de las picas, preservado la forma monárquica, armado la nacion, libertado las fronteras, ahorrado la sangre de las víctimas del 10 de Agosto y 2 de Setiembre, y no haber contristado á Francia al ver en un cadalso á su rey. Su debilidad produjo los excesos y los furores del pueblo. ¡Desgraciados de los imperios cuando la cabeza de la nacion no toma la iniciativa reflexiva de las grandes revoluciones, y cuando la abandona á la insurreccion!

Todo lo que toca el pueblo es siempre destrozado por la violencia ó manchado de sangre. La Asamblea nacional fué inferior á la crisis; tuvo el talento, las luces, el patriotismo y las virtudes indispensables á los fundadores de la libertad, pero no tuvo su carácter. Este consiste en el talento de la accion. Aquellos hombres no tuvieron más que el de la palabra y el de la muerte. Hablar bien y morir bien fué su destino.



La familia real es conducida al Templo.—Pág. 22.

II

El 10 de Agosto resonó de rechazo en todo el imperio y en toda Europa. Los gabinetes extranjeros y los emigrados, deplorando la catástrofe, la prision del rey y la animacion que el triunfo del pueblo de Paris daba al espíritu revolucionario, se alegraban en secreto por las agitaciones convulsivas en que Francia iba verosímilmente á despedazarse. Una guerra civil era el más poderoso auxiliar de la guerra extranjera; el gobierno anárquico de una Asamblea era el ménos á propósito para dirigir una guerra nacional, y Francia, sin jefe, sin unidad y sin Constitucion, caería á pedazos bajo las fuerzas de los coligados. Por otra parte, el escándalo del palacio violado, de los guardias inmolados y de la familia real envilecida por la insurreccion, quitaba todo pretexto de contemporizacion y miramientos á las potencias que dudaban aún. Francia habia arrojado el guante á todas las monarquías, y era necesario recogerlo ó declarar á todos los tiranos de Europa impotentes para sostenerse ante el espíritu de revuelta y de insurreccion, vencedor en todas partes si se le dejaba vencer en Paris. La misma Inglaterra, tan favorable hasta entónces á la reforma de Francia, empezaba á mirar con repugnancia aquel movimiento en los espíritus, que traspasaba los límites y la forma de su propia Constitucion. Francia, lanzándose á lo desconocido, se enajenaba todos los votos y todas las esperanzas que le habian seguido hasta entónces. El toque de exterminio de los tronos se hacía oir con demasiada violencia en Paris. Los coligados y los emigrados respondieron á él aproximándose á las fronteras. El duque de Brunswick tuvo más confianza, concentró sus fuerzas y principió su movimiento.

III

En el interior, la adhesion al 10 de Agosto fué general en el Norte, en el Este y en el Mediodía de Francia. Las campiñas de la Vendée se agitaron únicamente, y allí sólo fué donde aparecieron algunos síntomas de guerra civil. Por todas partes los realistas y los constitucionales, consternados, ocultaron sus presentimientos y su dolor. Los girondinos y los jacobinos se coligaron para hacer que las asambleas primarias nombrasen para la Convencion hombres de opiniones exageradas, de un temple enérgico y enemigos del trono. Francia conocia que la hora de los consejos tímidos habia pasado para ella, y que la patria no tenia más defensa que sus bayonetas. Necesitaba, tanto en sus consejos como en la guerra, hombres que no pudieran volver la vista atras; buscó estos hombres, los halló y los nombró, sin darles otro encargo que el de salvar la patria y la libertad.

El ejército, mandado por generales constitucionales y por oficiales aún adictos al rey, recibió con estupor las inesperadas noticias de la caida de la Constitucion y del triunfo de los jacobinos. Hubo algunos momentos de duda, de que un jefe hábil y acreditado hubiera podido aprovecharse para llevarlo contra Paris; pero la victoria no habia dado todavía á ningun general el derecho de desobedecer á un movimiento popular. El anciano Luckner, general en jefe, interrogado en Metz por la municipalidad y por el club sobre el partido que haria tomar al ejército, aprobó, aunque medio entre dientes, el golpe de Estado dado en Paris. Al otro

dia, habiendo recibido de Lafayette, su segundo, una noticia contraria, cambió de lenguaje y arengó á sus tropas para prevenirlas contra los incitadores al desorden que debian llegar de Paris. Viejo maniquí de guerra, é inhábil para entender la política, Luckner repelia como un niño todo lo que se le indicaba. La llegada de los comisionados de la Asamblea enviados á los ejércitos para ilustrarlos y contenerlos, le hizo mudar de lenguaje por tercera vez.

En Valenciennes, el general Dillon publicó en la orden del dia que la Constitucion habia sido violada, y que los perjuros debian ser castigados. Algunos dias despues, Dillon se retractó de lo dicho en una comunicacion oficial á la Asamblea. Montesquiou, en el ejército del Mediodía, se pronunció débilmente por el sostenimiento de la Constitucion. En Strasburgo, el corregidor Dietrich, el general Victor de Broglie y Caffarelli del Falga se indignaron del atentado cometido contra la persona inviolable del rey. El general Biron, amigo del duque de Orleans y sostenido por los jacobines de Strasburgo, ahogó el gérmen de la sublevacion y dió su ejército al partido vencedor. Sólo Lafayette tomó una resolucion y una actitud políticas.

Tenia éste su cuartel general en Sedan, capital de los Ardennes. Supo los acontecimientos del 10 de Agosto por un oficial de su ejército que se encontró en Paris durante el combate, y que habiendo logrado salir de las barreras, corrió á informar á su general de la matanza y de los decretos de aquel dia. Lafayette, viendo que se le habia adelantado la revolucion con aquel movimiento, se creyó obligado á detenerlo por medio de una federacion de su ejército y los departamentos. A falta de poder central á quien obedecer legalmente, pidió órdenes á las autoridades del departamento de los Ardennes. Su proyecto era formar una especie de congreso de los departamentos unidos. El centro de esta federacion se reconcentraria, á su modo de ver, en los tres departamentos de los Ardennes, del Aisne y del Meuse, sobre cuyas buenas disposiciones juzgó poder contar. No se prometia, sin embargo, el mejor éxito, pero él creyó de su deber intentarlo, y lo cumplió como ciudadano más bien que como jefe de partido. La Asamblea, informada de estas dudas del ejército, envió comisionados para separar del mando á los generales sospechosos.

Lafayette, á pesar de la generosidad de su carácter y á pesar de la abnegacion de su vida, se confió demasiado como jefe de partido en el poder solo de la ley. En vez de hacerse dueño de sus tropas poniéndolas en movimiento, las dejó que reflexionasen sin darles accion. Su entusiasmo por él y su adhesion á la Constitucion se enervaron por no haber sabido dar direccion á uno y otra. La Asamblea le destituyó el 19, y entonces vió que su fortuna le abandonaba, que perdía la popularidad, y que la revolucion se le huía de entre las manos é iba á volverse contra él. Resolvió, pues, expatriarse, y se condenó él mismo al ostracismo con que su país le iba á herir. Alejandro de Lameth, los dos hermanos Latour-Maubourg, Bureau de Puzy, patriota, militar y político eminente, sus ayudantes de campo y algunos oficiales le acompañaron en su fuga. Lafayette se proponia ir á Holanda, y de allí á América. Despues de una noche de marcha, cayó en poder de un destacamento enemigo. Reconocido y llevado á Namur, su nombre fué su crimen á los ojos de los generales del emperador. El jefe de la insurreccion francesa, el protector de Luis XVI, el general del pueblo de Paris, era una presa inesperada y

harto ruidosa para que los reyes aliados le dejaran generosamente retirarse del campo de batalla. Lafayette, separado de sus amigos y llevado de ciudadela en ciudadela hasta el calabozo de Olmutz, sufrió con la paciencia de la convicción un largo y odioso cautiverio. Mártir de la libertad, después de haber sido su héroe, su vida pública sufrió desde este día una interrupción de treinta años. La revolución le hizo figurar en la escena política. Sus amigos y sus enemigos reconocieron en él los mismos principios, las mismas virtudes y las mismas generosas ilusiones.

La expatriación de Lafayette y la sumisión de su cuerpo de ejército dejaron á la Asamblea sin inquietud respecto á las disposiciones de la tropa. Los girondinos, influyentes en el nuevo ministerio por Servan, Claviere y Roland, previendo una lucha inmediata con los jacobinos, conocieron la importancia de dar al ejército un jefe que les asegurase á la vez la victoria sobre los enemigos exteriores y un apoyo contra los del interior. Antiguos colegas de Dumouriez, sus resentimientos con este general cedieron ante la alta idea que este hombre les habia dejado de sus talentos. Por su parte Dumouriez, con su gran golpe de vista, habia sondeado el acontecimiento del 10 de Agosto y le habia juzgado. Las crisis no vuelven hácia atrás antes de haberse gastado por sí mismas, ó de haber acabado su obra. La crisis daba un paso hácia adelante, y era necesario avanzar con ella, porque si no, dejaría atrás á los indecisos. Dumouriez sintió la desgracia del rey, pero con rehusar el juramento á la nación se perdía, sin salvar á Luis XVI.

Por otra parte, cualquiera que fuese la forma de gobierno, siempre existiría una patria, y salvarla era la única política que convenia en semejantes momentos á un soldado: el campo de batalla era el camino del poder. Mientras que los otros generales se disculpaban con la necesidad ó usaban inútiles resistencias, Dumouriez, encerrado en su campo de Maulde, cerca de Valenciennes, desobedeció atrevidamente á Dillon, y se negó á hacer prestar á su ejército el antiguo juramento al rey, poniéndose desde luego á la obediencia de los acontecimientos. En aquel mismo momento se entabló una correspondencia secreta entre Servan, Roland y Claviere, sus antiguos colegas, y este general. Los girondinos se felicitaron por tener una cabeza y un brazo de su parte, y por otra los jacobinos anudaron con Dumouriez relaciones que la casualidad hizo nacer, y de las que la habilidad del general sacó mucho partido para engrandecerse.

IV

El jóven Couthon, amigo de Robespierre y diputado por la Auvernia en la Asamblea legislativa, estaba en estos momentos en los baños de Saint-Amand. Este pueblo estaba próximo de Valenciennes, y en las cercanías del campamento de Dumouriez. El general y el diputado se habian encontrado y hablado muchas veces. Este hombre tenia la aureola de sus presentimientos, y su verbosidad arrebatada á cuantos se le acercaban. Couthon quedó alucinado por esta seducción del talento de Dumouriez, como le habia sucedido á Gensonné. El adivinó en aquel hombre el salvador de la patria.

Couthon, jóven abogado de Clermont ántes de ir á la Asamblea nacional y después á la Convención, llevaba su fe en la revolución hasta el fanatismo, que

dulce y reflexivo entónces, fué sanguinario despues. El móvil de esta alma inflamada de amor y de esperanza hácia la humanidad, se convirtió en el cráter de un volcan interior contra los enemigos de sus ideas. Cuanto más agradables son los sueños del hombre, tanto más se irrita contra todo lo que se los estorba. Couthon era filósofo, de rostro agraciado, de mirada severa y de conversaciones graves y melancólicas. Una jóven esposa y un hijo alimentaban la ternura de su alma



Manuel (uno de los dos personajes que condujeron á Luís XVI al Temple).

y le consolaban en su enfermedad: Couthon estaba privado del uso de las piernas, y la causa de esta enfermedad hacía interesante su desgracia, porque era motivada por el amor. Atravesando una noche un barranco cenagoso de la Auvernia para ir furtivamente á hablar con la jóven que amaba, se extravió en la oscuridad. Sumido hasta el amanecer en el fango helado que se deshacia bajo el peso de su cuerpo, tuvo que luchar toda la noche con la muerte, y no pudo escapar sino tullido y casi helado. Entónces no se podia sospechar aún el destino futuro de Couthon. Todavía no se veia sangre en sus sueños.

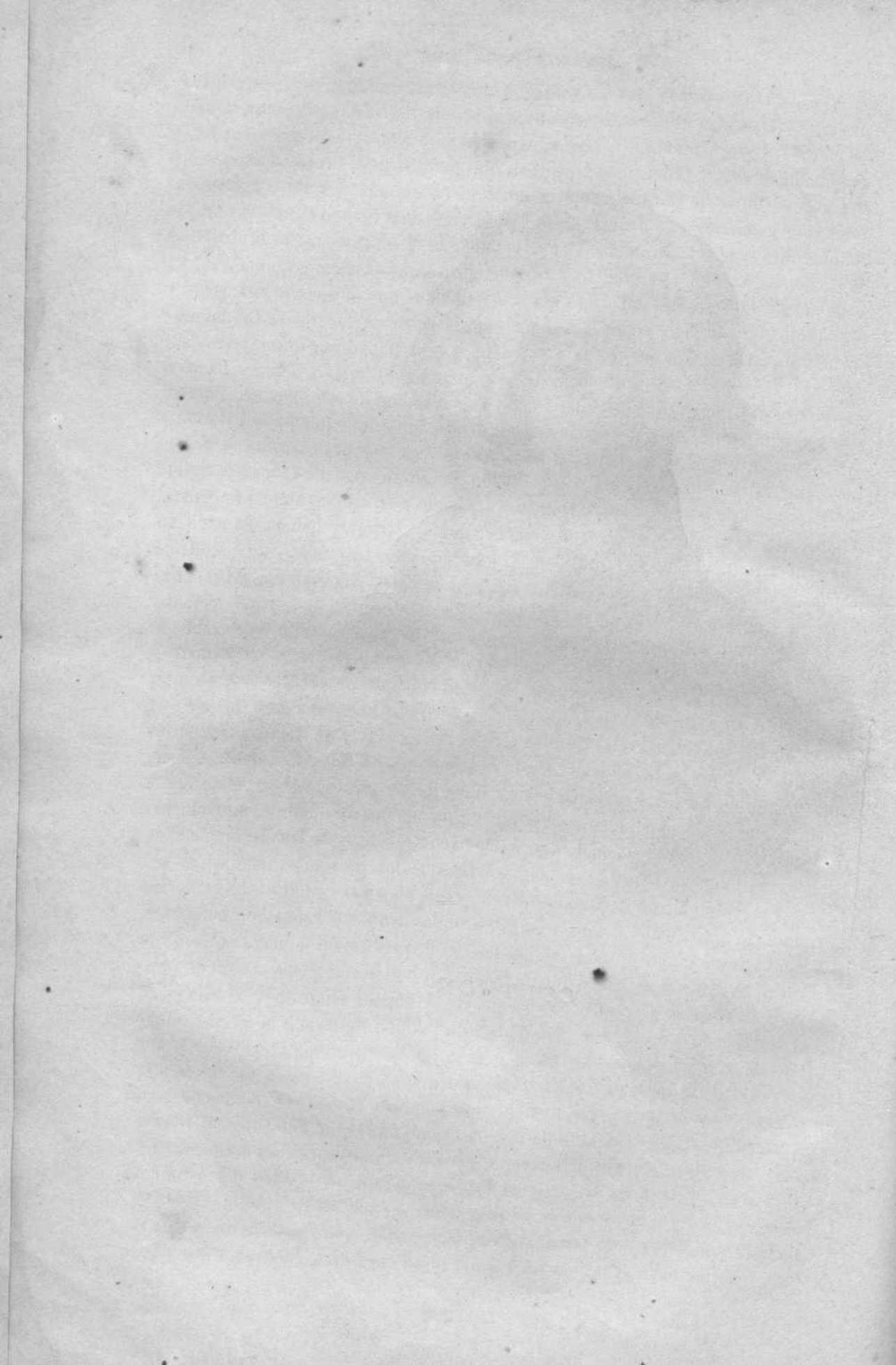
Los tres diputados enviados al ejército de Dillon, Delmas, Dubois-Dubais y Bellegarde, llegaron el 14 de Agosto á Valenciennes, con órden de destituir á Dillon y á Lanoue. Estos dos generales estuvieron remisos en reconocer el 10 de

Agosto. Arrepentidos y sumisos, imploraron perdon, y los tres comisionados iban ya á concedérselo, cuando Couthon se apresuró á ir de Saint-Amand á Valenciennes, y ponderando los talentos y energía de Dumouriez, obtuvo de la Asamblea para éste el mando de los dos ejércitos de Lanoue y de Lafayette. Westermann, amigo de Danton, que habia sido su hombre de guerra en la jornada del 10 de Agosto, y al presente su emisario en los ejércitos, despues de haber visitado el campo de Sedan, fué á Valenciennes, y pintó vivamente á Dumouriez el estado de desorganizacion del ejército de Lafayette, la desercion de los oficiales, el descontento de los soldados, el mal espíritu de los Ardennes y la violacion próxima del territorio, si el enemigo, dueño ya de Longwy, avanzaba sobre la Champaña. Westermann, animado de todo el fuego republicano que se respiraba en Paris, convenció á Dumouriez y le atrajo á su partido. El general, acostumbrado á tratar con las facciones y á entender á medias palabras las insinuaciones de sus jefes, comprendió que Danton queria tener un agente en el ejército en la persona de Westermann, é hizo de este jóven oficial el lazo de sus relaciones con Danton. Westermann, como todos los demas, fué atraído á su vez á la esfera del movimiento y del talento de Dumouriez. Comisionado para observarle, le admiró y le sirvió con ardor. El general, que empleaba á los hombres segun su mérito y no por su graduacion, á la primera mirada reconoció en Westermann un corazon marcial, un alma de fuego, un brazo de hierro. Desde entónces le llevó á su lado.

Dumouriez tomó durante la noche del 25 de Agosto sus disposiciones para la campaña de Bélgica, á la que aún no habia renunciado. Llamó de Lille al general Labourdonnaye que mandaba aquella plaza, le confió el mando del ejército de Valenciennes durante su ausencia, y salió para Sedan el 26, con Westermann, un solo ayudante de campo y su ayuda de cámara Bautista, cuyo valor y cariño hacía su amo hicieron despues de él uno de los instrumentos de su gloria y de las ventajas obtenidas por el ejército. El 28 llegó Dumouriez al campo de Lafayette, siendo recibido con la frialdad y las murmuraciones propias de un ejército que no conocia el jefe que se le daba, y que echaba de ménos al que habia tenido. Seguro del porvenir, el nuevo general no se intimidó por este recibimiento, despreciando las actitudes hostiles y fiándose en que el sentimiento de su superioridad le conquistaria los corazones. Sin equipaje y sin sus caballos, que aún no habian llegado, montó los de Lafayette para pasar revista á las tropas y arengarlas. La infantería se mostró melancólica pero firme, y la caballería casi sediciosa. Pasando por delante de las filas, oyó várias expresiones injuriosas contra él. «Este es el hombre—decian los soldados entre sí—que ha hecho declarar la guerra, y que es la causa de los peligros de la patria y de la sangre de nuestros hermanos derramada en Longwy.» Dumouriez, deteniendo el caballo y mirando con firmeza á los escuadrones, les dijo: «¿Hay alguno tan cobarde entre vosotros que sea capaz de aflijirse por la guerra, y que crea conquistar la libertad sin batirse?» Este breve apóstrofe produjo, si no la confianza, al ménos el respeto en aquellos oficiales y soldados. Las miradas de Dumouriez, la presencia de Westermann, el vencedor del 10 de Agosto, manchado aún con la sangre de los suizos y escudado con el entusiasmo que por él tenia el pueblo de Paris, impusieron á las tropas. Estas conocieron que por la toma de Longwy se hallaban entre las bayonetas de los prusianos y el desprecio de la nacion que las observaba.



COUTHON.



Tratóse entónces del plan de campaña que habia de seguirse, y desplegadas las cartas, calculadas las fuerzas respectivas y medidas las distancias sobre la mesa del consejo, Dumouriez abrió la sesion, exponiendo la situacion en que se hallaban y pidiendo consejos. Dillon fué el primero que tomó la palabra, mostrando sobre el mapa el punto de Chalons como la posicion de que era necesario apoderarse ántes que lo hiciese el enemigo, si se queria cortarle á tiempo la entrada en las llanuras de Francia y el camino de Paris; tomando el compas, midió la distancia de Chalons á Verdun y de Chalons á Sedan; mostró que el enemigo, inmediato ya á los muros de Verdun, estaba más cerca de Chalons que el ejército defensivo, y representó con energía y copia de razones que la conservacion de la capital importaba más á la nacion que la de los Ardennes, y concluyó por que se marchase aquella misma noche sobre Chalons, dejando al general Chazot y algunos batallones en el campo fortificado de Sedan. Todo el consejo fué de este parecer. Dumouriez aparentó aprobarlo con su silencio, y ordenó á Dillon que tomase el mando de la vanguardia y que se trasladase á la orilla izquierda del Marne, como si conviniese en efectuar el movimiento sobre Chalons; pero no era así. Apénas se despidió el consejo de guerra, cuando Dumouriez, viendo á su lado al ayudante general Thouvenot, cuyo aire pensativo y cuya fisonomía expresiva habian llamado su atencion durante el discurso de Dillon, se franqueó con él como con un confidente capaz de comprenderle y de concebir una grande idea. «La retirada sobre Chalons—le dijo—es un pensamiento sabio, pero la sabiduría de los grandes peligros es la temeridad. Es necesario engañar á la fortuna, mostrándose más confiado cuando ella es más adversa. Retirarse detras del Marne ante un enemigo numeroso y activo es dar á Francia una prueba de debilidad y de desaliento; es principiar la guerra por un movimiento á retaguardia, parecido siempre á una derrota; en fin, es abrir á los coligados las llanuras fértiles de Epernay y de Reims y facilitarles el camino de Paris, sobre el cual ningun obstáculo puede detenerlos desde el Marne.» Mostrando sobre la carta una larga línea de bosques que se extiende desde Sedan á Sainte-Menehould, entre Verdun y Chalons, cuyo nombre, desconocido entónces, fué despues nacional, dijo á Thouvenot: «Hé aquí las Termópilas de Francia. Si tengo la felicidad de llegar ántes que los prusianos, todo se salva». Este movimiento oblicuo de Dumouriez, en vez de alejar al ejército frances de los prusianos, lo aproximaba á ellos y le fijaba audazmente un campo de batalla en el mismo terreno que ocupaban ya; porque desde Verdun, en donde estaba el rey de Prusia, hay ménos distancia que de Sedan, en donde se hallaba el ejército frances, para trasladarse al centro del bosque de Argonne. Thouvenot se convenció por el entusiasmo con que este rayo de talento iluminó de pronto la ojeada militar de Dumouriez, y adoptó la idea como si él la hubiese concebido. Subyugado por la superioridad de carácter é inteligencia que descubria en su jefe, fué desde este dia su segundo y su amigo. Era uno de esos hombres cuya alma se adormece en la oscuridad de los puestos secundarios, hasta que una mano hábil toca al resorte que debe moverle. Estimaba á Lafayette, pero tuvo una especie de culto por Dumouriez. Buen oficial á las órdenes del primero, fué un héroe á las del segundo. Los hombres hacen á los hombres: el alma de un ejército es su general.

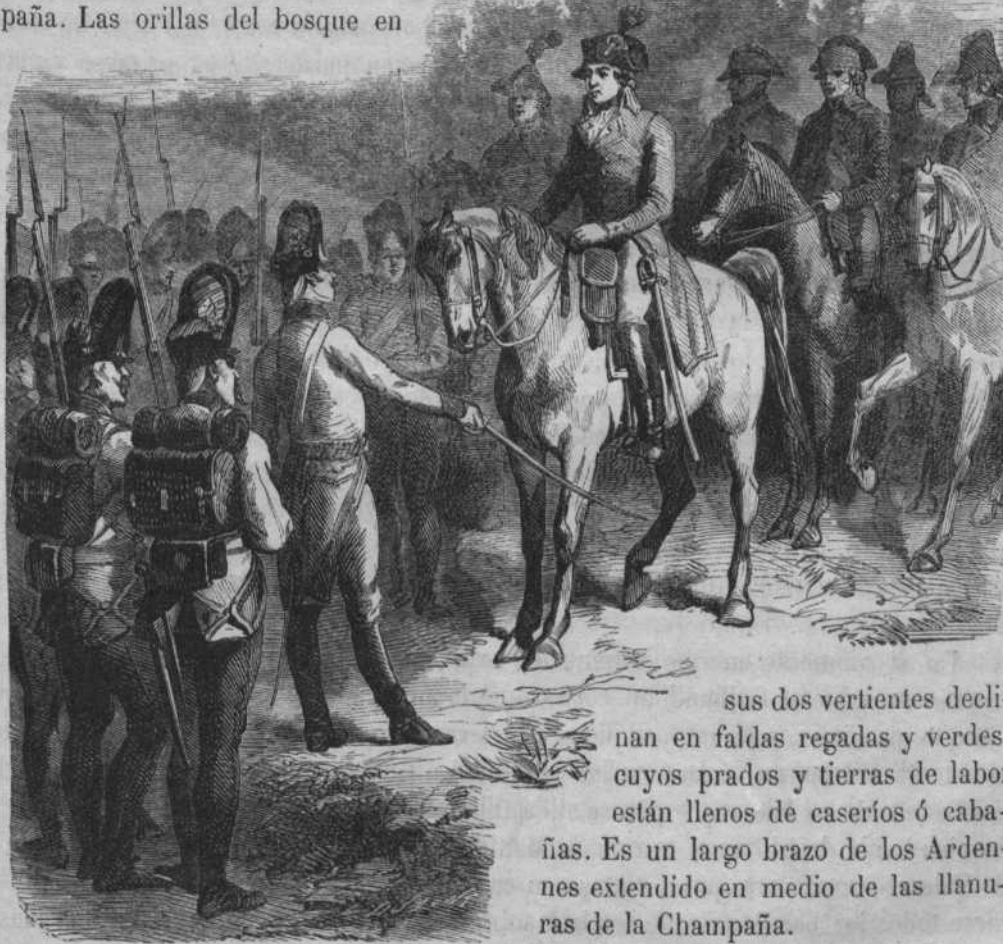
Dichoso por haber sido comprendido, Dumouriez, que no se habia acostado desde el dia anterior á su salida de Valenciennes, encargó á Thouvenot que arre-

glase los detalles de aquel movimiento, y durmió algunas horas con esta idea. Las grandes resoluciones calman á los grandes corazones; Dumouriez estaba seguro con anticipacion del buen éxito del partido que habia tomado. Cuando se despertó envió orden á Beurnonville, á quien habia dejado en Valenciennes, para que le trajese nueve mil hombres de infantería y caballería, inútiles por el momento en el campo de Maulde, é hizo partir por todos los caminos correos y oficiales expertos para informar á Luckner de sus movimientos é informarse de los de aquel general. Preveníale que iba á llamar sobre el Argonne todo el peso de un ejército de ochenta mil prusianos, y le designaba el punto probable en que se verificaria la reunion del ejército de Metz y el de Sedan, reunion que si podia efectuarse, señalara el sitio de la batalla y salvaria á la patria. Tomó de los arsenales de la Fere y de Douai las municiones de guerra de que carecia, y finalmente, nombró los generales que debian reemplazar á los que habia arrastrado Lafayette en su fuga. Dangest, Diettmann, Ligneville, Chazot y Miaczinski, oficiales queridos de los soldados, recibieron el grado de tenientes generales y mariscales de campo. Su estado mayor, incierto, descontento, lleno de dudas y murmuraciones, lo compuso de hombres que le debian su fortuna y á los que él encadenaba á la suya. El ejército tenia ya una cabeza; en veinticuatro horas esta cabeza tuvo brazos. Dumouriez comunicó al ministro de la Guerra Servan su plan de defensa, é instruyó confidencialmente á Danton, por medio de Westermann, de la resolucion temeraria que habia concebido.

Advertido tambien por Westermann de las convulsiones patrióticas con que Danton meditaba agitar á Francia para lanzar miles de defensores á las fronteras, Dumouriez indicó á Chalons y Sainte-Menehould para que acampasen los voluntarios que llegasen del interior. Proveyó estos dos campos de los víveres y forrajes necesarios para hombres y caballos. Siempre á caballo ó en el consejo, se multiplicaba personalmente para darse á conocer á todos los cuerpos, borrando de este modo la memoria de Lafayette para reemplazarlo en todos los corazones. Lafayette era más ciudadano; Dumouriez fué más soldado. El ejército se le entregó todo entero, y él lo manejó á su gusto, dividiéndolo en distintos cuerpos y poniendo á la cabeza de cada uno de ellos un general responsable con su gloria de la conducta de los soldados que tenia á sus órdenes. Habiendo destacado el dia anterior al general Dillon, como se ha visto, con la vanguardia, con el designio de llevarla á la extremidad del bosque de Argonne y separarse por muchos dias de esta parte de su ejército, formó otra segunda vanguardia al mando de Stengel, valiente y atrevido coronel de los húsares de Bercheny. La resistencia de Verdun, al ménos por algunos dias, era necesaria para la ejecucion de sus planes y despliegue de las tropas en las diferentes posiciones que queria ocupar en el Argonne; para esto, hizo marchar á aquella plaza al general Galbaud con un refuerzo de tres mil hombres, á fin de que se prolongase todo lo posible la defensa. Tomadas estas disposiciones, estudió más de cerca el terreno sobre que iba á establecer al ejército frances, la importancia de los diferentes puestos que tendria que cubrir, y los medios de hacerle llegar ántes que los coligados á los desfiladeros, de los cuales el enemigo, mayor en número, estaba más cerca que él. Era preciso el mayor secreto, pues si su idea se hubiera traslucido, hubiese abortado el plan; un mero indicio era suficiente para echarlo todo á perder.

V

El bosque de Argonne tiene quince leguas de largo desde Sedan á Sainte-Menehould; su ancho es desde dos hasta cuatro leguas en una proporcion muy desigual. Está situado sobre un terreno montuoso, y cortado por rios, estanques, arroyos, pantanos y barrancos, que uniendo nuevos obstáculos á los peculiares del bosque, hacen de él una barrera impenetrable á la marcha de un ejército. Este bosque separa las ricas provincias de los Tres Obispos de las llanuras estériles de la Champaña. Las orillas del bosque en



Prision de Lafayette.—Pág. 27.

sus dos vertientes declinan en faldas regadas y verdes, cuyos prados y tierras de labor están llenos de caseríos ó cabañas. Es un largo brazo de los Ardenes extendido en medio de las llanuras de la Champaña.

No se puede atravesar este bosque sino por cinco claros que la configuracion natural del terreno, el lecho de las aguas, los desmontes y la linea de los caminos han trazado y allanado en su espesor. Estos cinco pasos, ocupados, fortificados y defendidos, cubren á la Francia central. El primero de ellos y el más inmediato á Sedan es el de *Chene-le-Populeux*, que es ancho y sin obstáculos naturales y da paso al camino de Rethel á Sedan. El segundo se llama la *Croix-au-Bois*, y no es más que un camino hondo para los leñadores. El tercero es el desfiladero de *Grandpré*, situado en el centro del bosque. La naturaleza ha dispuesto esta ave-

nida para campamento de un ejército defensivo: un anfiteatro situado entre dos ríos que le cubren, limitado por el bosque que protege sus costados, descende rápidamente por el lado enemigo, dando á las tropas establecidas en esta posición la superioridad del nivel, la seguridad de sus alas y un glacis natural á la muralla que coronen con sus fuegos; el camino de Stenay á Reims lo atraviesa. El cuarto es el desfiladero de la *Chalade*, que pone en comunicación las ciudades de Varennes y Sainte-Menehould. En fin, el quinto es el desfiladero de las *Isletas*, que sale al camino real de Verdun á Paris. Al otro lado de las *Isletas*, el bosque se allana y va á concluir en la aldea de Passavant y en las llanuras que se extienden sin ondulaciones hasta Bar.

Tal era la barrera en que Dumouriez, con un ejército de veintisiete mil combatientes, quería oponerse á noventa mil hombres entusiasmados por sus primeras ventajas é impacientes por esparcirse en la Champaña y correr á Paris. Lo más difícil era llegar á tiempo. Dos partidos se ofrecían para esto: el primero y más seguro era hacer desfilar al ejército desde Sedan á Vouziers y Sainte-Menehould, cubriendo su marcha con el mismo bosque, dejando el llano de Argonne entre el enemigo y su ejército, y el segundo, marchar á los desfiladeros de Argonne al descubierto por la falda exterior del bosque, y no hacer caso del general Clairfayt, que estaba ya en Stenay con veinte mil hombres. El primero de estos dos caminos era la mitad más largo, hacia perder tiempo y tenía el doble inconveniente de poner de manifiesto la intención del general y provocar á Clairfayt y al duque de Brunswick á ocupar los primeros, uno el desfiladero de Grandpré, y otro el de las *Isletas*. Tomados estos puestos por los prusianos, rechazaban al ejército francés sobre Chalons y bien pronto sobre Paris. El segundo conducía en tres jornadas la vanguardia de Dillon á las *Isletas*, y á Dumouriez en dos á Grandpré; pero para ejecutarlo era necesario ponerse delante de Clairfayt, que distaba sólo seis horas de Grandpré, mientras que Dumouriez estaba aún á diez, ó engañar é intimidar á Clairfayt lanzándose directamente sobre él en Stenay y rechazándolo detras del Meuse.

En el momento en que Dumouriez se determinó por este golpe de audacia, recibió del general Galbaud un correo que le anunciaba el sitio de Verdun por el ejército prusiano, y la imposibilidad de llevar socorros á esta plaza, sitiada por cincuenta mil hombres. Dumouriez respondió á Galbaud que se replegase sobre el desfiladero de las *Isletas* y esperase allí á Dillon. Escribió también al general Duval, á quien había dejado en el campo de Maulde, en su antiguo ejército, cuando salió de Valenciennes, para que levantase su campo, se reuniese al de Maubeuge, recogiese todos los batallones que estaban sobre su derecha y se uniese á él á marchas forzadas, indicándole que debía ocupar el desfiladero de Chene-le-Populeux, cerca de Sedan.

Sin inquietud respecto á este paso, cubierto por algunos días por la duración probable del sitio de Stenay, Dumouriez no dudaba que Duval llegase á tiempo para cerrarlo; pero aquél se descuidó. El 31 de Agosto se principió el movimiento. El general Miaczinski tuvo orden de dar un ataque falso sobre Stenay, Dillon de sostenerle y situarse frente de esta ciudad. Miaczinski, á la cabeza de mil quinientos hombres, atacó heroicamente á la vanguardia de Clairfayt, la rechazó hasta detras del Meuse, y libró por un momento á Stenay. Dillon, en lugar de sostener á

Miaczinski, permaneció inmóvil con el resto de su vanguardia en Mouzon, á la orilla del bosque, y ordenó tambien á Miaczinski, que habia vencido, que se retirase. Esta falta de Dillon podia comprometer todo el plan del general en jefe.

Fiándose en las órdenes que habia dado y creyendo á Dillon en Stenay, Dumouriez movió la masa de su ejército el 1.º de Setiembre y se trasladó á Mouzon. Admirado de encontrar allí á Dillon, continuó la marcha y se trasladó al frente de Stenay para renovar por sí mismo la demostracion de un ataque contra Clairfayt. Dumouriez estuvo acampado dos dias frente á este general como para ofrecerle la batalla, mientras que Dillon ganaba el desfiladero de las Isletas, adonde llegó la vanguardia, en fin, el 3 de Setiembre. Clairfayt permaneció inmóvil. Los diferentes cuerpos de Dumouriez tomaron posicion en los desfiladeros que se les habia señalado. Volviendo él mismo á toda prisa sobre su derecha, entró con los quince mil hombres que formaban su centro en el desfiladero de Grandpré, y sentó su campo entre el Aire y el Aisne, que son dos rios que lo circuyen por vanguardia y retaguardia; la artillería la colocó á su espalda por cima del campo en la aldea de Senue; su vanguardia, á las órdenes del valiente coronel Stengel, delante del Aire, teniendo la retirada segura por dos puentes que la unian al campo. La disposicion del campamento de Grandpré era tal, que para forzarlo el enemigo tenia precision de atacar todos los puestos, que estaban defendidos por una formidable vanguardia, pasar el rio Aire sin puentes, y desembocar, en fin, en una cuenca descubierta y reducida, bajo el triple fuego del castillo de Grandpré, de la artillería de posicion de la aldea de Senue, y en fin, de los cañones que cubrian el frente del campo. Centinela de este camino de fuego, que era indispensable franquear para penetrar en el corazon de Francia, Dumouriez esperaba allí que se levantase detras de él.

VI

Ya era tiempo. Longwy acababa de ser tomado en dos dias. Verdun estaba comprometido. Los ejércitos del rey de Prusia y los del emperador, largo tiempo hacia que, contenidos en la inaccion por lo indeciso de su generalísimo, iban á recibir de su impaciencia y del 10 de Agosto un impulso que sus jefes aún rehusaban darles.

El duque de Brunswick, despues de la apertura de esta campaña, tenia por sistema la contemporizacion; pero retardando el ataque, daba á la defensa lugar para prevenirse. La guerra ofensiva no debe dar tiempo, así como la defensiva debe disputarlo por instantes; porque el tiempo, que gasta las fuerzas de los ejércitos de invasion, es el primer auxiliar de las guerras nacionales. El duque de Brunswick, acostumbrado á las maniobras sábias y estudiadas de la estrategia alemana, procedia con la circunspeccion y la lentitud de un jugador de ajedrez. La lucha iba á entablarse entre la habilidad de la profesion y el entusiasmo: el hábil estratégico debia ser vencido por éste.

Estas dilaciones eran por otra parte favorables á las negociaciones que se cruzaban en el cuartel general de los coligados. Se ha visto ya que en la conferencia de Coblenza se habia convenido entre el emperador y el rey de Prusia que los emigrados franceses no se reuniesen á los ejércitos de operaciones, por temor de irritar á Francia contra el yugo que una nobleza impopular queria imponerle con

las armas en la mano. El marqués de Bouillé, consejero militar del rey de Prusia, propuso que se dulcificase esta medida, que hería á los emigrados. En consecuencia, se convino en que se les dividiera en tres cuerpos: uno de diez mil nobles, que se uniría al grande ejército del duque de Brunswick, y los otros dos, de cinco mil nobles cada uno, serían empleados, uno bajo las órdenes del príncipe de Condé en Flandes, y el otro á las del duque de Borbon en el Rhin. Estos tres cuerpos de emigrados, distribuidos de esta suerte, no debían, sin embargo, marchar sino en segunda línea, tanto para evitar que manchasen sus armas en la sangre francesa, como para que se les reuniesen á retaguardia del ejército de operaciones los desertores y los regimientos enteros que la defección de los cuerpos franceses les prometía.

Las negociaciones contradictorias del baron de Breteuil, de Mr. de Calonne y de Mr. de Moustier complicaban también la marcha de los negocios y suspendían la acción de las potencias. El baron de Breteuil, representante de Luis XVI, se oponía en su nombre á que los gabinetes extranjeros reconociesen en Francia otra autoridad legítima que la del rey. Mr. de Calonne, agente de los príncipes y su plenipotenciario en Coblenza, reivindicaba la regencia para el conde de Provenza durante la imposibilidad conocida ó la cautividad disfrazada de Luis XVI. Mr. de Moustier, enviado por el conde de Provenza para reemplazar á Mr. de Calonne, que se había hecho odioso á los emigrados, insistía enérgicamente por obtener el reconocimiento de los derechos del conde de Provenza á la administración del reino reconquistado. Rusia favorecía esta ambición del príncipe por explotar un reinado ideal. El emperador, por insinuación secreta de su hermana María Antonieta, que temía la dominación de sus cuñados, se resistía á declarar de hecho la suspensión del rey, cuya autoridad desconocida por sus vasallos iba á restaurar. En las conferencias, á que asistieron el rey de Prusia, el duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe y el príncipe de Nassau, no resolvieron nada.

La noticia del 10 de Agosto llegó en fin al cuartel general de los coligados. En vano el duque de Brunswick quiso contemporizar todavía; el ascendiente del rey de Prusia violentó su indecisión. «Si no podemos llegar á tiempo para salvar al rey,—exclamó en el consejo de guerra,—marchemos á lo ménos para salvar el trono.» Al otro día, el ejército se puso en marcha. El 19 de Agosto, después de haber andado cuarenta leguas en cinco días, atravesó la frontera y se acampó en Tiercelet, en donde se operó su reunión con el cuerpo austriaco del general Clairfayt.

A este paso decisivo, el duque de Brunswick dudó de nuevo, y habiendo pedido la celebración de otro consejo general, representó al rey que auguraba mal de una guerra de invasión emprendida en el corazón de un país cuya energía insurreccional llegaba hasta aprisionar al rey y asesinar á sus guardias. «¿Quién sabe—añadió—si nuestra primera victoria será la señal para la muerte del rey?» Federico Guillermo, afirmado en su resolución por los consejos del conde de Schulenburg, su ministro, y por los jefes emigrados, deseosos de volver á su patria, acogió con un disgusto visible la eterna circunspección de su general. «Por cruel que sea la situación de la familia real,—dijo,—los ejércitos no deben retrogradar. Deseo con toda mi alma llegar á tiempo para libertar al rey de Francia; pero ante todo, mi deber es salvar á Europa.»

El 20, el ejército atacó la fortaleza de Longwy. El bombardeo, principiado en la noche del 21 é interrumpido por una tempestad en que el fuego y los torrentes de agua que caian del cielo apagaron el de los sitiadores, empezó de nuevo á la mañana siguiente. Trescientas bombas que cayeron en la plaza y algunas casas que se incendiaron, determinaron al gobernador Lavergne á una capitulacion que comenzaba la campaña por una deshonra. La desercion de Lafayette, anunciada al mismo tiempo á los coligados, llenó sus corazones de doble alegría. Si el duque de Brunswick se hubiese aprovechado de este fervor del ejército y de esta muestra de la fortuna para operar con prontitud en la frontera central, nada podia detenerle hasta los muros de Paris. Dejando algunos miles de hombres al frente de Thionville, podia arrojarle con una masa imponente sobre el ejército de Lafayette, privado de su general y no regido aún por la mano de Dumouriez. Este ejército, desorganizado y sofocado por el número, tenia que sucumbir infaliblemente. Podia tambien apoderarse ántes que Dumouriez de los desfiladeros del Argonne, única barrera natural entre el Marne y Paris, y caer sobre la capital ántes que el patriotismo de los departamentos la hubiese cubierto con un muro de voluntarios. El duque de Brunswick no tomó ni el uno ni el otro de estos dos partidos, no hablando sino de prudencia y de probaturas en el momento en que la única prudencia era ser temerario. O el duque de Brunswick fué engañado por su talento, ó engañó á la causa que los reyes de Europa le habian encomendado. El mitigó el ardor de Federico Guillermo á fuerza de oponerle obstáculos, perdiendo diez dias en esperar refuerzos, como si no tuviese bastante con setenta y dos mil hombres para atacar á diez y siete mil esparcidos en débiles destacamentos sobre una línea de quince leguas que hay desde Sedan á Sainte-Menehould. Todo fué pretextar motivos para amortiguar su propio ejército. El rey de Prusia, vacilante entre su respeto por la antigua gloria militar de su generalísimo y la evidencia de sus faltas, rehusó por mucho tiempo reconocer que el corazon del duque de Brunswick detenia su brazo, y que atacaba con disgusto una causa que le habia ofrecido y aún le ofrecia una corona. ¿Veia acaso el duque la eventualidad de esta corona como premio de sus miramientos con la Francia revolucionaria? Su actitud dió margen á tal sospecha, y su retirada la confirmó. Las causas naturales son insuficientes para explicar tanta debilidad ó tanta complicidad.

Durante estos diez dias, Verdun sucumbió; pero Dumouriez habia creado en los desfiladeros del Argonne unas trincheras y un ejército más inexpugnable que las guarniciones y las murallas de que el enemigo se apoderaba á fuerza de tiempo. El ejército coligado no compareció hasta el 30 de Agosto sobre las alturas del monte de San Miguel, que domina á Verdun. El rey de Prusia y el duque de Brunswick ocuparon á Grand-Bras, sobre la orilla derecha del Meuse por bajo de la ciudad. Verdun estaba débilmente fortificado, pero era capaz de resistir cierto tiempo un sitio. Tenia una guarnicion de tres mil quinientos hombres mandados por el coronel Beaurepaire, oficial valiente y patriota, digno de los tiempos antiguos. El bombardeo principio el 31 é incendió muchos edificios; la plaza contestaba mal al enemigo; las piezas no tenian suficiente dotacion de artilleros, ni cureñas de re-puesto; la poblacion era realista y temia el asalto. El rey de Prusia ofreció una suspension de armas de algunas horas, y la plaza la aceptó.

Un consejo de defensa, compuesto de habitantes y magistrados civiles á los que

la Asamblea legislativa habia confiado la autoridad suprema en las poblaciones declaradas en estado de sitio, se reunió. Este consejo de guerra decidió que la ciudad no estaba en estado de resistir. Beaurepaire y sus principales oficiales, en cuyo número se contaban los jóvenes tenientes que despues fueron los generales Lemoine, Dufour y Marceau, nombres famosos en nuestras guerras futuras, se opusieron en vano á una capitulacion prematura. Convenian en que la plaza no podia sufrir un largo sitio, pero al ménos querian que cayese con honra. El consejo se precipitó en el oprobio, y la capitulacion quedó decidida.

Beaurepaire, rechazando la pluma que le presentaban para firmar, dijo: «Señores, he jurado no entregar más que mi cadáver á los enemigos de mi patria. Sobrevivid á vuestra vergüenza si podeis. En cuanto á mí, fiel á mis juramentos, ved aquí mi última determinacion. Yo muero libre. Lego mi sangre en oprobio á los cobardes, y en ejemplo á los valientes». Al concluir estas palabras, se tiró un pistoletazo en el pecho. Este acto de heroísmo ni aún avergonzó á los miembros del consejo. Hicieron quitar de allí el cadáver, y firmaron la rendición de Verdun.

Las jóvenes de las principales familias de la ciudad, ataviadas con sus mejores trajes, fueron procesionalmente á arrojar flores al rey de Prusia á su entrada en la ciudad. Este crimen, disculpable por la edad, el sexo y la inocencia, las condujo despues al cadalso. La guarnicion salió con los honores de guerra. Un furgon, tirado por caballos negros y cubierto con una bandera tricolor en vez de paño mortuario, condujo el cuerpo de Beaurepaire, que los soldados no quisieron dejar en poder de sus enemigos. La Asamblea legislativa concedió honores fúnebres á Beaurepaire, y su corazon se depositó en el Panteon. El joven Marceau, cuyo elocuente enojo habia protestado contra la capitulacion, se hizo acreedor á la admiracion pública. Habia perdido éste al salir de Verdun sus armas, sus caballos y su equipaje. «¿Qué quereis que la nacion os dé?»—le preguntó un representante del pueblo comisionado en el ejército de Dumouriez. «Mi sable»,—respondió lacónicamente Marceau.

VII

La noticia de la fuga de Lafayette, de la entrada del ejército coligado en el territorio, la toma de Longwy y la capitulacion de Verdun, resonaron en Paris como un trueno, y la consternacion se veia pintada en todos los semblantes. Teniendo á los extranjeros á seis jornadas de la capital, la traicion en el ejército, la cobardía en las ciudades, el espanto en las campiñas, la alegría secreta en el corazon de los cómplices de los conjurados; con un gobierno trastornado, una Asamblea disuelta, una catástrofe en un interregno, y una guerra extranjera en una guerra civil, nunca Francia habia estado más próxima á los dias siniestros que presagian la disolucion de las naciones. Todo estaba muerto para ella ménos la voluntad de vivir. Sólo el entusiasmo por la patria y por la libertad la sostenia. Abandonada por todos, ella no se abandonó á sí misma; no le faltaban más que dos cosas para salvarse, que eran el tiempo y la dictadura. ¿El tiempo? El heroísmo de Dumouriez se le dió. ¿La dictadura? Danton la tomó bajo el nombre del ayuntamiento de Paris. Todo el intervalo que medió desde el 10 de Agosto al 20 de Setiembre, Danton fué el único gobierno. Dominando al ayuntamiento, sujeto servilmente á él, fomentaba y dirigia las voluntades y llevaba al Consejo de minis-

tros la omnipotencia que tomaba en la casa de la ciudad. Hablaba como otro Mario, que no quería ver en sus colegas más que instrumentos de su voluntad. El filósofo Roland, el hacendista Claviere, el geómetra Monge, el diplomático Lebrun y el militar Servan carecían del talento, de la acción y de la perversidad de las crisis en que su ambición los había arrojado. Danton era el único hombre de Estado del poder ejecutivo; también era su única voz. Ninguno de estos hombres de pluma, envejecidos en las cancillerías ó en las secretarías, sabía el idioma acentuado de las pasiones. Danton lo había aprendido en su larga práctica de sediciones y motines: el pueblo conocía su voz, y alborotaba ó calmaba al populacho con un gesto. Aterraba á la Asamblea, y hablaba ménos como ministro que como mediador que protege y reprende. Sus consejos eran órdenes. Apoyándose en su popularidad, proponía en términos fulminantes, oscuros y breves sus plebiscitos en la barra, y se apresuraba á volver al misterio de sus conciliábulos, á las intrigas de sus agentes ó á las juntas secretas de la municipalidad. El aturdimiento que impuso por su superioridad se revelaba en todo; la precisión de su talento, la energía de su patriotismo, el vigor de sus consejos y el volcan de su alma ponían á los partidos bajo su dependencia. Poseyendo los hilos de todas las tramas, las hacía obrar, tan pronto mostrando como tan pronto ocultando su mano. No se dignaba tampoco disfrazar su desprecio por Roland. El ponía la vista y la mano en la administración de todos sus colegas: dirigía la guerra, la hacienda, el interior y las negociaciones sordas con el extranjero. Roland murmuraba en secreto y se quejaba con su mujer de la insolencia y de la universalidad de atribuciones que afectaba Danton: humillado por la supremacía de su colega y espantado de sus instintos, conocía que el 10 de Agosto huía de las manos de su partido, y que en vez de darse un auxiliar en la persona de Danton, los girondinos se habían dado un dueño. Roland cedió por lo tanto, esperando levantarse en la próxima Asamblea, y se ciñó sólo á los pormenores puramente administrativos del ministerio del Interior, consolándose de este papel desairado en sus confidencias con Brissot, Guadet y Vergniaud.

Danton, sin embargo, no descuidaba nada para unir el poder de la seducción al de la intimidación sobre Roland, tratando de complacer á su mujer, conociendo el ascendiente que tenía con su marido. Madama Roland veía con la repugnancia delicada é instintiva de su sexo la presencia de Danton en el poder ejecutivo. Este tribuno sin gracia, sin moralidad y sin principios era, según ella, una concesión humillante de los girondinos al miedo. «Es una vergüenza—les decía á sus confidentes—que el Consejo se manche con Danton, cuya fama es tan mala.» «¿Qué queréis!—le respondía Brissot.—Es necesario tomar la fuerza en donde se encuentre.» «Mas hubiera valido—replicaba ella—no investir del poder á semejantes hombres, ya que no es fácil impedirles que abusen de él.»

Ella soñaba en un Consejo de ministros compuesto de republicanos firmes, moderados é incorruptibles, tales como los había leído en Plutarco. Veía, en lugar del talento y la virtud antigua, la complacencia de Monge, que temía á cada mirada de Danton ser denunciado por él á la sospecha de la municipalidad; la indiferencia de Servan por todo lo que no era de la competencia del ministerio de la Guerra, la medianía de Lebrun y la turbulencia é inmoralidad de Danton. Recibía, sin embargo, en su casa las visitas del joven ministro al principio de su ministerio,

á veces ántes de la hora del Consejo, que Danton retardaba para tener tiempo de hablar con ella, y á veces en convites de intimidad, en donde reunia algunos amigos para hablar de los negocios públicos. Danton llevaba ordinariamente consigo á Camilo Desmoulins y á Fabre d'Eglantine. La conversacion de Danton respiraba patriotismo, abnegacion y ardiente deseo por la concordia con sus colegas. Sus palabras, el eco de su voz, el acento de sinceridad y, por decirlo así, la serenidad de su entusiasmo, ilusionaban por un momento á madama Roland, creyendo que la mala fama que tenia este hombre era una calumnia, y que verdaderamente poseia las virtudes salvajes de la libertad. Pero cuando miraba su cara, se reprendia á sí misma tanta indulgencia, no pudiendo combinar la idea de la hombría de bien con semejantes facciones. «Yo no he visto nada—decia ella hablando del rostro de aquel hombre—que caracterice tan completamente el arrebató de las pasiones brutales y la audacia más desenfrenada bajo la afectacion de la franqueza, de la jovialidad y del buen genio. Mi imaginacion, que es aficionada á señalar un papel á cada personaje, me representa continuamente á Danton con un puñal en la mano, excitando con la voz y la accion á una tropa de asesinos, más tímidos ó ménos feroces que él; ó bien, satisfecho de sus maldades, entregado como otro Sardanápalo á las únicas voluptuosidades en las que su alma descansa de sus crímenes.»

Apénas elevado al poder por la catástrofe del 10 de Agosto, Danton abandonó su papel de agitador, y se mostró á la altura de la crisis. Se atrajo por su liberalidad todas las ambiciones subalternas sedientas de oro y crédito que habia excitado largo tiempo en los clubs, haciéndose un partido de todos los hombres ambiciosos y sedientos de riquezas. Venal, y conociendo el poder de la venalidad, se valia de cualquier medio sin vergüenza, organizando la corrupcion entre los patriotas. No contento con cien mil francos señalados para gastos secretos á cada ministerio el 10 de Agosto, se apoderó sin dar cuentas de la cuarta parte de dos millones de gastos secretos que la Asamblea votó al poder ejecutivo para negociar en los gabinetes extranjeros y para disponer el espíritu público, obligando á Lebrun y á Servan á entregarle una parte de los fondos destinados á sus ministerios. Envió á los ejércitos comisionados pagados con estos fondos, y escogidos entre los hombres del ayuntamiento más vendidos á sus intereses. El tesoro público pagaba á estos procónsules de Danton.

La rivalidad de poderes que habia principiado en la noche del 9 al 10 de Agosto entre la Asamblea moribunda y el ayuntamiento, proseguia y se caracterizaba más y más á cada momento. La Asamblea, único poder legal y el solo resto que habia quedado de la Constitucion, trataba de atraer al pueblo despues de la crisis al sentimiento de la legalidad y del respeto constitucional á la autoridad de los representantes de la nacion. Quería ésta gobernar en adelante con las leyes. El Consejo general del ayuntamiento, producto de un motin y de una usurpacion, queria perpetuar en sí el derecho de insurreccion, atraerse todo el poder ejecutivo, y servirse solamente de la Representacion nacional para que redactase en decretos los mandatos absolutos de la capital. Cada sesion atestiguaba este deseo. Así que los comisionados llevaban á la Asamblea una nueva exigencia del ayuntamiento, algunas voces enérgicas resistian la usurpacion de poderes, pero otras, intimidadas ó cómplices, demostraban la urgencia del decreto que se proponia, y todo

concluía por un acto de obsequioso servilismo á la voluntad del ayuntamiento, ó por una de esas medidas equívocas que ocultan un vasallaje real bajo la apariencia de una transacción. Por miedo de aparecer vencidos los diputados, se hacían cómplices de la municipalidad.

El ayuntamiento pidió imperiosamente la creación de un tribunal ejecutivo que juzgase sumariamente á los enemigos del pueblo y á los cómplices de la corte.



Campamento de Grandpré.—Pág. 35.

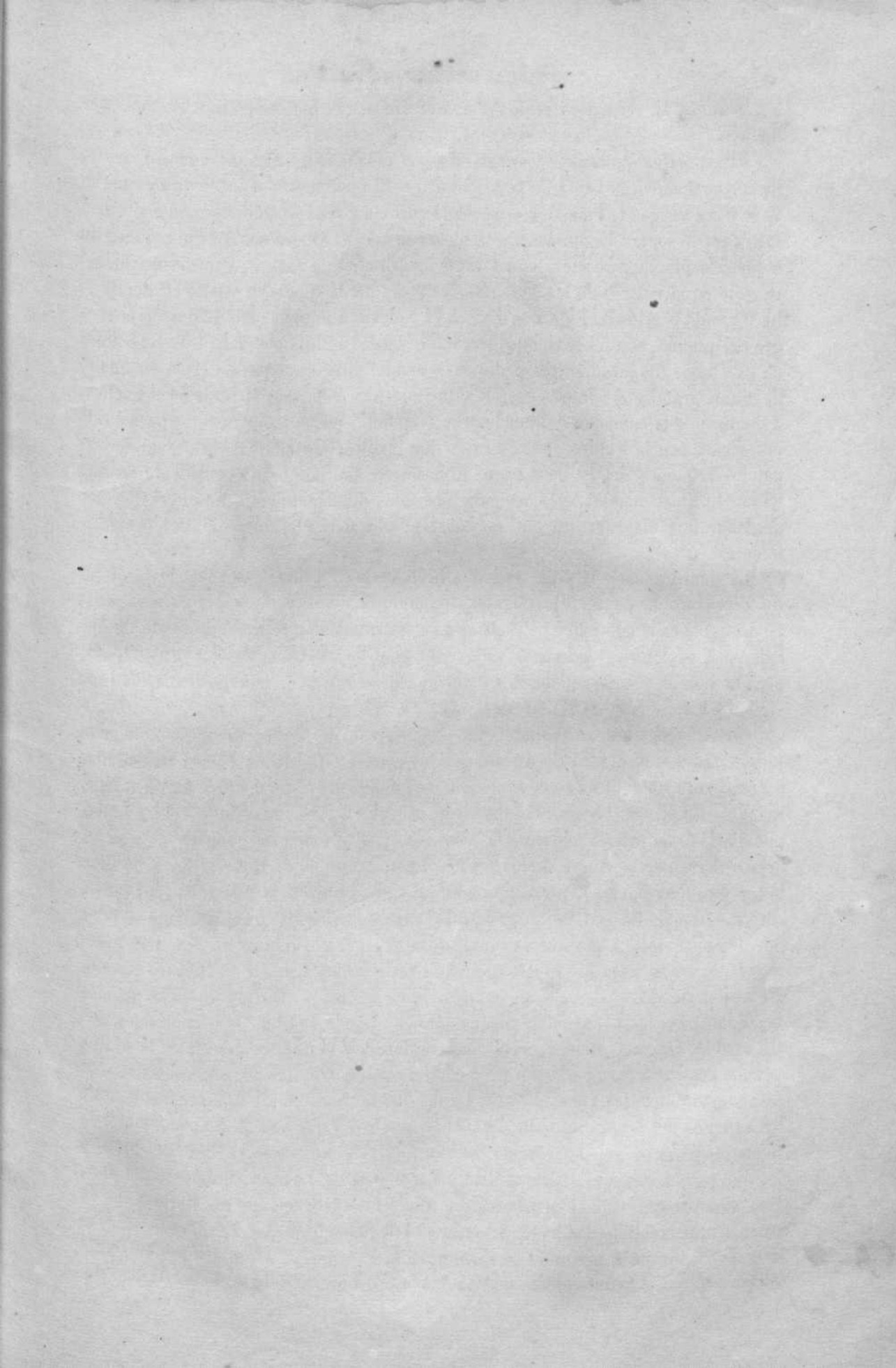
Brissot y sus amigos temieron poner en manos del pueblo semejante instrumento de tiranía, y resistieron algunos días á esta súplica. Redactaron, pues, una proclama inclinando los ánimos hácia los principios de justicia, de humanidad y de imparcialidad; y en la que se reclamaban garantías para las vidas de todos los ciudadanos ante los tribunales. Choudieu y Thuriot, aunque jacobinos, se opusieron con energía á la creación de este tribunal de venganza. «Adoro la revolución,—exclamó Thuriot,—pero declaró que si ésta no puede triunfar sino por un crimen, la dejaré perecer antes de mancharme por salvarla.» La conciencia de Thuriot le revelaba la verdadera salvación de las revoluciones. El crimen es la política de

los asesinos. El verdadero genio es siempre inocente, porque es la suprema inteligencia.

El ayuntamiento insistía y amenazaba. «¡Ciudadanos! —dijo un orador de aquella corporación en la barra de la Asamblea.—El pueblo está cansado ya de que no se le haya vengado. Temed que se haga justicia por sí mismo. Os anuncio que á medianoche sonará la campana y se tocará generala. Queremos que se nombre un ciudadano por cada sección para formar un tribunal de sangre, y que este tribunal se sitúe en el palacio de las Tullerías, á fin de que la venganza estalle en donde se ha tramado el crimen. Pido que Luis XVI y María Antonieta, tan ávidos de la sangre del pueblo, se sacien viendo derramar la de sus infames satélites.» «Si ántes de tres horas los jurados que pedimos —añadió otro orador— no están en estado de obrar, grandes desgracias caerán sobre vuestras cabezas.» Herault de Sechelles, á nombre de la comisión extraordinaria, respondió pocos momentos después á esta intimación con la lectura de un decreto que instituía un tribunal encargado de juzgar los crímenes del 10 de Agosto. Robespierre fué nombrado presidente de este tribunal. El se negó á serlo, ya por horror al derramamiento de sangre, ya por desdeñar una magistratura que no correspondía á la elevación de sus presentimientos.

La guardia nacional, que se había hecho odiosa á unos y sospechosa á otros, fué reorganizada en sentido popular, tomando el nombre de *secciones armadas*. Se destinó á cada compañía de estas secciones armadas un número ilimitado de jornaleros y proletarios, provistos de picas; guardia pretoriana del ayuntamiento, pagada por él y enteramente á su obediencia, encargada con particularidad de vigilar á los ciudadanos de las secciones.

No satisfecho aún el ayuntamiento con la creación de un tribunal sanguinario, pidió en la sesión del 25 de Agosto que los presos de Orleans fuesen trasladados á París, para que sufriesen el suplicio correspondiente á sus delitos. Algunos federados de Brest, con armas, acompañaron este día á los comisionados del ayuntamiento. Uno de éstos amenazó á la Asamblea con la venganza popular si no se les dejaba derramar la sangre de los presos. Lacroix, amigo de Robespierre y de Danton y jacobino fanático, pero diputado valiente, presidía la Asamblea. «Francia entera —respondió con indignación á los comisionados del ayuntamiento— tiene fijos los ojos en la Asamblea nacional: nosotros serémos dignos de ella. Las amenazas no producirán otro efecto que el de resignarnos á morir en nuestro puesto. No nos pertenece el derecho de cambiar la Constitución. Dirigid vuestras peticiones á la Convención nacional, porque sólo ella puede cambiar la organización del tribunal de Orleans. Hemos hecho nuestro deber, y si nuestra muerte es la última prueba necesaria para persuadiros de ello, el pueblo, con que nos amenazais, puede disponer de nuestras vidas. Los diputados que no han temido á la muerte cuando los satélites del despotismo amenazaban al pueblo, y que han participado con él de todos los peligros que ha corrido, sabrán morir en sus puestos. Id á decirlo así á los que os han enviado.» Esta resistencia generosa de Lacroix, amigo de Danton, hizo suponer que este ministro resistía aún á las instigaciones de Marat y de su partido, que le indujo á cometer los crímenes de Setiembre. Así, después de catorce días de un triunfo conseguido en común sobre el trono, la Asamblea estaba reducida á disputar al ayuntamiento y al pueblo la provocación del asesinato. Al otro día





KELLERMANN.

dió el decreto de deportacion de los sacerdotes que habian rehusado ó retractado el juramento á la Constitucion civil del clero.

VIII

La toma de Longwy suspendió por un momento la lucha entre la Asamblea y el ayuntamiento, y fué sustituida por una rivalidad generosa por sacrificarse para salvar la patria. Jacobinos, girondinos y franciscanos votaron á porfía los alistamientos extraordinarios de tropas y la construccion de armas, equipos y artillería, reclamado por las circunstancias. Un clamor de indignacion general se levantó contra el gobernador de Longwy. Vergniaud propuso la pena de muerte contra todo ciudadano de una poblacion sitiada que hablase de rendirse. Luckner fué reemplazado en el ejército de Metz por Kellermann.

Kellermann, apasionado por la carrera militar y por la libertad, habia adquirido sus grados en la guerra de los Siete años. Jóven entónces, habia aprendido en Alemania de la experiencia de los antiguos capitanes, y tomado las lecciones de Federico. La revolucion le habia encontrado coronel, y le habia hecho general. Destinado al ejército de Luckner, se habia adquirido el aprecio de sus tropas. Las dudas del general en jefe en hacer prestar el juramento á la nacion le habian hecho sospechoso, y fué destituido. Kellermann rehusó el mando del ejército de Luckner, su antiguo jefe y amigo, si no se concedia al viejo general el grado de generalísimo. La Asamblea, admirada de tanta generosidad y convencida de la inocencia y nulidad de Luckner, le concedió en efecto el grado, y le envió á Chalons á gozar de un título puramente honorífico, y á organizar los batallones de voluntarios que iban allí de todos los departamentos del ejército.

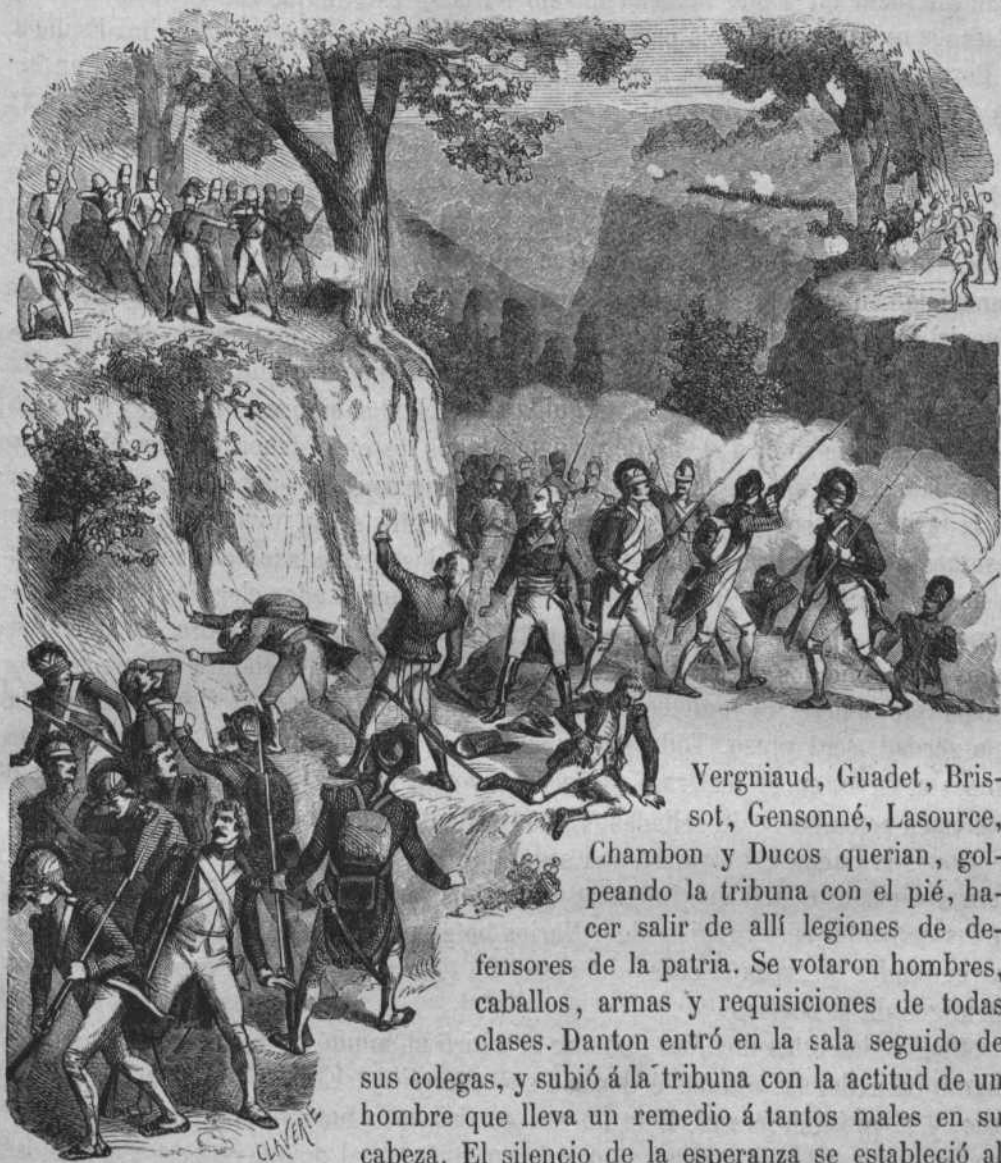
Miéntas que Danton daba al gobierno el vigor de su actividad, Robespierre, no tan dueño como aquél del Consejo del ayuntamiento por un suceso del cual no habia participado, empezó á levantar la voz despues de la batalla como para explicar su sentido y sus consecuencias al pueblo. «La nacion francesa ha llegado—escribia—á un punto de calamidad pública en que las naciones, así como los individuos, no tienen sino un deber que cumplir, que es el de proveer á su propia existencia. Levantada como en 89, pero con más orden y majestad aún que en aquel año, ha ejercido con más serenidad su soberanía para asegurar su salvacion y su felicidad. En 89, una parte de la aristocracia la ayudó; en 92, no ha tenido más que á sí misma para salvarse.» En seguida, refiriendo la jornada, resumió así su opinion sobre las consecuencias del 10 de Agosto: «La Asamblea ha suspendido al rey, pero no se ha atrevido á más: no es la suspension, sino la supresion, lo que debia pronunciar. Debia cortar esta cuestion, cuya solucion nos prepara dificultades y lentitudes. En lugar de esto, nos habla de nombrar *un ayo al príncipe real*. Franceses, pensad en la sangre que se ha vertido. Acordaos de los prodigios de justicia y de valor que os colocan á la cabeza de todos los pueblos de la tierra; acordaos de los principios inmortales que habeis tenido la audacia y la gloria de proclamar los primeros alrededor de los tronos para hacer salir al género humano de las tinieblas y de la servidumbre. ¿Qué comparacion hay entre esta mision sublime y la eleccion de un ayo para educar al hijo de un tirano? Pero ved ya en marcha á la más hermosa revolucion que ha honrado á la humanidad, la

sola que tiene un objeto digno del hombre, cual es el de fundar sociedades políticas sobre los principios divinos de la igualdad, de la justicia y de la razón. ¿Qué otra causa podía inspirar al pueblo el valor sublime y sereno, y engendrar prodigios de heroísmo iguales á todo lo que la historia nos cuenta de la antigüedad? Ya el sacudimiento que ha derribado un trono ha estremecido todos los demas. Franceses, sed firmes y estad alerta. Es necesario que sucumban los reyes, ó vosotros tendreis que sucumbir. Romped, pues, los últimos eslabones de la cadena del cetro. Debeis al universo y á vosotros mismos la mejor Constitucion posible. Llamad á la Convencion hombres puros ajenos á las intrigas y á la cobardía, que son las virtudes de las cortes. Estais en guerra ademas con todos vuestros opresores, y no encontrareis la paz sino en la victoria y en el castigo de todos los satélites de la tiranía.» Esta fué la llamada para las elecciones que se aproximaban.

En cuanto á Petion, objeto del culto platónico de los comisionados del nuevo ayuntamiento, que le llamaban el *padre de la patria*, no apareció sino de vez en cuándo en la barra de la Asamblea para justificar con una voz complaciente las usurpaciones de aquel cuerpo insurreccional. La sonrisa hipócrita que mostraban siempre sus labios ocultaba mal los sinsabores que experimentaba en el corregimiento. El era la prenda del pueblo en la casa de la ciudad. El verdadero corregidor entónces era Danton. Este estaba siempre presente en las sesiones permanentes del cuerpo municipal, descuidaba la Asamblea por el ayuntamiento, con el que concertaba todas las medidas de gobierno, siendo él su poder ejecutivo. Para darle la direccion, la unidad y el secreto necesarios á una reunion de hombres de accion, y para hacer prevalecer en sesion general las resoluciones acordadas entre él y sus confidentes, habia dividido, de concierto con Marat, el ayuntamiento en distintos comités. Estos deliberaban y obraban aisladamente, siendo el tipo de los que concentraron despues el gobierno en la Convencion. El comité soberano era el de *vigilancia general*, que, compuesto de un corto número de hombres sucesivamente escogidos y depurados por Marat y por Danton, sujetaba á los demas comités. Atribuyéndose todos los poderes, traspasaba todos los decretos de la Asamblea, citando á su presencia á los ciudadanos, poniéndolos presos y llenando con ellos las cárceles; ejercia la policia general del imperio, disciplinaba y perpetuaba en sí mismo la insurreccion, y era una conjuracion permanente; modelo de la institucion tiránica que se llamó despues comité de *salvacion pública*. Danton, apoyándose á la vez en su poder legal de ministro de Justicia, en el poder ejecutivo y en su omnipotencia popular en el comité de vigilancia del ayuntamiento, daba á sus disposiciones la fuerza de la insurreccion, y á ésta la fuerza de la ley.

Este era el consulado de Catilina; nada podia resistirle: si aquel hombre soñaba un crimen, se convertia en un acto del gobierno. Cuando él no lo meditaba, toleraba al ménos que se preparase ocultamente alrededor de sí. Renovó expreso los miembros del comité, para que en el momento de la ejecucion no hallase en la conciencia de uno solo de aquellos hombres más escrúpulo ni más dudas que en la suya propia. Desde el 29 de Agosto ya dió á conocer algunos síntomas significativos de sus ideas ante la Asamblea nacional.

Esto fué en la sesion de la noche. La Asamblea, conmovida por las malas noticias de la frontera, trataba de adoptar medidas sobre medidas para igualar los sacrificios con los peligros. Las proposiciones se sucedian á las proposiciones.



Los desfiladeros del Argonne.
Pág. 37.

Vergniaud, Guadet, Brissot, Gensonné, Lasource, Chambon y Ducos querían, golpeando la tribuna con el pie, hacer salir de allí legiones de defensores de la patria. Se votaron hombres, caballos, armas y requisiciones de todas clases. Danton entró en la sala seguido de

sus colegas, y subió a la tribuna con la actitud de un hombre que lleva un remedio a tantos males en su cabeza. El silencio de la esperanza se estableció al verle.

«El poder ejecutivo—dijo—me ha encargado de hablar a la Asamblea nacional de las medidas que ha tomado para la salvación del imperio. Yo motivaré estas medidas como ministro del pueblo y como ministro revolucionario. El enemigo amenaza al reino, pero el enemigo aún no ha tomado a Longwy. Se exageran nuestros reveses; no obstante, los peligros son grandes. Es necesario que la Asamblea se muestre digna de la nación que representa. Por una convulsión hemos destruido el despotismo, y sólo por una gran convulsión nacional harémos retrogradar a los déspotas. Hasta aquí hemos hecho la guerra simulada de Lafayette; ahora es preciso hacer una guerra más terrible. Aún es tiempo de impulsar al pueblo a precipitarse en masa sobre sus enemigos. Se han tenido hasta este momento cerradas las puertas de la capital, y se ha hecho bien. Es muy importante apoderarse de los traidores, pero hay treinta mil de éstos que prender, y es necesario que esto

se haga mañana, y que mañana mismo París se comunique con Francia entera. Pedimos que nos autoriceis para practicar visitas domiciliarias. ¿Qué dirá Francia si París estupefacto aguarda inmóvil la llegada de los enemigos? El pueblo francés ha querido ser libre, y lo será.»

IX

El ministro calló. La Asamblea se aturde, y el decreto pasa. Danton salió inmediatamente y voló al Consejo general del ayuntamiento, preparado á la obediencia por sus confidentes, y pidió que decretasen inmediatamente las medidas necesarias al golpe de Estado nacional, en que el poder ejecutivo reasumia toda la responsabilidad del hecho. En seguida se publicó el siguiente bando: «Al toque de las cajas que se oirá el día de mañana, todos los ciudadanos estarán obligados á permanecer en sus casas. La circulacion de carruajes se suspende hasta las dos de la tarde. Las secciones, los tribunales y los clubs serán invitados á no celebrar sesiones por no distraer la atencion pública de las necesidades del momento. Por la noche las casas estarán iluminadas. Algunos comisionados elegidos por las secciones y acompañados de la fuerza pública penetrarán en nombre de la ley en todos los domicilios de los ciudadanos. Cada uno de ellos declarará y entregará las armas que tuviese. Si fuese sospechoso, se harán pesquisas más rigurosas; si falta á la verdad, será preso. Todo particular que se encuentre en otro domicilio que no sea el suyo, se le declarará sospechoso y será preso. Las casas deshabitadas ó que estén cerradas serán selladas. El comandante general Santerre requerirá á las secciones armadas. Se formará una segunda línea de guardias alrededor de París, para detener á todo el que intentase huir. Los jardines, los bosques y los paseos de las cercanías serán registrados. Varios botes armados interceptarán en las dos extremidades de París el curso del río, á fin de cerrar todas las vías de fuga á los enemigos de la nacion.»

Decretadas estas medidas, Danton se retiró al comité de vigilancia del ayuntamiento para dar las últimas órdenes á sus cómplices. El comité habia sido renovado, y le presidia Marat. Este no era comisionado por ninguna seccion, pero el Consejo general le habia concedido el favor excepcional de que pudiese asistir á las sesiones por derecho de patriotismo, y le habia votado una tribuna de honor en su recinto para dar al pueblo cuenta de sus deliberaciones. Los otros miembros eran: Panis, cuñado de Santerre; Lepeintre, Sergent, presidentes de seccion; Duplein, Lenfant, Lefort, Jourdeuil, Desforgues, Guermeur, Leclerc, Dufort, hombres dignos de ser los colegas de Marat y los ejecutores de Danton. Mehée, secretario actual; Manuel, procurador del ayuntamiento; Billaud-Varennes, su sustituto; Collot-d'Herbois, Fabre d'Eglantine, Tallien, secretario del Consejo general; Huguenin, presidente, Hebert y algunos otros de los jefes del ayuntamiento, sea que hubiesen aprobado, combatido ó tolerado la resolucion, la conocieron anticipadamente. Algunos actos y documentos irrecusables justifican que para esta convulsion popular, predicha y aceptada, si no provocada por Danton, todo fué premeditado y preparado con anticipacion, los ejecutores, las víctimas, y hasta los sepulcros.

El misterio ha cubierto las deliberaciones de este conciliábulo: sólo se sabe

que Danton, haciendo un gesto horizontal, dijo con una voz áspera y desentonada: «Es preciso atemorizar á los realistas». Andando el tiempo, él mismo dió testimonio contra sí de haber sido el autor de aquella jornada cuando, respondiendo á los girondinos que le acusaban de los asesinatos del 2 de Setiembre, les dijo: «He mirado el crimen de frente, y sin embargo, le he cometido».

X

Antes de medianoche se avisó á Maillard, jefe de las hordas del 6 de Octubre, para que reuniese su milicia de sicarios para una expedicion próxima, cuya hora y víctimas se le designarian más tarde, prometiéndole un tanto por cabeza. También se le encargó que tuviese preparados los carros necesarios para transportar los cadáveres.

En fin, dos agentes del comité de vigilancia se presentaron el 28 de Agosto á las seis de la mañana en casa del sepulturero de la parroquia de Santiago, y le obligaron á coger el azadon y seguirlos. Al llegar al sitio de las canteras que se extienden fuera de la barrera de Santiago, y que algunas habian servido de catacumbas en la época de la mudanza reciente de los cementerios de Paris, los dos desconocidos desplegaron un plano y se orientaron de la disposicion de este campo de la muerte. Reconocieron por algunas señales que habia en el suelo y marcadas en el plano el sitio de aquellos subterráneos cegados, marcaron ellos mismos con la azada la línea circular de un espacio de seis piés de diámetro, en donde el sepulturero debia cavar para encontrar la boca del pozo que bajaba á aquellos abismos, y le recomendaron que tuviese cuidado de que la obra estuviese concluida al cuarto dia, retirándose, imponiéndole silencio sobre todo esto, y entregándole ántes la suma necesaria para pagar á los trabajadores.

No se guardó sino imperfectamente el silencio que cubria estos funestos preparativos. Un rumor sordo, circulado en las cárceles, hizo presentir á las víctimas la suerte que les aguardaba. Los carceleros y encargados de las llaves tuvieron avisos misteriosos.

Danton, cruel en globo y capaz de tener compasion en algunas pequeñeces, cediendo á las súplicas de la amistad y á los propios movimientos de su corazon, hizo poner en libertad el dia anterior algunos presos cuya suerte le interesaba. Ordenando el crimen por ferocidad de sistema y no por ferocidad natural, parecia tener á dicha el salvar algunas víctimas. Mr. de Marguerie, oficial superior de la guardia constitucional del rey, el abate Lhomond, célebre gramático, y algunos pobres sacerdotes de las escuelas cristianas que habian cuidado de la educacion de Danton, le debieron la vida. Marat, por orden del ministro, hizo salir á estos presos, poniendo por sí mismo cierto número de ellos al abrigo del golpe que se les preparaba. El corazon del hombre nunca es tan inflexible como sus pasiones. La amistad de Manuel salvó á Beaumarchais, autor de la comedia titulada *Figaro*, que es el prólogo de una revolucion comenzada por la risa y concluida por el hacha. Manuel fué en persona á la cárcel de los Carmelitas á poner un centinela á la puerta de cuatro ancianos religiosos de aquella casa á quienes se acordó dejar con vida. Solo éstos sobrevivieron; Manuel no los conocia, pero juzgó que derramar su sangre era inútil, y se les perdonó.

El abate Berardier, encargado principal del colegio de Luis el Grande, con quien Robespierre y Camilo Desmoulins habian estudiado, recibió un salvoconducto por una mano desconocida el dia de la matanza. Estos preparativos, estas advertencias y estas excepciones prueban la premeditacion. Dueño Camilo de todas las palpitaciones del pensamiento de Danton, no podia ignorar el plan de degüello que se organizaba. Tampoco era posible que Santerre, comandante general de los guardias nacionales, y cuya inaccion era necesaria durante tres dias para la perpetracion de tanto asesinato, no tuviera alguna indicacion de él por Danton. Sabiéndolo Santerre, Petion tampoco podia ignorarlo: el comandante de la fuerza cívica dependia del corregidor de Paris. Las medias palabras, las confidencias equívocas y los signos de inteligencia entre los conjurados, que se sentaban, deliberaban y obraban casi abiertamente enfrente los unos de los otros en un consejo de ciento ochenta miembros, no podian ocultársele á Petion.

XI

Los partes de la policía municipal, recibidos de hora en hora en el corregimiento, no dejaban duda sobre las cosas, los hombres y las armas que se disponian para el acontecimiento. ¿En qué consistió que, siendo conocido éste en las cárceles, se ignorase en la casa de la ciudad? Verificado el acto, todo el mundo se sinceró con verdad ó sin ella de haber tenido parte en el degüello. Despues de haberlo atribuido por mucho tiempo á un movimiento imprevisto é irresistible de la ira del pueblo, se ha querido achacar el crimen á un corto número de ejecutores; pero la historia no tiene complacencias. El pensamiento pertenece á Marat, la aceptacion y la responsabilidad á Danton, la ejecucion al Consejo de vigilancia, la complicidad á muchos, y la cobarde tolerancia á casi todos. Los más valientes, conociendo su insuficiencia para detener los asesinatos, fingieron ignorarlos, para no tener que aprobarlos ni prevenirlos. Se apartaron, gimieron y callaron. Para la guardia nacional, la Asamblea y el Consejo general del ayuntamiento, fué un crimen de omision maliciosa. Apartaron los ojos de él mientras se cometia, no lo ejecraron públicamente hasta despues de cometerse. En el alma de Marat no fué sino una gran sed de sangre, y el remedio suprema para concluir con la sociedad, que quiso exterminar para que surgiese luego otra nueva, segun sus sueños. En el espíritu de Danton, este degüello en masa fué un golpe de Estado de su política. Danton discurria sobre su crimen ántes de ordenarlo: para él, tan fácil era cometerlo como impedirlo, pero se disminuyó á sí propio su atrocidad. «Nosotros no asesinarémos,—dijo en su última conferencia con el Consejo de vigilancia,—no harémos más que juzgar; ningun inocente perecerá.» Danton quiso tres cosas: la primera, conmover al pueblo, y comprometerle de tal suerte en la revolucion que no pudiese retroceder y que se precipitase en las fronteras manchado con la sangre de los realistas, sin otra esperanza que la victoria ó la muerte; la segunda, inspirar el terror en las almas de los realistas, de los aristócratas y del clero, y la tercera, en fin, intimidar á los girondinos, que empezaban á murmurar de la tiranía del ayuntamiento, y mostrar á aquellas almas débiles que si no se hacian instrumentos del pueblo, podrian muy bien ser sus víctimas.

Danton fué impulsado al asesinato por una causa más personal y ménos teó-

rica: por su carácter. Tenia la reputacion de la energía, y sólo tuvo de ella el orgullo; quiso desplegarla en una medida que aturdiere á sus amigos y á sus enemigos; tomó el crimen por genio; despreció á los que se detenian ante cualquier obstáculo, aún cuando fuese el asesinato en masa; se admiró con desden de sus remordimientos; consintió en ser el fenómeno de la ira revolucionaria; se envane- ció de sus maldades; creyó que su accion, justificándose por la intencion y por el tiempo, perderia algo de la atrocidad de su carácter; que su nombre se engrande- ceria al ponerlo en parangon con los demas; y finalmente, que sería por sólo este hecho el coloso de la revolucion. Pero se engañaba. Cuanto más se alejan los crí- menes políticos de las pasiones que los hacen cometer, tanto más se rebajan y pier- den á los ojos de la posteridad. La historia es la conciencia del género humano, y en el grito de esta conciencia se ve la condenacion de Danton. Se ha dicho que él salvó á la patria y á la revolucion con sus asesinatos, y que nuestras victorias son su excusa. Los que lo dicen se engañan, como él se engañó. Un pueblo á quien hubiera habido necesidad de embriagarle de sangre para impulsarlo á defender su patria, sería un pueblo de malvados, y no un pueblo de héroes. El heroísmo es lo contrario del asesinato. En cuanto á la revolucion, su prestigio estaba en su justi- cia y en su moralidad. Esta mortandad iba á mancharla á los ojos de Europa. Europa exhalaria un grito de horror, pero el horror no es el respeto. No se sirve bien á las causas cuando se las deshonra.

LIBRO VEINTICINCO.

Incomunicacion de Paris con el exterior. — Visitas domiciliarias. — Los sospechosos en las cárceles. — Danton se prepara para el acontecimiento. — Robespierre deja marchar á la revolucion. — Saint-Just y Robespierre. — El 2 de Setiembre. — Degüello en las cárceles. — Los suizos. — El baron de Reding. — Los guardias del rey. — Mr. de Montmorin. — Mr. de Sombreuil y su hija. — Mr. de Cazotte y su hija. — Thierry. — Los señores de Maille y de Rohan-Chabot. — El jóven Montsabray. — El abate Sicard. — El arzobispo de Arles. — La princesa de Lamballe. — El negro Delorme.

I

Apénas salió Danton del comité secreto del ayuntamiento, cuando la ciudad, advertida por la llamada de las cajas, se detuvo de pronto como una ciudad muerta en la cual una catástrofe repentina hubiese dispersado á todos sus habitantes. Aunque el sol puro del estío iluminaba las copas de los árboles de las Tullerías, del Luxemburgo, de los Campos Elíseos y de los baluartes, los paseos, las plazas y las calles estaban enteramente desiertos. El sordo rodar de los carruajes, señal de la vida de las ciudades y especie de murmullo de las corrientes de hombres, habia cesado. No se oia más que el ruido de las puertas y ventanas, que los habitantes cerraban precipitadamente como si se aproximase un enemigo público. Algunas bandas de hombres armados de picas, patrullas de federados y destacamentos de marseleses y de los de Brest cruzaban á paso lento los diferentes cuarteles. Santerre, á la cabeza de un estado mayor compuesto de cuarenta y ocho ayudantes de campo dados por las secciones, visitaba á caballo los puestos. Las barreras estaban cerradas y guardadas por los marseleses; fuera de aquéllas, las secciones formaban un segundo cordon de centinelas.

Toda comunicacion estaba interceptada entre el campo y Paris; la ciudad entera estaba en un calabozo sin comunicacion, y como un preso á quien se le sujetan los brazos, miéntras se le registra para atarlo. El agua estaba tan cautiva como la tierra. Algunas flotillas de botes llenos de hombres armados recorrian sin cesar por medio del Sena, interceptando toda comunicacion entre las dos orillas. Los pretilos de los diques, los arcos de los puentes, los techos de las barcas dispuestas para baños ó para el uso de las lavanderas, estaban erizados de centinelas. De cuándo en cuándo, un tiro disparado desde estos puntos elevados alcanzaba á los fugitivos que buscaban un asilo hasta en las bocas de los sumideros. Muchos trabajadores de los diques fueron muertos al salir de sus barcos ó queriendo entrar en ellos. En cuanto sonó la hora del crimen, todo paso dado por la ciudad era reputado como un delito. Las escuadras de picas detenian á todos los que la casualidad, la imprudencia ó una necesidad imprescindible sacaban de sus casas. Mién-

tras que las calles se evacuaban, en el interior de las casas reinaban la zozobra y el terror: nadie sabía si era inocente ó criminal á los ojos de los visitantes, ni si iba á ser arrancado de su hogar y de los brazos de su mujer y sus hijos.

El no denunciar un arma era motivo de acusacion; el hacerlo era infundir sospechas. Un signo cualquiera de realismo, un uniforme de la guardia del rey, un sello, un boton con armas reales, un retrato, una carta de un amigo ó de un pariente emigrado, dar hospitalidad á un extraño cuya permanencia en la casa no se explicase, todo esto podia ser un título de muerte. La denuncia de un enemigo, de un vecino ó de un criado hacia temblar. Cada uno discurría para sí, para sus huéspedes y para los objetos que queria ocultar de las pesquisas de los visitantes un asilo con el cual no les fuese fácil dar por más que buscasen. Los vecinos de Paris se bajaban á los subterráneos, subian á los tejados por los cañones de las chimeneas, agujereaban las paredes y hacian en ellas nichos que despues cubrian con armarios ó cuadros, ó levantaban los pavimentos para esconderse entre las vigas y los tablones como los reptiles más inmundos, á quienes se envidiaba en aquellos apuros.

A los golpes de los comisionados en las puertas de las casas, la respiracion se cortaba. Estos comisionados subian á las casas escoltados por hombres de su seccion, con los sables desnudos, siendo la mayor parte de ellos trabajadores conocedores de todos los escondrijos que se pudieran hacer en las paredes, en los muebles, en las maderas, en las camas, en los colchones, y aún en la piedra. Los cerrajeros, provistos de las herramientas necesarias, abrian las cerraduras, rompian las puertas, agujereaban los techos y descubrian cualquier estratagema de la ternura, de la hospitalidad ó del miedo.

Cinco mil sospechosos fueron arrancados de sus casas ó de sus asilos en el corto espacio de una noche. Se les descubrió hasta en las camas de los enfermos de los hospitales, en donde habian ido á buscar un asilo entre los moribundos ó entre los muertos. La rabia de los sicarios de Danton fué más ingeniosa que el miedo. Entre los presos lo fueron los tres hermanos Samson, los verdugos de Paris, reputados culpables por haber ejercido su infame oficio en la época en que habia un trono.

Pocos realistas se salvaron. Paris quedó desocupado de todos los que no habian podido escapar despues del 10 de Agosto.

A la mañana siguiente, el depósito del corregimiento, las secciones, las antiguas cárceles de Paris y los conventos, convertidos en prisiones, rebosaban en presos. Se les interrogaba sumariamente, y se soltó á más de la mitad, víctimas únicamente del error, de la precipitacion y de la oscuridad de la noche. Estos fueron reclamados por sus secciones. El resto fué distribuido á la casualidad en las cárceles de la Abadía de San German, la Conserjería, el Chatelet, la Fuerza, el Luxemburgo, y en los antiguos conventos de Bernardinos, San Fermin y Carmelitas. Las dos grandes sentinas de Paris, Bicetre y la Salitrería, recibieron dentro de sus muros un número considerable de aquellos desgraciados.

Las tres noches siguientes á ésta se emplearon por los comisionados en hacer la eleccion de los presos. La suerte que se les preparaba era conocida hacia mucho tiempo, y su muerte estaba decidida. La seccion Poissonniere los condenó en masa al degüello. La de las Thermas pidió que se ejecutase sin otro juicio que el peli-

gro que su existencia hacía correr á la patria. «Es necesario purgar las cárceles y no dejar traidores detras de nosotros cuando vayamos á las fronteras.» Este era el grito que Marat y Danton hacian dar á las masas. El pueblo necesita que se le formule su ira, y que se le familiarice con su propio crimen.

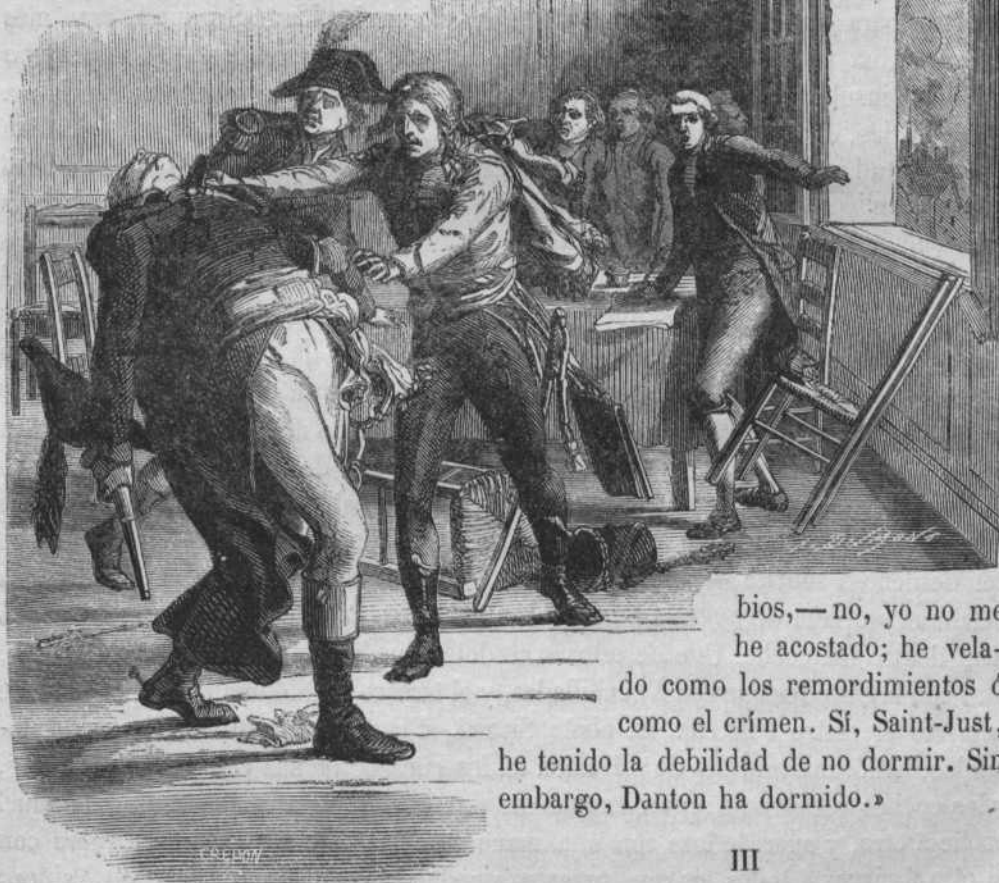
II

Tal era la actitud de Danton el dia anterior á estos crímenes. En cuanto al papel que afectó Robespierre en esta jornada, fué el que tuvo en todas las crisis, así en la cuestion de la guerra como el 20 de Junio y el 10 de Agosto. No obró, pero vituperó, dejando el acontecimiento á sí mismo, y una vez efectuado, lo aceptó como un paso de la revolucion sobre el cual no debia ya hablarse más. No quiso dejar que otros le precediesen en popularidad; se dijo inocente de esta sangre, y sin embargo, la dejó verter. Pero su crédito, inferior al de Danton y al de Marat en el Consejo del ayuntamiento, no le daba entónces fuerza suficiente para impedir nada. Estaba, como Petion, á la sombra. Estos hombres, así como los girondinos, veian transpirar los proyectos de Marat y Danton; pero conociéndose impotentes para evitarlos, aparentaban que no tenian conocimiento de ellos. Un hecho recientemente revelado á la historia por un confidente de Robespierre y de Saint-Just, que ha sobrevivido á aquellos tiempos siniestros, prueba la exactitud de estas conjeturas respecto á la parte que tuvo Robespierre en la ejecucion de las jornadas de Setiembre.

En aquel tiempo, Robespierre y el jóven Saint-Just, el uno ya célebre, y el otro aún desconocido, vivian con la intimidad familiar que une con frecuencia al maestro y al discípulo. Saint-Just, mezclado en todos los acontecimientos de la época, seguia y veia con anticipacion las crisis revolucionarias con la fria impasibilidad de una lógica que vuelve al corazon seco como un sistema y cruel como una abstraccion. La política era á sus ojos un combate á muerte, en que los vencidos eran las víctimas. El 2 de Setiembre á las once de la noche, Robespierre y Saint-Just salieron juntos de los Jacobinos, cansados de cuerpo y de espíritu, despues de haber empleado todo un dia en el tumulto de las deliberaciones, dia que llevaba en su seno aquella terrible noche que iba á dar á luz muy pronto.

Saint-Just vivia en una reducida habitacion de una casa de huéspedes de la calle de Santa Ana, no léjos de la casa del carpintero Duplay, habitada por Robespierre. Hablando de los acontecimientos del dia y de los que se aguardaban al siguiente, los dos amigos llegaron á la puerta de la casa de Saint-Just. Absorto Robespierre en sus pensamientos, subió hasta el cuarto del jóven para continuar la conversacion. Saint-Just arrojó su ropa sobre una silla, y se disponia para dormir. «¿Qué haces?» —le dijo Robespierre. «Acostarme», —respondió Saint-Just. «¿Qué, ¿piensas dormir en semejante noche?» —respondió Robespierre. —«¿No oyes tocar á rebato? ¿No sabes que esta noche será quizá la última para miles de nuestros semejantes que son hombres aún en el momento en que te duermes, y que serán ya cadáveres cuando te despiertes?» «¡Ay!» —respondió Saint-Just. —«Ya sé que se degollará tal vez esta noche; lo deploro, y quisiera tener poder para moderar las convulsiones de una sociedad que lucha entre la libertad y la muerte; pero ¿qué soy yo? Y sobre todo, los que se inmolarán esta noche, ¿no son nuestros enemigos políticos? ¡Adios!» Diciendo esto, se quedó dormido en seguida.

Al día siguiente al amanecer, cuando Saint-Just se despertó, vió á Robespierre que se paseaba azorado por el cuarto, y que de cuándo en cuándo se asomaba á los cristales de la ventana, mirando la claridad del cielo y escuchando el ruido de las calles. Saint-Just, aturdido de ver á su amigo tan temprano en el mismo sitio, le dijo: «¿Qué te ha traído tan temprano hoy?» «¿Qué me trae?—respondió aquél.—¿Piensas que he vuelto?» «Pues qué, ¿no te has ido á dormir?»—repuso Saint-Just. «¡Dormir!—replicó Robespierre.—¡Dormir mientras que centenares de asesinos degüellan á millares de víctimas, y que la sangre pura ó impura corre como el agua en los sumideros! ¡Oh! No,—prosiguió con una voz sombría y con una sonrisa sardónica en los la-



bios,—no, yo no me he acostado; he velado como los remordimientos ó como el crimen. Si, Saint-Just, he tenido la debilidad de no dormir. Sin embargo, Danton ha dormido.»

III

Muerte de Beaurepaire.—Pág. 38.

Las noticias desastrosas de las fronteras, los alistamientos patrióticos en los tablados levantados al intento en las principales encrucijadas de París, los pasos de los voluntarios á són de caja y al compas de la *Marsellesa* y del *Ça ira*, la bandera negra, signo de una guerra fúnebre, desplegada en la casa de la ciudad y en la torre de la catedral; los periódicos de Marat y de Hebert escritos con sangre, los carteles fijados con exclamaciones anónimas que hacían hablar á las paredes, agrupando al pueblo para oírlos leer en reuniones tumultuosas; la campana tocando en las torres y agitando la pulsación de una ciudad inmensa; en fin, el

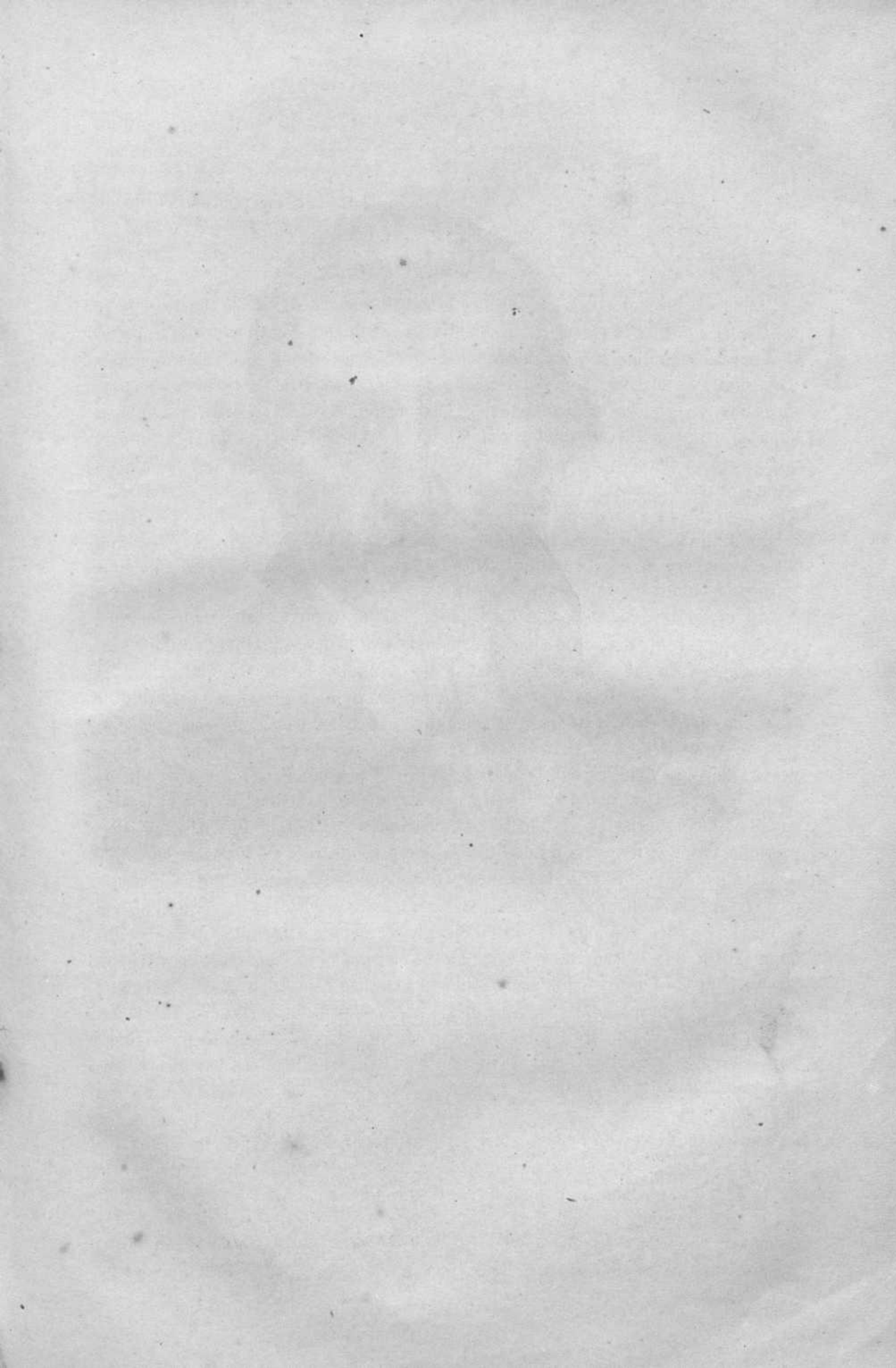
cañonazo de alarma disparado de hora en hora, todo esto estaba calculado para excitar la fiebre en la ciudad. Este plan de degüello estaba combinado como un plan de campaña. Hasta las eventualidades estaban previstas y concertadas de antemano.

El domingo 2 de Setiembre, á las tres de la tarde, hora en que todo el pueblo concluye de comer y llena las calles para dar un paseo en aquel día de descanso, se dió la señal de degüello, como por uno de esos accidentes producidos por la casualidad.

Cinco coches con seis sacerdotes cada uno se dirigian desde el depósito de la casa de la ciudad á la cárcel de la Abadía por el Puente Nuevo y por la calle de Buci, sitios tumultuosos y temibles. Al tercer cañonazo de alarma, estos carruajes se pusieron en marcha. Una débil escolta de aviñoneses y de marseleses armados de sables y de picas les acompañaba. Las portezuelas de estos coches estaban abiertas, para que la multitud percibiese en el interior los trajes que le eran más odiosos. Una porcion de muchachos, de mujeres y de hombres del populacho seguian é insultaban á aquellos sacerdotes. Los hombres de la escolta se asociaban á las injurias, á las amenazas y á los ultrajes de aquella chusma. «¡Mirad!—decian á la multitud señalando con las puntas de los sables á los prisioneros.—¡Ved aquí á los cómplices de los prusianos! ¡Mirad á los que os degollarían si los dejáseis vivir suficiente tiempo para engañaros!»

El motin iba engrosando á cada paso, y al atravesar la calle Dauphine, fué rechazado por otros grupos que obstruian la encrucijada de Buci, en donde los dependientes del ayuntamiento sentaban los nombres de los voluntarios á cielo descubierto. Entónces los coches se detienen; un hombre atraviesa por medio de la escolta, que le deja pasar sin oposicion, sube al estribo del primer coche, y elava por dos veces la hoja de su sable en el cuerpo de uno de los sacerdotes, la retira humeando, y la muestra enrojecida de sangre al pueblo. Este lanza un grito de horror y se aleja de aquel sitio. «¡Esto os da miedo, cobardes! —dijo el asesino con desdeñosa sonrisa.—Es menester familiarizaros con la muerte.» Al decir estas palabras, empieza de nuevo á hundir el sable en los cuerpos de los sacerdotes que iban dentro del coche. Uno de estos sacerdotes quedó atravesado de parte á parte, otro con la cara desfigurada á cuchilladas, y el tercero perdió una mano por haberse cubierto el rostro con ella. El abate Sicard, el caritativo institutor de los sordomudos, halló una muralla de salvacion en los cuerpos de sus compañeros heridos, y los coches volvieron á seguir lentamente su marcha. El asesino pasa desde aquel coche á otro, y agarrándose con una mano al pestillo de la portezuela, hiere con la otra á ciegas á todos los que su arma puede alcanzar. Los asesinos de Aviñon, mezclados con la escolta, rivalizan con aquel furioso, y hunden sus bayonetas dentro de los coches. Las puntas de las picas vueltas hácia las portezuelas, impiden la salida de los coches á los sacerdotes que quieren arrojarlos de ellos. La larga fila de estos coches rodando lentamente y dejando una huella de sangre, los gritos, los esfuerzos desesperados de los sacerdotes, los aullidos de rabia de los verdugos, las risotadas y los aplausos del populacho, anunciaron de léjos á los presos de la Abadía la aproximacion del convoy. La impaciencia de los sicarios no esperó que las víctimas llegasen al lugar del suplicio. La mayor parte perecieron en el camino.

La comitiva se detuvo en la plaza á la puerta de la Abadía. Los soldados de





MAILLARD.

la escolta sacaron por los piés ocho cadáveres de los coches. Los sacerdotes que escaparon con vida de los sables, y que sólo estaban heridos, se precipitaron en la cárcel, pero cuatro de ellos fueron cogidos en el rastrillo del cuerpo de guardia, y degollados allí mismo. Algunos que no pudieron entrar tan pronto por la puerta, se metieron por una ventana que daba á la pieza en que el comité de la seccion celebraba sus sesiones. Los individuos que le componian, que eran extraños al degüello, ocultaron estas víctimas al furor de los asesinos, haciéndolos sentar entre ellos. El periodista Pariseau y el intendente de la casa del rey, Lachapelle, debieron la vida á la presencia de espíritu y á las atrevidas mentiras de los miembros de este comité.

IV

Entre tanto, los presos hacinados en la Abadía oian desde sus calabozos este preludio de asesinatos á las puertas del edificio. Desde por la mañana, el aspecto sombrío, y las palabras misteriosas de sus carceleros les habian presagiado una noche siniestra. Por orden del ayuntamiento, se habia adelantado en este día la hora de la comida. Los detenidos se preguntaron unos á otros cuál podia ser la causa de este cambio en el régimen interior. ¿Sería acaso para una traslacion, ó para marchar á un destierro al otro lado de los mares? Unos esperaban, otros estaban temblando, pero todos se hallaban en la mayor agitacion. Desde las rejas de las ventanas de una torrecilla que da á la calle de Santa Margarita, algunos de ellos descubrieron los carruajes y oyeron los alaridos de las víctimas. En seguida corrió la voz de que habian sido inmolados todos los eclesiásticos. El murmullo de una multitud inmensa que habia invadido el patio y que se apiñaba en las calles inmediatas llegó tambien á sus oidos por las ventanas y por las aspilleras. El ruido de los coches, el paso de los caballos, el choque de los sables, el vocerío confuso que se suspendia por un momento y volvia á resonar despues por intervalos en un prolongado grito de *¡Viva la nacion!*, todas estas cosas les dejaron por un instante inciertos sobre si el tumulto tenia por objeto inmolarnos ó defenderlos. A los pocos minutos se les dió orden de entrar cada uno en su aposento, como para pasarles lista.

Hé aquí el espectáculo que se les queria ocultar. El último calabozo, que daba al patio, habia sido transformado en tribunal; alrededor de una mesa cubierta de papeles, de tinteros, de libros de registro de la cárcel, de vasos, de botellas, de pistolas, de sables y de pipas, estaban sentados en unos bancos doce jueces de aspecto sucio y de formas atléticas, con todas las trazas de unos hombres salidos de presidio ó acostumbrados á la desolacion y al derramamiento de sangre. Su traje era el de las clases trabajadoras del pueblo: gorro de lana en la cabeza, chaqueta, zapatos claveteados y delantales de tela como los de los carniceros. Algunos de ellos se habian quitado las chaquetas, y con las mangas de la camisa arremangadas, dejaban ver unos brazos fornidos, y en ellos dibujados con sangre y un alfiler los símbolos de distintos oficios. Dos ó tres de ellos, de formas más delicadas, de manos más blancas y de rostros más expresivos, manifestaban ser otra clase de hombres, mezclados á propósito entre éstos para dirigirlos. Un hombre vestido de pardo, con un sable al lado, con la pluma en la mano, y de una fisonomía inflexible y como petrificada, estaba sentado en el centro de la mesa presidiendo este tribunal. Este era el ujier Maillard, ídolo de las reuniones del arrabal

de San Marcelo, uno de esos seres, en fin, que produce la hez del pueblo, y á quienes ésta sigue siempre porque no puede adelantárseles. Era rival de Jourdan, amigo de Lambertina, y como ella, uno de los héroes de las jornadas de Octubre, de 20 de Junio y de 10 de Agosto. Maillard se habia constituido en verdugo del pueblo, gustaba de ver correr la sangre, llevaba las cabezas, enarbolaba en la punta de una pica los corazones y despedazaba los cadáveres. Las mujeres lúbricas y los muchachos crueles, que espiaban la muerte despues del combate, glorificaban á Maillard porque saciaba sus ojos famélicos de carnicería y de horrores. Habia concluido por formarse una popularidad por el espanto que causaba su nombre, y sin embargo, se contenia en esta ocasion en sus venganzas y ponía cierto límite á la carnicería. No quitaba la vida por su mano, dejaba este encargo á sus subalternos, y parecia que discutia con su conciencia ántes de entregarles las víctimas.

Tal era Maillard. Cuando llegó allí, venía de los Carmelitas, en donde habia organizado el degüello, y no era la casualidad la que le habia llevado á la Abadía á la hora precisa de la llegada del último convoy, con el registro de las cárceles en la mano. Habia recibido el dia anterior las confidencias de Marat por medio de unos miembros del comité de vigilancia. Danton habia hecho llevar los registros á este comité, y se habian depurado las listas, indicando á Maillard los que debia condenar y los que debia absolver. El juicio de los demas se habia de remitir al tribunal que se formase en los parajes en que se hallasen. Este tribunal tenia la voluntad del pueblo por ley: se leía el registro, los carceleros iban á buscar al preso, Maillard le interrogaba, consultaba con la vista el parecer de sus colegas, y si el preso era absuelto, Maillard decia: *Que se suelte al señor*. Si era condenado, una voz decia: *A la Fuerza*. La puerta exterior se abria á esta palabra, el preso era arrastrado fuera, y al salir caía bajo los golpes de los asesinos.

La matanza empezó por los suizos. En la Abadía habia ciento cincuenta, entre oficiales y soldados. Maillard los hizo traer del calabozo y los juzgó en masa. «Vosotros habeis asesinado al pueblo el 10 de Agosto,—les dijo;—el pueblo pide venganza. Vais á ser trasladados á la Fuerza.» «¡Perdon, perdon!»—exclamaron los soldados poniéndose de rodillas. «No se trata de morir,—les respondió Maillard,—se os va á trasladar á otra cárcel, y puede ser que allí os perdonen.» Pero los suizos habian oído las voces de los que pedian sus cabezas. «¿Por qué se nos engaña?»—dijeron.—Sabemos muy bien que no saldremos de aquí sino para ir á la muerte.» A estas palabras, un marselles y un jóven carnicero entreabren la puerta, é indicando la salida con la mano á los suizos, les dicen: «Vamos, vamos, decidirse, marchemos. El pueblo se impacienta». Los suizos se hacen atras, como un rebaño al aspecto del matadero, y se apiñan en el interior del calabozo, lamentándose amargamente y agarrándose unos á otros. «Es necesario que esto se acabe,—dijo uno de los jueces.—Veamos quién saldrá el primero.» «Bien, yo seré,—exclamó un jóven sargento de elevada estatura, de frente serena y de actitud marcial.—Voy á dar el ejemplo. Enseñadme la puerta por donde debo salir.»

La puerta se abre, el suizo echa su sombrero hácia atras, se despide de sus compañeros y atraviesa el dintel. Su belleza y su resolucion causan estupor en los asesinos. Se apartan y le dejan avanzar hasta el medio del patio; pero volviendo bien pronto de su sorpresa, forman un círculo de sables, de picas y de bayonetas



Comité de vigilancia del ayuntamiento.
Pág. 44.

dirigidas contra el; él sargento da dos pasos atrás, dirige la vista tranquilamente sobre sus asesinos, cruza los brazos, per-

manece un momento inmóvil como esperando el golpe, y viendo que todo estaba pronto, se lanza, bajando la cabeza, sobre las bayonetas, y cae atravesado por mil heridas. A su muerte sigue inmediatamente la de sus ciento cincuenta compañeros. Todos caen unos después de otros, como los toros en el matadero. Los carros no bastan para transportar los cuerpos con prontitud, y los apilan de dos en dos á los lados del patio para dejar lugar á los que deben morir después.

El barón de Reding murió el último. Este joven oficial se señalaba por la elevación de su estatura y por la expresión varonil de las facciones que distingue á los hijos de las montañas, en donde la naturaleza lo cria todo grande y hermoso. Reding había sido herido en las Tullerías en un brazo y en una pierna, ambas cosas fracturadas por las balas. Se le había transportado del campo de batalla á la Abadía, y allí le habían arrojado en una mala cama en un rincón de la capilla. Al menor movimiento que hiciese, sus miembros fracturados se dislocaban y le hacían prorumpir en gritos dolorosos. Una mujer á quien amaba, había obtenido á precio de oro de los comisionados de las cárceles el permiso de cuidarle. Disfrazada de enfermero de los hospitales, pasaba los días enteros cerca de la cama de Reding. Aunque conocida por muchos, todos afectaban engañarse con su disfraz, respe-

tando el misterio que ocultaba tanto amor en tanta adhesión. Ya no quedaba ningún suizo que inmolar. Un profundo silencio había sucedido por un momento en el patio á los sablazos y al ruido de la caída de los cuerpos sobre las piedras. Los asesinos estaban bebiendo, y Reding se creyó olvidado. Sus compañeros de calabozo le felicitaban en voz baja; pero contadas las víctimas que había en el patio, no correspondía su número con el de los presos; un suizo faltaba. Entonces se acuerdan del herido. Tres degolladores, con los sables desenvainados y precedidos de un carcelero, entran en la capilla y llaman á Reding. La amante joven que le cuidaba se desmaya al oír este nombre. Reding suplica á sus verdugos que le maten en la cama, para evitarle el suplicio de ser transportado después de los tormentos que ya ha sufrido; pero este consuelo se le niega en medio de chanzonetas atroces. Uno de aquellos tigres le tomó en sus brazos y se le echó acuestas, llevándole con las piernas hacia adelante y la cabeza vuelta hacia abajo. El herido da involuntarios rugidos, y bien fuese por ferocidad ó por compasión, uno de los asesinos corta la cabeza á Reding cual si se la serrase. Sus gritos se ahogan con su sangre, llega ya muerto al pie de la escalera, y entonces se arroja su cadáver á los degolladores.

Estos descansan un momento. La noche se acerca, y algunas hachas alumbran el patio. Hollando la sangre con los pies, estos mercenarios del crimen comían y bebían como el trabajador después de acabar su tarea; pero la obra no estaba más que interrumpida. La municipalidad, advertida oficialmente de la carnicería, había enviado á Manuel, á Billaud-Varennes y á otros comisionados á las cárceles para rechazar al ménos la responsabilidad del crimen y para justificar que había hecho algunos esfuerzos para impedir los asesinatos. Las arengas de aquellos comisionados á la multitud, irrisorias ante la actitud de los asesinos y ante las armas teñidas de sangre, parecían más bien alabanzas que reconvenciones. En ellas se veía la connivencia ó el miedo, y el pueblo las interpretaba como mejor le convenía. Algunas de ellas eran unas verdaderas felicitaciones y una provocación á nuevos asesinatos. «Valientes ciudadanos,—dijo Billaud-Varennes en el patio de la Abadía,—habeis degollado á unos grandes criminales: la municipalidad no sabe cómo corresponderos. Sin duda los despojos de estos malvados pertenecen á los que nos han librado de ellos. Sin creer recompensaros, estoy encargado de ofrecer á cada uno de vosotros veinticuatro libras, que os van á ser pagadas en el acto.»

Mientras que Billaud-Varennes hablaba de este modo, la carnicería, que se había suspendido por un momento, comenzó á su vista. El anciano comandante de la gendarmería, Rulhieres, herido ya de cinco ó seis lanzazos, despojado y dejado por muerto, corría desnudo y ensangrentado alrededor del patio, buscando á tientas con las manos las paredes, cayendo y levantándose de nuevo en la lucha de la agonía. ¡Esta huida sin esperanza duró diez minutos!

Después de los suizos se juzgó en masa á todos los guardias del rey presos en la Abadía. Su crimen era su fidelidad el día 10 de Agosto. Allí no había fórmula de proceso; eran unos vencidos, y así se limitaron á preguntarles sus nombres. Entregados uno tras otro, su asesinato fué prolongado: el pueblo, en quien el vino, el aguardiente mezclado con pólvora, la vista y el olor de la sangre parecían avivar la rabia, hacía durar el suplicio, como si temiera abreviar el espectáculo. La noche entera apenas bastó para inmolarlos y despojarlos.

El abate Sicard y los dos sacerdotes refugiados como él en un cuartito inmediato adonde estaba reunida la comision, vieron, oyeron y devoraron todos los instantes de esta noche fatal. Una puerta vieja llena de aberturas los separaba de aquella escena de mortandad. Oian el ruido de los pasos, los sablazos, la caída de los cuerpos, los aullidos de los verdugos, los aplausos del populacho, las voces de los mismos de quienes acababan de separarse, los bailes atroces de las mujeres y muchachos que á la luz de hachones cantaban la *Carmañola* alrededor de los cadáveres. A cada momento, algunas diputaciones de los degolladores iban á pedir vino á la comision, que se lo hacía distribuir, y várias mujeres llevaban la comida á sus maridos al amanecer, para sostenerlos, decian, en su penoso trabajo. ¡Obre-ros de la muerte, embrutecidos por la miseria, la ignorancia y el hambre, para quienes el matar era ganar su vida!

Los carros destinados por el ayuntamiento desocuparon durante esta comida los patios de los montones de cadáveres que los obstruian: el agua no bastaba para lavar el piso, y los piés se resbalaban en la sangre. Los asesinos, ántes de volver á su obra, extendieron una capa de paja en una parte del patio, cubriéndola con la ropa de las víctimas, decidiendo entre sí no volver á matar sino sobre este colchon de paja y lana, para que la sangre se empapase en la ropa y no se esparciera por el pavimento. Tambien dispusieron bancos alrededor de este teatro, para que cuando fuese de dia, las mujeres y los hombres curiosos de ver la agonía pudiesen asistir sentados á este espectáculo, situando en torno del patio centinelas para que cuidasen del órden. Al amanecer, aquellos bancos encontraron en efecto mujeres y hombres del cuartel de la Abadía que los ocupasen, y los asesinos quien los aplaudiese. Durante este tiempo, Maillard y los jueces comian en el calabozo. Despues de haber fumado en sus pipas, se durmieron sin remordimientos en los bancos, y tomaron ánimo para el trabajo del siguiente dia.

V

Sólo los presos no durmieron. Encerrados todos en sus calabozos ó en las salas, en pié ó sentados en sus camas, escuchaban. Cualquier ruido tenia una significacion de vida ó de muerte en sus oidos. La ventana enrejada de la torrecilla de la Abadía, desde donde se divisaba por un lado la calle de Santa Margarita y parte del patio por el otro, era un observatorio al cual se subian los más animosos, unos despues de otros, para informar á sus compañeros de lo que pasaba por fuera. Al notar el silencio de las últimas horas de la noche, creyeron que el pueblo habia cesado en sus asesinatos. Algunos se desmayaron de debilidad, y otros pasaron aquellos instantes en orar, en escribir sus defensas ó á sus esposas, ó finalmente, en arreglar sus testamentos.

Al romper el dia, dos sacerdotes, el abate Lenfant, predicador del rey, y el abate Rastignac, escritor religioso, encerrados juntos en la Abadía, reunieron á los presos en la capilla. Allí, desde el púlpito los prepararon á la muerte. Estos dos sacerdotes tenian cerca de ochenta años de edad; sus cabellos blancos, sus facciones descoloridas por el tiempo, maceradas por el desvelo y divinizadas por la proximidad del martirio, daban á sus acciones y á sus palabras la solemnidad angélica de la eternidad: ellos se aparecieron á los jóvenes presos como los ángeles de

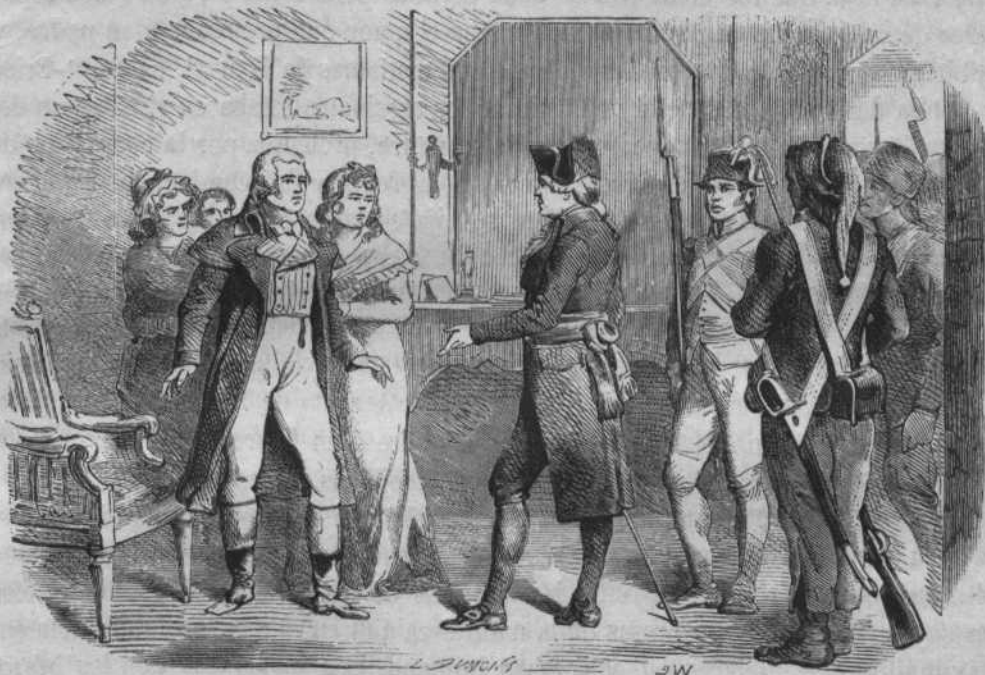
la agonía. Todos se arrodillaron, y este rayo de religion sobre un campo de sangre les hizo sentir la presencia de la Divinidad hasta en el suplicio: unos fueron fortalecidos, otros quedaron consolados, y todos se sintieron enternecidos. Apenas los dos sacerdotes habian extendido las manos para bendecir á sus compañeros, cuando vinieron á llamarlos para dar á la vez el ejemplo y la leccion del martirio. Con las manos juntas, los ojos elevados hácia el cielo y el espíritu recogido, fueron deshechos á sablazos y cayeron sin haber cesado de orar.

Pero la resignacion de estos dos ancianos no habia quitado el horror de la expectativa á los presos. La naturaleza no luchaba ménos contra la muerte. Discutian entre sí los presos sobre la postura que habian de tomar al recibir los golpes, para hacer el trance más pronto y ménos sensible: unos querian tender la cabeza á los sables para que se la cortasen de un solo golpe; otros se proponian descubrir el pecho y poner las manos á la espalda para que el hierro llegase recto al corazon sin desviarse; otros querian luchar hasta el fin contra los verdugos, abrazarse á sus picas, separar los sables, tirar al suelo á los degolladores y cambiar el suplicio en combate hasta morir, para hacerlo al ménos en medio de la alegría de la venganza. No contentos con esta teoría del suplicio, los detenidos iban como los gladiadores á estudiar en el suplicio de los demas la actitud de los que morian ántes que ellos, y con lo cual puede decirse que morian várias veces. Repararon, mirando por un tragaluz elevado, que los que extendian las manos hácia adelante por la accion natural del hombre amenazado en la cara, morian dos veces en vez de una, porque eran despedazados ántes de ser muertos; los que, al contrario, cruzaban los brazos y se dirigian al hierro, caian bajo golpes más certeros y no se volvian á levantar más. Todos resolvieron morir de esta suerte.

Algunos prefirieron escoger la muerte, y encontraron más dulce adelantarse á ella que esperarla; éstos se deshicieron la cabeza contra las cerraduras de las puertas, contra las esquinas de piedra labrada, ó se clavaron en el corazon los cuchillos despuntados que habian sustraído el dia anterior á la vigilancia de los carceleros. Mr. de Chantereine, coronel de la guardia constitucional del rey, se hirió tres veces con un puñal y cayó exclamando: «¡Dios mio, recibidme!»

Mr. de Montmorin, antiguo ministro de Luis XVI, habia sido interrogado en la Asamblea algunos dias ántes. Brissot, Guadet, Vergniaud y Gensonné, que eran sus enemigos, habian abusado de la victoria del 10 de Agosto contra este hombre de Estado, retirado de los negocios y á quien la animosidad de estos hombres debia haber olvidado. Prolongaron, sin embargo, sus enemigos el interrogatorio y le tendieron infinidad de lazos para hacerse valer como un mérito su condenacion. Mr. de Montmorin fué, pues, conducido á la Abadía; su hijo, casi niño, le consolaba. Encerrado en la misma sala con Affry, Thierri y Sombreuil, gobernador de los Inválidos, con la hija de Sombreuil y Beaumarchais, que se veia aún bajo los cerrojos, Montmorin soportaba su cautiverio con calma, endulzándose la amena conversacion de sus amigos. La libertad de Affry y de Beaumarchais, á quienes Manuel habia ido á buscar el dia anterior con madamas de Saint-Brice y de Tourzel, le daba esperanza de salir de allí próximamente. La campana del 2 de Setiembre, el tumulto de los patios, los gritos de las víctimas, y el hijo arrancado por la mañana de sus brazos, le transportaron de golpe desde la confianza al abatimiento. Su desesperacion se convirtió muy en breve en furor; llamaba á sus enemigos para

confundirlos; con los cabellos en desórden, los ojos inflamados y las manos levantadas hácia el cielo, recorría la habitación vomitando imprecaciones contra aquellos malvados. Sus nervios crispados por la ira le daban una fuerza sobrenatural, suficiente á conmover las barras de hierro de su prision, y deshizo con las manos una mesa de encina cuyas tablas tenían dos pulgadas de grueso. Fué menester engañarle para hacerle atravesar el dintel de la puerta del calabozo. Con la altivez en la frente y una sonrisa irónica en los labios se presentó ante el tribunal: «Presidente,—dijo á Maillard,—ya que os place llamaros así, espero que me hagais traer mi coche para conducirme á la Fuerza, á fin de evitarme los insultos de vuestros asesinos.» Maillard hizo un signo de asentimiento. Montmorin se sentó un mo-



Visitas domiciliarias.—Pág. 51.

mento en el calabozo, y vió juzgar algunos presos. «El coche que os ha de conducir á vuestro destino ha llegado»,—le dijo al fin el presidente. Montmorin se apresuró por salir de aquella horrible mansion, pero quedó clavado en la pared por treinta picas, recibiendo la muerte en el mismo instante en que creía iba á verse en completa libertad.

Mr. de Montmorin habia tenido en su poder un recibo de cien mil libras pagadas á Danton de órden del rey para indemnizarle de su empleo de abogado en el Chatelet. Este dinero era en realidad el precio de la corrupcion solicitada por la corte por tercera mano y secretamente consentida por el jóven demagogo. Mr. de Montmorin, algun tiempo ántes del 20 de Junio, estaba inquieto al pensar que era depositario de un secreto que debia parecer á Danton semejante á la espada de Damocles suspensa sin cesar sobre su popularidad. El antiguo ministro visitó á Mr. de Lafayette, su amigo, le confió el secreto y le pidió consejo. «No teneis sino dos partidos que tomar,—le respondió Lafayette;—ó advertir á Danton que publicareis su venalidad si no cumple las condiciones en favor del rey, ó entregarle el

recibo y comprometerle el reconocimiento y la generosidad, deshaciéndose de las pruebas que teníais contra él.» Mr. de Montmorin no siguió ninguno de estos dos consejos, contentándose con escribir á Danton que habia quemado su recibo, pero sin enviarle su firma. Danton pudo creer que este testimonio existia aún, y que en todo caso, Mr. de Montmorin sería siempre un testigo peligroso que podia venderle cuando quisiese. Por más que se imploró inútilmente que fuese devuelto á la libertad, obtenida por tantos otros, ello es que pereció. No se sabe si esta muerte fué causada por un olvido ó por la prudencia de los que tenian su nombre en la memoria y su firma entre los papeles de aquel ex-ministro.

Despues de Mr. de Montmorin, compareció Sombreuil, gobernador de los Inválidos. Su hija, que fué presa con él, tenia permiso para salir, pero no quiso separarse de una prision en donde la encadenaba el amor que profesaba á su padre, y habitaba una sala destinada á las mujeres, con madamas de Tourzel, de Saint-Brice y la hija de Cazotte. Desde el principio de los asesinatos estaba en el calabozo del tribunal aguardando la comparecencia de su padre, protegida por la compasion de los guardas y de los carceleros. Apareció Sombreuil, y fué condenado. Entónces se abre la puerta, las bayonetas brillan, su hija se lanza en medio de la pieza, se arroja al cuello del anciano, le cubre con su cuerpo y suplica á los asesinos que perdonen á su padre, ó que la maten con el mismo golpe que le hiera á él. Su accion, su sexo, su juventud, sus cabellos sueltos, su belleza aumentada por la emocion de su alma, la sublimidad de su abnegacion y el ardor de sus súplicas, enternecen á los sicarios. Un grito de perdon se levanta de la multitud, las picas se bajan y conceden á la hija la vida de su padre á un horroroso precio. Exigen que en señal de abjuracion de la aristocracia, moje sus labios en un vaso lleno de sangre de aristócratas. La señorita de Sombreuil toma el vaso con mano intrépida, le lleva á su boca y bebe por la libertad de su padre. Esta accion la salva. Todo el mundo se asocia á su alegría, y las lágrimas de los asesinos se confunden con las suyas. Hay ciertas sorpresas de la naturaleza aún en el más profundo crimen; hay multitud de abismos en el corazon humano. Los monstruos, con los brazos teñidos en sangre, llevan en triunfo á Sombreuil y á su hija hasta su casa, y les juran defenderlos contra sus enemigos.

La hija de Cazotte disputó tambien y salvó la vida de su padre. Cazotte era un anciano de setenta y cinco años. La elevacion de su estatura, la blancura de sus largos cabellos y el fuego de su mirada, bajo unas cejas tambien blancas, le daban el aspecto de un profeta. Tenia la elocuencia y los arrebatos de aquéllos, imaginacion alegre en sus escritos, alma extática en su piedad, y hombre de bien en toda su vida, veia en la revolucion la prueba del fuego por la cual Dios hacia pasar á los hijos del siglo para reconocer á los suyos y glorificarlos en el martirio. Habia ofrecido su sangre, y estaba impaciente por que llegase la hora del sacrificio. Su hija le habia seguido voluntariamente al calabozo. Previendo la mortandad de los presos, habia buscado y encontrado protectores entre los marseleses que los custodiaban. Su tierna juventud, su piedad filial y la amable familiaridad de la jóven, habian domado la aspereza de aquellos hombres, que le habian prometido salvar á su padre, y que cumplieron su palabra. Interrogado Cazotte por el tribunal, respondió como quien se obstina en querer morir. «Esposa mia, hijos mios,—exclamó,—no lloreis, no me olvideis tampoco, pero sobre todo acordaos de Dios. Quiero

morir como he vivido, fiel á mi Dios y á mi rey.» Su hija, no pudiendo evitar que se obstinase en morir, quiso morir tambien con él.

Algunos marseleses compasivos la siguieron al patio, apartaron con las manos los sables y picas levantados contra ella, y le hicieron atravesar por medio de aquel lago de sangre, entregándole su padre y haciéndolos conducir á ambos á un sitio seguro.

Esta gracia no fué sino una moratoria para Cazotte. Vuelto á coger á los pocos dias y puesto en un calabozo, no se le permitió que estuviese con él su hija, para no tener que enternecerse como la vez pasada. Lo que los asesinos no se atrevieron á hacer, lo ejecutaron los jueces: Cazotte pereció.

Despues de él murió Thierrí, primer ayuda de cámara del rey. «El reconocimiento —le dijo á Maillard— no tiene opinion; mi deber era la fidelidad á mi dueño.» Herido por una pica que le atravesó el pecho saliéndole por la espalda, se apoyó con una mano en un guardaruedas del patio, y con la otra levantó el sombrero en el aire, haciendo el último esfuerzo para exclamar: *¡Viva el rey!*

Maillé, Rohan-Chabot, el teniente general Wittgenstein, Romainvilliers, segundo jefe superior de la guardia nacional el 10 de Agosto, los jueces de paz Buob y Bosquillon, cayeron despues de él. Hubo por entónces entre los asesinos arrepentimientos, precipitaciones y equivocacion de nombres. Se vió á hombres extraños entrar en el patio, revolver los cadáveres, lavar con esponjas la sangre que cubria sus rostros, reconocerlos, é irse confusos ó alegres por haber equivocado ó satisfecho su venganza. En la noche del segundo dia resonaron algunos gritos de perdon en la calle y en el patio. Los presos que habian quedado olvidados concibieron alguna esperanza. Algunos reunieron lo que tenian de más valor, y se prepararon á salir. Unos tiros disparados en el interior de la prision, acompañados de muchos gritos por la gente de fuera, hicieron que varios presos se volviesen á meter en las salas que estaban desocupadas. Aquellos gritos eran causados por los asesinos del jóven Montsabray.

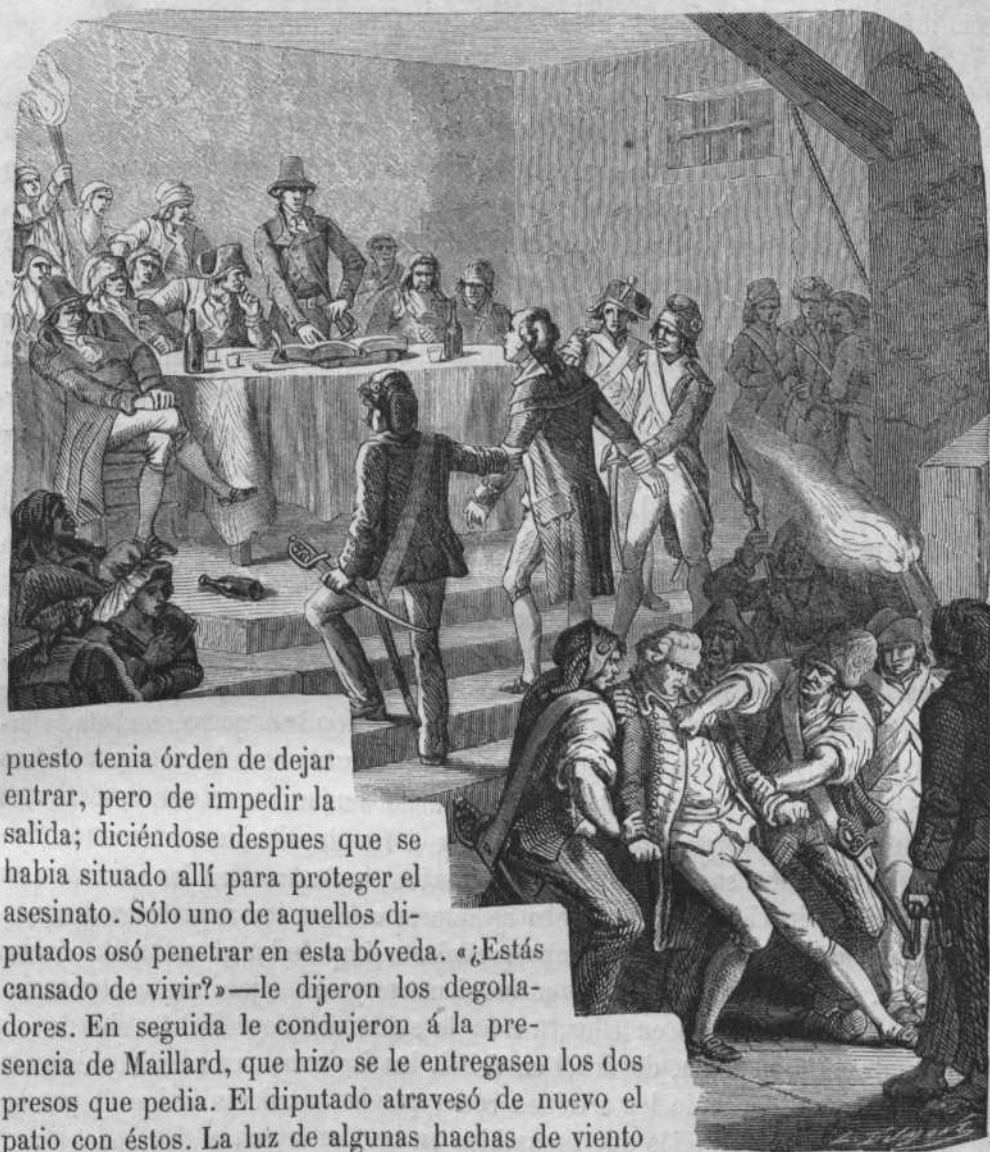
Montsabray apenas tenia diez y ocho años, y pertenecia por su familia á la más distinguida nobleza. Las gracias de su persona y de su edad y la dulzura de su carácter hacian que fuese admirado y querido en el ejército. El duque de Brissac le habia nombrado su ayudante de campo. Mr. de Brissac, despues de la muerte de Luis XV, se habia unido de corazon á madama Dubarry, tan jóven y tan bella aún. Cortesano por amor de esta favorita desterrada, habitaba con ella el pabellon de Lucienne en el bosque de Marly, regalo del rey á su antigua amante. Madama Dubarry amaba á Montsabray con esa ternura maternal que no se atreve á confesarse á sí misma la naturaleza de su sentimiento. Montsabray, herido ligeramente el 10 de Agosto, se habia refugiado en Lucienne. El gabinete secreto del palacio en donde atendia á su curacion no le conocian más que madama Dubarry y sus criadas: ella misma curaba la herida del jóven militar. Habiendo pedido Audouin, miembro del ayuntamiento, al Consejo general un destacamento de doscientos federados para expurgar los alrededores de Paris de los aristócratas que se hubiesen escapado despues del combate, descubrió á Montsabray en el pabellon de Lucienne. Ni el oro, ni las lágrimas, ni las súplicas de madama Dubarry pudieron enternecer á Audouin, que se llevó al jóven ayudante en una camilla á la cárcel de la Abadía. Al estruendo de la mortandad, Montsabray, que estaba acostado en la

sacristía de la capilla, se deslizó de la cama, subiéndose por el cañon de la chimenea hasta el tejado del edificio, suspendiéndose de una fuerte reja de hierro que interceptaba la chimenea. Desde allí oyó por espacio de dos días y dos noches, sin alimentarse, el tumulto del degüello de las víctimas, esperando escapar á la muerte por su paciencia; empero el registro denunció la falta de una víctima. Entonces se acuerdan del herido y le buscan en vano. El carcelero encargado de la capilla, práctico en los ardides de los presos, hizo tirar algunos tiros dentro del cañon de la chimenea. Una sola bala hirió á Montsabray, rompiéndole una muñeca, teniendo aún el paciente la fuerza necesaria para no dejarse caer, y suficiente valor para callarse. Iban ya á desistir, cuando un carcelero trae paja y la enciende en el hogar de la chimenea. El humo sofocó al herido y cayó sobre la paja encendida. Le llevaron á la calle mutilado, quemado, sin sentido y casi muerto, tendiéndole en un charco de sangre, y deliberaron en su presencia el género de muerte que le harían sufrir. El desgraciado jóven, vuelto en sí, permaneció cerca de un cuarto de hora sobre aquella cama de cadáveres, esperando que los degolladores encontrasen y cargasen sus armas. En fin, tuvieron compasion de este desgraciado, y le concluyeron de cinco pistoletazos en el pecho.

Ya no quedaba más que un preso en la Abadía, que era Mr. de Saint-Marc, coronel de un regimiento de caballería. Algunos asesinos convinieron entre sí el prolongar el martirio para que todos tuviesen parte en sus tormentos y en su muerte. Le hicieron pasear lentamente por delante de una fila de sables, economizando los golpes para que no muriese demasiado pronto. En seguida le atravesaron el cuerpo con una lanza, y le obligaron á andar de rodillas, imitando y burlándose de las contorsiones que hacía en estas torturas. Cuando ya no se pudo sostener, le cortaron las manos, la cara y los miembros á sablazos, acabándole en fin con seis balazos en la cabeza. ¡Hé aquí los hombres que se ocultan en los abismos de incivilizacion cubiertos con tanto lujo y tantas luces! Hay Nerones en todas clases, desde el trono hasta la cabaña, refinados en la elevacion, fieros en la bajeza. La aficion á derramar sangre es la primera y la última corrupcion del hombre.

Algunos actos inexplicables ó consoladores admiran, sin embargo, en medio de estos horrores. La compasion de Maillard parecia que buscaba los inocentes con tanto cuidado como su venganza á los culpables, puesto que perdonó á todos los que le dieron el menor pretexto para salvarlos. Sea que considerase el asesinato como un deber penoso del que descansaba concediendo algun perdon, sea más bien que su orgullo se satisficiese concediendo la vida ó sentenciando á muerte, lo cierto es que prodigó lo uno y lo otro, exponiendo su propia cabeza para disputar algunas vidas á los verdugos. Estos murmuraban con frecuencia en el patio contra su parsimonia en asesinar, llamándola traicion. Muchas veces los degolladores forzaron la puerta del calabozo y amenazaron con los sables al tribunal. Algunos ciudadanos extraños á las víctimas se sacrificaron por salvar personas á quienes no conocian sino de nombre. El relojero Monnot se atrevió á reclamar al abate Sicard, y le obtuvo en nombre de las miserias del pueblo, á las que el fundador del colegio de sordo-mudos habia consagrado su vida.

Várias diputaciones de las secciones intentaron penetrar en la cárcel para reclamar algunos ciudadanos, pero fueron rechazadas. Un puesto de la guardia nacional ocupaba la bóveda que conduce desde la plaza de la Abadía al patio. Este



El tribunal de la Abadía.—Pág. 56.

puesto tenia orden de dejar entrar, pero de impedir la salida; diciéndose despues que se habia situado allí para proteger el asesinato. Sólo uno de aquellos diputados osó penetrar en esta bóveda. «¿Estás cansado de vivir?»—le dijeron los degolladores. En seguida le condujeron á la presencia de Maillard, que hizo se le entregasen los dos presos que pedia. El diputado atravesó de nuevo el patio con éstos. La luz de algunas hachas de viento alumbraba las pilas de cadáveres y los charcos de sangre; los degolladores estaban sentados en estos restos como los segadores en las gavillas, y descansaban, fumaban, comian y bebían tranquilamente. «¿Quieres ver un corazon de aristócrata?»—le dijeron estos carniceros de hombres.—¡Aquí lo tienes, míralo!» Al decir esto, uno de ellos abre el cuerpo de un cadáver aún caliente, arranca el corazon, exprime la sangre en un vaso de vidrio, y se la bebe á la vista de Brisson. En seguida le presenta el vaso, y le fuerza á mojar en él sus labios, no dando paso á los presos sino á este precio. Los asesinos dejaron muchas veces su sangrienta obra para lavarse los piés y las manos, y para acompañar á sus casas á las personas absueltas por el tribunal. Estos hombres rehusaron cuantas gratificaciones se les ofrecieron. «La nacion—decían—nos paga para matar, pero no para salvar.» Despues de haber entregado un padre á su hija y un hijo á su madre, enjugaban las lágrimas del enternecimiento para ir á degollar de nuevo. Jamás hubo mortandad que como ésta tuviese

todas las apariencias de una tarea encargada. El asesinato fué en estos días un oficio más en París.

VI

Entre tanto que los carros destinados por el comité de vigilancia conducían los cadáveres y la sangre coagulada que había en el patio de la Abadía, treinta degolladores acechaban desde el amanecer las puertas de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, esperando la señal. La cárcel de los Carmelitas era el antiguo convento de aquéllos, inmenso edificio lleno de claustros, con una buena iglesia y rodeado de patios, jardines y terrenos sin uso. Se le había convertido en cárcel para los sacerdotes condenados á la deportacion; la gendarmería y la guardia nacional le custodiaban. Los puestos se habían disminuido expreso desde por la mañana. Los asesinos forzaron las puertas hácia las seis de la tarde, y las cerraron en cuanto estuvieron dentro. Los que principiaron la mortandad no pertenecían al pueblo ni por su traje, ni por su lenguaje, ni por sus armas. Todos eran jóvenes bien vestidos y armados de pistolas y escopetas de caza. Cerat, joven seide de Marat y de Danton, marchaba á su cabeza. Reconocíanse en estos grupos algunas caras que habitualmente se veían en las tribunas del club de los Franciscanos. Pretores de aquellos agitadores, se les llamaba, por alusion al convento en que tenían sus sesiones, los hermanos rojos de Danton; llevaban gorro, corbata, chaleco y faja encarnados, símbolo significativo para acostumar la vista y las ideas al color de la sangre. Los directores del degüello temían que el ascendiente que tenía el clero sobre el pueblo bajo contuviese á los degolladores ante unos asesinatos que reputaba sacrílegos. En esta atencion, reclutaron en las escuelas, en los sitios de disipacion y en los clubs ejecutores voluntarios *superiores* á aquellos escrúpulos, y á los cuales el aborrecimiento impulsaba al asesinato de los sacerdotes. Algunos tiros disparados en los claustros y en los jardines contra varios ancianos que se paseaban en ellos, fueron la señal del degüello. De claustro en claustro, de celda en celda, de árbol en árbol, los fugitivos caían heridos ó muertos por las balas, haciendo los asesinos rodar por las escaleras ó tirando por las ventanas los cadáveres de los que sucumbían en las descargas.

Algunas hordas repugnantes de hombres andrajosos, de mujeres y de muchachos atraídos de los barrios de la miseria por el estampido de los tiros se agrupaban á las puertas. De cuándo en cuándo se abrían éstas para que saliesen algunos carros llenos de cadáveres y tirados por magníficos caballos tomados en las cabañerizas del rey. Estos carros atravesaban lentamente la multitud, dejando en pos de sí un largo reguero de sangre. Sobre estas pilas ambulantes de cadáveres iban sentados mujeres y muchachos, pateando de alegría, riendo y mostrando á los que pasaban por las calles pedazos de carne humana. La sangre corría por sus vestidos, por sus caras, y hasta por el pan que iban comiendo; sus bocas lívidas aullaban la *Marsellesa*, deshonrando de este modo el cántico del heroísmo asociándolo al asesinato. El pueblo macilento que los seguía repetía en coro el estribillo de aquella cancion, y bailaba alrededor de los carros como en torno de los despojos triunfales del clero y de la aristocracia vencida. El pequeño número de asesinos, la multitud de víctimas que era preciso sacrificar, lo inmenso del edifi-

cio, la extension de los jardines, las paredes y los árboles que servian de asilo á los sacerdotes, que corrian despavoridos de un lado á otro para sustraerse á la muerte, detuvieron la ejecucion. La proximidad de la noche iba á proteger con sus sombras á aquellos desgraciados. Los ejecutores formaron entónces un gran círculo, como se hace en los ojeos de las bestias feroces, alrededor del jardin, y fueron estrechándolo paso á paso, obligando á sablazos á todos los eclesiásticos á que entrasen en la iglesia, en donde los encerraron. Miéntras se daba esta batida por fuera, un registro general por toda la casa hizo que se refugiasen á la misma iglesia los sacerdotes que se habian libertado en las primeras descargas. Los asesinos condujeron en sus propios brazos á los que estaban heridos y no podian andar. Encerradas ya en este recinto las víctimas, y llamadas una á una, fueron saliendo por una puerta pequeña que daba al jardin y conducia desde allí á la escalera principal, donde fueron sacrificadas.

El arzobispo de Arles, Dulau, el más anciano y el más venerable de todos estos mártires, los edificaba con su aspecto y los animaba con sus palabras. Los obispos de Beauvais y de Saintes, hermanos y de la casa de Larochehoucauld, más unidos aún por el corazon que por la sangre, se abrazaron, consolándose con morir juntos. Todos oraban agrupándose en el coro alrededor del altar. Los que eran llamados, recibian de sus hermanos el ósculo de paz y se les decian en seguida las preces de los agonizantes. El arzobispo de Arles fué llamado de los primeros. «¿Eres tú—le dijo un marseilles—el que ha hecho correr la sangre de los patriotas de Arles?» «Yo —respondió el arzobispo— no he hecho mal á nadie en toda mi vida.» A estas palabras, el marseilles le dió un sablazo en la cara, quedando el arzobispo impasible y en pié; en seguida le dieron otro con el cual llenaron los ojos de sangre, y al tercero cayó, sosteniéndose todavía con la mano izquierda sin proferir un gemido. El marseilles le hirió entónces con su pica, rompiéndose el asta por la violencia del golpe, y pisoteó el cadáver, arrancándole acto continuo el pectoral, que mostró como un trofeo á sus compañeros.

El obispo de Beauvais estuvo abrazado al altar hasta el último momento; despues marchó hácia la puerta con tanta calma y majestad como si estuviese en las santas ceremonias. Los demas sacerdotes le siguieron hasta el umbral, en donde los bendijo. El confesor del rey, Hebert, superior de los Eudistas, y uno de los que consolaron á Luis XVI en la noche del 10 de Agosto, fué inmolado en seguida. A cada instante se dieztaba á los que se habian acogido al coro, y en toda la iglesia no habia ya más que algunos sacerdotes sentados ó de rodillas en las gradas del altar. Bien pronto no quedó más que uno solo.

El obispo de Saintes, á quien habian roto una pierna en el jardin, estaba tendido sobre un colchon en una capilla de la iglesia. Los gendarmes de guardia le rodearon y le ocultaron á las miradas de los asesinos. Siendo más numerosos que éstos y estando mejor armados que ellos, pudieron haberle defendido; pero asistieron impasibles al asesinato, entregando al obispo de Saintes como habian hecho con los otros. «Yo no rehusó morir con mi hermano,—respondió el obispo cuando le llamaron,—pero tengo una pierna rota y no puedo sostenerme: ayudadme á andar, é iré con alegría al suplicio.» Dos de sus asesinos le sostuvieron pasándole los brazos alrededor del cuerpo, y cayó dándoles las gracias. Este fué el último. Eran las ocho de la noche, y la carnicería habia durado cuatro horas.

Los carros transportaron ciento noventa cadáveres. Los asesinos se dispersaron y se fueron á las otras cárceles. La sed de sangre no se sacia jamás.

Esta corría ya en las nueve cárceles de París. La de la Fuerza contenía, después de la Abadía, los presos más señalados al odio del pueblo. Habían puesto allí los hombres y las mujeres de la corte presos el 10 de Agosto. A la misma hora que Maillard constituía su tribunal en la Abadía, dos miembros del consejo del ayuntamiento, Hebert y Lhuillier, se erigieron por sí mismos en jueces soberanos de los calabozos de la Fuerza. Allí se vieron las mismas señales de premeditación del atentado, la misma invasión de una horda de sesenta ejecutores, la misma disciplina en los asesinatos, las mismas formas en los interrogatorios y en el juicio, el mismo cuidado de lavar la sangre, los mismos carros para apilar los cuerpos, las mismas mutilaciones de cadáveres, los mismos juegos con las cabezas cortadas, la misma indiferencia feroz de los verdugos, que comieron, bebieron y bailaron sobre los miembros de las víctimas; las mismas hachas de viento para alumbrarse de noche, las mismas saturnales reverberándose en los charcos de sangre, y finalmente, la misma impasibilidad en la fuerza pública, que asistía y toleraba los degüellos.

Ciento sesenta cabezas rodaron en dos días al filo de los sables y cayeron á los pies de los asesinos. Hebert y Lhuillier salvaron diez víctimas, entre ellas algunas mujeres de la servidumbre de la reina. ¿A qué precio pagaron su libertad? Nadie lo vió en las manos de los jueces, pero el hacha que se descargaba sin piedad sobre las más pobres y oscuras, libertó á las más ilustres y ricas. Se negoció la sangre gota á gota, y se hizo pagar la compasión.

VII

Una sola de estas víctimas, rescatada en la intención de los jueces, no pudo escapar del suplicio. Hebert y Lhuillier quisieron salvarla, pero un grito la perdió, y cayó entre el tribunal y la calle. Esta víctima fué la princesa de Lamballe. Esta joven, viuda del hijo del duque de Penthièvre, era una princesa de Saboya Carignan. Su belleza y los encantos de su alma le habían adquirido la amistad apasionada de la reina. El casto afecto de madama de Lamballe había respondido á las odiosas imputaciones del pueblo con un heroico sacrificio por su infortunada amiga. Cuanto más desgraciada era la reina, tanto más se unía á ella la princesa, poniendo todo su placer en tomar parte en sus desgracias. Petion le había concedido que siguiese á su real amiga al Temple; pero el ayuntamiento, más implacable, la había arrancado de los brazos de la reina, encerrándola en la Fuerza. El padre político de madama Lamballe, que era el duque de Penthièvre, la adoraba como si fuese su propia hija.

El duque de Penthièvre vivía retirado en el castillo de Bizy, en Normandía. El amor del pueblo protegía allí su ancianidad. Sabía la prision de su hija y los peligros que amenazaban á las cárceles, y vigilaba de lejos por sus días. Un comisionado secreto de su casa, provisto con una suma de cien mil escudos, fué por orden del príncipe á París, y había sobornado á uno de los principales agentes de la municipalidad, comprando de este hombre la libertad de la princesa de Lamballe. Otros agentes inferiores, domésticos ó familiares de la casa de Penthièvre,

se habian esparcido por Paris, encargados por el duque de contraer amistad con los hombres peligrosos que vagaban en torno de las cárceles, de insinuarse en su confianza y de espiar el crimen y prevenirlo, tentando la codicia de los asesinos. Todas estas medidas, cuyo centro estaba en el palacio de Tolosa, perteneciente al duque, habian surtido efecto. En el ayuntamiento, como entre los jueces y los ejecutores, se vigilaba sobre la suerte de la princesa.

Esta compareció de las últimas ante el tribunal, habiendo dejado pasar hasta llamarla el día y la noche del 2 de Setiembre, como para dar al pueblo tiempo de saciarse ántes de quitarle esta presa. Encerrada sola con madama de Navarre, camarera suya, en un cuarto alto de la cárcel, oía desde allí hacía cuarenta horas el tumulto del pueblo, los golpes de los asesinos y los gemidos de los moribundos. Algunas voces que pronunciaban su nombre llegaban tambien á sus oídos. Estaba enferma, acostada en su cama, pasando de las convulsiones del terror al abatimiento del sueño; despertábase sobresaltada por sueños ménos atroces que los golpes de los asesinatos que resonaban bajo su ventana, y se desmayaba á cada instante. A las cuatro de la tarde, dos guardias nacionales entraron en el cuarto de la princesa, ordenándole con una aspereza fingida que se levantase y los siguiese á la Abadía. No pudiendo apénas moverse, suplicó á sus defensores que la dejaran en donde estaba, siéndole lo mismo morir allí que en otra parte. Uno de estos hombres se le acercó al oído y le dijo que era necesario obedecer, y que su libertad dependia de ello. La princesa rogó entónces á los hombres que estaban en el cuarto que se retirasen, se vistió prontamente y bajó la escalera sostenida por un guardia nacional que parecia interesarse en su libertad.

Hebert y Lhuillier la esperaban. Al aspecto de aquellas figuras siniestras, de aquel aparato del crimen, de aquellos verdugos con los brazos teñidos en sangre, y que entreabrian la puerta del patio en que se oía caer las víctimas, la jóven perdió el sentido, cayendo en brazos de su camarera. Poco á poco fué volviendo en sí. Despues de un breve interrogatorio, le dijeron los jueces: «Jurad amor á la igualdad y á la libertad, y aborrecimiento á los reyes y á las reinas». «Con gusto prestaré el primer juramento,—respondió,—pero en cuanto al aborrecimiento al rey y á la reina, yo no lo puedo jurar, porque mi corazon no lo permite.» Uno de los jueces se acercó á ella, y le dijo al oído: «Juradlo todo; si no jurais sois muerta». Ella bajó la cabeza y cerró los labios. «Bien, salid,—le dijeron los asistentes,—y cuando llegueis á la calle, gritad *viva la nacion!*» Uno de los jefes de los asesinos, llamado Truchon ó el Gran Nicolas, sostuvo á la princesa por un lado, y uno de sus ayudantes por otro. Así apareció en el umbral de la puerta, retrocediendo horrorizada al aspecto de aquellos montones de cadáveres mutilados, y olvidándose del grito salvador que le recomendaron profiriese, exclamó: «¡Dios mio, qué horror!» Truchon le puso la mano en la boca, y le hizo andar por cima de los cadáveres. Los degolladores, desarmados con esta aparicion angélica, se detuvieron ante tanta belleza. Habia atravesado ya en medio de la admiracion y del silencio más de la mitad de la calle, cuando un aprendiz de peluquero nombrado Charlot, ebrio de vino y carnicería, quiso por una chanza bárbara quitar con la punta de su pica el gorro que cubria los cabellos de madama de Lamballe. La pica, mal dirigida por una mano trémula por la embriaguez, hirió en la frente á la princesa, é hizo chorrear sangre por su frente y por su hermoso rostro.

Los degolladores, al ver aquella sangre, creen que se les devuelve la víctima, y se precipitan sobre ella. Un malvado llamado Grizon la tendió á sus piés dándole un golpe con una tranca; los sables y las picas la hieren; Charlot la agarra por los cabellos y le corta la cabeza; otros despojan el cadáver de sus vestidos, le profanan y mutilan. Durante estos sacrilegios, Charlot, Grizon, Mamin y Rodi (la historia es el eterno registro de todos los nombres infames) llevan la cabeza de la princesa de Lamballe á una taberna inmediata, pónenla sobre el mostrador entre los vasos y las botellas, y obligan á los asistentes á brindar con ellos á la muerte. Estos bebedores de sangre marchan engrosándose continuamente hasta las puertas del Temple, para consternar á María Antonieta con la vista de la cabeza lívida de su amiga. Los comisionados del ayuntamiento que vigilaban el Temple con una diputacion de la Asamblea, advertidos de la proximidad de este tropel, le recibieron con atencion y súplicas; pero el tropel se limitó á pedir que se le dejase pasear la cabeza de la cómplice de la reina debajo de las ventanas de la familia real. Los comisionados consintieron, y mientras que la multitud desfilaba por el jardin al pié de la torre habitada por los presos, el comandante del puesto invitó al rey á que se presentase al pueblo. El rey obedeció. Un comisionado más humano se interpuso entre el rey y la ventana adonde elevaban el horroroso trofeo. El rey, sin embargo, vió la cabeza y la conoció. La reina, á quien el tropel llamaba á grandes gritos, ignoraba el espectáculo que se le preparaba, y se acercó á la ventana. El rey la detuvo con sus brazos, llevándola al interior de sus aposentos. No le ocultaron sino la vista del suplicio de su amiga; aquella misma noche supo todos sus detalles, y conoció el aborrecimiento que le tenia el pueblo en el encarnizamiento que mostraba contra todo lo que ella queria.

El tropel emprendió su marcha por las calles de Paris, deteniéndose bajo las ventanas del Palacio Real, para enseñar al duque de Orleans la cabeza de su cuñada, no como una amenaza, sino como un tributo. El duque de Orleans estaba á la mesa con madama de Buffon, su nueva favorita, y algunos compañeros de sus placeres, y no se atrevió á rehusar el homenaje de un crimen ofrecido en nombre del pueblo por los asesinos. El duque se levantó, se presentó en el balcon, y contempló por un momento en silencio la cabeza sangrienta que levantaban hasta él. Madama de Buffon la vió tambien. «¡Dios mio!—exclamó juntando las manos y cayéndose hácia atras.—¡De este modo llevarán dentro de poco mi cabeza por las calles!» El duque cerró entónces la ventana, esforzándose por tranquilizar á su amiga. «¡Pobre mujer!—dijo él hablando de la princesa.—Si me hubiera creído, su cabeza no estaria donde está.»

Sus enemigos le acusaron de haber designado esta cabeza al hierro de los asesinos, y exigido que se la presentasen para saciar su venganza y satisfacer su codicia. El veia una enemiga en la amiga de la reina, y heredaba por la muerte de madama de Lamballe la cantidad que sobre los bienes del duque de Penthievre estaba señalada á la viuda de su cuñado. Estas imputaciones desaparecen completamente ante la fria razon de la verdad. La vida de esta mujer era indiferente á su ambicion; su muerte no añadia nada á su fortuna. En la época del asesinato, el duque y la duquesa de Orleans tenian separacion de bienes judicialmente. La viudedad de madama de Lamballe no gravaba á los bienes futuros de la duquesa de Orleans sino en una renta de treinta mil francos al año. Esta cantidad era asaz

insignificante para obligar al duque á pagar un asesinato, y no producía ventaja al asesino. Se atribuyeron al duque de Orleans los crímenes cuya causa no sabía hallarse, consecuencia triste del mal concepto en que todo el mundo tenía á aquel príncipe. Conocióse muchas veces su mano en los extravíos populares, y se creyó verla también en aquel asesinato; pero se creyó sin razón.

En cuanto se hizo de noche, un desconocido que seguía con piadosas intenciones aquel tropel, compró de los asesinos á precio de oro la cabeza, adornada aún con su larga y hermosa cabellera. Lavóla para que desapareciesen la sangre y el lodo que manchaban sus facciones, y colocándola en una caja de plomo, se la entregó á los criados del duque de Penthievre, para que esta parte de su hermoso cuerpo recibiese al ménos sepultura en el panteón de su familia. El duque de Penthievre esperaba angustiado la confirmación de las noticias que el rumor público traía hasta su palacio de Bizy. Al recibir estos tristes despojos, su hija, que era esposa del duque de Orleans, y sus servidores trataron, aunque en vano, de disimular su sentimiento para ocultar al anciano duque el conocimiento de este atentado; pero el príncipe leyó su desgracia en los ojos de su familia. Levantando entonces las manos al cielo, exclamó: «¡Gran Dios! ¿De qué han servido la juventud, la hermosura y todas las gracias de la mujer, si no han encontrado gracia en el pueblo? ¿Qué es el pueblo?» El duque no volvió á levantarse de su lecho de lágrimas. Las honras fúnebres se celebraron en su habitación, toda colgada de negro. «Se me figura estar oyéndole siempre,—decía á su hija en las últimas conversaciones que tuvo con ella;—creo verla aún sentada al lado de la ventana en ese gabinete. ¿Te acuerdas, hija mía, con qué constancia trabajaba noche y día en labores de su sexo para los pobres? He pasado muchos años con ella, y no he conocido un pensamiento en su alma que no fuese dirigido á la reina, á mí ó á los desgraciados. ¡Y este es el ángel que han hecho pedazos! ¡Ah! ¡Conozco que esta idea abre mi sepulcro!» En efecto, murió sin tener un momento de consuelo.

VIII

El Chatelet y la Conserjería, en donde encerraban á los acusados de delitos ó crímenes civiles, y en cuyos edificios, por no ser suficientes las cárceles, habían puesto á los suizos y á los realistas, fueron visitados al otro día por los exterminadores de la Abadía y de la Fuerza. El ayuntamiento había cuidado de extraer de allí doscientos presos por deudas ó por otros delitos insignificantes, no dejando expuestas más que á las víctimas culpables á sus ojos y sacrificadas con anticipación á los azares de esta jornada. El degüello comenzó allí en la mañana del 3 de Setiembre. El tribunal establecido para juzgar los *crímenes* del 10 de Agosto tenía sus sesiones en el palacio, á pocos pasos del lugar de la ejecución. Los degolladores estaban impacientes, y no esperaron sus fallos, demasiado lentos. La muerte se adelantó á los juicios, y la pica juzgó en masa. Ochenta cadáveres cubrieron en pocos minutos el patio del palacio. Durante este tiempo, el tribunal juzgaba aún. El mayor Bachmann, segundo jefe de los suizos en el 10 de Agosto, fué llamado por los jueces. Los asesinos le encontraron en la escalera que conducía desde la cárcel al pretorio, y le respetaron en su calidad de víctima de la ley. En cinco minutos fué condenado á muerte, y subió á la carreta que debía conducirle al

suplicio. Puesto en ella en pié, con la cabeza erguida y la vista serena, y marcialmente cubierto con la capa roja de su uniforme, como un soldado que descansa en el vivac, conservó al frente de la muerte toda la dignidad del mando. Desde aquel sitio dirigía miradas de desden á la multitud sanguinaria que se agitaba junto á la carreta pidiendo su cabeza. La carreta atravesó lentamente el patio en que el pueblo inmolaba á sus compatriotas y á sus amigos. Bachmann no se enterneció sino por ellos. Los soldados que aún esperaban su turno para morir se inclinaron respetuosamente al paso de su jefe, reconociendo su mando hasta en la muerte. El verdugo que le conducía fué su salvaguardia para impedir que le asesinasen, y no le dejaron sino á condicion de ir al cadalso. Este fué su campo de batalla en aquel dia; subió á él y murió como un soldado.

Doscientos veinte cadáveres en el Gran Chatelet, y doscientos ochenta y nueve en la Conserjería, fueron despedazados por los *trabajadores*. Los asesinos, harto escasos para tanta tarea, libertaron á los que estaban presos por robo, á condicion de que se habian de unir á ellos. Estos hombres rescataron sus vidas con un crimen, inmolando á sus compañeros de prision; más de la mitad de los presos murieron asesinados por la otra mitad. Un armero jóven de la calle de Sainte-Avoie, preso por una ligera causa y señalado por su estatura y su fuerza, recibió de este modo la libertad, con la condicion de poner su brazo á disposicion de los degolladores. El amor instintivo de la vida le obligó á aceptarla á este precio. Aún dudaba, y dió algunos golpes poco seguros; pero volviendo en sí de pronto á la vista de la sangre, y rechazando el instrumento de muerte que habian puesto en sus manos, exclamó: «¡No, no! ¡Antes víctima que verdugo! Prefiero recibir la muerte de mano de unos malvados como vosotros, á dársela á inocentes desarmados. ¡Heridme!» Al decir esto cae, borrando voluntariamente con su sangre la que acababa de deramar.

D'Epremesnil, reconocido y auxiliado por un guardia nacional de Burdeos, fué el único preso que se libró de los asesinatos del Chatelet, evadiéndose con el sable teñido en sangre y vestido con la ropa de un degollador. La noche, el desórden y la embriaguez hicieron confundir la víctima con sus asesinos. Se hundió hasta los tobillos en el fango rojo de esta carnicería, y en la fuente de Maubué pasó más de una hora lavando sus zapatos y sus vestidos para no espantar á los dueños de la casa adonde fué á pedir asilo.

En esta cárcel se anticipó el suplicio de muchos acusados ó condenados á muerte por crímenes civiles. De este número fué el abate Bardi, acusado de haber asesinado á su propio hermano. Hombre de una estatura extraordinaria y de una energía salvaje, luchó más de media hora contra sus verdugos, ahogando á dos bajo sus rodillas.

Una jóven de admirable belleza, conocida con el nombre de la *Bella Ramilletera*, acusada de haber herido en un acceso de celos á su amante, debía ser juzgada dentro de pocos dias. Los asesinos, entre los que se encontraban algunos vengadores de su víctima y otros instigadores animados por su rival, se adelantaron al verdugo. Theroigne de Mericourt desplegó toda la crueldad de su carácter para hacer más horroroso este suplicio. Ataron á la ramilletera desnuda á un palo, con las piernas abiertas y los piés clavados en el suelo, y con haces de paja encendidos quemaron el cuerpo de la víctima. Le cortaron los pechos á sablazos, y

poniendo candentes los hierros de las picas, los hincaron en sus carnes. Empalada, en fin, con estos hierros ardiendo, sus gritos se oían al otro lado del Sena, llenando de horror á los habitantes de la orilla opuesta. Unas cincuenta mujeres libertadas de la Conserjería por los matadores ejecutaron este suplicio, superando á los hombres en ferocidad.

Los quinientos setenta y cinco cadáveres del Cha-telet y de la Conserjería fueron apilados en montones sobre el puente del Cambio. Por la noche, una porcion de muchachos, familiarizados hacía tres dias con el degüello, y hechos ya á jugar con los cadáveres, encendieron unas hogueras á la inmediacion de estos montones de cadáveres y bailaron la *Car-mañola* alrededor de ellos. La *Marsellesa* fué tambien cantada en coro por voces más varoniles, resonando á la misma hora en los puestos y en las puertas de todas las cárceles. Los reverberos, las candilejas y las hachas de viento mezclaban sus pálidos resplandores á los rayos de la luna, que alumbraba aquellas pilas de cuerpos, aquellas cabezas cortadas, aquellos troncos destrozados y aquellos charcos de sangre. Durante esta misma noche, Henriot, estafador y espía en la época delos



Matanza de suizos en la Abadía.—Pág. 37.

reyes, y asesino y verdugo en la del pueblo, puesto á la cabeza de una banda de veinte ó treinta hombres, dirigió y ejecutó el degüello de noventa y dos sacerdotes en el seminario de San Fermin. Los satélites de Henriot, persiguiendo á los sacerdotes en los corredores y en las celdas, los arrojaban vivos por las ventanas sobre un rastrillo de picas y bayonetas, que los atravesaban en su caída. Algunas mujeres á quienes los degolladores dejaban este placer, los acababan á palos, arrastrándolos por los arroyos. Lo mismo sucedió en el claustro de los Bernardinos.

Pero ya las víctimas faltaban en París á la sed de sangre que habian encendido aquellas noventa y dos horas de carnicería; las cárceles estaban vacías, y Henriot y los ejecutores de estas maldades, en número de más de doscientos, reforzados por los malhechores que habian reclutado en las cárceles, se trasladaron á Bicetre con siete cañones que el ayuntamiento les dejó impunemente llevar.

Es Bicetre una vasta cloaca donde se reúne todo el vicio del reino para purificar la poblacion de locos, mendigos y criminales incorregibles, que contenia entonces unos tres mil quinientos presos. Su sangre no tenia color político, pero pura ó impura, al fin era sangre. Los degolladores forzaron las puertas de Bicetre, derribaron los calabozos á cañonazos, arrancaron los presos é hicieron una carnicería que duró cinco días con sus noches. El agua, el hierro y el fuego sirvieron para exterminar á sus moradores.

Los unos fueron inundados ó ahogados en los subterráneos en donde habian buscado un asilo, los otros despedazados á sablazos, y el resto ametrallado en los patios. Culpables ó inocentes, enfermos ó sanos, vagabundos ó indigentes, todos, hasta los insensatos á quienes esta casa servia de hospicio, fueron inmolados sin distinción. El mayordomo, los capellanes, los conserjes, y hasta los escribientes de la administracion, fueron comprendidos en la matanza general. En vano el ayuntamiento envió allí varios comisionados, en vano el mismo Petion fué á arengar á los asesinos; éstos apenas suspendieron su obra para escuchar las amonestaciones del corregidor. A palabras sin fuerza el pueblo no presta sino un respeto sin obediencia. Los degolladores no se detuvieron sino delante del vacío. Al otro día, la misma banda de cerca de doscientos hombres, armados de fusiles, picas, hachas y garrotes, invadió el hospital de la Salitrería, que no encerraba más que mujeres perdidas; sitio de correccion para las viejas, de curacion para las jóvenes, y de asilo para las que tocaban aún á la infancia. Despues de haber asesinado á treinta y cinco mujeres de las de mayor edad, forzaron los dormitorios de las otras, obligándoles á saciar su brutalidad, degollando á las que se resistian, y se llevaron en triunfo con ellos niñas de diez á doce años, presa inmunda de la relajacion adquirida con la sangre.

IX

Mientras que estas proscripciones consternaban á París, la Asamblea enviaba inútilmente sus comisionados para arengar al pueblo á las puertas de las cárceles. Los degolladores no suspendian su trabajo ni aún para oír aquellos discursos oficiales. Las palabras de justicia y de humanidad no encontraban eco en el corazon de aquellas fieras ebrias de aguardiente y de sangre. En vano el ministro del Interior, Roland, llorando por su impotencia, escribió á Santerre que desplegara la fuerza para proteger la seguridad de las cárceles. Santerre no compareció hasta el

tercer día, para pedir al Consejo general del ayuntamiento una autorizacion para reprimir á los malvados, peligrosos ya hasta para los mismos que los habian soltado contra sus enemigos. Los matadores fueron insolentemente á intimar á la municipalidad que les pagase sus asesinatos. Tallien y sus colegas no osaron rehusarles el premio de estos días de trabajo, y pusieron en los registros del ayuntamiento de Paris aquellos jornales, apénas disfrazada la causa de ellos bajo títulos y pretextos especiosos. A Santerre y á sus destacamentos no les costó poco trabajo el enviar á sus guaridas á aquellas hordas, cebadas ya en la carnicería. Estos hombres, nutridos de crímenes por espacio de siete días, henchidos de vino en el que mezclaban pólvora, y embriagados con el tufo de la sangre, estaban exaltados



Abnegacion filial de la señorita de Sombreuil.—Pág. 62.

hasta un estado de demencia física que les hacía incapaces de reposo. La calentura del exterminio se habia apoderado de ellos, no sirviendo ya sino para hacer muertes. Desde que les faltó aquel oficio, muchos de ellos volvieron su furor contra sí mismos. Algunos, cuando se restituyeron á sus casas, se quejaban de la ingratitud del ayuntamiento, porque no les habia dado más que cuarenta sous por día, lo que no llegaba á un cuarto (1) por víctima. Otros, atormentados por los remordimientos, no veian delante de sus ojos más que las caras lívidas, los miembros chorreando sangre y las entrañas humeantes de los que habian degollado, cayendo en unos accesos de locura ó en una languidez tan siniestra que los condujeron en pocos días al sepulcro. Otros, en fin, objeto de terror para sus vecinos y de odio para sus más inmediatos parientes, mudaron de barrios, se alistaron en los batallones de voluntarios, é incansables de crímenes, se unieron á las bandas

(1) Aunque cuarto no es equivalente á sou, es lo más aproximado á dicho valor, comparada la moneda francesa con la nuestra.—(N. del T.)

de asesinos que fueron á continuar en Orleans, en Meaux, en Reims y en Versailles las proscripciones de Paris. De este número fueron Charlot, Grizon, Mamin, el tejedor Rodi, Henriot, el carnicero Allaire y un negro llamado Delorme, traído á Paris por Fournier el Americano. Este negro, infatigable en asesinar, degolló por su mano más de doscientos presos en los tres dias y tres noches del degüello, sin tomar más descanso que las cortas orgías en donde iba á restaurar sus fuerzas con el vino. Llevaba la camisa recogida en la cintura, dejando ver el cuerpo desnudo; sus facciones repugnantes, su piel negra enrojecida con las manchas de sangre, sus risotadas salvajes, su boca abierta y sus blancos dientes que se distinguian perfectamente á cada golpe que asestaba, hacian de aquel hombre el símbolo del asesinato y el vengador de su raza. Véase personificado en aquel negro todo el odio que los de su color tienen á los blancos, y el deseo de acabar con toda sangre que no fuese de la misma procedencia que la suya. Demonio exterminador, vengaba en los europeos los atentados que contra sus hermanos habian cometido en el Africa. Este negro, que se encontraba siempre en todas las convulsiones populares de la revolucion con una cabeza cortada en la mano, fué preso dos años despues en las jornadas de Prairial, llevando clavada en una pica la cabeza del diputado Feraud, y pereció, en fin, en el suplicio que habia prodigado tantas veces. Tan pronto como los cómplices de Setiembre se refugiaron en los ejércitos ó en los batallones de voluntarios, y fueron conocidos por sus camaradas, los batallones los rechazaron de sí con horror. Los soldados no podian vivir al lado de asesinos. La bandera del patriotismo debia estar pura de la sangre de los ciudadanos: el heroísmo y el crimen no quieren estar confundidos.

X

Tales fueron las jornadas de Setiembre. Las sepulturas de Clamart y las catacumbas de la barrera de Santiago conocieron únicamente el número de las víctimas. Unos cuentan diez mil, y otros las reducen á dos ó tres mil; pero el crimen no está en el número, sino en el acto de estos asesinatos. Una teoría bárbara ha pretendido justificarlos. Las teorías que sublevan la conciencia no son sino paradojas del espíritu al servicio de las aberraciones del corazon. Algunos piensan engrandecerse elevándose, en los mal llamados cálculos de hombres de Estado, por encima de los escrúpulos de la moral y del enternecimiento del alma. Con esto se creen superiores al hombre, y se engañan, porque lo único que logran es degradarse á sí mismos y rebajarse de la dignidad de tales. Todo lo que le quite al hombre alguna parte de su sensibilidad, le quita una parte de su verdadera grandeza. Todo el que niega su verdadera conciencia, le quita una parte de su luz. La luz del hombre está en su espíritu, pero sobre todo en su conciencia. Los sistemas engañan: sólo el sentimiento es infalible como la naturaleza. Disputar la criminalidad de las jornadas de Setiembre es sostener una falsedad contra el sentimiento general del género humano, es negar la naturaleza, que no es más que la moral en el instinto. Nada en el hombre es más grande que la humanidad. A los gobiernos, como á los individuos, no les es permitido asesinar; la cantidad de las víctimas no cambia el carácter del asesinato. Si una gota de sangre mancha la mano de un asesino, los torrentes de ella no disculpan á Danton. La grandeza de la mal-

dad no la transforma en virtud. Las pirámides de cadáveres levantan á una gran altura á ciertos hombres, pero aún sube mucho más arriba la execracion de los hombres hácia los que las forman.

Es indudable que no deben contarse las vidas que cuesta una causa justa y santa, y los pueblos que marchan por cima de sangre no se ensucian yendo á la conquista de sus derechos, á la justicia y á la libertad del mundo; pero esto se entiende respecto á la sangre vertida en los campos de batalla, y no á la de los vencidos, fria y sistemáticamente asesinados. Las revoluciones, así como los gobiernos, tienen dos medios legítimos de defensa: juzgar segun las leyes, y combatir. Cuando degüellan, horrorizan á sus amigos y dan la razon á sus enemigos. La piedad humana se aparta de las causas ensangrentadas. Una revolucion que quedase inflexiblemente pura atraeria el universo á sus ideas.

Los que presentan el ejemplo de Setiembre como un consejo y los degüellos como elementos de patriotismo, pierden con anticipacion la causa de los pueblos haciéndola aborrecible; con tales doctrinas no puede conseguirse otra cosa que tinieblas, precipicios y caidas. El *San Bartolomé* debilitó mucho más al catolicismo que lo hubiera hecho la sangre vertida de un millon de católicos. Las jornadas de Setiembre fueron el *San Bartolomé* de la libertad. Maquiavelo las hubiera aconsejado tal vez, Fenelon las hubiera maldecido. Hay más política en una virtud de Fenelon que en todas las máximas de Maquiavelo. Los grandes hombres de Estado de las revoluciones son algunas veces sus mártires, nunca sus verdugos.

LIBRO VEINTISEIS.

Proscripciones.—Asesinato del duque de Larochefoucauld en Gisors.—Degüellos en Orleans, en Lyon, en Meaux, en Reims y en Versalles.—El corregidor Richaud.—Danton acepta la responsabilidad de las jornadas de Setiembre.

I

Francia temblaba de horror y de espanto. El Consejo del ayuntamiento de Paris se envolvía en su crimen al atreverse á redactar una proclama dirigida á los departamentos recomendándoles los asesinatos de Setiembre como un ejemplo digno de imitacion. Envanecerse del crimen es más que cometerlo: es asociarse friamente á su responsabilidad, sin tener la excusa de la pasion que lo explica. El ejemplo de la impunidad de los degüellos de Paris hablaba muy alto á las provincias. Este estímulo tácito fué comprendido. El duque de Larochefoucauld, el más popular de los aristócratas despues de Lafayette, se habia hecho odioso á la multitud. Como presidente del departamento de Paris, habia pedido el 20 de Junio la destitucion de Petion. Esta fué su sentencia. Habiéndose retirado despues del 10 de Agosto á los baños de Forges con la duquesa de Enville, su madre, y con su jóven esposa, recibió allí una orden de prision del ayuntamiento por uno de sus procónsules de la casa de la ciudad. El comisionado, asustado de su mision, aconsejó al duque que no se fiasse en su inocencia y que se fugase á Inglaterra. Laroche foucauld lo rehusó, y se puso en marcha para Paris con su madre, su esposa y el comisionado del ayuntamiento. Un batallon de la guardia nacional de Finisterre y un destacamento de asesinos de Paris le esperaban en Gisors. Estos pidieron su cabeza, y en vano se esforzaron para protegerle el corregidor y la guarnicion de aquel pueblo. Miéntas que el coche en que iban las señoras tomaba la delantera, una fila de municipales y de guardias nacionales escoltó al preso fuera de la ciudad por calles extraviadas. ¡Vana precaucion! Al salir de las puertas, una porcion de carruajes obstruian el paso, y la fila se separó. Un asesino cogió una piedra y la tiró á la cabeza del duque, dejándole muerto en medio del pueblo á quien habia consagrado su vida. El cadáver fué entregado á su mujer y á su madre, que le creian en salvo. Este asesinato en uno de los primeros apóstoles de la libertad y de la filosofia resonó como un sacrilegio en toda Europa. Ningun crimen despopularizó más á la revolucion. Parecia ésta parricida desde que hubo asesinado al padre del pueblo. El gran orador Burke y sus amigos en el Parlamento inglés se avergonzaron de fraternizar con los asesinos de Laroche foucauld, y cambiaron sus apoteosis en imprecaciones.

En Orleans, la guardia nacional, que el corregidor habia desarmado, dejó impunemente violar las cárceles, saquear las casas de los principales magnates, asesinar ocho ó diez personas, y en fin, quemar á fuego lento en un brasero encendido en la plaza pública á dos dependientes de una refinería de azúcar que habian intentado sustraer del pillaje la casa de su principal. En Lyon, la noticia de las jornadas de Paris excitó una feroz emulacion en el pueblo. Dos mil personas entre hombres, mujeres y muchachos, salidos de la hez de aquella gran reunion de trabajadores nómadas, se trasladaron, á pesar de la resistencia del corregidor Vitet y del comandante de la ciudad, Imbert Coloméz, al castillo de Pierre-Encise, y forzando las puertas, asesinaron á veintiun oficiales del regimiento Real de Polonia que estaban encerrados en aquel fuerte. De allí se fueron á las cárceles civiles y degollaron á todos los presos que encontraron, sin distincion, clavando en los árboles del paseo de Bellecour los miembros mutilados de sus víctimas.

Ronsin, comandante de uno de los batallones de Paris, compuesto de vencedores del 10 Agosto y de algunos asesinos de Setiembre, pasaba por Meaux, dirigiéndose á la frontera. A su llegada, reprendió al corregidor por no haber seguido aún el ejemplo del ayuntamiento de Paris. Recorrió acto continuo sable en mano las calles de la poblacion reclutando algunos malvados en los sitios sospechosos, y conduciéndolos á la cárcel, los animó á emprender la operacion con sus ademanes y con su voz. «Mis gentes son unos bandidos,—dijo Ronsin á los que le afeaban las maldades de su tropa;—pero ¿eran más honrados los que componian las legiones que ejecutaron las proscripciones de Mario?»

Otro batallon reclutado en las sentinas de Paris pasaba por Reims, dirigiéndose á la frontera para servir á las órdenes del general Duhoux. Un agitador llamado Armonville se presentó delante de este batallon en el momento en que el general le revistaba. En vano el jefe trató de contener á los soldados. Armonville los arengó, y se le unieron unos cincuenta; los dirigió á la Sociedad popular, les distribuyó armas, les dió las señales de ciertas casas, les designó las víctimas y les animó á herir. Dos administradores fueron los primeros asesinados en las gradas de la casa del ayuntamiento, jugando despues los asesinos á las bochas con sus cabezas, y arrojando en una hoguera encendida en el atrio de la catedral á todos los sacerdotes que habia en la ciudad. Durante dos dias, los asesinos alimentaron esta hoguera con nuevas víctimas, y obligaron al sobrino de uno de aquellos sacerdotes á llevar con sus propias manos la leña para consumir el cuerpo de su tío. Cortaron las piernas y los brazos á Mr. de Montrosier, hombre extraño á la ciudad é inocente de toda opinion política, llevándole mutilado de este modo á que espirase á la vista de su padre y de su esposa.

Estos malvados jugaban con la agonía, con la conciencia y con los remordimientos de los que inmolaban. Uno de los sacerdotes, rodeado por las llamas y vencido por el dolor, pidió que se le dejase prestar juramento á la nacion. Le sacaron del fuego, y el procurador del ayuntamiento, Couplet, cómplice de estas escenas, llegó y recibió el juramento. «Ahora que has dicho una mentira,—dijeron los verdugos al desgraciado,—vuélvete á tu sitio con tus compañeros.» Y le arrojaron de nuevo á la hoguera. Estos incendiarios de hombres concluyeron por quemarse unos á otros. Un tejedor llamado Laurent hizo la lista de los que se destinaban al suplicio, é inscribió en ella á un mercader vecino suyo, cuyo crimen era haberse

negado á fiar sus mercancías á Laurent. El mercader, agente secreto de Armonville, se informó del lazo que se le tendía, y fué á quejarse á su patrono. Armonville borró el nombre del mercader, é inscribió en su lugar el de su denunciador. En el momento en que Laurent señaló á su enemigo para arrojarle á la hoguera, le cogieron á él y le lanzaron á las llamas en medio de las risotadas de sus cómplices. Su sangre impura apagó la hoguera. El terror fué tan servil en Reims, y el nombre de Armonville intimidó tanto la conciencia pública, que la ciudad le nombró pocos dias despues su representante en la Convencion.

II

El dedo de los exterminadores no podia olvidar las cárceles del tribunal superior de Orleans. Sesenta y dos acusados del crimen de lesa nacion las poblaban. Los que estaban presentes en la memoria del pueblo eran el anciano duque de Brissac, jefe de la guardia del rey, y Mr. de Lessart, ministro proscrito por los girondinos. Habia ademas muchos obispos, magistrados y generales denunciados por su departamento ó por sus tropas, variós periodistas del partido de la corte, y en fin, los veintisiete oficiales del regimiento de Cambresis acusados de haber intentado sorprender la ciudadela de Perpiñan para entregarla á los españoles, yacian más de un año en aquellas prisiones.

La ligereza de las acusaciones, la falta de pruebas, la ausencia de los testigos suspendia ó amortiguaba la vista de las causas. La prevencion, que juzga sin pruebas y que condena todo lo que aborrece, se impacientaba de estas lentitudes. El ayuntamiento, Marat y Danton, que querian concluir de una vez, encontraron estas víctimas en disposicion de ser asesinadas. La Asamblea, avergonzada de los degüellos del 2 de Setiembre, ejecutados á su vista y cuya responsabilidad recaia sobre ella, queria sustraer aquellos sesenta y dos presos á la justicia expeditiva del ayuntamiento; pero los maratistas esparcieron por el pueblo que las cárceles de Orleans se habian transformado en una mansion de delicias y en un foco de conspiraciones merced al oro del duque de Brissac, y que abririan sus puertas á la señal dada por los emigrados, quitando á la nacion su venganza; tambien se habló de un próximo rapto de los presos.

Sobre estos rumores, doscientos marseleses y un destacamento de federados y degolladores, dirigidos por el polaco Lazouski, salieron para Orleans en virtud de una órden secreta de los agentes del ayuntamiento. Así que llegaron á Longjumeau, escribieron á la Asamblea diciéndole que se habian puesto en camino para transportar los presos á Paris. Inquieta la Asamblea, á petición de Vergniaud y de Brissot, expidió un decreto por el cual se les prohibia á los federados disponer arbitrariamente de los presos ó culpables, sujetos sólo á lo que dispusiese la ley. Lazouski y sus satélites fingieron obedecer el decreto, y respondieron que iban á Orleans para guardar á los presos, á quienes se queria arrebatat. Vergniaud y sus amigos, que comprendieron este lenguaje, fingieron tambien quedar satisfechos con esta obediencia á medias, pero hicieron dar acto continuo otro decreto en el que se encargaba á los ministros que enviasen á Orleans mil ochocientos hombres para precaver toda tentativa de fuga. El mando de estos mil ochocientos hombres fué confiado á Fournier el Americano. Así que llegó con esta fuerza á Longjumeau,



Fournier reunió los doscientos marseleses y llegó con ellos á aquel punto.

Leonardo Bourdon se le habia adelantado. Enviado por el ayuntamiento de Paris con una comision sospechosa, Leonardo

Bourdon, ciudadano de Orleans, pero amigo de Marat, so pretexto de evitar una lucha entre el destacamento parisiense y la municipalidad de Orleans, neutralizó la guardia nacional de esta ciudad. La guardia nacional, fuerte de seis mil hombres adictos á la ley, se habia trasladado á la cárcel con alguna artillería para defenderla; se negoció y quedó convenido que los presos serian respetados y entregados por la guardia nacional á la escolta que debia conducirlos á Paris.

Siete carromatos, conteniendo cada uno ocho presos cargados de cadenas, se pusieron en camino el 4 de Setiembre á las seis de la mañana. Fournier marchaba á caballo á la cabeza del convoy. Un collar de la orden de San Luis, algunas cruces de Cincinnato y otras condecoraciones militares arrancadas á los presos, colgaban del pretal de su caballo.

La Asamblea, informada de los acontecimientos de Orleans, decretó por conducto de Vergniaud que la columna no entrase en Paris. Los comisarios enviados á Etampes para detener la marcha de Fournier fueron intimidados por Leonardo Bourdon. Los federados patearon el decreto de la Asamblea y se dirigieron á Versailles. Sin embargo, los verdugos del 2 de Setiembre esperaron el convoy en Arpa-

jon. Estos hombres se reunieron á la escolta y llegaron al mismo tiempo que aquél á las puertas de Versalles. El corregidor Richaud, sabedor del peligro, tomó todas las medidas que le aconsejó la prudencia y la humanidad. Fournier y Lazouski, con dos mil hombres y la artillería, tenían una fuerza suficiente para evitar todo atentado; pero todo parecía dispuesto por ellos de antemano para entregar su depósito en lugar de defenderlo. Los cañones y la caballería de la escolta precedían á una distancia considerable á los carros. Una débil fila de cinco hombres marchaba á los lados del camino. El corregidor, acompañado de algunos diputados municipales y oficiales de la guardia nacional, imponía sólo con su presencia y con sus palabras á los asesinos. Esto acaeció en un domingo, á la hora en que el pueblo va á distraerse un rato de las tareas de la semana á este ó el otro punto, por cuya razón estaban desiertas las calles de la ciudad. La banda de degolladores que espiaba esta presa no se componía sino de unos cuarenta ó cincuenta hombres. Dejaron éstos pasar los carromatos hasta la verja del jardín que conduce á la casa de fieras, sitio que se había preparado para hacer alto en él aquella noche. Tan pronto como Fournier, los cañones y la caballería de la escolta habían pasado la verja, los asesinos la cerraron, dejándolos dentro é inhábiles para impedir lo que se hiciese por fuera. Fournier, sea sorpresa real, sea simulacion de violencia, fué derribado del caballo por hombres del pueblo, luchando débilmente para que se abriese la verja que le separaba del grueso de su tropa y de su depósito. Lazouski, en la retaguardia, no hizo ninguna demostracion para acercarse al convoy. Los asesinos, dueños ya de éste, se arrojaron sobre los presos encadenados, que nadie les disputó. En vano el corregidor Richaud se interpuso entre ellos y su presa, en vano subió al primer carromato y apartó con sus manos los sables y las picas, cubriendo con su cuerpo las dos primeras víctimas. Derribado sobre los cadáveres y cubierto con la sangre de aquéllas, los asesinos le llevaron desmayado con la emocion á una casa vecina, y llevaron á cabo sin resistencia, por espacio de más de una hora, aquella carnicería á sangre fria, que una ciudad consternada y dos mil hombres armados no supieron impedir en medio del día.

El intrépido Richaud, vuelto de su desmayo y arrancándose de los brazos de los que le detenían, se escapó de la casa adonde le habían llevado, volvió á los carros, se arrodilló ante los asesinos, se agarró á sus brazos ensangrentados, les echó en cara que deshonoraban la revolucion y la ciudad en donde aquélla había triunfado del despotismo, y les ofreció su propia vida por rescatar la de la última de sus víctimas. Su generosidad fué admirada hasta de los mismos asesinos, pero nada consiguió. Sólo siete ú ocho presos que se precipitaron de los carromatos, protegidos por la compasion de los espectadores, consiguieron escapar y refugiarse en las casas inmediatas: todo el resto sucumbió. Cuarenta y siete cadáveres, encadenados aún de piés y manos, quedaron tendidos en la calle y atestiguaron la barbarie y la cobardía de los degolladores. Estos formaron un trofeo de cuerpos y miembros hechos pedazos en el centro de la encrucijada de Quatre-Bornes. Las cabezas cortadas, paseadas en triunfo por los asesinos, fueron despues plantadas sobre las lanzas de la verja del palacio de Versalles. Se reconocia entre ellas la del duque de Brissac por sus cabellos blancos manchados de sangre y arrollados en la verja de la puerta del palacio de sus señores. Dos de estos asesinos, Foliot, mayordomo de fábrica de la iglesia de Meudon, y Hurtevent, guardabosque de Verrieres,

llevaron de café en café, el uno el corazón sangriento arrancado del pecho del duque de Brissac, y el otro un pedazo obscuro cortado del cadáver del ministro Lessart. Una jóven embarazada de algunos meses á quien enseñaron aquel pedazo de carne humana, cayó desmayada al verlo, se rompió la cabeza, y murió del golpe. Varios muchachos despedazaron los miembros esparcidos por la calle y se los echaron á los perros. Una mujer llevó por los cabellos una de aquellas cabezas



Muerte de la princesa de Lamballe.—Pág. 70.

á la asamblea de los electores, y la puso sobre la mesa del presidente. Todo el que no aplaudía callaba; el silencio era valor en aquella ocasión.

III

Hacia ya más de una hora que los matadores habían concluido y que los muertos estaban abandonados, nadando en su sangre, cuando los espectadores que contemplaban á lo lejos aquellos restos vieron que un ligero movimiento agitaba los cadáveres. Descubriéronse en primer lugar unos brazos ensangrentados, y luego

asomó una cabeza calva y el tronco desnudo de un cuerpo que trataba de abrirse paso entre aquel monton de cadáveres que le sofocaba con su peso. Era éste uno de los presos, que volvía del desmayo en que le había sumido la mucha sangre que había vertido, y que tenido por muerto por los asesinos, se había guarecido debajo de los muertos para evitar los golpes que debían concluirle. El infeliz trataba de desprenderse de aquella porcion de cuerpos mutilados en donde estaba metido hasta la cintura, y espiaba con una mirada furtiva hácia qué lado debía arrastrarse para encontrar un asilo. Ya los testigos mudos de esta inesperada resurreccion le hacían signos de inteligencia y de compasion. Por ellos estaba salvo; pero uno de los asesinos, volviendo por casualidad á aquellos sitios, vió al pobre anciano, y aproximándose á él con el sable levantado, le dijo: «¡Ah! Tú te despiertras. Espera, yo te haré dormir otra vez por más tiempo». Diciendo esto, le abrió la cabeza de un sablazo y le acostó de nuevo sobre aquella cama de la muerte.

Desde allí los matadores se fueron á las dos cárceles de Versalles, y á pesar de los esfuerzos de Richaud, degollaron diez presos. Los restantes debieron su libertad á la intrepidez, á la elocuencia y á los engaños piadosos de aquel generoso magistrado. No había cesado éste hacía dos días de advertir al poder ejecutivo los peligros que amenazaban la vida de los presos de Versalles, y de reclamar fuerzas de París. Alquier, presidente del tribunal de Versalles, fué dos veces á casa de Danton, ministro de Justicia, para que proveyese, segun era de su deber, á la seguridad de las cárceles. La primera vez Danton se excusó; la segunda se irritó por una insistencia que agitaba los remordimientos ó la impotencia de su corazón. Mirando á Alquier con una impresion asaz significativa, y como quien quería ser entendido, le dijo con voz áspera é imponente: «Mr. Alquier, esos hombres son muy culpables, muy culpables. Volved á vuestras ocupaciones, y no os mezcléis en este asunto. Si yo hubiera podido responderos otra cosa, ¿no comprendéis que ya lo hubiera hecho?» Alquier se retiró consternado. Había comprendido perfectamente.

Estas palabras escapadas á la impaciencia de Danton son el comentario de las que profirió el 2 de Setiembre en la Asamblea.

«La patria se ha salvado,—dijo;—la campana que se va á tocar no es una señal de alarma, es la de la carga que va á darse á los enemigos de la patria. Para vencerlos, para aterrarlos, ¿qué es lo que se necesita? ¡Audacia, audacia y siempre audacia!» El sentido que tenían estas palabras en su pensamiento se manifestó bien á las claras en la noche que siguió á los asesinatos de Versalles. Los asesinos de Brissac y de Lessart volvieron á París en cuanto anocheció, y se presentaron bajo las ventanas del ministerio de Justicia, pidiendo armas para volar á las fronteras. Danton se levantó de la mesa y apareció en el balcón. «No es el ministro de Justicia, sino el de la revolucion, el que os da las gracias»,—les dijo. Jamás ningún exterminador reconoció más descaradamente á sus cómplices. Danton violaba las leyes que estaba encargado de defender, y aceptaba la sangre que estaba encargado de vengar; fué ministro, no de la libertad, sino de la muerte. Los crímenes de Setiembre no deben achacarse á la libertad, son exclusivamente obra de unos cuantos malvados.

LIBRO VEINTISIETE.

El ejército.—Dumouriez se mantiene en el Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campo de Sainte-Menehould.—Posición de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inacción.—Perseverancia de Dumouriez.—Acalla las murmuraciones de sus tropas.—La república es reconocida en los campamentos.

I

Mientras que el interregno del reinado á la república entregaba así Paris á los satélites de Danton, Francia, con todas sus fronteras abiertas, no tenia más salvacion que el bosque de Argonne y el genio de Dumouriez.

Hemos dejado el 2 de Setiembre á este general encerrado con diez y seis mil hombres en el campo de Grandpré, y ocupando con débiles destacamentos los desfiladeros intermedios entre Sedan y Sainte-Menehould, por donde el duque de Brunswick podia tratar de romper su línea y envolver su posición. Aprovechando hora por hora la lentitud de su enemigo, hacia tocar á rebato en todos los pueblos y ocupar las dos vertientes del bosque de Argonne, se esforzaba por excitar entre sus habitantes el entusiasmo patrio, hacia cortar los puentes y los caminos por los que el enemigo debia abordarle, y talar los árboles para dificultar los menores pasos. Pero la toma de Longwy y de Verdun, las inteligencias de los hidalgos del país con los cuerpos de emigrados, el aborrecimiento á la revolucion y la masa desproporcionada del ejército coligado, dificultaban la resistencia. Dumouriez, abandonado á sí mismo por los habitantes, no podia contar sino con sus regimientos; los batallones de voluntarios que llegaban lentamente de Paris y de los departamentos, y que se organizaban en Chalons, no traian consigo más que la inexperiencia, la indisciplina y el terror. Dumouriez temia más que deseaba semejantes auxiliares. Su única esperanza consistia en su union con el ejército que Kellermann, sucesor de Luckner, le traia de Metz; si esta union podia operarse á retaguardia del bosque de Argonne ántes que las tropas del duque de Brunswick hubiesen forzado este muro natural, Kellermann y Dumouriez, reuniendo sus fuerzas, podian oponer una masa de cuarenta y cinco mil combatientes á los noventa mil coligados, y jugar con alguna esperanza la suerte de Francia en una batalla.

Kellermann, digno de comprender y de secundar este gran pensamiento, servia sin celos al designio de Dumouriez, satisfecho con su parte de gloria con tal que la patria se salvase. Este se trasladó oblicuamente desde Metz á la extremidad del Argonne, avisando á Dumouriez de todos los pasos que daba hacia él. Pero la inteligencia secreta que tenian estós dos generales quedaba oculta para la masa de

oficiales y tropas; en el campo mismo de Dumouriez no veían en esta inmovilidad sino una obstinación fatal en intentar lo imposible, y presagiaban la pérdida cierta del ejército, que iba á ser presa de los numerosos cuerpos con que el duque de Brunswick iba á envolverlo y ahogarlo. Los víveres eran escasos y malos, y el general mismo no comía otro pan que el de municion; no tenían más que legumbres, y nunca carne, cerveza ni vino. Las enfermedades, consecuencia de las privaciones, trabajaban las tropas; las murmuraciones sordas agriaban los espíritus; los diputados, los ministros, Luckner mismo, influidos por la correspondencia del campo, no cesaban de escribir á Dumouriez para que abandonase su comprometida posición y se retirase á Chalons. Sus amigos le advertían que el perseverar más en aquella situación sería causa de que se le destituyese, y acaso de que se expidiese un decreto de acusación contra él.

Sus propios tenientes forzaron una mañana la entrada de su tienda, y comunicándole las impresiones del ejército, le representaron la necesidad de una retirada. Dumouriez, confiado en sí mismo, recibió sus observaciones con aspecto severo. «Cuando os reuna en consejo de guerra,—les dijo,—atenderé á vuestros consejos; pero en este momento no escucho más que á mí mismo. Volved á vuestros puestos, y no penseis sino en secundar los designios de vuestro general.» La firmeza del general inspiró confianza á sus tenientes; porque el genio tiene misterios que se respetan aún ignorándolos.

Unas ligeras escaramuzas, siempre felices, entre la vanguardia de los prusianos, que avanzaron al fin hácia el bosque, y los puestos de Dumouriez, devolvieron la paciencia á las tropas; los tiros y el paso de ataque son la música de los campamentos. Miaczinski, Stengel y Miranda rechazaron en todas partes á los prusianos. Ya nos son conocidos Miaczinski y Stengel, que habían sido escogidos por Dumouriez; Miranda le había sido enviado poco tiempo ántes por Petion. El general quiso ponerle á prueba desde el primer día, y quedó contento de él.

Miranda, que tomó despues tanta parte en las victorias y reveses de Dumouriez, era uno de esos aventureros que no tienen más patria que los campamentos, y que prestan sus brazos y sus talentos á la causa que les parece más digna de su sangre. Miranda había adoptado la de las revoluciones para todo el universo. Natural del Perú, noble, rico y con influencia en la América española, había intentado desde su juventud librar á su patria del yugo de España. Refugiado en Europa con parte de sus riquezas, había viajado de nación en nación, instruyéndose en seis lenguas, en la legislación y en el arte de la guerra, y buscando en todas partes enemigos á España y auxiliares de la libertad. La revolución francesa le había parecido el campo de batalla de sus ideas, y se precipitó en él. Ligado con los girondinos, hasta entónces demócratas más avanzados que los demas, había obtenido de ellos por Petion y por Servan el grado de general en el ejército. Ardía este general por hacerse un nombre en la guerra de nuestra independencia, para que este nombre, resonando en América, le preparase en su patria la popularidad, la gloria y el papel de un Lafayette. Miranda, desde el primer día de su llegada al campo, mostró aquel arrojo de aventurero que naturaliza á los extranjeros en un ejército. Otro extranjero, el joven Macdonald, descendiente de una raza militar de Escocia trasplantada á Francia desde la revolución de su país, era ayudante de campo de Dumouriez, y aprendía en el campamento de Grandpré, bajo las órde-

nes de su jefe, cómo se salva una patria. Andando el tiempo y á las órdenes de Napoleon, aprendió á ilustrarla; mariscal de Francia al fin de su vida, fué un héroe desde sus primeros pasos.

II

Dumouriez inutilizaba en esta posicion el choque de noventa mil hombres que el rey de Prusia y el duque de Brunswick aglomeraban á las inmediaciones del Argonne, haciéndoles perder el tiempo, que es tan precioso elemento de éxito en las guerras de invasion. Tranquilo por su frente, defendido por cinco leguas de bosques y barrancos inaccesibles, tranquilo por su derecha, cubierta por los cuerpos de Dillon y bien pronto fortificada por los veinte mil hombres de Kellermann, tranquilo por su izquierda, y libre de toda sorpresa por los destacamentos que habia situado en los cuatro desfiladeros del Argonne, por el cuerpo de Miaczinski, que le flanqueaba en Sedan, y por el ejército del campo de Maulde, que su amigo el jóven y valiente Beurnonville le traia á marchas forzadas, un azar lo comprometió todo.

Rendido de fatiga en el cuerpo y en el espíritu, se habia olvidado de reconocer por sí mismo el desfiladero de la Croix-au-Bois que tenia á su inmediacion, y que le habian pintado como impracticable para las tropas, y sobre todo, para la caballería y la artillería. Sin embargo, le habia hecho ocupar por un regimiento de dragones, dos batallones de voluntarios y dos piezas, mandados por un coronel; pero de resultas de un movimiento parcial que llamó al campo de Grandpré al regimiento de dragones y á los dos batallones de la Croix-au-Bois ántes que el batallon de Ardennes que debia reemplazarlos llegase á su puesto, el desfiladero estuvo un momento abierto al enemigo. Los numerosos espías voluntarios que los emigrados tenian en las aldeas del Argonne se apresuraron á ir á anunciar esta falta al general austriaco Clairfayt. Este lanzó al instante ocho mil hombres, al mando del jóven príncipe de Ligne, á la Croix-au-Bois, de que se apoderó. Algunas horas despues, Dumouriez, informado de este reves, dió al general Chazot dos brigadas, seis escuadrones de sus mejores tropas, cuatro piezas ademas de las de los batallones, con órden de atacar á la bayoneta y apoderarse del desfiladero á toda costa. De hora en hora, el general, impaciente, enviaba á Chazot sus ayudantes de campo para que apresurase su marcha y para que le trajesen noticias. Veinticuatro horas se pasaron en esta duda. En fin, el 14, Dumouriez oyó cañonazos sobre su izquierda, y juzgó por el estruendo, que se alejaba, que los imperiales se retiraban, y que Chazot penetraba en el bosque. Aquella noche, un pliego de Chazot le instruyó de que éste habia forzado las trincheras de los austriacos, defendidas por el enemigo con un valor desesperado, que ochocientos muertos yacian en el desfiladero, y que el mismo príncipe de Ligne habia pagado con la vida su conquista de un dia.

Pero apenas este expreso habia llegado al campo de Grandpré, y Dumouriez descansaba en su seguridad, cuando Clairfayt, ardiendo por vengar la muerte del príncipe de Ligne y por dar un asalto decisivo á este baluarte del ejército frances, lanzó sus columnas en el desfiladero, se apoderó de las alturas, abrasó con sus fuegos la columna de Chazot por el frente y flancos, le tomó sus cañones, interceptó sus comunicaciones con el campo de Grandpré, y le rechazó haciéndole huir

en derrota sobre Vouziers. Al mismo tiempo, los cuerpos de emigrados atacaron al general Dubouquet en el desfiladero de Chene-le-Populeux. Franceses contra franceses, el valor es igual; los unos combaten por salvar una patria, los otros por reconquistarla. Dubouquet sucumbe, evacua el paso, y se retira sobre Chalons. Estos dos desastres llegan á un tiempo á noticia de Dumouriez. Chazot y Dubouquet parece que le trazan el camino: el grito del ejército entero indicaba á Chalons como punto de refugio. Clairfayt, á la cabeza de veinte mil hombres, iba á cortarle las comunicaciones con aquella ciudad. El duque de Brunswick, con setenta mil prusianos, le encerraba por tres lados en su campo de Grandpré, y sus destacamentos, extraviados y sin retirada posible, reducian el ejército á quince mil combatientes. Morir de hambre en estos atrincheramientos, rendir las armas ó hacerse matar inútilmente sobre una posicion ya envuelta, tales eran las tres alternativas que se le presentaban al general. El camino de Chalons, aún abierto á su retaguardia, iba á ser ocupado dentro de dos dias por Clairfayt. No habia más que un dia para precipitarse sobre aquel pueblo y ocuparlo. La necesidad parecia trazarle su plan de campaña, pero este plan era una retirada, y una retirada ante un enemigo vencedor en dos combates parciales era inclinar la frente de Francia ante el extranjero. La audacia de Danton pasó de repente al alma y á la táctica de Dumouriez. En una hora concibió un plan más temerario que el de Argonne; cerró los oídos á los consejos tímidos de los hombres de la profesion, y no escuchó sino al entusiasmo de aquel arte que no tiene más reglas que el genio. Se encerró con sus ayudantes de campo y con los jefes de los cuerpos, y dictó á cada uno las órdenes que debian cambiar la direccion de los generales y de los cuerpos de ejército, ordenándoles otras nuevas maniobras.

A Kellermann le dió orden de continuar su marcha y de dirigirse sobre Sainte-Menehould, pequeño pueblo á la extremidad del bosque de Argonne, en las últimas ondulaciones del terreno entre los Ardennes y la Champagne.

A Beurnonville, la de marchar á Rethel costeando el rio Aisne, evitando el aproximarse á Argonne para librar á sus flancos de ser atacados por Clairfayt.

A Dillon, de defender hasta el último extremo los desfiladeros del Argonne que separaban aún á los prusianos sobre la derecha de Grandpré, y de destacar tropas ligeras al otro lado del bosque, envolviendo su extremidad por Passavant, con el fin de dificultar por este lado la marcha del duque de Brunswick, y ponerse más pronto en comunicacion con la vanguardia de Kellermann.

A Chazot, la de volver á Autry.

Al general Sparre, que mandaba en Chalons, la de formar un campo delante de Chalons con los batallones armados que le llegasen del interior; reserva que Dumouriez preparaba para en caso de sufrir algun reves en una batalla.

Expedidas estas órdenes, condujo por sí mismo las tropas en la maniobra que quiso ejecutar por la noche, dirigiendo sobre las alturas que cubren la izquierda de Grandpré por el lado de la Croix-au-Bois, por donde le inquietaba Clairfayt, seis batallones, seis escuadrones y seis piezas de artillería en observacion contra un ataque inopinado de los austriacos, haciendo que á la caída de la tarde desfilase en silencio su parque de artillería por los dos puentes que atraviesan el Aisne, dirigiéndose á las alturas de Autry. Ningun movimiento da á conocer al enemigo, ni en el ejército ni en las avanzadas, la intencion de una retirada del ejército frances.



Los cadáveres del Chatelet y de la Conserjería apilados sobre el puente del Cambio. — Jornada del 3 de Setiembre. — Pág. 73.

El príncipe de Hohelohe solicitó una entrevista para aquella noche, con el objeto de juzgar por sí el estado de aquel ejército. Dumouriez se la concedió

y se hizo reemplazar en esta conferencia por el general Duval, quien por su edad avanzada, por sus cabellos blancos, por su alta estatura y por su actitud marcial y majestuosa, impuso al general austriaco. Duval afectó una gran seguridad, anunciando al príncipe que Beurnonville llegaría á la mañana siguiente con diez y ocho mil hombres, y Kellermann á la cabeza de treinta mil combatientes. Desconcertado en sus tentativas de negociaciones por la actitud de Duval, el general austriaco se retiró, convencido de que Dumouriez esperaba el combate en su campo.

A medianoche, Dumouriez sale á caballo del castillo de Grandpré, donde se alojaba, y sube á su campo en medio de las más espesas tinieblas. En el campo todos dormían. Dumouriez prohíbe que se toquen cajas ni cornetas, y hace pasar de boca en boca y á media voz la orden de plegar las tiendas y tomar las armas. La oscuridad y la confusión retardan la formación de las columnas, pero ántes de los primeros albos del día, el ejército está en marcha. Las tropas pasan en dos columnas los puentes de Senuc y de Grandchamp, y se forman en batalla sobre las alturas de Autry. Cubierto ya por el Aisne, Dumouriez mira si el enemigo le sigue; pero el misterio que ha cubierto su movimiento ha desconcertado al duque

de Brunswick y á Clairfayt. El ejército corta los puentes á su retaguardia, se vuelve á poner en marcha y acampa en Dommartin, á cuatro leguas de Grandpré. Despertado dos veces durante la noche por alarmas esparcidas por la traicion ó por el miedo, Dumouriez monta á caballo dos veces, corre al rumor, se deja ver de sus tropas, las arenga, las tranquiliza, restablece el orden, hace encender grandes hogueras á cuyo resplandor los soldados se reconocen y reunen, y transmite á todos los corazones la confianza y la intrepidez de su alma. Por la mañana hizo dispersar por el general Duval una nube de húsares prusianos; estos húsares habian asaltado y puesto en derrota durante la noche el cuerpo del general Chazot, que se creyó atacado por todo el ejército enemigo. Los fugitivos, escapándose en todas direcciones, fueron á sembrar hasta Reims el terror de una derrota completa del ejército frances. El general, habiendo hecho coger por su caballería á algunos de estos fugitivos, los despojó del uniforme, les hizo afeitar la cabeza y las cejas, y los arrojó del campo, declarándolos indignos de combatir por la patria. Despues de esta ejecucion que castigaba la cobardía con el desprecio y que recordaba las lecciones de César á sus legiones, Dumouriez volvió á ponerse en marcha y entró el 17 en su campo de Sainte-Menehould.

III

El campo de Sainte-Menehould, del cual el genio de Dumouriez hizo el escollo de los coligados, parece haber sido designado por la naturaleza para servir de ciudadela á un puñado de soldados patriotas contra un ejército innumerable y victorioso. Consiste éste en una llanura elevada, extension de cerca de una legua cuadrada precedida por el frente que daba al enemigo por una cañada cortada, estrecha y profunda, semejante al foso de una muralla, protegida por sus dos flancos, por la derecha por el cauce del Aisne, y por la izquierda por estanques y lagunas intransitables para la artillería. La retaguardia de este campo estaba asegurada por algunos brazos cenagosos del Aube. Al otro lado de estas aguas pantanosas y á sus orillas se elevaba un terreno sólido y estrecho que podia servir de asiento á un segundo campamento. El general reservó este segundo campo á Kellermann. Leña, agua, forrajes, harinas, carnes saladas, aguardiente y municiones traídas en abundancia por los dos caminos de Reims y Chalons, miéntras que estuvieron libres, dieron seguridad al general y alegría al soldado. Dumouriez habia estudiado esta posicion en algunos momentos de descanso desde el campo de Grandpré, y se estableció en ella con la infalibilidad del golpe de vista de un hombre que conoce el terreno y que no duda del éxito. Un batallon se situó en el castillo escarpado de Santo Tomás, que limitaba y cubria su derecha; tres batallones y un regimiento de caballería en Vienne-le-Chateau; las baterías sobre el frente del campo, que enfilaban la cañada; su vanguardia se apostó sobre las alturas que dominau al otro lado de la cañada el arroyuelo de Tourbe, y algunos puestos esparcidos sobre el camino de Chalons para mantener el mayor tiempo posible sus comunicaciones con este pueblo, que era su arsenal y su punto de reunion. Tomadas estas disposiciones y establecido el cuartel general en Sainte-Menehould, en el centro del ejército, Dumouriez, inquieto por los rumores de su pretendida derrota esparcidos por los fugitivos de Grandpré hasta Paris, se ocupó en escribir á la

Asamblea. «Me he visto obligado—decía al presidente—á abandonar el campo de Grandpré. La retirada estaba verificada, cuando un terror pánico se esparció en el ejército. Diez mil hombres han huido de mil quinientos húsares prusianos. Todo ha sido reparado, y yo respondo de todo.»

Mientras que Dumouriez tomaba así posesion del último campo de batalla que quedaba á Francia, y disponia con anticipacion el punto en que Kellermann y Beurnonville debian reunirse al grueso de sus tropas para vencer ó sucumbir con él, la fortuna engañó otra vez su prudencia, y parecia complacerse en inutilizar su genio. A la noticia de la retirada de Grandpré, Kellermann, creyendo batido á Dumouriez y temiendo caer, aproximándose á la extremidad del Argonne, en las masas prusianas que suponía al otro lado del desfiladero, habia retrocedido hasta Vitry. Los correos de Dumouriez le llamaban por momentos; entónces avanzó de nuevo, pero con la lentitud de un hombre que teme una celada á cada paso. Kellermann no poseía el secreto de la fortuna de Dumouriez, y obedeció titubeando.

Por otro lado, el amigo y confidente de Dumouriez, Beurnonville, que avanzaba desde Rethel sobre Grandpré con el ejército auxiliar del campo de Maulde, habia encontrado á los fugitivos de los cuerpos de Chazot. Desconcertado por la relacion de la derrota completa de su general, Beurnonville se trasladó con algunos caballos sobre una colina desde donde descubria Argonne y los picos pelados que se extienden desde Grandpré á Sainte-Menehould.

Esto era en la mañana del 17, á la hora en que el ejército de Dumouriez desfilaba en Dommartin sobre Sainte-Menehould. Al aspecto de aquella columna de tropas que ondulaba en la llanura, y de la cual la distancia y la niebla impedían distinguir los uniformes y las banderas, Beurnonville no dudó que fuese el ejército prusiano que iba tras de los franceses. Persuadido de esto cambió de camino, redobló el paso y se dirigió sobre Chalons para reunirse á su general. Informado allí de su error por un ayudante de campo, Beurnonville no dió más que doce horas de descanso á sus tropas fatigadas, y llegó el 19 con los nueve mil hombres agueridos que de tan léjos traía al campo de batalla. Dumouriez, que creyó tener la victoria segura viendo á estos valientes soldados, á quienes él llamaba sus hijos y al cual ellos llamaban padre, fué á caballo á recibir á Beurnonville, y desde que la columna le apercibió, oficiales, sargentos y soldados, olvidando sus fatigas y agitando los sombreros en la punta de sus sables y bayonetas, saludaron con una inmensa aclamacion á su general en jefe. Dumouriez les pasó revista, llamó á los oficiales por sus nombres, y conoció por las caras á los soldados. Estos batallones y escuadrones, que con tanta paciencia habia formado, disciplinado y habituado al fuego durante las lentas contemporizaciones de Luckner en el ejército del Norte, desfilaron delante de él cubiertos con el polvo de una larga marcha, con los caballos flacos, los uniformes viejos, los zapatos rotos, pero con las armas completas y brillantes como en un dia de parada.

Cuando los oficiales del estado mayor asignaron á cada cuerpo su posicion, y las armas estuvieron en pabellones al frente de las tiendas, los soldados, más ansiosos de ver al general que de comer sus ránchos, rodearon tumultuariamente á Dumouriez, unos acariciando su caballo, otros besando sus botas, éstos tomándole la mano y apretándose familiarmente como si fuese la de un amigo, aquéllos

pidiéndole que los llevase pronto al combate, y todos haciendo resaltar en sus ojos y en sus fisonomías la adhesión familiar que un jefe querido de sus soldados cambia cuando quiere en heroísmo. Dumouriez, que conocía el corazón del soldado como buen veterano, fomentaba, en lugar de reprimir, con los ojos, la sonrisa y las manos esta familiaridad militar, que no quita nada al respeto y que añade cariño en las tropas. Les dio gracias, los animó y les dijo con oportunidad algunas breves y soldadescas expresiones, que transmitidas de boca en boca y de grupo en grupo, circularon como la señal de la alegría en el campo, y fueron á refluir hasta en el vivac de los batallones. Los soldados del campo de Grandpré, testigos de las señales de aprecio que los soldados del campo de Maulde daban á su general, sintieron crecer en ellos la confianza que Dumouriez empezaba apenas á conquistar. El exterior de cordialidad militar, la actitud, el gesto, las palabras de este hombre de guerra, tenían sobre las tropas tal imperio, que los dos campos, ansiosos de la preferencia de su jefe, rivalizaron en pocos días por que les llamase á todos sus hijos. Su corazón era para sus soldados, y estos amaban á su jefe. Su entusiasmo era una necesidad para él, y lo excitaba con una mirada. Dumouriez manejaba á sus soldados, no como máquinas, sino como hombres.

El general no había hecho sino apearse del caballo, cuando Westermann y Thouvenot, oficiales de estado mayor de toda su confianza, fueron á anunciarle que el ejército prusiano en masa había traspasado el límite del Argonne y se desplegaba sobre las colinas de la Luna, al otro lado del Tourbe, al frente de su posición. Al mismo tiempo el joven Macdonald, su ayudante de campo, á quien había enviado la antevíspera sobre el camino de Vitry, venía á galope, trayéndole la deseada noticia de la aproximación de Kellermann, á quien se esperaba hacía tanto tiempo. Este general, á la cabeza de veinte mil hombres del ejército de Metz y de algunos miles de voluntarios de la Lorena, estaba á dos horas de distancia. Así la fortuna de la revolución y la de Dumouriez, secundándose una á otra, traían á una hora fija y á un punto marcado, desde las dos extremidades de Francia y del interior de Alemania, las fuerzas que debían atacar al imperio y las que debían defenderle. El compás y la regla no habrían determinado con más exactitud el instante y el punto de la reunión, que lo había hecho el genio previsor y la infatigable paciencia de Dumouriez. En el momento Dumouriez, replegando sus destacamentos aislados, se preparó á la lucha por la concentración de todas sus fuerzas esparcidas. El general Dubouquet, apostado en el desfiladero del Argonne llamado Chene-le-Populeux, y al que el ataque de Clairfayt en la Croix-au-Bois había cortado del ejército principal, se había retirado con sus tres mil hombres á Chalons. Al llegar á este pueblo, donde creía, como Beurnonville, reunirse á Dumouriez, no había encontrado más que diez batallones de federados y voluntarios venidos de París. Estos batallones, á la noticia de la retirada del ejército, se amotinaron contra sus jefes, cortaron la cabeza á algunos de sus oficiales, arrastraron á los otros, saquearon los almacenes del ejército, arrancaron las divisas de sus grados á los comandantes de las tropas de línea, asesinaron al coronel del regimiento de Vexin, que quiso defender sus charreteras, y por fin se desbandaron y tomaron confusamente y en tropel el camino de París, proclamando en todas partes la traición de Dumouriez y pidiendo su cabeza. Estos batallones eran los que habían ensangrentado durante su marcha las ciudades de Meaux, Soissons y Reims.

Dumouriez temió por el ejército el contacto y el contagio de semejantes bandadas, que sembraban la sedición por doquier que habían sido reclutadas. Los verdaderos soldados despreciaban á estos héroes de las calles, rezagados en el ejército, ardientes en el motin y cobardes en el combate. Dubouquet recibió orden de no hacerles caso, y de sacar solamente el pequeño número de jóvenes valientes á quienes un verdadero entusiasmo patriótico había hecho alistarse; debía reunirlos en reserva en Chalons, organizarlos, armarlos, aguerrirlos y tenerlos prontos, pero fuera del campo de Dumouriez.

El general Stengel, despues de haber saqueado el país comprendido entre Argonne y Sainte-Menehould para quitar todos los víveres á los prusianos, se replegó al otro lado del Tourbe y se situó con la vanguardia sobre los cerros de Liron, frente á las colinas de la Luna, en donde el duque de Brunswick se había establecido. El campo de Dampierre, separado del de Dumouriez por los brazos y lodazales del Aube, fué designado para Kellermann; pero sea que se engañase sobre su emplazamiento, sea que quisiese marcar su independendencia en el concurso mismo con su colega, Kellermann traspasó el campo de Dampierre y situó su ejército entero, tiendas, equipajes y artillería, sobre las alturas de Valmy, delante del campo de Dampierre, á la izquierda del de Sainte-Menehould. El campamento de Kellermann, más próximo al enemigo por su izquierda, tocaba por su derecha á la línea de Dumouriez y formaba con el ejército principal un



Asesinatos en Reims.—Pág. 79.

ángulo entrante, en el cual el enemigo no podía arrojar sus columnas de ataque sin ser acibillado á la vez y por los dos flancos por la artillería de ambos cuerpos franceses. Dumouriez, apercibiéndose al instante de que Kellermann estaba demasiado expuesto y aislado sobre la meseta de Valmy, envió al general Chazot á la cabeza de ocho batallones y ocho escuadrones, para situarse detras de la altura de Gizaucourt, poniéndole á las órdenes de Kellermann, ordenando tambien al general Stengel y á Beurnonville desplegasen veintiseis batallones sobre la derecha de Valmy, en donde su golpe de vista le habia mostrado con anticipacion el punto de ataque del duque de Brunswick. El aislamiento de Kellermann se corrigió de esta suerte, y Valmy quedó enlazado por la derecha y por la izquierda con el ejército principal. El plan de Dumouriez, ligera y felizmente modificado por la temeridad de su colega, era completo. Este plan revelaba á primera vista la inteligencia del hombre de guerra y del hombre político. La cuestion era ya de cuarenta y cinco mil hombres con los noventa mil de la coalicion.

IV

El ejército frances tenia su flanco derecho y su retirada cubiertos por el Argonne, inaccesible al enemigo y que se defendia por sus barrancos y sus bosques; el centro, erizado de baterías y de obstáculos naturales, era inexpugnable; el ala izquierda, avanzada en martillo, se destacaba sólo como para provocar el combate; pero sólidamente apoyada por la masa del ejército, todos los cuerpos podian circular alrededor de ella al abrigo del Aube y de los picos de Lyron, como en un camino cubierto. El ejército daba frente á la Champaña, teniendo detras aún el camino libre sobre Chalons y la Lorena. Víveres, refuerzos y municiones estaban asegurados en un país rico en granos y forrajes. En esta posicion, tan hábil y pacientemente premeditada, Dumouriez respondia á las dos hipótesis de la campaña de los coligados, y desafiaba el genio desconcertado ó gastado del duque de Brunswick.

«O los prusianos—decia—quieren combatir, ó querrán marchar sobre Paris. Si quieren combatir, encontrarán al ejército frances en un campo atrincherado por campo de batalla, obligados para atacar el centro á pasar el Aube, el Tourbe y el Bionne bajo el fuego de mis reductos, darán el flanco á Kellermann, que romperá sus columnas de ataque entre los batallones que desciendan de Valmy y las baterías de mi ejército. Si dejan al ejército frances para aislarlo de Paris marchando sobre Chalons, el ejército, cambiando de frente, los seguirá engrosándose sobre el mismo camino de la capital. Los refuerzos del ejército del Rhin y los del Norte, que están en marcha; los batallones de voluntarios esparcidos, y que yo reuniré avanzando á traves de las provincias sublevadas, elevarán el número de los combatientes á sesenta ó setenta mil hombres. Los prusianos, cortados en su base de operaciones, obligados á saquear para vivir en la árida Champaña, marchando por un país enemigo y sobre una tierra llena de embosecadas, avanzarán titubeando y debilitándose á cada paso. Cada paso me dará á mí nuevas fuerzas, y yo los alcanzaré al pié de Paris. Un ejército invasor puesto entre una capital de seiscientas mil almas que le cierra sus puertas y un ejército nacional que se interpone á su retaguardia, es un ejército deshecho. Francia se salvará en el corazon de Francia, en lugar de salvarse en las fronteras, pero se salvará.»

Así raciocinaba Dumouriez, cuando los primeros cañonazos de los prusianos, retumbando al pié de las alturas de Valmy, vinieron á anunciarle que el duque de Brunswick habia conocido el peligro de avanzar dejando detras de sí un ejército frances, y que atacaba á Kellermann.

No era, sin embargo, el duque de Brunswick el que habia mandado el ataque, era el rey de Prusia. Impaciente de gloria, cansado de las contemporizaciones de su generalísimo, avergonzado de que sus banderas titubeasen ante un puñado de patriotas franceses, provocado por las instancias de los emigrados que le mostraban á Paris como el sepulcro de la revolucion, y el ejército de Dumouriez como una banda de soldados facciosos, envalentonados sólo al ver la inaccion del duque de Brunswick, el rey habia hostigado á éste para que atacase. El ejército prusiano, que el generalísimo queria desplegar lentamente desde Reims á Argonne y paralelo al ejército frances, recibió orden de trasladarse en masa sobre las posiciones de Kellermann. El 19 marchó á Somme-Tourbe, y pasó la noche sobre las armas. Se habia esparcido el rumor en el cuartel general del rey de Prusia de que los franceses meditaban retirarse sobre Chalons, y que los movimientos que se percibian en su línea no tenian otro objeto que ocultar esta marcha retrógrada. El rey se indignó de un plan de campaña que les dejaba siempre escaparse, y creyó sorprender á Dumouriez en la falsa posicion de un ejército que levanta su campo.

El duque de Brunswick, cuya autoridad militar empezaba á declinar por el poco éxito de sus precedentes maniobras, se valió en vano del general Kœler para moderar el ardor del rey: el ataque quedó resuelto definitivamente. El 20 á las seis de la mañana, el duque, puesto á la cabeza de la vanguardia prusiana, marchó sobre Somme-Bionne, con la intencion de desbordar á Kellermann y cortarle su retirada por la carretera de Chalons. Una niebla espesa de otoño flotaba sobre la llanura, en las gargantas húmedas por donde corren los tres rios, en los barrancos hondos que separaban á los ejércitos, y no dejaba sino los picos y cimas de las colinas libres á la luz de este océano de niebla. A la vista no habia más que un horizonte de algunos pasos ocultando enteramente los movimientos de ambos ejércitos. Un choque inesperado de la caballería de las dos vanguardias reveló en medio de estas tinieblas la marcha de los prusianos contra los franceses. Despues de algunos golpes rápidos y de algunos cañonazos, la vanguardia francesa se replegó sobre Valmy é informó á Kellermann de la proximidad del enemigo. El duque de Brunswick continuó su movimiento, llegó á la calzada de Chalons, la rebasó y desplegó sucesivamente el ejército entero á un lado y otro de este camino. A las siete se disipó la niebla repentinamente, y dejó ver á los dos generales su situacion recíproca.

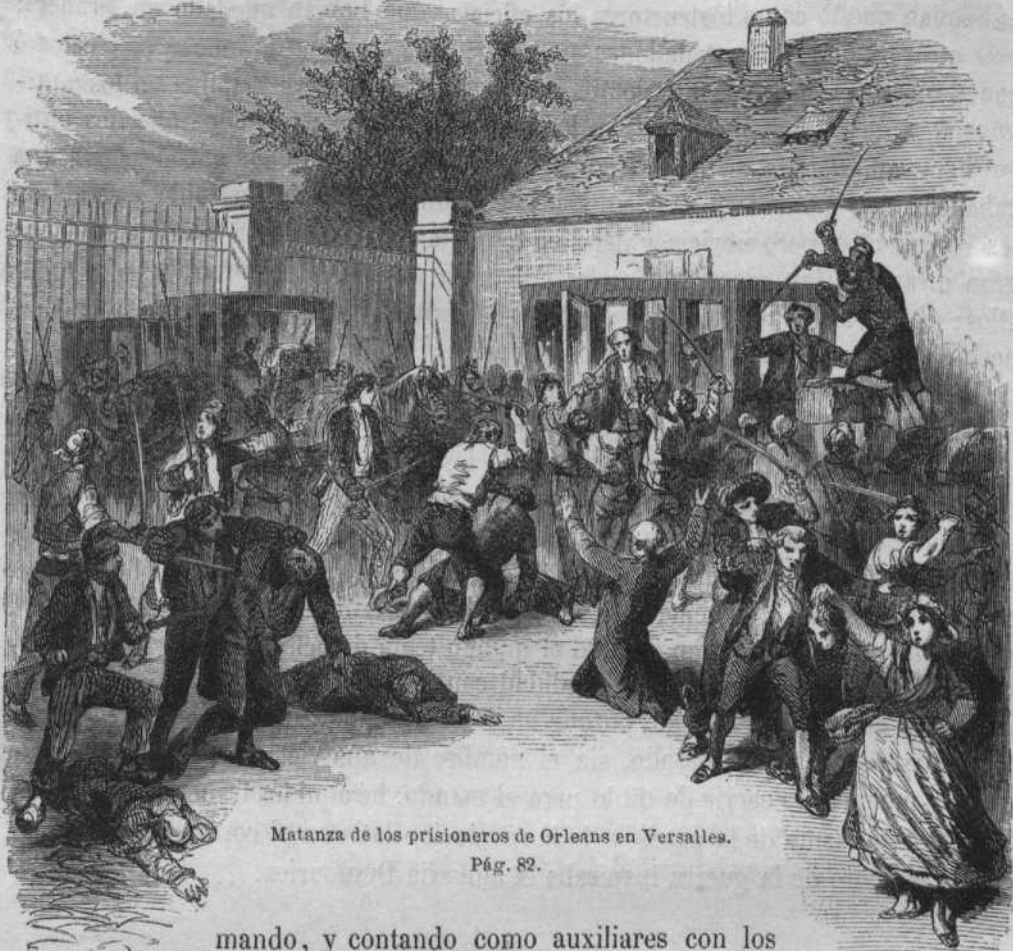
El ejército de Kellermann estaba hacinado en masa en la altura y detras del molino de Valmy; esta posicion aventurada se avanzaba como un cabo en medio de las líneas de las bayonetas prusianas. El general Chazot aún no habia llegado con sus veintiseis batallones para flanquear la izquierda de Kellermann. El general Leveneur, que debia flanquear su derecha y ligarla al ejército de Dumouriez, avanzaba con recelo y á paso lento, temiendo atraer sobre sí por la debilidad de sus fuerzas todo el peso de las masas prusianas que veia formadas en batalla delante de él. El general Valence, comandante de la caballería de Kellermann, se desplegó en una sola línea con un regimiento de carabineros, algunos escuadrones

de dragones y cuatro batallones de granaderos entre Gizaucourt y Valmy, ocultando así todo el intervalo que Kellermann no podía cubrir ó que le separaba de este general. Las líneas de Kellermann se formaron en el centro sobre las alturas, y su numerosa artillería cubría con sus piezas las orillas del molino de Valmy, centro y llave de su posición. Casi envuelto por las líneas semicirculares y siempre crecientes del enemigo, embarazado sobre esta elevación, demasiado estrecha para sus veintidos mil hombres, sus caballos, equipajes y cañones, Kellermann no podía desplegar la fuerza de su ejército. El choque que se preparaba se parecía más á un asalto de una brecha defendida por una masa de sitiados, que á un campo de batalla preparado para las maniobras de dos ejércitos.

Desde la cima de esta meseta veía Kellermann salir sucesivamente de la niebla blanquecina de la mañana y brillar á los rayos del sol la numerosa caballería prusiana, que desfilando por escuadrones y rodeando el montecillo de Gizaucourt, amenazaba envolverle como en una red si podía forzar su posición. Varios batallones de infantería costeaban también la meseta de Valmy. Habiendo formado el duque de Brunswick todo su ejército en dos líneas y concebido el plan de esta jornada, á eso de las diez se vió destacarse del centro y avanzar hacia las faldas de Gizaucourt y de la Luna una vanguardia compuesta de infantería, caballería y tres baterías. El duque de Brunswick, á caballo, rodeado de un grupo de oficiales, dirigió por sí mismo el movimiento. El ejército francés refuerza entonces sus nuevas líneas y llena el vacío que los cuerpos que tenía destacados dejaban en el centro. Con auxilio del anteojo se distinguió al rey de Prusia vestido de general, sobre un caballo de batalla, formando á retaguardia dos fuertes columnas de ataque, á las cuales animaba con el gesto y con la espada.

V

Tal era el horizonte de tiendas, de bayonetas, de cañones y de estado mayor que se desplegaba á lo lejos sobre los picos blanquizcos y en los barrancos de la Champaña el 20 de Setiembre á mediodía, precisamente á la misma hora en que la Convención, entrando en sesión, iba á deliberar sobre si Francia había de ser monárquica ó republicana. Por dentro y en el exterior, Francia y la libertad jugaban con la suerte. El aspecto de los dos ejércitos parecía indicar anticipadamente que el éxito de la campaña era contra los franceses. Contaban los prusianos con noventa mil hombres de todas armas, adiestrados en una táctica que era herencia del gran Federico, dirigidos todavía por sus tenientes, con una disciplina que convertía los batallones en máquinas de guerra, y que extinguiendo toda voluntad individual en el soldado, le hacía instrumento dócil del pensamiento y de la voz de sus oficiales; con una infantería cuya firmeza y unión la hacían tan sólida é impenetrable como una muralla de hierro; con una caballería montada en los magníficos caballos de la Frisa y del Mecklemburgo, los cuales por su docilidad á la brida, por su ardor moderado y por su sangre fría é intrépida, no se alborotaban ni con el estampido y el fuego de la artillería, ni con el choque de las armas blancas; con oficiales formados desde la infancia en la profesión de los combates, nacidos, por decirlo así, vestidos de uniforme, conociendo á sus tropas, conocidos y ejerciendo sobre el soldado el doble ascendiente de la nobleza y de la práctica del



Matanza de los prisioneros de Orleans en Versailles.

Pág. 82.

mando, y contando como auxiliares con los regimientos escogidos del ejército austriaco, recientemente venidos desde las márgenes del

Danubio, en donde se habían aguerrido contra los turcos; con una nobleza francesa emigrada que contaba en sus filas todos los grandes nombres de la monarquía, y en las que cada soldado combatía por su propia causa y tenía una injuria que vengar, un rey á quien salvar, y una patria que reconquistar con la punta de su sable ó de su bayoneta; con generales prusianos discípulos todos de un rey militar, y obligados por su honor á mantener la superioridad de su nombre en Europa; con un generalísimo que Alemania proclamaba su Agamenon y que el genio de Federico cubría con un prestigio invencible; en fin, con un rey valiente, adorado de su pueblo, querido de sus tropas, vengador de la causa de los reyes, acompañado de los representantes de todas las cortes sobre el campo de batalla, y supliendo la inexperiencia de la guerra con una intrepidez personal que olvidaba el rango para no acordarse más que de su honor: hé aquí el ejército prusiano.

En el campo frances, por el contrario, no podía contarse sino con una inferioridad numérica de uno contra dos; con unos regimientos reducidos á trescientos ó cuatrocientos hombres por efecto de las leyes de 1790, que habían extinguido los enganches por dinero, privados estos regimientos de sus mejores oficiales por la emigración, que había arrastrado á más de la mitad á una tierra extranjera, y por la creación súbita de cien batallones de voluntarios, á la cabeza de los cuales

se habian puesto como instructores los oficiales que habian quedado en Francia; con otros regimientos y batallones sin espíritu de cuerpo, mirándose con celos ó con desprecio; con dos sentimientos en el ejército, el de la disciplina en los antiguos, y el de la insubordinacion en los nuevos batallones; con unos oficiales antiguos sospechosos á los soldados; con soldados temibles para sus oficiales; con una caballería mal montada y peor equipada; con una infantería instruida y sólida en los regimientos, pero novicia y débil en los batallones de nueva creacion; con un gran atraso en las pagas que se les daban en asignados, despreciados por todos ellos; con armas insuficientes, vestuario desigual, usado, roto y con frecuencia hecho harapos, faltándoles á muchos soldados el calzado, y reemplazando la suela de los zapatos con yerba seca atada á las piernas con cuerdas; todos estos cuerpos ademas, procedentes de diferentes ejércitos y provincias, desconocidos unos y otros, y que apenas sabian los nombres de los generales que los debian mandar; con estos mismos generales ó jóvenes y temerarios, pasando sin transicion de la obediencia al mando, ó viejos y rutinarios, que no podian dominar sus hábitos metódicos ni acostumbrarse á la osadía de las guerras desesperadas; finalmente, con un general de cincuenta y tres años á la cabeza de este ejército incoherente, nuevo en la guerra, y de quien todo el mundo tenia derecho de dudar por la desconfianza en sus tropas, por la rivalidad con su principal teniente, por estar en lucha con su propio gobierno, porque nadie comprendia sus planes audaces y lentos, sin servicios en lo pasado, sin el nombre de una victoria en la hoja de su espada que pudiese servir de título para el mando: hé aquí los franceses en Valmy. Pero el entusiasmo de la patria y de la revolucion latia en el corazon de este ejército, y el genio de la guerra inspiraba el alma de Dumouriez.

VI

Inquieto Dumouriez por la situacion de Kellermann, y á caballo desde el amanecer, recorrió su línea, escalonó los cuerpos entre Sainte-Menehould y Gizaucourt, y corrió hácia Valmy para juzgar por sí mismo de las intenciones del duque de Brunswick y del punto en que los prusianos concentrarian sus esfuerzos. Encontró á Kellermann dando sus últimas órdenes á los generales que á su izquierda y á su derecha iban á contraer la responsabilidad de la jornada. Uno de ellos era el general Valence, y el otro el duque de Chartres.

Valence, adicto á la casa de Orleans, se habia casado con la hija de madama de Genlis. Diputado por la nobleza en los Estados generales, habia servido con sus opiniones la causa de la libertad, y en la guerra derramó su sangre por ella. Entónces coronel de dragones, joven, activo, gracioso como un aristócrata, patriota como un ciudadano y valiente como un soldado, manejaba la caballería con audacia y habia mandado la vanguardia de Luckner en Courtrai. Su ojeada militar, sus estudios y el aplomo de su talento le hacian capaz de mandar en jefe un cuerpo de ejército. Sin temor se le podia confiar la seguridad de una posicion.

El duque de Chartres era el hijo primogénito del duque de Orleans. Nacido en la misma cuna de la libertad é imbuido en las máximas del patriotismo por su padre, no habia tenido lugar de escoger la opinion que debia seguir. Su educacion hizo la eleccion por él. Habia respirado el hálito de la revolucion, pero no lo habia



EL DUQUE DE CHARTRES.

respirado en el Palacio Real, centro de los desórdenes domésticos y de los planes políticos de su padre. Su adolescencia habia pasado estudiosa y pura en el retiro de Belle-Chasse y en el de Passy, en donde madama de Genlis dirigia la educacion de los príncipes de la casa de Orleans. Ninguna mujer ha confundido tan bien como ella la intriga y la virtud, ni ha asociado una situacion más sospechosa con preceptos más austeros. Odiosa á la madre, favorita del padre, mentor de los hijos, á la vez demócrata y amiga de un príncipe, sus discípulos recibieron con sus lecciones el doble gérmen del príncipe y del ciudadano, formando sus almas por la suya, dándoles muchas luces, muchos principios y mucho cálculo, enseñándoles ademas una gran destreza para tratar con los hombres y una finura para manejarse en los acontecimientos, que hacen que se reconozca siempre la impresion de la mano de aquella mujer hábil sobre los caracteres que ha tocado. El duque de Chartres no tuvo juventud; la educacion suprimia esta edad en los discípulos de madama de Genlis. La reflexion, el estudio, la premeditacion en todas las ideas y en todos los actos, reemplazaban á la naturaleza por el estudio y al instinto por la voluntad. Ella formaba hombres, pero hombres ficticios. En 1791 era ya coronel, y habia merecido dos coronas cívicas de la ciudad de Vendome, en donde se hallaba de guarnicion, por haber salvado, con peligro de la suya, la vida de dos sacerdotes en un motin, y á un ciudadano en un rio. Asiduo á las sesiones de la Asamblea constituyente, afiliado por su padre en los Jacobinos, asistia en la tribuna á las borrascas de las asambleas populares, atraido por las pasiones que estudiaba, pero sabiendo dominar sus arrebatos, siempre mezclado en los lances del dia para aparecer nacional, y bastante distante de ellos para no comprometer su porvenir. Su familia era la mejor parte de su patriotismo, teniendo hácia ella una veneracion capaz de hacerle sacrificarse por defenderla. Al saber la noticia de la supresion del derecho de primogenitura, se arrojó á los brazos de sus hermanos. «Dichosa ley,—les dijo,—que permite amarse á los hermanos sin envidiarse unos á otros. Ella me prescribe lo que mi corazon me habia dictado anteriormente. Bien lo sabeis, la naturaleza habia hecho entre nosotros esta ley.» La guerra le habia llevado felizmente á los campamentos, en donde toda la sangre de la revolucion era pura. Su padre habia pedido que sirviese á las órdenes del general Biron, su amigo, en donde se señaló por su firmeza en aquellos primeros tanteos de la media campaña de Luckner en Bélgica. A los veintitres años fué nombrado general de brigada por antigüedad en un ejército en que los coroneles más antiguos habian casi emigrado todos, y siguió á Luckner á Metz. Nombrado por Servan gobernador de Strasburgo, le respondió: «Soy demasiado jóven para encerrarme en una plaza. Pido que se me permita permanecer en el ejército activo». Kellermann, sucesor de Luckner, presintió su valor y le confió una brigada de doce batallones y doce escuadrones.

El duque de Chartres se habia hecho aceptar por los soldados viejos como príncipe, por los nuevos como patriota, y por todos como camarada. Su intrepidez era reflexiva, no le arrebatava; lo que hacia era guiarle, iluminando su golpe de vista militar y dejándole toda la sangre fria que se requiere para el mando. Iba al fuego sin apresurarse, pero tambien sin detener el paso. Su ardor no era precipitado, sino hijo de la voluntad, reflexivo como el cálculo, y grave como el deber. Era de elevada estatura, corpulento y de aspecto severo. La elevacion de su frente, sus ojos azules, lo ovalado de su cara y lo hundido de su barba recordaban al

verle esas facciones tan marcadas de la casa de Borbon, é indicaban que habia nacido muy inmediato al trono. Su cuello constantemente inclinado, la postura modesta de su cuerpo, su boca un tanto caída hacía los extremos, su mirada penetrante, su sonrisa cariñosa, su gracioso gesto y su conversacion familiar y franca, mostraban en él el hijo de un partidario de la plebe y recordaban al pueblo. Su familiaridad, marcial con los oficiales, soldadesca con los soldados, patriótica con los ciudadanos, hacía que se le perdonase su origen; pero bajo el exterior de un soldado del pueblo se notaba en el fondo de su mirada cierta cosa que recordaba al príncipe de la sangre. Se entregaba á todos los accidentes de la revolucion con el abandono completo pero hábil de un talento consumado. Parecia que sabía con anticipacion que los acontecimientos gastan á los que los resisten, pero que las revoluciones, á manera de las olas, devuelven los hombres al punto en donde los han cogido. Ejecutar bien lo que las circunstancias le indicaban, fiando el resto al porvenir y á su sangre, era toda su política. Maquiavelo no le hubiera aconsejado mejor que su naturaleza. Su estrella no alumbraba más que algunos pasos delante de él, ni él tampoco le pedia ni más luz ni más claridad. Su ambicion se limitaba á saber esperar, su providencia era el tiempo. Nacido para desaparecer en las grandes convulsiones de su país, para sobrevivir á las grandes crisis, para sojuzgar los partidos ya fatigados, para satisfacer y para amortiguar las revoluciones, en medio de su valor y de su entusiasmo exaltado por la patria, se temia vislumbrar en perspectiva un trono levantado sobre los restos del antiguo por la mano de una república. Este presentimiento, que precede á los altos destinos y á los grandes nombres, parecia revelar de léjos al ejército que de todos los hombres que se agitaban entónces en la revolucion, éste podia ser un dia el más útil ó el más fatal á la libertad.

Dumouriez, que habia visto al jóven duque de Chartres en el ejército de Luckner, y que le observó atentamente en esta ocasion, quedó admirado de su sangre fria y de su brillantez en la accion, presintió desde entónces una gran fuerza en aquel jóven, y resolvió atraérselo.

VII

Los prusianos coronaban las crestas de las alturas de la Luna, y empezaban á descender de ellas en orden de batalla. Los veteranos del gran Federico, lentos y mesurados en sus movimientos, no mostraban ninguna precipitacion, ni fiaban nada á la casualidad. Sus batallones marchaban simultáneamente, formando figuras geométricas y ángulos rectos cual si fuesen unos baluartes. Parecia que dudaban en abordar á un enemigo doble inferior á ellos en número y en táctica, pero cuya tenacidad ó desesperacion temian.

Los franceses por su parte contemplaban no sin un cierto terror de imaginacion aquel ejército inmenso, y hasta entónces invencible, avanzando silenciosamente su primera línea en columnas y desplegando sus dos alas para exterminar su centro y cortarles la retirada, ya sobre Chalons, ya sobre Dumouriez. Los soldados permanecian inmóviles en sus posiciones, temiendo dejar indefenso por un movimiento falso el estrecho campo de batalla en donde podian defenderse, pero en el que no osaban maniobrar. A la mitad de la colina de la Luna, los prusianos

se detuvieron. Sus compañías de zapadores allanaron el terreno en anchas plataformas, y desembocando la artillería de entre los batallones que le abrieron paso, llevó al galope y situó frente de las columnas cuarenta y ocho piezas divididas en cuatro baterías, tres de cañones y una de obuses. Otra batería de la misma fuerza que enfilaba el flanco de las líneas francesas estaba cubierta bajo un velo de niebla á la derecha de los prusianos, y no tardó en romper el fuego en fuertes detonaciones. El fuego principió á la vez por el frente y por los flancos.

A este fuego, Kellermann mueve su artillería y la sitúa delante de la infantería. Más de veinte mil proyectiles lanzados por ciento veinte piezas se cruzan en el aire por espacio de dos horas, surcando el suelo de las



Campamento de Sainte-Menehould.—Pág. 90.

dos opuestas colinas, como si las dos artillerías hubiesen querido abrir brecha en las faldas de las montañas. El humo denso de la pólvora y el polvo producido por el choque de las balas y de las granadas al pegar en el suelo, subiendo por los declives de las colinas y detenido por el viento que corría en aquel desfiladero, impedían á

los artilleros hacer la puntería, equivocando con frecuencia los tiros. Unos y otros combatían en medio de dos nubes de polvo y de humo, y dirigían sus tiros hacia donde oían el estampido del cañon enemigo. Los prusianos, más descubiertos que los franceses, sufrían mayor estrago alrededor de sus piezas. El fuego de los prusianos fué disminuyendo. Kellermann, que espiaba el menor signo de debilidad, creyó notar alguna confusion en sus movimientos, y se precipitó á caballo á la cabeza de una columna sobre ellos para apoderarse de sus piezas. Otra batería enemiga, oculta por un accidente del terreno, apareció entónces al frente de su

columna, y su caballo, herido en el pecho por un casco de granada, cayó muerto, cogiéndole á él debajo. El teniente coronel Lormier, su ayudante de campo, también fué herido mortalmente. La cabeza de la columna, atacada de frente y por los flancos, titubea y retrocede en desórden. Kellermann sale de debajo de su caballo, y sostenido por algunos soldados va á buscar otro. Los prusianos, que han visto caer á un general y la retirada de su tropa, redoblan el fuego. Una lluvia de granadas mejor dirigidas destruye el parque de artillería de los franceses. Dos cajones de pólvora vuelan en medio de las filas. Los proyectiles, los ejes de las cureñas y los miembros de las caballos, lanzados en todas direcciones, se llevan filas enteras de nuestros soldados. Los trenistas huyen al galope del foco de la explosion con sus armones, sembrando la confusion y comunicando su instinto de fuga á los batallones que están en primera línea. La artillería, privada de este modo de sus municiones, se detiene y deja de disparar.

El duque de Chartres, que sufría hacía tres horas con arma al brazo el granizo de balas y metralla de la artillería prusiana en el molino de Valmy, punto muy interesante, notó el peligro de su general. Inmediatamente corre á todo escape á la segunda línea, coge la reserva de artillería montada y la lleva al galope á la explanada del molino, remediando con esto el desórden del centro de la batalla. En seguida reúne los artilleros que se habian dispersado, manda volver á romper el fuego, y aturde y contiene al enemigo, que ya se creia vencedor.

El duque de Brunswick no quiere dar á los franceses tiempo para rehacerse, y forma tres columnas de ataque sostenidas por dos alas de caballería. Estas columnas avanzan á pesar del fuego de las baterías francesas y se echan en masa, como para sofocarle con su peso, sobre el molino de Valmy, en donde el duque de Chartres las espera á pié firme. Kellermann, que acaba de restablecer su línea, forma su ejército en columnas de ataque por batallones, se apea de su caballo, da la brida á un ordenanza y hace conducir el animal detras de las filas, indicando á los soldados por este acto desesperado que no quiere más que la victoria ó la muerte. El ejército lo comprende. «¡Camaradas!—grita Kellermann con una voz palpitante de entusiasmo y acentuando bien las sílabas para que hieran desde más léjos el oído de los soldados.—Hé aquí el momento de la victoria. Dejemos avanzar al enemigo sin dispararle un solo tiro, y carguémosle á la bayoneta en cuanto esté encima de nosotros.» Dichas estas palabras, levanta en el aire y agita su sombrero, adornado con penacho tricolor, sobre la punta de su espada. «¡Viva la nacion!—exclama con voz más fuerte aún.—¡Vamos á vencer por ella!»

Esta exclamacion del general corre de boca en boca por los batallones más próximos, y sigue luégo toda la línea. Repetida por los que la habian proferido primero, y vuelta á repetir por los que les siguen despues, es como un clamoreo inmenso, semejante á la voz de la patria animando á sus primeros defensores. El grito de todo un ejército, prolongado durante un cuarto de hora y rodando de una á otra colina en los intervalos de la explosion de los cañones, asegura al ejército con su propia voz y hace reflexionar al duque de Brunswick. Tales corazones prometen terribles brazos. Los soldados franceses, imitando espontáneamente el gesto sublime de su general, levantan sus sombreros y sus cascos en las puntas de sus bayonetas y los agitan en el aire, como para saludar el triunfo. «La victoria es nuestra»,—dice Kellermann. Y se lanza á paso de carga sobre las columnas prusia-

nas, haciendo redoblar las descargas de su artillería. Al aspecto de este ejército que se mueve por sí solo bajo la metralla de ochenta piezas, las columnas prusianas titubean, se detienen y fluctúan un momento en desorden. Kellermann sigue avanzando. El duque de Chartres, con una bandera tricolor en la mano, lanza su caballería detras de la artillería montada. El duque de Brunswick, con la ojeada de un veterano y el deseo de economizar sangre que caracteriza á los generales consumados, juzga al momento que su ataque se estrellará contra semejante entusiasmo, rehace con sangre fria sus columnas, hace tocar á retirada, y vuelve á ocupar lentamente y sin ser perseguido sus antiguas posiciones.

Las baterías de los dos lados habian callado; los claros se restablecian en los ejércitos, y la batalla quedó tácitamente suspendida hasta las cuatro de la tarde. A esta hora el rey de Prusia, indignado por la indecision y por la falta de energía de su ejército, formó por sí mismo con la flor de su infantería y de su caballería tres formidables columnas de ataque, y recorriendo á caballo el frente de sus líneas, le reprendió amargamente por haber humillado de aquel modo la bandera de la monarquía. Las columnas se mueven á la voz de su soberano. El rey, rodeado del duque de Brunswick y de sus principales generales, marcha en las primeras filas y á descubierto bajo el fuego de los franceses, que diezman á su alrededor su estado mayor. Intrépido como la sangre de Federico, manda como rey celoso del honor de su nacion, y se expone como soldado que reputa la vida en nada delante de la victoria. Todo fué inútil: las columnas prusianas, deshechas ántes de poder abordar las alturas de Valmy por las veinticuatro piezas que estaban en batería en el molino, se replegaron al anochecer, dejando un lago de sangre por donde pasaban y ochocientos cadáveres en el campo. Kellermann durmió en el llano de Valmy, en medio de los heridos y de los muertos, pero contando con razon este cañoneo de diez horas por una victoria. De esta suerte habia hecho que se acostumbrase el ejército frances desde la vez primera al estruendo de la guerra, y habia experimentado tambien su patriotismo ante el fuego de ciento veinte cañones. El número y la posicion de las tropas no permitian más. No ser vencido, equivalia para el ejército frances á quedar vencedor. Kellermann lo experimentó con tal entusiasmo, que quiso confundir más tarde su nombre con el de Valmy, y despues de una larga vida llena de brillantes victorias, legó en su testamento su corazon á la aldea de este nombre, á fin de que la parte más noble de su cuerpo reposase en el teatro de su más querida gloria, al lado de los compañeros de su primer combate.

Mientras que el ejército frances se batia y triunfaba en Valmy, la Convencion, como hemos visto, decretaba la república en Paris. El correo que llevaba al ejército la noticia de la proclamacion de la república, y el que iba á Paris con la del descalabro que habian sufrido los aliados, se cruzaron en las inmediaciones de Chalons. Así la victoria y la libertad se encontraron en el mismo camino, como para presagiar á Francia que la fortuna le sería fiel mientras que ella lo fuese á la causa del pueblo y á los principios de la revolucion.

VIII

Dumouriez volvia á su campo en medio del ruido de los últimos cañonazos de Kellermann, al mismo tiempo que se felicitaba por el éxito de una jornada que afirmaba el espíritu del ejército y que hacia fatal á sus enemigos el primer choque

contra la patria. Era demasiado diestro para dejar de conocer la falta de Kellermann y la temeridad de su posicion. El duque de Brunswick era al otro dia tan fuerte como lo que habia sido la víspera, y ademas habia extendido su ala derecha más allá de Gizaucourt, y cortaba el camino de Chalons. El ejército frances, aunque victorioso, estaba como encerrado dentro de sus mismas líneas, y no le quedaba expedita otra comunicacion con Paris que la indirecta de Vitry. Otra segunda accion podia llevar á los prusianos sobre Kellermann y destruir su cuerpo de ejército, que estaba demasiado expuesto. Dumouriez fué el 21 al amanecer al campo de su colega, y le ordenó que pasase el rio Aube y se replegase en el campo de Dampierre que le habia señalado anteriormente. Esta posicion, ménos brillante pero más segura, daba union y solidez al ejército frances. Kellermann lo conoció y obedeció sin murmurar. No era posible ningun ataque de los prusianos contra cincuenta mil hombres cubiertos por baluartes y fosos naturales y sostenidos por una numerosa artillería. Sólo el tiempo podia combatir en lo sucesivo á favor ó en contra del uno ó del otro ejército.

Los prusianos habian perdido ya tantos dias, que no podian desperdiciar más. El mal tiempo se acercaba, y el invierno sólo era suficiente para obligarles á retirarse. El duque de Brunswick no tenia sino tres partidos que tomar, pero era necesario tomarlos pronto: marchar sobre Paris por el camino de Chalons, de que se habia apoderado; atacar y vencer á Dumouriez en sus líneas; y en fin, repasar el Argonne, tomar buenos cuarteles de invierno en la parte mejor del territorio que habia invadido, tener á Francia en jaque por espacio de seis meses, fatigarla, tenerla inquieta, y tomar la ofensiva al venir la primavera.

El duque no tomó ninguno de estos partidos, perdiendo diez dias irreparables en observar al ejército frances, aniquilando el terreno estéril que ocupaba. La estacion lluviosa y tercianaria le sorprendió en estas dudas. Las lluvias destruyeron los caminos del Argonne por donde le llegaban los convoyes de Verdun. Sus soldados, sin abrigo, desprovistos de víveres, se esparcieron por los campos, por los huertos y por las viñas, para satisfacer su necesidad comiendo uvas agraças que aquellos hombres del Norte cogian por primera vez. Su estómago, debilitado por las malas comidas, les hizo adquirir aquellas enfermedades de vientre que quitan la fuerza y el ánimo á los soldados. El contagio corrió rápidamente en el campamento y diezmó los cuerpos. Los caminos estaban cubiertos de carros que transportaban á los soldados de Brunswick á los hospitales de Longwy y de Verdun.

La posicion de Dumouriez no les parecia mucho más segura á aquellos espíritus que no poseian el secreto de sus ideas. Encerrado por el lado de los Obispos por el príncipe de Hohenlohe, lo estaba tambien por el lado de Paris por el rey de Prusia. Los prusianos no distaban seis leguas de Chalons, y los emigrados ménos. Los hulanos, caballería de aquéllos, merodeaban hasta las puertas de Reims. Entre la capital y Chalons no habia posicion ni ejército. Paris temblaba al verse descubierto; los rumores siniestros, aumentados por la malevolencia y el miedo, anunciaban á cada instante á los parisienses consternados la aproximacion del rey de Prusia. Los periódicos daban el grito de traicion. El gobierno, el ministro de la Guerra, el mismo Danton, enviaban correo tras correo á Dumouriez para ordenarle que librase el ejército á toda costa y viniese á cubrir el Marne. Kellermann, teniente intrépido pero susceptible y murmurador, conmovido por la opinion de Paris, ame-

nazaba abandonar el campo y dejar á su colega en su obstinacion. Dumouriez, empleando tan pronto el ascendiente de su autoridad, tan pronto la seduccion de su talento, pasaba para retenerle en su puesto del ruego á la amenaza, y gozaba dia por dia de una victoria con su paciencia. Sólo su poderosa conviccion, aunque aislada, podia sostenerle contra todos. Interceptado el camino de Chalons, retardaba la llegada de los convoyes del interior, y los soldados pasaban á veces tres dias



Dumouriez rodeado por las tropas del campo de Maulde.—Pág. 91.

sin pan. Las murmuraciones asediaban los oídos del general, que tenia la habilidad de convertirlas en chanzas. «Ved á los prusianos, —les decia;— ¿no son más dignos de lástima que vosotros? Ellos tienen que comerse sus caballos, y vosotros teneis harina. Haced galletas y sazónadlas con la libertad.» Otras veces amenazaba con quitar el uniforme y las armas á los que se quejasen por la falta de pan, y echarlos del campo como indignos de sufrir privaciones por la patria. Ocho batallones de federados últimamente llegados del campo de Chalons, y aún ebrios de sedicion y asesinatos, eran los más temibles para la subordinacion del campo. Estos decian en alta voz que todos los oficiales antiguos eran unos traidores, y que era necesario purgar el campo de generales, como se habia purgado Paris de aristócratas. Dumouriez hizo acampar estos batallones separados y puso algunos escua-

drones detras de ellos y dos piezas á sus flancos, formándolos despues en batalla so pretexto de pasarles una revista, y cuando llegó á la cabeza de la línea, rodeado del estado mayor y escoltado por cien húsares, les dijo: «Vosotros, porque no quiero daros el nombre de ciudadanos ni de soldados, estais viendo esa artillería, y detras la caballería. Estais manchados de crímenes, y yo no sufro aquí asesinos ni verdugos. Sé que hay entre vosotros malvados encargados de incitar al crimen. Arrojadlos de vuestro seno, ó denunciádmelos. Yo os hago responsables de su conducta». Los batallones temblaron, y tomaron el buen espíritu del ejército.

El antiguo honor se asociaba en el campo al patriotismo. Dumouriez lo mantenía en sus tropas, familiarizándose con sus soldados, pasando las noches en sus hogueras, comiendo y bebiendo con ellos, explicándoles su posicion, la de los prusianos, anunciándoles la próxima derrota de sus enemigos, y pidiéndoles uno á uno á todos los soldados de su ejército que tuviesen la confianza y la paciencia de que tenia él mismo necesidad para salvarlos á todos. La amenaza de su destitucion le llegaba todos los dias de Paris, y él respondia desafiando á los ministros: «Tendré secreta mi destitucion hasta el dia en que vea huir á los enemigos. Entónces yo mismo se la manifestaré á mis soldados, é iré á Paris á recibir el castigo á que me haya hecho acreedor por haber salvado á mi país á pesar suyo».

Tres comisarios de la Convencion, Sillery, Carra y Prieur, llegaron al campamento el 24 para hacer reconocer la república. Dumouriez no titubeó; aunque monárquico, su instinto le dictaba que la cuestion del dia no era la de la forma de gobierno, sino la patria; por otra parte, tenia la ambicion grande como su genio y vaga como el porvenir. Una república agitada por dentro y amenazada por fuera no podia descontentar á un soldado victorioso á la cabeza de un ejército que le adoraba. Aboliéndose la monarquía, no habia nada más elevado en la nacion que su generalísimo. Los comisarios llevaban tambien el encargo de establecer al ejército al otro lado del Marne. Dumouriez exigió y obtuvo de ellos seis dias de término. Al amanecer del sétimo, los centinelas franceses vieron las colinas del campo de la Luna desiertas, y á las columnas del duque de Brunswick desfilan lentamente entre los picos de la Champaña, y tomar la direccion de Grandpré. La fortuna habia justificado la perseverancia, el genio habia burlado al número, y Dumouriez triunfó. Francia se habia salvado.

A esta noticia, un grito general de *Viva la nacion!* resonó en todos los puestos del ejército frances. Los comisarios, los generales Beurnonville, Miranda y el mismo Kellermann, se arrojaron en los brazos de Dumouriez, reconociendo la superioridad de sus miras y el poder de su voluntad. Los soldados le proclamaron el Fabio de la patria; pero este nombre, que él aceptó por un momento, no correspondia al ardor de su alma, porque entreveia ya el papel de Aníbal, más conforme con la actividad de su carácter y con la obstinacion de su genio. El de César podia tentarle tambien algun dia en su interior. Esta ambicion de Dumouriez explica por sí sola la retirada impune de los prusianos á traves de un país enemigo, por desfíladeros fáciles de convertir en otras horcas caudinas, y bajo el cañon de cincuenta mil franceses, ante los cuales el ejército diezmado y enervado del duque de Brunswick tenia que operar una marcha de flanco.

LIBRO VEINTIOCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolucion.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton.

I

Mientras que Dumouriez triunfaba del ejército prusiano por su talento militar, su genio no descuidaba la parte política. Su campo, en los últimos días de la campaña, era á la vez un cuartel general y un centro de negociaciones diplomáticas. Como antiguo hombre de Estado, avezado á las intrigas de las cortes, conociendo á fondo los secretos de los gabinetes extranjeros y las sordas rivalidades que se engendran bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez habia anudado ó contraído algunas relaciones, en parte patentes, en parte ocultas, con el duque de Brunswick y con los militares y ministros más influyentes en las determinaciones del rey de Prusia. Danton era el único ministro con quien Dumouriez pudo entenderse en el interior para las confidencias de estas negociaciones. El saqueo del guardamuebles de la corona, que habia tenido lugar en Paris con la complicidad presunta de oscuros agentes del ayuntamiento, proporcionó, segun dicen, á Dumouriez, no unos grandes medios de seducción, y cuales se necesitan para salvar una patria, sino lo suficiente para sufragar aquellos gastos secretos que pagan una intriga y captan el favor de los agentes subalternos de una corte ó de un cuartel general.

El duque de Brunswick no deseaba ménos que Dumouriez combatir, y negociar al mismo tiempo que peleaba. El cuartel general del rey de Prusia estaba dividido en dos pandillas: la una queria mantener al rey en el ejército; la otra aspiraba á alejarle de él. El conde de Schulenburg, confidente del rey, pertenecia á la primera; el duque de Brunswick era el alma de la segunda. Haugwitz, Lucchesini, Lombard, secretario privado del rey, Kalkreuth y el príncipe de Hohenlohe apoyaban el pensamiento del generalísimo, y no cesaban de representar al rey que los negocios de Polonia, más importantes para su imperio que los desórdenes de Paris, exigian su presencia en Berlin para coger su parte en aquella vasta presa que Rusia iba á devorar por sí sola. El rey se resistió con la firmeza de un hombre que ha comprometido su honra por una causa grande á la faz del mundo, y que quiere salir de su empeño al ménos con gloria. Permaneció, pues, en el ejército, y envió al conde de Schulenburg para vigilar en su nombre las operaciones de Polonia. Desde este dia el príncipe se entregó sólo en su campo á influencias

interesadas en detener su marcha y en enervar sus resoluciones; desde aquel momento todo propendia á la retirada.

El duque de Brunswick buscaba un pretexto para abrir conferencias con el cuartel general frances. Miétras permaneció detras del Argonne, á diez leguas de Grandpré, este pretexto naturalmente no se presentó; el rey de Prusia hubiera visto una cobardía ó una traicion en esta idea. Este fué uno de los motivos que determinaron al duque de Brunswick á atravesar el Argonne y ponerse frente á frente de Dumouriez. Este fué sin duda tambien el motivo secreto por el cual el generalísimo, despues de tan gran despliegue de fuerzas y de tantas demostraciones vanas en el campo de la Luna, no atacó al ejército frances al arma blanca, ni empeñó sino un cañoneo en lugar de dar una batalla completa, retirándose luégo por la noche á sus líneas y dejándolo todo indeciso. El combate de Valmy no era, segun las ideas del duque de Brunswick, sino una negociacion á cañonazos; á sus ojos, Dumouriez tenia la suerte de la revolucion francesa en sus manos, y no podia creer que este general quisiese servir de ciego instrumento de una democracia anárquica. «El arrojará en la balanza su espada,—decia á sus confidentes,—y ella sola bastará para hacerla caer hácia el lado de una monarquía constitucional y moderada, volviéndose contra los carceleros de su rey y contra los asesinos de Setiembre. Como defensor de las fronteras de su país, no tendrá que hacer sino amenazar con que va á abrírselas á la coalicion para hacer temblar y obedecer á los directores de las asambleas nacionales. Una transaccion entre la Francia monárquica y Prusia, bajo los auspicios de Dumouriez, es mil veces preferible á una guerra extrema, en que Prusia juega su ejército y sus tesoros contra la desesperacion de una nacion entera. Nuestro interes es el de engrandecer á Dumouriez á los ojos de sus compatriotas para que su nombre sea más imponente y más popular, y nos permita tratar con él y dejarle en disposicion de emplear su ejército contra los jacobinos de Paris. Conozco á Dumouriez, le hice prisionero hace treinta y dos años en la guerra de los Siete años; cubierto de heridas cayó en manos de mis hulanos y le salvé la vida, haciéndole cuidar y dándole mi capital por arresto, haciendo de mi prisionero un compañero de mis diversiones y un amigo. Quiero verle, y quiero sondear sus designios secretos y secundarlos en el interes de Alemania. El reconocerá á su antiguo libertador, y nosotros adelantaremos más los negocios de Europa en algunas conferencias, que no en ruinosas campañas.»

Así se expresaba el duque de Brunswick, y no se engañaba acerca de las miras secretas de Dumouriez, pero sí respecto á su poder sobre él. La revolucion, en toda su fuerza entónces, no se ponía á merced de nadie; ella todo lo arrastraba, pero no se dejaba arrastrar por nadie; sin embargo, apénas habian vuelto los ejércitos á sus líneas, al dia siguiente del combate de Valmy, cuando el duque de Brunswick envió al campo de Kellermann al general prusiano Heymann y al coronel Manstein, ayudante general del rey de Prusia, so pretexto de negociar un canje de prisioneros. Dumouriez, advertido por Kellermann, asistió á la conferencia, que fué larga, íntima y lisonjera por parte de los prusianos, y fiera, reservada y casi silenciosa por la de Dumouriez. Una palabra podia perderle, un gesto hacerle traicion, porque al negociar con los enemigos de su patria, tenia á su lado un rival en Kellermann, y detras los sombríos comisarios de la Convencion. «Coronel,—respondió á las proposiciones del rey de Prusia y del duque de Bruns-

wick, —me habeis dicho que se me estima en el ejército prusiano, y yo creo que se me desprecia juzgándome capaz de escuchar semejantes proposiciones.» Sólo se limitó á convenir en una suspension de armas por parte de ambos ejércitos.

II

La noche misma que siguió á esta conferencia oficial, Westermann y Fabre d'Eglantine, agentes confidenciales de Danton, llegaron al campo so pretexto de



Federico Guillermo II, rey de Prusia.

reconciliar á Dumouriez y Kellermann, pero con la comision secreta de autorizar y de apresurar las negociaciones sobre la base de una pronta evacuacion del territorio. Aquella misma noche, el secretario privado del rey de Prusia, Lombard, por orden del rey y con la connivencia del duque de Brunswick, fingió caer con algunos carruajes de equipajes en poder de una patrulla de húsares franceses, y fué llevado al cuartel general, donde tuvo una entrevista con Dumouriez, cuyos pormenores ha revelado él mismo despues. La libertad de Luis XVI de su prision en el Temple y el restablecimiento de la monarquía constitucional en Francia eran por parte del rey de Prusia las dos condiciones preliminares de la negociacion. Dumou-

riez profesaba los mismos principios, confesaba ser tales sus deseos, y empeñaba su palabra personal de contribuir con todos sus esfuerzos á esta restauracion. «Pero se perderia inútilmente—añadia—si contrajese semejantes compromisos en un tratado secreto. Su naciente popularidad no tenía aún bastante fuerza para llevarle á adoptar semejantes resoluciones. La Convencion acababa de declarar por unanimidad que jamás reconocería otro rey. El solo medio de dar á Dumouriez el crédito necesario sobre la nacion para la libertad del rey, era presentarle á Francia como el libertador de la patria y como el pacificador de la revolucion. La retirada de los ejércitos extranjeros del territorio frances era el primer paso hácia el orden y hácia la paz.» Instado Dumouriez por Lombard para que aceptase una conferencia con el duque de Brunswick, el general se negó á ello, pero remitió á este negociador una memoria razonada para el rey de Prusia. En esta memoria manifestaba á aquel príncipe los motivos y la posibilidad de una alianza de intereses comunes con Francia, esforzándose en demostrarle los peligros de una coalicion con el emperador, alianza que, agotando á Prusia de hombres y de dinero, no sería provechosa más que al Austria. So pretexto de conducir á Lombard al cuartel general del rey de Prusia, Dumouriez envió á Westermann, confidente de Danton y su ayudante general, al campo prusiano. Habiendo participado Lombard al rey las palabras confidenciales de Dumouriez, el rey autorizó al duque de Brunswick para tener una conferencia con Westermann.

Esta conferencia tuvo lugar en presencia del general Heymann, y se concluyó por parte del duque de Brunswick por la peticion de un tratado secreto que prometiese la libertad de Luis XVI, y que, suspendiendo las hostilidades entre los dos ejércitos, permitiese á los prusianos retirarse sin ser inquietados. El duque atribuyó toda la odiosidad de esta guerra á los austriacos y á los príncipes franceses, y abandonó sin disputárselos los emigrados que habian caido prisioneros de guerra á la vindicta de las leyes de su país. Westermann regresó para participar estas disposiciones á su general, y Dumouriez informó á Danton por un correo extraordinario. Danton, por única respuesta, le envió el decreto de la Convencion en que se declaraba que la república francesa no trataría con sus enemigos sino despues que hubiesen evacuado su territorio.

Pero la última palabra de Danton habia llegado por otro conducto á oidos de Dumouriez. Las conferencias no se suspendieron. Unas comunicaciones autorizadas y públicas para el canje de prisioneros sirvieron para ocultar conversaciones y correspondencias más misteriosas. Temiendo Dumouriez que sus relaciones con el campo prusiano le hiciesen acusar de traicion por sus tropas, se adelantó á las sospechas. «Hijos míos,—les decia á los soldados que se agrupaban á su alrededor cuando recorria los pueblos,—¿qué pensais de todas estas negociaciones con los prusianos? ¿No os dan alguna sospecha contra mí?» «No, no,—respondieron los soldados.—Con otro, estaríamos inquietos y escudriñaríamos su conducta; pero con vos, cerramos los ojos, porque sois nuestro padre.» Así adormecía el hábil general á su ejército.

Las mismas relaciones que habia entre los generales de los dos campos contrarios se advertian en el de Kellermann; pero aquellas conferencias sólo versaban sobre canjes de prisioneros.

Una circunstancia apresuró la determinacion del rey de Prusia y del duque de

[Brunswick. El mayor prusiano Massembach, confidente del rey, estaba comiendo en casa de Kellermann con varios generales franceses y con los hijos del duque de Orleans. Despues de la comida, Dillon, hablando con Massembach en el hueco de una ventana, le dijo que si el rey no reconocia la república, Luis XVI, la nobleza y el clero perecerian infaliblemente en Francia, y que él mismo, adicto por principios y de corazon á la causa popular, no salvaria su cabeza del hacha del pueblo. Despues, dirigiendo alrededor de la sala una mirada inquieta y rápida, y notando que los convidados estaban en grupos hablando con mucha animacion y sin observarlo, sacó á Massembach al balcon. «Ved—le dijo en voz alta—qué magnífico país.» Y bajando la voz y cambiando de tono, añadió sin mirar á Massembach y disimulando el movimiento de los labios: «Advertid al rey de Prusia que se prepara en Paris un proyecto de invasion en Alemania, porque se sabe que no hay tropas alemanas sobre el Rhin, queriendo por este medio obligar á vuestro ejército á retrogradar». Esta peligrosa confidencia, repetida á la noche por Massembach al rey, concordaba con los movimientos de Custine, que preparaba su irrupcion sobre Spira y Maguncia. El rey quedó admirado, y conoció que cada vez se separaban más de la idea de un acomodamiento.

Sin embargo, el partido austriaco, el partido de la guerra, y los emigrados sobre todo, para quienes la guerra era su única esperanza, murmuraban en el campo de los prusianos y asediaban con quejas y reconvenciones al cuartel general del rey.

«¿Qué presagian—decian—estas conferencias entre el rey y Dumouriez? ¿Querán salvar la vida del rey de Francia sacrificándonos? Entónces, ¿qué será de la monarquía, de la religion, de la nobleza y de la propiedad? ¿Se habrán armado nuestros aliados sólo para entregarnos al enemigo?» Tales eran las quejas que los jefes de los emigrados y los enviados de los príncipes franceses tenian del cuartel general del rey de Prusia.

El Voltaire de Alemania, Goethe, que seguia al duque de Weimar en esta campaña, ha conservado en sus memorias la relacion de una de aquellas noches que precedieron á la retirada de los alemanes. «En el círculo de personas que rodeaban la hoguera de un vivac vi un anciano—escribe—cuyo rostro parecia un ascua por los reflejos de las llamas, y al cual recordé haber visto en tiempo más dichoso. Acerquéme al anciano, y él me miró con admiracion, pareciendo no comprender por qué juego caprichoso del destino me veia en medio de un ejército la víspera de darse una batalla. Este anciano era el marqués de Bombelles, embajador de Francia en Venecia, á quien yo habia visto dos años ántes en aquella capital de la aristocracia y del placer, en donde yo acompañaba entónces á la duquesa Amelia, como el Tasso habia acompañado á Leonor. Hábléle de su hermoso palacio sobre el canal de Venecia y de aquellos momentos deliciosos en que la jóven duquesa y su comitiva llegaron en una góndola á la puerta de su palacio, donde fuimos recibidos por él con toda la gracia y magnificencia acostumbrada en su país, en medio de la música, de las iluminaciones y de las fiestas. Yo creia distraerle trayendo á su memoria aquellos gratos recuerdos, y no hice más que agravar cruelmente sus penas; las lágrimas inundaron sus mejillas. «No hablemos ya de esas cosas,—me dijo,—aquel tiempo está ya muy léjos de nosotros; y áun entónces, festejando á mis huéspedes, mi alegría no era más que aparente. Yo tenia el corazon traspas-

»sado; preveía las consecuencias de las tempestades de mi patria y admiraba vuestra indolencia. En cuanto á mí, me preparaba en silencio al cambio que iba á tener en mi situación. En efecto, bien pronto me fué preciso dejar aquel destino, abandonar aquel palacio y aquella Venecia que se me había hecho tan querida, para principiar una carrera de destierros, de aventuras y de miseria, que me ha traído aquí... en donde voy á asistir tal vez — continuó el desterrado con tristeza — al abandono de mi rey por un ejército de reyes.» El marqués de Bombelles se alejó para ocultar su dolor y se fué cerca de otra hoguera, tapándose la cabeza con la capa.»

III

El marqués de Bombelles había sido enviado al cuartel general por el barón de Breteuil para velar por los intereses de Luis XVI. Los consejos no escaseaban en la tienda del rey de Prusia. Los príncipes franceses proponían que se marchase sobre Chalons. El rey se inclinaba hacia los partidos más audaces y decisivos. El duque se oponía enérgicamente á que se marchase adelante. Este hacía presente la distancia que había hasta Verdun, arsenal y almacén del ejército; la dificultad y lentitud de las comunicaciones, la disminución diaria de los confederados, lo avanzado de la estación, los refuerzos que recibían los franceses en su propio terreno, la dificultad de pasar los desfiladeros de Grandpré sin experimentar grandes desastres si, batido el ejército, tuviese que reconquistar el camino de Alemania, y finalmente, concluía por que se esperase el resultado de las negociaciones, sabiendo muy bien que sólo con esperar se aumentaría el peligro y adquiriría más fuerza el partido que estaba por la retirada. Así se pasaban unos días que eran muy preciosos. El rey empezaba á ceder, y era evidente que no buscaba en los términos de la negociación sino un pretexto para cubrir el honor de sus armas, contentándose con las garantías más ilusorias sobre la vida y la libertad de Luis XVI. Dumouriez y Danton se las dieron.

Westermann fué enviado de nuevo á París, y representó confidencialmente á Danton la verdadera situación de los espíritus en los dos campos. Dumouriez le había encargado, para cubrir las apariencias, de llevar unos pliegos para el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun. «Si tengo al rey de Prusia aún ocho días en jaque,—escribía el general á Lebrun,—su ejército será derrotado sin haber combatido. Este príncipe está muy indeciso, y quiere encontrar un medio para salir del atolladero. Puede que su desesperación le lleve á atacarme si no halla quien le dé un remedio aceptable. Entre tanto, yo continuo cortando mis plumas á sablazos.»

La carta reservada que el general en jefe escribió á Danton confesaba una negociación más avanzada. «El rey de Prusia pide, antes de tratar con nosotros,—le decía,—unas noticias detalladas sobre Luis XVI, sobre la naturaleza de su cautiverio, sobre la suerte que se le prepara y sobre las consideraciones que se tienen con una testa coronada.»

Danton quería que se desocupase el territorio á toda costa. Esta medida era absolutamente necesaria para la fundación de la república, y era la única que podía borrar el horror de que los crímenes de Setiembre empezaban á cubrir su nombre

y su poder. Además, Danton, ligado con la corte por antiguas relaciones, deseaba en el fondo de su corazón salvar la vida del rey y la de su familia. Encargó á sus agentes del Consejo municipal que visitasen á Luis XVI en la torre del Temple, y que le diesen sobre la situación de los augustos presos un informe oficial en que la detención política del rey se disfracase bajo la apariencia de una solicitud por conservar sus días, y en la que bajo las formas del respeto y de la compasión se ocultasen las murallas, los cerrojos y los rigores del Temple.

El corregidor Petion y el procurador Manuel se pusieron de acuerdo para secundar las miras de Danton, pidiendo al ayuntamiento una copia de todas las disposiciones relativas á la torre del Temple. Ellos mismos fueron á aquella prisión, interrogaron al rey, afectaron haber ido allí para compadecer respetuosamente y dar algún alivio al ilustre cautivo, y remitieron á Danton una sumaria información en la que constaban todas las pruebas del interés que habían tomado por la familia real. Estos pasos fueron conocidos en París, y coincidiendo con la evacuación del territorio, acreditaron el rumor de una correspondencia secreta entre Luis XVI y el rey de Prusia, en la cual decían que Manuel había sido el mediador; añadiéndose que aquella correspondencia tenía por objeto obtener la retirada de los prusianos, á condición de que había de salvarse la vida á Luis XVI. Esta correspondencia no ha existido nunca. Los agentes de Luis XVI en el campo del rey de Prusia, que eran los señores de Breteuil, de Calonne, de Bombelles, de Moustier, y los mariscales de Broglie



Dumouriez revistando las tropas la víspera de la batalla de Valmy.—Pág. 98.

y de Castries, no cesaron hasta el 29 de pedir que se diese la batalla y que se marchase sobre Paris, único medio, segun ellos, de devolver la libertad al rey de Francia.

Sin embargo, Westermann regresó de Paris con aquel documento, destinado á adormecer los escrúpulos caballerescos del rey de Prusia. Dumouriez le remitió al cuartel general prusiano por su confidente intimo Thouvenot. Autorizado éste con amplios poderes de su general y amigo, dió verbalmente al duque de Brunswick la seguridad de las disposiciones personales de Dumouriez. «El general está resuelto á salvar al rey y á regularizar la revolucion,—dijo el coronel Thouvenot;—él se declarará por el restablecimiento de la monarquía cuando sea tiempo y cuando haya preparado su ejército á obedecerle y puesto á Paris en estado de temblar sólo con su presencia. Pero para esto es necesario una gran popularidad. La evacuacion voluntaria del territorio por el rey de Prusia, ó una victoria decisiva sobre vuestro ejército, son las únicas cosas que pueden darle esta popularidad. El general está igualmente dispuesto á la batalla que á entrar en negociaciones. Escoged.»

IV

El duque de Brunswick transmitió al rey de Prusia los documentos relativos á la torre del Temple, y le dió cuenta de lo dicho por Thouvenot. El último Consejo de gabinete fué convocado para el 28, en presencia del rey. El duque habia preparado con anticipacion los papeles y los informes. Dió cuenta al rey del estado de la negociacion secreta, por la cual no quedaba otra esperanza de salvar la vida de Luis XVI que la evacuacion del territorio frances, y depositó en la mesa los pliegos que habian llegado aquella noche de Inglaterra y Holanda anunciando que estos dos gobiernos rehusaban formalmente tomar parte en la liga contra Francia. En fin, confirmó la confidencia hecha á Massembach por el general Dillon, y mostró á Custine moviendo ya sus columnas sobre el Rhin y pronto á cortar la retirada al ejército prusiano. Rogó al rey que cediese á la vez á su generosa compasion por Luis XVI y á los intereses de su propia monarquía, no penetrando más adelante en un país en que las pasiones estaban en efervescencia, y que no arriesgase una batalla, cuyo resultado más ventajoso sería verter sangre prusiana inútil y aisladamente por una causa abandonada por Europa. El rey se avergonzó y cedió. La órden para prepararse al combate, dada el dia anterior, se convirtió en órden de prepararse á marchar. La retirada quedó resuelta definitivamente.

Un convenio tácito quedó concluido desde aquel momento entre los generales de los dos ejércitos. Dumouriez lo explicaba así en una carta dirigida al ministro Lebrun. «Es menester mirar todo esto —le decia— como una negociacion puramente militar, tal como las hacian los capitanes griegos y romanos á la cabeza de sus ejércitos. Elevémonos hasta aquellos tiempos heroicos si queremos ser dignos de la república que hemos creado.» Ocultando bajo estas palabras la naturaleza de la negociacion, que, militar en la apariencia, era política en el fondo, Dumouriez ponia de manifiesto una parte de ella para ocultar el resto.

En este convenio militar se establecia que el ejército frances se obligaba á no inquietar á los prusianos en su retirada hasta el Meuse, y que al otro lado de este rio, el ejército frances observaria los movimientos sin atacar, á condicion que el

rey de Prusia entregaria sin combate las ciudades de Longwy y Verdun, ocupadas por sus tropas. El convenio político y verbal respondia al rey de Prusia de la vida de la familia real y de los esfuerzos de Dumouriez para restaurar la monarquía constitucional y moderar la revolucion. Este tratado, cuya existencia ha sido objeto de tantas controversias y de tantas acusaciones, no puede en el dia ponerse en duda. El honor del gabinete prusiano le obligaba á negarlo y atribuir la retirada pacífica del ejército coligado á la habilidad de sus maniobras y á la impotencia de los franceses, pues que de este gabinete han salido con el tiempo la confesion, los testimonios y los documentos que demuestran la realidad de la negociacion. Esta descifra por sí sola la inexplicable conducta de Dumouriez en dejar efectuar impunemente al duque de Brunswick y al rey una marcha de flanco que los exponia á ser cortados si el ejército frances no hubiese medido sus pasos para marchar con igual lentitud que el prusiano; de suerte que más bien parecia que aquél iba acompañando á sus enemigos, que el que quisiese echarlos de sus fronteras.

V

Esta negociacion de Dumouriez no fué ni traicion ni debilidad. No fué más que el instinto del patriotismo y del genio de las circunstancias. Salvó á Francia con su actitud, en lugar de comprometerla dando un golpe. Una evacuacion cierta valia más para Francia en su apurada situacion que una batalla dudosa. Si hubiera atacado la retaguardia, el duque de Brunswick, con cuarenta mil hombres más que Dumouriez, podia revolverse y deshacer al ejército frances. Francia carecia de otro ejército, y tampoco tenia un segundo Dumouriez. Una derrota la entregaba á la invasion, y las consecuencias hubieran sido destruir la república, apénas afirmada por la victoria del 10 de Agosto. Más interesado Danton que nadie en que se adoptasen medidas desesperadas, lo conoció así, y fué cómplice de la prudencia de Dumouriez. Su energía, capaz de conducirle hasta el crimen, no era para llevarle á la demencia. Tomó, pues, el convenio y la tregua bajo su responsabilidad.

Dumouriez tuvo otro motivo para no abusar de la retirada y para contemplar á los prusianos. Como habia sido diplomático ántes que soldado, sabía que las coaliciones llevan con ellas las rivalidades ocultas que deben disolverlas. Rusia y Austria iban á disputar á Prusia los restos preciosos de Polonia, mientras que el ejército prusiano consumia sus fuerzas en la cruzada de los reyes contra Francia. El gabinete prusiano y el duque de Brunswick no disimulaban estos peligros. Una alianza con Francia, aunque fuese republicana, podia entrar en el pensamiento secreto del gabinete prusiano. Era necesario no contrariar este pensamiento reservado del rey de Prusia y de su nacion, llevando la guerra hasta el derramamiento de sangre, y el paso retrógrado del rey hasta la humillacion. Dejar á los prusianos los honores de la guerra y expulsarlos del territorio de la república, era una profunda habilidad. Siempre se está á tiempo de reconciliarse con un enemigo cuyo orgullo no se ha herido. La libertad tenia demasiados enemigos en el continente para no reservarse una alianza en el corazon de Alemania. Pero el verdadero y secreto motivo de Dumouriez era personal. Una guerra de ardides, que podia prolongarse todo el invierno y aún toda la campaña siguiente contra los prusianos, en los Ardennes y sobre el Meuse, no convenia ni á su situacion política ni á su

ambicion. Dumouriez necesitaba dos cosas: adquirir el título de libertador del territorio frances, y quedar en libertad para llevar á otra parte su actividad y su genio. La retirada pacífica de los prusianos, y un tratado secreto con esta potencia, le garantizaban estas dos necesidades de su situacion. Tranquilizada la Convencion respecto á esta parte de la frontera, le permitiria realizar su ensueño militar y llevar la guerra á Bélgica. Venciendo á los prusianos en el interior, quedaria vencedor de los austriacos en sus propios dominios. Al título de libertador del territorio de la república añadiría el de conquistador del Brabante. Con esta doble corona de gloria, ¿qué era lo que no podria intentar en beneficio del rey, de la república, ó de sí mismo? ¿Restableceria á Luis XVI sobre un trono constitucional? ¿Crearía una dinastía nueva emanada del seno de la revolucion, en la persona del jóven duque de Chartres, hijo del duque de Orleans, que acababa de aparecer en medio del fuego de Valmy como coronado con la aureola del porvenir? ¿Abandonaria á Francia á sus convulsiones, y se crearia él mismo una potencia independiente en las provincias belgas, arrancadas por él á la opresion austriaca y á la expoliacion de Francia? Indeciso se hallaba sobre el partido que le convenia, pero pronto á tomar aquel que más cuadraba á sus intereses. Sin embargo, ante todo era menester conquistar á Bélgica. Dejó á sus tenientes que siguiesen lentamente al ejército prusiano, que se retiraba sembrando sus campamentos y los caminos por donde pasaba de víctimas de las enfermedades que habia contraído en las inmediasiones del bosque de Argonne, y que lo diezmaban cruelmente, y se fué á triunfar á Paris.

VI

La tarde de su llegada á la capital, Dumouriez se arrojó en los brazos de Danton, á pesar de la sangre del 2 de Setiembre, sangre de que aquel ministro estaba cubierto. Estos dos hombres se comprendian á pesar del horror de la época: el uno era la cabeza, y el otro el brazo de la patria; así es que se juraron alianza y amistad recíprocas, persuadidos de que eran mutuamente necesarios. Danton era el complemento de Dumouriez, y éste era el de Danton. El uno respondia del ejército, y el otro del pueblo. Ambos se reconocian dueños de la revolucion.

Hácia este tiempo el duque de Chartres, que fué despues rey de los franceses, se presentó en la audiencia del ministro de la Guerra, Servan, para quejarse de una injusticia que le hacian las oficinas. Servan estaba enfermo en la cama, y escuchó con distraccion al jóven príncipe. Danton estaba presente, y parecia que mandaba en el ministerio de la Guerra más que el mismo ministro; así es que no tuvo inconveniente en llamar aparte al duque de Chartres, al cual dijo en voz baja: «¿Qué haceis aquí? ¿No estais viendo que Servan es un fantasma de ministro, y que no puede ni servirlos ni perjudicarlos? Venid mañana á verme; yo os oiré y arreglaré ese asunto». El duque de Chartres fué al dia siguiente á la cancillería, y Danton le recibió con una especie de sequedad paternal. «Y bien, jóven,—dijo al duque de Chartres,—se asegura que teneis ciertas conversaciones muy parecidas á la murmuracion, que criticais las grandes medidas del gobierno, y que mostrais compasion por las víctimas y horror hácia los verdugos. Id con cuidado, el patriotismo no admite tibieza, y teneis que haceros perdonar un gran nombre.»

El príncipe confesó con una firmeza superior á su edad que el ejército miraba con horror la sangre vertida en otra parte que en el campo de batalla, y que los asesinatos de Setiembre le parecia que deshonoraban la libertad. «Sois demasiado jóven aún para juzgar de estos acontecimientos,—le replicó Danton con actitud y tono de superioridad.—Para comprenderlos es necesario estar en la situacion en que nosotros estamos. La patria estaba amenazada, y ningun defensor se levantaba en su favor; los enemigos avanzaban é iban á sumergirnos en un abismo; hemos tenido necesidad de poner un rio de sangre entre los tiranos y nosotros. En lo sucesivo, callad. Volved al ejército, batios bien, pero no prodigueis inútilmente vuestra vida; os quedan aún muchos años que vivir. Francia no gusta de la república; conserva aún los hábitos, las debilidades y las necesidades de la monarquía. Despues de nuestras tempestades, ella se verá obligada á restablecerla por efecto de sus vicios ó de sus necesidades. ¿Quién sabe lo que el destino os tiene reservado? Adios, jóven. ¡Acordaos de la prediccion de Danton!»

VII

Al dia siguiente de su llegada, Dumouriez comió en casa de Roland con los principales girondinos. Al entrar en el salon, presentó á madama Roland un ramo de flores de adelfa, en señal de reconciliacion y como para tributar á los girondinos en su persona el homenaje de la victoria que acababa de conseguir.

La gloria de su campaña resplandecia en su varonil presencia, y todos los partidos querian iluminarse con sus rayos. Sentado entre madama Roland y Vergniaud, recibió con pensativa reserva los cumplidos de los convidados. La guerra entre ellos y los jacobinos habia principiado ya, aunque no ostensiblemente. Dumouriez no queria declararse sino por la patria. Madama Roland se lo perdonó todo. Despues de comer se fueron á la Opera, en donde fué aplaudido por todo un pueblo. Danton triunfaba á su lado en el palco del ministro del Interior, y parecia que le presentaba al pueblo. Madama Roland y Vergniaud llegaron al teatro algunos momentos despues, y abrieron la puerta del palco para entrar á acompañar al vencedor; pero al reparar madama Roland en el aspecto siniestro de Danton, que estaba sentado al lado de Dumouriez, hizo un gesto de horror, creyendo ver la figura del crimen al lado de la gloria. Parecióle que hasta ésta se manchaba con el contacto de Danton. Entónces se retiró sin que la hubiesen visto, llevándose consigo á Vergniaud. El hombre de Setiembre le ocultaba al hombre de Valmy.

Parecia que habia pasado un siglo desde el dia en que Dumouriez habia salido de Paris y el en que volvia. Habia dejado una monarquía, y encontraba una república. Despues de un interregno de algunos dias, durante los cuales el ayuntamiento de Paris y la Asamblea legislativa se habian disputado un poder caido en manos de los asesinos y recogido en medio de los charcos de sangre por Danton, único que se atrevió á hacerlo, la Convencion nacional se habia reunido y se preparaba á obrar. Habiendo sido ésta elegida entre el tumulto del 10 de Agosto y el terror de las jornadas de Setiembre, se componia de unos hombres que aborrecian á la monarquía y que tampoco creian en la Constitucion de 91, que era para ellos una transaccion intentada bajo el nombre de monarquía constitucional. Estos hom-

bres de ideas tan exageradas eran los únicos que correspondian á las circunstancias extrañas en que se hallaba Francia. En tiempos normales, jamás se les hubiera hecho caso. Los girondinos y los jacobinos, que se habian confundido por un momento en una conspiracion comun contra el trono, habian sido nombrados en todas partes por aclamacion para que terminasen su obra. Su mandato se reducía á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberanía abstracta del pueblo, que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberanía popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus motines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduría, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud más alborotada y fogosa. Fué ésta una eleccion á la desesperada. La patria conócía que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Méenos que un gobierno, era una fuerza temporal la que queria constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energía de accion, votaba á sabiendas una gran dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre, que podria engañarse, debilitarse ó hacerle traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondian de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observándose los unos á los otros, no podrian detenerse ni retroceder en su marcha sin encontrarse con las sospechas del pueblo y el suplicio detras de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedia: exigíaseles únicamente una gran fuerza de voluntad.

LIBRO VEINTINUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot-d'Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresión.

I

El 21 de Setiembre á mediodía, las puertas de la sala del Picadero se abrieron, y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los más ilustres debían salir de allí para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pié, atentos é inclinados hácia la sala, reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándose los unos á los otros, los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escoltaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchateau, último presidente que había sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra. «Representantes de la nacion,—dijo,—la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno en vuestras manos, dando á los franceses el ejemplo del respeto á la mayoría del pueblo. Las tres palabras de libertad, leyes y paz fueron escritas por los griegos sobre las puertas del templo de Delfos. Vosotros las imprimireis en todo el territorio de Francia.»

Petion fué nombrado presidente por unanimidad. Los girondinos saludaron con una sonrisa este presagio de su ascendiente en la Convencion. Condorcet, Brissot, Rabaut-Saint-Etienne, Vergniaud, Camus y Lasource, todos girondinos á excepcion de Camus, fueron á ocupar el sitio destinado para los secretarios. Manuel se levantó y dijo: «La mision de que estais encargados exigiria una sabiduría y un poder divinos. Cuando Cineas entró en el senado de Roma, creyó ver una asamblea de reyes. Semejante comparacion sería para vosotros una injuria. Aquí es necesario ver una asamblea de filósofos ocupados en preparar la felicidad del mundo. Pido que el presidente de Francia se aloje en el palacio nacional, que los atributos de la ley y de la fuerza estén siempre á su lado, y que cuando abra las sesiones, todos los ciudadanos permanezcan en pié».

Levantóse un murmullo de desaprobacion al escuchar estas palabras. El sentimiento de la igualdad republicana, alma de este cuerpo popular, se sublevó contra la sombra misma del ceremonial de las cortes. «¿A qué conduce ese honor que se pretende tributar al presidente de la Convencion?—dijo el jóven Tallien, que iba vestido de chaqueta.—Fuera de esta sala, el presidente es un simple ciu-

dadano á quien, si se le quiere ver, será menester quizá ir á buscarle al tercero ó cuarto piso de alguna casa lóbrega. Allí es donde habitan el patriotismo y la virtud.»

Decretóse que al presidente no se le hiciese ningun honor.

«Nuestra mision es grande y sublime,—dijo Couthon sentado al lado de Robespierre.—Temo que en las discusiones que se van á establecer se atrevan algunos á hablar del trono; pero no sólo es el trono lo que importa separar de nuestra Constitucion, sino toda especie de poder individual que tienda á restringir los derechos del pueblo. Se ha hablado de triunvirato, de protectorado y dictadura; se esparce en el público un rumor de que se forma un partido en la Convencion por una ú otra de estas instituciones. Dejemos estos vanos proyectos, si es que existen, jurando todos la soberanía entera y directa del pueblo. Queremos que caiga igual anatema sobre el trono, la dictadura y el triunvirato.» Estas palabras aludían á Danton y revelaban los primeros recelos de Robespierre. Danton las comprendió, y no tardó mucho en responder con una abdicacion que, descargándole del poder ejecutivo, le volvía á su elemento.

Por otra parte, estaba ya cansado de un reinado de seis semanas, durante las cuales habia impreso á Francia las convulsiones de su carácter, y por otra, queria alejarse del poder un momento, para ver cómo se desarrollaban los nuevos hombres, los nuevos partidos y los nuevos acontecimientos. En fin (tal es la influencia de los negocios caseros sobre los hombres públicos!), su mujer, que estaba moribunda, presa de una enfermedad de languidez, deploraba la siniestra fama que habia manchado su nombre con tantos asesinatos, provocados ó tolerados, y le suplicaba llorando que saliese del torbellino que le arrastraba á semejantes vértigos, y expiase los males y las desgracias de su ministerio haciendo dimision. Danton amaba y respetaba á la primera compañera de su juventud, escuchaba su voz como un oráculo, y miraba con ternura é inquietud á sus dos hijos, próximos á quedarse sin madre. Danton deseaba recogerse un momento, orgulloso por haber libertado las fronteras, y avergonzado al mismo tiempo de que su patriotismo extraviado le hubiese hecho comprar á costa de su honor la popularidad que habia adquirido en las sangrientas jornadas de Setiembre.

II

Una impaciencia visible se traslucía en las primeras palabras, en la actitud y en el silencio mismo de la Convencion. Los franceses no dejan nunca para el día siguiente lo que pueden hacer en el que se encuentran. En todos los espíritus, en todas las miradas y en todos los labios habia un pensamiento, y no podía tardar mucho en estallar. La primera cuestion que se iba á tratar era la de trono ó república. Francia habia tomado su partido. La Asamblea no podía suspender el suyo, y solamente reflexionaba en la grandeza del acto. Hay palabras que contienen la vida ó la muerte de los pueblos; hay momentos que deciden del porvenir del género humano. La Convencion se hallaba en el umbral de estos destinos desconocidos: ella no vacilaba y se recogía para meditar.

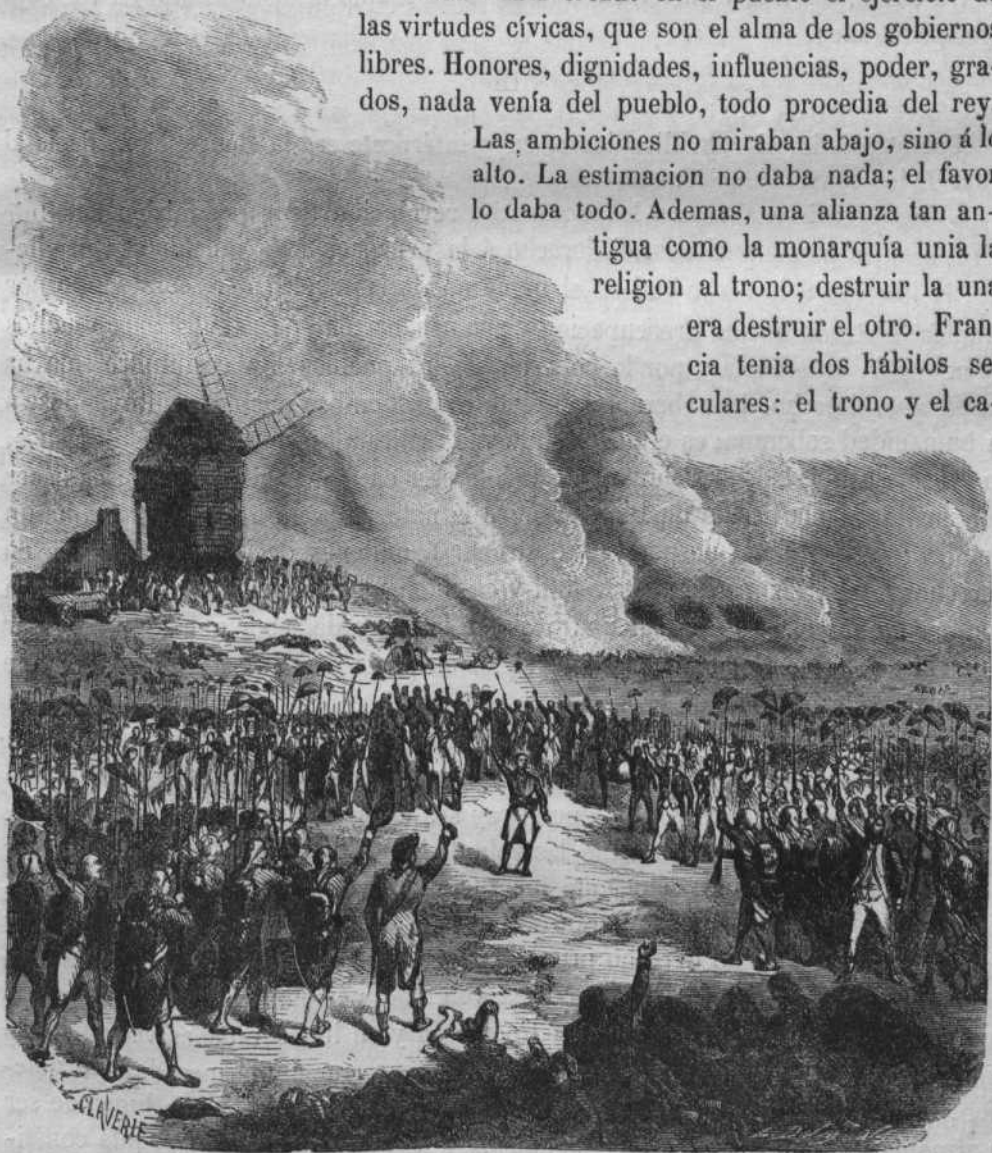
Francia, nacida, criada y envejecida en la monarquía, miraba esta forma de gobierno como la naturaleza de su organizacion social, y el respeto á esta institu-

cion era general en la mayoría de los franceses. Como nacion militar, habia coronado á sus primeros soldados; como nacion feudal, habia infeudado su gobierno civil y sus tierras; como nacion religiosa, habia consagrado á sus jefes y atribuido á sus reyes una especie de delegacion divina, adorado el trono como un dogma, proscrito la independencia de las opiniones como una rebellion, y castigado los crímenes de lesa majestad como un sacrilegio. Una vana sombra de independencia individual y de privilegios provinciales subsistia en los parlamentos, en los cuerpos provinciales y en las administraciones municipales. La ley era el rey, el noble el súbdito, el pueblo el esclavo, ó cuando más un liberto. Nacion militar y fiera, Francia habia ennoblecido su servidumbre por el honor, santificado la obediencia por la adhesion, y personificado el país en el trono. Desapareciendo el rey, no sabía dónde estaba la patria. El derecho, el deber, la bandera, todo desaparecia con él. El rey era el Dios visible de la nacion: la virtud consistia en obedecerle.

Nada habia creado en el pueblo el ejercicio de las virtudes cívicas, que son el alma de los gobiernos libres. Honores, dignidades, influencias, poder, grados, nada venia del pueblo, todo procedia del rey.

Las ambiciones no miraban abajo, sino á lo alto. La estimacion no daba nada; el favor lo daba todo. Ademias, una alianza tan an-

tigua como la monarquía unia la religion al trono; destruir la una era destruir el otro. Francia tenia dos hábitos seculares: el trono y el ca-



Batalla de Valmy.—Pág. 102.

tolericismo. La opinion y la conciencia se sostenian mutuamente; no se podia desarraigar la una sin agitar la otra. Suprimido el trono, el catolicismo, como institucion soberana y civil, caia con él. En lugar de una ruina se necesitaban dos.

En fin, la familia real en Francia, que consideraba el trono como herencia inalienable y el poder soberano como una legitimidad de su sangre, se habia confundido por sus matrimonios, por sus parentescos y por sus alianzas con todas las familias soberanas de Europa. Atacar los derechos del trono en Francia, era extinguirlos ó amenazarlos en Europa entera. Las familias reales no eran más que una sola familia, las coronas eran solidarias. Suprimir el título y los derechos del trono en Paris, era suprimir la herencia y los derechos de los reyes en todas sus capitales; era ademas trastornar é invertir todas las relaciones exteriores de Francia con los Estados europeos, fundadas sobre una política de familia, para fundarlas sobre una política de intereses nacionales. El ejemplo era amenazador; la guerra cierta, terrible y universal. Hé aquí todo lo que la historia dijo en voz baja á los girondinos.

III

Por otro lado, el republicanismo, cuyo intérprete era la Convencion, decia al alma de los convencionales:

«Es necesario acabar con los tronos. La revolucion tiene por mision sustituir la razon á las preocupaciones, el derecho á la usurpacion, la igualdad al privilegio, la libertad á la esclavitud en el gobierno de las sociedades, empezando por Francia. El trono es una preocupacion y una usurpacion que se sufre hace muchos siglos por la ignorancia y por la cobardía de los pueblos. La costumbre sola ha creado este derecho. La soberanía absoluta es un hombre pueblo sustituyéndose á la humanidad soberana; es el género humano abdicando sus títulos, sus derechos, su razon, su libertad, su voluntad y sus intereses en manos de uno solo; es hacer por medio de una ficcion un Dios de quien la naturaleza no ha hecho más que un hombre; es degradar, desposeer y destronar á millones de hombres iguales en derechos ó tal vez superiores en virtud y en inteligencia, para engrandecer y para coronar á uno solo; es asimilar una nacion á la tierra de labor que se pisa, y dar su civilizacion, sus generaciones y sus siglos en propiedad á una familia, para que disponga de la herencia de Dios.

»¿Transigirémos con esta costumbre del trono, y conservarémos el nombre, suprimiendo la cosa? ¿Crearémos para complacer á la multitud rutinaria un trono constitucional representativo, en que el rey sea el primer magistrado hereditario, encargado de ejecutar pasivamente las voluntades del pueblo? Pero ¿qué fuerza y qué utilidad tendrá nunca semejante institucion? Acabamos de hacer la experiencia de esto, y nuestros hijos la harán despues de nosotros. Una de dos, ó este rey constitucional tendrá un derecho propio y una voluntad personal, ó no tendrá ninguno. Si tiene un derecho propio y una voluntad personal, este derecho y esta voluntad personal, en oposicion con frecuencia y en lucha muchas veces con la voluntad del pueblo, no habrán hecho más que encerrar un gérmen de contradiccion, de guerra civil y de muerte en la Constitucion. El gobierno, en lugar de ser la armonía y la unidad, será el antagonismo y la guerra; será la anarquía constituida en la cumbre del poder, para mandar á la paz y al orden que estarán abajo.

Este es un contrasentido. Si el rey no tiene autoridad ni voluntad personal, entonces, impotente y despreciado, no será más que la aguja dorada que marque la hora en el cuadrante de la Constitucion, pero que no arreglará ni moderará en nada el mecanismo; irrisión del título de rey y envilecimiento del signo del poder.

»Pero no es esto todo: ó este rey representativo será un sér nulo y un fantasma, ó será un hombre capaz y ambicioso. Si es un sér nulo y un vano fantasma, sólo servirá para desvirtuar el trono y para convertirlo en un objeto de compasion á los ojos del pueblo. Pero si es un hombre de capacidad y ambicioso, ¿qué peligro vivo y perenne no vais á crear con vuestras propias manos contra la libertad y la igualdad de la nacion? Honrado con el nombre y el signo del poder supremo, puesto de manifiesto continuamente, en sus palacios, en sus ceremonias, en sus templos y á la cabeza de sus ejércitos, á las adoraciones de sus pueblos; ricamente dotado con una lista civil y con propiedades inadmisibles y siempre crecientes, elemento de corrupcion de los caracteres, órgano de todas las voluntades, ejecutor de todas las leyes, negociador con todas las cortes extranjeras, facultado para nombrar todos los ministros y para depositar en ellos toda la responsabilidad de sus impopularidades, canal de todas las gracias, única institucion hereditaria en el seno de una Constitucion en que todo sea electivo y vitalicio, transmitiendo de padres á hijos tradiciones ambiciosas de usurpacion del poder, gastando á los hombres y á los partidos sin gastarse nunca á sí mismo, ¿cómo permanecerá semejante trono inofensivo para la libertad y la igualdad de la nacion? ¿No tendrá evidentemente sobre los poderes populares las ventajas de lo que no pasa sobre lo que pasa? ¿No habrá absorbido ántes de un siglo todo lo que tengamos la imprudencia de confiarle perteneciente á nuestros derechos y á nuestros deberes, que en vano habria sido reconquistar para luégo devolvérselos? Valiera más no destruir esta preocupacion, que restablecerla con nuestras propias manos.

»La república democrática—proseguian—es el gobierno que dicta la razon. En ella no hay hombre divinizado, ni familia independiente de la ley, ni casta fuera de la igualdad, ni ficciones que supongan en el hijo las virtudes y el genio del padre, dando á los unos la herencia del mando y á los otros la de la obediencia. La razon humana es la única legitimidad del poder. La inteligencia es el título, no de la soberanía, porque la nacion no la reconoce fuera de sí misma, pero sí el de las magistraturas instituidas para el interes y para el servicio de todos. La eleccion es la consagracion del pueblo para estas magistraturas, delegaciones revocables de su voluntad. Ella eleva y depone sin cesar. Ningun ciudadano es más soberano que otro: todos los son en proporcion del derecho, de la capacidad y del interes que tienen en la asociacion comun. Las influencias verdaderamente personales y vitalicias no son sino la libre aquiescencia de la razon pública á los méritos, á las luces y á la virtud de los ciudadanos. La superioridad de la naturaleza, de la instruccion, de la fortuna y de la adhesion, probadas en las elecciones mutuas de los ciudadanos entre sí, hacen subir por un movimiento espontáneo á los más dignos para el gobierno. Pero estas superioridades, que se legitiman por sus servicios, no amenazan nunca al gobierno de degenerar en tiranía. Ellas desaparecen con sus servicios mismos, y vuelven á entrar despues de ciertos plazos fijos en las filas de los simples ciudadanos, extinguiéndose con la vida de los favoritos del pueblo, y haciendo lugar á otras capacidades que le servirán á su vez. Esta es la

fuerza verdadera del poder social, que pertenece, no á algunos, sino á todos; saliendo sin interrupcion de su único origen, que es el pueblo, y volviendo siempre á él inalienable, para volver á salir eternamente de él segun sea su voluntad. Tal es la rotacion del gobierno calcada sobre la rotacion perpetua de las generaciones, que nunca se detiene, que jamás funda el porvenir en lo pasado, y que no amortiza ni la soberanía, ni la ley, ni la razon, sino que, á ejemplo de la naturaleza, se eterniza, renovándose continuamente.

»El trono es el gobierno que se dice hecho á la imagen de Dios: esto es un sueño. La república es el gobierno hecho á la imagen del hombre: esto es la realidad política. Pero si la forma republicana es la racional, tambien es la más justa. Ella distribuye, nivela é iguala sin cesar los derechos, los títulos, las capacidades, las funciones, los intereses de las clases y los ciudadanos entre sí. El Evangelio es democrático; el cristianismo, republicano.

»Y aún cuando la república no fuese lo ideal del gobierno de la razon, sería en este momento la necesidad de Francia. Con un rey destronado, con una nobleza armada contra ella, con un clero desposeido, con la Europa monárquica entera sobre sus fronteras, no encontraria en ninguna forma de trono, en ninguna monarquía templada, en ninguna dinastía antigua ó nueva, la fuerza sobrehumana de que necesita para triunfar de tantos enemigos y para sobrevivir á semejantes crisis. Un rey sería sospechoso; una Constitucion, impotente; una dinastía, disputada. En tal estado de cosas, la energía desesperada y poderosa del pueblo, evocada desde el fondo de este mismo pueblo y convertida por aclamacion en gobierno, es la única fuerza que puede igualar la voluntad á la resistencia y el sacrificio á los peligros. Anteo tocaba la tierra y renacia. Francia debe tocar al pueblo para apoyar en él la palanca de la revolucion. Vacilar entre las distintas formas de gobierno en semejantes momentos, es perderlas todas. No tenemos eleccion. La república es la última palabra de la revolucion, así como el último esfuerzo nacional. Es menester aceptarla y defenderla, ó vivir con la muerte vergonzosa de los pueblos que entregan sus hogares y sus dioses en rescate de su vida á sus enemigos.»

Tales eran las reflexiones que la razon y la pasion, lo pasado y lo presente de Francia, sugerian á los girondinos para decidirles á la república. La política y la necesidad les impuso entónces esta forma de gobierno, y ellos la aceptaron.

IV

Sólo que los girondinos temian ya que esta república cayese en las manos de una demagogia furiosa é insensata. El 10 de Agosto y el 2 de Setiembre les consternaban, y querian dar algunos dias á la reflexion y á la reaccion de la Asamblea y de la opinion contra estos excesos populares. Hombres imbuidos en las ideas republicanas de la antigüedad, en que la libertad de los ciudadanos suponía la esclavitud de las masas, y en que las repúblicas no eran sino numerosas aristocracias, ellos comprendian mal el genio cristiano de las repúblicas democráticas del porvenir. Ellos querian la república á condicion de gobernarla solos, en las ideas y en los intereses de la clase media y letrada, á la cual pertenecian. Se proponian hacer una Constitucion republicana á imagen de aquella sola clase ante la cual acababan de evaporarse el trono, la Iglesia y la aristocracia. Bajo el nombre

de república entendían el reinado de las luces, de las virtudes, de la propiedad y de los talentos, de que su clase tendría en adelante el privilegio. Soñaban con imponer condiciones, garantías, exclusiones, incapacidades en las condiciones electorales, en los derechos cívicos y en el ejercicio de las funciones públicas, que hubiesen ensanchado sin duda los límites de la capacidad para el gobierno, pero que hubiesen excluido de las urnas á la masa ignorante, indigente ó mercenaria del



Dumouriez hace entrar en su deber á los batallones de federados.—Pág. 106.

pueblo. Debiendo corregir la Constitución, según ellos, lo que la república tenía de popular y borrascoso, separaban en su pensamiento la plebe de la nación. Sirviendo á la una, ellos contaban ponerse á cubierto de la otra. No se resignaban á forjar con sus propias manos, en una Constitución repentina, poco reflexionada y temeraria, el hacha bajo la cual sus cabezas tendrían que inclinarse y caer. Numerosos y elocuentes en la Convención, se fiaban en su ascendiente.

Pero este ascendiente, que predominaba todavía en los departamentos y en la Asamblea, había disminuido hacía dos meses en París, ante la audacia del ayuntamiento, ante la dictadura de Danton, ante la demagogia de Marat, y sobre todo,

ante el prestigio de Robespierre. El ayuntamiento habia invadido, Marat habia atemorizado, Danton habia gobernado, Robespierre se habia engrandecido. Los girondinos, despojados de todo lo que se habia conquistado por sus autoridades y por sus hombres, habian seguido, aunque murmurando muchas veces, el movimiento que los arrastraba. No habian previsto nada ni arreglado nada durante la tempestad, y habian dominado en apariencia los movimientos, como los restos de una nave dominan la ola siguiendo sus ondulaciones. Todos sus esfuerzos para moderar la corriente anárquica de la capital no habian servido sino para señalar su debilidad. La nacion se retiraba de ellos. Ni uno de aquellos hombres, favoritos de la opinion en la Asamblea legislativa, habia sido nombrado para la Convencion por la ciudad de Paris; y todos sus enemigos, al contrario, eran los elegidos del pueblo. El ayuntamiento habia hecho nombrar á todos sus candidatos. Danton, Robespierre y Marat, despues de haber dictado los escrutinios, dictaron tambien los votos.

Impaciente el pueblo, pedia á los dos partidos resoluciones extremas. Su popularidad estaba en subasta, y era necesario simbolizar su energía y aún su furor para conquistarla. La reserva monárquica hecha por Vergniaud, Guadet, Gensonné y Condorcet, mencionando el nombramiento de un ayo para el príncipe real en el decreto de destitucion, habia hecho sospechosos á los girondinos. Esta esperanza dada á la monarquía parecia revelar en ellos un secreto pensamiento de restablecerla despues de haberla abatido. Los periódicos y las tribunas de los Jacobinos explotaban en contra de ellos esta sospecha de realismo ó de moderacion. «Vosotros no habeis quemado vuestras naves,—les decian;—miéntras que nosotros combatíamos por destruir para siempre el trono, vosotros escribíais con nuestra sangre respetuosas reservas en pro de la soberanía.»

Los girondinos no podian responder á estas acusaciones sino tomando la ventaja de la audacia sobre sus enemigos; pero aún en esto, otro temor les detenía. Aquellos hombres no podian dar un paso más en el camino de los jacobinos y del ayuntamiento sin pisar la sangre del 2 de Setiembre. Esta sangre les causaba horror, y se detenian sin deliberar ante el crimen. Resueltos á votar la república, querian votar al mismo tiempo una Constitucion que diese á la república algo de la concentracion del poder y de la regularidad de la monarquía. Por educacion y por carácter eran romanos, y el pueblo y el senado de Roma eran el único ideal político que se ofrecia confusamente á su imitacion. El advenimiento del pueblo entero al gobierno, la inauguracion de aquella democracia cristiana y fraternal que Robespierre preconizaba en sus teorías y en sus discursos, no habian entrado nunca en sus planes. Cambiar la forma del gobierno era toda la política de los girondinos. Cambiar la sociedad era la política de los demócratas. Los unos eran políticos, los otros filósofos. Los unos pensaban sólo en el dia siguiente, los otros en la posteridad.

Antes de proclamar la república, los girondinos querian darle una forma que la preservase de la dictadura y de la anarquía. Los jacobinos querian proclamarla como un principio á todo evento, de donde saldrian torrentes de sangre tal vez y tiranías pasajeras, pero de donde nacerian, segun ellos, el triunfo y la libertad del pueblo y de la humanidad. En fin, Danton, completamente indiferente á las formas del gobierno, con tal que estas formas le diesen el imperio, queria proclamar

la república para comprometer á la nacion entera en la causa de la revolucion, y para hacer inevitable y terrible entre la Francia libre y los tronos un choque en que el antiguo orbe político se rompiese é hiciese lugar, no á los principios, sino á los nuevos hombres.

En fin, muchos otros, tales como Marat y sus cómplices, querian proclamar la república como una venganza del pueblo contra los reyes y los aristócratas, y como una era de agitacion y de turbulencias en que la fortuna multiplicase las casualidades que abaten lo que está en alto y elevan lo que está abajo. La espuma necesita que haya tempestades para sobrenadar y elevarse. La política de estos demagogos no era sino la sedicion convertida en principio, y la anarquía escrita en forma de Constitucion.

Sin embargo, cada uno de estos partidos debia apresurarse para no dejar á los otros el honor de la iniciativa y la ventaja de la prioridad.

Los girondinos, orgullosos de su superioridad numérica en la Convencion, se reunieron en consejo en casa de madama Roland, y resolvieron no admitir la discusion sobre el cambio de forma de gobierno sino despues de apoderarse de las comisiones ejecutivas, y sobre todo, de la comision de Constitucion, que prepararia su plan, que aseguraria sus medios, y que sería el órgano de sus voluntades. Creian dominar suficientemente en la Convencion, por el número de adictos y por la autoridad de su crédito, para prevenir en las primeras sesiones cualquiera aclamacion temeraria á la república. Con esta confianza entraron en el salon.

Danton, Robespierre y el mismo Marat no se proponian adelantar el momento de aquella proclamacion; sólo querian dar solemnidad al más grandioso acto orgánico que una nacion puede verificar. Querian ademas sondear sus fuerzas en la Convencion y agrupar sus amigos, desconocidos los unos de los otros, para modelar la república en su nacimiento, cada uno segun sus ideas y ambicion. El silencio estaba tácitamente convenido sobre esta gran medida entre todos los jefes de la Asamblea; pero la víspera de la primera sesion, algunos miembros jóvenes y exaltados de la Convencion, como Saint-Just, Lequinio, Panis, Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y otros individuos del ayuntamiento, reunidos en el Palacio Real, enardecidos por la conversacion y por los vapores del vino, condenaron unánimemente esta contemporizacion de los jefes, y resolvieron inutilizar aquella tímida prudencia y desconcertar el proyecto de los girondinos, lanzando la palabra república á sus enemigos. «Si ellos la recogen,—dijo Saint-Just,—son perdidos, porque serémos nosotros quienes se la habrémos impuesto. Si se separan de ella, tambien se pierden, porque oponiéndose á un deseo del pueblo, se sumergirán en la impopularidad que nosotros amontonarémos sobre sus cabezas.»

Lequinio, Sergent, Panis y Billaud-Varennes aplaudieron el audaz maquiavellismo de Saint-Just; Collot-d'Herbois, cómico pocos dias ántes, orador teatral, de voz sonora, de ademanes libres, hombre de orgía y de resolucion, se encargó de presentar la mocion y juró hacer frente él solo si era necesario al silencio, al aturdimiento y á las murmuraciones de la Gironda.

V

Por la noche, como se habia convenido, Collot-d'Herbois dió al entrar en la sesion la señal á los impacientes, que se aprestaron para servirle de eco. Una pa-

labra que predomina en la indecision de una Asamblea arrastra las resoluciones. No hubo prudencia capaz de contener lo que estaba en el pensamiento de todos. Apenas Collot-d'Herbois hubo pedido la abolicion del trono, cuando una exclamacion, en la apariencia unánime, se elevó en todo el salon, atestiguando que la voz de uno soló habia pronunciado la palabra de la necesidad presente. Habiendo pedido Quinette y Bazire, por respeto á la nueva institucion, que la gravedad de las formas y la solemnidad de la reflexion presidiesen á la proclamacion de la república, exclamó Gregoire: «No hay necesidad de deliberar, cuando todo el mundo está de acuerdo. Los reyes son en el órden moral lo que los monstruos son en el órden fisico. Las cortes son el taller de todos los crímenes. La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos». El jóven Ducos, de Burdeos, amigo y discípulo de Vergniaud, conociendo que era preciso confundir la voz de su partido con la exclamacion general, para que el pueblo no pudiese distinguir ni la primera ni la última en este voto, dijo: «Redactemos al momento el decreto; no hay necesidad de considerandos despues de las luces que el 10 de Agosto ha esparcido. El considerando de vuestro decreto de abolicion del trono será la historia de los crímenes de Luis XVI». La república fué proclamada de este modo, con diversos sentimientos, pero por unanimidad; arrebatada á la iniciativa de unos por la popularidad celosa de otros, arrojada como un reto por los jacobinos á sus enemigos, acep'ada con aclamacion por los girondinos, por no dejar el honor del patriotismo á los jacobinos; resolucion desesperada, abismo desconocido en que la reflexion arrastraria á los políticos, ó el vértigo atraeria á los imprudentes; asilo único que quedaba á la patria, segun los patriotas; sima oscura en que cada uno creia precipitar á sus rivales precipitándose con ellos, y que todos debian llenar alternativamente con sus combates, con sus crímenes, con sus virtudes y con su propia sangre.

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad. — Los girondinos en casa de madama Roland. — Acusacion contra Marat. — Apóstrofe de Vergniaud. — Danton. — Robespierre. — Pormenores íntimos. — Escenas tumultuosas. — Marat. — Su retrato. — Rompimiento entre Danton y los girondinos.

I

La proclamacion de la república fué acogida con una exaltacion ardiente en la capital, en los departamentos y en el ejército. Era para los filósofos el tipo de los gobiernos humanos hallado bajo los escombros de catorce siglos de preocupaciones y tiranías; para los patriotas, la declaracion de guerra de una nacion que se regenera, proclamada por sí misma el dia de la victoria de Valmy en presencia de los tronos conjurados contra la libertad; para el pueblo, una novedad sorprendente y deliciosa. Cada ciudadano se consideraba, por decirlo así, coronado con una parte de aquella soberanía reconquistada, y de la cual el acta de la Convencion acababa de despojar la cabeza y la familia de los reyes para restituirla al pueblo. La nacion, aliviada del peso del trono, creyó respirar por primera vez el aire libre y vital que iba á regenerarla. Este fué uno de aquellos cortos momentos que concentran en un punto del tiempo horizontes de entusiasmo y de esperanzas, que los pueblos aguardan por espacio de muchos siglos, que saborean algunos dias, y que no olvidan, pero que no tardan en dejarlos escapar como un sueño, para recaer en todas las realidades, en todas las dificultades y en todas las angustias que acompañan siempre la vida de las naciones. No importa: estas horas de ilusion son tan hermosas y tan colmadas, que valen por siglos en la vida de la humanidad, y ante las cuales parece detenerse la historia para retenerlas y eternizarlas.

Los que más gozaron de ellas fueron los girondinos. Reunidos por la noche en casa de madama Roland Petion, Brissot, Guadet, Louvet, Boyer-Fonfrede, Ducos, Grangeneuve, Gensonné, Barbaroux, Vergniaud y Condorcet, celebraron con un recogimiento casi religioso el advenimiento de sus ideas al mundo, echando voluntariamente el velo de la ilusion sobre la dificultad del dia siguiente y sobre la oscuridad del porvenir, entregándose sin reserva al mayor gozo que Dios haya concedido al hombre en la tierra, que es el parto de su idea, la contemplacion de su obra, y la posesion de su bello ideal cumplido.

Durante la comida se cruzaron nobles palabras entre aquellas grandes almas. Madama Roland, pálida de emocion, dejaba escapar de sus ojos miradas de un brillo sobrenatural que parecian divisar el cadalso á traves de la gloria y de la felicidad de aquel dia. El anciano Roland interrogaba con la vista el pensamiento de

su esposa, y parecia preguntarle si aquel dia no era el término de su vida, despues del cual no les quedaba más que morir. Condorcet hablaba con Brissot de los horizontes infinitos que la nueva era abria á la humanidad. Boyer-Fonfrede, Barbaroux, Rebecqui y Ducos, jóvenes, amigos y casi hermanos, se felicitaron de tener aún largas vidas que ofrecer á su patria y á la libertad. Guadet y Gensonné reposaban gloriosamente de sus prolongadas fatigas en este alto triunfante adonde habian conducido á la revolucion. Petion, á la vez triste y dichoso, conocia que su popularidad le abandonaba, pero él la abdicaba voluntariamente en su alma, en el momento en que no podia consumarla sino á costa de crímenes. La sangre de Setiembre habia desvanecido en Petion su antigua embriaguez de popularidad. Pasada ya aquella embriaguez, Petion iba á ser de nuevo un hombre de bien.

Vergniaud, en quien todos los convidados fijaban la vista como el principal autor y el solo moderador de la futura república, mostraba en su actitud y en sus facciones la quietud descuidada de la fuerza ántes y despues del combate, mirando á sus amigos con una sonrisa á la vez serena y melancólica. Hablaba poco, y al fin de la comida tomó un vaso, le llenó de vino, se levantó y propuso un brándis por la eternidad de la república. Madama Roland, llena de los recuerdos de la antigüedad, pidió á Vergniaud que deshojase en su vaso, á ejemplo de los antiguos, algunas rosas del ramo que ella llevaba aquel dia. Vergniaud le alargó el vaso, echó las hojas de rosa en el vino, y bebió; despues, inclinándose hácia Barbaroux ántes de volver á sentarse, le dijo en voz baja: «Barbaroux, no son rosas, sino ramas de cipres las que debíamos echar en el vino esta noche. Al brindar por una república cuya cuna nada en la sangre de Setiembre, ¿quién sabe si bebemos nuestra sangre? No importa,—añadió,—aunque este vino fuese mi sangre, yo brindaré por la libertad y por la igualdad». «¡Viva la república!»—exclamaron á la vez los convidados.

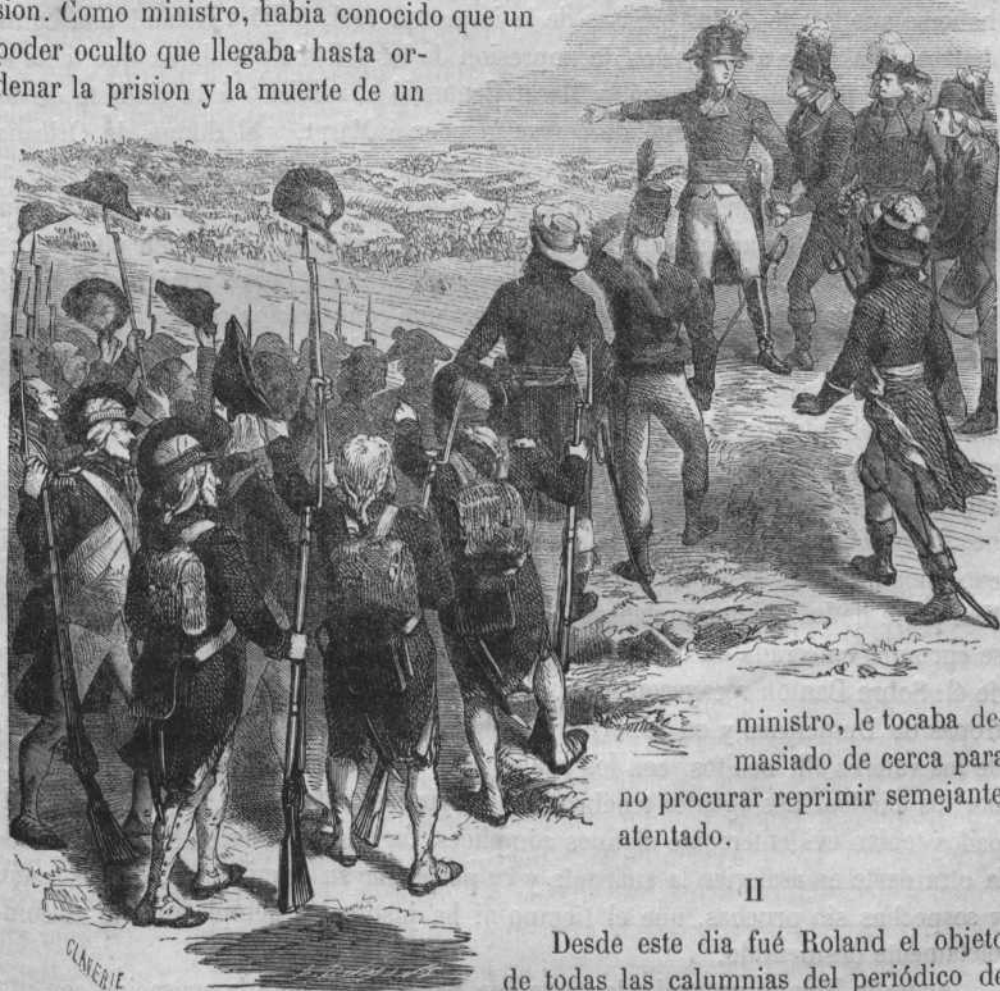
Esta imágen siniestra entristeció pero no desanimó sus almas. Estaban prontos á aceptarlo todo de la revolucion; ¡áun la muerte!

Los girondinos oyeron despues de la comida las memorias que Roland, ayudado por su esposa, habia redactado para la Convencion sobre el estado de la república. Este plan establecia con claridad la cuestion entre Francia y el ayuntamiento de Paris. Roland, como ministro del Interior, apelaba á la Convencion de los desórdenes de la anarquía y de los crímenes que habian señalado el interregno de las leyes desde el 10 de Agosto hasta la apertura de la nueva Asamblea, y pedia que el poder ejecutivo se afirmase en manos del gobierno central. Los girondinos prometieron sostener enérgicamente á su ministro en estos proyectos, y refrenar en fin las usurpaciones del ayuntamiento de Paris. Esto era declarar la guerra á Danton, á Robespierre y á Marat, que reinaban despóticamente en las casas consistoriales.

Esta restauracion del poder nacional era difícil y peligrosa para los girondinos que la emprendian. Roland, condoliéndose de los excesos de Setiembre, sin tener la fuerza necesaria para su represion, habia escrito dos veces á la Asamblea legislativa, reclamando la vindicta de las leyes sobre las provocaciones y los autores de los asesinatos. Estas protestas, valerosas si se considera que estaban escritas bajo el puñal de los degolladores y en un Consejo de ministros á que pertenecia Danton, estaban, sin embargo, llenas de excusas sobre los crímenes consumados,

y de concesiones deplorables al furor del pueblo; pero se pedía en ellas que se respetase la vida y las propiedades de los ciudadanos. Ellas indicaban en Roland un censor y no un cómplice de la municipalidad. Esto era lo bastante para señalarle, así como á su esposa, á la ira y á las picas de los asesinos.

En efecto, el comité de vigilancia del ayuntamiento había tenido la audacia de ordenar la prision de Roland. Informado Danton de este exceso de escándalo, y sabiendo mejor que nadie que un decreto de prision era una sentencia de muerte en aquellos dias, fué al comité de vigilancia, le reprendió é hizo pedazos la órden de prision. Como ministro, había conocido que un poder oculto que llegaba hasta ordenar la prision y la muerte de un



ministro, le tocaba demasiado de cerca para no procurar reprimir semejante atentado.

II

Desde este dia fué Roland el objeto de todas las calumnias del periódico de Marat y de todos los motines de los facciosos. Amenazado á cada instante en su

Retirada del ejército prusiano.—Pág. 103.

propia casa y en el ministerio del Interior, débilmente protegido por un puesto de gendarmería, se veía obligado con frecuencia, por su seguridad, á pasar las noches fuera de su casa. Cuando se acostaba, madama Roland ponía un par de pistolas bajo la almohada, bien fuese para defenderse de los ataques nocturnos de los asesinos que temía, bien para sustraerse por medio de una muerte voluntaria á los ultrajes de los degolladores. Animado Roland por esta mujer varonil, no se había acobardado en sus deberes. Sus cartas á los departamentos para combatir las san-

guinarias provocaciones del ayuntamiento, los periódicos escritos en sus oficinas, y cuyos artículos más vigorosos respiraban el alma de su esposa; *El Centinela*, diario republicano y razonable, escrito bajo su direccion por Louvet, atestiguaban sus esfuerzos por contener la revolucion en las vías de la justicia y de la ley.

Bien pronto Danton y Fabre d'Eglantine trataron de quitar á Roland este medio de accion sobre el espíritu público, apoderándose de la mayor parte de los dos millones de fondos secretos que la Asamblea habia confiado al poder ejecutivo. Lo consiguieron, en efecto, y desarmaron así al ministro del Interior, quitándole la débil y única palanca que le quedaba para remover la opinion.

Por su parte Marat, ménos dominante pero más ambicioso, no contento con haberse apoderado de las prensas de la imprenta real, pidió á Roland una cantidad para sufragar á los gastos de impresion de los folletos populares que tenia en su cartera. Roland se la negó, y Marat denunció al ministro á la vindicta de los patriotas. Danton se encargó de cerrar la boca á Marat, y el duque de Orleans, ligado secretamente con Danton, prestó la suma. Marat, no obstante, destiló su rabia en líneas de sangre contra Roland, su esposa y amigos. Cada tentativa que este partido hacía para restablecer la accion del gobierno y el orden y la seguridad en Paris y en los departamentos, se representaba por *el amigo del pueblo* y por los asalariados del ayuntamiento como una conspiracion contra los patriotas. El robo del guardamuebles de la corona, que tuvo lugar en estas circunstancias, sirvió de texto para nuevas acusaciones de negligencia ó de complicidad contra el ministro del Interior. Roland se consternó de un acontecimiento que privaba á la nacion de riquezas preciosas en momentos de necesidad. Hizo perseguir con inútil actividad á los oscuros autores de este saqueo, y fueron capturados algunos ladrones de profesion que parecia que se habian asociado á este robo sólo para cubrir con unos nombres deshonorados los de los verdaderos expoliadores de aquel tesoro. Una parte de los objetos preciosos que encerraba aquella gaveta de la monarquía se encontró enterrada en los Campos Elíseos; el resto desapareció sin dejar rastro de él. Sobre Danton recayeron grandes sospechas de haber empleado en pagar las tropas de Dumouriez y en sobornar el estado mayor del rey de Prusia una parte de los valores allí ocultos, con los cuales pagó la evacuacion del territorio frances por los aliados. Los agentes tenebrosos del ayuntamiento, entre los cuales los culpados tenian evidentemente algunos cómplices, fueron acusados de haber empleado la otra parte en asalariar la anarquía y en perpetuar su dominacion; cargos vagos y sospechas sin pruebas, que el tiempo ni ha justificado completamente ni completamente desmentido.

Acusado Roland encarnizadamente por Marat, contestó á la acusacion con una proclama á los parisienses. Sus golpes no se limitaban á Marat, sino que alcanzaban á todó el ayuntamiento, cuya lucha con la Asamblea se envenenaba más cada dia. «Deshonrar á la Asamblea nacional, instigar á la rebeldía contra ella, sembrar la desconfianza entre las autoridades y el pueblo, ved ahí el objeto de los anuncios y periódicos de Marat,—decia Roland.—Leed el del 8 de Setiembre, en que á todos los ministros, excepto Danton, se les denuncia á la animadversion pública y son acusados de traicion. Si estas diatribas fuesen anónimas ó firmadas con un nombre oscuro, yo las despreciaria; pero llevan el nombre de una persona que el cuerpo electoral y el ayuntamiento cuentan entre sus miembros, y que se trata de traer á

la Convencion. Semejante acusador me obliga á responder, y aunque esta respuesta hubiese de ser mi sentencia de muerte, yo la daria del mismo modo siempre que fuese útil á mi país. He nacido con la firmeza de carácter que sostiene la virtud, desprecio la fortuna, ambiciono la gloria honrada, y no puedo vivir sino en paz con mi conciencia. Véase mi vida y léanse mis obras; desafío á la malevolencia á que halle un solo acto, un solo sentimiento de que yo tenga que avergonzarme. Durante cuarenta años de administracion, he hecho mucho bien. Sesenta años de trabajos me hacen preferir el retiro á una vida agitada. Se me acusa de que maquino con la faccion de Brissot. Aprecio á éste, porque le reconozco tanta pureza como talento. He admirado el 10 de Agosto, y me horrorizo de las conse-



Consejo de gabinete celebrado en presencia del rey de Prusia.—Pág. 114.

cuencias del 2 de Setiembre. He comprendido la ira del pueblo, pero he querido que se detuviesen los asesinatos. Yo mismo he sido designado por víctima. Espero que los facinerosos provoquen á los asesinos contra mí. Que vengan; estoy en mi puesto, y sabré morir en él.»

III

Brissot, cuyo nombre se habia hecho la denominacion de todo un partido, se vió obligado tambien á defenderse de la acusacion de querer restablecer la monarquía en Francia en la cabeza del duque de Brunswick. Petion no cesaba en sus reclamaciones ó en sus discursos en la Asamblea de recordar sus antiguos servicios y sus títulos á la confianza del pueblo. Esto era indicar que se iban ya olvidando. El nombre de madama Roland, mezclado continuamente con el de sus amigos, habia sido arrojado, cubierto de odiosas insinuaciones, á la envidia y al escarnio de la opinion popular. El mismo Vergniaud era ultrajado, amenazado, y se veia

designado por su nombre y por su genio á los sicarios de Setiembre. Dos veces habia ahogado bajo sus piés la impopularidad que se atrajo en dos discursos, en los cuales lanzaba con una mano un reto á los enemigos de Francia, y con la otra amenazaba á los tiranos del ayuntamiento. El primero de estos discursos, pronunciado en el momento en que se anunciaba la pretendida derrota de Dumouriez en el Argonne, habia reanimado el espíritu público y hecho una diversion poderosa á las hostilidades intestinas del ayuntamiento y de los girondinos. Coustard acababa de enumerar las fuerzas que le quedaban á Dumouriez. Vergniaud le siguió en la tribuna.

«Los pormenores que os dan son consoladores,—dijo;—sin embargo, es imposible dejar de tener alguna inquietud cuando se ve un campamento á las inmediaciones de Paris. ¿De dónde viene este entorpecimiento en el que parece que están sepultados todos los ciudadanos que han quedado en Paris? No nos disimulemos nada; ya es tiempo, en fin, de decir la verdad. Las proscripciones pasadas, el rumor de otras proscripciones futuras y las turbulencias interiores han sembrado la consternacion y el espanto. El hombre de bien se oculta cuando se ha llegado á tal estado de cosas que el crimen se comete impunemente. Hay hombres, al contrario, que sólo aparecen en las calamidades públicas, así como hay insectos dañosos que la tierra produce sólo en las tempestades. Estos hombres esparcen sin cesar las sospechas, la desconfianza, los celos, el rencor y las venganzas. Siempre están sedientos de sangre. En sus conversaciones sediciosas tratan de presentar como aristócrata hasta á la misma virtud, para tener derecho de hollarla con sus piés, y representan como demócrata al crimen, para apoderarse sin temor de la espada de la justicia. Todos sus esfuerzos tienden hoy á deshonar la más hermosa de las causas, á fin de sublevar contra ella á las naciones amigas de la revolucion. ¡Oh, ciudadanos de Paris! Yo os lo pregunto con la más profunda emocion: ¿no quitareis nunca la máscara á esos hombres perversos que no tienen para captarse vuestra confianza sino la bajeza de sus medios y la insolencia de sus pretensiones? Ciudadanos, cuando el enemigo avanza, y cuando un hombre, en lugar de impulsaros á tomar la espada para rechazarlo, os impulsa á degollar ferozmente á mujeres y ciudadanos desarmados, ese hombre es enemigo de vuestra gloria y de vuestra libertad. Os engaña para perderos. Cuando, al contrario, un hombre no os habla de los prusianos sino para indicaros el corazon donde debeis herir, cuando os impulsa á la victoria por medios dignos de vuestro valor, ese hombre es amigo de vuestra gloria y de vuestra felicidad, os quiere salvar. Abjurad, pues, vuestras disensiones intestinas. Marchad todos juntos al campo. Allí está vuestra libertad. Cada dia oigo decir: podemos sufrir una derrota. ¿Y qué harán los prusianos? ¿Vendrán á Paris? No, si Paris se pone en un estado respetable de defensa, y si preparais los puntos en donde podais oponer una fuerte resistencia; porque entónces el enemigo temeria verse perseguido y envuelto por los restos de los ejércitos que hubiera vencido, y creeria verse aplastado como Sanson bajo las ruinas del templo. ¡Al campo, pues, ciudadanos, al campo! Y qué, miéntras que vuestros hermanos y conciudadanos abandonan por una adhesion heroica lo que la naturaleza les hace amar más, sus esposas, sus hijos y sus hogares, ¿permanecereis sumidos en una muelle ociosidad? ¿No teneis otro medio de probar vuestro celo que preguntar, como los atenienses, qué hay de nuevo? ¡Al campo, ciudadanos, al campo! Miéntras que vuestros her-

manos riegan acaso con su sangre las llanuras de la Champaña, no temamos nosotros regar con el sudor de nuestras frentes las llanuras de San Dionisio para asegurar su retirada.»

Este discurso, en que las figuras de Danton, de Robespierre y de Marat estaban indicadas con toda claridad en los hombres sanguinarios que Vergniaud acusaba á la execracion de Francia, electrizó de tal modo á la Asamblea, que ninguna voz osó responderle, pareciendo que la faccion del ayuntamiento se sumergia bajo este torrente de patriotismo. Dos dias despues, con motivo de una nueva queja de Roland contra las asechanzas del ayuntamiento, Vergniaud apostrofó más directamente á los instigadores de los asesinatos de Setiembre, y declaró la guerra á la tiranía disfrazada de los jacobinos. Algunas peticiones de los presos reclamaban que se atendiese á la seguridad de las cárceles.

«Si no hubiese que temer más que al pueblo,—dijo Vergniaud,—yo diria que todo se podia esperar, porque el pueblo es justo y aborrece el crimen. Pero hay aquí facinerosos asalariados para sembrar la discordia, esparcir la consternacion y precipitarnos en la anarquía. (*Aplausos*). Han temblado por el juramento que habeis prestado de proteger con todas vuestras fuerzas la seguridad de las personas, de las propiedades y la ejecucion de las leyes. Ellos se han dicho: Se quiere hacer cesar las proscripciones, quieren arrancarnos las víctimas, quieren impedirnos el degollarlas entre los brazos de sus mujeres y de sus hijos. Pues bien, recurramos á los mandatos de prision de la comision del ayuntamiento. Denunciemos, prendamos, amontonemos en los calabozos á todos los que queremos perder. Agitemos en seguida al pueblo, arrojemus sobre ellos nuestros sicarios, y establezcamos en las cárceles una carnicería de carne humana, en la cual podamos saciar á nuestro gusto la sed de sangre que nos abrasa. (*Aplausos unánimes y reiterados en la Asamblea y en las tribunas*). ¿Y sabeis, señores, cómo disponen de la libertad de los ciudadanos estos hombres que se imaginan que han hecho la revolucion para sí, y que creen tontamente que se ha enviado á Luis XVI al Temple para colocarlos á ellos en el trono de las Tullerías? (*Aplausos*). ¿Sabeis cómo se decretan estos mandatos de prision? El ayuntamiento de Paris se fia en su comité de vigilancia. Este comité de vigilancia, por un abuso de todos los principios, ó por una confianza criminal, da á ciertos individuos el terrible derecho de hacer prender á los que le parecen sospechosos. Estos delegan aún este derecho á otros asociados suyos, á cuyas venganzas es preciso contribuir si se quiere que ellos sirvan á su vez á las venganzas de sus cómplices. ¡Ved de qué extraña serie dependen la libertad y la vida de los ciudadanos! ¡Ved en qué manos descansa la seguridad pública! ¡Y los ciegos parisienses osan llamarse libres! ¡Ah! Ciertó es que no son esclavos de unos tiranos coronados, pero lo son de los hombres más viles y más facinerosos. (*Nuevos aplausos*). Ya es tiempo de romper estas vergonzosas cadenas y de destruir esta nueva tiranía. Ya es tiempo de que los que hacen temblar á los hombres honrados tiemblen á su vez. No ignoro que tienen puñales á sus órdenes. ¡Oh! En la noche del 2 de Setiembre, en esa noche de proscripcion, ¿no se ha querido dirigirlos contra muchos diputados y contra mí? ¿No se nos ha denunciado al pueblo como traidores? Felizmente era el pueblo el que estaba allí: los asesinos estaban ocupados en otra parte. (*Estremecimiento general*). La voz de la calumnia no produce ningun efecto, y la mia aún puede hacerse oír aquí. Yo

os lo aseguro, ella tronará con toda su fuerza contra los crímenes y contra los tiranos. ¿Y qué me importan los puñales y los sicarios? ¿Qué importa la vida al representante del pueblo, cuando se trata de obrar por la libertad de la patria? Cuando Guillermo Tell asestaba la flecha que debía atravesar la manzana puesta en la cabeza de su hijo, exclamó: «¡Perezca mi nombre y mi memoria con tal que Suiza sea libre!» (*Prolongados aplausos*). Y nosotros también diremos: ¡Perezca la Asamblea nacional y su memoria con tal que Francia sea libre!»

Los diputados se levantan impulsados por un movimiento unánime, y repiten con entusiasmo el juramento de Vergniaud. Las tribunas imitan este movimiento y confunden sus voces con los diputados. Vergniaud, interrumpido por un instante, prosigue así: «Sí, perezcan la Asamblea nacional y su memoria, si ahorra con su muerte un crimen á la nación; crimen que imprimiría una mancha en el nombre frances; si su vigor enseña á las naciones de Europa que, á pesar de las calumnias que se inventan para mancillar á Francia, hay todavía en el seno de la anarquía momentánea en que los malvados han sumido nuestra patria algunas virtudes y algun respeto por la humanidad. Perezcan la Asamblea nacional y su memoria si sobre nuestras cenizas, nuestros sucesores, más dichosos que nosotros, pueden asentar el edificio de una Constitucion que asegure la felicidad de Francia, consolidando el reinado de la libertad y de la igualdad».

IV

Estos discursos consolaban por un momento á las gentes honradas, pero no intimidaban á los hombres sanguinarios. Los girondinos tenían en favor suyo la razon, la elocuencia y la mayoría de la Asamblea. Los jacobinos sólo tenían un poder organizado en las comisiones de la casa de la ciudad, y una fuerza armada en las secciones para ejecutar sus pensamientos. Los mejores sentimientos de los girondinos se evaporaban despues de haber resonado en magníficas palabras. Los deseos de los jacobinos se convertían en actos al dia siguiente de haberlos concebido, continuando en desafiar á la Asamblea. Sus diarios y sus oradores pedían un segundo 10 de Agosto contra Roland y sus amigos. Collot-d'Herbois aspiraba abiertamente á reemplazar al ministro del Interior, y fomentaba el odio del pueblo contra él. Pache, suizo de nación, hijo de un conserje en Paris protegido por Roland y elevado por él hasta el ministerio de la Guerra, lo abandonó cuando Roland no pudo serle útil, pasándose á las filas de sus enemigos.

En el pensamiento de Roland y de Vergniaud, aquel reinado violento y anárquico de la insurreccion, bajo el nombre de ayuntamiento, debía cesar por sí mismo el dia en que una Convencion nacional centralizase la voluntad pública y reasumiese en sí los poderes arrancados por un momento al pueblo por los facciosos y los proscriptores.

Los departamentos, envidiosos de la invasion que habia hecho Paris sobre la nación, y excitada la indignacion de los hombres honrados por los asesinatos de Setiembre, debían, segun los girondinos, anonadar al ayuntamiento, restaurar el poder ejecutivo y restituirlo á los más dignos y á los más capaces. Esta confianza les habia hecho pacientes durante las cinco semanas que acababan de pasar. La Convencion iba á aparecer, y los departamentos lo esperaban todo de esta repre-

sentacion nacida en medio de tan grandes crisis. El ministro del Interior se lisonjeaba en sus circulares de que pronto se restableceria el orden. «Vuestros representantes,—les decia,—extraños á las facciones que agitan la capital, se alejarán, cuando lleguen á Paris, de los hombres sediciosos como Marat y Danton. La anarquía los rechazará por el disgusto que ella inspira á los buenos ciudadanos.» Les prometia ademas el apoyo moral de los ejércitos, y de Dumouriez sobre todo, á



Dumouriez en casa de Roland.—Pág. 117.

quien la victoria acababa de hacer el árbitro de la patria. Santerre, comandante de la guardia nacional de las secciones, es cierto que pertenecia al partido del ayuntamiento por su alianza con Panis, uno de los principales agentes de aquel partido; pero Barbaroux y Rebecqui respondian de los batallones marseleses vencedores del 10 de Agosto, fuerza suficiente, segun ellos, para defender la Convencion contra los arrabales de Paris. Ochocientos marseleses llegaron de nuevo del Mediodía, respondiendo á su llamamiento. Además, Marat causaba horror, y Danton inspiraba espanto. Estas consideraciones, presentadas con frecuencia á los girondinos con la fria autoridad de Brissot y la elemente indignacion de Vergniaud, y llenas de pasion merced á las miradas y al fuego patriótico que exhalaba el alma

de madama Roland, daban á aquellos jóvenes confianza en la victoria é impaciencia por el combate.

En el partido opuesto, cierta duda descubria la inquietud. Las sesiones de los Jacobinos desde algun tiempo eran poco frecuentes é insignificantes. Los nuevos diputados de la Convencion no se inscribian en aquel club, pareciendo que temian comprometer su carácter y su independencia en una filiacion sospechosa de violencia y usurpacion. Petion y Barbaroux luchaban allí con ventaja contra Fabre d'Eglantine y Chabot. Marat no agitaba sino á la más baja hez del populacho. Este hombre era más bien el escándalo patente de la revolucion, que una verdadera fuerza revolucionaria. Despopularizaba al ayuntamiento sólo con tomar asiento en él. El mismo Danton parecia intimidado por la proximidad de la Convencion. Su pasado gravitaba sobre su genio, y hubiera querido hacerlo olvidar, y sobre todo olvidarlo él mismo. Todo lo que le recordaba las jornadas de Setiembre le era importuno y doloroso. Hombre de discernimiento, y como inspirado por el genio inculto del gobierno, pensaba que el papel de jefe de una faccion demagógica en la casa de la ciudad de Paris era un papel mezquino, precario, subalterno, indigno de Francia y de él. La direccion de una insurreccion, las proscripciones atroces y el gobierno sangriento de un interregno de seis semanas no satisfacian su ambicion.

Para imponer su dictadura ilimitada á la nueva Asamblea, le era necesario á Danton una de estas dos cosas: el ejército ó la popularidad. El ejército, porque él no lo tenia aún, aunque pensaba crearse uno; la popularidad, tenia el sentido político demasiado fino y ejercitado para contar por largo tiempo con la suya, y conocia que se usaba y se le huía de las manos de hora en hora. Además, tenia demasiada elevacion de miras para despreciarla. Juzgar y despreciar su propia popularidad es el sino del hombre de Estado: Danton habia nacido con este sino. Una cosa sola le habia faltado para apoderarse y seguir desempeñando el papel de hombre de Estado: la moralidad en la ambicion, é inocencia en los medios. De esta falta habia sido castigado en el acto. Grande y temido todavía por el terror que inspiraba su crimen, no se disimulaba la repugnancia que causaba su nombre. No podia vencer este sentimiento de aversion pública sino por nuevos crímenes ó por una desaparicion voluntaria de la escena pública durante algun tiempo. ¡Pero cometer nuevos crímenes! No los deseaba, porque la sangre de Setiembre le fué demasiado amarga para que él tratase de derramarla otra vez. Danton tenia un corazon humano en el fondo, y aunque pervertido, no insensible. Su crueldad fué un espasmo de la pasion, más bien que la sed de sangre de un alma atroz. Habia sacrificado por sistema, no por inclinacion natural. Esto no lo confesaba en público, pero sí á su mujer. Empezaba ya á arrepentirse, y hemos visto que meditaba, como Sila, una desaparicion voluntaria y momentánea del poder. Despreciaba, sin embargo, demasiado á sus rivales para abandonarles la escena. «¿Ves esos hombres?»—decia una noche á Camilo Desmoulins, hablando de los girondinos, de Robespierre y de Marat, en uno de esos desahogos íntimos en que su orgullo descubria muchas veces los secretos de su alma.—«¿Ves esos hombres? Pues no hay uno que valga siquiera tanto como un sueño de Danton. La naturaleza no ha vaciado más que dos almas en el molde de los hombres de Estado capaces de manejar las revoluciones: Mirabeau y yo. Despues de habernos formado á nos-

otros dos, ha roto los moldes. Esos hombres son unos parlanchines que pierden el tiempo en arreglar palabras, y que se van luego á dormir al ruido de los aplausos. ¿Crees tú que yo voy á disputarles la tribuna y el ministerio? Desengáñate, yo voy á separarme á un lado y entregarlos con su impotencia á la nada de sus ideas y á las dificultades del gobierno. La grandeza de los acontecimientos los estrellará. Para desembarazarme de ellos no necesito más que á ellos mismos.» Así los giron-dinos encontraron el lugar casi vacío y la opinion desarmada delante de ellos. Sólo un hombre se habia engrandecido en opinion y en popularidad desde el 10 de Agosto, y este hombre era Robespierre. Estudiémosle ántes del momento en que va á perderse en medio del tumulto de los sucesos.

V

Robespierre parecia entónces el filósofo de la revolucion. Por una potencia de abstraccion que no pertenece sino á las convicciones absolutas, se habia, por decirlo así, separado de sí mismo para confundirse con el pueblo. Su superioridad provenia de que parecia que nadie servia como él á la revolucion por ella misma. Este hombre se elevaba en alas de su mismo sacrificio por el pueblo, y éste, por una correspondencia natural, se reconocia en él. La revolucion no era para Robespierre una causa política, sino la religion de su espíritu; él no pedia que le engrandeciese, sino que le permitiese consumarla. Sus ideas, al principio confusas como instintos, empezaban á aclararse por el estudio y por la práctica. Su talento, al principio rebelde y trabajoso, empezaba á servir mejor á su voluntad. Destituido de dotes exteriores y de inspiraciones repentinas de elocuencia natural, habia trabajado tanto sobre sí mismo, meditado, escrito, borrado y desafiado tantas veces la desatencion y el sarcasmo de su auditorio, que habia concluido por dominar y enardecer su palabra, y hacer de su persona, á pesar de su cuerpo flaco y ridículo, de su voz desagradable y de su traje modesto, un instrumento de elocuencia, de conviccion y de pasion.

Dominado durante la Asamblea constituyente por Mirabeau, Maury y Cazales, vencido en los Jacobinos por Danton, Petion y Brissot, oscurecido en la Convencion por la incomparable superioridad de palabra de Vergniaud, si no hubiese sido sostenido por la obstinacion de la idea que ardia en él y por la intrepidez de una voluntad que conocia en sí la fuerza suficiente para dominarlo todo, porque ella le dominaba á él mismo, habria renunciado mil veces á la lucha, y vuelto á la oscuridad y al silencio. Pero á él le era más fácil morir que callar, cuando el silencio le parecia una desercion de sus creencias. Su fuerza estaba en éstas, y era el hombre más convencido de toda la revolucion. Hé aquí por qué fué por tanto tiempo su servidor oscuro, su favorito, su tirano, y por último, su víctima.

Se ha creido por sus contemporáneos que la revolucion no era á sus ojos sino la realizacion de la filosofia del siglo XVIII y la manifestacion de la justicia y de la razon en la ley. Robespierre era una utopia filosófica en accion. Su política, escrita en *El Contrato social*, no era sino la letra sin alma de la teoria evangélica que él queria realizar en instituciones democráticas. Libertad, igualdad y fraternidad entre los ciudadanos, y paz entre las naciones: estas palabras, comentadas en provecho de todos los hombres y en contra de todos los privilegios y de todas

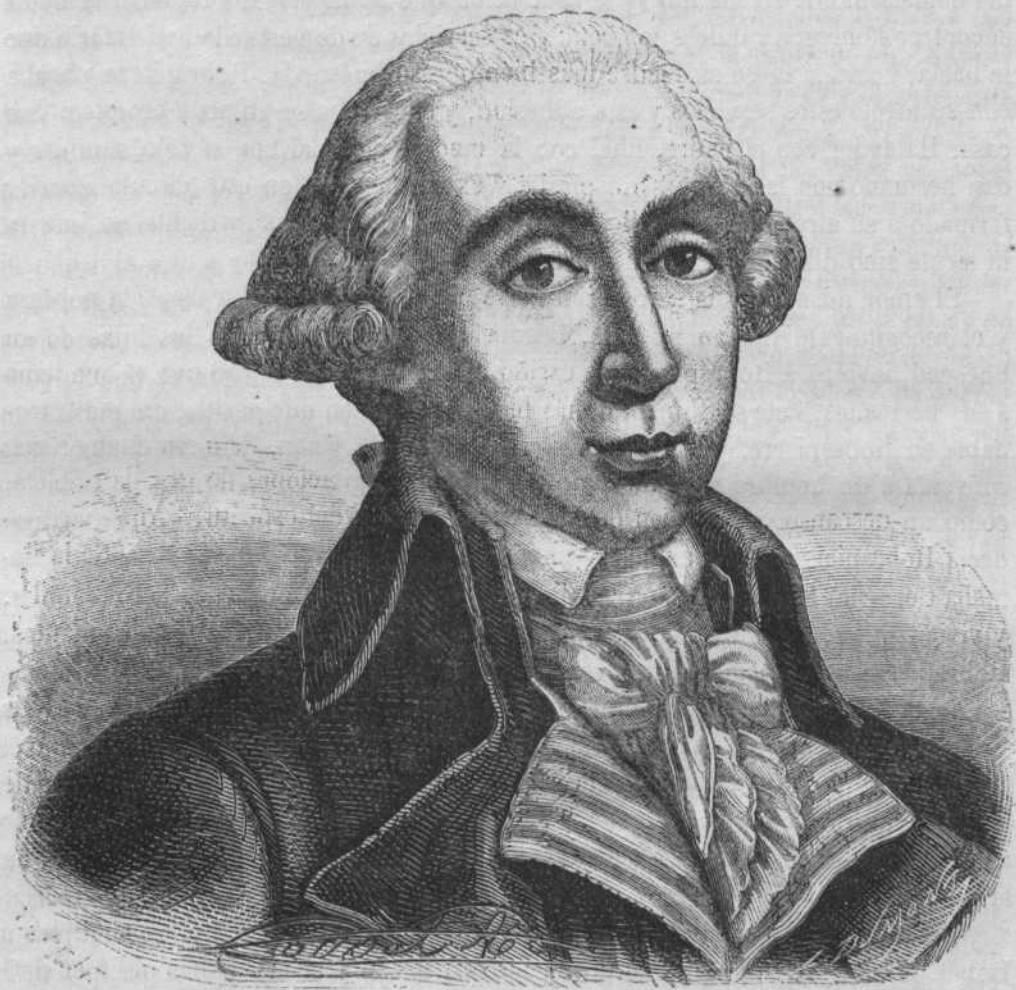
las tiranías, eran su código público. Aplicaba las fórmulas y las consecuencias de él, sin doblegarse en ninguna de las cuestiones ni de las circunstancias originadas por el tiempo. Alumbrado por la lámpara de las teorías, que ningún viento exterior hacía vacilar en su espíritu, no se extravió hasta este punto. Su interés era su fe, su ambición su causa, sus amigos todos los que servían á ésta con más utilidad, sus enemigos todos los que le parecía que le hacían traición. Su desgracia, y bien pronto su crimen, fué creerse puro y el solo capaz de sospechar, de envidiar, de aborrecer y de perseguir á todos los que rivalizaban con él en la dirección de la opinión pública.

Robespierre, no obstante, mereció el título de incorruptible; dictado el más bello que el pueblo puede conceder, puesto que es el título de su confianza absoluta en un tiempo en que se desconfiaba de todos. Robespierre, que comprendía la realización de su filosofía política bajo las formas distintas de gobierno, con tal de que la democracia fuera el alma de él, no había declamado contra el trono ni había repudiado la Constitución de 1791, ni había conspirado el 10 de Agosto, ni había fomentado la república. Sin duda perfería la república como una forma más completa de la igualdad política, y como un gobierno en que el pueblo confiaba su libertad á sí mismo; pero no veía inconveniente inmediato y radical en que la democracia conservase una cabeza en un rey, y la unidad de poder en la monarquía popular. Esta concesión á la paz y á los hábitos inveterados de la nación le parecía preferible á las crisis de las revoluciones que era necesario atravesar para transformar el nombre y el mecanismo de un gobierno. La firmeza de sus convicciones no excluía en él la mesura en la aplicación. Era moderado en las ideas extremas. Sólo los ambiciosos como los girondinos, ó los agitadores como los demagogos, eran los que habían impulsado los acontecimientos hacia la república, pero no él. Pactaba con el tiempo porque no le pedía nada, según decía, para sí mismo: todo lo hacía por el pueblo y por el porvenir.

La vida de Robespierre era el testimonio del desinterés de sus pensamientos; aquella vida era el más elocuente de todos sus discursos. Si su maestro Juan Jacobo Rousseau hubiese dejado su cabaña de Charmettes ó de Ermenonville para ser el legislador de la humanidad, no hubiera tomado una existencia más recogida y más pobre que la de Robespierre. Esta pobreza era más meritoria porque era voluntaria. Objeto de numerosas tentativas de soborno por el partido de la corte, por Mirabeau, por los Lameth y por los girondinos durante las dos Asambleas, había tenido todos los días en su mano la fortuna, pero no se dignó cogerla. Llamado en seguida por elección al desempeño de las funciones de acusador público y de juez en París, todo lo había rehusado para vivir en una pura y orgullosa indigencia. Su fortuna, la de su hermano y la de su hermana consistía en algunos trozos de tierras en el Artois, cuyos arrendadores, pobres también y parientes de su familia, pagaban con atraso sus rentas. Su sueldo como diputado de la Asamblea constituyente y durante la Convención, subvenía á las necesidades de estas tres personas. Algunas veces se vió obligado á recurrir al bolsillo de sus huéspedes y de sus amigos. Sus deudas, que no se elevaban, sin embargo, después de su muerte sino á una suma de cuatro mil francos, después de seis años de permanencia en París, atestiguan la extrema sobriedad de sus gastos.

Sus costumbres eran las de un modesto artesano. Vivía en una casa de la calle

de San Honorato, señalada hoy día con el número 396, frente á la iglesia de la Asuncion. Esta casa era baja, precedida de un patio rodeado de un cobertizo lleno de tablas, piezas de carpintería y otros materiales de construccion, y tenia una apariencia casi rústica. Pertenecia á un carpintero aparejador de edificios, llamado Duplay, que habia adoptado con entusiasmo los principios de la revolucion. Conocido de muchos miembros de la Asamblea constituyente, Duplay les pidió que



Tallien.

le llevasen á Robespierre, y la entera conformidad de sus opiniones no tardó en unirlos. El día de los asesinatos del Campo de Marte, algunos miembros de la Sociedad de Amigos de la Constitucion pensaron que sería imprudente dejar á Robespierre que volviese al centro del Marais por medio de una ciudad aún llena de emocion, y abandonarle sin defensa á los peligros de que decian estaba amenazado. Duplay le ofreció entónces darle asilo, y su ofrecimiento fué aceptado. Desde este momento hasta el 9 Termidor, Robespierre no dejó de vivir con la familia del carpintero. Una larga permanencia en la casa, comer en la misma mesa y vivir juntos tantos años, convirtieron la hospitalidad de Duplay en mutuo cariño. La familia de su huésped llegó á ser para Robespierre su segunda familia. Esta, á quien Robespierre habia hecho adoptar sus opiniones sin quitarle nada de la sen-

cillez de sus costumbres y aún de sus prácticas religiosas, se componia del padre, la madre, un hijo aún adolescente, y cuatro hijas, de las que la mayor tenia veinticinco años, y la más joven diez y ocho. El padre, que estaba todo el día ocupado en los trabajos de su oficio, iba alguna vez á oír por las noches á Robespierre á los Jacobinos, y volvía penetrado de admiración hácia el orador del pueblo, y de ira contra los enemigos de este joven y puro patriota. Madama Duplay participaba del entusiasmo de su marido, y la estimación que tenía por Robespierre le hacía encontrar honrosos y dulces los pequeños servicios de domesticidad voluntaria que le hacía, como si fuese su madre más bien que su huésped. Robespierre pagaba con su afecto estos servicios y esta adhesión, y encerraba su corazón en esta pobre casa. Hablador con el padre, filial con la madre, paternal con el hijo, familiar y casi hermano con las jóvenes, inspiraba y experimentaba en este círculo interior formado á su alrededor todos los sentimientos que un alma ardiente no inspira ni siente sino dilatándose mucho fuera de sí.

El amor mismo atraía su corazón hácia el sitio en donde el trabajo, la pobreza y el recogimiento fijaban su vida. Leonor Duplay, la mayor de las hijas de su huésped, inspiró á Robespierre un cariño más serio y más tierno que el que tenía á sus hermanas. Este sentimiento, más bien predilección que pasión, era más razonable en Robespierre, y más ardiente y sincero en la joven. Este era el amor que convenia á un hombre arrojado todo el día en las agitaciones de la vida pública, como un descanso del corazón despues del cansancio del espíritu. «Alma viril,—decía Robespierre de su amiga,—ella sabría morir como sabe amar.» Se la llamaba Cornelia. Esta inclinación, confesada por los dos, fué aprobada por la familia, y vivían, pues, en la misma casa, más bien como novios que como dos amantes. Robespierre había pedido á la joven á sus padres, y le fué prometida. «La escasez de su fortuna y la incertidumbre del día siguiente le impidieron unirse á ella ántes que el destino de Francia se aclarase; pero no esperaba—decía él—sino el momento en que la revolución terminase y se consolidara, para poder retirarse de la lucha, unirse con la que amaba é irse á vivir á Artois á una de las tierras que aún conservaba de los bienes de su familia, para confundir su oscura felicidad en la dicha común.»

De las demás hermanas de Leonor, á la que quería más Robespierre era á Isabel, la más joven de las tres, á la cual su paisano y colega Lebas pidió en matrimonio, y con quien casó poco tiempo despues. Esta joven, á quien la amistad de Robespierre costó la vida de su marido once meses despues de su unión, ha vivido más de medio siglo, sin haber renegado una sola vez de su culto por Robespierre, y sin haber comprendido las maldiciones del mundo contra el hermano de su juventud, que se le aparecía aún en su imaginación puro, virtuoso y dulce.

VI

Las vicisitudes de la fortuna, de la influencia y de la popularidad de Robespierre no cambiaron en nada la sencillez de su existencia. La multitud iba á implorar el favor ó la vida á la puerta de esta casa, en la que nadie penetraba. La vivienda personal de Robespierre se componía de un cuarto construido en forma de buhardilla encima del cobertizo, cuya ventana daba sobre el tejado, no teniendo

más vista que el interior de un patio semejante á un taller, en el que resonaba siempre el martillo y la sierra de los oficiales, y que madama Duplay y sus hijas atravesaban continuamente, atareadas en sus quehaceres domésticos. Este cuarto estaba separado de los que ocupaban los dueños de la casa por un pequeño gabinete comun para la familia, y al otro lado, y tambien bajo el tejado, habia dos gabinetes, ocupados uno por el hijo de la casa, y el otro por Simon Duplay, secretario de Robespierre y sobrino de su huésped. Este jóven, cuyo patriotismo era tan ardiente como sus opiniones, anhelaba dar su sangre por la causa de que Robespierre era el alma. Alistado como voluntario en un regimiento de artillería, una bala de cañon le llevó la pierna izquierda en la batalla de Valmy.

El cuarto del diputado por Arras contenia nada más que un catre de nogal cubierto de damasco azul con flores blancas, una mesa y cuatro sillas de paja. Esta pieza le servia á la vez para dormir y para trabajar. Sus papeles, sus memorias, las copias de sus discursos escritas de su mano con letra regular pero trabajosa y llenas de borrados, estaban clasificados con cuidado sobre unas tablas de pino clavadas en la pared. Algunos libros escogidos, y en corto número tambien, estaban allí colocados; casi siempre un tomo de Juan Jacobo Rousseau ó de Racine estaba abierto en su mesa, y atestiguando su predileccion filosófica y literaria por estos dos escritores.

Allí era donde Robespierre pasaba la mayor parte del dia, ocupado en preparar sus discursos, no saliendo sino por las mañanas para ir á la Asamblea, y por las noches á las siete á los Jacobinos. Su traje, áun en la época en que los demagogos afectaban adular al pueblo imitando el cinismo y la desnudez de la indigencia, era aseado, decente y arreglado, como el de un hombre que se respeta á sí mismo. El cuidado un tanto esmerado de su dignidad y de su estilo se señalaba hasta en su exterior. El pelo empolvado y con bucles sobre las sienes, una casaca de un azul claro abotonada en la cintura y abierta por el pecho para dejar ver un chaleco blanco, calzon corto de color amarillo, media blanca y zapatos con hebillas de plata, formaban su invariable traje en su vida pública. Se hubiera dicho que, no cambiando nunca la hechura y el color de su vestido, queria imprimir su imagen como una medalla de su figura en la imaginacion de la multitud.

Los rasgos y la expresion de su cara manifestaban la tension perpetua de un espíritu que trabaja. Sus facciones se dilataban y tomaban el aspecto de la alegría en el interior, en la mesa, y por la noche al lado del fuego de las virutas, en la sala baja del carpintero. Las noches las pasaba con la familia, hablando de las sensaciones del dia, de sus planes para el siguiente, de las conspiraciones de los aristócratas, de los peligros de los patriotas, y de la perspectiva de la felicidad pública despues del triunfo de la revolucion. Esta casa era la nacion en miniatura, con sus sencillas costumbres, con sus recelos, y algunas veces con sus sentimientos de ternura.

Un reducido número de amigos de Robespierre y de Duplay eran admitidos alguna vez en esta intimidad. Los Lameth y Petion, en sus primeros tiempos; alguna vez, Legendre, Merlin de Thionville, Fouché, que amaba á la hermana de Robespierre, y á quien éste no queria; con frecuencia, Taschereau, Coffinhal, Panis, Sergent y Piot; todas las noches, Lebas, Saint-Just, David, Couthon y Buonarrotti, patriota toscano descendiente de Miguel Angel; Camilo Desmoulins, y

uno llamado Nicolas, impresor del periódico y de los discursos del orador; un cerrajero llamado Didier, que era amigo de Duplay, y en fin, madama de Chalabre, mujer noble y rica, entusiasta por Robespierre, entregándose á él como las viudas de Corinto ó de Roma á los apóstoles del nuevo culto, ofreciéndole su fortuna para que sirviese á la popularizacion de sus ideas, y captándose la amistad de la mujer y de las hijas de Duplay para merecer una mirada de Robespierre: tales eran los tertulios constantes de este célebre patriota.

Allí se hablaba de la revolucion; otras veces, despues de una corta conversacion y algunas chanzas con las jóvenes, Robespierre, que queria cultivar el talento de su novia, leia en voz alta á la familia, con mucha frecuencia, alguna de las tragedias de Racine. Le gustaba declamar estos hermosos versos, sea para ejercitarse en la tribuna por la declamacion teatral, sea para elevar aquellas almas sencillas á la altura de los grandes sentimientos ó de los grandes caracteres de la antigüedad. Rara vez salia por las noches. Dos ó tres veces al año llevaba á madama Duplay y á sus hijas al teatro, y esto era siempre al Frances y á representaciones clásicas. Le gustaban mucho las declamaciones trágicas, que le recordaban la tribuna, la tiranía, el pueblo, los grandes crímenes y las grandes virtudes, teatral hasta en sus sueños y en sus distracciones.

Los demas dias, Robespierre se retiraba temprano á su cuarto, se acostaba, y se levantaba en seguida para trabajar por la noche. Los innumerables discursos pronunciados en las dos Asambleas nacionales y en los Jacobinos, los artículos redactados para su periódico mientras que lo tuvo, los manuscritos más numerosos aún que los discursos que preparaba y que no pronunció nunca, el cuidado de su estilo que se deja conocer en ellos, las correcciones continuas con que están enmendados por su pluma, atestiguan sus vigiliass y su obstinacion. Cuidaba tanto del arte como del imperio, sabiendo que á la multitud le gusta lo bello tanto al ménos como lo verdadero; trataba al pueblo como los grandes escritores tratan á la posteridad, sin contar sus penas y sin familiaridad, cubriéndose con su filosofía y con su patriotismo.

Sus únicas distracciones eran algunos paseos solitarios, á imitacion de Juan Jacobo Rousseau, su modelo, por los Campos Elíseos y por los alrededores de Paris, no teniendo más compañero en sus excursiones que su gran perro alano, que se acostaba á la puerta de su cuarto y que le seguia siempre que salia. Este perro colosal, conocido en todo el barrio, se llamaba Brount. Robespierre le queria mucho, y jugaba continuamente con él. Esta era la única escolta de este tirano de la opinion, que hacía temblar al trono y emigrar al extranjero toda la aristocracia de su país.

En los momentos de agitacion extrema, y cuando se temia por la vida de los demócratas, el impresor Nicolas, el cerrajero Didier y algunos amigos acompañaban á lo léjos á Robespierre. «Dejadme salir de vuestra casa é irme á vivir solo,—le decia á su patron;—comprometo á vuestra familia, y mis enemigos acriminarán á vuestros hijos por haberme querido.» «No, no; moriremos juntos, ó el pueblo triunfará»,—respondia Duplay. Algunos domingos, toda la familia salia de Paris con Robespierre, y el tribuno, vuelto hombre, se extraviaba con la madre, las hermanas y el hermano de Leonor en los bosques de Versalles ó de Issy.

Así vivia este hombre, cuyo poder, nulo en torno suyo, se hacía inmenso ale-

jándose de su persona. Este poder no era más que un nombre. Este nombre sólo reinaba en la opinion. Robespierre habia llegado á ser poco á poco el único nombre que el pueblo repetia sin cesar. A fuerza de hablar en todas las tribunas como el defensor de los oprimidos, habia impreso su imágen y la idea de su patriotismo en el pensamiento de aquella parte de la nacion. Su permanencia en casa del carpintero, su vida en comun con una familia de honrados artesanos, no habian con-



Collot-d'Herbois.

tribuido poco á grabar el nombre de Robespierre en la masa revolucionaria, pero proba, del pueblo de Paris, Los Duplay, sus obreros y sus amigos en los diversos barrios de la capital, hablaban de Robespierre como del tipo de la verdad y de la virtud. En aquel tiempo de fiebre de opinion, los trabajadores no iban como hoy despues de su tarea á los sitios de placer ó de desórden, para emplear las horas de la noche en vanas conversaciones. Un solo pensamiento agitaba, dispersaba y reunia la multitud. Nada habia aislado ni individual en las impresiones; todo era colectivo, popular, tumultuoso. La pasion brotaba de todos los corazones y sobre todos los corazones á la vez; los periódicos, con un número incalculable de suscri-

tores, llovian á todas horas y sobre todas las clases de la poblacion, como otras tantas chispas sobre materias inflamables; anuncios de todas formas y dimensiones y de todos colores detenian en todas las esquinas á cuantos pasaban, y sociedades populares tenian sus tribunas y sus oradores en todos los barrios. Los negocios públicos habian de tal modo llegado á ser los asuntos de cada uno, que hasta aquellos que no sabian leer, se agrupaban en los mercados y en las plazas alrededor de lectores ambulantes que les leian y comentaban los papeles públicos.

Entre todos aquellos nombres de diputados y de oradores que resonaban en su oido, el pueblo escogia algunos nombres favoritos, se apasionaba por ellos y se irritaba contra sus enemigos, confundiendo su causa con la suya. Mirabeau, Petion, Marat, Danton, Barnave y Robespierre habian sido ó eran todavía sucesivamente aquellas personificaciones de la multitud; pero de todas estas popularidades, ninguna se habia más lenta y más profundamente arraigado en el espíritu de las masas que la del diputado de Arras.

Esta popularidad se eclipsó un momento despues del 10 de Agosto por la de los hombres de accion de aquel dia, tales como Danton y Marat; pero este olvido del pueblo hacía su favorito no fué largo. Hemos visto que Robespierre, llamado al Consejo de la municipalidad al dia siguiente de la victoria, habia tomado una parte activa en sus deliberaciones, redactado sus decretos y promulgado sus voluntades, como orador de muchas diputaciones, en la barra de la Asamblea legislativa. Convencido de que al fin habia sonado la hora de la república, y que detenerse ante la indecision era detenerse en la anarquía, Robespierre habia aceptado la república y violentado con sus palabras á los girondinos para arrancarles el gobierno y entregarle al pueblo de Paris. Hasta el 2 de Setiembre se habia confundido así en el ayuntamiento con los directores del movimiento de la municipalidad y con los dictadores de Paris. Pero el dia en que Danton y Marat organizaron y regularizaron el asesinato, ora previendo la justa vuelta de la indignacion pública, ora por el horror de sangre entónces, Robespierre dejó de presentarse en la casa de la ciudad, y despues del 2 de Setiembre no volvió allá más. Hemos visto en qué términos manifestó á Saint-Just la conmocion de su alma contra aquellas inmolaciones en masa. Le repugnaban de tal modo en estos primeros tiempos, que no quiso á ningun precio que se le confundiese con sus colegas de la municipalidad, por miedo de que cayese sobre él una mancha de la sangre de Setiembre.

A medida que aquellas proscripciones contempladas á sangre fria parecian más odiosas, Robespierre aparecia más puro. No se olvidaba su inaccion, y se le agradecia no hubiese ensangrentado su carácter, y haber querido conservar á la causa del pueblo el prestigio de la justicia y de la humanidad. La reaccion de la opinion contra las jornadas de Setiembre conducia á él todos los partidos extremos, pero no perversos.

El dia de la primera sesion de la Convencion era aún el hombre incorruptible de la revolucion, tan incorruptible á la sangre como al oro. Su nombre lo dominaba todo. La misma municipalidad, que no toda habia tenido parte en los asesinatos de Setiembre, se gloriaba con Robespierre, y le concedia con afectacion toda la autoridad sobre sus actos. Conocia que su fuerza moral estaba en él. Los girondinos lo conocian tambien, y temian poco á Marat, harto monstruoso para seducir, negociando con Danton, bastante venal para ser seducido; y aunque desde-

ñando el aún subalterno talento de Robespierre, éste era el hombre ante quien temblaban, el único, en efecto, despues de Danton, que podia disputarles la direccion del pueblo y el manejo de la república.

Pero ya hacía mucho tiempo que Robespierre habia cesado en toda intimididad con madama Roland y sus amigos. Vergniaud, lleno de elocuencia y confiando en su poder de atraccion, despreciaba la palabra sorda de Robespierre, que reprendia siempre, pero que no estallaba nunca. Creia que el poder de los hombres se perdía por su genio, y el de Robespierre se arrastraba al pié de la tribuna, en la que Vergniaud reinaba ya. Petion, mucho tiempo amigo de Robespierre, no le perdonaba el que le hubiese quitado la mitad del favor público. La popularidad no admite tanta division como el mando. Louvet, Barbaroux, Rebecqui, Isnard, Ducos, Fonfrede, Lanjuinais, todos estos jóvenes diputados en la Convencion, que creian llegar á Paris con la omnipotencia de la voluntad nacional y hacer inclinarse todo bajo la Constitucion republicana que ellos iban á deliberar libremente, se indignaban al hallar en la municipalidad un poder usurpador y rebelde que era preciso derribar ó sufrir, y en Robespierre un tirano de la opinion con quien era necesario contar. Las cartas de estos jóvenes á los departamentos están llenas de expresiones de cólera contra los agitadores de Paris. Difundíanse rumores de dictadura, ya por los partidarios de Robespierre, ya por sus rivales. Marat acreditaba estos rumores, no cesando de pedir al pueblo volviese á entregar á un solo hombre el poder y el hacha para inmolar á todos sus enemigos á la vez. Los girondinos aumentaban estas noticias sin creerlas. Los partidos se combatian con sospechas, y cuando la sospecha de realismo no podia alcanzar á nadie, la sospecha de aspirar á la dictadura era el golpe más mortal que los partidos podian darse.

Si la soberanía de la opinion era el único sueño de Robespierre, en una confusa lontananza, segun su confidente Lebas creia leerlo en los pensamientos de su amigo, el aspirar entónces á una dictadura directa era una calumnia contra su buen sentido. Aún necesitaba aumentar inmensamente la confianza y el fanatismo del pueblo en su favor para atreverse á dominar la representacion. Sus enemigos se encargaban de elevarle atacándole; acusarle de pretender la dictadura era prestar dos servicios á su fama. Era por un lado prepararle una ocasion fácil y cierta de demostrar su inocencia; era por otro dar la idea del crimen de que se le acusaba, y formarle una candidatura para el poder supremo por conducto mismo de sus calumniadores; doble fortuna para un ambicioso.

VII

La cólera y la impaciencia de los jóvenes girondinos no hicieron ninguna de estas reflexiones. Se reunieron en casa de Barbaroux, se acalararon con sus mismas prevenciones, y resolvieron atacar de repente y cuerpo á cuerpo la tiranía de Paris en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Echando sobre él todo lo odioso de aquella tiranía, tenian la ventaja de aflojar del lado de Danton, á quien temian más; creian de este modo atacar la municipalidad por lo más vulnerable de sus triunviros, y no dudaban triunfarian con facilidad. Algunos de sus amigos de más edad y más contemporizadores, como Brissot, Sieyes y Condorcet, les aconsejaron dilatar el ataque, y esperar á que se suscitase un conflicto inevitable y

próximo entre la municipalidad y la Convencion. Los más animados contestaron que dar tiempo á una faccion, era darle fuerzas; que el valor era siempre la mejor política; que era una habilidad arrancar desde el primer dia la república á los facciosos que querian apoderarse de ella en la cuna; que era preciso no dejar á la indignacion de Francia contra los asesinos de Setiembre el tiempo de calmarse, y sí comprometer desde el primer momento la mayoría de la Convencion contra los hombres sanguinarios que amenazaban sujetarlo todo; y que ademas habia en ellos algo que les determinaba más que la política, que era el sentimiento y el horror de su alma contra aquellos seductores del pueblo, y la imposibilidad de que hombres de corazon sano se confundiesen con los asesinos, y parecer tolerarlos ó temerlos teniéndoles consideracion por más tiempo.

Avergonzado el intrépido Vergniaud de haber sufrido durante seis semanas la tiranía de los oradores de la municipalidad, no trataba ni de activar ni de contener el ardor de sus jóvenes compatriotas. Ni huia ni pedia el combate; sólo se declaraba pronto á aceptarle y sostenerle. Su alma, su palabra y su sangre, todo lo ofrecia por la salvacion de la patria y la pureza de la república.

Sieyes, sobre todo, que en los primeros tiempos era buscado por los girondinos, y que los veia todas las noches en la tertulia de madama Roland, les dió en términos lacónicos consejos de táctica, y les presentó planes metafísicos de constitucion. Los girondinos le consideraban como su hombre de Estado. Sieyes, espíritu previsor, aunque detestaba á Robespierre, Marat y Danton, hubiera querido que ántes de atacar á la municipalidad hubiesen separado á Danton, y hecho un pacto con Dumouriez que les asegurase otra fuerza distinta de la tribuna contra las bandas insurreccionales del ayuntamiento. «No expongais—les dijo—la república en una batalla en las calles ántes de tener los cañones de vuestra parte.» Vergniaud convino en lo acertado de esta frase; pero la impaciencia de la juventud, la vergüenza de retroceder y las elocuentes excitaciones de madama Roland vencieron á los frios cálculos.

Entre tanto los Jacobinos se reunian de nuevo hacia dos dias, y Marat y Robespierre volvieron á presentarse.

La Convencion emprendió sus trabajos. Oyó al principio favorablemente una relacion enérgica de Roland que proclamaba los verdaderos principios de orden y legalidad, y que pedia á la Asamblea asegurase su propia dignidad contra los movimientos populares con una fuerza armada para defender la Representacion nacional. El momento era oportuno para atacar á la municipalidad y deshonorar sus excesos. En la sesion del 24 de Setiembre, Kersaint, noble breton, intrépido oficial de marina, escritor político elocuente, reformador decidido por la regeneracion social, unido desde el primer dia con los girondinos por el mismo amor á la libertad y por el mismo horror al crimen, pidió repentinamente, con motivo de un desórden en los Campos Elíseos, que se nombrasen comisionados para vengar la violacion de los primeros derechos del hombre: la libertad, la propiedad y la vida de los ciudadanos. «Es tiempo—dijo Kersaint—de levantar cadalsos para los asesinos y para aquellos que inciten al asesinato.» Luégo, volviéndose del lado de Robespierre, de Marat y de Danton, y pareciendo dirigir á ellos una sangrienta alusion, continuó con atronadora voz: «Hay quizá algun valor en levantarse aquí contra los asesinos». La Asamblea se estremeció y aplaudió.

Tallien pidió que se aplazase aquella proposicion. «Aplazar el castigo del crimen, es proclamar la impunidad de los asesinatos»,—dijo Vergniaud. Fabre d'Eglantine, Sergent y Collot-d'Herbois, creyéndose aludidos, se opusieron á la proposicion de Kersaint, y justificaron á los ciudadanos de Paris. «Los ciudadanos de Paris—exclamó Lanjuinais—están llenos de estupor; cuando llegué á la capital, me estremecí.» Empezaron los murmullos, y Buzot, confidente de Roland,



Ducos.

preparado para hablar por la comunicacion que recibiera del informe, se aprovechó de la inesperada emocion producida por el discurso de Kersaint para subir á la tribuna y empezar el combate ensanchando el terreno.

«En medio de la agitacion violenta que ha producido la proposicion de Kersaint,—dijo Buzot,—necesito conservar la sangre fria que conviene á un hombre libre. No basta llamarse republicano, y sufrir bajo este nombre nuevos tiranos. Extraño á los partidos, he llegado aquí con la confianza de que podria conservar la independencia de mi alma, y es bueno que sepa lo que debo esperar ó temer. ¿Estamos seguros? ¿Existen leyes contra los que exciten al asesinato? ¿Se cree que nosotros no hemos traído un alma republicana, pero incapaz de ceder á las amenazas y violencias de hombres cuyo fin y designios no conozco? Se os pide una

fuerza pública; eso es lo mismo que os pide el ministro del Interior, Roland, quien á pesar de las calumnias que se le dirigen, es á vuestros ojos uno de los hombres más honrados de Francia. (*Aplausos*). Yo pido también una fuerza pública á la que concurren todos nuestros departamentos. Es necesaria una ley contra esos hombres infames que asesinan, porque no tienen valor para combatir... ¿Se cree hacernos esclavos de algunos diputados de París?»

Estas enérgicas expresiones de Buzot conmovieron á la Convencion, y las aclamaciones en todos los bancos de los diputados de los departamentos apoyaron sus palabras. Los diputados de París y sus adictos callaron y quedaron consternados, y la proposicion se votó. Por la noche, los doce diputados de París se trasladaron en masa á la sesion de los Jacobinos para exhalar su cólera y para concertar su venganza. «Es necesario —dijo Chabot— que los jacobinos, no sólo de París, sino de todo el imperio, *obliguen* á la Convencion á dar á Francia el gobierno que elija. La Convencion retrocede y los intrigantes se apoderan de ella. Los aduladores de la secta de Brissot y de Roland quieren establecer un gobierno federal para reinar sobre nosotros por sus departamentos.»

Al decir estas palabras, aparece Petion y ocupa su asiento. Brissot escribe que pide explicarse fraternalmente. Fabre d'Eglantine ataca á Buzot y denuncia su discurso de la mañana como una combinacion preparada en casa de Roland para prevenir el ánimo de la Convencion contra París. Petion defiende á Buzot, no sólo á título de amigo, dice, sino como uno de los ciudadanos más decididos por la libertad y por la república. Billaud-Varennes, Chabot y Camilo Desmoulins llaman á Buzot malvado. Grangeneuve y Barbaroux amenazan á la diputacion de París con la llegada de nuevos marseleses. La sesion se levanta en medio del más inexplicable tumulto, y la guerra queda declarada.

VIII

El combate empieza al día siguiente en la sesion de la Convencion. Se levanta Merlin. «Se habla de señalar la órden del día, —dice.— La única órden del día es hacer que cesen las desconfianzas que nos dividen, y que perderian la causa pública. Se habla de tiranos y de dictadores; pido que se los nombre, y que se me designen como aquellos á quienes debo dar de puñaladas. Intimo á Lasource, que me dijo ayer existia aquí un partido dictatorial, que nos le designe.»

Lasource, amigo de Vergniaud y casi tan elocuente, se levanta indignado de aquella páfida interpelacion. «Es bien extraordinario —dice— que interpelándome el ciudadano Merlin, me calumnie. Yo no he hablado de dictador, sino de dictadura: he dicho que hay aquí ciertos hombres que me parece tienden al dominio por medio de las intrigas. Es una conversacion particular lo que el ciudadano Merlin revela; pero lejos de quejarme de esa indiscrecion, me alegro. Lo que he dicho en confianza lo volveré á decir en la tribuna, y aliviaré de un peso á mi corazon. Ayer por la noche, en los Jacobinos, oí denunciar á las dos terceras partes de la Convencion como que conspiraban contra el pueblo y contra la libertad. Al salir, algunos ciudadanos se agruparon á mi alrededor, y el ciudadano Merlin fué uno de ellos. Les pinté, con un calor que yo no puedo contener cuando se trata de mi patria, mi inquietud y mi dolor. Se gritaba contra el proyecto de ley

que pide el castigo para los instigadores del asesinato. He dicho y repito que esta ley sólo puede asustar á los que meditan crímenes y que despues los atribuyen al pueblo, de quien se llaman únicos amigos. Se gritaba contra la proposicion de dar una guardia á la Convencion. He dicho y vuelvo á decir que la Convencion nacional no puede quitar á todos los departamentos de la república el derecho de velar por el depósito comun y por la libertad de sus representantes. No es al pueblo á quien yo temo, él es quien nos ha salvado, y pues que al fin es necesario hablar de sí mismo, son los ciudadanos de Paris quienes me han salvado en el terraplen de los Fuldenses. Ellos son quienes apartaron de mí la muerte que me amenazaba, y quienes separaron de mi pecho treinta estocadas. No, no es al ciudadano á quien yo temo, es al cobarde asesino que da de puñaladas. ¿Causa esto admiracion? Yo interpelo á mi vez á Merlin. ¿No es verdad que me ha advertido en confianza uno de estos dias, en el comité de vigilancia, que yo debía ser asesinado sobre el umbral de mi puerta al entrar en mi casa, como otros muchos de mis colegas? Sí, no temo el despotismo de Paris, temo el dominio de los intrigantes que le oprimen sobre la Convencion nacional. No quiero que Paris llegue á ser para el imperio frances lo que Roma para el imperio romano. Aborrezco á los hombres que en el mismo dia en que se cometian los asesinatos se han atrevido á decretar mandamientos de arresto contra ocho diputados, y quieren llegar por medio de la anarquía á aquel dominio de que están sedientos. Yo no designio á nadie, sigo con la vista el plan de los conjurados y levanto la cortina. Cuando los hombres en quienes me fijo me hayan dado bastante luz para verlos bien y para enseñarlos á Francia, yo vendré á esta tribuna á quitarles la máscara, aunque deba al bajar sucumbir á sus golpes. Me habré vengado, y el poder nacional, que anonadó á Luis XVI, anonadará á todos los hombres ávidos de dominacion y de sangre.»

Prolongados aplausos siguieron á estas palabras; la energía de Lasource pareció haber vuelto la respiracion á la Asamblea. Rebecqui nombró á Robespierre. «Hé ahí el partido,—exclamó,—hé ahí el hombre que yo os denuncio.»

Danton, que se creia aún con bastante apoyo en ambos lados de la Convencion para sostenerse y para interponerse como un terrible mediador, pidió la palabra.

«Es un bello dia para la nacion,—dijo,—es un bello dia para la república, aquel que nos conduce á una explicacion fraternal. Si hay culpables, si existe un hombre perverso que quiera dominar despóticamente á los representantes del pueblo, su cabeza caerá tan pronto como sea descubierto. Esta imputacion no debe ser vaga é indeterminada. El que la haga debe firmarla. Yo la haré, aún cuando deba costar la vida á mi mejor amigo. No defiendiendo en masa á la diputacion de Paris, no respondo de nadie (indica con una mirada desdeñosa el banco de Marat), y sólo os hablaré de mí. Estoy pronto á trazaros el cuadro de mi vida pública. Desde hace tres años he hecho lo que he creido deber hacer por la libertad. Mientras que duró mi ministerio, he empleado todo el vigor de mi carácter y toda la actividad de un ciudadano á quien abrasa el amor de su país. Si con respecto á esto hay alguno que pueda acusarme, que se levante y que hable. Existe, es verdad, en la diputacion de Paris un hombre cuyas opiniones exageran y desacreditan al partido republicano; este hombre es Marat. Bastante y demasiado tiempo se me ha acusado de ser el autor de sus escritos. Invoco el testimonio del ciudadano que os

preside. Petion tiene en sus manos la amenazadora carta que me ha dirigido Marat, y ha sido testigo de un altercado entre Marat y yo en el ayuntamiento. Pero yo atribuyo aquellos excesos á las vejaciones que este ciudadano ha sufrido, y creo que los sótanos en que ha estado encerrado ulceraron su alma. Porque haya algunos individuos exagerados, ¿se debe acusar á toda una diputacion? En cuanto á mí, no pertenezco á París; he nacido en un departamento hácia el que se vuelven siempre mis miradas con un sentimiento de placer. Pero ninguno de nosotros pertenece á tal ó cuál departamento, todos pertenecemos á la Francia entera. Demos una ley que imponga la pena de muerte contra cualquiera que se declare en favor de la dictadura ó del triunvirato. Se dice que hay entre nosotros hombres que quieren dividir á Francia. Hagamos desaparecer estas ideas absurdas, pronunciando la pena de muerte contra ellos. Francia debe ser indivisible. Los ciudadanos de Marsella quieren dar la mano á los ciudadanos de Dunkerque. Votemos la unidad de la representacion y del gobierno, y es seguro que los austriacos no sabrán sin estremecerse esta santa armonía. Entónces, os lo juro, acabaron nuestros enemigos.»

Bajó Danton de la tribuna entre el ruido de los aplausos. Las asambleas, indecisas siempre por naturaleza, adoptan con entusiasmo las proposiciones dilatorias que les evitan la necesidad de pronunciar su fallo.

Impaciente, sin embargo, Buzot por contar una victoria á madama Roland, no se contentó con obtener para su partido aquella denegacion del juicio, con las leyes de muerte de dobles filos, ni con aquellos juramentos equívocos de unidad y de indivisibilidad de la república. «¿Y quién os dijo, ciudadano Danton, que nadie pensase en romper esa unidad?—respondió—¿No he pedido yo que fuese consagrada y garantida por una guardia compuesta de hombres enviados por todos los departamentos? ¿Nos hablan de juramentos? Yo no creo en los juramentos. Los Lafayette, los Lameth habian hecho uno y le han violado. ¿Nos hablan de decreto? Un simple decreto no basta para asegurar la indivisibilidad de la república. Es necesario que esta unidad exista de hecho. Es necesario que una fuerza armada, enviada por los ochenta y tres departamentos, rodee la Convencion. Pero todas estas ideas necesitan coordinarse, y yo pido que se envíen á la comision de los seis.»

La obstinacion de Buzot reanimó la audacia de los jóvenes girondinos, desconcertada un momento por la voz de Danton. Vergniaud, Guadet y Petion callaban y parecian mostrar en su fisonomía y en su actitud una repugnancia á llevar el combate más adelante. Robespierre, llamado por su nombre, subió con lentitud y solemnidad los escalones de la tribuna. Todas las miradas se fijaron en él. El odio prematuro de los girondinos le habia proporcionado el más interesante papel para un orador popular: el de la inocencia que se defiende, y el de la fuerza que se modera.

«Ciudadanos,—dijo,—al subir á esta tribuna para responder á la acusacion dirigida contra mí, no es mi propia causa la que vengo á defender, sino la causa pública. Al justificarme no creais que me ocupo de mí mismo, sino de la patria. Ciudadano,—continuó, apostrofando á Rebecqui,—ciudadano, que habeis tenido valor de acusarme de querer sujetar mi país á la faz de los representantes del pueblo, en este mismo sitio en que he defendido sus derechos, yo os doy gracias.

Reconozco en este acto el civismo que caracteriza la ciudad célebre (Marsella) que os nombró diputado. Os doy gracias, porque todos ganaremos con esta acusación. Se me ha designado como el jefe de un partido que se señala á la animadversión de Francia como aspirante á la tiranía. Hombres hay que sucumbirían bajo el peso de semejante acusación; pero yo no temo, gracias á lo que he hecho por la libertad; yo soy quien ha combatido durante tres años todas las facciones de la Asamblea constituyente; yo soy quien ha combatido la corte, desdénando sus presentes, despreciando los obsequios del partido más seductor que despues se habia elevado para oprimir la libertad.»

Muchas voces, cansadas de este vago panegírico de sí mismo, interrumpieron á Robespierre, diciéndole que entrase en la cuestion. Tallien reclamó la atencion para el diputado de Paris. Robespierre, que ya no hallaba el favor y el respeto de que gozaba en los Jacobinos, se detuvo un momento en su discurso, é imploró el silencio de la generosidad de sus acusadores, recordando de nuevo sus servicios á la revolucion.

«Pero ahí es — continuó — donde comenzaron mis crímenes;



Proclamacion de la república.—Pág. 128.

porque un hombre que luchó tan largo tiempo contra todos los partidos con un valor fuerte é inflexible, sin proporcionarse ningun partido á sí mismo, debia ser objeto del odio y de las persecuciones de todos los ambiciosos y de todos los intrigantes. Cuando quieren principiar un sistema de opresion, su primer pensamiento debe ser separar este hombre. Sin duda que otros ciudadanos han defendido mejor que yo los derechos del pueblo; pero yo soy el que puede gloriarse de tener más enemigos y haber sufrido más persecuciones.» «¡Robespierre,—gritan por todas partes,—dinos sencillamente si has aspirado á la dictadura ó al triunvirato!» Robespierre se indigna de los cortos límites que prescriben á su defensa. La Convencion murmura, y con su poca atencion manifiesta su cansancio. «¡Abrevia, abrevia!»—gritan á Robespierre de todos los bancos. «No abreviaré,—replica;—os recuerdo vuestra dignidad; invoco la justicia de la mayoría de la Convencion contra ciertos miembros que son mis enemigos...» «Aquí hay unidad de patriotismo, y no es por odio por lo que se te interrumpe»,—le responde Cambon. Ducos pide que, en interes de los mismos acusadores, se oiga al acusado con atencion.

Robespierre continúa en medio de las risas y de los sarcasmos: «Que aquellos que me responden con risotadas y con murmullos se constituyan en tribunal, y pronuncien mi sentencia. Ese será el dia más glorioso de mi vida. ¡Ah! ¡Si yo hubiese sido hombre capaz de unirme á uno de esos partidos, si yo hubiese transigido con mi conciencia, no sufriria ni estos insultos ni estas persecuciones! París es la arena donde yo he sostenido esos combates contra mis enemigos y contra los enemigos del pueblo. No es, por consiguiente, en París en donde se puede desnaturalizar mi conducta, porque aquí tiene al pueblo por testigo. Pero no sucede lo mismo en los departamentos. Diputados de los departamentos, os lo pido en nombre de la causa pública, desengañaos y escuchadme con imparcialidad. Si la calumnia sin respuesta es la más temible de las prevenciones contra un ciudadano, es tambien la más perjudicial á la patria. Me han acusado de haber tenido conferencias con la reina, con la Lamballe; me han hecho responsable de las frases irreflexivas de un hombre patriota exagerado (Marat) que pedia que la nacion se confiase á hombres cuya incorruptibilidad se hubiese probado durante tres años. Despues de la apertura de la Convencion, y aún antes, se renuevan estas acusaciones. Se quiere perder en la opinion pública á los ciudadanos que han jurado inmolar á todos los partidos. Se sospecha que aspiramos á la dictadura, y nosotros sospechamos del pensamiento de hacer de la república francesa un conjunto de repúblicas federativas, que serian sin cesar la presa de los furores civiles ó de nuestros enemigos. Vamos al fondo de estas sospechas. Que no se contenten con calumniar, que se acuse, y se firmen acusaciones contra mí.»

IX

El impaciente Barbaroux se levanta con la impetuosidad de la juventud. «Barbaroux, de Marsella, se presenta—dice mirando á Robespierre cara á cara—para firmar la denuncia... Estábamos en París, acabábamos de derribar el trono con los marseleses, se nos buscaba por todos los partidos, como árbitros del poder, y nos condujeron á casa de Robespierre. Allí nos designaron este hombre como el

ciudadano más virtuoso, el único digno de gobernar la república. Respondimos que los marseleses jamás bajarían la frente ante un dictador. (*Aplausos*). Hé ahí lo que yo firmaré, y que yo desafío á Robespierre que desmienta. ¡Y se atreven á decirnos que el proyecto de dictadura no existe! ¡Y una municipalidad desorganizadora se atreve á lanzar mandamientos de prision contra un ministro, contra Roland, que pertenece enteramente á la república! ¡Y esta municipalidad se coliga por correspondencias y por comisionados con todas las demas municipalidades de la república! ¡Y no se quiere que todos los ciudadanos de todos los departamentos se reúnan para proteger la independencia de la Representacion nacional! Ciudadanos, se reunirán y formarán una muralla con sus cuerpos. Marsella previno vuestros decretos, y ya está en movimiento; sus hijos marchan: si deben ser vencidos, si nosotros debemos ser bloqueados aquí por nuestros enemigos, declarad de antemano que nuestros suplentes deben reunirse en una ciudad designada, y nosotros moriremos aquí. En cuanto á la acusacion que hice contra Robespierre, declaro que yo estimaba á Robespierre, que le queria. Que reconozca su falta, y retiro mi acusacion; pero que no hable de calumnia. Si él ha servido á la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con nuestros brazos. Ciudadanos, cuando llegue el momento del peligro, entónces nos juzgareis. Verémos si los forjadores de noticias sabrán morir con nosotros.»

Esta despreciadora alusion á Robespierre y á Marat fué acogida con estrepitosos aplausos.

Cambon, de Montpellier, alma recta y fogosa que se lanzaba con toda la energía de sus convicciones al lado donde veia la justicia, sostuvo á Barbaroux. Señaló los escándalos de usurpacion de poder que se habia permitido la municipalidad de Paris. «Se nos quiere dar el régimen municipio de Roma—exclamó.—Yo digo que los diputados del Mediodía quieren la unidad republicana.» Este grito de patriotismo fué repetido como la voz de órden de la nacion en todos los puntos del salon. «¡La unidad la queremos todos, todos, todos!»

Panis, el amigo de Robespierre, quiso replicar á Barbaroux. Refirió que sus entrevistas con los jefes marseleses no habian tenido otro objeto que el de preparar el sitio de las Tullerías. «Presidente,—dijo á Petion,—vos estábais entónces en el ayuntamiento. Os acordareis que yo dije algunos dias ántes del 10 de Agosto: «Es necesario purgar el palacio de los conjurados que hay dentro; no tenemos otro medio de salvarnos que una santa insurreccion». No quisisteis creerme. Me respondisteis que el partido aristocrático estaba abatido, y que nada habia que temer de él. Me separé de vos, y formamos un comité secreto. Un jóven marseles, lleno de patriotismo, vino á pedirnos cartuchos, y nosotros no podíamos dárselos sin vuestra firma, que no nos atrevimos á pedirlos porque teniais demasiada confianza. Entónces el jóven se puso la pistola en la garganta, y dijo: «Me suicido si no me dais los medios de defender mi patria». Aquel jóven nos hizo llorar, y firmamos. Por lo que hace á Barbaroux, juro que jamás le he hablado de dictadura. ¿Cuáles son sus testigos?» «Yo»,—responde Rebecqui. «Vos sois el amigo de Barbaroux, y yo os recuso. Por lo que hace á las operaciones del comité, estoy pronto á justificarlas.» «¿Por qué razon—le pregunta Brissot indignado—habeis dado un decreto de arresto contra un diputado? ¿No era para hacerle inmolar con los prisioneros de la Abadía?» «Os hemos salvado y nos calumniais,—replica Panis.—

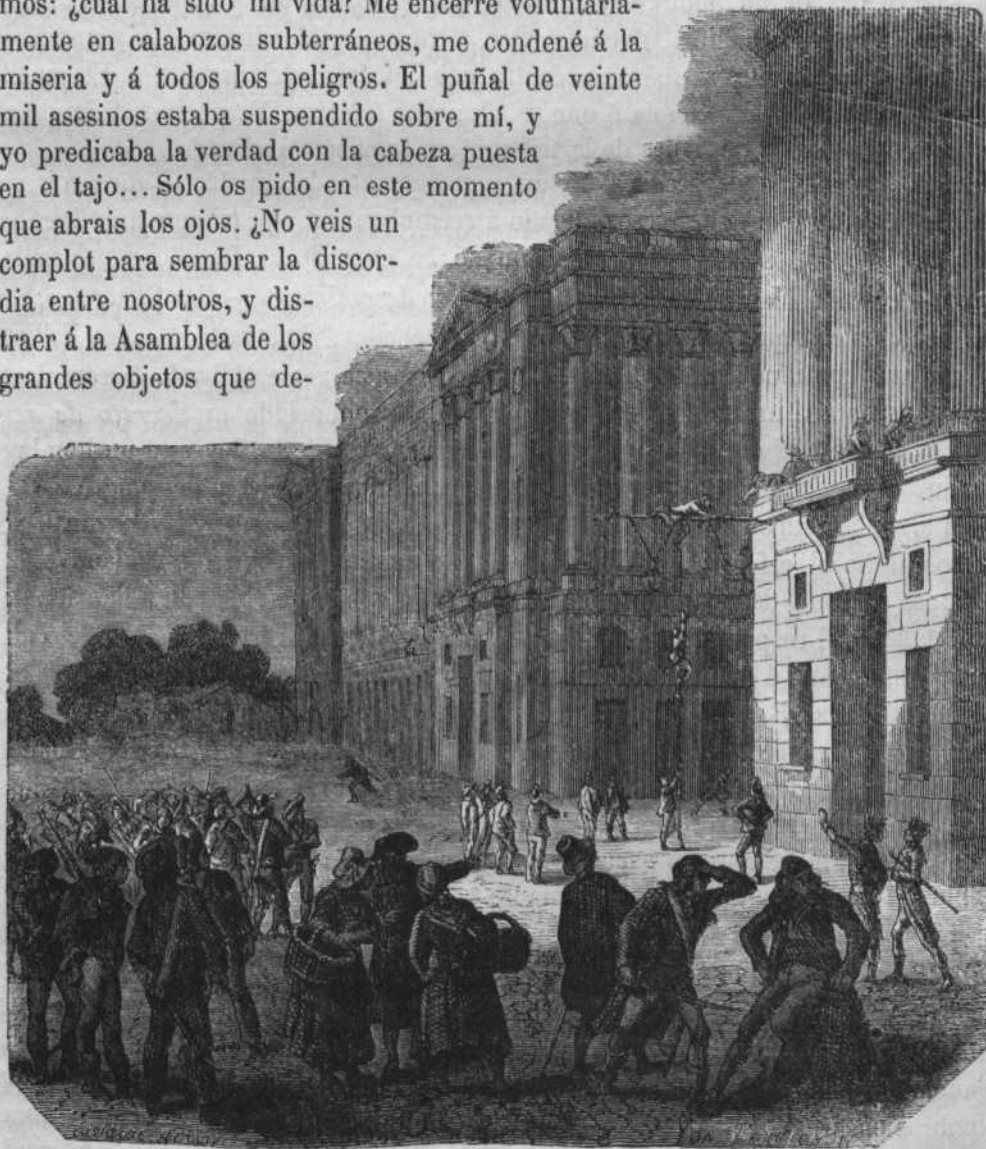
Se recuerdan bastante las terribles circunstancias en que nos hallábamos. Nos veíamos rodeados de ciudadanos irritados con las traiciones de la corte, y nos gritaban: «Ahí teneis á un aristócrata que se pone en salvo; es preciso detenerle, ó vosotros sois tambien traidores». Por ejemplo, muchos buenos ciudadanos vinieron á decirnos que Brissot marchaba para Lóndres con pruebas escritas de sus maquinaciones. Yo no creia aquella inculpacion; pero la afirmaban honrados ciudadanos que el mismo Brissot reconocia como tales. Envié á su casa comisionados con el encargo de pedirle fraternalmente franquease sus papeles. Sí, nosotros hemos ilegalmente salvado la patria.»

Marat pide á su vez ser oido. El nombre, el aspecto y la voz de Marat suscitaron un murmullo de disgusto, y los gritos de *¡Abajo de la tribuna!* cierran por algun tiempo la boca al *amigo del pueblo*. Lacroix reclama silencio hasta para Marat. La curiosidad más bien que la justicia le obtiene de la Asamblea.

«Tengo en esta Asamblea—empieza diciendo Marat—un gran número de enemigos personales.» «¡Todos, todos!»—grita la Convencion en masa, levantándose de sus bancos. «Tengo en esta Asamblea un gran número de enemigos,—continúa Marat.—Yo les ruego me respeten, que no silben ni amenacen á un hombre que se ha sacrificado por la patria y por su propia salvacion, que me escuchen un momento en silencio, pues no abusaré de su paciencia. Doy gracias á la mano oculta que arrojó entre nosotros un fantasma para intimidar á las almas débiles, para dividir á los ciudadanos, para despopularizar á la diputacion de Paris, y para acusarla de que aspira al tribunado. Tal inculpacion no puede tener ninguna verosimilitud sino aplicándose á mí. Pues bien, declaro que mis colegas, en particular Robespierre y Danton, desaprobaban constantemente la idea de un tribunado, de un triunvirato y de una dictadura. Si alguno es culpable de haber propalado esa idea en el público, soy yo. Llamo sobre mí la venganza de la nacion; pero ántes de hacer caer sobre mi cabeza el oprobio ó la cuchilla, escuchadme. En medio de las maquinaciones y de las traiciones en que la patria se hallaba envuelta sin cesar, á la vista de los atroces complots de una corte pérfida, á la vista de los manejos secretos de los traidores encerrados en el mismo seno de la Asamblea legislativa, ¿me achacareis como un crimen el haber propuesto el único medio que creia capaz de contenernos en el borde del abismo siempre abierto? Cuando las autoridades constituidas servian sólo para encadenar la libertad, para proteger los complots, para degollar á los patriotas con el arma de la ley, ¿me achacareis como un crimen haber llamado contra los traidores el hacha vengadora del pueblo? No: si me lo imputáseis como un crimen, el pueblo os desmentiria, porque obedeciendo á mi voz, conoció que el medio que yo proponia era el único que podia salvar la patria, y convertido en dictador él mismo, ha sabido desembarazarse tan sólo de los traidores. Yo mismo me estremecí de los movimientos impetuosos y desordenados del pueblo cuando los vi prolongarse, y para que estos movimientos no fuesen eternamente vanos y ciegos, pedí que el pueblo nombrase un honrado ciudadano, prudente, justo y firme, conocido por su ferviente amor á la libertad, para que dirigiese sus actos y les hiciese servir á la salud pública. Si el pueblo hubiese podido conocer la rectitud de esta medida y adoptarla al dia siguiente de la toma de la Bastilla, hubiera hecho caer á mi voz quinientas cabezas de maquinadores, y hoy todo estaria tranquilo; los traidores habrian temblado, y la libertad y la justicia

estarian establecidas en el imperio. Esta es la razón por qué muchas veces he propuesto dar la autoridad momentánea á un hombre prudente y fuerte, con la denominación de tribuno del pueblo, de dictador, el nombre poco importa; pero la prueba de que yo quería encadenarle á la patria, es que proponía que se le pudiese un grillete al pié, y que sólo tuviese autoridad para hacer caer cabezas criminales. Tal es mi opinión: no me avergüenzo de ella, y he puesto ahí mi nombre. Si aún no sois capaces de comprenderme, tanto peor para vosotros. Los tumultos aún no han concluido; cien mil patriotas han sido degollados ya porque no se ha oído mi voz, y aún lo serán otros cien mil. Si el pueblo desmaya, la anarquía no tendrá fin. Me acusan de miras ambiciosas. Vedme y juzgadme.» Y señaló con el dedo el pañuelo sucio que cubría su enferma cabeza, y sacudió las solapas rotas de su chaqueta, enseñando su pecho desnudo.

«Si hubiese querido—continuó—poner un precio á mi silencio, si hubiese querido algún destino, hubiera podido ser el objeto de los favores de la corte. Veamos: ¿cuál ha sido mi vida? Me encerré voluntariamente en calabozos subterráneos, me condené á la miseria y á todos los peligros. El puñal de veinte mil asesinos estaba suspendido sobre mí, y yo predicaba la verdad con la cabeza puesta en el tajo... Sólo os pido en este momento que abrais los ojos. ¿No veis un complot para sembrar la discordia entre nosotros, y distraer á la Asamblea de los grandes objetos que de-



Robo del Guardamuebles.—Pág. 132.

ben ocuparla? Que aquellos que han hecho revivir hoy el fantasma de la dictadura se reúnan á mí, y que marchen con los verdaderos patriotas á tomar las grandes y únicas medidas capaces de asegurar la felicidad del pueblo, por la que yo sacrificaré todos los dias de mi vida.»

X

Siguió á este discurso un silencio pavoroso. Marat, superior aquel dia en audacia á Danton, y sobre todo á Robespierre, habia dominado á sus dos rivales y admirado á la Convencion. Sólo contra todos, se atrevió á hablar como un tribuno que se entrega á los puñales de una asamblea de patricios, seguro de que el pueblo está á la puerta para defenderle ó para vengarle. Sus palabras destilaban la sangre del 2 de Setiembre, y pedia un verdugo nacional por toda institucion. El crimen en su boca tenia tal magnitud, el furor en su alma se asemejaba tanto á la sangre fria de un hombre de Estado, que era peligroso y cobarde dejar una Asamblea, en su principio, flotante entre el horror y la admiracion, y necesario arrancarle una protesta unánime contra aquel teórico del asesinato. El pueblo hubiera creído ó que se temia ó que se admiraba á Marat. Vergniaud disimuló su horror, y subió los escalones de la tribuna con la cabeza inclinada.

«Si hay alguna desgracia para un representante del pueblo,—dice con voz débil,—es sin duda la de verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre con tantos decretos de prision, que aún no ha purgado.» «De ello me vanaglorio»,—exclama Marat. «¿Son los decretos del despotismo?»—dice Chabot. «¿Son los decretos con que fué honrado por haber echado á Lafayette?»—dice Tallien. Vergniaud continuó con frialdad: «Es una desgracia verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre contra quien se ha pronunciado un *decreto de acusacion*, y que ha levantado su atrevida cabeza encima de las leyes; á un hombre, en fin, repugnante, por estar cubierto de calumnia, de hiel y de sangre...» Se oyen algunos murmullos contra las expresiones de Vergniaud, y Ducos dice: «Si hemos hecho el esfuerzo de oir á Marat, pido que se escuche á Vergniaud». Las tribunas patean y dan voces por Marat. El presidente se ve obligado á llamar á los espectadores al respeto hácia la Representacion nacional. Vergniaud lee la circular del ayuntamiento á los departamentos para incitar á que se imitasen los degüellos de las cárceles. Recuerda que la municipalidad, por conducto de Robespierre, denunció un complot tramado, segun él, por Ducos, Vergniaud, Brissot, Guadet, Lasource y Condorcet, y cuyo objeto era entregar Francia al duque de Brunswick. «Robespierre,—prosigue,—de quien hasta entónces nada habia yo dicho que no probase mi aprecio hácia él...» «¡Eso es falso!»—grita Sergent. «Como yo hablo sin encono,—prosiguió Vergniaud,—me felicito con una negativa que me probará que tambien Robespierre ha podido ser calumniado; pero es cierto que en este escrito se llaman los puñales sobre la Asamblea. ¿Qué diré de la invitacion formal que se hace en él al asesinato? El buen ciudadano tiende un velo sobre estos desórdenes parciales, y trata de hacer desaparecer cuanto le es posible las manchas que podrian ajar la historia de una revolucion tan memorable. Pero que hombres encargados por sus empleos de hablar al pueblo de sus deberes y hacer respetar la ley prediquen el asesinato y hagan su apología, es llegar á un grado

de perversidad que no se puede concebir sino en un tiempo en que toda especie de moral estuviese desterrada de la tierra.»

Boileau, amigo de los girondinos, sucede á Vergniaud, y lee á la Convencion algunas frases del periódico de Marat que incitan al degüello de los diputados. «¡Oh pueblo! ¡Nada esperes de esta Asamblea! Cincuenta años de anarquía te aguardan, y sólo saldrás de ella con un dictador, verdadero patriota y hombre de Estado.» Estallan gritos de furor contra Marat, y muchas voces piden que se le conduzca á la Abadía. Marat arrostra aquella tempestad con bravura. «Se piden decretos contra mí,—dice;—el pueblo los anonadó al enviarme aquí. De las sentencias que se alegan contra mí, me glorío y me envanezco con ellas; las merecí por haber quitado la máscara á los traidores y á los conspiradores. He vivido diez y ocho meses bajo la cuchilla de Lafayette. Si los subterráneos donde he habitado no me hubiesen ocultado á su furor, me hubiera hecho perecer, y el más celoso defensor del pueblo no existiría ya. Las líneas que se acaban de leer contra mí se han escrito hace diez dias, cuando yo estaba indignado al ver que se elegia para la Convencion esa faccion de la Gironda, que quiere proscribirme hoy.» El mismo lee una página de su diario de la mañana en que habla con más moderacion y decencia. «¿Lo veis?—añade.—¿De qué depende la vida de los más probados patriotas? Si por descuido de mi impresor no hubiese aparecido esta mañana en estas páginas mi justificacion, me hubiérais entregado á la cuchilla de los tiranos. Este furor, ¿es digno de hombres libres?... Pero yo nada temo en el mundo.» Al decir estas palabras saca del pecho una pistola, y aplicando la boca del cañon sobre su frente, dice: «Declaro que si se da contra mí el decreto de acusacion, me levanto la tapa de los sesos al pié de esta tribuna...» Despues, con voz más tierna y como agobiado por la ingratitud de sus enemigos, continúa: «¡Ved el fruto de tres años de encierro y angustias sufridas por salvar mi patria! ¡Ved el fruto de mis vigiliás, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos y de mis proscripciones!... Pues bien, yo quedaré entre vosotros para arrostrar vuestro furor».

Apénas acaba de decir estas palabras, cuando una multitud de diputados, entre los que se distinguen Cambon, Goupilleau, Rebecqui y Barbaroux, se acercan á la tribuna con ademanes amenazadores. *¡A la guillotina, á la guillotina!* gritan por todas partes con furor. Marat cruza los brazos sobre el pecho y mira con ojo impassible á la sala, que temblaba bajo sus piés. Se ve en la impassibilidad de su exaltacion que se complace con el papel de mártir del pueblo, y que la tribuna es el pedestal en que quiere se le contemple como la víctima de la revolucion.

Le hacen retirar á fuerza de voces, y fuese por piedad ó por cansancio, la Asamblea olvida á Marat, vota la indivisibilidad de la república y se separa. Al dia siguiente Marat triunfó en su periódico de la debilidad de sus enemigos. «Dejo al lector—decia—que se entregue á sus reflexiones sobre la maldad de la faccion Guadet-Brissot. Me compadezco de algunos de sus acólitos, y los perdono, porque los han extraviado. En cuanto á los jefes, Condorcet, Brissot, Lasource y Vergniaud, les creo incapaces de arrepentirse, y los perseguiré hasta la muerte. Han jurado que yo pereceria el 25 de este mes por la cuchilla de la tiranía ó el puñal de los asesinos. Que lo sepan los amigos de la patria: si yo muero bajo los golpes del puñal de los asesinos, saben á quién deben atribuir el crimen y de quién se deben vengar.» Las tribunas de la Convencion, llenas de lo que habia de más

violento en las secciones, sostenian á Marat con la vista y con el gesto. Queriendo un amigo de Brissot salir de la sala ántes de concluirse la sesion, el oficial de guardia se lo impidió. «Libraos de que os vea esa turba,—le dijo;—está por Marat. Acabo de atravesarla; está fermentando. Si se da el decreto de acusacion contra el *amigo del pueblo*, caerán algunas cabezas esta noche.»

XI

Tal fué la primera demostracion de los girondinos. Mal preparada y peor sostenida por los principales oradores, limitada en su plan, indecisa y abortada en su resultado, no acreditó su imperio. Robespierre salió de ella más popular, Danton más importante, y Marat más impune. Lanzando todo lo odioso de la anarquía sobre Marat, los girondinos habian tratado de deshonorar la anarquía, pero habian hecho engrandecerse á Marat. Este hombre se alababa de su odio y se ilustraba con sus golpes, convirtiéndose en el ídolo del pueblo, porque se presentaba á él como su mártir. Además, la compasion se unia á su popularidad. El papel de este hombre reclama una ojeada.

Marat no tenia patria. Nació en la aldea de Baudry, cerca de Neufchatel, de padres oscuros, en aquella Suiza cosmopolita cuyos hijos van á buscar fortuna por el mundo, y abandonó jóven y para siempre sus montañas. Anduvo errante hasta la edad de cuarenta años en Inglaterra, en Escocia y en Francia. Impulsado y rechazado por aquella vaga inquietud que es el primer genio de los ambiciosos, maestro, literato, médico, filósofo y político, habia removido todas las ideas y todas las profesiones en que se puede encontrar la fortuna ó la gloria; pero sólo halló la indigencia y el bullicio. Voltaire no se habia desdenado de burlarse de su filosofía. El célebre profesor Charles habia pulverizado su física. Marat, irritado, respondió á la crítica con la injuria. Tuvo un duelo con Charles. La legislación criminal llamó despues su atencion, y este apóstol de la muerte en masa concluyó que debia abolirse la pena de muerte. Sin talento para expresar sus ideas, sin decencia para sus relaciones con los hombres, la sociedad no se le habia abierto. Su orgullo herido y ofensor cerraba los corazones que su situacion, sus trabajos y su mérito hubieran interesado en su favor. Apurado por la necesidad, se vió reducido á vender él mismo en las calles de Paris un específico de su composicion. Sus hábitos de charlatan habian hecho trivial su lenguaje, acostumbándole á vestir mal, y envilecido sus costumbres; pero habia aprendido á conocer, á adular y á conmover al populacho.

Sin embargo, enconada y herida su fibra, le hizo amar y compadecer á aquel pueblo que sufria y que era despreciado como él. Habia contraído con las masas el parentesco de la miseria y de la opresion, y juró vengarlas, vengándose á sí mismo. Quería volver la sociedad como se vuelve la tierra con el arado, poniendo á la sombra lo que estaba al sol, y al sol lo que estaba á la sombra. No pensaba en una revolucion, sino en una reforma general de todas las situaciones y de todos los principios falsificados por el desórden social, y restablecerlos violentamente y á toda costa, segun el plan de la naturaleza. Filosofía, resentimiento, equidad, venganza, amor del pueblo, odio á los hombres, ambicion y adhesion, asesinato y martirio, todo se confundia en su sistema. Era la utopia del trastorno,

iluminado de lo alto por la luz de la filantropía, y abajo por el resplandor del incendio social.

Fermentaba ya este sistema hacía años en su alma, y la revolucion vino á animarle. Marat había llegado entónces al empleo ínfimo y humillante para su genio de médico de las caballerizas del conde de Artois. Arrastrado desde los primeros días del 89 por el movimiento popular, se lanzó en él para acelerarlo. Vendió hasta



Habitación de Robespierre en casa del carpintero Duplay.—Pág. 143.

la cama para pagar al impresor sus primeras hojas volantes. Cambió tres veces el título de su periódico, pero nunca su espíritu. Era el rugido del pueblo, redactado todas las noches con letras de sangre, y pidiendo todas las mañanas las cabezas de los traidores y conspiradores.

Parecia salir aquella voz del fondo de la sociedad en fermentacion. Nadie conocia al que la proferia. Marat era un sér ideal para el pueblo, cubriendo el misterio su existencia. Hemos visto que hasta madama Roland la ignoraba, y preguntaba á Danton si habia efectivamente un hombre llamado Marat. El misterio, los subterráneos, los calabozos de donde salian aquellos papeles, añadian prestigio á los escritos, al nombre y á la vida de Marat. El pueblo se enternecia por los peli-

grós, las fugas, los tenebrosos asilos, los sufrimientos y los andrajos que cubrían á aquel que parecia sufrirlo todo por defender su causa. Marat sólo salia de un escondite para entrar en otro. Perseguido en 1790 por Lafayette, le cubrió Danton con su proteccion y le ocultó en casa de la señorita de Fleury, actriz del Teatro Frances. Teniendo sospechas en este asilo, se retiró á Versailles, á casa de Bassal, cura de la parroquia de San Luis, y despues su colega en la Convencion. Aquellos hermanos de la nueva religion se visitaban y se socorrian unos á otros. Acusado de nuevo por los girondinos Lasource y Guadet, durante la Asamblea legislativa, le recogió en su bodega el carnicero Legendre. Los sótanos del convento de los Franciscanos ocultaron despues á él y á sus prensas hasta el 10 de Agosto que salió llevado en triunfo para entrar bajo el patrocinio de Danton en la municipalidad, y combinar allí los degüellos de Setiembre. Extraño hasta entónces á todos los partidos, pero temido de todos, los jacobinos, á peticion de Chabot y TascherEAU, le recomendaron á los electores de Paris. El terror de su nombre influyó tanto que fué elegido.

Vivia entónces en una pequeña casa en una calle inmediata á los Franciscanos, con una mujer que se habia unido á sus desgracias. Esta mujer, aún jóven, manifestaba en su palidez y su falta de carnes las señales de las miserias que sufría con él y por él. Era la mujer de su impresor, á quien Marat habia seducido y hecho separar de su marido. Sacrificada por él, se veia obligada á pasar una vida errante y tenebrosa, y á sufrir la ignominia de aquel hombre. Querida, cómplice y criada de Marat, habia aceptado todas las servidumbres para sufrir ó para morir con él. Marat no se comunicaba con la vida exterior sino por medio de esta mujer y del regente de la imprenta de su diario. Privado de sueño y de aire, no renovando nunca su alma con la conversacion de sus semejantes, trabajando diez y ocho horas diarias, sus pensamientos, encendidos por la tension de espíritu y por la soledad, habian llegado á ser una verdadera obsesion. En la antigüedad hubieran dicho que estaba poseido por el espíritu de exterminio. Su lógica violenta y terrible siempre venía á parar al asesinato; todos sus principios pedian sangre, y su sociedad no podia fundarse sino sobre cadáveres y sobre las ruinas de todo lo que existia. Perseguia su ideal á traves de la sangre, siendo para él el único crimen detenerse ante un crimen.

Su corazon, sin embargo, no estaba siempre bastante endurecido para que no se debilitase bajo el peso de su teoría. Tuvo ráfagas de virtud y sorpresas de enternecimiento. Dos rasgos, por mucho tiempo desconocidos en la historia, prueban que algunas veces se hallaba en él el hombre bajo la figura del insensato. Miéntras los degüellos de las cárceles, que él habia inspirado y dirigido, uno de los libertadores de Cazotte, despues de haber conducido al padre y á la hija á su casa, vino con temor á contar á Marat su debilidad, y Marat lloró al escuchar aquella relacion. «Has hecho bien,—dijo al asesino, admirado.—El padre merecia la vida por tener tal hija; pero en cuanto á los suizos que habeis perdonado, habeis hecho mal: debiais haber inmolado hasta el último.» El resentimiento contra su primera patria, en donde habia sufrido la miseria y la oscuridad, sólo podia extinguirse en la sangre de sus compatriotas.

Pocos días ántes de aquellos asesinatos, una jóven de una belleza y de una inocencia sin mancha supo por los rumores que circulaban en las cárceles que los

presos iban á ser degollados. Su padre, empleado en las Tullerías ántes del 10 de Agosto, estaba encerrado en la Abadía. Esta jóven no tenia madre, y su desesperada ternura la llevaba de puerta en puerta para obtener la vida de su padre. Pero ninguna se le abria. Manuel, Danton y Panis rehusaron verla. A cada instante le parecia oir sonar el toque de degüello, y se sacrificó como Judith, no por su ciudad, sino por salvar á su padre, haciendo en su alma el holocausto de su virtud. El nombre del *amigo del pueblo* se presentó á su imaginacion; encontró una mujer que conocia á Marat, y le dió una carta para él. Esta carta, en la que le ofrecia entregarse á él por precio de la vida de su padre, llegó á manos del *amigo del pueblo*. La mensajera le pintó la juventud, los encantos y la pureza de la que le escribia, y Marat abrió la carta con una equívoca sonrisa. «Decid á esa muchacha que esté esta noche sola en el terraplen de la orilla del rio. El hombre que se la acercará sin hablarla y le cogerá el brazo será Marat; que le siga guardando silencio.» La jóven obedeció. Marat fué, y llevó tras sí á la desconocida, muda y temblando, á la extremidad de los Campos Elíseos; entró en un bodegon, pidió un cuarto solo y una ligera comida. Miéntas la preparaban, Marat se acercó y cogió la mano á la jóven, que no se atrevia á abrir los ojos. Al fin cayó á sus piés derramando un torrente de lágrimas. «¿Me teneis miedo?—le dijo Marat con una voz conmovida.—¿Os causo horror, y consentis en entregaros á mí?» «Yo acepto todo lo que pueda salvar á mi padre»,—tartamudeó la víctima. «Bien, levantaos,—dijo Marat tranquilizándola;—este sacrificio me basta. He querido ver hasta dónde llegaba el amor filial. Sería un cobarde si abusase de tanta decision, y no quiero manchar lo que admiro. Mañana se os volverá vuestro padre...» Volvió á coger el brazo de la jóven, y la condujo hasta la puerta de su casa.

El exterior de Marat revelaba su alma. Pequeño, flaco y de mucho hueso, su cuerpo parecia incendiado por un fuego interior. Tenia la cara marcada con manchas de bilis y sangre. Sus ojos, aunque salientes y llenos de insolencia, parecian sufrir con la claridad del dia. Su boca muy hendida, como para lanzar la injuria, tenia el gesto habitual del desden. Conocia la mala opinion que todos tenian de él, y parecia que la desafiaba. Llevaba la cabeza erguida y un poco inclinada á la izquierda, como en el reto. El conjunto de su cara, vista de léjos y recibiendo la luz de arriba, tenia brillo y fuerza, pero en desórden. Todas sus facciones eran divergentes como el pensamiento; era lo contrario de la cara de Robespierre, convergente y concentrada como un sistema. La una indicaba meditacion constante; la otra, explosion continua. Al revés de Robespierre, que afectaba la limpieza y la elegancia, Marat afectaba trivialidad y desaseo en su traje. Zapatos sin hebillas y suelas con clavos, un pantalon de tela ordinaria manchado de barro, la chaqueta corta de los artesanos, la camisa abierta descubriendo el pecho y dejando á la vista los músculos del cuello, las manos gruesas, el puño cerrado, el pelo grasiento y enredado siempre por sus dedos. Marat queria que su persona fuese la imágen viva de su sistema social.

Tal era el hombre que los girondinos habian hábilmente escogido para ajar en él á la faccion de la municipalidad que les era contraria. Atacado por ellos, abandonado por Danton y negado por Robespierre, Marat acababa de escapárseles sólo por la energía de su actitud y por la franqueza de su lenguaje. Conocieron que era necesario volver á emprender el combate, llevar á cabo la victoria ó

inclinan la cabeza delante del triunvirato. Era el momento en que la Convencion debia nombrar nuevos ministros, ó conservar el ministerio del 10 de Agosto. Roland, Danton y Servan presentaban su dimision, si una invitacion formal y explicita de la nueva Asamblea no les daba fuerza legitimando su autoridad.

XII

Se abrió la discusion sobre este punto. Buzot, órgano de Roland, pidió á la Convencion que relevase de su cargo á Servan, ministro de la Guerra, por causa de su enfermedad. «Yo suplicaria á Danton permaneciese en su puesto, si él no hubiese declarado tres veces que queria retirarse. Tenemos el derecho de invitarle, pero no el de obligarle. En cuanto á Roland, es una política bien extraña no querer hacer justicia, no diré á los grandes hombres, sino á los hombres virtuosos que han merecido confianza. Se nos dice: no nos faltan hombres virtuosos y capaces. Extraño á este país de virtudes y de intrigas, pregunto á mis colegas: ¿dónde están? A pesar de las murmuraciones, las calumnias y las amenazas, me envanezco con decirlo, Roland es mi amigo; le tengo por hombre de bien, y todos los departamentos piensan como yo. Si Roland queda, es un sacrificio que hace á la causa pública, porque de ese modo renuncia al honor de sentarse entre vosotros como diputado. Si no queda, pierde la estimacion de los hombres de bien. La nacion no conoce vuestros odios, y dice á los hombres honrados: «Continuad sirviéndome, y tendreis siempre mi aprecio.» «Pido — dice Philippeaux — que se extienda la invitacion de Danton.» «Y yo declaro — responde Danton — que me niego á esa invitacion, porque creo que no es digna de la Convencion.» «Y yo — replica Barere — me opongo á todo paso que dé la Convencion para retener á los ministros; sería contrario á la majestad y á la libertad del pueblo. Recordad las palabras de Mirabeau: *No pongais en balanza jamás un hombre y la patria*. Yo rindo homenaje á las virtudes y el patriotismo de Roland; pero no se puede ser libre mucho tiempo en un país en que se eleva con las adulaciones á un ciudadano sobre los demas.» «Yo — añade Cambon — no puedo oir que se aplauda á un hombre sin temblar.» Danton se levantó de nuevo, impaciente con una discusion que ella sola era un homenaje al nombre de Roland. «Nadie — dice con fingida deferencia — hace á Roland más justicia que yo; pero si le haceis una invitacion, hacedla tambien á su mujer, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba solo en su departamento. Yo estaba solo en el mio.» A estas palabras se oyen en los bancos de los jacobinos carcajadas malévolas contra madama Roland; los susurros de la mayoría ahogan y critican á Danton lo inconsiderado de su alusion, y él se irrita con aquellos murmullos. «Pues se me obliga á decir claro mi pensamiento, recordaré que hubo un momento en que de tal modo estuvo destruida la confianza, que ya no habia ministros, y que el mismo Roland tuvo intencion de salir de Paris.» «Conozco ese hecho, — responde Louvet; — fué cuando se entapizaban las calles con carteles repugnantes con las más atroces calumnias. (Muchas voces: ¡Era Marat!) Temiendo por la causa pública, y temiendo por el mismo Roland, fui á hablarle de su peligro, y me contestó: *Si me amenaza la muerte, debo aguardarla; ése será el último crimen de la faccion*. Por consiguiente, Roland podia haber perdido alguna confianza, pero habia conservado todo

su valor.» Valazé sostiene á Louvet y defiende á Roland. «Se os ha citado á Aristides. Si los atenienses sentenciaron al ostracismo á este hombre justo, expiaron su injusticia volviéndole á llamar. Si Roma desterró á Camilo, éste fué vengado volviendo á su patria. Los nombres de Roland y de Servan son sagrados para mí.» (*Se aplaude esta manifestacion de amistad*). «¿Qué le importa á la patria—continúa Lasource—que Roland tenga una mujer inteligente que le inspire sus resoluciones, ó que estas resoluciones vengan de él mismo? (*Aplausos*). Este mezquino medio no es digno de los talentos de Danton. (*Nuevos y más numerosos aplausos*). Yo no diré, como Danton, que es la mujer de Roland quien gobierna, pues esto sería acusar á Roland de inepticia. En cuanto á la falta de



Robespierre y la familia Duplay.—Pág. 144.

energía, diré que Roland respondió con valor á los malvados anuncios en que se trataba de ajar la virtud de un hombre íntegro. ¿Cesó alguna vez de predicar el orden y las leyes? ¿Cesó nunca de quitar la máscara á los agitadores? (*Aplausos*). ¿Débese, sin embargo, invitarle á que continúe de ministro? No. ¡Desgraciadas las naciones reconocidas! Lo digo con Tácito: el reconocimiento hizo la desgracia de las naciones, porque él es quien hizo los reyes. (*Nuevos aplausos*).»

Esta oportuna intervencion de un amigo de Roland eludió la cuestion sin resolverla, y dejó á los girondinos los honores de la magnanimidad. Roland escribió al dia siguiente á la Convencion una de estas cartas leídas en sesion pública, y que indirectamente le daban la palabra en la Convencion y la influencia del talento de su mujer en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland. Rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocia el genio, se ignoraba el sexo, y combatia disfrazada en la guerra de los partidos. «La Convencion—decia Roland en su carta—ha demostrado su

prudencia no queriendo conceder á un hombre la importancia que parecería dar á su nombre la invitacion solemne de que permaneciese en el ministerio; pero su deliberacion me honra y ha pronunciado su deseo bien claramente. Este deseo me basta, me abre la carrera y me lanzo á ella con valor. Permanezco en el ministerio porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temor desde el momento que se trata de salvar mi patria... y me consagro á ella hasta la muerte. Bien sé las tormentas que se forman; hombres ardientes y quizá extraviados toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que sólo ellos pueden servir á la libertad, siembran la desconfianza contra todas las autoridades que ellos no han creado, hablan de traicion, provócan las sediciones, afilan los puñales y meditan las proscripciones. Se forman un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; arrastrarian á la destruccion un imperio bastante desgraciado para no tener ciudadanos capaces de quitarles la máscara y de contenerlos. ¡Cuán culpable no sería el hombre superior por su fuerza ó sus talentos, en esta horda insensata, que quisiese hacerla servir á sus ambiciosos designios, que tan pronto con la apariencia de una indulgencia magnánima excusase sus injusticias, tan pronto atenuase sus excesos! Tal ha sido la marcha de los usurpadores desde Sylva á Rienzi. Se os han anunciado proyectos de dictadura y de triunvirato. ¡Han existido! Se me acusa de falta de valor, y yo pregunto: ¿cuál fué el valor, en los días lúgubres que siguieron al 2 de Setiembre, de aquellos que protegían á los asesinos?»

Estas alusiones directas á la municipalidad de París, á Danton y á Robespierre, eran una declaracion de guerra en que la irritacion de la mujer ultrajada se superponia á la sangre fria del político. De este modo rechazó á Danton, indeciso, á las filas de los enemigos de los girondinos, y Danton se hizo irreconciliable. Aún se trató de conmoverle y atraerle al partido que era más análogo á su naturaleza de hombre de Estado. Prestóse á ello por un momento, porque la anarquía prolongada le disgustaba, y fingió más deferencia por Robespierre que la que en realidad tenia, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Apreciaba á Roland y habia admirado á su mujer. La elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba. Su alma era demasiado fuerte para conocer la envidia; su corazon conservaba mal el odio, y su alianza con los girondinos era fácil, y hubiese armado las teorías de Vergniaud de la fuerza de ejecucion que faltaba á este orador platónico. La Gironda sólo tenia cabezas; Danton hubiese sido su brazo. El se inclinaba hácia estos hombres, y amaba la revolucion como un liberto que no quiere volver á caer en la servidumbre.

XIII

Anhelaba tambien Dumouriez esta reconciliacion de Danton y los girondinos, porque daba á Francia un gobierno cuya espada hubiera sido él. Reunió á su mesa á Danton y á los principales jefes de la Gironda. Se habló de imponer silencio á los resentimientos, se habló de no remover la sangre de Setiembre, de la que sólo podian salir exhalaciones mortales para la república; de relegar á Robespierre y á Marat á la impotente idolatría de las facciones, de llamar á París una fuerza departamental imponente, de intimidar á los jacobinos y de sujetar la municipalidad al yugo de la ley. En París, los comités de la Convencion dominados por los amigos de Roland y de Danton; en las fronteras, Dumouriez asegurando el ejér-

cito á la Convencion, y alucinando la opinion con el brillo de nuevas victorias, debian salvar á la nacion fuera, y consolidar el gobierno dentro. Este plan, desarrollado por Dumouriez y aceptado por la mayoría de los convidados, sedujo todos los ánimos. Petion se adheria á él. Sieyes, Condorcet, Gensonné y Brissot conocian que era necesario. Vergniaud, más político y más hombre de Estado que lo que dejaba sospechar la indolencia de su carácter, consentia en poner un sello sobre sus labios y en sacrificar la indignacion de su alma á las necesidades de la patria. Muchas veces, durante aquella noche, parecia estar cimentada la alianza.

Pero Buzot, Guadet, Barbaroux, Ducos, Fonfrede y Rebecqui, cuyo republicanismo tenia toda la pureza de una idea sin tacha, se prestaban con una repugnancia visible á las concesiones que tácitamente les hacian aceptar la solidaridad de los asesinatos de Setiembre. «Todo, excepto la impunidad para los asesinos y sus cómplices»,—dijo Guadet al retirarse. Danton, irritado, pero dominando su cólera, se dirigió á él y trató de atraerle á miras más conciliadoras. «Nuestra division—dijo cogiéndole la mano—es la perdicion de la república. Las facciones nos devorarán á los unos despues de los otros, si no acabamos con ellas desde el primer momento. Morirémos todos, y vosotros los primeros.» «No es perdonando el crimen como se obtiene el perdon de los malvados,—respondió secamente Guadet.—Una república pura ó la muerte: éste es el combate que nosotros vamos á empezar.» Danton soltó con tristeza la mano de Guadet, y le dijo con voz profética: «Guadet, no sabeis hacer á la patria el sacrificio de vuestros resentimientos; no sabeis perdonar, y sereis víctima de vuestra obstinacion. Vamos cada uno adonde el flujo de la revolucion nos impela. Podíamos dominarla unidos; desunidos, ella nos dominará. ¡Adios!» Rompióse la conferencia. Danton fué rechazado hácia Robespierre, y la direccion de la Convencion entregada al azar.

No obstante, Danton, que preveia la anarquía y temia á Robespierre, hizo solo con Dumouriez una alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos comunes. Una ojeada bastó al vencedor de Valmy para juzgar á los girondinos. «Son romanos fuera de su país,—dijo á Westermann, su confidente.—La república como ellos la entienden, no es más que la novela de una mujer de talento. Se alegran con buenas palabras, mientras el pueblo se embriagará con sangre. Aquí sólo hay un hombre, que es Danton.» Desde aquel dia Dumouriez y Danton concertaron en secreto todos sus pensamientos. Estos dos hombres, unidos en adelante, tuvieron todavía una segunda entrevista con los girondinos en casa de madama Roland. Hubiera podido decirse que el instinto de su porvenir les advertia de los peligros de su rompimiento y trataba de unirlos aún. Madama Roland cubrió de seducciones y encantos el abismo que separaba los dos partidos. Vergniaud tendió su mano generosa y pura á Danton arrepentido. Louvet inmoló á Robespierre y á Marat con sus sarcasmos, á la risa amarga de sus amigos y al desprecio de su rival. Dumouriez contó su guerra, y prometió para la primavera dar Bélgica á la república, si ésta queria tan sólo vivir hasta entónces. Los corazones parecian explayarse, y el entusiasmo de la patria transportó un momento los ánimos á una region inaccesible á la division de las facciones. Pero cada vez que se volvia al terreno de la realidad y á la cuestion del dia, se encontraba la sangre de Setiembre. Danton la expiaba con su embarazo. Los girondinos le acusaban con su horror. Evitóse tratar de ella, y se separaron con sentimiento, pero se separaron para siempre.

LIBRO TREINTA Y UNO.

Diplomacia de Dumouriez.—Westermann.—El *amigo del pueblo*.—Brissot intenta oponerse á los facciosos.—Louvet.—Su retrato.—Acusa á Robespierre.—Aja á Marat.—Respuesta de Robespierre.—Barere.—Fabre d'Eglantine.—Carta confidencial de Vergniaud.—Fonfrede.—Los partidos se disputan la popularidad.

I

Aquél era el momento en que Dumouriez saboreaba el triunfo en Paris, y en que todos los partidos se disputaban el honor de arrastrar hácia sí al salvador de la república. Dumouriez, con la gracia marcial de su exterior, de su carácter y de su talento, se prestaba á todos y no se entregaba á ninguno. Dejaba esperar á cada uno de los jefes de las facciones que su espada se inclinaria de su lado, interesábales así en su gloria, y se aseguró, por su ascendiente en los consejos, los hombres, las armas, las municiones, los subsidios y la confianza de que tenia necesidad para preparar sus conquistas. El tacto diplomático que habia adquirido tratando ántes con las facciones de los confederados en Polonia, le hizo fácil el manejo de las facciones revolucionarias en Paris. Su genio jugaba con las intrigas, y el hilo de su ambicion, mezclado en todas sin perderse en ninguna, le daba una probabilidad en la trama de todos los partidos. Sólo Marat le perseguia con sus amenazas y con sus acusaciones anticipadas. Su instinto le revelaba en Dumouriez un traidor ántes que la traicion.

Por su parte Dumouriez despreciaba á Marat, pero éste desafiaba el favor público de que Dumouriez estaba rodeado, y se adheria, como los insultadores pagados de Roma, á los pasos del triunfador. El general habia hecho desarmar y castigar un batallon republicano por haber degollado los emigrados prisioneros de guerra en Rethel. Un tal Palloy, arquitecto, era teniente coronel de este batallon, y habia tomado parte en los excesos de los soldados. Destituído por Beurnonville, lugarteniente y amigo de Dumouriez, Palloy vino á quejarse á Paris.

Era éste un hombre que en todo ponía su nombre para hacerle sonar. Habia hecho una industria del entusiasmo, demoliendo la Bastilla y vendiendo las piezas de aquella fortaleza á los patriotas como reliquias y despojos del despotismo. Era amigo de Marat, el cual se encargó de su causa, é hizo nombrar por los jacobinos una comision de averiguacion, compuesta de Bentabolle, gritador de los clubs, de Montaut, aristócrata de sangre que rescataba su nacimiento por su exaltacion demagógica, y de él mismo, para examinar aquel negocio, reprender á Dumouriez y vengar á Palloy.

Habiendo rehusado recibirlos el general, Marat y sus dos colegas hostigaron á Dumouriez hasta en medio de una fiesta triunfal que madama Simons-Candeille, amiga de Vergniaud y de los girondinos, daba al vencedor de Valmy. Marat, interrumpiendo bruscamente la fiesta en el momento que la música y el baile entusiasaban á todos los convidados, entre los que se hallaba Danton, se acercó á Dumouriez y le interpeló, con el tono de un juez que pregunta á un acusado, sobre



Sieyès.

los excesos de poder que se le atribuían respecto de patriotas probados. Dumouriez no se dignó responder; pero dirigiendo una mirada de curiosidad y de desprecio sobre la persona y traje de Marat, le dijo con un acento y una sonrisa de insolencia militar: «¡Ah! ¿Sois vos el que se llama Marat? Nada tengo que decir». Y le volvió la espalda. Marat se retiró lleno de rabia, en medio de las risas y de los cuchicheos de sus enemigos. Al día siguiente se vengaba en el diario republicano que redactaba entónces.

«¿No es humillante para los legisladores—escribía—ir á buscar á casa de las cortesanas al generalísimo de la república, y hallarle allí rodeado de ayudantes de campo dignos de él; uno, Westermann, capaz de cualquier crimen, con tal que se le paguen; el otro, Saint-Georges, espadachin honorario del duque de Orleans?»

Louvet y Gorsas le contestaron en el mismo tono en los diarios girondinos, *El Centinela* y *El Correo de los Departamentos*. «Como está probado que la nación te mira como reptil venenoso, como un maníático sanguinario, —le dijo irónicamente Gorsas,— continúa amotinando el pueblo contra la Convención, continúa diciendo que es necesario que los diputados sean apedreados y las leyes hechas á golpes, continúa pidiendo que las tribunas se acerquen más al centro del salón, para que el pueblo tenga á los representantes más cerca. Cuando los diputados, á excepcion de diez ó doce de tus satélites, sean inmolados, tu pueblo irá á casa de los ministros que tú no hayas escogido, sobre todo á la de Roland que se negó á darte los fondos de la república para pagar y distribuir tus venenos; á casa de todos los periodistas, á la de todos los moderados que no han aplaudido los asesinatos de 2 y 3 de Setiembre. De este modo Paris se gobernará por todo lo que en él hay de impuro. ¡Qué alegría para tí, Marat, ver correr la sangre por las calles! ¡Qué delicioso espectáculo verlas cubiertas de cadáveres, de miembros esparcidos y de entrañas palpitantes aún! ¡Y qué gozo para tu alma bañarte en la sangre caliente de tus enemigos, y colorear las páginas de tus diarios con la relacion de esas gloriosas expediciones! ¡Puñales, puñales, mi amigo Marat! ¡Pero las teas, las teas tambien! Me parece que descuidaste demasiado este último medio del crimen. Es necesario que la sangre se mezcle con las cenizas. *El fuego de alegría de la matanza es el incendio*. Este era el parecer de Masaniello, y éste debe ser el tuyo.»

Mientras que los escritores girondinos, subvencionados por Roland é inspirados por su mujer, hollaban de este modo el nombre de Marat con el sangriento ridículo de sus propias teorías, los soldados de Dumouriez que daban la guarnicion á Paris, y sobre todo la caballería, tomaban partido por su general, é insultaban al feroz demagogo en todas partes donde le encontraban. Colgaron su efigie en el Palacio Real, y una banda de marseleses y de dragones, acuartelados en la Escuela militar, desfilaron juntos por la calle de los Franciscanos y se detuvieron debajo de las ventanas del *amigo del pueblo*, pidiendo su cabeza y las de los diputados de Paris, y amenazando poner fuego á su casa. Marat, temblando, se refugió de nuevo en su subterráneo.

Un dia que se determinó á salir, escoltado por algunos hombres del pueblo que fijaban sus anuncios en las esquinas, le encontró Westermann en el Puente Nuevo. Westermann, hombre violento, indignado por los ultrajes que Marat le prodigaba todos los dias en su periódico, cogió al *amigo del pueblo* por un brazo y le dió unos cuantos sablazos de plano sobre las espaldas. El pueblo, á quien el uniforme alucina y la audacia intimida, dejó cobardemente martirizar á su tribuno. La accion de Westermann alentó los sarcasmos de Louvet. «Pueblo,—escribió al dia siguiente este jóven periodista en el gabinete de Roland,—pueblo, voy á referirte un apólogo extraño, pero que te hará palpar la demencia de tu amigo Marat. Suponiendo que un pelo de mi barba tuviese la facultad de hablar y me dijese: «Corta tu brazo derecho porque ha defendido tu vida, corta tu brazo izquierdo porque ha llevado el pan á tu boca, corta tu cabeza porque ha dirigido tus miembros, corta tus piernas porque han llevado tu cuerpo», díme ahora, pueblo soberano, si no sería mejor que yo hubiese guardado mis brazos, mis piernas y mi cabeza, y cortar sólo mi barba que me daba tan absurdos consejos. Marat es el pelo de

la barba de la república, y dice: «Matad á los generales, que hacen salir los enemigos de la república; matad á la Convencion, que dirige el imperio; matad á los ministros, que hacen marchar al gobierno; matadlo todo, ménos á mí». El miserable sabe bien que sólo puede ser grande quedando solo.»

No sin fundamento, Marat por su parte acusó á los girondinos de que fomentaban los motines en Paris, para hallar en estos mismos la ocasion de una reaccion contra la municipalidad. Un destacamento de emigrados prisioneros de guerra atravesó en efecto Paris á mediodía, precedido de un trompeta tocando marcha y escoltado sólo por algunos soldados, como para provocar la emocion y la venganza de los arrabales. Más de veinte mil hombres de tropa de línea ó de federados de los departamentos fueron reunidos bajo diferentes pretextos en Paris ó en el campamento inmediato. Los enganches patrióticos continuaron en la ciudad, y purgaron la capital de más de diez mil proletarios, licenciados de la sedicion, que marchaban para la frontera. La municipalidad dió cuenta, no de la sangre vertida, sino de los prisioneros y de los despojos que habia acumulado en las cárceles y en sus depósitos desde el 10 de Agosto. Ademas de las víctimas de aquel dia y de los ocho ó diez mil detenidos que los asesinos de Setiembre habian inmolado en las cárceles, mil y quinientos prisioneros nuevos por crimen de contrarevolucion habian sido sentados en los registros de las diferentes cárceles de Paris. De este número la municipalidad sola habia decretado el arresto arbitrario de cerca de cuatrocientos. Las cárceles de los departamentos no eran suficientes para contener los presos, y todas las ciudades convertian antiguos monasterios en cárceles.

Se reorganizó la municipalidad de Paris, y las elecciones para nombrar un alcalde atestiguaron la inmensa mayoría del partido del orden en las secciones, cuando no las intimidaban los agitadores que las dominaban. Petion, representante del partido moderado y amigo de Roland, obtuvo catorce mil votos; Antonelle, Billaud-Varennes, Marat y Robespierre, candidatos de los Jacobinos, no obtuvieron más que un insignificante número de sufragios. Petion, sin embargo, declaró en una carta á sus conciudadanos que, llamado á la Convencion nacional, creia deber obedecer á la nacion, y que no queria acumular dos cargos incompatibles.

Expulsado de los Jacobinos, Brissot atacó la sociedad madre de Paris en una alocucion á todas las de Francia. Su epígrafe, tomado de Salustio, recordaba los tiempos más desesperados de Roma. *¿Quiénes son los que quieren sujetar la república? Hombres de sangre y de rapiña. Lo que es union entre los buenos ciudadanos, es faccion entre los perversos.* «La intriga—decia Brissot—me hizo borrar de la lista de los jacobinos de Paris; voy á quitarles la máscara, y diré lo que son y lo que meditan. Caerá esta supersticion por la sociedad madre, de la que disponen algunos malvados para apoderarse de Francia. ¿Quereis conocer á esos desorganizadores? Leed á Marat, escuchad á Robespierre, Collot-d'Herbois y Chabot en la tribuna de los Jacobinos, ved los anuncios que manchan las esquinas de Paris, hojead los registros de proscripcion del comité de vigilancia de la municipalidad, removed los cadáveres del 2 de Setiembre, recordad las predicaciones de los apóstoles del asesinato en los departamentos. ¡Y se me acusa porque yo tengo fe en este partido! Acusad, pues, á la Convencion que los juzga, á Francia entera que los detesta, á Europa que deplora ver manchada por ellos la más

santa de las revoluciones. ¡Me llaman faccioso! Yo pertenezco á aquella faccion que queria la república, y que fué durante mucho tiempo compuesta sólo de Pétion, de Buzot y de mí. Hé ahí la faccion de Brissot, la faccion de la Gironda, la faccion nacional de los que quieren el orden y la seguridad de las personas... No conocéis á aquellos que calumnian por pertenecer á una faccion. Guadet tiene el alma demasiado altiva. Vergniaud lleva demasiado adelante esa indiferencia del genio, que se fia á sus fuerzas y que marcha sola. Ducos tiene demasiado talento y es demasiado probo. Gensonné piensa bastante profundamente por sí mismo para someter su parecer á un jefe. ¡Me acusan de haber calumniado el 2 de Setiembre! Decid más bien que el 2 de Setiembre ha calumniado la revolucion del 10 de Agosto, con la cual querriais confundirle. El uno es el más bello dia, el otro el más execrable de nuestros fastos; pero la verdad alumbrará este dia. Todos los satélites de Sylva no murieron en su lecho. ¿Y dónde estaban el 10 de Agosto nuestros calumniadores? Marat suplicaba á Barbaroux que le condujese á Marsella. Robespierre queria separar de su casa el comité de insurreccion que habia en la de Antoine, por temor de ser acusado de complicidad con los conspiradores de la república. Los otros se ocultaban de las balas, mientras aquella tímida faccion de la Gironda triunfaba por ellos. Esos Merlin, esos Chabot, ¿dónde estaban entónces? Ese Collot, que llamaba á los reyes soles radiantes de gloria, ¿dónde estaba? Sólo les faltó valor para subir al tribunado el 2 de Setiembre sobre los cadáveres de Roland, de Guadet, de Vergniaud y sobre el mio. ¡Me acusan de federalismo! Escuchad: en el tiempo en que Robespierre, que no era republicano, se defendia, en sus discursos del 14 de Julio de 1791, de las sospechas de republicanismo, yo confesaba la república, la república unitaria, y yo me burlaba del sueño insensato que tratase de hacer en Francia ochenta y tres repúblicas confederadas. Acabar de vencer, derribar los tronos, instruir los pueblos en conquistar y en conservar su libertad: ved nuestra obra. Europa tiene la vista fija en la Convencion. La impunidad del 2 de Setiembre ha separado á Europa de nuestros principios. Que se levante, que se presente á los ojos de Francia el malvado que pueda decir: «Yo he mandado esos asesinatos, yo he inmolado con mis manos treinta ó cuarenta de esas víctimas»; que se levante, y si la tierra no se abre para tragar tal monstruo, si Francia le recompensase en lugar de exterminarle, sería preciso huir al fin del universo y pedir al cielo anonadase hasta el recuerdo de nuestra revolucion. Me equivoco, sería necesario ir á Marsella, porque Marsella ha borrado el horror del 2 de Setiembre. Cincuenta y tres individuos detenidos allí por el pueblo han sido juzgados por el tribunal popular, y absueltos. El pueblo no ha asesinado; él mismo ejecutó su sentencia: abrió las cárceles, abrazó á los desgraciados que gemian en ellas, y los ha conducido á sus casas. ¡Ved ahí los verdaderos republicanos!... ¿Los calumniadores guardarán ahora silencio?»

II

Arrastrado Brissot hasta el 10 de Agosto por la lógica de sus principios republicanos, presentaba despues de la conquista de la república una fuerza de resistencia á las facciones igual á la fuerza de impulsión que habia comunicado hasta entónces á la opinion de los hombres libres. La ambicion de que le habian acu-

sado durante dos años, se desvaneció á los ojos de las personas imparciales. Su proselitismo no era el de un ambicioso, era el de un apóstol; no afectaba ni la influencia ni el imperio, dedicándose sólo á moderar y regularizar la victoria. Tan filósofo como político, no creía en la libertad sin honradez, y queria dar por base á la república la moral y la justicia. Extraño al poder, puras sus manos de toda sangre y de todo despojo, tan pobre despues de tres años de revolucion como el



L'Asource.

dia que habia empezado á combatir por aquella causa, vivia desde hacía cinco años en un cuarto piso, casi desamueblado, en medio de sus libros y de las cunas de sus hijos. Todo en este asilo, todo manifestaba la medianía, casi la indigencia. Despues de las tormentas del dia y de las fatigas del trabajo que le daba su periódico, volvía á pié por la noche á ver á su mujer y á sus tiernos niños, que vivian en una pobre casa de Saint-Cloud. Los alimentaba con su trabajo, como un obrero del pensamiento. Sin aquella elocuencia exterior que se enciende con el fuego de las discusiones y que brota en gestos y en acentos, dejaba la tribuna á Vergniaud, habiéndose él creado una tribuna con su periódico, en el que luchaba todas las mañanas con Camilo, Robespierre y Marat. Sus artículos eran discursos, y se ofrecia voluntariamente al odio y á los puñales de los jacobinos. Ya habia hecho el

sacrificio de su vida, y se inmolaba á la pureza de la república. Merecia la injuria del apodo de *hombre de Estado* que le daban sus enemigos. Era hombre de Estado, en efecto, por lo profundo de sus pensamientos, por el conocimiento de la historia, por la extension del plan y por la energfa de la voluntad. Si hubiese tenido la palabra de Vergniaud ó la espada de Dumouriez, hubiera podido dar un gobierno á la república al dia siguiente de su advenimiento.

Mas la naturaleza le habia creado para agitar ideas mejor que hombres. Su cuerpo pequeño y delgado, su rostro meditabundo y grave, la palidez y el ascetismo de sus facciones, la severidad melancólica de su fisonomía, no le permitian difundir fuera la llama antigua que ardia dentro. En la Convencion tenia más influencia que accion; inspiraba y no agitaba, y tenia necesidad del silencio y de la soledad de su gabinete para entusiasmarse. Su pensamiento era como el fuego de esas lámparas que sólo brillan entre paredes, porque las ráfagas del aire libre les hacen vacilar y apagarse; pero volvia á encontrar toda su intrepidez en el recogimiento, donde Vergniaud y Gensonné concurrían todas las noches á ilustrarse con su genio.

Tal era la irritacion entre los partidos y los hombres cuando Brissot, Condorcet, Vergniaud y sus amigos decidieron á Roland á que llevase á la Convencion su informe sobre el estado de Paris. En él se ofrecia abiertamente el combate á las facciones, y fué leído en la sesion del 29 de Octubre. Escuchado favorablemente por la mayoría, intimidó á Marat, á Robespierre y hasta Danton, inspirando confianza á los girondinos. Los federados de los departamentos se presentaron al dia siguiente en la barra, y pidieron que la Asamblea reprimiese á los agitadores de Paris é hiciese prevalecer el gobierno nacional sobre la usurpacion de algunos malvados, y despues se diseminaron por los lugares públicos pidiendo á grandes gritos las cabezas de Marat, de Robespierre y de Danton. Legendre denunció aquellos atentados de los amigos de la Gironda en la sesion del 3 de Noviembre. Bentalbolle refirió que la víspera, pasando seiscientos dragones sable en mano por el baluarte, habian amenazado á los ciudadanos y gritado: *¡Nada de proceso al rey, sino la cabeza de Robespierre!*

Bazire denunció en los Jacobinos al partido de Brissot como únicamente ocupado en asegurarse el mando. Robespierre el jóven delató á Roland por haber hecho imprimir á cuenta del Estado la acusacion de Louvet contra su hermano, y por haberla hecho distribuir en los departamentos. «Ciudadanos, — dice Saint-Just, —no sé qué golpe se prepara; todo está en fermentacion en Paris. En el momento en que se trata de juzgar al rey y de perder á Robespierre, es cuando se llaman tantas tropas á la capital. La influencia de los ministros es tal, que desde que aparecen en la Convencion, sus deseos se convierten en leyes. Se proponen decretos de acusacion contra los representantes del pueblo, y Barbaroux propone juzgar al pueblo soberano. ¿Qué gobierno es el que quiere plantar el árbol de la libertad sobre los cadalsos? ¡Denunciemos á la nacion todos estos traidores!»

III

Robespierre, entre tanto, hacía ya algunos dias que no se presentaba ni en la Convencion ni en los Jacobinos. Humillado por la superioridad de Marat y de Dan-

ton en la primera lucha que tuvo que sostener con ellos contra los girondinos, esperaba retirado el momento de volver á granjearse la estimacion del pueblo y la admiracion de las tribunas. Una caida oratoria le era mucho más sensible que una caida de poder. Sus enemigos no tardaron en proporcionarle la ocasion de volver á colocarse en el punto en que él queria presentarse al pueblo.

«Pido la palabra para acusar á Robespierre»,—dijo inopinadamente el temerario Louvet. «Y yo tambien me presento de nuevo para acusarle»,—continuó Barbaroux. Notábase en su impaciencia que la acusacion estaba pronta, y que sólo espaban un momento favorable. «Escuchad á mis acusadores»,—respondió Robespierre con frialdad. Louvet y Barbaroux ya se disputaban la tribuna, cuando Danton se abalanzó para interponerse por última vez. «Es ya tiempo que conozcamos,—dijo Danton,—es tiempo que sepamos de quién somos colegas; es tiempo de que los nuestros sepan lo que deben pensar de nosotros. En la Asamblea existen gérmenes de desconfianza mutua, y es necesario que cesen. Si entre nosotros hay un culpable, es preciso que se le castigue. Yo declaro á la Convencion, á la nacion entera, que no quiero al individuo Marat; hice la experiencia de su carácter, y no sólo es acerbo y volcánico, sino insociable. Despues de este parecer, séame permitido decir que yo tambien estoy sin partido y sin faccion. Si alguno puede probarme que yo pertenezco á una faccion, que me confunda al momento. Si, por el contrario, es verdad que mi pensamiento es mio, que estoy firmemente decidido á morir ántes que ser la causa de un trastorno en la república, que se me conceda enunciarle todo entero sobre nuestra situacion actual. Sin duda es muy bueno que un sentimiento de humanidad haga deplorar al ministro del Interior las desgracias irreparables de una gran revolucion. Pero ¿se hizo estallar nunca un trono sin que sus fragmentos hiriesen á algunos ciudadanos? ¿Se hizo nunca una revolucion completa sin que esta vasta demolicion del orden de cosas existentes haya sido funesta á alguno? ¿Deben imputarse á la ciudad de Paris los desastres que, no lo niego, fueron quizá el efecto de las venganzas particulares, pero que es más probable fuesen la consecuencia de aquella conmocion general, de aquella fiebre nacional, cuyos milagros admirará la posteridad? El ministro Roland ha cedido á un resentimiento que yo respeto, sin duda; pero su amor apasionado al orden y á las leyes le hizo ver bajo la apariencia de faccion y complot de Estado lo que sólo es la reunion de pequeñas y miserables intrigas, cuyo objeto excede los medios. Penetraos de esta verdad, no puede existir faccion en una república. ¿Y dónde están esos hombres que se nos presentan como conjurados y como pretendientes á la dictadura y al triunvirato? Que se los nombre. Yo declaro que aquellos que hablan de la faccion de Robespierre son para mí todos hombres prevenidos ó malos ciudadanos.»

Habian sido acogidas las primeras palabras de Danton con un favor que la franqueza de su actitud y la varonil energía de su palabra inspiraban en torno suyo. Negando á Marat, daba una prenda de reconciliacion con los girondinos. Sus últimas palabras espiraron en medio de los murmullos. Danton cubria á Robespierre, á quien se deseaba herir. Buzot pidió desdeñosamente que Robespierre se dirigiese á los tribunales si se creia calumniado por Roland. Robespierre le interrumpió y se lanzó á la tribuna. «Pido—dice Rebecqui—que un individuo no ejerza aquí el despotismo de la palabra que ejerce en otras partes.» Robespierre insistió en vano.

Un jóven de veintiocho á veintinueve años, de pequeña estatura y de formas femeniles, facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azules, color pálido, frente serena, expresion melancólica, pero cuya tristeza, en lugar de parecerse al abatimiento, recordaba la meditacion que precede á las fuertes resoluciones, se presentó en la tribuna. Tenia en la mano izquierda un rollo de papeles, y la derecha, apoyada sobre el mármol, parecia estar pronta al combate. Su segura mirada se paseaba sobre los bancos de la Montaña; aguardaba sólo el silencio. Este jóven era Louvet.

IV

Louvet era uno de esos hombres cuyo destino político sólo se compone de un dia, pero este dia les conquista la posteridad, porque une á su nombre el recuerdo de un talento sublime y de un sublime valor. El orador y el héroe se confunden algunas veces en un solo acto y en un solo momento. Louvet era natural de Paris, hijo de una de esas familias de la clase media colocadas en los límites de la aristocracia y del pueblo, que amaba el órden, como las fortunas arraigadas, y que detestaba las superioridades sociales, como el que asciende detesta al superior. Desdeñando el tráfico de su padre, el jóven buscó en las letras el nivel de su talento. Habia escrito un libro célebre entónces, *Faublas*, manual de libertinaje elegante. Este libro, calcado sobre la sociedad corrompida de la época, era el ideal de una sociedad que se rie de sí misma, y que sólo se admira de sus vicios.

Este escándalo habia formado la reputacion de Louvet; sólo su talento habia tomado parte en aquella obra; su corazon guardó el gérmen de la virtud, alimentando un fiel y ardiente amor. Casi adolescente, habia amado y sido amado con igual pasion; pero esta inclinacion mutua de dos corazones habia sido contrariada por ambas familias, y la mujer que él amaba fué desposada con otro. Los dos amantes dejaron de verse, pero no de adorarse.

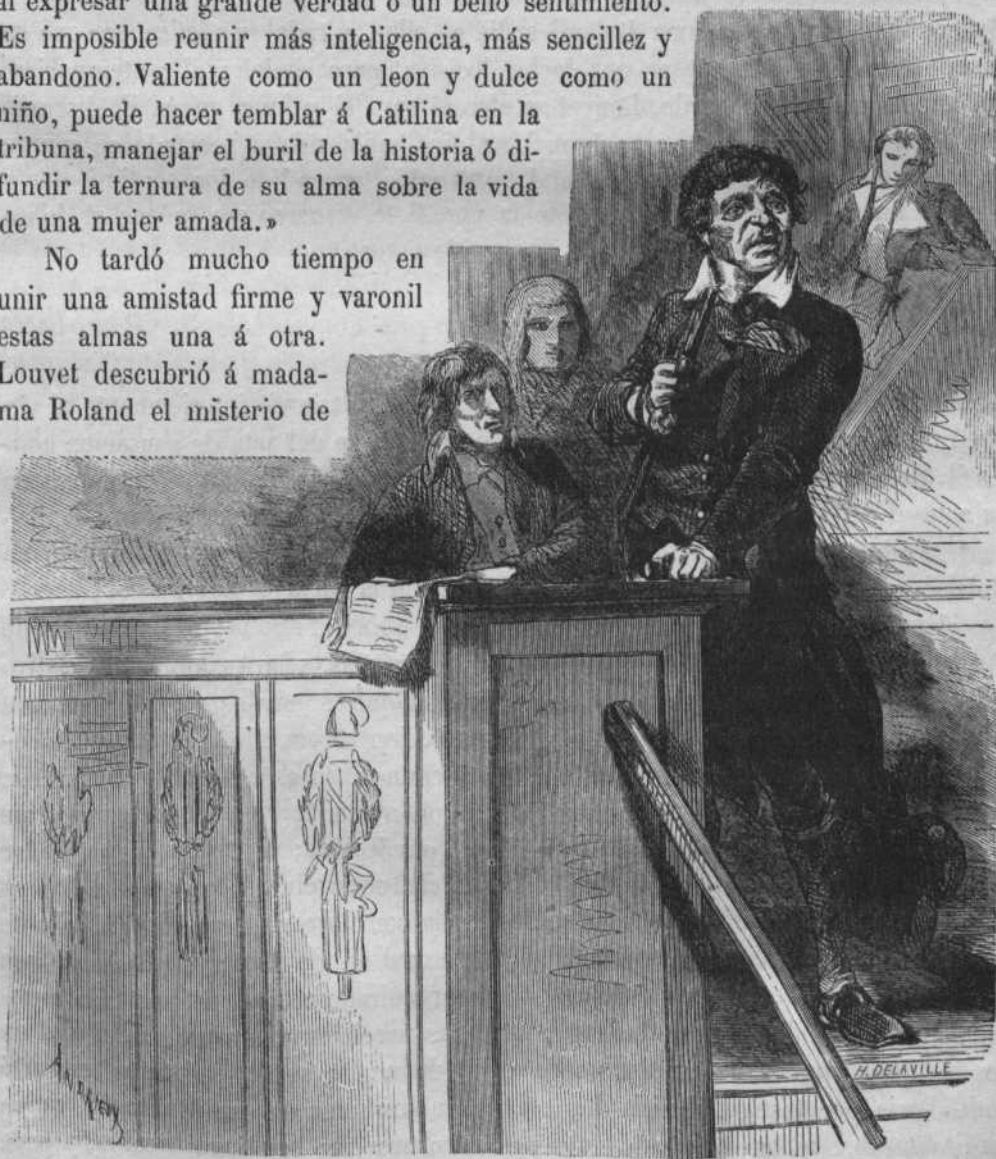
Lodoïska, tal era el nombre que él le daba, habiendo recobrado su libertad, se habia reunido á su amante. Tenia por las letras, por la libertad y por la gloria el mismo entusiasmo que Louvet, le acompañaba en sus estudios, y sólo tenian un alma y un genio para los dos. El amor no era únicamente para ellos una felicidad, era una inspiracion. Vivian ocultos en un pequeño retiro en los lindes de los grandes bosques reales que rodean á Paris. Lodoïska era madama Roland, más tierna y más feliz. La imaginacion tenia ménos lugar en su vida que el sentimiento: lo que ella adoraba en la revolucion, era, ántes de todo, la fortuna y la celebridad de Louvet. Su amor entraba siempre en sus opiniones, se entusiasmaba con los libros de filosofía y de republicanismos ántes de que hubiese llegado la hora de ocuparse de ello. Tan pronto como hubo libertad de imprenta y se abrió la sala de los Amigos de la Constitucion, Louvet dejaba por el dia su retiro, donde volvia todas las noches, y se mezclaba al movimiento de los partidos. Cambió la pluma licenciada que habia escrito las *Aventuras de Faublas* por la pluma publicista y por la tribuna de los Jacobinos. Mirabeau, licenciado como él, amó y animó á aquel jóven. Robespierre, que no comprendia la libertad sin las buenas costumbres, vió con sentimiento á aquel escritor de tocador hablar de virtud, despues de haber popularizado el vicio. Quería que se expulsase de la república toda aquella juventud más infecta que perfumada de literatura y de ateismo. Desde el tiempo

de la Asamblea constituyente, el diputado de Arras habia tratado de la separacion de Louvet de los Jacobinos.

En tiempo de la Asamblea legislativa, Louvet se habia afiliado en el partido de Brissot contra Robespierre. Lanthenas, amigo y comensal de madama Roland, le habia proporcionado la intimidad de esta mujer. «¡Oh Roland, Roland!—decia él más tarde.—¡Cuántas virtudes han asesinado en tí! ¡Cuántas virtudes, cuántos encantos y cuánto genio han inmolado en tu esposa, más grande y varonil que tú!» Estas palabras de Louvet manifiestan la impresion que habia hecho en él madama Roland. Esta no pinta con ménos gracia la inclinacion que tenia por Louvet. «Louvet—dice—podria algunas veces, como Philopœmen, pagar el tributo de su exterior. Pequeño, delgado, corto de vista, descuidado en el vestido, no se parece en nada al vulgo, que no nota al primer golpe de vista la nobleza de su frente, el fuego que se enciende en sus ojos, y lo impresionable de sus facciones al expresar una grande verdad ó un bello sentimiento.

Es imposible reunir más inteligencia, más sencillez y abandono. Valiente como un leon y dulce como un niño, puede hacer temblar á Catilina en la tribuna, manejar el buril de la historia ó difundir la ternura de su alma sobre la vida de una mujer amada.»

No tardó mucho tiempo en unir una amistad firme y varonil estas almas una á otra. Louvet descubrió á madama Roland el misterio de



Marat en la tribuna (sesion del 25 de Setiembre, 1792).—Pág. 159.

su amor, y le hizo conocer á Lodoïska, y las dos mujeres se comprendieron por la política y por el amor. Se vieron poco y furtivamente, porque la querida de Louvet ocultaba su vida en la oscuridad. La casta y respetada esposa del ministro no podia confesar la intimidad con una mujer que el amor sólo unia á Louvet.

Louvet estribó para Roland *El Centinela*, periódico de los girondinos, en el que el más ardiente republicanismo se asociaba al culto del orden y de la humanidad. El 10 de Agosto habia salvado algunas víctimas, y el 2 de Setiembre habia ablandado á los verdugos. Elegido para la Convencion, dejó su retiro, y habitaba una modesta casa en la calle de San Honorato, cerca del salon de los Jacobinos. Adicto por conviccion y amistad á las opiniones de la Gironda, formaba con Barbaroux, Buzot, Rebecqui, Salles, Lasource, Ducos, Fonfrede, Rabaut de Saint-Etienne, Lanthenas y algunos otros la vanguardia de aquel partido de la juventud de los departamentos, impaciente por purificar la república. Vergniaud, Pétion, Condorcet, Sieyes y Brissot se esforzaban en vano para moderar á aquellos jóvenes. El alma de madama Roland ardía en ellos, y toda su táctica era que su partido empeñase á su pesar una lucha decisiva, pareciéndoles el contemporizar tan impolítico como cobarde. Louvet se ofreció para el primer golpe. El discurso que llevaba consigo desde ya hacía muchos dias habia sido concertado en comun en el conciliábulo de madama Roland, que habia encendido los sentimientos y dictado las palabras: Louvet era sólo la voz. Este discurso era ménos el de un hombre que la explosion de odio de un partido entero.

V

Mirando Robespierre á Louvet, afectó el desden y triunfó interiormente al ver que ningun orador célebre ya habia querido encargarse del acta de acusacion contra él. Esta consideracion de Vergniaud, de Gensonné y de Guadet se descubria en su actitud é inspiraba confianza á Robespierre. Louvet despreciaba hasta el descontento de su mismo partido, porque sentia en pos de él la mano de madama Roland, que le impulsaba á la lucha. Restablecido el silencio, habló así:

«Una gran conspiracion amenazaba pesar sobre Francia, y habia pesado demasiado tiempo sobre la ciudad de Paris. Llegásteis, y la Asamblea legislativa fué desconocida, envilecida y hollada. Hoy se quiere envilecer la Convencion nacional, y se predica abiertamente la insurreccion contra ella. Es tiempo de saber si existe una faccion de siete ú ocho miembros de esta Asamblea, ó si son los setecientos treinta miembros que la componen una faccion. Es necesario que de esta insolente lucha salgais vencedores ó envilecidos; es necesario, para dar cuenta á Francia de las razones que os hacen conservar en vuestro seno ese hombre sobre quien la opinion pública se desarrolla con horror, ó que por un decreto solemne reconozcais su inocencia, ó que le expulseis de aquí; es necesario que tomeis medidas contra esa municipalidad desorganizadora que prolonga una autoridad usurpada. En vano prodigareis medidas parciales, si no atacais el mal en los hombres, que son los autores. Yo voy á denunciar sus complots, y tendré á todo Paris por testigo. Podria desde luégo admiradme de que Danton, á quien nadie atacaba, se haya lanzado aquí para declarar que era invulnerable, y para negar á Marat, de quien se ha servido como de un instrumento y de un cómplice

en la gran conjuracion que yo denuncio.» (*Murmullos*). Danton: «Yo pido que se permita á Louvet tocar el mal y poner el dedo en la llaga». Louvet continúa: «Sí, Danton, voy á tocarle; pero no se grita anticipadamente. En el mes de Enero último fué cuando se vió en los Jacobinos suceder á las discusiones profundas y brillantes que nos habian honrado ante Europa aquellos miserables debates que poco faltó para que nos perdiesen, y cuando se empezó á calumniar á la Asamblea legislativa. Se vió un hombre que queria siempre hablar, hablar sin cesar, hablar exclusivamente, no para ilustrar á los jacobinos, sino para sembrar entre ellos la division, y sobre todo, para que le oyesen algunos centenares de espectadores, cuyos aplausos se querian obtener á todo precio. Confidentes de este hombre se revelaban para presentar tal ó tal miembro de la Asamblea á las sospechas, á la animadversion de los espectadores crédulos, y para ofrecer á su admiracion un hombre de quien hacian el más fastuoso elogio, á ménos que no le hiciese él mismo. Entónces fué cuando se vieron intrigantes subalternos declarar que Robespierre era el único hombre virtuoso en Francia, y que sólo se debia confiar la salvacion de la patria á aquel hombre, que prodigaba las más bajas adulaciones á aquellos centenares de ciudadanos fanatizados á quienes él llamaba pueblo. Es la táctica de todos los usurpadores, desde César hasta Cromwell, desde Sylá hasta Masaniello. Nosotros, entre tanto, fieles á la legalidad, avanzábamos bien resueltos á que no se sustituyese á la patria la idolatría de un hombre. Dos dias despues del 10 de Agosto, yo estaba en el Consejo general provisorio. Entra un hombre, y al verle hay un gran movimiento; era el mismo, era Robespierre. Viene á sentarse en medio de nosotros; me equivoco, va á sentarse en el asiento preferente de la mesa. Estupefacto, me pregunto á mí mismo, no creyendo á mis ojos: «¡Qué! Robespierre, el incorruptible Robespierre, que en los dias de peligro habia dejado el puesto en que los ciudadanos le habian colocado, que despues se habia comprometido formalmente veinte veces á no aceptar ningun cargo público, ¿Robespierre ocupa de repente un puesto en el Consejo general de la municipalidad?» Desde entónces comprendí que aquel consejo estaba destinado á reinar. Vosotros lo sabeis, Robespierre se atribuye el honor del dia 10 de Agosto. La revolucion del 10 de Agosto es la obra de todos. Pertenece á los arrabales, que se han levantado en masa, á los valientes federados, que en aquel tiempo ciertos hombres no habian querido recibir en Paris; pertenece á los valientes diputados que aquí mismo, en medio del ruido de las descargas de artillería, votaron el decreto de suspension de Luis XVI; pertenece á los generosos guerreros de Brest, y á la intrepidez de los hijos de la altiva Marsella. Pero el 2 de Setiembre... ¡conjurados bárbaros! os pertenece á vosotros, y sólo á vosotros. (*Movimiento de horror*). Se alaban ellos mismos; ellos mismos, con un desprecio feroz, sólo nos designan como los patriotas del 10 de Agosto, reservándose el título de patriotas del 2 de Setiembre. ¡Ah! Que les quede esa distincion, digna, en efecto, de la especie de valor que les es propia; que les quede para nuestra justificacion durable y para su eterno oprobio. El pueblo de Paris sabe combatir, pero no asesinar: todo él estaba en las Tullerías en el magnífico 10 de Agosto; es falso que se le viese en las cárceles en el horrible 2 de Setiembre. ¿Cuántos asesinos había en las cárceles? No llegaban á doscientos. ¿Cuántos espectadores fuera? Ni aún el doble. Preguntad á Petion, él mismo os lo confesará. ¿Por qué no se ha evitado? ¡Porque Roland hablaba en

vano!... ¡Porque Danton, ministro de Justicia, no hablaba!... ¡Porque Santerre, comandante de las secciones, esperaba!... ¡Porque los oficiales municipales con sus fajas presidian aquellas ejecuciones!... ¡Porque la Asamblea legislativa estaba dominada, y un insolente demagogo venía á su barra á decirle los decretos de la municipalidad y amenazarla con hacer tocar á rebato si no obedecía».

Billaud-Varennes se levanta y trata de protestar. Un estremecimiento general de indignacion se difunde contra él en la Asamblea; un gran número de miembros señalan con el dedo á Robespierre. Cambon se hace notar por la cólera de su actitud; tiende su brazo hácia la Montaña, y grita: «¡Miserables, ved el decreto de muerte del dictador!» *¡Robespierre á la barra! ¡Encáusese á Robespierre!*— gritan por todas partes voces acusadoras. El presidente modera aquella impaciencia. Louvet continúa; acusa á Robespierre de todos los crímenes de la municipalidad, y luégo, mirando á Danton, dice: «Entónces fué cuando se fijaron aquellos carteles en que se designaban como traidores todos los ministros, excepto uno solo, uno solo, y siempre el mismo. ¿Y puedes tú, Danton, justificarte de esta excepcion ante la posteridad? Entónces fué cuando se vió con espanto aparecer á la luz del dia un hombre único hasta ahora en los fastos del crimen. (*Miran á Marat*). Y no creais apaciguarnos negando hoy este hijo perdido del asesinato. ¿Cómo hubiera él salido de su sepulcro si vosotros no le hubiéseis sacado? ¿Cómo le hubiérais recompensado si él no os hubiera servido? ¿Cómo le presentásteis bajo vuestros auspicios á aquella asamblea electoral en que me hicísteis insultar por haber tenido el valor de pedir la palabra contra Marat? ¡Dios! ¡Le he nombrado! (*Movimiento de horror*). Sí, los guardias de corps de Robespierre, esos hombres armados de sables y de palos que le acompañaban por todas partes, me insultaron al salir de la asamblea electoral, y me anunciaron que ántes de mucho tiempo me harían pagar cara la audacia de combatir al hombre que Robespierre protegía. ¿Y por qué camino marchaban de concierto los conjurados á la ejecucion premeditada de su plan de dominacion? ¡Por el terror! Aún necesitaban asesinatos para que fuese completo, y para separar los generosos ciudadanos más unidos á la libertad que á la vida. Se hicieron circular listas de proscripcion firmadas por complacencia y á la ventura por montañeses extraviados. Se codiciaba la sangre y se repartían en esperanza los despojos de las víctimas. Durante cuarenta y ocho horas la consternacion fué general; treinta mil familias están ahí que pueden atestiguarlo. Cuando vi tantas atrocidades liberticidas, me pregunté si en el dia 10 de Agosto habia soñado nuestra victoria, ó si Brunswick y sus columnas contrarrevolucionarias estaban ya dentro de nuestros muros. ¡No! Pero eran furiosos conjurados que querian cimentar con sangre su naciente autoridad. Los bárbaros necesitaban aún, decían, veintiocho mil cabezas. Recuerdo á Sylva, que principió por herir á los ciudadanos desarmados, pero que bien pronto hizo pasear por delante de la tribuna de las arengas y en el foro las cabezas de los más ilustres ciudadanos. Así avanzaban hácia su objeto aquellos malvados en el camino del poder supremo; pero donde los aguardaban algunos hombres de resolucion que, lo habíamos jurado por Bruto, no les hubieran dejado la dictadura más de un dia... (*Aplausos unánimes*). ¿Quién los detuvo entre tanto? Algunos patriotas intrépidos. ¿Quién los combatió? Petion. Roland fué quien prodigó, denunciándolos ante Francia, más valor que hubiera necesitado para denunciar un rey perjuró... Robespierre, yo

te acuso de haber calumniado sin descanso á los más puros patriotas. Te acuso de haber difundido estas calumnias en la primera semana de Setiembre, es decir, en los días en que las calumnias eran puñaladas. Te acuso de haber, cuanto en tu poder estaba, envilecido y proscrito á los representantes de la nacion, su carácter y su autoridad. Te acuso de haberte presentado siempre tú mismo como un objeto de idolatría, de haber sufrido que delante de tí se te designase como el único



Habitacion de Marat en la calle de los Franciscanos.—Pág. 162.

hombre virtuoso en Francia que pudiese salvar al pueblo, y de haberlo dicho tú mismo. Te acuso de haber caminado directamente al poder supremo.»

Todas las miradas, todos los gestos se dirigen hácia Robespierre, como otros tantos testigos mudos de la acusacion que el orador fulmina contra él. Robespierre, pálido y agitado, las facciones contraidas por la cólera, se ve abandonado de sus colegas, y siente en torno suyo aquella atmósfera donde pesa la reprobacion de una grande Asamblea. Pero en el fondo de su fisonomía se entrevé el gozo secreto de que le juzguen digno de una acusacion de dictadura, que en cualesquiera términos que se hiciese, era una prueba del poder de su nombre y una indicacion nominal á

la atención del pueblo. Louvet suspende un momento su discurso, como para dejar caer todo su peso sobre el acusado y sobre el pensamiento de los jueces. Continúa, volviéndose con una expresión de desprecio al lado de Marat: «Pero en medio de vosotros hay otro hombre que no mancharé mi lengua nombrándole, un hombre á quien no tengo necesidad de acusar, porque él mismo no ha temido deciros que, en su opinión, es aún necesario hacer caer doscientas sesenta mil cabezas... ¡Y este hombre está en medio de vosotros! Francia se avergüenza de ello, y Europa se admira de vuestra prolongada debilidad. Pido que expidais contra Marat un decreto de acusación».

VI

Bajó de la tribuna Louvet en medio de los aplausos; unos celebraban su elocuencia, otros su valor; aquéllos por odio á Robespierre y éstos por odio á Marat, parecia que el alma del orador habia pasado á la Asamblea. Hasta las tribunas, por lo regular vendidas á la municipalidad y disciplinadas al gesto de Robespierre, quedaron consternadas con el eco de aquella voz, y creían ver en la Convención, puesta en pié, á Francia levantarse en masa contra la tiranía de Paris, y arrancar el poder sangriento de manos de los dueños del ayuntamiento. Robespierre, instruido por una primera derrota de la insuficiencia de una palabra improvisada contra una acusación meditada y pulida de antemano, pidió que se le concediesen algunos dias para preparar su defensa. La Asamblea accedió con una indulgencia harto semejante al desprecio.

Al dia siguiente, Barbaroux agravó y detalló los complots de Robespierre.

Temblaron por su ídolo los jacobinos y las secciones; el pueblo se paseaba todas las noches despues de estos discursos alrededor de la casa de Robespierre, y en los barrios se circuló la noticia de que habia sido asesinado. No se le habia visto ni en los Jacobinos ni en la Convención despues de la denuncia de Louvet, á la que debia responder el lunes 5 de Noviembre. Las tribunas de la Convención, sitiadas desde el amanecer por los grupos de los dos partidos, estaban divididas en dos campos, que preludiaban el combate de las palabras con los gestos y las amenazas. Por fin, el presidente llamó á Robespierre á la tribuna, adonde subió más palido que nunca. Esperando se restableciese el silencio, sus dedos convulsivos herian la tribuna como el músico que distraído juguetea con las teclas de un piano. Ningun gesto, ninguna afectuosa sonrisa le animaba en la Asamblea: todas las miradas eran hostiles, todas las bocas desdeñosas, todos los corazones estaban cerrados. Principió con una voz chillona, en la que se conocia el temblor de la cólera, ahogado por la decencia de la sangre fria.

«¿De qué soy acusado, ciudadanos?—dijo despues de haber hecho un corto llamamiento á la justicia de sus colegas.—De haber conspirado para llegar á la dictadura, al tribunado ó al triunvirato. Se convendrá en que si semejante proyecto fuese criminal, sería aún más atrevido; porque para ejecutarle era necesario por de pronto derribar el trono, anonadar la legislación, y sobre todo, impedir la formación de una Convención nacional. Pero entónces, ¿cómo he sido el primero en mis discursos y en mis escritos que apelé á una Convención nacional como el único remedio á los males de la patria? Para llegar á la dictadura era necesario por de pronto ser dueño de Paris y sujetar los departamentos. ¿Dónde están mis tesoros?

¿dónde mis ejércitos? ¿dónde los grandes destinos de que estoy provisto? Todo esto está en manos de mis acusadores. Para que su acusacion pudiese adquirir el menor carácter de verosimilitud, sería necesario demostrar ántes de todo que yo estaba completamente loco. Y si estaba loco, quedaria aún por explicar por qué hombres sensatos pudieron haberse tomado el trabajo de componer tan bellos discursos, tan bellos anuncios, y desplegar tantos esfuerzos para presentarme á la Convencion nacional como el más peligroso de todos los conspiradores. Vamos á los hechos. ¿Qué me reprochan? ¿La amistad de Marat? Podria hacer mi profesion de fe sobre Marat, sin deciros ni más bien ni más mal que lo que yo pienso de él; pero no sé hacer traicion á mi pensamiento por adular la opinion reinante. He tenido en 1792 una sola conversacion con Marat; le reprendí una exageracion y una violencia que perjudicaban á la causa que él podia servir; declaró al separarse que no habia hallado en mí *ni las miras ni la audacia de un hombre de Estado*. Estas palabras responden á las calumnias de los que quieren confundirme con ese hombre. ¿No me hice bastantes enemigos con mis combates por la libertad, que aún es preciso imputarme excesos que siempre he evitado, y opiniones que no he cesado de condenar? Pero he hablado, dicen, sin descanso en los Jacobinos, y he ejercido una influencia exclusiva sobre aquel partido. Desde el 10 de Agosto no subí diez veces á la tribuna de los Jacobinos; ántes de ese dia trabajé con ellos en preparar la santa insurreccion contra la tiranía y la traicion de la corte y de Lafayette; pero los Jacobinos entónces eran la Francia revolucionaria, y vosotros que me acusais estábais con Lafayette. Los Jacobinos no seguian vuestros consejos, y vosotros quisiérais hacer servir la Convencion nacional para vengar las desgracias de vuestro amor propio. Lafayette tambien pedia decretos contra los Jacobinos. ¿Quereis, como él, dividir el pueblo en dos pueblos, el uno adulado, y el otro insultado é intimidado, los hombres honrados, y los *sans-culottes* ó canalla? Pero ¿yo he aceptado el título de empleado municipal? Respondo, por de pronto, que abdiqué desde el mes de Enero de 1791 el empleo lucrativo, y de ningun modo peligroso, de acusador público. ¿Entré en la sala como dueño? Es decir, que al entrar fuí á hacer justificar mis poderes en la mesa. Hasta el 10 de Agosto no fuí nombrado. Estoy muy léjos de pretender arrebatat el honor del combate y de la victoria á aquellos que estaban en la municipalidad ántes que yo en aquella noche terrible, que armaron á los ciudadanos, dirigieron los movimientos, desconcertaron la traicion, arrestaron á Mandat, que llevaba órdenes péfidas de la corte. Dicen que habia intrigantes en el Consejo general. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Están en el número de mis enemigos. ¿Se achacan á este cuerpo arrestos arbitrarios? Cuando el cónsul de Roma ahogó la conspiracion de Catilina, Clodio le acusó de haber violado las leyes. He visto aquí tales ciudadanos, que no son Clodios, pero que algun tiempo ántes del dia 10 de Agosto habian tenido la prudencia de refugiarse fuera de Paris, y que denuncian, despues que ella ha triunfado por ellos, á la municipalidad. ¿Actos ilegales? ¿Se salva la patria con el código criminal en la mano? ¿Por qué no nos criticais tambien el haber roto las plumas mercenarias, cuyo oficio era propagar la impostura y ultrajar la libertad? ¿Por qué no nos acusais tambien de haber relegado los conspiradores fuera de Paris, y de haber desarmado á nuestros enemigos? Todo esto era sin duda ilegal, sí, ilegal como la caida de la Bastilla, ilegal como la caida del trono, ilegal como la libertad!

«Ciudadanos, ¿quereis una revolucion sin revolucion? ¿Cuál es ese espíritu de persecucion que quiere revisar, por decirlo así, la que ha roto nuestras cadenas? ¿Y quién puede, despues del golpe, señalar el punto preciso donde debian romperse las olas de la insurreccion popular? ¿Qué pueblo á tal precio podria nunca sacudir el despotismo? ¿Los hombres del 10 de Agosto no podrian decir á sus acusadores: «Si nós negais, negad tambien la victoria; tomad de nuevo vuestro yugo, » vuestras leyes y vuestro antiguo trono, restituidnos con la sangre que hemos deramado el precio de nuestros sacrificios y de nuestros combates?» Con respecto á los dias 2 y 3 de Setiembre, aquellos que han dicho que yo habia tenido la menor parte en tales acontecimientos, son hombres ó bien crédulos ó bien perversos. Abandono su alma á los remordimientos, si los remordimientos pueden suponer un alma. ¡En aquella época yo habia dejado de sentarme en la municipalidad, y estaba encerrado en mi casa!...»

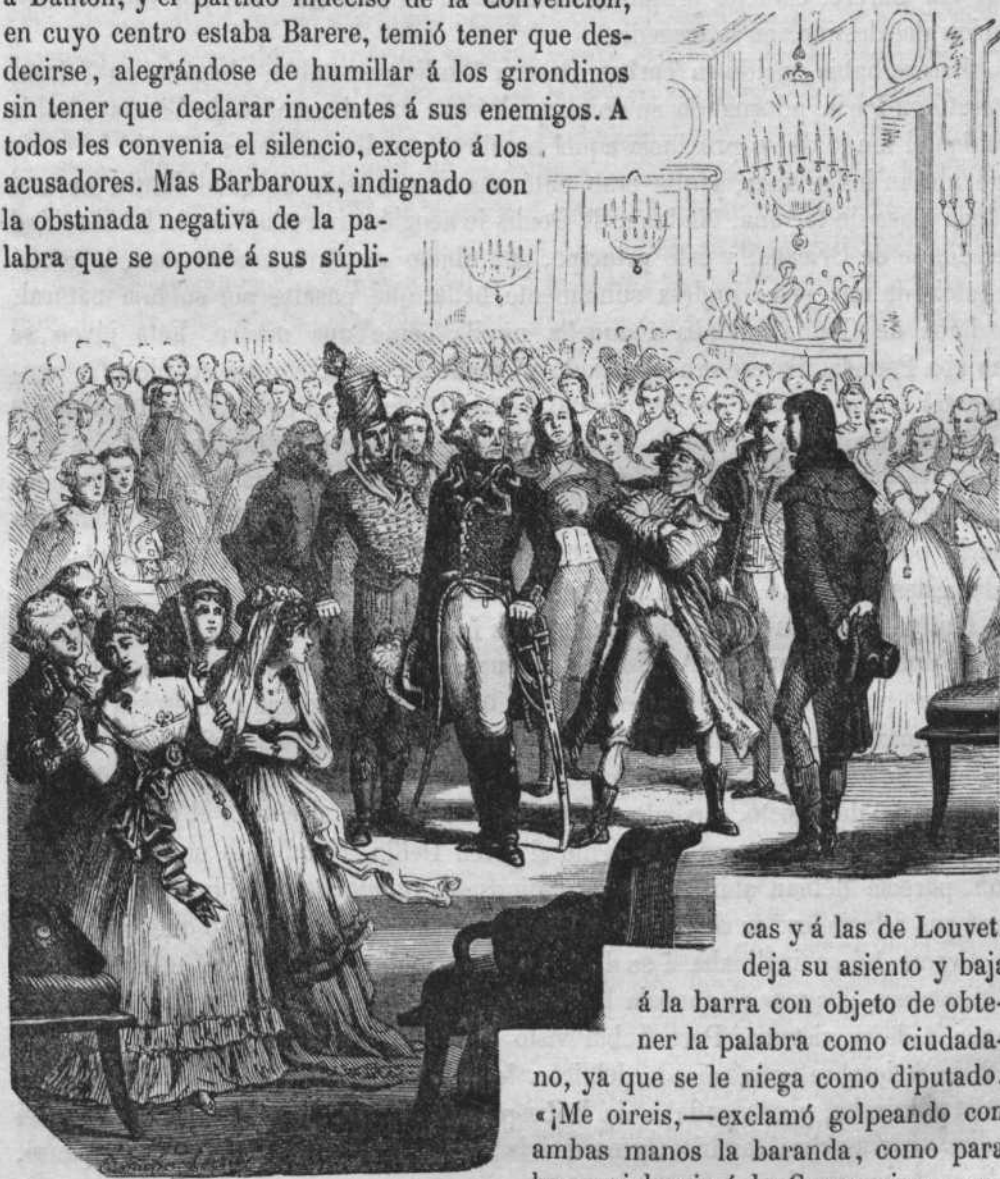
Robespierre explica, sin justificar aquellos horrores, la conexion del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre, y la imposibilidad que tenia el ayuntamiento de prevenir las consecuencias de la agitacion general.

«Se asegura que un inocente ha perecido, ¡uno solo! ¡Es sin duda demasiado! Ciudadanos, llorad esta equivocacion cruel, nosotros ya la hemos llorado mucho tiempo; ¡era un buen ciudadano, uno de nuestros amigos! Llorad tambien las víctimas culpables reservadas á las venganzas de las leyes, y que cayeron bajo los golpes de la justicia popular. Pero que vuestro dolor tenga un término, como todas las cosas humanas; guardemos algunas lágrimas para calamidades que enternecen más. ¡Llorad cien mil patriotas inmolados por la tiranía, llorad nuestros ciudadanos espirando bajo sus abrasados techos, y los hijos de los ciudadanos degollados en la cuna ó en los brazos de sus madres! ¿No teneis tambien hermanos, hijos y esposas que vengar? ¡La familia de los legisladores franceses es la patria, es el género humano entero, ménos los tiranos y sus cómplices!... La sensibilidad que gime casi exclusivamente por los enemigos de la libertad me es sospechosa. Cesad de agitar bajo mis ojos el manto sangriento del tirano, ó creeré que quereis volver á poner á Roma en sus cadenas. Calumniadores eternos, ¿quereis vengar el despotismo? ¿Quereis ajar la cuna de la república? Sepultemos —dice Robespierre concluyendo— esos despreciables manejos en un olvido eterno. Por mi parte, no tomaré ninguna resolucion que me sea personal. Renuncio á la justa venganza con que tendria el derecho de perseguir á mis calumniadores. No quiero más venganza que el restablecimiento de la paz y de la libertad. ¡Ciudadanos, recorred con paso firme y rápido vuestra soberbia carrera, y pueda yo, á expensas de mi vida y hasta de mi reputacion, concurrir con vosotros á la gloria y á la dicha de nuestra patria comun!»

Apénas acabó de hablar Robespierre, cuando Louvet y Barbaroux, impacientes por los aplausos que la Asamblea y los espectadores prodigaban al orador y al discurso, se lanzaron á la tribuna para contestar; pero la Convencion ya habia votado la impresion del discurso. Lo inútil de las acusaciones, la moderacion de las conclusiones de Robespierre, la necesidad de extinguir, si era posible, un fuego que amenazaba incendiar la opinion pública, todo apuraba á la Convencion para que terminase el debate. A los ojos de Vergniaud, de Petion, de Brissot, de Condorcet, de Gensonné y de Guadet, los más prudentes de los girondinos, su

enemigo habia salido de la contienda demasiado grande, y les repugnaba engrandecerle más.

Vió Marat su propia victoria en la de Robespierre, á pesar de las dulcificadas denegaciones de que habian sido objeto sus opiniones. Danton triunfó en su interior, viendo justificar la dictadura de la municipalidad, y cubrir los crímenes de Setiembre con la bandera de la salvacion pública. Robespierre habia disculpado á Danton, y el partido indeciso de la Convencion, en cuyo centro estaba Barere, temió tener que desdecirse, alegrándose de humillar á los girondinos sin tener que declarar inocentes á sus enemigos. A todos les convenia el silencio, excepto á los acusadores. Mas Barbaroux, indignado con la obstinada negativa de la palabra que se opone á sus súpli-



Entrevista de Dumouriez y Marat.—Pág. 169.

cas y á las de Louvet, deja su asiento y baja á la barra con objeto de obtener la palabra como ciudadano, ya que se le niega como diputado. «¡Me oireis,—exclamó golpeando con ambas manos la baranda, como para hacer violencia á la Convencion,—me oireis! Si no me oís, ¿seré reputado

calumniador? Pues bien, yo grabaré mi denuncia sobre el mármol.»

Los murmullos, los sarcasmos y las risotadas de las tribunas no dejan oír á Barbaroux. Se le acusa de envilecer el carácter de representante del pueblo, despojándose de él para acusar individualmente á un enemigo. Barere, uno de esos hombres que observan mucho tiempo la fortuna, con objeto de no pronunciarse á la ventura, y que nunca se comprometen bastante para ser arrastrados en la caída

del partido mismo que han adoptado, se levantó para pedir la palabra. Joven, de formas elegantes, alto, de gesto desembarazado, con un estilo flúido, se veía en sus facciones aquella mezcla de reserva y de atrevimiento que caracteriza los Sejans, cubriendo todo el exterior de la inspiración, todo el cálculo del egoísmo. Estos hombres son los sabuesos de los grandes ambiciosos; pero antes de entregarse á ellos quieren hacer conocer su importancia con objeto de que se les aprecie más. Tal era Barere; carácter propio de la comedia elevada lanzado, por una equivocación del destino, en la tragedia.

Barere habia nacido en Tarbes, de una familia respetable; abogado en Tolosa, literato en Paris, adornando su nombre plebeyo con el nombre de Vieuzac, habia traído del fondo de su provincia aquel nombre, aquellas maneras y aquel lenguaje que abrian los salones, y que eran entónces una especie de candidatura natural á toda clase de fortuna. Madama de Genlis le acogió é introdujo en la familiaridad del duque de Orleans, y este príncipe, con objeto de atraerle á su casa, le confió la tutela de una joven inglesa sumamente bella, que pasaba por su hija natural. Madama de Genlis cuidaba á aquella pupila como una madre. Esta joven se llamaba Pamela. Barere era agraciado y elocuente, pareciéndose su filosofía sentimental á una parodia de Bernardino de Saint-Pierre. El colorido pastoral de las montañas donde habia nacido se reflejaba en sus escritos. Los salones, los teatros y las academias afectaban entónces aquella desidia que era como la languidez de la agonía de aquella moribunda sociedad, que creía rejuvenecerse haciéndose pueril; puerilidad de la vejez. Barere, Robespierre, Couthon, Marat y Saint-Just, todas estas almas tan acres habian principiado por ser empalagosos.

Bailly, Mirabeau y el duque de Orleans fueron los patronos de Barere á fin de que le nombrasen para la Asamblea nacional, donde desempeñó con asiduidad y talento un papel más literato que político; habia sembrado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas, redactado despues *La Aurora (Point du Jour)*, y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de Agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardin de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al joven Delfin. Nombrado para la Convención, parecia debian unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento más florido que popular; y efectivamente, se inclinaba á su lado en los primeros dias; creía en su genio y admiraba su elocuencia, conocia la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderación de su sistema. Pero habia visto la fuerza del pueblo el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre, y la mirada del leon le habia fascinado. Temia á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podia sufrir muchos cambios, y no queria ofrecerse como víctima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se habia colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro, que se llamaba la Llanura, alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el día y la mayoría. Esta Llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenia necesidad de un orador, y Barere se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez, y se hallaba en su actitud y en sus palabras toda la incertidumbre equívoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos,—dice Barere,—al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo ménos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso, olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó delante de los tribunales debe explicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triunvirato? No demos importancia á hombres que la opinion pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. Ciudadanos, si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sylva tuviese sus peligrosos medios, sería temible y yo me presentaría á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambicion, preguntaría lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposicion, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un dia, pequeños empresarios de revoluciones, políticos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nacion.» (*Aplausos*). Se propone la orden del dia como por desprecio. «Guardad vuestra orden del dia,—responde Robespierre con sequedad,—si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convencion vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «¡Perezcan los ambiciosos, y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas!»—exclama Rabaut Saint-Etienne.

VII

Difundióse la noticia del triunfo de Robespierre como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para compadecer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentío inmenso que empezó á palmotear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre,—dice Merlin;—es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.» «Conozco á Robespierre,—responde un miembro del club,—y estoy seguro de que callará. Hoy es el dia más bello que ha visto nacer la libertad, pues es el dia en que Robespierre, acusado y perseguido como un faccioso, triunfa. Su varonil é ingenua elocuencia ha confundido á sus enemigos, porque la verdad guía su pluma y su corazon. Barbaroux se ha refugiado en la barra; el reptil no podia soportar las miradas del águila.»

Manuel pide leer el discurso que habia preparado para defender á Robespierre. «Robespierre no es mi amigo,—dice en su discurso;—casi nunca le he hablado, y le he combatido en el momento de su mayor poder; pero ha salido virgen de la Asamblea constituyente. Sentado siempre al lado de Petion, estos dos hombres eran los generales de la libertad. Robespierre puede decirnos lo que dijo un romano: «Se me ataca en mis discursos; tan inocente soy en mis acciones». Robespierre nunca ha querido ser nada: está puro de esos dias de Setiembre, en que el pueblo, perverso como los reyes, quiso tambien hacer su Saint-Barthelemy. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Elevado sobre montones de cadáveres, prediqué el respeto á la ley.»

Collot-d'Herbois justifica los asesinatos. Barere los excusa. Admirado ya del entusiasmo popular que excita Robespierre, desdeñado por él aquella mañana, dice:

«Ciudadanos, y yo tambien, en el discurso que habia preparado acerca de Robespierre, emitia una opinion tan política y revolucionaria como la de Collot-d'Herbois. Este dia, decia yo, presenta un crimen á los ojos del hombre vulgar; á los del hombre de Estado tiene dos efectos: hace desaparecer los conspiradores que la ley no podia alcanzar, y anonada á los fuldenses, los realistas y la aristocracia.» Este arrepentimiento de Barere no fué bien acogido, y no encontró aquel dia la popularidad que iba á buscar hasta en la sangre derramada por otras manos.

Fabre d'Eglantine acusó á los girondinos de querer que la Convencion nacional fuese á celebrar sus sesiones fuera de Paris. «He visto en el jardin del ministerio de Negocios extranjeros al ministro Roland, pálido, abatido y con la cabeza apoyada en un árbol, pedir con grandes instancias que se trasladase la Convencion á Tours ó Blois. He visto estos mismos hombres que se encarnizan hoy contra el 2 de Setiembre ir á casa de Danton y manifestar su alegría al oír hacer la relacion de aquellas muertes. Uno de entre ellos (indica á Brissot, enemigo del libelista Morande) aún deseaba que Morande fuese inmolado. Sólo Danton mostró en aquellos dias una gran energía de carácter, y él sólo no perdió la esperanza de que se salvase la patria. Hiriendo con el pié el suelo, hizo brotar miles de soldados.» Fabre d'Eglantine llevó la adulacion hasta insultar á madama Roland, ante cuyas aras quemaba incienso la víspera.

Fabre, secretario de Danton, ménos su amigo que su cortesano, habia nacido en las faldas del Pirineo, como Barere. Cómico en su principio, amigo de dar gusto á la sociedad, su disposicion para tocar varios instrumentos, su genio que se complacia en agradar, sus versos cómicos y su locuacidad de calavera, hacian que le buscasen los hombres amigos de divertirse. Dos comedias que fueron aplaudidas consagraron su reputacion de escritor. La amistad de Danton, de Lacroix y de los agitadores subalternos de la municipalidad habia aumentado su fortuna y ensanchado su ambicion. Pobre ántes de los asesinatos de Setiembre, tuvo despues de estos dias casa, carruajes y cortesanos. Abrigado siempre detras de los hombres fuertes, manifestaba más el gusto por los grandes crímenes que el valor para cometerlos; el miedo le impulsaba al ménos tanto como la ambicion. Danton se servia de él, y Robespierre le despreciaba.

VIII

Petion, que no habia podido hablar en la Convencion y que no queria hablar en los Jacobinos, hizo imprimir al dia siguiente el discurso que habia preparado, ménos para acusar que para juzgar á Robespierre. Vilipendiaba en él á Marat; reprendia á la municipalidad y rechazaba con horror la sangre de Setiembre sobre los asesinos. «En cuanto á Robespierre, —decia, —su carácter explica su papel. Receloso, desconfiado, viendo complots y abismos en todas partes, su temperamento bilioso y su imaginacion atrabiliaria le hacen ver con el colorido del crimen todos los objetos. No creyendo más que en él, no hablando sino de sí mismo, convencido siempre de que se conspira contra él, ambicioso sobre todo del favor del pueblo y hambriento de aplausos, esta debilidad de su alma, por ser popular, ha hecho creer que aspiraba á la dictadura, cuando no aspira más que al amor exclusivo y celoso del pueblo. ¡El pueblo es toda su ambicion!»

Este verdadero retrato de Robespierre era tambien el verdadero retrato de Petion. Habia entónces entre los dos partidos de la Montaña y de la Gironda más sospechas que conflictos reales, y los amigos comunes que querian reunirlos eran los confidentes de sus mutuas acusaciones.

Garat acababa de ser nombrado ministro del Interior, despues que Danton habia dejado de serlo de Justicia; era un escritor nacido tambien en los Pirineos, revolucionario por filosofía y literato de profesion, uno de estos hombres á quienes las circunstancias arrastran á lo contrario que su imaginacion. Demasiado tímido para resistir con los girondinos, demasiado escrupuloso para obrar con los montañeses, trataba de introducirse, tolerado, amado y desdeñado por ambos partidos.

«He recordado con asombro muchas veces—dice en sus *Memorias*—dos conversaciones que en el espacio de dos ó tres dias he tenido con Salles y con Robespierre. Los habia conocido á ambos en la Asamblea constituyente, y los creia sincera é igualmente decididos por la revolucion. No tenia la menor duda sobre su probidad; pero si hubiera tenido que dudar de la de uno de ellos, del último que hubiese sospechado hubiera sido de Robespierre. Salles tenia una imaginacion inquieta, agitada por la fiebre de la revolucion. En la charla confusa, insignificante y vaga de Robespierre, cuando hablaba de inspiracion, creia percibir los gérmenes de un talento



que podía crecer. Violentaba con paciencia su lengua para amoldarla á las formas de la antigüedad y de Juan Jacobo Rousseau. La lectura continua de esos filósofos debía penetrar en su espíritu y mejorarle. Ambos hombres tenían el temperamento atrabiliario, de donde en todos los siglos han salido las tempestades populares. Creo que Robespierre tiene religion; pero nunca hombre alguno que sabe escribir frases elegantes y persuasivas tuvo un talento más falso. Un día que yo le suplicaba reflexionase sobre algunas ideas que le sometia, me respondió: «No tengo necesidad de reflexionar, pues siempre me atengo á mis primeras impresiones. Todos esos diputados de la Gironda, Brissot, Louvet, Barbaroux, son contrarevolucionarios y conspiradores». «¿Y dónde conspiran?» —le pregunté. «En todas partes, —me contestó, — en París, en Francia, en toda Europa. La Gironda ha formado desde hace ya mucho tiempo el proyecto de separarse de Francia, para volver á Guyena y unirse á Inglaterra. Gensonné dice claramente á todo el que le quiere oír que no son aquí representantes, sino plenipotenciarios de la Gironda. Brissot conspira en su diario, que es una llamada á la guerra civil; ha ido á Londres, y se sabe á qué. Claviere, su amigo, ha conspirado toda su vida. Roland está en correspondencia con el traidor Montesquiou. Trabajan juntos para abrir Saboya y Francia á los piemonteses. Servan sólo ha sido nombrado general del ejército de los Pirineos para entregar la llave de la frontera á los españoles. Dumouriez amenaza más á París que á Bélgica y Holanda. Ese charlatan de heroísmo, á quien yo queria hacer arrestar, todos los días come con los girondinos. ¡Ah! Estoy cansado de la revolucion; estoy enfermo; nunca la patria estuvo en mayor peligro, y dudo que pueda salvarse.» «¿No teneis duda sobre lo que decis?» —le pregunté. «Ninguna», —me respondió Robespierre.

»Me retiré consternado y asustado, —prosigue Garat, —y encontré á Salles, que salia de la Convencion. «Y qué, —le dije, —¿no hay ningun medio de prevenir estas divisiones mortales para la patria?» «Lo espero, —me dijo; —yo quitaré bien pronto la máscara que cubre los proyectos de todos estos malvados. Conozco sus planes y sé que sus complots principiaron ántes de la revolucion. El duque de Orleans es el jefe oculto de esa banda de perversos. Laclos es quien ha urdido sus tramas, Lafayette su cómplice, y quien fingiendo proscribirle, envió al duque de Orleans á Inglaterra, para anudar la intriga con Pitt. Mirabeau tenia parte en estos manejos, y recibia dinero del rey para ocultar sus relaciones con el duque de Orleans, y recibia más de éste para servirle. Necesitaban haber hecho entrar á los Jacobinos en sus complots, pero no se atrevieron y se dirigieron á los Franciscanos; fueron siempre el semillero de los conspiradores. Danton los amolda á la política, Marat los domestica para los crímenes. Negocian con Europa, y tienen relaciones con todas las cortes; tengo pruebas de ello. Han sumergido un trono en sangre, y quieren hacer salir de una nueva sangre un nuevo trono. Saben que el lado de la Convencion donde están todas las virtudes es tambien el lado donde están todos los republicanos; nos acusan de realismo, para desencadenar con este pretexto contra nosotros el furor de la multitud. Todo el lado derecho debe ser degollado. El duque de Orleans subirá al trono. Marat, Robespierre y Danton le asesinarán: hé ahí los triunviros. Danton, el más hábil y el más malvado de los tres, se deshará de sus colegas y dominará solo, primero como dictador, y bien pronto como rey.»

»Yo estaba estupefacto al ver la credulidad de semejante hombre. «En efecto, ¿se piensan tales cosas entre vuestros amigos?»—dije á Salles. «Todos ó casi todos,—respondió.—Condorcet aún duda, Sieyes se explana poco, Roland ve la verdad; todos conocen que es indispensable evitar estos crímenes y estas desgracias.» Yo traté de disuadir á Salles. El odio y el miedo ofuscaban á los dos partidos.»

IX

Vergniaud sólo, más tranquilo porque era más fuerte, conservaba la sangre fría de la imparcialidad en medio de las prevenciones y de los odios. Escribía en aquel tiempo á sus amigos de Burdeos estas líneas de serena melancolía, restituidas por primera vez á la historia, que pintan el estado de la patria por el de su alma: «En las circunstancias difíciles en que me hallo, mi corazón tiene necesidad de explayarse con vosotros. Algunos hombres que se alababan de haber hecho solos el 10 de Agosto, creyeron tener el derecho de conducirse como si hubiesen conquistado á Francia y á París. Yo no quise humillarme ante aquellos ridículos déspotas, y me llamaron aristócrata. Preví que si la existencia de la municipalidad revolucionaria se prolongaba, el movimiento revolucionario se prolongaría también, y conduciría á los más horribles desórdenes. Me llamaron aristócrata, y vosotros conocéis los deplorables acontecimientos del 2 de Setiembre. Los despojos de los emigrados y de las iglesias eran presa de las más escandalosas rapiñas. Yo las denuncié, y se me llamó aristócrata. El 17 de Setiembre se renovaron los asesinatos. Yo tuve la fortuna de hacer que se diese un decreto que ponía la vida de los detenidos bajo la responsabilidad de la Asamblea, y me llamaron aristócrata. Mis amigos y yo nos ocupábamos noche y día en las comisiones de los medios de reprimir la anarquía y de hacer salir los prusianos del territorio, y nos amenazaban noche y día con el puñal de los asesinos. Se abrió la Convencion, y era fácil prever que si se guardaba en su seno á los hombres de Setiembre, sería agitada con continuas borrascas. Lo anuncié, pero mi denuncia no produjo ningun efecto...

«Jamás me causaron la menor emocion los miserables clamores que se levantaron contra mí; sin embargo, me dije á mí mismo: «Quizá estos hombres que acusan sin cesar la pretendida faccion de la Gironda, que desde el 10 de Agosto provocan los puñales con nosotros, son sólo atormentados por la ambicion de presentarse siempre en la tribuna; quizá ellos tendrán el talento y la dicha de servir allí la causa pública mejor que nosotros. No impidamos por orgullo el bien que ellos pueden hacer. ¡Ah! ¿Deseamos nosotros otra cosa más que salvar nuestra desgraciada patria?» Entónces yo me consagro al silencio y me limito á los trabajos de los comités. Otra razon me hace guardar el silencio. En el choque de las pasiones personales, ¿quién puede responder que será siempre dueño de las pasiones de su alma? Tarde ó temprano se paga tributo á la debilidad humana, y nosotros debemos cuenta á la república de todos nuestros extravíos. Pues bien, ¿qué hacen esos eternos difamadores? Redoblan su furor para calumniar, en la Convencion, en los ejércitos y en todos los puestos importantes, á los hombres que han sido útiles á la república. Acusan á todos de intrigas, para que de ese modo la atencion general se separe de los complots que ellos mismos fraguan. El que no aplaude los ase-

sinatos, para ellos es un aristócrata; el que los aplaude es virtuoso. Nos apremian para que resolvamos por aclamacion sobre la suerte de Luis XVI, sin fórmulas, sin pruebas y sin juicio. Hacen circular infames libelos contra la Convencion y ridículos penegíricos del duque de Orleans. Excitan en las secciones nuevas insurrecciones como la del 10 de Agosto, y preconizan leyes agrarias. Los matadores del 2 de Setiembre, asociados con sacerdotes que se dicen patriotas, meditan y propagan listas de proscripcion. Hablan claramente de buscarse un jefe y un dueño á la república. El celo de semejantes hombres para pedir la muerte de Luis XVI me parece, lo confieso, muy sospechoso: quieren, con la precipitacion de un juicio que se pareceria á sus violencias, hacernos legalizar los asesinatos de la Abadía.

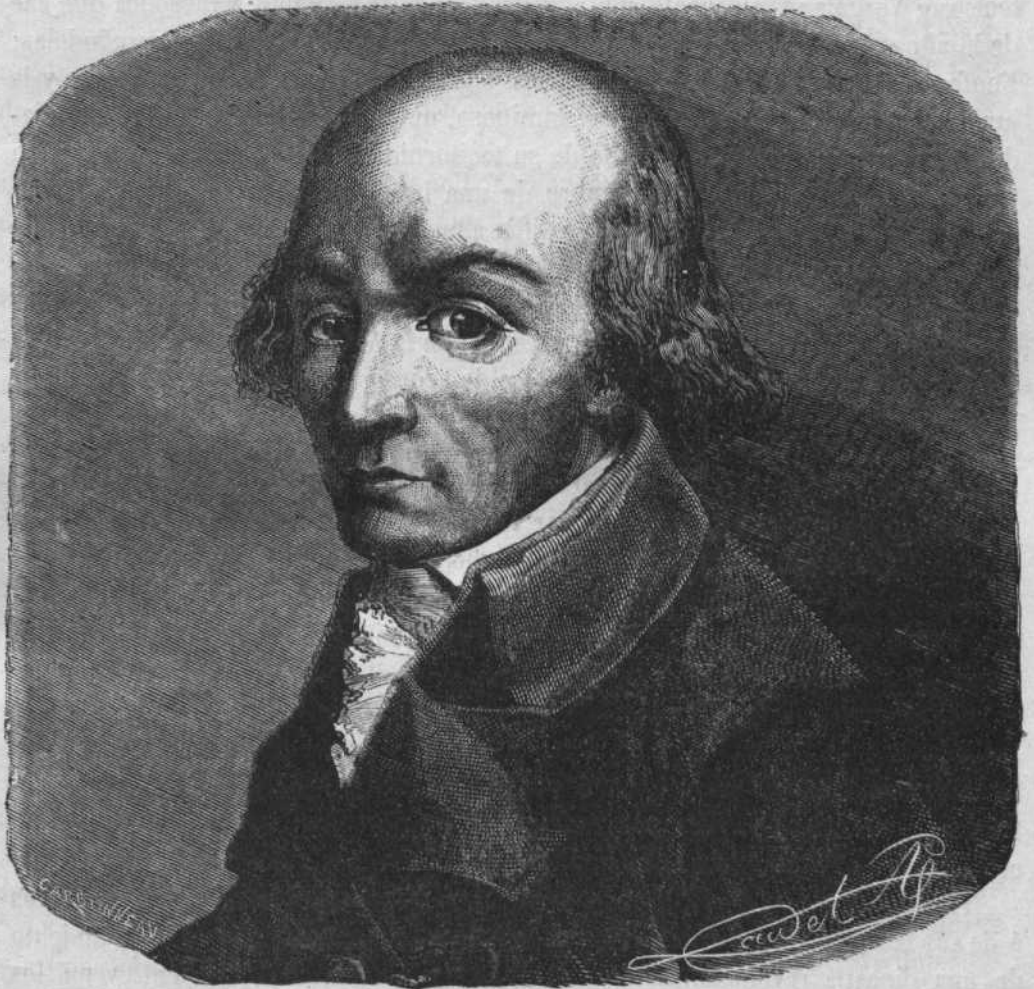
» Raras veces os escribo, perdonadme. Con frecuencia mi cabeza está llena de penosas ideas, y mi corazon de dolorosos sentimientos; apénas me queda muchas veces bastante fuerza moral para cumplir con mi deber. Vuestro juicio es mi consuelo. Libre, ya lo sabeis, de toda clase de ambicion, no teniendo pretensiones de riqueza ni de fama, sólo me ocupa un deseo, que es el de poder un dia gozar con vosotros en el retiro del triunfo de la patria y de la libertad.»

Esta carta respiraba la gravedad, la tristeza y el desinterés de los pensamientos de Vergniaud. Boyer-Fonfrede y Ducos, sus dos jóvenes amigos, dilataban sus almas en confidencias semejantes que tenían con sus amigos de Burdeos. «El departamento de la Gironda—escribia entónces Ducos—debe mucho al celo y á la actividad de este excelente jóven (Fonfrede, su cuñado y amigo). Si continúa, como espero, marchando con paso firme por el mismo camino, toda la república le deberá grandes obligaciones. ¿Por qué, amigo mio, me llamas silencioso? Si tu reconvenccion es porque me separo de la tribuna, te responderé que cuando se tiene poco respeto por su propia razon y mucho amor á la causa pública, se quiere más trabajar, hablar y servir, que presentarse. He tratado de prestar algunos servicios, nunca de obtener aclamaciones; he satisfecho poco mi amor propio, pero he contentado algunas veces mi conciencia. Además, mi salud, débil siempre desde el mes de Setiembre, no me ha dejado el uso de mis facultades, no diré oratorias, sino discutidoras, y tú sabes que los pulmones de Duchesne son más poderosos en una Asamblea que la misma razon con una voz chillona y aguda.»

Fonfrede escribia por aquel entónces á su padre: «Estamos rodeados de traidores y sitiados por intrigas. Sieyes, Brissot y Condorcet, nuestros amigos, son las únicas cabezas de Francia capaces de darnos una buena Constitucion. Conoceis el talento, el patriotismo y la probidad de Vergniaud; yo le veo de cerca, y os aseguro que es la gloria de la Convencion. Es tan inaccesible á toda seduccion como á todo temor; sólo le conozco un defecto, que es un poco de apatía en el carácter, y alguna propension á desanimarse. Guadet, hombre de gran talento y de un sublime valor, se immortalizó el 10 de Agosto; su vida responde bien á las calumnias que le han prodigado. Grangeneuve es el patriotismo en persona; su cabeza se enciende demasiado pronto, pero alumbra ardiendo. Gensonné es un hombre que tiene recursos, discute bien; tuvo algun tiempo la pasion de gobernar, pero esta pasion se ha extinguido en él.»

Brissot, por último, afiliado por sus jóvenes amigos entre los patriotas del Mediodía, se quejaba á ellos en estos renglones, hallados entre los papeles de la

Gironda: «Los enemigos de la verdadera libertad me llenan de amargura. Sostengo día y noche un penoso combate contra los hombres que han jurado la pérdida de la república. Nuestras convulsiones no han llegado á su término; la facción de la anarquía toma consistencia, y ahora nos será difícil vencerla. Lo he dicho desde el origen de esta Convencion: es la tercera revolucion que tenemos que hacer, la revolucion de la anarquía. Amigos míos, perseverad: conocisteis que sólo el orden



Louvet.

y la ley pueden garantizar la libertad. En medio de las tormentas que nos rodean aquí, y que agitan la ciudad en que os escribo, es un dulce consuelo para mí contemplar la tranquilidad de que gozais. Es la apología más elocuente del sistema de república que deshonran las disensiones y el despotismo de Paris».

X

Vergniaud, Ducos, Fonfrede, Grangeneuve, Condorcet y Sieyes hablaban todas las noches de la situación de la república en casa de una mujer notable por su talento y por su republicanismo, á quien los diputados de la Gironda habían sido recomendados por su banquero de Burdeos. Casada con un hombre rico,

habitaba el barrio de la Chaussée-d'Antin, no lejos de la casa en que Mirabeau habia muerto, despues de haber intentado, como los girondinos, moderar y constituir la revolucion; pero el metal en fusion no toma las formas sino al irse enfriando, y la revolucion aún hervia. Parecia que aquellos hombres ignoraban que les quedaban demasiados esfuerzos que hacer fuera para que la sobreexcitacion de sus fuerzas no prolongase sus convulsiones. En aquella reunion, Condorcet era sentencioso; Vergniaud, elocuente con aquella elocuencia tranquila y filosófica que cae de lo alto sobre las tempestades, como si la palabra pudiese calmarlas juzgándolas; Fonfrede y Ducos, ardientes, temerarios y graciosos como la inexperiencia y la juventud; Sieyes, profundo, conciso, luminoso, nutrido de lo mejor de los historiadores antiguos, lanzando del fondo de su taciturnidad habitual rayos de prevision que iluminaban el porvenir. «Hombre de una intuicion soberana, cuando Sieyes hablaba,—nos dice la mujer que presidia aquellas conversaciones,—me parecia que una inteligencia superior se levantaba en mi alma, y me hacía comprender lo que me parecia incomprensible ántes que él hubiese hablado.» Los girondinos escuchaban á Sieyes con respeto. El prestigio de la Asamblea constituyente y de la amistad de Mirabeau le rodeaba á sus ojos, le aconsejaba las más varoniles empresas. Inflexible como un principio, no contaba por nada las dificultades del día, los obstáculos ni los peligros que sus planes suscitarían. Abstraído como un oráculo, promulgaba sus axiomas y desdeñaba discutirlos. Purificar los comités legislativo y ejecutivo de la Convencion, expulsar los demagogos, anonadar á Robespierre, seducir ó abatir á Danton, reprimir á la municipalidad, concentrar veinte mil hombres escogidos en los departamentos para rodear la Convencion y sujetar al pueblo, arriesgar un día contra los arrabales, apoderarse de la casa de la ciudad, aquella Bastilla del despotismo popular, concentrar el poder en un directorio republicano, lanzar á Dumouriez en Bélgica y á Custine en Alemania, hacer temblar todos los tronos, todas las teocracias y todas las aristocracias del continente por su existencia, negociar secretamente con Prusia é Inglaterra, salvar á Luis XVI y su familia, guardarlos en rehenes hasta la paz, y condenarlos despues á un ostracismo eterno; tales eran los planes con que Sieyes adulaba é inflamaba á los girondinos.

Tras estos planes republicanos, y en la sombra de sus últimos pensamientos ó de sus reticencias, se ocultaba quizá un trono constitucional y el advenimiento de una dinastía revolucionaria; pero estaba muy lejos de dejarlo entrever á los girondinos. Sieyes, que habia sido el alma de la Asamblea constituyente, de la que Mirabeau era la palabra, esperaba volver á tomar su ascendiente sobre las opiniones y sobre los negocios por medio de Vergniaud.

«Este Sieyes es el topo de la revolucion,—decía Robespierre incomodado.—El abate Sieyes no se presenta, pero no deja de trabajar en los subterráneos de la Asamblea: todo lo dirige y todo lo embrolla; levanta la tierra y desaparece; crea las facciones, las pone en movimiento, las impulsa unas contra otras, y él se conserva separado para aprovecharse más tarde, si le son favorables las circunstancias.»

Condorcet, Brissot y Vergniaud no tenían preocupaciones contra la monarquía, y el disgusto que causaban las convulsiones populares principiaba á inclinar sus ánimos hácia la concentracion de la autoridad pública. Pero sólo el nombre de trono era una injusticia en los oídos de los hombres del 10 de Agosto, y el odio

fanático á los reyes era casi toda la política de los jóvenes diputados de la Gironda. Para ellos, el grito necesario era la república ó la muerte.

Fonfrede, hijo de un negociante de Burdeos y él negociante tambien, tenia sólo veintisiete años. Habia pasado su juventud en Holanda, donde habia respirado la antigua tradicion republicana de aquellas provincias unidas, donde la riqueza y la libertad han nacido la una de la otra. Fonfrede, despues de volver á Francia, se habia casado con una jóven hermana de Ducos, que servia de nudo á aquellos dos amigos y á aquellos dos hermanos: vivian, amaban y pensaban juntos. Ricos y establecidos en Paris, daban hospitalidad á Vergniaud. Su entusiasmo revolucionario les llevaba mucho más léjos que á él. Vergniaud permitia á su republicanismo las lágrimas por la suerte de los reyes y de los emigrados; Fonfrede y Ducos tenian la exaltacion de jóvenes jacobinos.

Los otros girondinos, Petion, Buzot, Louvet, Salles, Lasource, Rebecqui, Lanthenas, Lanjuinais, Valazé, Durand de Maillane, Feraud, Valady, el abate Fauchet, Kervelegan y Gorsas, se reunian más habitualmente en casa de madama Roland. No tan ardientes como Fonfrede, Ducos y Grangeneuve, ménos prudentes que Vergniaud, arreglaban sus actos por el interes de su partido más que por la emocion de su alma. Triunfar de los jacobinos disputándoles á todo precio la popularidad, quitar á Danton y á Robespierre los pretextos de que se valian para acusar á los moderados de realismo, ahogar á Marat en la sangre de Setiembre, removida sin cesar para sublevar la indignacion de la Convencion, crear y guardar en su poder una fuerza armada y un poder ejecutivo, introducir en masa á sus amigos en los comités, y unir la mayoría á sus intereses por hilos que la mano de Roland haria mover, era todo su plan. Sin duda que los intereses de la patria entraban mucho en sus pensamientos; pero confundian fácilmente la ambicion de su partido con el interes de la república. Tal es el peligro de las reuniones de este género, republicanas ó parlamentarias: el de cambiar en el alma de los mejores ciudadanos el patriotismo en faccion, y el de reducir el imperio á las proporciones de una opinion. Por el contrario, una parte del poder de Robespierre consistia en que se comunicaba sin cesar con la multitud de la sala de los Jacobinos, mientras que los girondinos se encerraban en su propia atmósfera. La única ventaja de las reuniones en casa de Roland era la de disciplinar al partido girondino, imprimir el mismo espíritu á sus periódicos, y dirigir con una mano invisible los sufragios de la Convencion sobre los nombres de sus amigos para los comités. Con esta táctica gobernaban los comités por los jacobinos, pero Robespierre gobernaba el espíritu público: ambos lados conocian que la victoria quedaria al partido más popular; por consiguiente, era la popularidad lo que se disputaba. Ambos partidos la buscaban por todas partes.

XI

Los jacobinos, en este momento creian encontrarla en el Temple. Aquel de los dos partidos, segun ellos, que declarase por sus actos el odio más irreconciliable al trono y que sirviese mejor al resentimiento y á la venganza de la nacion entregándole la cabeza del rey, adquiriria un título tal á la confianza y daria una prenda tal á la república, que la nacion y la república se le entregarían. El precio de la

cabeza de Luis XVI era la dictadura. La ambicion no regatea, y el miedo aún ménos; luego aquel de los dos partidos que rehusase dar esta prenda á la república, descubriría con sólo este hecho su inclinacion á la supersticion por el trono, y esta duda se reputaria como complicidad. Confesar compasion por un rey era lo mismo que declararse hostil á la república, y la patria no queria ni enemigos ni amigos dudosos. Rehusarle su venganza era desconocerla; por consiguiente, la rivalidad de los partidos se cifraba en una cabeza, debiendo quedar el imperio al más implacable. Los dos partidos iban á luchar delante de la república para ver quién la sacrificaría más pronto y más completamente su mayor víctima; siniestra reunion de circunstancias en que el ideal humano está, por decirlo así, fuera de su lugar, y en que el terror y el resentimiento trastornan de tal modo el alma de un pueblo, que en vez de cifrar su fuerza en la generosidad, la pasion pública ve su cólera y su seguridad en la inmolacion.

Ningun odio personal tenia Robespierre contra el rey; aún conservaba alguna esperanza en las virtudes de aquel príncipe cuando su advenimiento al trono prometia un reinado á la filosofia. Danton hubiera deseado salvar á Luis XVI. Las misteriosas relaciones de este hombre con la reina y con madama Isabel, las promesas que les habia hecho de velar por sus dias en medio de sus enemigos, la piedad por aquel príncipe, cuyo único crimen era haber nacido en una época de revolucion, con escaso genio para comprenderla, demasiado clemente para combatirla y demasiado débil para dirigirla; la ternura por sus hijos, que hallaban al nacer un crimen en su nombre y una prision en su cuna; el secreto orgullo de salvar una familia coronada, el pensamiento político de guardar aquellos grandes rehenes, y de hacer de su vida y de su libertad un objeto de negociacion con las potencias extranjeras, todo inclinaba á Danton á ser moderado; y no lo ocultaba á sus amigos íntimos. «Las naciones se salvan, pero no se vengan,—dijo un dia á un grupo de franciscanos que le criticaban porque no insistia sobre el proceso de Luis XVI.—Yo soy revolucionario, pero no una bestia feroz; no deseo la sangre de los reyes vencidos. Dirigios á Marat.» Y hasta para Marat era indiferente el juicio de Luis XVI. No pedia en sus periódicos se juzgase al rey sino para arrojar un guante más á los girondinos, y para mostrarse más político que Robespierre y más implacable que Danton.

Ya en este estado, era imposible á los girondinos eludir la cuestion. Proponer á la Convencion la amnistía pura y sencilla de Luis XVI, era presentarse á los ojos del pueblo irritado como traidores, que sólo perdonan al tirano para restituirle bien pronto la tiranía. Su partido se dividia en dos opiniones sobre esta cuestion. Condorcet, Vergniaud, Roland, Lanjuinais, Brissot, Sieyes, Petion y Fauchet tenian una repugnancia invencible á levantar el cadalso de un rey á la entrada de la república. La equidad, la justicia, las fórmulas del juicio, la magnanimidad y la generosidad protestaban en su corazon; no desconocian, como hombres ya experimentados en las exigencias de las revoluciones, que esta concesion de la sangre de Luis XVI no haria más que traer tras sí la necesidad de otras, y que una república nacida en el combate del 10 de Agosto, inaugurada con la sangre de Setiembre, y sancionada á sangre fria con un suplicio, no prometia más que el terror en la nacion, y sólo imprimiria la repulsion fuera. Se inclinaban á disputar á la nacion el derecho de juzgar al rey, reconociéndole al mismo tiempo el de vencerle y

ponerle preso. A sus ojos, habia en Luis XVI un vencido, pero no un acusado, en el pueblo un vencedor, mas no un juez, y en el suplicio una venganza, mas no una necesidad.

La otra opinion, aunque participando del horror de la sangre y confesando la inutilidad de aquella muerte despues del combate, miraba á Luis XVI como un criminal de lesa nacion, á quien ésta tenia el derecho de castigar para venganza del pueblo y para ejemplo de los reyes. Fonfrede, Ducos, Valazé y otros espíritus rígidos, á quienes fascinaba el ejemplo de los tiranos antiguos inmolados para cimentar la libertad de los pueblos, y á quienes el espectáculo de las vicisitudes humanas y



Robespierre sube á la tribuna (sesion del 5 de Noviembre, 1792).—Pág. 182.

el enternecimiento por las víctimas aún no habia conmovido, opinaban en este sentido. «Luis XVI va á dejar su cabeza sobre el cadalso,—escribia en este tiempo Fonfrede á sus hermanos de Burdeos.—Este acontecimiento, muy sencillo en sí mismo, mirado por

cada uno de nosotros bajo distintos aspectos, es esperado tambien de diverso modo por cada uno. Un resto de supersticion mezclado á yo no sé qué inquietud sobre el porvenir, hace que le teman algunas almas escrupulosas; pero el mayor número lo desea, y la libertad y la igualdad lo mandan tanto como la *justicia* universal. El sacrificio es grande. ¡Condenar un hombre á la muerte! Mi corazon se conmueve y gime; pero el deber habla, y hago callar á mi corazon. La pena es justa, muy justa; no quiero más garantía de ello que la seguridad de mi conciencia. Algunos miembros de la Asamblea creen que sería útil se sobreyese hasta la paz; esto sería una medida á medias, y no valdria nada; nos perdemos si nos

asustamos de nuestro valor. En el momento en que los potentados de Europa se ligan contra nosotros, les ofrecemos el espectáculo de un rey ajusticiado.»

«Nosotros queremos dirigir la revolucion, de miedo que nos envuelva,—añadían los girondinos de este partido,—y para dirigir una revolucion es necesario estar á la cabeza de la pasion que la impulsa. Esta es la de la libertad: la libertad quiere vengarse y defenderse, y el pueblo no estará seguro de ser libre sino cuando haya pasado sobre el cadáver de un rey. La víctima es culpable, no hay ningun crimen en inmolarla. Los Jacobinos, los Franciscanos, la municipalidad, el partido patriota de la Convencion, los clubs, los periódicos y las peticiones de los departamentos nos mandan juzguemos al enemigo de la nacion. Si resistimos á esta voz del pueblo, nos desconocerá y se entregará en masa á Robespierre, Danton y Marat, y nuestra compasion será nuestro crimen. El cadalso del rey será el trono de su faccion, y nosotros perecerémos sin salvar la cabeza de Luis XVI; dejarémos el imperio á los malvados, y nuestro fatal escrúpulo habrá perdido la revolucion. Guardemos nuestra sensibilidad para nuestras mujeres y nuestros hijos en la vida privada, llevando sólo á los negocios públicos la inflexibilidad de los hombres de Estado. Algunas veces se salvaron los imperios con una gota de sangre: jamás con las lágrimas.»

XII

Se prolongaron mucho tiempo estas dudas entre las dos facciones de la Gironda, cuya unidad amenazaban romper; pero Sieyes las concilió. Hombre sin odio y sin amor, sólo miraba los negocios con la razon, repugnándole tanto comp á Vergniaud se juzgase á un rey á quien ya la victoria habia juzgado, y no reconocia en la Convencion ni el derecho ni la imparcialidad necesaria para un juicio. Sólo veia en inmolar á Luis XVI uno de esos actos de cólera nacional que más tarde hacen avergonzarse á los pueblos que los miran á sangre fria, y que salpican con manchas de sangre la cuna de su libertad. Sieyes esperaba que la reflexion y la justicia conducirian durante el tiempo de un largo proceso el sentimiento público á la opinion del ostracismo, único juicio y suplicio de los poderes caidos; pero Sieyes, que tenia la sangre fria de la inteligencia, no tenia la intrepidez del alma. La política y la timidez le impedian tomar partidos absolutos, y se reservaba siempre la posibilidad de transigir con el miedo y de sufrir la necesidad de las circunstancias. Sus opiniones eran más bien avisos que resoluciones. Aconsejó, pues, á sus amigos los girondinos que prorogasen la dificultad con términos medios que dejasen á cada uno su libertad de opinion sobre el juicio del rey, y que volviesen á enviar al pueblo el fallo definitivo y en última apelacion. De este modo, los girondinos conservarian el crédito necesario para su influencia en la Convencion; hablaria y votaria individualmente cada uno segun la exaltacion de su patriotismo ó la magnanimidad de su moderacion, sin que la opinion de ninguno de los miembros del partido pudiese caracterizar la opinion del partido mismo. Las opiniones en el juicio serian individuales; pero una vez dado el fallo, todos estarian de acuerdo en pedir que este fallo fuese revisado por el pueblo soberano, y de este modo pondrian á cubierto su responsabilidad. Esto fué lo que se llamó *apelacion al pueblo*. El proceso fué resuelto con la reserva de esta medida, que tranquilizaba la concien-

cia de los unos, ponía al abrigo la popularidad de los otros, y concedía á las circunstancias, no la cabeza, sino el juicio del rey. Concedido el proceso por el imperio de un resentimiento nacional que tres meses no habian podido calmar, y bajo la amenaza de los ejércitos extranjeros que impulsaba al pueblo á medidas desesperadas, era fácil prever que ningun partido podría salvar la víctima.

XIII

Ni Robespierre, ni Danton, ni Marat, ni los girondinos tenían sed de la sangre de Luis XVI, ni creían en la utilidad política de su suplicio; aisladamente, cada uno de estos hombres y cada uno de estos partidos hubiese libertado al rey; pero cara á cara y luchando para ver cuál era más patriota y más republicano entre ellos, estos partidos y estos hombres levantaban el guante que se arrojaban mutuamente. Todos hubieran preferido no hubiese tenido lugar tal reto; pero una vez hecho, el que retrocediese era perdido, y dejaba, no sólo su popularidad, sino su vida en manos del otro; iban á herirse ó defenderse á través del cuerpo del rey. No era ninguna facción, ninguna opinión, ningun hombre quien inmolaba al rey, sino el antagonismo de todas estas opiniones y de todas estas facciones. Su proceso venía á ser el campo de batalla de los partidos; su cabeza no era el despojo, sino el signo aparente y cruel del patriotismo. Ninguno quería dejar este signo á sus adversarios, y en esta lucha, el rey debía caer bajo las manos de todos.

Una vez adoptado este partido, los girondinos, y Roland sobre todo, quisieron apresurarse á quitar este pretexto de turbulencia y division en la república. Dueños del comité de legislación, hicieron que se encargase primero á Valazé y después á Mailhe el relato á la Convencion de los *crímenes*, y después el juicio del rey. Querían quitar á Robespierre la iniciativa de la acusacion, é imprimir un carácter judicial al proceso del rey, para que la lentitud y la solemnidad de las fórmulas diesen tiempo á la sangre fría y la justicia y al cambio de la opinión en favor de la clemencia.

Hizo Valazé esta primera relacion, largo catálogo de los *crímenes* de Luis XVI. Danton se levantó después de la lectura de esta relacion, y pidió su impresion y el estudio profundo de todos los autos y de todas las opiniones que tuviesen conexión con aquella gran causa. La oculta intencion de eludir la discusion con los trámites de la instruccion se manifestaba á las claras en las palabras de Danton. «En semejante materia,—decía,—es necesario no ahorrar los gastos de impresion. Toda opinion que pareciese sensata, aunque sólo contuviese una buena idea, debe publicarse. La disertacion del relator sobre la inviolabilidad no está completa, y habrá muchas ideas que añadir á ella. Fácil será probar que los pueblos tambien son inviolables, que no hay contrato sin reciprocidad, y que es evidente que el ex-rey ha querido violar, vender y perder la nacion francesa, y es de eterna justicia que se le condene.»

Petion y Barbaroux hicieron igualmente proposiciones contemporizadoras, al mismo tiempo que cubrían como Danton su secreta humanidad con imprecaciones contra la conducta del rey.

La impaciencia real ó fingida con respecto al juicio de Luis XVI agitaba tambien las secciones, los periódicos, los Jacobinos y los Franciscanos; oradores erran-

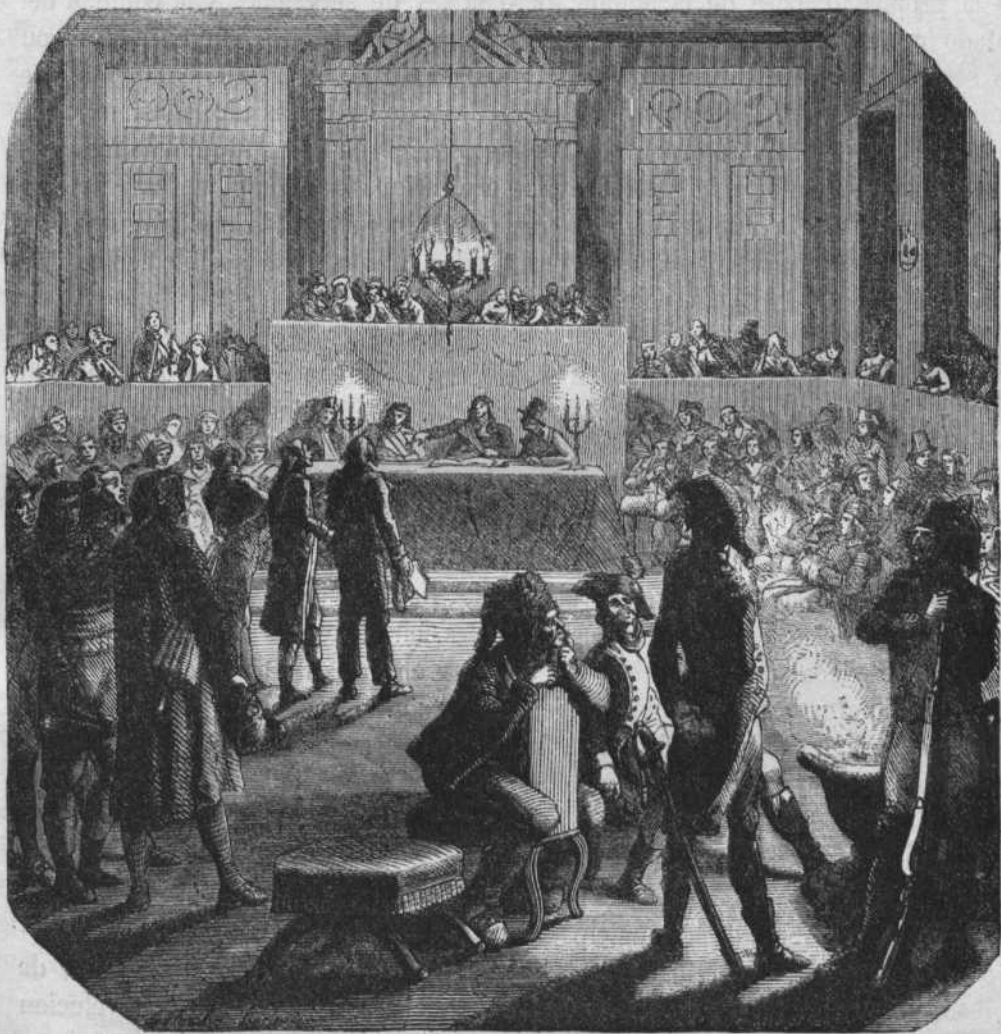
tes levantaban tribunas portátiles en medio de los jardines públicos, é irritaban á la multitud para que pidiese venganza y sangre. El pueblo, dejando su trabajo ántes de concluirse el día, discurría, siguiendo la voz de aquellos agitadores y la inspiracion de sus anuncios, desde la puerta de la Convencion á la de los Jacobinos y Franciscanos, tomando cada vez más partido por Robespierre, y pidiendo á grandes gritos la prueba de los traidores en el juicio del rey. La municipalidad daba pábulo á estas agitaciones, y por santo á las secciones la traicion de Roland y de la Gironda. La insurreccion permanente estaba suspendida sobre la Convencion.

Ya el rumor público acusaba á los girondinos de tener hambriento á Paris, negándose á establecer el *máximum* del precio de las subsistencias en beneficio del pueblo, ya de desorganizar los ejércitos y de amortiguar el entusiasmo patriótico en la nacion, en Saboya, en el condado de Niza, en Bélgica y en Alemania, ya, en fin, de transigir con los realistas y de perdonar, perdonando al rey, la víctima del pueblo y el holocausto de la patria. Marat arrojaba todos los días sobre aquellos gérmenes de odio la centella de su palabra. Sus periódicos estallaban todas las mañanas como aquellos gritos de insurreccion que salen por intervalos de una multitud amotinada; eran el eco creciente y multiplicado del furor de la nacion. Danton, al mismo tiempo que se mantenía en la reserva, en silencio y un poco separado de ambos partidos, conservaba cierto ascendiente con los Franciscanos, é inteligencias cimentadas en una terrible complicidad con los jefes del ayuntamiento. Robespierre, gloriándose de ser él solo una faccion, se conservaba inmóvil en sus principios y en su desinterés, y sin aspirar á nada en apariéncia, esperaba que todo viniese á parar á él. Todos los días, en efecto, despues de la prematura acusacion de Louvet, algunos miembros indecisos de la Convencion se separaban del partido de Roland y de Brissot, y venian á afiliarse con el hombre de los principios, éstos por miedo; aquéllos por estimacion, y el mayor número por aquel poder de atraccion que ejercen, independientemente de su carácter y de sus talentos personales, los hombres que comprenden mejor los dogmas de una revolucion, que se unen á ella con más fe, y que los profesan con más perseverancia é intrepidez á traves de todas las circunstancias, de todas las fortunas y de todos los partidos. Así, de un lado Marat, Danton y Robespierre, los Jacobinos, los Franciscanos y el pueblo de Paris, del otro Roland, Petion, Brissot, Vergniaud, los diputados girondinos, los federados de los departamentos, los marseleses de Barbaroux y la clase media de Paris, se formaban en dos facciones que iban á despedazarse disputándose la república. Tal era el aspecto de la Convencion.

IV

Pero no era sólo la ambicion de gobernar la república lo que creaba estas dos grandes facciones. Estas divisiones tenian su origen en la diferencia de los dogmas revolucionarios que profesaba cada uno de los dos partidos, y en la diferente política que esta diversidad de dogmas inspiraba á sus jefes. Los girondinos sólo eran demócratas de circunstancias; Robespierre y los montañeses eran demócratas por principios. Los primeros no aspiraban, como la Asamblea constituyente y Mirabeau, más que á derribar las antiguas aristocracias de la iglesia, de la nobleza y

de la corte, para reemplazarlas con las aristocracias más modernas de la inteligencia, de las letras y de la fortuna. El trastorno social provocado por los gironinos se detenía en las primeras clases de la sociedad; suprimiendo un trono, una iglesia y una nobleza en la cumbre del Estado, querían conservar todo lo demás. Satisfecho su genio y su orgullo, pretendían detener la revolución, colocar el límite de la democracia detrás de ellos, y dejar subsistir más abajo todas las desigual-



Sala de sesiones de la municipalidad.—Pág. 183.

dades y todas las injusticias, sobre las que ellos solos se habrían elevado por el movimiento que les hubiesen dado.

No ocultaban su predilección hacia la forma de gobierno inglés ó por instituciones senatoriales, que constituirían, si no la majestad del hombre, al ménos la supremacía de una clase. Los más avanzados de estos hombres dejaban ver sus tendencias americanas y federativas, que dividiendo la república en grupos distintos é independientes, permitiesen á las influencias y á las familias de las provincias llegar á ser oligarquías de departamento.

Sin descender hasta la turbulenta demagogia de Marat, la política de Robes-

pierre abrazaba en sus planes de emancipacion y de organizacion á todo el pueblo. Todos los hombres ciudadanos, todos los ciudadanos soberanos y ejerciendo segun las formas determinadas por la Constitucion su parte igual de soberanía; perfectas la justicia y la igualdad, fundadas en los derechos de la naturaleza, y distribuyendo por partes iguales entre todas las condiciones y todos los individuos los beneficios y las cargas de la asociacion comun; los frutos hereditarios del trabajo conservados en la propiedad, base de la familia; pero la ley de sucesiones y la equidad del Estado imponiendo sin cesar al rico las cargas más pesadas, aliviando al pobre con los socorros más abundantes sin cesar, y tendiendo de este modo continuamente á nivelar las fortunas á ejemplo de los derechos y de las castas niveladas; una religion cívica que encerrase en su símbolo y expresase en su culto sencillo los dogmas racionales, las fórmulas morales y las aspiraciones piadosas que hacen creer, esperar y obrar á la humanidad; en tres palabras, un pueblo, un magistrado y un Dios; la ley divina expresada y practicada, cuanto fuese posible, en la ley social: hé aquí el ideal de la política de Robespierre.

Era, como lo hemos dicho, la política de Juan Jacobo Rousseau, y remontándose más, se encuentra el gérmen en el cristianismo; ideal divino, al que se faltó mil veces por la imperfeccion de los instrumentos y de las instituciones que intentaron realizarle; ahogado mil veces en la sangre de los mártires de la perfeccion social, pero que, sin embargo, atraviesa todas las decepciones, todas las tiranías, todas las épocas, todos los sueños, y que la humanidad vuelve continuamente á ver brillar delante de ella, si no como un puerto, á lo ménos como un fin.

Una política tal debía fascinar al pueblo. Esta doctrina tenia cómplices en todas las injusticias, en todas las desigualdades, en todos los sufrimientos de las clases desheredadas de la fortuna y del poder, y en todas las aspiraciones generosas de los hombres. Esta doble complicidad de todo lo que sufre de presente y de todo lo que aspira al porvenir era la fuerza de Robespierre. El pueblo sólo veía ambiciosos en los girondinos, y en Robespierre un libertador.

XV

Pero los miembros de la municipalidad y de los Franciscanos tenían otro motivo para aborrecer y derribar á los girondinos. Dueños de Paris desde el 10 de Agosto, no querian ceder el mando á la Convencion. El instinto de la revolucion les decia que era necesario dar una dictadura á Francia, manejar todos sus resortes á la vez y comunicar á los departamentos, miembros lejanos y frios de la república, ese calor y fiebre que se concentran siempre en ciertos momentos en la cabeza de las naciones. Paris solo, centro y foco de las ideas revolucionarias desde hacia medio siglo, tenia bastante ardor, pasion, fanatismo y autoridad sobre el resto de la república para hacerse imitar ú obedecer, y para ejercer sobre los diputados indecisos ó dispersos de los departamentos una presion de voluntad, de terror y algunas veces de insurreccion, que hiciese de ellos, á su pesar, los instrumentos de la desesperada energía de los principios. Los Franciscanos, la municipalidad y Danton, acordes en esto con ellos, despreciaban en los girondinos aquella moderacion de espíritu y escrúpulos de legalidad, propios, segun ellos, para enervarlo todo en un momento en que todo debía estar tirante y violento

como las circunstancias. Aborrecian, sobre todo, en aquellos hombres de provincia ese espíritu de aislamiento y ese esfuerzo del centro á las extremidades que tendian á poner cada departamento al nivel de Paris, y á no dejar á la capital ni más derechos ni más accion que al último pueblo del Norte ó del Mediodía. «¿Qué nos importan vuestras leyes y vuestras teorías,—decia brutalmente Danton á Gensonné,—cuando la única ley es triunfar, cuando la única teoría para la nacion es la de vivir? Salvémonos primero, y discutiremos despues. Francia en este momento no está en Lille, ni en Marsella, ni en Lyon, ni en Burdeos; está toda donde se piensa, donde se obra y donde se combate por ella. No hay departamentos, intereses separados, ni geografia; no hay más que un pueblo, ni debe haber más que una república. ¿Es en Lyon donde se ha tomado la Bastilla? ¿Es en Marsella donde se ha hecho el 20 de Junio? ¿Es en Burdeos donde se hizo el 10 de Agosto? En todas partes donde hay necesidad de salvarla, allí está Francia, allí está la nacion, una, entera, indivisible.* ¿Qué hablais de la tiranía de Paris? Es la tiranía que ejerce la cabeza sobre los miembros, es decir, es la tiranía de la vida sobre la muerte. Sois hombres de desmembracion, nos acusais de sujetar los departamentos, y nosotros os acusamos de decapitar la república. ¿Cuál de nosotros es más culpable? Quereis hacer pedazos la libertad, para que sea débil y vulnerable en todos sus miembros; nosotros queremos declarar la libertad indivisible como la nacion, para que sea inatacable en su cabeza. ¿Cuál de nosotros es más hombre de Estado?»

Sin duda lo era Danton.

LIBRO TREINTA Y DOS.

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripción del Temple.—Manuel.—Tison y su mujer.—El zapatero Simon y su ayudante Rocher.—El rey separado de su familia.—Clery.—Toulon.

I

En tanto que la república, al nacer, despedazada en el interior por las facciones y amenazada en el exterior por la coalición de los tronos, enviaba sus batallones á todas las fronteras, se agitaba en Paris, y no sabiendo contra quién dirigir su furor, pedía á grandes gritos una cabeza, como para sacrificarla al genio irritado del pueblo, el rey y su familia, encerrados en el Temple, oían confusamente desde el fondo de su prisión el rumor de estas convulsiones. De día en día se aproximaban más y les amenazaban de más cerca.

En estos grandes choques de ideas y de acontecimientos que producen las revoluciones, hay siempre algunos seres expiatorios, algunas familias, algunas almas en quienes se personifica la desgracia común, y en quienes, por un deplorable privilegio del infortunio, los odios de las dos causas encarnizadas, los golpes que se dirigen, los terrores ó furores que se envían una á otra, las facciones que las desgarran, las calamidades, la sangre y las lágrimas de todo un imperio, vienen, por decirlo así, á concentrarse, estallar, desgarrarse, llorar, verter sangre, sufrir y morir en un solo corazón. Es el punto en que las revoluciones más necesarias y las más santas se convierten en angustias, en tormentos y en suplicios para las víctimas que personifican las instituciones inmoladas. Entónces es también cuando la opinión enmudece, cuando la teoría deja de ser implacable, y cuando la historia misma, olvidando un momento su parcialidad por la causa de los pueblos, no tiene otra causa, otra gloria ni otro deber más que la piedad; porque la historia también, intérprete del corazón humano, tiene lágrimas; pero estas lágrimas la enternecen, y no la ciegan.

II

Hemos dejado á Luis XVI en el umbral del Temple, adonde le había conducido Petion, sin que el rey pudiese saber todavía si entraba allí como suspenso del trono ó como prisionero. Esta incertidumbre duró algunos días.

El Temple era una antigua y sombría fortaleza edificada por la orden monástica de los Templarios, en tiempo en que estas teocracias sacerdotales y militares, uniendo la revolución contra los príncipes á la tiranía contra los pueblos, se cons-

truían castillos para monasterios, y marchaban al dominio con la doble fuerza de la cruz y de la espada. Después de su caída, su fortificada mansión había quedado en pie como un resto de otro tiempo descuidado por el nuevo. El castillo del Temple estaba situado cerca del arrabal de San Antonio, no lejos de la Bastilla, y comprendía, con las casas anejas á él, su palacio, sus torres y sus jardines, un vasto espacio de soledad y de silencio en el centro de un barrio bullicioso de París. Los



Parere.

edificios eran el *priorato* ó palacio de la órden, cuyas habitaciones servían de hospedaría pasajera al conde de Artois, cuando este príncipe venía de Versalles á París. Este palacio arruinado tenía habitaciones amuebladas á la antigua, con camas y ropa para el príncipe y su comitiva. Sólo vivían en él un portero y su familia. Había un jardín que le rodeaba, inculto y vacío como el palacio. A algunos pasos de aquella residencia se elevaba el torreón ó castillo del Temple, fortificado en otro tiempo. Su masa tosca y negra se levantaba formando un solo cuerpo desde el suelo hacia el cielo; dos torres cuadradas, la una más grande y la otra más pequeña, unidas la una á la otra como un manojo de paredes, teniendo cada uno de sus flancos otras torrecillas aisladas y que en lo antiguo habían estado coronadas de

almenas, formaban el grupo principal de aquella construcción. Había arrimados á él algunos edificios mucho más bajos y más modernos, que desapareciendo con su sombra, servían sólo para hacer que su altura se notase más. Este torreón y aquella torre estaban contruidos con anchas piedras de sillería, cuyas escoriaciones y grietas jaspeaban las murallas de manchas amarillentas y lívidas sobre fondo negro, como las que imprimen la lluvia y el humo á los monumentos del Norte de Francia.

La torre principal, casi tan elevada como las torres de una catedral, no tenía ménos de sesenta piés desde la base al remate, encerrando entre sus cuatro muros un espacio de treinta piés cuadrados. Un enorme pilar de piedra ocupaba el centro de la torre y subía hasta la aguja del edificio. Este pilar, ensanchándose y ramificándose en todos los pisos, iba á apoyar sus arcos en los muros exteriores, y formaba cuatro bóvedas sucesivas que sostenían otras tantas salas de armas. Cada una de estas salas comunicaba á unos gabinetitos más estrechos abiertos en las torrecillas. Los muros del edificio tenían nueve piés de espesor; los huecos de las pocas ventanas que le daban luz, muy anchos en la sala, iban en disminucion hasta el marco de piedra, dejando sólo penetrar en el interior un poco de aire y una luz lejana, y haciendo aún más sombrías estas habitaciones gruesas rejas de hierro. Dos puertas, forrada la una con madera de encina muy gruesa y guarnecida de clavos de cabeza ancha en forma de diamante, y la otra con planchas de hierro reforzadas con barras del mismo metal, separaban cada sala de la escalera por donde se subía á ellas. Esta escalera en espiral iba hasta la plataforma del edificio.

Para llegar hasta el terrado era necesario abrir siete postigos sucesivos ó siete puertas sólidas, cerradas con llave y cerrojo, y en cada una de ellas habia un centinela y un llavero. En lo alto del torreón habia una galería exterior en la que se podían dar diez pasos por cada frente; el menor viento zumbaba allí como un huracán, y el ruido de París subía debilitándose. Desde allí podía dirigirse la vista sin hallar obstáculo por encima de los tejados bajos del arrabal de San Antonio ó de la calle del Temple á la cúpula del Panteón, á las torres de la catedral, á los tejados de los pabellones de las Tullerías, ó á las verdes colinas de Issy ó de Choisy-le-Roi, que bajan con sus caseríos, sus parques y sus praderas hácia la orilla del Sena.

La segunda torre estaba contigua á la principal y tenía tambien dos torrecillas en cada uno de sus flancos, era igualmente cuadrada y estaba dividida en cuatro pisos; pero entre estos edificios contiguos no existía ninguna comunicacion interior, teniendo cada uno su escalera separada. Sobre la torre pequeña, como sobre el torreón, habia un terrado en lugar de techo. El primer piso se componía de una antesala, un comedor y una biblioteca de libros viejos reunidos por los antiguos priores del Temple, ó sirviendo de depósito á los desperdicios de las bibliotecas del conde de Artois. Los pisos segundo, tercero y cuarto ofrecían á la vista la misma disposicion de piezas, las mismas paredes desnudas y los mismos destrozados muebles. Allí el viento silbaba, la lluvia caía á través de los vidrios rotos, y las golondrinas volaban con toda libertad; allí no habia ni camas, ni mesas, ni sillones, ni cortinas; una ó dos tarimas para los ayudantes del portero, algunas sillas cayéndoseles la paja, y algunos vasos de barro en una cocina aban-

donada, formaban todo el ajuar. Dos puertas bajas y de arco, cuyas molduras de piedra sillería imitaban un haz de columnas coronadas con el escudo roto del Temple, daban entrada á los vestíbulos de esas dos torres.

Anchas calles empedradas rodeaban el monumento, separadas entre sí por barreras de tablas. El jardin estaba lleno de una espesa vegetacion de yerbas inútiles y de montones de piedras y escombros de demoliciones. Una muralla alta y sombría como las paredes de un claustro entristecia aquel recinto, encerrándole por todas partes. Este muro sólo se abria al extremo de una larga calle sin árboles que daba á la antigua calle del Temple. Tales eran el aspecto exterior y la disposicion interior de aquella residencia, donde los habitantes de las Tullerías, de Versalles y de Fontainebleau llegaban á la caída de la tarde. Estas desiertas salas no esperaban huéspedes desde que los templarios las habian dejado para ir á la hoguera de Jacobo Molay. Estas torres piramidales, vacías, frias y silenciosas por tantos siglos, parecian ménos una habitacion que los salones de una pirámide en el sepulcro de un Faraon del Occidente.

III

Al llegar al Temple, el rey fué puesto por Petion bajo la vigilancia de los municipales y de la guardia de Santerre. El procurador síndico del ayuntamiento, Manuel, hombre susceptible de enternecimiento como de exaltacion revolucionaria, acompañó al rey. Se veía en su actitud que ya la piedad se habia apoderado de él, y que su respeto interior por la grandeza caída luchaba contra la austeridad oficial de su lenguaje. Su frente baja y lo sonrosado de su cara descubrían la secreta vergüenza que le causaba encerrar aquel rey, aquella reina, aquellos niños y aquella princesa en una mansion tan diferente del palacio que acababan de dejar. Una cierta duda daba incertidumbre al papel de Santerre, de Manuel y de los municipales encargados de instalar la familia real en el Temple, instalacion que se parecia á una ejecucion. Los magistrados del pueblo estaban tan turbados como los cautivos, y los artilleros de las secciones que habian servido de escolta al coche del rey, y á quienes los recuerdos del 10 de Agosto, la embriaguez del triunfo, los gritos y ademanes del pueblo durante el tránsito, habian hecho perder toda clase de respeto, querian encerrar al rey en la torre pequeña, y al resto de la familia real en el palacio. Petion atrajo estos hombres á la humanidad, y toda la familia fué colocada unida en el palacio. Los porteros la recibieron silenciosos y tristes, é hicieron con un celo apresurado todos los preparativos para una larga permanencia.

No dudaba el rey que ésta fuese la residencia que la nacion le destinaba hasta el desenlace de su destino. No entraba allí sin esa especie de alegría interior que hace encontrar al hombre agitado por el movimiento y fatigado por la incertidumbre una dicha en la inmovilidad sobre el escollo mismo donde se ha destrozado, y si no creía en la seguridad, creía al ménos en la paz de aquella mansion. Se apresuró á tomar posesion de ella, y á conformar por el pensamiento los hábitos de su vida. Midió con la vista los jardines para los paseos de sus hijos y para el ejercicio diario que su fuerte naturaleza y sus gustos de cazador le imponian á él mismo como una necesidad. Mandó que le abriesen las habitaciones, examinó la ropa

blanca y los muebles, escogió las piezas, señaló la cámara para la reina, la suya, la de los niños, la de su hermana, la de la princesa de Lamballe y la de las personas que su ternura ó su fidelidad unían á ellos hasta en aquel asilo.

Se sirvió la cena á la familia real, y el rey comió con una apariencia visible de tranquilidad de ánimo y de serenidad. Manuel y los municipales asistieron en pié. Habiéndose dormido el Delfín en las rodillas de su madre, mandó el rey llevarle. Se disponían á acostar el niño, cuando una orden del ayuntamiento, provocada, no por Manuel y Petion, sino por una denuncia de los artilleros que estaban de guardia, llegó á Manuel y turbó aquella primera alegría del cautiverio. Era la orden para que evacuasen inmediatamente el palacio, y se encerrase desde la primera noche á la familia real en la torre pequeña del Temple. El rey sintió este golpe quizá más dolorosamente que habia sentido su salida de las Tullerías. Es muy frecuente unirse más á un despojo del destino que al destino entero. Todos los preparativos para establecerse fueron interrumpidos. Los artilleros y los municipales transportaron apresuradamente algunos colchones y alguna ropa á las inhabitadas piezas de la torre, donde se establecieron cuerpos de guardia. El rey, la reina, las princesas y los niños, reunidos en el salon del palacio y juntando alrededor todos los objetos necesarios á cada uno, esperaron muchas horas en silencio que su prision estuviese pronta para recibirlos.

A la una de la madrugada vino Manuel á invitarles á que pasasen á la torre. La noche estaba oscura; los municipales iban delante con linternas, y artilleros con el sable desenvainado formaban filas. Estas débiles luces sólo alumbraban un corto espacio delante de ellos, y dejaban todo lo demas en una completa oscuridad; pero las lamparillas colocadas en las ventanas y en las cornisas de la fortaleza del Temple hacian entrever sus altas agujas y la masa negra de las torres hácia las que se dirigian silenciosamente. El edificio, iluminado así, presentaba perfiles gigantescos y fantásticos, desconocidos al rey y á sus servidores. Habiendo preguntado un ayuda de cámara del rey en voz baja á uno del ayuntamiento si era allí donde llevaban á su amo, le respondió: «Tu amo estaba acostumbrado á dorados techos. Ahora va á ver cómo se aloja á los asesinos del pueblo».

Penetraron en la torre por la puerta estrecha y oblicua de la torrecilla que encerraba la escalera de caracol. En cada piso iba quedando una parte de la familia real, y los criados en la habitacion que se les habia destinado. Madame Isabel se estableció en una cocina, donde sólo habia una tarima, en el piso bajo; la reina y sus hijos en el segundo, y el rey en el tercero. Una cama de encina sin cortinas, y algunas sillas, eran los únicos muebles de aquella pieza. Las paredes no tenian papel; pero habia algunos grabados obscenos, restos del ajuar de un lacayo del conde de Artois, clavados en los muros. El rey, al entrar, recorrió con la vista, sin dar la menor señal de repugnancia ó debilidad, la habitacion que le destinaban; miró los grabados, los desprendió con sus manos, y dijo volviéndolos hácia la pared: «No quiero dejar semejantes objetos á la vista de mi hijo». El cuarto de la reina y de los niños ofrecia el mismo abandono.

El rey se acostó y durmió. Dos de sus criados, Hue y Chamilly, pasaron la noche sentados junto á su cama; la princesa de Lamballe al pié del lecho de la reina, las otras mujeres de la servidumbre de la familia real en la cocina, sobre colchones extendidos alrededor de la tarima donde dormia la joven hermana del

rey. Algunos guardias y municipales hacian centinela de vista en todos aquellos aposentos.

Pasaron la noche en cuchicheos la reina y las princesas, conteniendo sus lágrimas y presagiando siniestramente sobre la suerte que tal envilecimiento de su rango y de su sexo anunciaba á los cautivos. Sólo los niños tuvieron un sueño tranquilo y prolongado, como si estuviesen bajo los dorados techos de Versailles. Al otro dia y los siguientes, la reina y las princesas tuvieron la libertad de verse en la habitacion del rey, y de ir sin obstáculo á los diferentes pisos del interior de la torre. Visitaron todas las piezas, y arreglaron definitivamente el alojamiento de cada una de las personas de la familia, amigas y criados. Estrecharon más su vida y se plegaron á los hábitos, como un prisionero encadenado se arregla sus hierros para sentir ménos su peso. Les llevaron algunos muebles más, se tendieron algunos tapices sobre la húmeda desnudez de los muros, y se armaron algunas camas. Las de la reina y el rey se tomaron de los viejos muebles del palacio del Temple; eran las de los caballeros del conde de Artois; una sola, la del rey, tenia cortinas de damasco verde rotas y desgarradas; como convenia á tan miserable alojamiento.

Despues del desayuno, servido aún con cierto lujo en el comedor del primer piso, pasó el rey á la torrecilla del lado, hojeó con interes los viejos libros latinos amontonados en aquella parte de la torre por los archiveros de la órden de los templarios, volúmenes que yacian despues



El Temple.—Pág. 205.

de tanto tiempo sepultados en el polvo. Halló á Horacio, este poeta del placer indolente, olvidado allí como una ironía de aquellas grandezas destruidas, de aquellas juventudes sepultadas y de aquellas bellezas destronadas. Descubrió á Ciceron, aquella grande alma en que la serena filosofía domina las vicisitudes políticas, y en que la virtud y la adversidad, luchando en un genio digno de contenerlas, se presentan en espectáculo y en lecciones á las almas que tienen que ejercitarse con la fortuna. En fin, desenterró algunos libros religiosos, que su piedad, reviviendo con la desgracia, le hizo recibir como un dón del cielo; viejos breviarios que contenían en los versículos de sus salmos, distribuidos para todos los dias del año, todos los gemidos de la tierra; una *Imitacion de Cristo*, este vaso de dolor del cristiano, donde todas las lágrimas se cambian con la resignacion en tranquilidad del alma y en goces anticipados de inmortalidad. El rey llevó estos libros á su gabinete de estudio, hueco tomado en la torrecilla al lado de su cuarto. Quería alimentarse él mismo y servirse de ellos para ejercitar la memoria y la inteligencia de su hijo con el estudio de la lengua latina.

Se reunieron las princesas en la habitacion de la reina, en el segundo piso, debajo del cuarto del rey. La reina hizo armar su cama y la de su hijo en la sala, que ocupaba el centro de la torre; madama Isabel, su sobrina y la princesa de Lamballe se establecieron en una pieza más pequeña y oscura que servia por el dia de paso á los municipales, los guardias y los hombres de servicio de aquel piso para ir á otras piezas destinadas á los más viles usos. Las cocinas del piso bajo quedaron vacías, como el cuarto piso de la torre. En otra cocina contigua al cuarto del rey se pusieron las camas de sus dos criados, Mrs. Hue y Chamilly.

Permitióse á la familia real dar un paseo de una hora en el jardin, bajo una sombría calle de viejos castaños de Indias. La comida se sirvió á las dos. Santerre y dos de sus ayudantes de campo asistieron á ella sin insolencia y sin respeto. Las horas que separan el mediodía de la noche las pasaron en hablar y leer, viendo jugar y haciendo rezar á los niños; desahogos tiernos de familia para los cautivos. A las nueve se sirvió la cena en el cuarto del rey, para que el ruido de esta última comida no turbase el sueño de los niños, que descansaban ya en el cuarto de la reina. Despues de cenar y de las tiernas despedidas entre el rey, la reina y su hermana, las princesas volvieron á bajar, y el rey, entrando en su gabinete de lectura, se encerró para reflexionar, leer y orar hasta medianoche.

IV

De este modo pasó el primer dia de cautiverio. La presencia y los consuelos de la princesa de Lamballe, la asiduidad y el cariño de la duquesa de Tourzel y su hija Paulina; el afecto probado de los criados, que voluntariamente se habian encerrado con sus amos, creyéndose felices con hacer aquellos sacrificios; el culto piadoso de madama Isabel por su hermano, la novedad de la desgracia, las diversiones, las tristes sonrisas que proporcionaron muchas veces á los prisioneros el arreglo de sus cuartos y el trastorno de sus costumbres en aquella triste mansion, el cansancio de los pasados tumultos, el creer más segura su vida en aquella fortaleza, el ver cumplido así providencialmente el voto manifestado por la reina á Danton cuando le dijo: «Es preciso encerrarnos por tres meses en una torre»; la

aproximacion cierta de los extranjeros, el ignorar los triunfos de Dumouriez, el ver tanto cariño, tanta compasion y tantos votos como les seguian desde el fondo de la nacion á sus calabozos; la esperanza vaga pero confiada de un cambio posible en las disposiciones del pueblo, difundieron algunos encantos sobre su tiempo y alguna dulzura sobre su tristeza. Mientras que el infortunio tiene testigos que le contemplen, confidencias que le escuchen y amistades que participen de él, puede tener hasta alegrías. Aquella familia, aquellas amigas, aquellos criados, encerrados juntos dentro de aquellos muros, se daban recíprocamente algun consuelo.

A fin de distraerse algo los prisioneros, fueron al dia siguiente á visitar las salas mayores de la gran torre del Temple, donde les habia anunciado Santerre se les preparaba su habitacion definitiva. Manuel, Santerre y una numerosa escolta de municipales les acompañaron en aquella visita á su futura prision, y despues á los jardines. Al atravesar las filas de los municipales y los grupos de los guardias nacionales que se hallaban en el camino, el rey y la reina oyeron susurros amenazantes contra la presencia de la princesa de Lamballe, de madama Tourzel y las damas de servicio, que se les dejaba como una sombra del trono, «que no se podia tolerar despues de los crímenes de la corte, y que parecia hacerse un ultraje al pueblo conservando una apariencia de supersticion hácia la soberanía».

Estos rumores, que al momento llegaron á oídos de la municipalidad, fueron causa de que se diese un decreto que mandaba expulsar todas aquellas personas; pero la humanidad de Manuel suspendió algunos dias la ejecucion de aquella crueldad, esperando que podria hacer revocar aquella orden que iba á despedazar tantos corazones; mas en la noche del 19 al 20 de Agosto, durante el primer sueño de los prisioneros, un inusitado ruido despertó con sobresalto á la familia real. Los municipales entraron en los cuartos del rey y de la reina, y les leyeron un decreto más imperativo que mandaba la expulsion inmediata de todos los individuos que no perteneciesen á la familia real, sin exceptuar las damas de servicio y los dos criados adictos á su persona. Esta orden, notificada á tal hora, con términos y gestos que hacian mayor su crueldad, llenó á todos los detenidos de estupor y de consternacion. Hue y Chamilly, precipitándose medio vestidos en el cuarto de su amo, se tenian cogidas las manos, y permanecieron en pié delante de la cama del rey, manifestando con esta actitud el horror que les causaba separarse. «Tened cuidado,—les dijo un empleado municipal,—la guillotina está permanente, y hiere de muerte á los criados de los reyes.»

Madama de Tourzel, aya del Delfin, llevó el niño dormido sobre la cama de la desconsolada reina. La señorita Paulina de Tourzel estaba abrazada á la jóven princesa real, á quien la edad y la amistad la unian como á una hermana. Madama de Navarre, dama de honor de madama Isabel, y las tres damas de servicio de la reina, de las princesas y los niños, madamas Saint-Brice, Thibault y Bazire, lloraban amargamente á los piés de su señora. María Antonieta y la princesa de Lamballe, abrazadas una con otra, suspiraban de dolor, y sólo la violencia pudo separarlas. Los municipales llevaron á madama de Lamballe, que se habia desvanecido junto á la escalera, fuera de aquellos muros donde dejaba á su reina y amiga. El rey no pudo reconciliar el sueño. Madama Isabel y la jóven princesa real pasaron el resto de la noche llorando en el cuarto de la reina, quien sólo desde aquel dia se creyó cautiva, pues acababan de arrebatarle la amistad.

Para sustituir á aquellas damas, á aquellos criados y á aquellos amigos, necesidad de los corazones como de las costumbres, los comisarios de la municipalidad instalaron en la torre un hombre y una mujer llamados Tison. Eran los únicos encargados del servicio de los prisioneros. Tison, viejo melancólico, era un antiguo empleado en las puertas de París, hombre acostumbrado por su oficio á la sospecha, á inquirir y á ser brusco con todo el mundo. Esta grosería cambiaba todos sus servicios en injurias.

Su mujer, más jóven y ménos insensible, fluctuaba entre su enternecimiento por las desgracias de la reina, y el temor de que éste se atribuyese como un crimen á su marido. Pasaba sin cesar de la complacencia á la traicion, y de verter lágrimas sobre las rodillas de la reina á ir á delatar á su ama. Su corazon era bueno, pero el ver á la reina de Francia sujeta á su capricho exaltaba y turbaba sus ideas. Esta lucha de la sensibilidad y del terror en un espíritu débil concluyó por trastornar la razon de aquella mujer, y esta demencia fué la que dió lugar á que se imputasen á María Antonieta crímenes contra la naturaleza, que sólo eran los delirios de aquella desgraciada.

Un zapatero llamado Simon, encargado en la municipalidad de la revision de los trabajos y los gastos, era el único de los municipales que nunca fué relevado del servicio del Temple. Este hombre daba las órdenes á todos los criados, carceleros y llaveros. Obrero que se avergonzaba del trabajo, y que deseaba representar un papel, aunque fuese el más abyecto, intrigaba para que le hiciesen carcelero, y lo ejercia como verdugo; tenia por ayudante un antiguo sillero llamado Rocher.

Rocher era uno de esos hombres para quienes el infortunio es un juguete, y que se complacen en ladrar á las víctimas, como los perros á los andrajos. Se le habia escogido por su estatura, por su siniestra apariencia y por la ferocidad de sus facciones. Era el mismo que habia forzado el cuarto del rey el 20 de Junio, y levantado la mano para pegarle. Repugnante en su rostro, de mirada insolente, de gesto grosero, obsceno en su lenguaje, llevando una gorra de pelo y una larga barba, con una voz ronca y sepulcral, oliendo continuamente á tabaco y á vino, rodeándole siempre la nube formada por el humo de la pipa, que jamás separaba de la boca, hacian de él la personificacion visible del calabozo. Arrastraba un gran sable sobre las baldosas y los tramos de la escalera de piedra, y llevaba colgando de la cintura un enorme manojó de llaves, cuyo ruido, que él aumentaba á propósito, y el estruendo de los cerrojos que no cesaba de abrir y cerrar, le complacian como complace á otros el ruido de las armas. Parecia que aquel sonido, que hacía resonar su importancia, hacía tambien resonar la cautividad más pesada en los oidos de los prisioneros. Cuando la familia real salia para dar su paseo á mediodía, Rocher, fingiendo escoger entre su manojó de llaves y ensayar en vano las cerraduras, hacía esperar al rey y á las princesas mucho tiempo en pié detras de él, y apenas abria la puerta del primer postigo, bajaba precipitadamente la escalera dando codazos al rey y á la reina, é iba á colocarse de centinela en la última puerta. Puesto allí de pié y obstruyendo la salida, examinaba los rostros y lanzaba nubes de humo de su pipa á los de la reina, de madama Isabel y de la princesa real, mirando á cada bocanada si habian comprendido la intencion de su insulto, y si los testigos de su bajeza le recompensaban de ella con sus sonrisas de inte-

ligencia. El aplauso de estos ultrajes le animaba á que los renovase diariamente.

Los guardias nacionales que estaban de servicio tenían cuidado de reunirse siempre que salía el rey, para gozar de aquel suplicio de la dignidad real entregada al desprecio de un llavero. Aquellos á quienes esta bajeza incomodaba, concentraban en su alma la indignacion, que hubiese parecido un crimen á sus compañeros. Los más crueles ó los más curiosos hacían que les trajesen sillas del



Instalación de la familia real en el Temple.—Pág. 208.

cuerpo de guardia, y se sentaban con el sombrero puesto cuando el rey pasaba, estrechando con afectación el camino para que el monarca caído contemplase de más cerca su irreverencia y su degradación. Carcajadas, cuchicheos, epítetos groseros ú obscenos circulaban por las filas al pasar el rey y las princesas. Los que no se atrevían á pronunciar aquellas injurias, las escribían con las puntas de las bayonetas en las paredes del vestíbulo y de las escaleras. A cada paso se leían alusiones ofensivas á la corpulencia del rey, á los pretendidos desórdenes de la reina, amenazas de muerte á los niños, «lobeznos que era preciso ahogar ántes que ellos pudiesen devorar al pueblo».

Durante el paseo, los artilleros dejando sus piezas, y los trabajadores sus her-

ramientas, se reunían lo más cerca posible de los prisioneros, y bailaban en corro, cantando coplas revolucionarias y canciones obscenas, que la inocencia de los niños no comprendía.

V

Estos momentos de comunicacion con el cielo y la naturaleza que la piedad de las leyes más severas concede á los mayores criminales, se habian transformado de este modo en momentos de humillacion y de tortura para los cautivos. El rey y la reina hubieran podido librarse de ellos permaneciendo encerrados en su habitacion; pero sus niños hubieran sufrido con esta reclusion é inmovilidad: á su edad, necesitaban respiracion y movimiento; sus padres pagaban voluntariamente al precio de sus ultrajes el poco aire, sol y ejercicio necesario á sus tiernas vidas.

Precedían en sus paseos á la familia real, y la vigilaban de cerca mientras estaba fuera, Santerre y los seis guardias municipales de servicio en el Temple. Los numerosos centinelas por delante de los que era preciso pasar, hacían el saludo militar al comandante de la fuerza armada de París, echaban armas al hombro á los municipales, y bajaban los fusiles, volviendo las culatas hácia arriba en señal de desprecio, cuando se aproximaba el rey.

La familia real no podía pasear en el jardín sino hasta la mitad de una calle de castaños de Indias. Las demoliciones, las construcciones y los trabajadores obstruían la otra mitad. Este corto y estrecho espacio, recorrido lentamente por el rey, su esposa y su hermana, servía para que corriesen y jugasen la jóven princesa y su hermano. El rey aparentaba recrearse con aquellas diversiones para animarlos, jugaba al tejo y á la pelota con el Delfín, y ponía al último de la calle el premio de la carrera. Entre tanto, la reina y su hermana hablaban en voz baja, ó se esforzaban en distraer á los niños para que no oyesen las canciones escandalosas que los perseguían hasta debajo de la sombra de los árboles.

Cierto día, mientras duraba este paseo, hablando la reina con Clery de la inutilidad de los esfuerzos que la corte habia intentado para ablandar ó corromper á los republicanos, y sobre todo á Petion, Danton y Lacroix, le confió, para que él pudiese atestiguarlo algun día, un acto de adhesión por el que parecia profundamente conmovido su corazón.

En los momentos de una de aquellas crisis desesperadas en que Luis XVI, agotados sus recursos, buscaba su última esperanza de salvación en la adhesión desinteresada y en el bolsillo de algunos amigos, el comendador de Estourmel, descendiente de uno de aquellos cruzados que habian subido los primeros en el asalto de Jerusalén, era procurador general de la orden de Malta en París. Supo la pobreza del rey, realizó en pocas horas una suma de quinientos mil francos, y la hizo llevar á Luis XVI. El rey la aceptó, empleándola en pagar algunos días más los intermediarios que le respondían del pueblo, que le engañaron. Esta deuda de reconocimiento pesaba sobre el corazón del rey y de la reina en la prision del Temple; se echaban en cara con frecuencia el haber aceptado tantos sacrificios inútiles y arrastrar en su catástrofe la fortuna de los amigos de su casa. Algunas veces tambien, y sobre todo en un principio, las princesas tenían, durante aquellos paseos, dulces inteligencias con los de fuera, porque los verdugos no podían interceptar las miradas. Desde los pisos altos de las casas que rodeaban el cercado

del Temple se dirigian muchos ojos sobre aquel jardin. Aquellas casas, habitadas por familias pobres, no ofrecian á la municipalidad ningun pretexto de sospecha ni de violencia. Aquel pueblo de mercaderes, de obreros y de revendedores no podia ser acusado de complicidad con la tiranía, ni de tramas contra la igualdad, y así no se habian atrevido á prohibir el que se abriesen aquellas ventanas. Tan pronto como se supo en Paris la hora en que salia el rey á paseo, la curiosidad, la piedad y la fidelidad las llenaron de numerosos espectadores, cuyas facciones no se podian reconocer á tan larga distancia, pero cuya actitud y gestos manifestaban la tierna curiosidad y la compasion. La familia real dirigia furtivas miradas á sus desconocidos amigos; la reina, por corresponder silenciosamente á los deseos de aquellas visitas, separaba con toda intención de su rostro el velo, se detenía para hablar con el rey cuando miraban los más curiosos, ó dirigia los pasos y los juegos del jóven Delfin, como por casualidad, del lado en que podia ser mejor vista la agraciada figura del niño. Entónces se inclinaban algunas frentes, y algunas manos, acercándose una á otra, hacian el mudo ademan del aplauso. Algunas flores caian como por casualidad de los jardincillos colocados sobre los tejados de los pobres, y algunos escritos en caracteres grandes se desarrollaban en una ó dos buhardillas, donde se leia una palabra tierna, un presagio feliz, una esperanza ó un respeto.

Repetidos gestos, pero más inteligibles, respondian de abajo. Una ó dos veces el rey y las princesas creyeron haber reconocido entre aquellas caras las facciones de amigos adictos, antiguos ministros, señoras de alto rango unidas á la corte, y cuya existencia era incierta para ellos. Esta misteriosa inteligencia, establecida así entre la cárcel y la parte fiel de la nacion, era tan dulce para los cautivos, que les hizo arrostrar para gozar todos los dias de ella la lluvia, el frio, el sol y los más intolerables insultos de los artilleros que daban la guardia. El hilo de su existencia proscrita les parecia así anudarse con el alma de sus antiguos súbditos; creian estar en comunicacion con aquellos corazones, y el aire exterior, impregnado de adhesion por ellos, les llevaba de fuera al ménos aquella piedad que se les negaba dentro. Subian á la plataforma y se asomaban muchas veces á las ventanas de la torre; formaban intimidades á gran distancia, y amistades anónimas; la reina y su hermana se decian una á otra: «Tal casa nos es adicta, tal piso es nuestro, tal cuarto es realista, tal balcon es amigo».

Mas si alguna alegría recibian de fuera, tambien les llegaban la tristeza y el terror con el estruendo del ruido de la ciudad. Habian oido hasta al pié de la torre los aullidos de los asesinos de Setiembre, queriendo forzar las consignas, cortar la cabeza á la reina, ó al ménos tender á sus piés el cuerpo mutilado de la princesa de Lamballe.

El 21 de Setiembre á las cuatro de la tarde, habiéndose dormido el rey despues de comer al lado de las princesas, que callaban por no interrumpir su sueño, vino un guardia municipal llamado Lubin, acompañado de una escolta de gendarmería á caballo y de una tumultuosa oleada de pueblo, á proclamar al pié de la torre la abolicion del trono y el establecimiento de la república. Las princesas no quisieron despertar al rey, y le contaron despues lo que habian oido. «Mi reinado—dijo á la reina con una triste sonrisa—pasó como un sueño; ¡pero no fué un sueño feliz! Dios me le habia impuesto, el pueblo me descarga de él. ¡Que sea feliz Fran-

cia, y yo no me quejaré!» Aquella misma noche vino Manuel á visitar á los prisioneros, y dijo al rey: «¿Sabeis que los principios democráticos triunfan, que el pueblo ha abolido el trono y adoptado el gobierno republicano?» «Lo oí decir,—replicó el rey con una serena indiferencia,—é hice votos por que la república sea favorable al pueblo. Yo jamás me coloqué entre su dicha y él.»

El rey llevaba aún su espada, este cetro del noble en Francia, y las insignias de las órdenes de caballería, de que era el jefe, se veían todavía sobre su casaca. «Sabreis también—continuó Manuel—que la nación ha suprimido estos juguetes; debieran haberos dicho que os los quitáseis. Habiendo entrado en la clase de los otros ciudadanos, debéis ser tratado como ellos. En cuanto á lo demás, pedid á la nación lo que os sea necesario, y os lo concederá.» «Gracias,—dijo el rey,—nada necesito.» Y continuó leyendo con tranquilidad.

Para evitar toda pena inútil y toda degradación violenta de la dignidad personal del rey, Manuel y los comisarios se retiraron, haciendo una seña al ayuda de cámara para que les siguiese. Encargaron á aquel fiel servidor quitase las insignias de la casaca del rey cuando le desnudase por la noche, y enviase á la Convención aquellos despojos del trono y blasones de la nobleza; pero el mismo rey dió á Clery la orden de hacerlo; sólo se negó á separarse de aquellas insignias, que había recibido en la cuna con su vida, y que le parecía pertenecer más á su persona que al trono. Las hizo encerrar en una caja y las guardó, sea como un recuerdo, sea como una esperanza. El fogoso Hebert, tan famoso después con el nombre de *Pere Duchesne*, miembro entonces de la municipalidad, pidió estar de servicio aquel día para gozar de aquella rara burla de la suerte, y para contemplar en las facciones del rey el suplicio moral del trono degradado. Hebert escudriñaba con la vista y con una sonrisa cruel la fisonomía del rey; pero la calma del hombre que manifestaban las facciones del soberano caído desconcertó la curiosidad de Hebert. El rey no quiso dar á sus enemigos el placer de que sorprendiesen en su rostro ni una pequeña emoción: aparentó leer tranquilamente la historia de la decadencia del imperio romano, de Montesquieu, mientras se cumplía su propia historia y se leía su catástrofe, atendiendo más á los reveses de otro que á los suyos. El rey fué grande en su indiferencia; á la reina, sublime en su altivez, le pareció más humillante llorar su grandeza que haber caído de ella: la caída de su carácter la hubiera envilecido más que la de su rango, y ninguna debilidad regocijó á los espectadores de aquella ejecución. Habiendo sonado las trompetas en los patios después de la instalación de la república, el rey se puso un poco á la ventana como para ver la apariencia del nuevo gobierno. La multitud le vió, y las imprecaciones, los sarcasmos, las injurias, resonaron como último adiós á la monarquía en el seno de aquel gentío. Los gendarmes, agitando sus sables y dando gritos de *¡Viva la república!*, hicieron al rey la señal imperiosa de que se retirase. Luis XVI cerró la ventana. Así se separaron el pueblo y el rey, después de tantos siglos de monarquía.

VI

Había señalado la Convención la cantidad de quinientas mil libras para los gastos relativos al establecimiento y á la manutención de la familia real en su pri-



Separacion de la familia real y de las personas de su servidumbre.—Pág. 211.

sion. La municipalidad, por medio de comisiones sucesivas, habia empleado la mayor parte de este subsidio alimenticio en construcciones de seguridad y en estrechar más el cautiverio. Lo que debia servir para consolar la existencia de los prisioneros, sirvió para agravar sus hierros y para pago de sus carceleros. El rey no tenia á su disposicion ninguna suma para vestir á la reina, á su hermana y á sus hijos, para recompensar los servicios que tenia que pedir fuera, ó para proporcionar á su familia, en los muebles y en las ocupaciones de la cárcel, aquellos alivios que la fortuna privada de los detenidos deja penetrar hasta en los calabozos de los criminales. Habiendo salido inopinadamente de las Tullerías, sin más vestidos que los que tenian puestos en la mañana del 10 de Agosto; saqueados sus guardaropas, sus trajes y sus gavetas; llevados desde allí al Temple, sin más ropa blanca que la que habia enviado al Picadero la embajadora de Inglaterra y la que algunos de sus servidores habian prestado á la familia real, los prisioneros, á la entrada de un riguroso invierno, presentaban la apariencia de una verdadera desnudez. La reina y madama Isabel pasaban los dias como pobres obreras, recosiendo las camisas del rey y de los hijos y remendando sus vestidos de verano.

En el momento en que los negociadores prusianos habian exigido de Dumou-

riez, para disfrazar su retirada, una relacion secreta sobre lo que pasaba en el Temple y de los respetuosos consuelos propios para disimular la prision á los ojos de Europa, Manuel y Petion, á instancias de Westermann, fueron al Temple, y cumplieron con miramiento las órdenes de Dumouriez. Ni uno ni otro de estos dos magistrados superiores del ayuntamiento tenian la vergonzosa necesidad de venganza y de crueldad que los municipales contra el que habia sido su rey. La elevacion de las ideas da dignidad á los resentimientos y decencia al odio. Petion y Manuel, hombres de ideas republicanas, veian en Luis XVI un principio que debía proscribirse, pero un hombre á quien debía perdonarse; en la reina, en las princesas y en el Delfin, mujeres y niños, víctimas de una vicisitud de las cosas humanas, que el pueblo debía compadecer y sostener más bien que pulverizar en su caida. Tuvieron una conversacion secreta con el rey, en la que al propio tiempo que confesaban ser republicanos, no negaban ni su interes por sus desgracias, ni la esperanza de ver sus dias preservados, una vez que se apaciguasen los temores públicos despues de la victoria y de la paz. Luis XVI, y hasta la reina, recordando el terror de Setiembre, pareciendo comprender que su vida estaba más en manos del pueblo que en las del ejército de los reyes coligados, unieron sus votos á los de los republicanos humanos y moderados para que se efectuase pronto la evacuacion del territorio. El rey pidió que Petion hiciese darle algun dinero para sus necesidades personales y las de su familia, y Petion le envió cien luises (nueve mil seiscientos reales), limosna del republicano al soberano sumido en la indigencia. Se formó una lista de todos los objetos necesarios á la familia real, tanto de ropa blanca como de muebles, vestidos, leña, alimentos, libros, etc., y todo fué enviado con abundancia por cuenta de la municipalidad y por medio de sus comisionados, no con proporcion á las necesidades de una familia, sino á la generosidad de la nacion y á los respetos debidos á la grandeza caida. La república ejerció con lujo en este momento su ostracismo.

Mas como Petion y Manuel sólo eran los magistrados oficiales de la municipalidad, dulcificaban sus órdenes al ejecutarlas, pero no las inspiraban, y el espíritu de represalias, de venganza, de sospecha y de baja persecucion de los demagogos legos prevalecia en las comisiones. Todos los dias venian nuevos delatores á popularizarse en el Consejo del ayuntamiento con denuncias contra los prisioneros del Temple. El Consejo general escogia los comisarios delegados por él para vigilar á Luis XVI entre los más prevenidos y los más encarnizados. Los hombres que tenian alguna generosidad renunciaban aquellas odiosas funciones, que debian por consiguiente recaer en corazones abyectos y en manos implacables. Aquellos carceleros se excedian unos á otros en las medidas de rigor y de vejámen, necesarias segun ellos para evitar la evasion de los cautivos y sus correspondencias con el extranjero. A pesar de que con frecuencia estas medidas repugnaban al buen sentido y á la humanidad del Consejo general, ninguno se atrevia á contrariarlas, de miedo de que se le acusase de unidad ó de complicidad con los realistas, y lo que individualmente repugnaba á cada uno, era votado por todos. Cuando el terror está suspendido sobre una época, no pesa ménos sobre el cuerpo que le inspira que sobre la nacion que le sufre.

La administracion y régimen interiores del Temple se veian, por lo tanto, entregados á un corto número de hombres, la hez del Consejo de la municipalidad,

casi todos artesanos sin educacion, sin magnanimidad y sin pudor, gozando con orgullo de la arbitrariedad que la fortuna les daba sobre un rey *caído* más abajo que ellos, y creyendo haber salvado la patria cada vez que le arrancaban una lágrima.

VII

Hacia fines de Setiembre, en el momento en que el rey iba á salir del cuarto de la reina despues de cenar, para subir al suyo, entraron con aparato en la torre seis oficiales municipales. Leyerón al rey un decreto del ayuntamiento que mandaba trasladarle á la gran torre, y separarle completamente del resto de su familia. La reina, madama Isabel, la princesa real y el jóven Delfin, estrechando al rey en sus brazos y cubriendo sus manos de besos y de lágrimas, trataron en vano de conmover á los municipales y de obtener aquel último consuelo de los infortunados, el de sufrir juntos. Los municipales, Simon, y hasta Rocher, aunque enternecidos, no se atrevieron á modificar la inflexibilidad de la orden. Se registraron los muebles con la más exquisita inquisicion, las camas y los vestidos de los prisioneros; se les quitaron todos los medios de poder tener correspondencia con los de fuera, papel, tinteros, plumas y lápices, haciendo cesar las lecciones que el príncipe real principiaba á recibir de sus padres, y condenando al heredero de un trono á la ignorancia del arte de escribir, de la que se avergüenzan los últimos hijos del pueblo.

Luégo que arrancaron al rey de los brazos, y en medio de los gritos de su familia, fué conducido á la habitacion, apénas concluida, que se le habia destinado en la torre principal, donde aún trabajaban los obreros. Una cama y una silla, en medio de la cal, de los escombros, de las tablas y de los ladrillos, componian todo el ajuar. El rey se acostó completamente vestido, y pasó las horas contando los pasos de los centinelas que se relevaban á su puerta, y en enjugar las primeras lágrimas que la prision habia arrancado á su firmeza. Clery pasó la noche sobre una silla en el hueco de una ventana, aguardando con impaciencia que amaneciese para saber si le permitirian ir á prestar á las princesas los servicios á que estaban acostumbradas. El era quien peinaba al Delfin y arreglaba los largos cabellos de la reina y de madama Isabel despues de su cautiverio.

Pidió permiso para ir á prestar este servicio, y el comisario de la municipalidad, Veron, le respondió brutalmente: «Ya no tendreis más comunicacion con las prisioneras, ni vuestro amo debe volver á ver á sus hijos».

Habiendo dirigido el rey algunas sentidas observaciones á los comisarios sobre una barbarie que ultrajaba á la naturaleza, que heria cinco corazones por castigar uno solo, y que daba á seres vivos el tormento de una separacion más cruel que la muerte, los comisarios no se dignaron responderle, y le volvieron la espalda, como hombres que no oian y á quienes incomodan las súplicas.

Un pedazo de pan que no bastaba para el alimento de dos personas, y una botella de agua en la que habian echado el jugo de un limon, fué todo el desayuno que llevaron al rey aquel dia. El príncipe se adelantó hacia su criado, partió el pan y le dió la mitad. «Se olvidaron que todavía somos dos,—le dijo el rey,—pero yo no lo olvido. Tomad esto; yo tengo bastante con lo restante.» Clery lo rehusaba, pero el rey insistió, y el criado tomó al fin la mitad del pan de su amo.

Las lágrimas regaban los pedazos que llevaba á la boca. El rey le vió llorar, y no pudo ménos de hacer otro tanto. Así comieron, llorando y mirándose sin decirse nada, el pan de las lágrimas y de la igualdad.

Suplicó de nuevo el rey á un municipal le diese noticias de su mujer y de sus hijos, y le proporcionase algunos libros para aliviar el cansancio de espíritu causado por su aislamiento. Luis XVI indicó algunos volúmenes de historia y de filosofía religiosa. Este municipal, más humano que los otros, consultó á sus colegas y les ganó para poder cumplir aquella comision cerca de la reina. Esta princesa habia pasado la noche lamentándose en su cuarto, entre los brazos de su cuñada y de su hija. La palidez de sus labios, las marcas de las lágrimas que habian corrido por sus mejillas, su espesa cabellera donde se veian venas blancas de cabellos muertos, como despojos de su juventud, la inmovilidad de sus ojos secos, la obstinacion con que se habia negado á tocar los alimentos de su desayuno, jurando que se iba á dejar morir de hambre si insistian en tenerla separada del rey, conmovieron é intimidaron á los municipales, porque pesaba sobre ellos la responsabilidad de la vida de los prisioneros. La misma municipalidad les pediria cuenta de una víctima arrebatada por una muerte voluntaria al juicio y al cadalso del pueblo. La naturaleza hablaba tambien en su corazon ese lenguaje de las lágrimas que se hace obedecer de los más endurecidos. Las princesas, de rodillas delante de aquellos hombres, suplicaban se les permitiese estar reunidas con el rey al ménos algunos momentos del dia y á las horas de comer. Los ademanes, los gritos del alma, las lágrimas que caian de sus ojos sobre el pavimento, prestaban su omnipotencia á aquellas súplicas. «Pues bien, que coman juntos hoy,—dijo un oficial municipal,—y para mañana, el ayuntamiento decidirá.» Al oir estas palabras, los gritos de dolor de las princesas y de los niños se cambiaron en voces de alegría y en bendiciones. La reina, que tenia á los niños en brazos, les hizo ponerse de rodillas, y se puso ella tambien para dar gracias al cielo. Los municipales se miraron unos á otros con los ojos húmedos, y el mismo Simon dijo enjugándose los suyos: «Creo que estos diablos de mujeres serian capaces de hacerme llorar». Despues, volviéndose hácia la reina y como avergonzado de su debilidad, le dijo: «No llorábais así cuando el 10 de Agosto hacíais asesinar al pueblo». «¡Ah!—respondió la reina.—El pueblo está bien equivocado acerca de nuestros sentimientos.»

Aquellos hombres gozaron un momento del espectáculo de su *clemencia*. Los prisioneros volvieron á verse á la hora de comer, y conocieron más que nunca lo necesarios que la desgracia les hacía unos á otros.

VIII

La sensibilidad del rey se desarrollaba en los infortunios; el alma de la reina se santificaba en la adversidad; todas las virtudes de madama Isabel se convertian en piedad activa por su hermano y por su cuñada; la razon de los niños se enternecía en los calabozos regados constantemente por las lágrimas de sus padres. Un dia de cautiverio les enseñaba más de la vida que un año de corte. El infortunio apresura la madurez de sus víctimas. Aquella familia sufría y gozaba en todo como un solo corazon. La municipalidad no reclamó contra la reunion de los pri-

sioneros, motivada por el temor de que la reina se suicidase, y desde aquel día fueron conducidos tres veces á la gran torre para comer con el rey; pero los municipales, presentes á aquellas entrevistas, interceptaban la dulzura de ellas, oponiéndose á toda confidencia íntima de los prisioneros entre sí. Les estaba severamente prohibido hablar bajo ó en lenguas extranjeras.

Madama Isabel se olvidó una vez de aquella prohibicion, y dijo algunas pala-



Simon, Rocher y la mujer de Tison.—Pág. 212.

bras en voz baja á su hermano, por lo que un municipal la reprendió con violencia. «Los secretos de los tiranos—le dijo aquel hombre—son conspiraciones contra el pueblo. Hablad alto ó callaos: la nacion debe saberlo todo.»

Estas dos prisiones para una sola familia aumentaban las dificultades de la vigilancia y las sospechas de los carceleros, pero aumentaban tambien las facilidades para que los servidores del rey pudiesen engañar las consignas de la cárcel. Clery, á quien sus opiniones revolucionarias habian hecho que Petion le escogiese entre los ayudas de cámara del rey como un hombre más adicto á la nacion que á su amo, habia dejado enfriar su patriotismo con las tiernas reconvenções de madama Isabel y con el espectáculo de aquellos despedazados corazones, donde

leía tantos sufrimientos y tantas aceptaciones. Su pasión por la libertad le remordía desde que se convertía en suplicios para la familia de su rey, y no tenía más opiniones que su cariño. Había conseguido entablar algunas relaciones fuera, y tres empleados en las cocinas del rey en las Tullerías, llamados Turgy, Marchand y Chretien, que aparentando patriotismo habían conseguido se les admitiese en las cocinas del Temple para prestar allí á sus antiguos amos todos los buenos servicios del cautiverio, secundaban á Clery. Este, familiarizándose con los municipales de guardia y sirviéndoles en cuanto podía las noches que pasaban en el Temple, descubría algunas veces entre ellos muestras de interés por la familia real. Hacía, tan pronto por medio de ellos, tan pronto por medio de su mujer, admitida una vez por semana á verle en el postigo, pasar billetes de madama Isabel y de la reina á las personas que las princesas le designaban, y que podían escribir por haber sustraído un lápiz á la inquisición de los comisarios, escribiendo estas raras confidencias de sus corazones en las hojas en blanco de sus devocionarios. Sus esquelas eran ajenas á todo complot, limitándose sólo á dar á sus antiguos amigos noticias de su situación, é informarse de la suerte de las personas á quienes habían querido.

A pesar de su belleza, madama Isabel nunca había permitido á su corazón otro sentimiento que el de la amistad. Pero la amistad en su alma era una pasión, y participaba del ardor y de la constancia del amor. El objeto de este tierno afecto de la princesa era la marquesa de Raigecourt, señorita de Causans, que había sido una de sus damas de honor en el tiempo de su prosperidad. Esta joven, dotada con las gracias de la corte, con el valor de la adversidad, y cuyo talento, á la vez sensato, jovial é instruido de la antigüedad, recordaba los días de Luis XIV, había sido educada con la princesa. La vida había unido sus corazones y su suerte desde la infancia. Casada, por los beneficios de madama Isabel, con un noble de las primeras familias de la Lorena, la marquesa de Raigecourt se había visto obligada á ir á unirse con su marido, que estaba emigrado. La misma madama Isabel lo había exigido por creerlo necesario, hallándose en un estado de embarazo muy adelantado, temiendo que las desgracias previstas por ella desde los primeros trastornos de la monarquía recayesen sobre otros corazones. Las dos amigas se escribían diariamente, y sus cartas manifestaban el cariño de hermanas á través de las tristes aprensiones del tiempo. Esta correspondencia, único consuelo de madama Isabel, duró hasta el día 10 de Agosto. Las últimas palabras de la princesa á su amiga hasta manifestaban en aquel último momento esperanzas de salvación que las horas siguientes habían cruelmente engañado.

Clery consiguió hacer llegar á la marquesa de Raigecourt uno ó dos suspiros de la prisión; luego el silencio de la tumba se interpuso entre aquellas dos almas, y precedió un año al cadalso.

La reina recibió y logró hacer pasar por el mismo medio algunas raras comunicaciones, todas frases de doble sentido, pero en las que se encerraban volúmenes de angustias y de ternura. Aquellas palabras sólo podían traducirse por ojos acostumbrados á leer en el corazón de donde habían salido.

Clery pudo asimismo informar algunas veces al rey del estado de las cosas públicas, haciéndole leer los diarios introducidos en el postigo con astucia, y transmitiéndole al oído los hechos del día al tiempo de acostarse ó levantarse. Cuando

faltaron estos medios á la familia real, venian vendedores de papeles públicos de confianza, y pagados por los amigos de afuera, por la noche, cuando más silencio reinaba en las calles, á vociferar arrimados á los muros del Temple los principales acontecimientos del dia. El rey, advertido por Clery, abria la ventana y cogia algunas palabras sueltas de los decretos de la Convencion, de las victorias y de las derrotas de los ejércitos, las sentencias y ejecuciones de sus antiguos ministros, y los decretos ó las esperanzas de su destino.

No era absoluta, sin embargo, esta privacion de los papeles públicos. Muchas veces los municipales, con una cruel intención, los dejaban como por casualidad sobre la piedra de la chimenea cuando excitaban á que se matase al rey; y cuando leian estos periódicos, llegaban hasta el interior de la habitacion sus amenazas y sus imprecaciones. El príncipe leyó un dia la peticion de un artillero que suplicaba á la Convencion le diese la cabeza del tirano para cargar con ella su cañon, y lanzarla al enemigo. «¿Cuál es—dijo tristemente el rey al leer esta peticion—el más desgraciado, yo ó el pueblo, á quien se engaña así?»

Las princesas y los niños fueron al cabo reunidos con el rey en la torre principal. El segundo y el tercer piso de aquel monumento, dividido cada uno en cuatro piezas por tabiques de madera, fueron destinados á la familia real y á las personas encargadas del servicio ó de la vigilancia. El cuarto del rey tenia una cama con cortinas, un sillón, cuatro sillas, una mesa y un espejo encima de la chimenea. El techo era de tela, la ventana guarnecida con una alambreira, y oscurecida por tablas colocadas en figura de embudo, que impedian mirar á los jardines y á la ciudad, y que sólo dejaban ver el cielo. El papel pintado del cuarto del rey, como para martirizar dos veces al prisionero, representaba el interior de una cárcel, con carceleros, cadenas, grillos y todo el horrible aspecto de los calabozos. La odiosa imaginacion del arquitecto Palloy habia añadido con perversa malicia los tormentos de la vista á los de la realidad.

La habitacion de la reina, colocada sobre la del rey, estaba dispuesta con igual escasez de luz, de aire y de espacio. María Antonieta dormia en el mismo cuarto que su hija; madama Isabel en uno muy oscuro, al lado; el carcelero Tison y su mujer en un retrete contiguo, y los municipales en la primera pieza, que servia de antesala. Las princesas se veian obligadas á atravesar esta pieza para pasar las unas al cuarto de las otras, en medio de las miradas y los cuchicheos de sus guardianes. Dos postigos rodeados de centinelas y de llaveros se encontraban entre el cuarto de la reina y el del rey, subiendo la escalera. El cuarto piso estaba inhabitado, y la plataforma que habia encima del cuarto del rey estaba dispuesta para servir de desahogo; pero de miedo de que se les viese desde las casas de Paris, ó que su vista se alegrase con el horizonte de la ciudad, se habian construido altos tabiques de tablas para escatimar hasta el cielo á las miradas de los prisioneros.

IX

Tal era definitivamente el alojamiento de la familia real. Tuvo ésta sin embargo una satisfaccion en verse instalada en él por estar reunidos todos sus miembros dentro de los mismos muros; mas esta corta alegría se cambió en lágrimas aquella misma noche por un decreto de la municipalidad que mandaba quitar el Delfín á

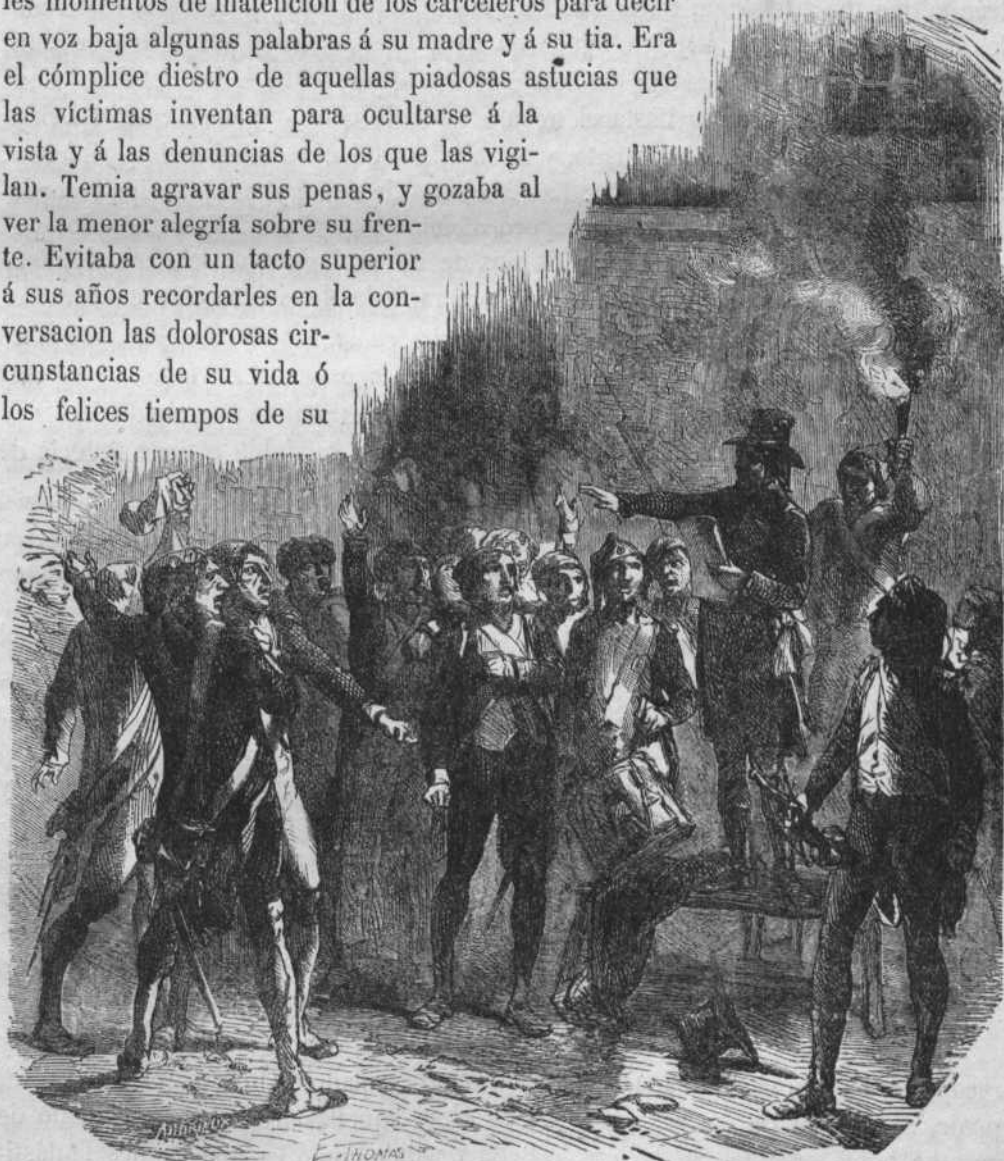
su madre y alojarle en el cuarto del rey. En vano el corazón de la reina prorumpió en súplicas y llanto: la municipalidad no quiso «que la madre alimentase más tiempo al niño con el odio á la revolución». Entregaron el niño á su padre, mientras llegaba el día de entregarlo á Simón. A pesar de todo, la reina y las princesas conservaron la libertad de ver al Delfín todos los días en el cuarto del rey á las horas de comer y á las de paseo, en presencia de los comisarios. Pareció dulcificarse su vida y reposar su dolor, como para poder respirar en aquel alojamiento. Los cautivos tomaron allí sus costumbres regulares, que recordaban el claustro de los reyes prisioneros de la primera raza.

Sólo sobrevivía al rey en Luis XVI el padre de familia. Las princesas olvidaban que habían sido reina, hermana ó hija de reyes, para recordar solamente que eran mujer, hermana ó hija de un marido, de un hermano ó de un padre cautivo. Sus corazones se limitaban enteramente á los deberes, á las tristezas y á las alegrías de familia. Esta dinastía no era más que una familia de prisioneros.

Se levantaba el rey al rayar el día, y rezaba un largo rato de rodillas al pie de su cama. Despues se acercaba á la ventana, ó á la llama de su chimenea en el invierno, y leía con recogimiento los salmos en el Breviario, coleccion de súplicas y de cánticos indicados para cada día del año á los fieles por la liturgia católica. De este modo suplía la costumbre que tenían los reyes de asistir todas las mañanas al sacrificio del altar en su palacio. La municipalidad le había negado la presencia de un sacerdote y las ceremonias de su fe. Piadoso, pero sin superstición y sin debilidad, Luis XVI se dirigía á Dios sin la mediación de otro hombre, y se complacía tan sólo en servirse para sus rezos de las palabras y de las formas consagradas por la religión de su familia y de su trono. La reina y su hermana hacían lo mismo. Se les sorprendía muchas veces con las manos juntas, sus libros de devoción mojados de lágrimas, rezando cerca de su cama; una, como precipitada de su altura, de rodillas por el golpe de su desesperación, y la otra, como prosternada naturalmente al pie de su Dios, cuya mano reconocía y besaba en todas partes. Despues de su rezo, el rey leía en la torrecilla, tan pronto obras latinas, tan pronto á Montesquieu, tan pronto á Buffon, tan pronto historia, tan pronto relaciones de viajes alrededor del mundo. Aquellas páginas parecían ocupar completamente su imaginación, ya porque fuese para él un medio de evitar la importunidad de los comisarios siempre presentes, ya porque buscarse efectivamente en la naturaleza, en la política, en las costumbres de los pueblos y en su historia distracción á sus penas, instrucción para su rango ó analogías con su situación. A las nueve bajaba la familia para desayunarse con él. El rey besaba en la frente á su esposa, á su hermana y á sus hijos. Despues de almorzar, como las princesas no tenían damas de tocador, hacían que Cléry las peinase en el cuarto del rey. Este, mientras tanto, daba á su hijo primeras lecciones de gramática, de historia, de geografía, de latinidad, evitando con cuidado en éstas todo lo que podía recordar al niño que había nacido en un rango superior al de los ciudadanos, y proporcionándole sólo los conocimientos aplicables al destino del último de sus súbditos. Hubiérase podido decir que el padre se apresuraba á aprovecharse de la adversidad y del alejamiento de las cortes para educar á su hijo, no como príncipe, sino como hombre, y para formarle un alma que se adaptase á todas las fortunas.

El niño, precoz como los frutos de un árbol herido, parecía exceder por su

inteligencia y su espíritu á la enseñanza del pensamiento y á la delicadeza de la sensibilidad. Su memoria lo retenia todo, y su sensibilidad le hacia comprenderlo todo. Las conmociones que tantos acontecimientos siniestros habian impreso en su imaginacion y en su corazon, aquellas lágrimas que continuamente sorprendia en los ojos de su madre y de su hermana, de más edad que él; aquellas escenas trágicas de que habia sido testigo estando en brazos de su aya, aquellas fugas de Versalles y de las Tullerías, aquella exposicion de tres dias en medio de las armas, de las amenazas y de los cadáveres en la tribuna de la Asamblea legislativa; aquella prision, aquellos carceleros, aquellas degradaciones de su padre, aquella reclusion de todos los instantes con los séres cuyas penas veia sin comprenderlas, aquella obligacion de vigilar sus gestos y hasta sus lágrimas delante de los enemigos que les espiaban, le habia iniciado como por instinto en la situacion de sus padres y en la suya; hasta sus juegos eran graves, sus sonrisas tristes. Se aprovechaba de los momentos de inatencion de los carceleros para decir en voz baja algunas palabras á su madre y á su tia. Era el cómplice diestro de aquellas piadosas astucias que las víctimas inventan para ocultarse á la vista y á las denuncias de los que las vigilan. Temia agravar sus penas, y gozaba al ver la menor alegría sobre su frente. Evitaba con un tacto superior á sus años recordarles en la conversacion las dolorosas circunstancias de su vida ó los felices tiempos de su



Lectura del decreto de abolicion del trono bajo las ventanas del Temple.—Pág. 215.

esplendor, como si hubiese adivinado que la memoria de los días felices sirve de amargura en las desgracias.

Cierto día que creyó reconocer á uno de los comisarios de la municipalidad en el cuarto de su padre, el comisario se le acercó y le preguntó si recordaba haberle visto y en qué circunstancias. El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero rehusó obstinadamente responder. Habiéndole llevado su hermana á un rincón apartado del cuarto, le preguntó por qué se negaba á decir cuándo había visto á aquel comisario, y el Delfín le contestó al oído: «En el viaje de Varennes. No he querido decirlo alto, de miedo de recordárselo á la reina, y de hacer llorar á nuestros padres».

Cuando veía en la antesala de su padre un comisario más respetuoso con los prisioneros y ménos odioso á la reina que sus colegas, se apresuraba á salir al encuentro de su madre cuando bajaba al cuarto del rey, para anunciarle palmo-teando que iba á tener un buen día. La vista de aquel niño enternece casi todos los odios; la soberanía bajo la figura de un niño inocente y prisionero no tenía más enemigos que los brutos: los comisarios más prevenidos, los artilleros de la guardia, los carceleros, y hasta el mismo feroz Rocher, jugaban con el Delfín; sólo Simon le hablaba toscamente, y le miraba con ojo desconfiado y siniestro, como un tirano oculto en un niño. Las facciones de aquel jóven príncipe recordaban, confundiéndolas, la gracia un poco afeminada de Luis XV, su abuelo, y la altivez austriaca de María Teresa. Los ojos de un azul de mar, la nariz aguileña con las ventanas un poco levantadas, la boca rasgada, los labios algo encorvados, la frente ancha en la parte superior y estrecha en las sienes, los cabellos rubios separados en dos ondas en lo más elevado de la cabeza y cayendo en rizados bucles sobre los hombros y hasta sobre los brazos, retrataban á su madre ántes de los años de lágrimas. Parecía que toda la belleza de su doble estirpe florecía de nuevo en aquel último vástago.

X

Todos los días á las doce iban á buscar á la familia real para que respirase el aire del jardín. Los prisioneros bajaban á él á pesar del frío, del sol ó de la lluvia, y verificaban aquel paseo en medio de las miradas y de los ultrajes, como uno de los más rigurosos deberes de su cautividad. El ejercicio violento en los patios, los juegos del niño con su hermana en el interior del aposento, la vida regular y sobria, los estudios suaves y familiares entre las rodillas de su padre, y los tiernos cuidados de aquellas tres mujeres, le conservaban el ardor de vida y la fresca tez de la infancia. El aire de la cárcel le acariciaba hasta entónces tanto como el aire de los bosques de Saint-Cloud. Las miradas del rey y de la reina se encontraban y se consolaban sobre aquella cabeza, en donde el rigor de los hombres no impedía que la naturaleza se aumentase y embelleciese diariamente.

Rayaba ya la princesa en la edad en que la niña conoce que se hace mujer y recoge en sí misma su razón. Pensativa como su padre, altiva como su madre, piadosa como su tía, se reflejaban en su alma aquellas tres almas en medio de las que había crecido. Su belleza, esbelta y pálida como las apariciones fantásticas de la Alemania, tenía más de ideal que de material. Unida siempre al brazo y

como escondida bajo el pecho de su madre ó de su tia, parecia intimidada de la vida. Sus cabellos rubios, sueltos aún sobre los hombros como los de un niño, casi la rodeaban toda; echaba desde el fondo de aquel velo tímidas miradas ó bajaba los ojos, imprimiendo una muda admiracion á los más endurecidos. Los centinelas y los llaveros se apartaban para dejarle el paso, y sentian una especie de conmocion religiosa cuando su vestido ó sus cabellos raspaban su ropa en las escaleras ó los pasadizos. Su tia completaba su educacion enseñándole la piedad, la paciencia y el perdon; pero el sentimiento de su rango innato en su alma, las humillaciones de su padre y los suplicios de su madre se grababan profundamente en cicatrices que sin cesar sangraban en su corazon, donde se recogian, si no como resentimientos, á lo ménos como una eterna tristeza.

A las dos se retiraba la familia real para comer; pero las íntimas alegrías y los encantos familiares de que estas comidas son la señal en la casa del pobre les eran rehusadas. Ni aún el rey podia libremente entregarse á satisfacer el apetito que le daba su robusta naturaleza: muchos ojos contaban los bocados que llevaba á la boca, y muchos gestos se los echaban en cara. La fuerza y la salud del hombre eran una vergüenza más para el rey. La reina y las príncesas comian poco y despacio, para dejar al rey el pretexto de satisfacer su apetito y prolongar la comida.

Despues se reunia la familia, y el rey jugaba con la reina á aquellos juegos de naipes inventados para divertir la ociosidad de un rey prisionero; pero con más frecuencia al pensativo juego del ajedrez, juego en que las piezas principales, por sus nombres de *rey* ó de *reina* y las maniobras sobre el tablero, que tienen por objeto hacer al rey prisionero, estaban llenas de alusiones significativas, y con frecuencia siniestras, á su propia prision. Buscaban ménos en estos juegos una maquinal distraccion á sus penas que una ocasion de hablar con palabras encubiertas sin despertar el inquieto espionaje de sus guardianes. A las cuatro, el rey dormia un poco en un sillón, mientras que los niños, haciéndoles un gesto la madre, cesaban en sus bulliciosos juegos, y las princesas volvian á coger su obra de costura, reinando el más profundo silencio en el cuarto durante el sueño del monarca. Sólo se oía el pequeño crujido de la seda al frotarse las cortinas que hacian la reina y su hermana, la respiracion del rey y el paso regular de los centinelas á la puerta de la habitacion y al pié de la torre. Podia decirse que los perseguidores y la cárcel enmudecian, por no quitar al rey prisionero la única hora que volvia la libertad á sus pensamientos y la ilusion de los sueños á su alma. A las seis volvia el rey á tomar las lecciones á su hijo, y se divertia con él hasta la hora de cenar; despues la reina le desnudaba ella misma, le hacía rezar sus oraciones y le llevaba á la cama.

Luégo que estaba acostado, se inclinaba como para besarle, y le decia al oído una corta oracion, que el niño repetia muy bajo para que los comisarios no pudiesen oirla.

Esta oracion, compuesta por la reina, la retuvo en su memoria y la reveló su hija: «¡Dios omnipotente que me habeis creado y rescatado, yo os amo! ¡Conservad los dias de mi padre y de mi familia! ¡Protegednos contra nuestros enemigos! ¡Dad á mi madre, á mi tia y á mi hermana las fuerzas que necesitan para soportar sus trabajos!»

Esta sencilla súplica de los labios de un niño, pidiendo la vida para su padre y la paciencia para su madre, era un crimen del que necesitaban ocultarse. Después que se dormía el niño, la reina leía en alta voz para instruir á su hija y entretener al rey y las princesas. Por lo regular era algun libro de historia, que dirigía el pensamiento á las grandes catástrofes de los pueblos y de los reyes. Cuando se presentaban en la lectura con demasiada frecuencia alusiones á su propia situación, la voz de la reina se cubría ó se sumergía en lágrimas interiores, y los prisioneros se lanzaban una mirada, como si el libro, de inteligencia con ellos, les hubiese revelado el temor ó la esperanza oculta en el corazón de todos. El rey, al fin del día, subía un rato al cuarto de su esposa, le cogía la mano, y mirándola tiernamente se despedía de ella; besaba después á su hermana y á su hija, y volvía á bajar á encerrarse en la torrecilla al lado de su cuarto, donde leía, meditaba ú oraba hasta medianoche.

El cielo únicamente poseía el secreto de aquellas horas nocturnas consagradas por el príncipe al recogimiento en la soledad de su propio corazón. ¿Reflexionaria quizá sobre los actos de su reinado, sobre las faltas de su política, sobre sus alternativas de confianza excesiva en su pueblo, ó de desconfianza poco diestra contra la revolución? ¿Trataría quizá de hacer conjeturas sobre la suerte de Francia y sobre el porvenir de su familia después de la crisis del momento, á la que no se hacía la ilusión de poder sobrevivir? ¿Se arrepentiría quizá de las luchas desiguales en pro y en contra de la libertad, y se reconvendría de no haber elegido heroicamente desde el primer día entre el antiguo y el nuevo régimen, y de no haberse declarado jefe del nuevo pueblo? Porque este príncipe en el fondo había pecado más bien por falta de comprensión que porque no amase la revolución. ¿Se reservaría quizá aquellas horas secretas para derramar libremente, delante de aquellos desiertos muros, lágrimas por su mujer, por su hermana, por sus hijos y por él mismo, aquellas lágrimas que ocultaba por el día á su sensibilidad y á la alegría de los que le vigilaban? Cuando salía de aquel gabinete para acostarse, su rostro estaba sereno, y aún algunas veces se veía en él la sonrisa; pero su inclinada frente, sus miradas melancólicas y la marca de sus dedos impresa sobre sus mejillas, anunciaban á su ayuda de cámara que había apoyado mucho tiempo la cabeza en sus manos, y que graves pensamientos habían ocupado su imaginación.

Esperaba siempre el rey ántes de dormirse á que llegase el municipal del día siguiente, que se relevaba á medianoche, para saber el nombre de su nuevo vigilante, y para conocer por él qué dulzura ó qué rudeza podía presagiar tendría al otro día su familia. Se dormía después con tranquilidad, porque el peso de los días de infortunio no cansa ménos al hombre que la fatiga de los días felices. Desde que este príncipe estaba cautivo, los defectos de su juventud habían ido desapareciendo poco á poco. La bondad un poco tosca de su carácter se había cambiado en sensibilidad y en gracia para aquellos que le rodeaban. Parecía querer rescatar, á fuerza de paciencia para sí mismo, y de tierno interés por los otros, la injusticia de que sufriesen por su causa, y ya no se conocía su displicencia de rey. Todos sus defectos de carácter habían desaparecido ante su magnánima paciencia. La trágica solemnidad de su abatimiento daba á su persona la dignidad que el trono le había rehusado; la caída le había hecho más tierno, la cárcel le había ennoblecido, y la aproximación á la muerte le consagraba. Reunía en aquel pe-

queño espacio, en aquel círculo de familia, y en los pocos días que le quedaban, todo lo que la naturaleza, el amor y la religion habian inspirado á su alma de ternura, de valor y de virtudes. Sus hijos le adoraban, su hermana le admiraba, y la reina se asombraba de los tesoros de dulzura y de fuerza que descubria en su corazon; pero sentia que tantas virtudes brillasen tan tarde y sólo en la oscuridad de una prision. Se reconvenia á sí misma amargamente, y se lo decia á su her-



Separacion de la familia real.—Pág. 219.

mana, por haberse dejado lisonjear demasiado en los días de prosperidad, y por no haber conocido bastantes entónces lo que valia el amor del rey.

Al acercársele, sus mismos carceleros no reconocian en él al hombre sensual y vulgar que la preocupacion pública les habia pintado. Al ver un padre tan bueno, un esposo tan tierno, un hermano tan complaciente, principiaban á no creer que semejante hombre hubiese podido contener un tirano. Hasta parecia que algunos le amaban al mismo tiempo que le perseguian y le martirizaban con respeto. Su bondad amansaba á los hombres más groseros, instrumentos pasivos de su cautividad.

Se hallaba cierto día de centinela un habitante de los barrios, vestido de pai-

sano, en la antesala del rey, y el ayuda de cámara Clery notó que aquel hombre le contemplaba con respeto y compasion. Clery se adelanta hácia él, el centinela se inclina, presenta las armas y tartamudea con temblorosa voz y como con sentimiento: «No podeis salir». «¿Creeis que yo soy el rey?»—respondió Clery. «Pues qué,—replicó el hombre del pueblo,—¿no sois el rey?» «No. ¿Sin duda nunca le habeis visto?» «¡Ah! No, y yo quisiera verle en otra parte y no aquí.» «Hablad bajo. Voy á entrar en su cuarto, dejaré la puerta entreabierta y podreis verle: está sentado junto á la ventana, con un libro en la mano.» Clery advirtió á la reina de la benévola curiosidad del centinela, y la reina habló de ella al rey, que interrumpió su lectura y se paseó con bondad muchas veces de un cuarto al otro, afectando pasar cerca del centinela, y dirigiéndole un signo mudo de inteligencia. «¡Oh!—dijo aquel hombre á Clery cuando el rey se retiró.—¡Qué bueno es el rey! ¡Cómo ama á sus hijos! No, yo no creeré nunca que nos hizo tanto mal.»

Un jóven colocado de centinela á lo último de los castaños manifestaba, por la benévola pintada en su fisonomía y por sus lágrimas, el dolor que le inspiraba la cautividad de la familia de sus reyes. Madama Isabel se acercó á aquel jóven para dirigir algunas palabras furtivas á aquel amigo desconocido de su hermano, y él hizo seña á la princesa de que habia un papel debajo de los escombros que cubrian aquella parte de la calle. Clery se inclinó para recoger aquel papel, fingiendo buscar ladrillos llanos para que el Delfin jugase al tejo. Los artilleros notaron el semblante del centinela, acusándole sus húmedos ojos. Se le condujo á la Abadía y de allí al tribunal revolucionario, que le hizo pagar aquellas lágrimas con su sangre.

XI

Como toda la familia cayó enferma, viéndose obligada á guardar cama sucesivamente, con motivo de la humedad de las paredes y de los primeros frios del invierno, la municipalidad autorizó, despues de muchas formalidades, á Mr. Lemonnier, primer médico del rey, para que entrase en la prision. Sus conocimientos restablecieron pronto á la reina, á madama Isabel y á los niños; pero la enfermedad del rey se prolongó más, y hasta inspiró temores á sus guardianes. La reina y su hija no se separaban de la cabecera de su cama, teniendo que volver ellas mismas á la suya. Clery velaba todas las noches en el cuarto de su amo, y cayó peligrosamente enfermo cuando cesó la calentura del rey, sin poderse levantar para prestarle sus servicios estando aún convaleciente, ni vestir al Delfin. El rey, llenando por primera vez los deberes de una madre, levantaba, vestia y peinaba á su hijo. El niño pasaba todo el dia en el cuarto oscuro y helado de Clery, dándole de beber y prestándole todos los servicios que su edad y su debilidad permiten á un niño dispensar á un enfermo. El mismo rey, levantándose por la noche y espiando el sueño del comisario que vigilaba en la antesala, iba descalzo y en camisa á llevar un vaso de tisana á su criado. «¡Pobre Clery!—le decia.—¡Cuánto quisiera velar á mi vez al pié de vuestro lecho! Pero ved cómo nos observan. Tened ánimo y conservaos para vuestros amigos, porque ya no teneis señores.» El criado, enternecido, cubria de lágrimas las manos del rey.

La municipalidad mandó que se estrechase aún más el cautiverio en el mismo recinto de la torre, y en su consecuencia, hicieron subir un cantero que abrió agu-

jeros en el alféizar de la puerta de la antesala del rey para colocar cerrojos. A mediodía bajó el hombre para comer, y el Delfín se puso á jugar con el martillo y el cincel que el obrero habia dejado junto á la puerta. Vino el rey y cogió de las manos del niño los instrumentos, y recordando su antigua habilidad para las obras de cerrajería y sus inclinaciones de artesano, enseñó á su hijo cómo se debian coger los útiles, y abrió él mismo el agujero principiado. Cuando subió el obrero y vió al rey hacer su obra con la seriedad de un hombre del oficio, no pudo mirar sin conmovirse lo que podia un cambio de fortuna. «Cuando salgais de esta torre,—dijo al rey con un instinto de compasion que daba la esperanza por certidumbre,—podreis decir que vos mismo habeis trabajado vuestra prision.» «¡Ay, amigo mio!—respondió el rey, entregándole el martillo y el cincel.—¿Cuándo y cómo saldré?» Cogió á su hijo por la mano y volvió á entrar en su cuarto, donde se paseó un largo rato en silencio.

Insensible á las privaciones que sólo recaian sobre él mismo, se presentaba con frecuencia á su mente y se escapaba algunas veces de su pecho la comparacion del pasado esplendor en que habia visto á su esposa y á su hermana con su desnudez actual. Los aniversarios de sus felices dias, de su coronacion, de su matrimonio, del nacimiento de su hija y de su hijo, del dia de su santo, eran para él dias marcados por mayor tristeza, y con frecuencia tambien por los ultrajes. El dia de San Luis, los federados y los artilleros de guardia vinieron con una alegría cruel á danzar en corro y cantar el *Ça ira* debajo de sus ventanas. El rey recordaba melancólicamente á la reina aquellos dias de su union y de su felicidad, y le pedia perdonase á su suerte que los habia cambiado para ella en dias de luto. «¡Ah, madama!—le decia una noche, viéndola barrer el pavimento del cuarto de su hijo que estaba enfermo.—¿Qué oficio para una reina de Francia! ¡Y si lo vieses en Viena! ¡Ah! ¿Quién hubiese dicho que uniéndoos á mi suerte os haria descender tanto!» «¿Y en nada teneis—le dijo María Antonieta—la gloria de ser la mujer del mejor y del más perseguido de los hombres? ¿Tales desgracias no son las más majestuosas de todas las grandezas?»

Otra vez vió á madama Isabel que remendaba el vestido de la reina, á quien habian quitado hasta sus tijeras, obligada á cortar con los dientes el hilo de la aguja. «¡Ay, hermana!—le dijo.—¿Qué contraste! Nada os faltaba en vuestra bonita casa de Montreuil.» Aludia á una deliciosa residencia que se habia complacido en embellecer para su hermana con todo lo más elegante de la vida rústica, en tiempo de su prosperidad. Estos fueron sus únicos recuerdos de lo pasado; los evitaba como un choque del alma que podia arrancar una involuntaria exclamacion á su firmeza.

XII

La uniformidad de aquella vida comenzaba á cambiarla en costumbre y en tranquilidad de espíritu. La presencia diaria de seres amados, la ternura mutua, más conocida desde que la etiqueta de las cortes no se interponia entre los sentimientos de la naturaleza; la regularidad de los mismos actos á las mismas horas, el paso de una habitacion á otra, las lecciones de los niños, sus juegos, las salidas al jardin que consolaban con frecuencia miradas comprendidas, comer juntos, las conversaciones, las lecturas, aquel silencio profundo en los muros en torno de los

prisioneros, mientras que tando ruido se hacía lejos de ellos en torno de sus nombres; algunas caras de comisarios enternecidos, algunas inteligencias furtivas con el exterior, algunos complots oscuros de evasión agrandados por la esperanza, y aquella vista continua de calabozos, acostumbraban insensiblemente á los detenidos á su adversidad, y hasta les hacian descubrir el lado consolador de la desgracia, cuando un aumento de rigor en su prision y de aspereza en sus carceleros vino á agitar de nuevo su vida interior y hacerles conjeturar siniestros acontecimientos.

Llegó á ser odiosa y ofensiva aquella vigilancia para el pudor de las princesas. Se partía el pan de los prisioneros para descubrir billetes ocultos, se abrían las frutas, se rompian hasta los huesos de los melocotones, de miedo que una diestra astucia hubiese introducido en ellos correspondencias. Despues de todas las comidas, se retiraban los cuchillos y los tenedores necesarios para trincar los alimentos; se medía lo largo de las agujas de las princesas, bajo pretexto de que podian transformarse en armas de suicidio. Se trató de acompañar á la reina al cuarto de madama Isabel, adonde iba al mediodía á quitarse su bata de mañana, y sitiada siempre por aquella injuriosa mirada, renunció á cambiar el vestido. Se desplegaba la ropa blanca pieza por pieza, y se registró al rey, quitándole hasta los pequeños útiles de oro de tocador con que rizaba su pelo y cuidaba sus dientes, viéndose obligado á dejarse crecer la barba, que siendo fuerte y retorcida hacía dentro, irritaba dolorosamente su piel y le obligaba á lavarse muchas veces al dia en agua fresca. Tison y su mujer espiaban y contaban siempre á los comisarios los menores cuchicheos, los gestos y las miradas. Se dejaba entrar en el patio del Temple á los gritadores que pedian á grandes voces la cabeza de la reina y del rey. Rocher cantaba la *Carmañola* al oido del rey, y enseñaba al Delfin coplas irritantes contra su madre y contra él mismo; el niño las repetía inocentemente y hacía ruborizar á su tia. Aquel hombre, ablandado un momento, habia vuelto á recobrar su naturaleza, y bebia con el vino una nueva insolencia; la embriaguez, que le hacía dormirse todas las noches, principiaba todas las mañanas de nuevo. Obligadas las princesas á atravesar su cuarto para pasar al del rey ó salir de él, hallaban á aquel hombre siempre acostado á la hora de cenar, y con frecuencia tambien á la de comer. Vomitaba imprecaciones contra ellas, y les obligaba á esperar con los ojos bajos á que se vistiese. Los obreros que trabajaban en el exterior de la torre no cesaban tampoco de amenazar al rey; agitaban las herramientas encima de su cabeza, y uno de ellos levantó su hacha sobre el cuello de la reina, y la hubiera dejado caer si no hubiesen desviado el arma.

Un municipal despertó una noche al Delfin tirándole con fuerza de un brazo, para asegurarse, decia, de la presencia del niño. La reina se precipitó entre aquel hombre y su hijo, perdiendo la paciencia, y dirigió al comisario una aterradora mirada. Por primera vez la reina humillada desapareció, y se mostró la madre.

Una diputacion de la Convencion fué á visitar el Temple. Chabot, Dubois-Crancé, Drouet y Duprat formaban parte de ella. Al ver á Drouet, el maestro de postas de Sainte-Menehould, que reconociendo y haciendo arrestar al rey en Varennes, habia sido la causa primera de todas sus desgracias, la reina, madama Isabel y los niños se pusieron pálidos, y creyeron ver aquel genio malo que se habia aparecido á Bruto la víspera de Farsalia. Chabot y Drouet se sentaron sin ningun respeto delante de las princesas, que estaban en pié; hicieron preguntas á la reina, á que

no se dignó responder; luego preguntaron al rey si tenia que hacer alguna reclamacion. «Yo no me quejo de nada,—respondió el rey;—pido sólo que hagan traer á mi mujer y á mis hijos la ropa blanca y los vestidos de que ya veis tienen necesidad.» Los trajes de las princesas se caian á pedazos, viéndose obligada la reina, para que el rey no fuese vestido de andrajos, á echar piezas á su casaca mientras dormia. Todos estos rigores y toda esta desnudez habia sido consecuencia de las



Ocupaciones de la familia real en el Temple.—Pág. 224.

órdenes cada dia más severas de la municipalidad. Tison y su mujer denunciaron la familia real á la Convencion, afirmando que los prisioneros mantenian una correspondencia con el exterior; que tenian cuchicheos sospechosos con algunos comisarios; que madama Isabel, cenando una noche, dejó caer un lápiz que tenia en su pañuelo, y que se habian hallado en el aposento de la reina obleas y una pluma. Con esto volvieron á empezar los registros, deshaciendo hasta las almohadas y los colchones, y sacaron al Delfin, que dormia, de su cama para registrarla. La reina cogió al niño durante aquel tiempo en sus brazos y le calentó, pues estaba desnudo y tiritando de frio.

XIII

Sin embargo de todo, cuando más aumentaban el odio y la persecucion en torno de los cautivos, la emocion de su caida y lo triste de su situacion inspiraban más interes á algunas almas y temeridad á algunos adictos. La vista continua de los padecimientos, la dignidad, y quizá tambien la encantadora belleza de la reina, habian hecho traidores en la misma municipalidad. Si los grandes crímenes tientan á veces almas ardientes, los grandes sacrificios tientan tambien á corazones generosos, porque la compasion tiene su fanatismo. Arrancar á su prision, á sus perseguidores y al cadalso la familia de los reyes, y volverla por medio de una astucia heroica á la libertad, á la dicha y quizas al trono, era una tentativa que debia seducir por la magnitud misma de las dificultades y de los peligros, y encontrar imaginaciones capaces de soñarla y de atreverse á ponerla en planta. Halláronse en efecto.

Habia en aquel tiempo entre los miembros de la municipalidad un jóven llamado Toulan, natural de Tolosa y de humilde condicion. Apasionado por los estudios literarios, que ennoblecen el corazon, vino á establecerse en Paris, donde el comercio de libros, de que se ocupaba, satisfacía á la vez sus gustos y sus necesidades. Sus volúmenes, hojeados sin cesar á causa de su tráfico, habian comunicado á su imaginacion la pasion de la libertad y aquellas emanaciones novelescas que salen de los libros y embriagan el entendimiento. Habia tomado parte en la revolucion como en un sueño en accion; su ardor y su elocuencia le popularizaron en su seccion. Uno de los primeros en el asalto de las Tullerías el 10 de Agosto, habia sido tambien uno de los primeros en el Consejo de la municipalidad. Habiéndole notado sus colegas por su odio fogoso contra la tiranía, fué por lo mismo escogido para comisario en el Temple, en donde entró con el horror del tirano y de su familia, y de donde salió desde el primer dia con una adoracion apasionada por las víctimas. La vista de María Antonieta sobre todo, aquella majestad aumentada por su degradacion, aquella fisonomía en que la languidez de una cautiva templaba la altivez de una reina, aquella tristeza esparcida de repente como un velo sobre facciones en que brillaban aún tantas gracias, aquel último resplandor de la juventud que iba á extinguirse con la humedad de los calabozos, aquella cabeza de que tan cerca habia estado suspensa el hacha, y que le parecia ya ver cogida por los cabellos para ser presentada al pueblo por el verdugo, todo esto habia conmovido profundamente la sensibilidad de Toulan. Era una de aquellas almas que las emociones arrojan del primer golpe al extremo opuesto de su pensamiento, y que no discuten contra lo que siente su corazon. Todo lo que era bello le parecia posible. Buscó é intrigó, con falsas demostraciones de furor contra el rey, misiones más frecuentes y más asiduas en la torre del Temple, y se las habian prodigado. Procuró en todas las ocasiones que la reina notase los signos mudos que le dirigia, que sin dar sospecha á sus colegas, le hiciesen conocer que tenia un amigo entre sus perseguidores. Por fin lo consiguió.

Toulan, muy jóven, de pequeña estatura y delgado, tenia una de esas fisonomías delicadas y expresivas del Mediodía, en que el pensamiento habla en los ojos y en que la sensibilidad palpita en la movilidad de los músculos del rostro. Su

mirada era un lenguaje, y desde hacía ya tiempo la reina le había comprendido. La presencia de otro comisario, unido siempre á los pasos de Toulan, le impedía explicarse más. Consiguió seducir á uno de sus colegas del Consejo de la municipalidad llamado Lepitre, y arrastrarle, por lo grande del proyecto y por el brillo de la recompensa, en un complot de evasion de la familia real.

Vió la reina á los dos comisarios de servicio juntos en la prision ponerse de rodillas ante ella, y ofrecerle en la oscuridad de su calabozo un sacrificio que el lugar, el peligro y la presencia de la muerte hacian superior á todos los prodigados á su prosperidad. La reina lo aceptó y les animó; dió con su propia mano á Toulan un rizo de sus cabellos, con esta divisa en lengua italiana: «El que teme morir no sabe amar». Era la carta de crédito dada por ella á Toulan para con sus amigos de fuera. Poco despues añadió á ella un billete de su mano para el caballero de Jarjais, su corresponsal secreto y jefe invisible de su complot. «Podeis tener confianza—le decia—en el hombre que os hablará de mi parte; conozco sus sentimientos, que desde hace cinco meses no han variado.»

Cierto número de realistas seguros, ocultos en Paris y diseminados en los batallones de la guardia nacional, fué vagamente iniciado en aquel plan de evasion, que consistia en corromper á fuerza de dinero algunos comisarios de la municipalidad encargados de la vigilancia de la prision, hacer una lista de los realistas más decididos entre los batallones de la guardia nacional de cada seccion, tomar medidas para que estos hombres, indicados como por la casualidad, se hallasen en un dia señalado en el destacamento que diese la guardia en la torre del Temple; hacer desarmar por estos conspiradores disfrazados el resto del destacamento durante la noche, libertar la familia real y conducirla, teniendo relevos preparados, hasta Dieppe, donde una barca pescadora la esperaria y la llevaria á Inglaterra con sus principales libertadores.

Intrépido é infatigable en su celo Toulan, provisto de sumas considerables que una firma del rey habia puesto á su disposicion en Paris, maduraba su plan con el mayor misterio, haciendo saber á la reina las tramas de sus partidarios; decia fuera las intenciones del rey; sondeaba con reserva á los principales jefes de partido en la Convencion y en la municipalidad; trataba de adivinar por todas partes secretas complicidades hasta en Marat, Robespierre y Danton; tanteaba la generosidad de los unos, la avaricia de los otros, y más feliz cada dia en sus empresas y más seguro del buen éxito, contaba ya muchos guardas de la torre y cinco miembros de la municipalidad entre los cómplices de sus peligrosos desig-nios. Por esta parte penetraba un rayo de luz en las sombras de la prision, y conservaba en el alma de los cautivos, si no la esperanza, á lo ménos el sueño de la libertad.

LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey.—Saint-Just.—Su retrato.—Pide la muerte del rey.—La Montaña.—Su idea.—Tomás Payne.—Carestia en Paris.—El clero asalarado.—El armario de hierro.—Denuncias.—El populacho alrededor del Temple.—Madama Roland en la barra.—Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion.—Vergniaud lucha por la vida del rey.

I

Se apresuraban miéntras tanto los jacobinos para arrancar á los girondinos, á la faz del pueblo, su secreto sobre la vida ó la muerte del rey. Impacientes por armarse contra ellos de la sospecha de realismo, necesitaban la discusion inmediata sobre este gran texto, para colocar á sus enemigos entre los débiles ó entre los traidores. Conocian la repugnancia que Vergniaud tenia á aquella inmolacion á sangre fria á la venganza, más que á la salvacion de la república; sospechaban las intenciones de Brissot, de Sieyes, de Petion, de Condorcet, de Guadet y de Gensonné; ansiaban ver con claridad aquellas repugnancias y aquellos escrúpulos, para que sirviesen de signo de reprobacion contra los amigos de Roland. El proceso del rey iba á separar los débiles de los fuertes. El pueblo pedia aquel juicio como una satisfaccion; los partidos, como un postrer combate; los ambiciosos, como la prenda del gobierno de la república puesta en sus manos.

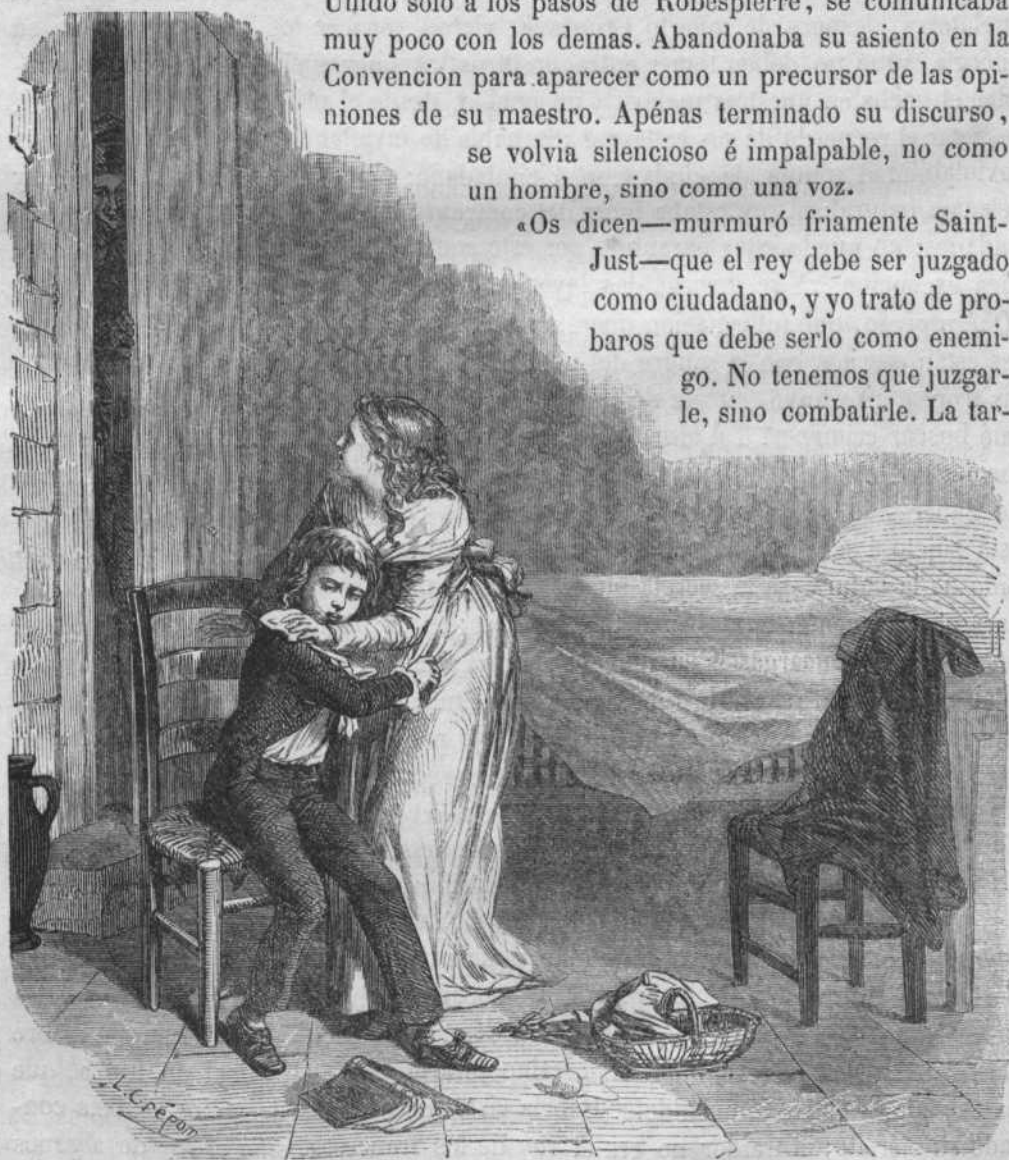
Petion pidió el primero en la Convencion que se plantease la cuestion de la inviolabilidad del rey, y que se deliberase ántes de todo sobre este preliminar indispensable en todo juicio: «¿Puede el rey ser juzgado?» Morisson pretendió que la inviolabilidad, declarada por la Constitucion de 1791, ponía á cubierto la persona del soberano contra todo juicio que no fuese el de la victoria, y que toda violencia contra su vida sería un crimen. «Si el 10 de Agosto —dijo— hubiese yo encontrado á Luis XVI con el puñal en la mano, cubierto con la sangre de mis hermanos; si hubiese visto claramente aquel dia que habia sido él quien dió la orden de degollar á los ciudadanos, hubiera ido á herirle yo mismo; pero desde aquel dia han pasado muchos meses, está en nuestras manos, está sin armas, sin defensa, y nosotros somos franceses. Esta situacion es la ley de las leyes.»

Saint-Just, que desde entónces era como el pensamiento de Robespierre, á quien éste hacía marchar algunos pasos delante de él, se levantó al escuchar estas palabras. Este jóven, mudo como un oráculo y sentencioso como un axioma, parecia haberse despojado de toda sensibilidad humana para personificar en él la fria inteligencia y el implacable impulso de la revolucion. No tenia ni miramientos, ni

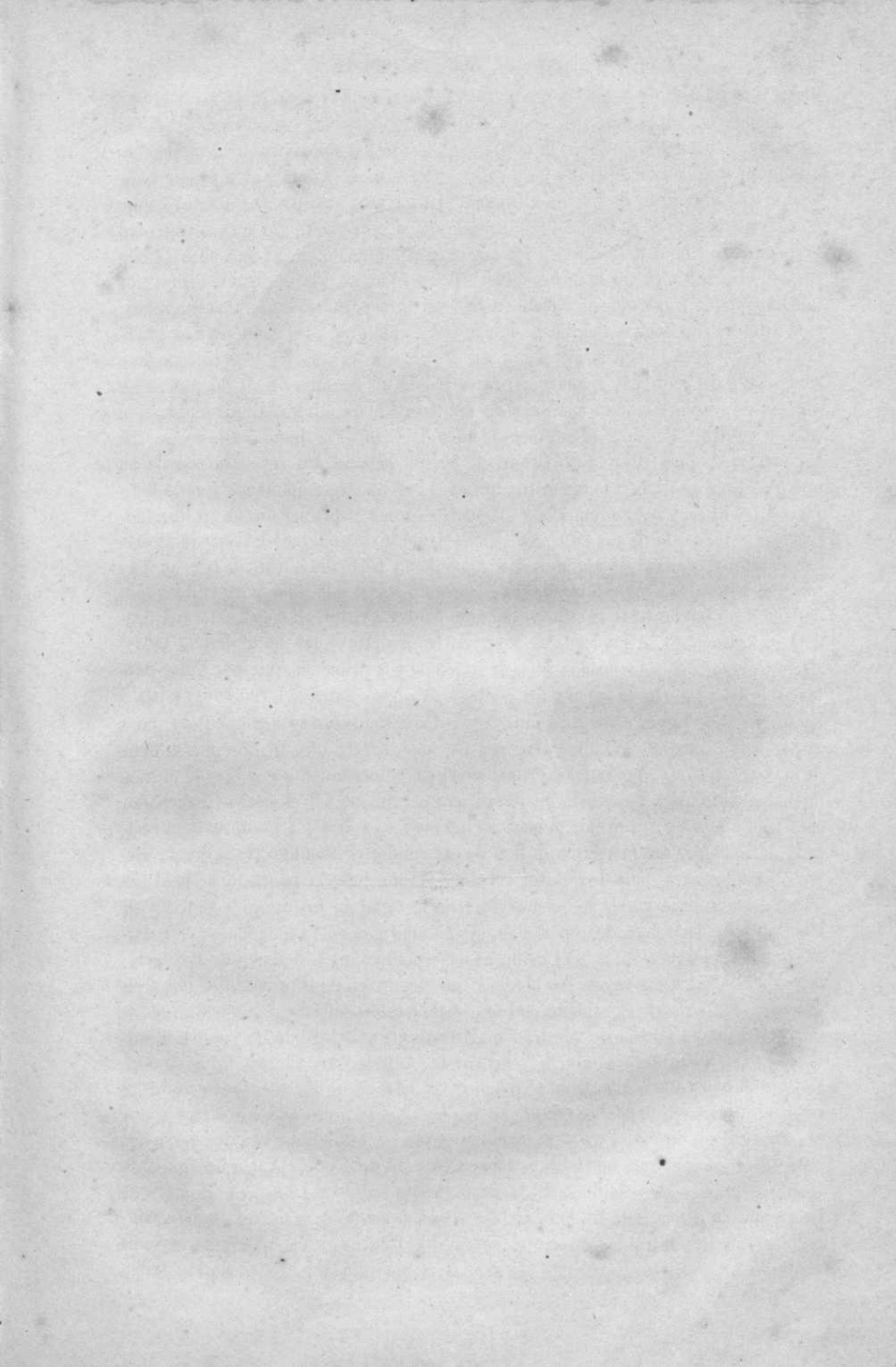
oidos, ni corazon para nada de lo que le parecia ser un obstáculo para el establecimiento de la república universal. Reyes, tronos, sangre, mujeres, niños, pueblo, y cuanto se encontrase entre aquel objeto y él, desaparecia ó debia desaparecer. Su pasion, por decirlo así, habia petrificado sus entrañas, y su lógica habia contraído la impasibilidad de un geómetra y la brutalidad de la fuerza material. El era quien, en las largas é íntimas conversaciones que tenia por la noche en casa de Duplay, habia combatido más lo que llamaba debilidades del alma de Robespierre y su repugnancia á derramar la sangre del rey. Inmóvil en la tribuna, frio como una idea, con sus largos cabellos rubios flotando por ambos lados del cuello y hasta sobre sus hombros, la calma de la conviccion absoluta difundida en sus facciones casi femeninas, comparado al *San Juan del Mestas del pueblo* por sus admiradores, la Convencion le contemplaba con aquella inquieta fascinacion que ejercen ciertos séres colocados en los limites indecisos de la demencia y del genio.

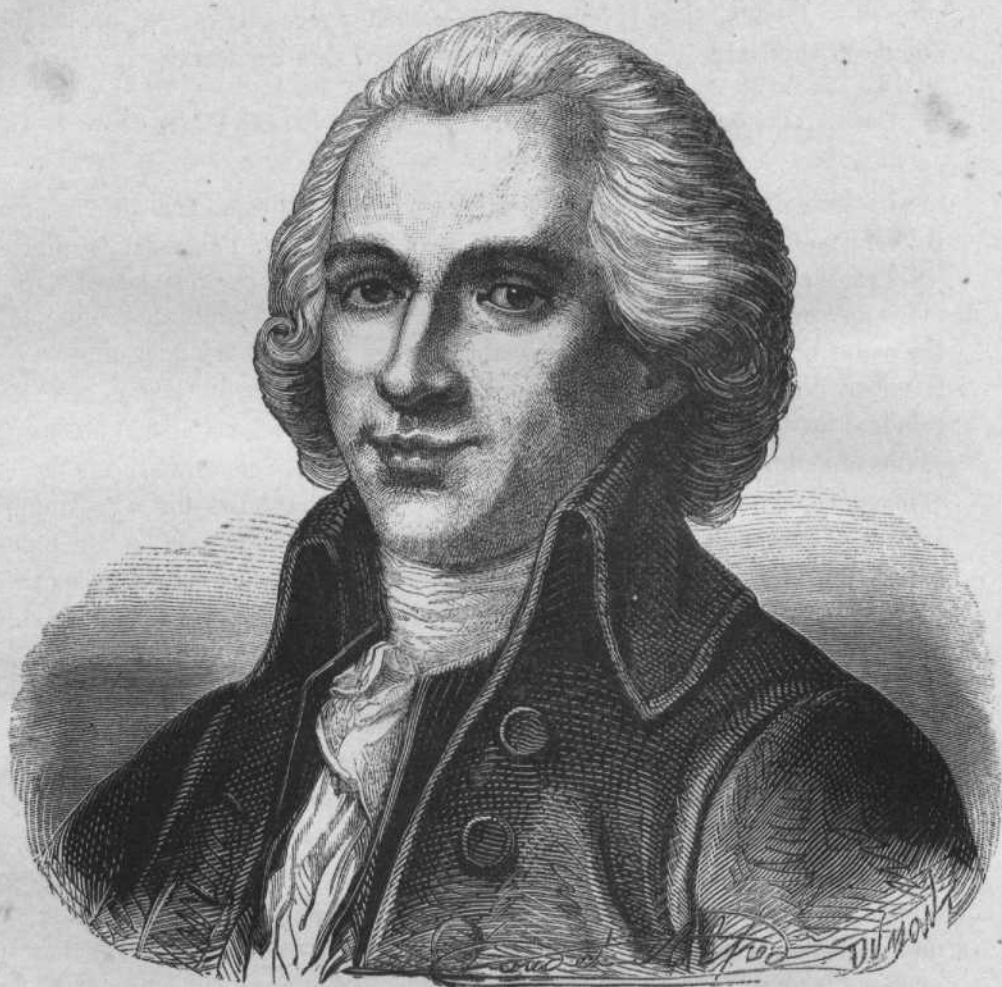
Unido sólo á los pasos de Robespierre, se comunicaba muy poco con los demas. Abandonaba su asiento en la Convencion para aparecer como un precursor de las opiniones de su maestro. Apénas terminado su discurso, se volvia silencioso é impalpable, no como un hombre, sino como una voz.

«Os dicen—murmuró friamente Saint-Just—que el rey debe ser juzgado como ciudadano, y yo trato de probaros que debe serlo como enemigo. No tenemos que juzgarle, sino combatirle. La tar-



danza más funesta de todas las que nuestros enemigos nos aconsejan, sería la que nos hiciese contemporizar con el rey. Un día, pueblos tan distantes de nuestras preocupaciones como nosotros lo estamos de las de los vándalos, se admirarán de que un pueblo haya deliberado para saber si tenía ó no el derecho de juzgar á sus tiranos; se admirarán de que en el siglo XVIII hayamos estado más atrasados que en tiempo de César. El tirano fué inmolado en pleno senado, sin otra formalidad que veintidos puñaladas, sin otra ley que la libertad de Roma. ¡Y hoy se hace con respeto el proceso de un hombre, asesino del pueblo, cogido infraganti delito! Los que dan alguna importancia al justo castigo de un rey, nunca harán una república, siendo entre nosotros la debilidad de caracteres un gran obstáculo para la libertad. Unos parece temen sufrir algún día la pena de su valor, y los otros no han renunciado del todo á la monarquía; éstos temen un ejemplo de virtud, que sería un lazo de responsabilidad comun y de unidad de la república. Ciudadanos, si el pueblo romano, despues de seiscientos años de virtudes y de odio á los reyes; si Inglaterra, despues de muerto Cromwell, vieron renacer los reyes á pesar de su energía, ¿qué no deben temer entre nosotros los buenos ciudadanos viendo temblar el hacha en nuestras manos, y un pueblo, desde el primer día de su libertad, respetar el recuerdo de sus cadenas? ¡Se habla de inviolabilidad! Existia quizá esta inviolabilidad mutua de ciudadano á ciudadano; pero de pueblo á rey no hay relacion natural: el rey estaba fuera del contrato social que unia entre sí á los ciudadanos; no puede estar garantido por este contrato el que él sólo hacía una tiránica excepcion. ¡Y se invocan las leyes en favor del que las ha destruido todas! ¿Qué proceso, qué informacion quereis hacer de sus crímenes, que por todas partes están escritos con la sangre del pueblo? ¿No pasó ántes del combate revista á las tropas? ¿No huyó, en vez de impedir se disparase sobre la nacion? Pero ¿para qué buscar crímenes? Tal alma generosa hay que dirá en otro tiempo que se debe formar causa al rey, no por los crímenes de su gobierno, sino por el solo crimen de haber sido rey; porque la majestad es un crimen, por el cual el usurpador está sujeto á ser juzgado por todos los ciudadanos. Todos los hombres han recibido de la naturaleza la secreta mision de exterminar el dominio. No se puede reinar inocentemente: todo rey es un rebelde. ¿Y qué justicia podria hacerle el tribunal á quien encargáseis su juicio? ¿Tendria facultad de restituirle la patria y de citar ante él, para hacerle reparacion, la voluntad general? Ciudadanos, el tribunal que debe juzgar á Luis XVI es un consejo político; es el derecho de las naciones quien juzga á los reyes. No olvideis que segun el espíritu con que juzgareis á vuestro señor, será el espíritu con que establecereis vuestra república: la teoría de vuestro juicio será la de vuestras magistraturas, y la medida de vuestra filosofía en este juicio será tambien la de vuestra libertad en vuestra Constitucion. ¿Para qué hacer un llamamiento al pueblo? El derecho de los hombres contra los reyes es personal; el pueblo entero no podria obligar á un solo ciudadano á que perdonase á su tirano. Pero apresuraos, porque no hay ciudadano que no tenga sobre él el derecho que tenia Bruto sobre César, el derecho de Ankarstroem sobre Gustavo. Luis es otro Catilina. El asesino juraria, como el cónsul de Roma, que ha salvado la patria inmolándole. Habeis visto sus pérfidos designios, habeis contado su ejército; el traidor no era el rey de los franceses, sino el rey de algunos conjurados: hacía levantamiento de tropas, tenia ministros particulares, habia





GREGOIRE.

proscrito secretamente todos los hombres probos y de valor, es el asesino de Nancy, de Courtrai, del Campo de Marte, de las Tullerías. ¿Qué enemigo extranjero nos hizo tanto mal? ¡Y se trata de remover la piedad! Bien pronto se comprará con lágrimas, como en los entierros de Roma. Tened cuidado con vuestros corazones. Pueblo, si el rey llega á ser absuelto, recuerda que ya no somos dignos de tu confianza, y no debes ver en nosotros sino traidores.»

II

La Montaña se apropió estas palabras por el entusiasmo con que las aplaudió. Hubiera podido decirse que una mano atrevida acababa de rasgar la nube de las leyes escritas, y de hacer aparecer la jurisdiccion de la cuchilla sobre la frente de todos los reyes. Fauchet, arrostrando el delirio de la Asamblea, pronunció, pero sin poder hacerse oír, enérgicas palabras sobre la inutilidad de la muerte y sobre la virtud política de la magnanimidad. «No,—dijo;—conservemos este hombre criminal que fué rey; que quede como un vivo espectáculo de lo absurdo y del envilecimiento del trono, y diremos á las naciones: «¿Veis esta especie de hombre antropófago, que jugaba con nosotros y con vosotras? Era un rey. Ninguna ley interior habia previsto su crimen. Ha traspasado los límites de los atentados previstos en nuestro código penal. La nacion se venga imponiéndole un suplicio más terrible que la muerte: le expone para siempre al universo, colocándole sobre un cadalso de ignominia.»

En una de las sesiones siguientes, Gregoire atacó la teoría de la inviolabilidad de los reyes. «Esta ficcion no sobrevive á la faccion constitucional que la creó.» Y pidió, no la muerte, sino el juicio con todas sus consecuencias, aunque fuese la muerte, y prejuzgó el decreto con estas terribles palabras: «¿Hay un pariente, un amigo de nuestros hermanos inmolados en nuestras fronteras, que no tenga el derecho de traer su cadáver á los piés de Luis XVI, y decirle: «Hé aquí tu obra?» ¿Y este hombre no estará sujeto al juicio del pueblo? Repruemo la pena de muerte,—continuó Gregoire,—y espero que este resto de barbarie desaparecerá de nuestras leyes; á la sociedad le basta que el culpable no pueda hacer daño. Le condenareis sin duda á la existencia, á fin de que el remordimiento y horror de sus maldades le persiga en el silencio de su cautiverio; pero ¿pueden los reyes arrepentirse? La historia, que grabará sus crímenes, podrá pintarle con un solo rasgo. El 10 de Agosto, en las Tullerías eran degollados miles de hombres, el estruendo del cañon anunciaba una espantosa carnicería, y aquí, en esta sala, el rey comía!... Al fin sus traiciones acarrearón nuestra libertad. El impulso está dado al mundo. El cansancio de los pueblos llegó á su colmo, y todos se lanzan hácia la libertad. El volcan va á hacer su explosion, de la que resultará la resurreccion política del globo. ¿Qué sucederia si en el momento en que los pueblos van á romper sus cadenas, proclamáseis la impunidad de Luis XVI? Europa dudaria de vuestra intrepidez, y los déspotas volverian á tener esperanza en aquella máxima de nuestra esclavitud, que tienen su corona de Dios y de su espada».

En las sesiones siguientes se leyeron numerosas exposiciones de los departamentos, pidiendo todos la cabeza del asesino del pueblo. Parecia que la primera necesidad de la nacion no era tanto defenderse como vengarse.

III

Entre los miembros de la Convencion nacional tomaba asiento un extranjero. Era éste el filósofo Tomás Payne, nacido en Inglaterra, apóstol de la independencia americana, amigo de Franklin, autor del *Buen sentido*, de *Los derechos del hombre* y de *La edad de la razon*, tres páginas del nuevo evangelio en las que habia llevado las instituciones políticas y las creencias religiosas á la justicia y á la luz primitivas, teniendo su nombre una gran autoridad entre los novadores de los dos mundos. Su reputacion le habia servido para naturalizarse en Francia. La nacion que entónces pensaba y combatia, no por ella sola, sino por el universo entero, reconocia por compatriotas á todos los celosos por la razon y la libertad. El patriotismo de Francia, como el de las religiones, no consistia en la uniformidad de lenguaje, ni en la comunidad de las fronteras, sino en la comunidad de las ideas. Payne, unido con madama Roland, con Condorcet y Brissot, habia sido electo por la ciudad de Calais. Los girondinos le consultaban y le habian introducido en el comité de legislacion. El mismo Robespierre afectaba por el radicalismo cosmopolita de Payne el respeto de un neófito por las ideas que vienen de léjos.

El rey habia tenido muchos miramientos á Payne cuando fué enviado á Paris para implorar los socorros de Francia en favor de América. Luis XVI hizo donativo de seis millones á la jóven república. Payne no tuvo ni la memoria ni el decoro que convenia á su situacion. No pudiendo producirse en frances en la tribuna, escribió é hizo leer á la Convencion una carta innoble en los términos y cruel en la intencion; larga injuria arrojada hasta el fondo del calabozo al hombre de quien en otro tiempo habia solicitado generosa asistencia, y á quien debia la salvacion de su patria adoptiva. «Considerado como individuo, ese hombre no es digno de la atencion de la república; pero como cómplice de la conspiracion contra los pueblos, debeis juzgarle,—decia Payne.—En cuanto á la inviolabilidad, no hay necesidad de hacer mención de este motivo. No veais en Luis XVI más que un hombre de escaso talento, mal educado, como todos sus iguales, sujeto, dicen, á frecuentes excesos de embriaguez, y al que la Asamblea constituyente restableció imprudentemente sobre un trono para el que no era á propósito.»

La ingratitud se manifestaba en ultrajes, y la filosofía se degradaba haciéndose inferior al despotismo en el lenguaje de Payne. Madama Roland y sus amigos aplaudieron la grosería republicana de aquel acto y de aquellas expresiones. La Convencion mandó por unanimidad que se imprimiese esta carta.

El duque de Orleans, á quien Hebert habia bautizado la víspera en la municipalidad con el nombre de *Felipe Igualdad*, y que habia aceptado este nombre para despojarle hasta de las sílabas que recordaban la raza de Borbon, subió á la tribuna despues de leida la carta de Tomás Payne. «Ciudadanos,—dijo,—mi hija, de edad de quince años, ha ido á Inglaterra en el mes de Octubre de 1791, con la ciudadana de Genlis-Sillery, su aya, y dos jóvenes educadas con ella desde su niñez, de las que una es la ciudadana Enriqueta Sercey, huérfana, y la otra Pamela Seymour, naturalizada francesa desde hace muchos años. La ciudadana Sillery ha educado á todos mis hijos, y su comportamiento prueba que les ha formado desde muy temprano para las ideas republicanas. Uno de los motivos del viaje de

mi hija ha sido para sustraerla á la influencia de los principios de una mujer, su madre, muy apreciable sin duda, pero cuyas opiniones sobre los asuntos del día no han sido siempre conformes á las mías. Cuando razones tan poderosas detenían á mi hija en Inglaterra, mis hijos estaban en el ejército. Yo no he dejado de estar con ellos en medio de vosotros, y puedo decir que yo y mis hijos no somos los ciudadanos que hubieran corrido ménos peligro si no hubiese triunfado la causa de la libertad. Es imposible, es absurdo, mirar el viaje de mi hija como una emigración; pero para atormentar á un padre basta la más pequeña duda. Os suplico, pues, ciudadanos, que calmeis mis inquietudes. Si, lo que no puedo creer por parecerme imposible, im-



La reina amenazada por un obrero en el patio del Temple.—Pág. 232.

neis el rigor de la ley á mi hija, por cruel que sea este decreto para mí, los sentimientos de la naturaleza no ahogarán los deberes de ciudadano, y alejándola de la patria por obedecer á la ley, probaré de nuevo lo que aprecio el título de ciudadano, que prefiero á todo.»

Acordó desdeñosamente la Asamblea que pasase la súplica del duque de Orleans

al comité de legislación. La Convención, que no tenía necesidad de cómplices, principiaba á inquietarse por contar un Borbon en su seno. Demasiado cercano al trono para poderse servir de él sin riesgo, demasiado fiel á la revolución para atreverse á acusarle, le cubría con una tolerancia que se parecía al olvido: quería eclipsarle, él quería eclipsarse á sí mismo; pero su nombre era demasiado brillante y le denunciaba á la atención de la república. Era su único crimen, de que su

postracion ante el pueblo no podia absolverle. Aquel nombre, aunque repudiado, le anonadaba. Francia y Europa atentas se preguntaban cómo su patriotismo sufriría la terrible prueba del proceso de su pariente y de su rey. La naturaleza le rechazaba, la opinion le pedia una cabeza, y se temblaba decir quién triunfaria, si la naturaleza ó la opinion.

IV

Paris y los departamentos, amenazados entónces por el hambre, se agitaban por efecto del terror pánico aún más que por la realidad de la carestía. El descrédito en que habian caido los asignados, moneda de papel, ideal como la confianza, hacía encerrar el trigo, lo que produjo la violacion de los mercados y los domicilios. Todos los pueblos pequeños alrededor de Paris, granero de Francia, estaban en una continua sedicion. Los comisarios de la Convencion que se enviaban sobre el terreno eran injuriados, amenazados y expulsados á la fuerza, y el pueblo les pedia pan y curas. Volvian á la Convencion á manifestar sus alarmas, sus injurias y su impotencia. «Se nos conduce á la anarquía,—decia Petion.—Nos despedazamos con nuestras propias manos. Hay causas ocultas para estos tumultos, y estallan cabalmente en los departamentos más abundantes en trigo. Conspiradores que envileceis la Convencion, decidnos, ¿qué quereis de nosotros? Hemos abolido todas las tiranías, hemos abolido el trono. ¿Qué más quereis?»

Extraviando las conciencias, las ideas religiosas agitaban al mismo tiempo los departamentos; las sediciones tomaban la cruz por estandarte, lo que conmovió á Danton. «Todo el mal no está en las alarmas por las subsistencias,—dijo á la Convencion.—Se ha sembrado en la Asamblea una idea imprudente, hablándose de no dar pensiones á los clérigos. Se han apoyado en las ideas filosóficas que yo respeto, porque yo no conozco otro Dios que el del universo, ni otro culto que el de la justicia y el de la libertad; pero el hombre maltratado por la fortuna busca goces ideales. Cuando ve un hombre rico entregarse á todos sus placeres, acariciar todos sus deseos, entónces cree, y esta idea le consuela, que en otra vida los goces se multiplicarán en proporcion de sus privaciones en este mundo. Cuando hayais tenido durante algun tiempo empleados de moral que hayan hecho penetrar la luz en las cabañas, entónces será el tiempo de hablar al pueblo de moral y de filosofía; pero hasta entónces es bárbaro, es un crimen de lesa nacion querer quitar al pueblo los hombres en quienes espera aún hallar algunos consuelos. Yo creo, pues, que sería útil que la Convencion diese una proclama para persuadir al pueblo de que no quiere destruir nada, sino perfeccionarlo todo, y que si persigue el fanatismo, es porque quiere la libertad de las opiniones religiosas. Pero aún hay un objeto que exige la pronta decision de la Asamblea,—añadió Danton, más obligado que deseoso de hacer esta manifestacion contra Luis XVI:—el juicio del ex-rey se espera con impaciencia. El republicano, por una parte, se indigna de ver que este proceso parece interminable; por otra, el realista se agita en todos sentidos, y como aún tiene su fortuna y su orgullo, vereis quizá, con gran escándalo de la libertad, dos partidos chocar entre sí. Todo os manda que apresureis el juicio del rey.»

No queriendo dejar á Danton la primacía de su mocion, Robespierre se unió á él para pedir que «el último tirano de los franceses, el punto de union de todos

los conspiradores, la causa de todas las turbulencias de la república, fuese condenado inmediatamente á la pena que merecian sus maldades». Marat, Legendre, Jean-Bon Saint-André, dieron el mismo grito de impaciencia y lanzaron contra el rey sólo la oleada de cólera, de inquietud y de agitacion que amenazaba á la república. El proceso fué la orden del dia permanente de la Convencion.

Tambien lo era la de los Jacobinos. Aquí, Chabot dirigia invectivas contra Brissot, le echaba en cara haberse alegrado secretamente de los asesinatos de Setiembre, con la esperanza de que su cómplice de otros tiempos y su enemigo entónces, el libelista Morande, depositario de sus secretos, pereceria bajo el hacha del pueblo. «¡Y tú te alabas con tus amigos—le decia Chabot—de ser el héroe del 10 de Agosto, tú, que te has ocultado en el comité hasta el momento en que se trató de apoderarse del ministerio bajo la responsabilidad de Roland y de Claviere! ¡El héroe del 10 de Agosto tú, que pocos días ántes leias un discurso, aplaudido por los realistas, en que te declarabas defensor del rey! ¡Los héroes del 10 de Agosto tú y tus amigos! ¿Es tu amigo Vergniaud, que concluia su discurso sobre la destitucion por un mensaje al rey destinado á adormecer la nacion hasta la llegada de Brunswick? ¿Es Jerónimo Petion, que habia impedido la insurreccion del 28 de Julio, y que me reprendia el 9 de Agosto porque queria tocar á somaten? ¿Es tu amigo Lasource, que pedia el 8 de Agosto que se despachasen los federados que vencieron el 10? ¿Es aún Vergniaud, que presidiendo la Asamblea en la mañana de aquel dia, juraba morir por sostener los derechos constitucionales del rey? ¿Es tu partido, en fin, que miéntas el cañon del pueblo derribaba el palacio, hacía decretar que se nombraria un ayo al príncipe real? Dejo á la opinion pública que juzgue entre el ex-capuchino Chabot y el antiguo espía de la policía Brissot.» La conclusion de todas estas filípicas de los jacobinos contra Roland, Brissot, Petion y Vergniaud era el desafío que hacian á los girondinos de volverse atras en el proceso de Luis XVI y de negar aquella cabeza al pueblo, á ménos de confesarse traidores á la patria.

Robespierre rechazó en la misma sesion de los Jacobinos, como Danton lo habia hecho en la Convencion, el pensamiento de suprimir el sueldo que daba el Estado á los clérigos. Robespierre y otros retrocedian con timidez, por interes de partido, ante la aplicacion racional del dogma de la independencia de las creencias religiosas y de la emancipacion absoluta de la razon de los pueblos en materia de culto por la libertad. Decian que la religion del pueblo era una mentira, y pedian que la república pagase sacerdotes encargados de predicar y de administrar lo que ellos llamaban una mentira. Así los hombres más firmes en la fe revolucionaria, que no retrocedian ni delante de la sangre de sus conciudadanos, ni de los ejércitos de Europa, ni de su propio cadalso, retrocedian ante el poder de un hábito nacional, y dilataban la verdad en las relaciones del hombre con Dios, más bien que suspendian su poder. ¡Cuán cercana está la debilidad de la fuerza! «Mi Dios—decia Robespierre en una carta á sus comitentes—es el que creó todos los hombres para ser iguales y felices, que protege á los oprimidos y extermina á los tiranos. Mi culto es el de la justicia y la humanidad; yo no quiero más que otro alguno el poder de los clérigos; es una cadena más para la humanidad, pero es una cadena invisible unida á los espíritus. El legislador puede ayudar la razon á libertarse de ella, pero no romperla. Bajo este concepto, nuestra situacion me

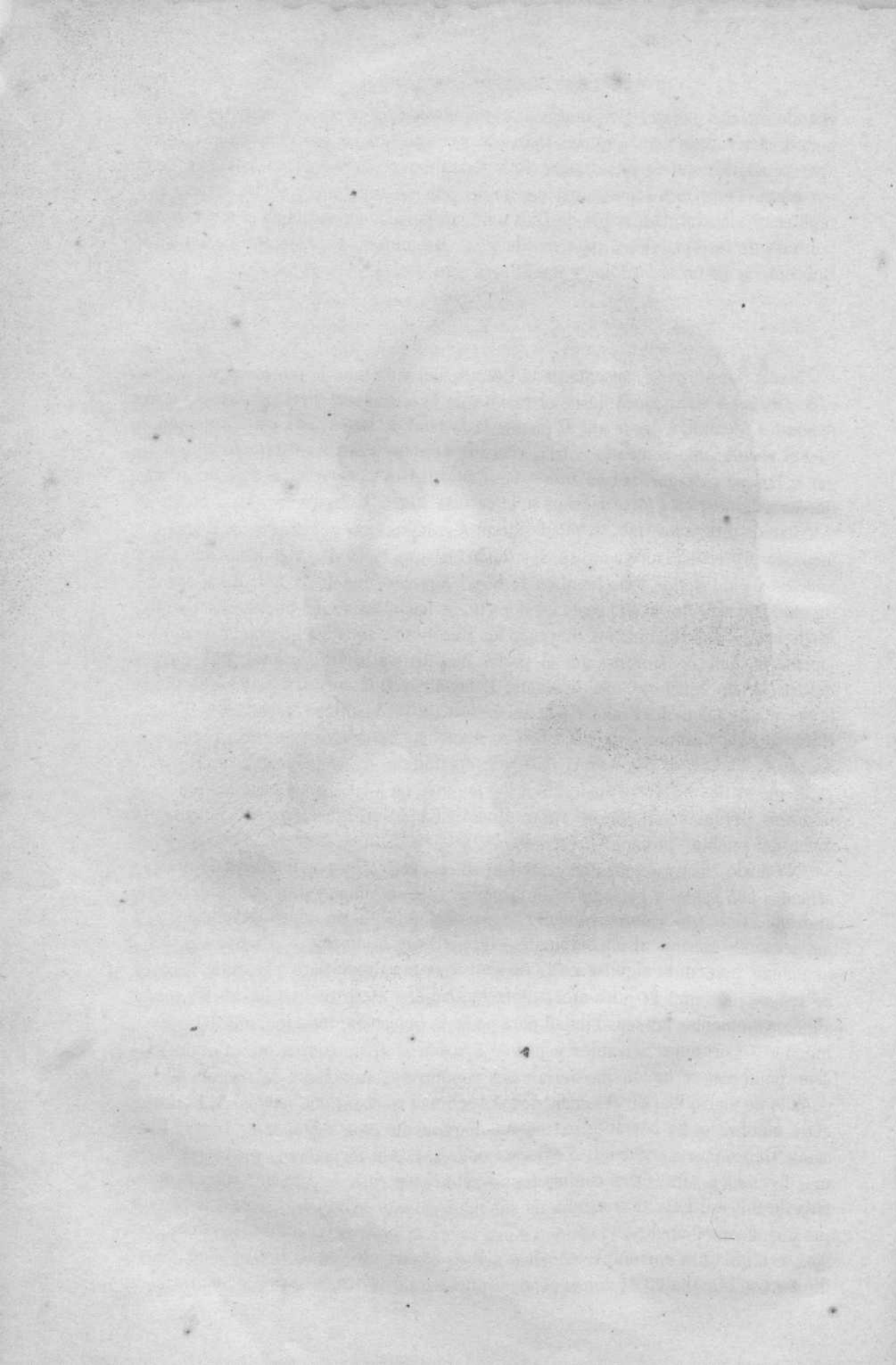
parece favorable. El imperio de la supersticion está casi destruido. Ya es ménos el sacerdote el objeto de la veneracion, que la idea de la religion que aquel personifica á los ojos de la multitud. Ya la antorcha de la filosofía, penetrando hasta las clases más tenebrosas, ha disipado todos los ridículos fantasmas que la ambicion de los clérigos y la política de los reyes nos mandan adorar en nombre del cielo. Ya apenas quedan en los ánimos más que aquellos dogmas eternos que prestan un apoyo á las ideas morales, y la doctrina sublime y tierna de la caridad y de la igualdad, que el Hijo de María enseñó en otro tiempo á sus conciudadanos. Bien pronto, sin duda, el evangelio de la razon y de la libertad será el evangelio del mundo. El dogma de la divinidad está grabado en las almas, y el pueblo liga este dogma al culto que ha profesado hasta ahora. Atacar este culto es atentar á la moralidad del pueblo. Recordad que nuestra revolucion está basada en la justicia, y que todo lo que tiende á debilitar este sentimiento moral en el pueblo, es anti-revolucionario. Recordad con qué prudencia los más grandes legisladores de la antigüedad supieron manejar estos resortes ocultos del corazon humano; con qué arte sublime, teniendo consideracion á la debilidad ó á las preocupaciones de sus conciudadanos, consintieron en hacer sancionar por el cielo la obra de su genio. Cualquiera que sea nuestro entusiasmo, no hemos llegado aún á los límites de la razon y de la virtud humana; pero ¡qué impolítico sería arrojar nuevos gérmenes de discordia en los ánimos, haciendo creer al pueblo que atacando sus sacerdotes se atacaba al mismo culto! No digais que no se trata de abolir el culto, sino sólo de no pagarlo; porque aquellos que creen en el culto, creen tambien que no pagarle ó dejarle perecer es lo mismo. Por otra parte, ¿no veis que entregando los ciudadanos á la individualidad de los cultos, levantais la señal de la discordia en cada ciudad y en cada aldea? Los unos querrán un culto, otros querrán pasar sin él, y todos vendrán á ser los unos para los otros objetos de desprecio y odio.»

De este modo Danton y el mismo Robespierre, por una extraña y cobarde concesion de sus principios, querian establecer en nombre de la república aquella uniformidad oficial de las conciencias, que ellos echaban en cara á la política de los reyes. ¡Quitaban un rey al pueblo, y no se atrevian á declarar que dejarían de pagar al clero!

Esta inconsecuencia de Robespierre, ocultando su debilidad bajo un sofisma, le presentaba á los sarcasmos de sus enemigos. Carra, Gorsas y Brissot, redactores de los principales periódicos de la Gironda, se apiadaron de su *supersticion*, y pusieron su complacencia en ridículo. «Todos preguntan—decian—por qué van tantas mujeres detras de Robespierre á su casa, á la tribuna de los Jacobinos, á los Franciscanos y á la Convencion. Es porque la revolucion francesa es una religion, y Robespierre quiere formar una secta. Hay una especie de sacerdotes que tienen sus devotos, sus Marías, sus Magdalenas, como Cristo. Todo su poder está en la rueca. Robespierre predica, Robespierre censura; es furioso, grave, melancólico, exaltado ó frio, seguido en sus pensamientos y en su conducta. Se enfurece contra los ricos y los grandes. El texto de sus sermones es el de Cristo: «Es necesario despojar todos los pícaros acomodados de Jerusalem para vestir los desnudos». El vive con poco, no conoce las necesidades físicas, no tiene más que una sola mision, que es la de hablar siempre. Crea discípulos y tiene guardias para su persona, arenga en los Jacobinos cuando quiere hacerse sectarios allí, y calla



LEGENDRE.



cuando su voz pudiera perjudicar á su popularidad; rehusa los empleos en que podria servir al pueblo, é intriga para obtener aquellos en que puede persuadirle; aparece cuando quiere hacer sensacion, y desaparece cuando la escena está llena por otros. Tiene todos los caracteres de un jefe de religion, y se ha creado una reputacion de santidad; habla de Dios y de la Providencia, se llama el alma de los pobres y de los oprimidos, hace que le sigan las mujeres y los débiles de espíritu. Robespierre es un sacerdote, y jamás será otra cosa.»

V

Marat por su parte, ausente de la Convencion y metido de nuevo en su subterráneo de los Franciscanos desde el insulto de Westermann y las amenazas de los federados, denunció desde allí al pueblo la faccion de la Gironda como una conjuracion permanente contra la patria. «No soy yo sólo—escribia—á quien ellos obligan á buscar su seguridad en una oscura cueva para ponerse al abrigo del hierro de sus asesinos; esta atroz faccion se encarniza contra Robespierre, Danton, Panis y todos los diputados que no puede atraer á composicion por el miedo. Hacen sus listas de proscritos bajo los auspicios de su patrono Roland. ¿Y quienes son estos enemigos públicos de todo hombre de bien? Aquellos que en la Asamblea constituyente han sacrificado á la corte los derechos y los intereses del pueblo, los Camus, los Gregoire, los Roland, los Sieyes y los Buzot; son aquellos que en la Asamblea legislativa han conspirado con el poder ejecutivo y hecho declarar una guerra desastrosa de concierto con Narbona, Lafayette y Dumouriez; son los que piden la desmembracion de Francia y la traslacion de la Asamblea nacional á Rouen. Hablo de los Lasource, de los Lacroix, Fauchet, Gensonné, Vergniaud, Brissot, Kersaint, Barbaroux y Guadet, esos viles maniqués convencionales de Roland. ¡Y se me critica haberme sustraído á los puñales de los asesinos pagados por esos hombres, refugiándome en mi subterráneo! Cuando mi muerte pueda cimentar la dicha del pueblo, ya verán si palidezco.»

No tardó efectivamente en volver á aparecer, escoltado por hombres del pueblo armados con sables y palos, y seguido por grupos de niños y mujeres cubiertos de andrajos. Con este acompañamiento se presentó á la puerta de la Convencion. «¡Y me acusan—escribia al dia siguiente—de predicar la muerte y el asesinato, á mí que jamás he pedido algunas gotas de sangre impura sino para preservar arroyos de sangre inocente! El puro amor de la humanidad es el que me ha hecho cubrir algunos momentos mi sensibilidad para pedir la muerte de los enemigos del género humano. ¡Corazones sensibles y justos! á vosotros apelo contra las calumnias de esos hombres de hielo, que verian sin conmoverse inmolar á la nacion por un puñado de malvados. En el muelle de los Teatinos, en el antiguo palacio de Labriffe, cuyo nombre se ha borrado, se reunen diariamente esos agitadores, Buzot, Kersaint, Gensonné, Vergniaud, Sieyes y Condorcet. Allí forman sus proyectos. Con más frecuencia aún, estos conjurados se reunen en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. Esta casa es una de sus madrigueras habituales, donde se principia por el conciliábulo y se concluye por la orgía; porque las ninfas de la emigracion van allí para corromper aquellos padres conscriptos de la Convencion. Saladin ha comido allá el 27 con muchos diputados de la trineca, tales como Buzot y

Kersaint. Lasource ha cenado allí con sus cortesanas contrarevolucionarias y Veime-range, antiguo administrador de correos, en cuya casa de campo, en Thilles, cerca de la villa de Gonesse, se reunen una vez á la semana los jefes de esta faccion, en el mismo sitio y en la misma mesa donde se reunian hace dos años Chapelier, Dandré, Maury y Cazales.»

En la misma época, Camilo Desmoulins, asociándose con Merlin de Thionville, publicó un diario para defender la causa de Robespierre, con este epígrafe, que revelaba todos los dias á sus lectores el pensamiento cotidiano de los jacobinos: *No hay victima más agradable á los dioses que un rey inmolado.* «Yo no sé—decia Camilo Desmoulins—si Robespierre debe temblar por el feliz éxito que ha obtenido contra sus cobardes acusadores. Su segunda filípica, ese sublime discurso de Ciceron, dice Juvenal, es quien hizo asesinar á aquel grande hombre. Robespierre tambien ha vencido demasiado; sus enemigos están harto anonadados para que tan felices resultados no presagien una catástrofe. No es posible haber humillado más á sus enemigos. Louvet estaba en la argolla, Petion parecia sacrificado al triunfo de su rival. ¿Qué es la virtud, si Robespierre no es su imagen? ¿Qué es la elocuencia y el talento, si el discurso de Robespierre no es la obra maestra, este discurso en que he encontrado reunidas la ironía de Sócrates á la delicadeza de Pascal, con dos ó tres rasgos comparables á las más bellas inspiraciones de Demóstenes? Robespierre, Lacroix te acusaba de haber dicho una palabra digna de condenarse; pero tal es la idea que yo tengo de tu virtud, que saqué la consecuencia de que esa palabra no era criminal, supuesto que tú la habias dicho. En cuanto á Marat, que me llama algunas veces su hijo, el parentesco no impide que algunas otras yo me conserve á cierta distancia de tal padre; pero Marat no es un partido: Marat vive solo. ¡Brissot, Brissot! Ese sí que es un partido. Tended la vista por los comités de la Convencion. Brissot está en todas partes, Robespierre en ninguna. ¿Sabeis lo que reunen los girondinos? ¡El odio de Paris! ¡El odio del pueblo! ¡Aborrecen á Paris, porque Paris es la cabeza de la nacion y encierra un pueblo inmenso, que es el terror de los traidores y de los intrigantes!»

VI

Vino inopinadamente á dar á los jacobinos nuevas armas contra los girondinos y nuevos testimonios contra Luis XVI una de esas casualidades que la fortuna arroja en medio de los acontecimientos para agravarlos ó desenlazarlos. Hemos visto que este príncipe, desconfiando de la seguridad de las Tullerías, algunos dias ántes del mes de Agosto, hizo practicar en la pared de un pasadizo oscuro que conducia á su gabinete un armario secreto, cubierto con una puerta de hierro y una capa de madera. Se habia el rey servido para esta operacion del compañero de sus trabajos de manos, cuando en los dias de su ociosidad descansaba de ser rey, convirtiéndose en herrero. Este hombre, de quien ya hemos hablado, llamado Gamain, era un cerrajero de Versalles que habia amado tiernamente á Luis XVI, y nada hubiera podido decidirle á la traicion si la demencia ó las importunidades de su mujer no hubiesen desarraigado poco á poco de su corazon el cariño que tenia al rey; pero aquel robusto obrero fué atacado de una enfermedad de languidez casi inmediatamente despues de haber sellado la puerta de

hierro. Buscó con la inquietud de una imaginacion febril cómo su cuerpo, joven y vigoroso hasta entónces, habia podido de repente enervarse y enflaquecer, como si la sombra de la muerte hubiese pasado sobre él, ó como si se hubiese tendido por toda su existencia uno de esos *encantos* que son las siniestras credulidades del pueblo.

Concluyó por volcanizarse su cabeza á fuerza de dar vueltas á sus ideas. Su memoria, fiel ó engañada, le recordó una circunstancia bien insignificante en apariencia, pero que él convirtió en sospecha. De la sospecha á la acusacion, en el alma de un hombre sencillo y enfermo, no hay más que el espacio de un sueño, y su imaginacion lo atravesó. Gamain recordó que, abrumado por el cansancio y la sed mientras forjaba el hierro, el rey le habia aliviado dándole de beber con su propia mano un vaso de agua fria. Sea que el fresco del agua hubiese helado sus sentidos, sea que el principio del marasmo de aquel hombre hubiese coincidido naturalmente con aquella época de su vida, Gamain se creyó envenenado por mano de su amo y de su amigo, interesado, decia, en hacer desaparecer el único testigo del depósito oculto en los muros de su palacio.

Confió Gamain sus sospechas á su mujer, que las creyó y las aumentó; luchó mucho tiempo contra aquella obsesion de su alma; pero al fin, vencido por la desesperacion de morir víctima de una odiosa traicion, conmovido ademas por las crecientes sacudidas de la revolucion, y temiendo que algun dia le imputasen como crimen su silencio, resolvió vengarse ántes de morir, y revelar el misterio en que habia tenido parte. Fué á casa del ministro del Interior, Roland, á quien hizo su declaracion; y sea que Roland estuviese impaciente de coger nuevas piezas de conviccion contra el trono, sea que esperase hallar en aquellas confidencias de la lista civil pruebas escritas de la corrupcion de Danton, de Marat y hasta de Robespierre, sea más bien que temiese entregar á la Convencion correspondencias que comprometiesen á sus mismos amigos, se apresuró como un hombre que ve su presa, y que echa la mano tan pronto como la vista sobre su secreto. Roland no pensó en la inmensa responsabilidad que atraeria sobre él un descubrimiento del que separaba todos los testigos, y no llamó para abrir aquel candado á los miembros del comité de la Convencion. Mandó á Gamain subir solo con él en su coche, fué á las Tullerías, forzó la puerta de hierro, recogió los papeles que el armario contenia, y los llevó al ministerio del Interior para examinarlos ántes de depositarlos en la Convencion.

Se levantó en Paris un grito de alegría, y un sordo murmullo rugió en la Convencion contra la temeridad del ministro al anunciar el descubrimiento de aquel manantial de acusaciones. Todos los partidos se acusaron mutuamente de antemano de algunas complicidades ocultas, cuyas pruebas contra sus jefes encerraba el armario de hierro; todos temblaron de que Roland hubiese escatimado á su antojo aquellos testimonios de traicion, y todos, ménos los girondinos, hicieron un crimen de su impaciencia y de haber sustituido la mano de un ministro al ojo de la nacion para el exámen de un depósito de manejos y de traiciones contra ella. Aunque Roland llevó el mismo dia los papeles del armario de hierro á la mesa del presidente, el hecho de haber asistido solo á su descubrimiento, y de haberlos revisado ántes de entregarlos, le hacia sospechoso de sustraccion y de parcialidad. La Convencion encargó á su comité de los Doce que le hiciese una

relacion de aquellas piezas y de aquellos de sus miembros que pudiesen hallarse complicados en ellas. Entre estos papeles estaba el tratado secreto de la corte con Mirabeau, y las pruebas irrecusables de la corrupcion de aquel grande orador. La verdad salia de los muros de palacio, donde habia sido sellada para venir á acusar su memoria en su tumba. Barere, Merlin, Duquesnoy y Rouyer, y los miembros más eminentes de la Asamblea legislativa, bajo cuya denominacion se comprendia Guadet, Vergniaud y Gensonné, eran, si no acusados, al ménos designados por haber tenido relaciones con Luis XVI. Las correspondencias, en su mayor parte, descubrian más bien esos planes vagos que los aventureros políticos ofrecen en cambio de un poco de oro á los poderes caidos, que planes decididos y complicidades efectivas, concluyendo casi todos por pedir muchos millones al tesoro del rey, y ofreciendo á este príncipe nombres y conciencias que ni siquiera sabian que se las trataba de ajustar. Barere, Guadet, Merlin y Duquesnoy se disculparon sin dificultad de quiméricas acusaciones. Sólo habia un hombre en la Asamblea que habia negociado su palabra y su crédito con la corte: este hombre era Danton. Pero la prueba de sus relaciones con la monarquía estaba en Inglaterra, en manos de un ministro de Luis XVI. El armario de hierro nada revelaba contra él.

Para disipar las sospechas que se suscitaban contra Roland, pidió Barbaroux que Luis XVI fuese el primer acusado. Robespierre, mudo hasta entónces, tomó la palabra, no como un juez toma la balanza, sino como un enemigo la espada. No reconoció entre Luis XVI y él otra ley más que la mortal antipatía entre el señor y el esclavo, olvidando que él no era sino un hombre obligado á consultar en sus juicios, no sólo las leyes escritas, sino las no escritas de la misericordia y de la equidad; colocó frente á frente la salvacion de la república y la vida de un rey, y decidió con pleno conocimiento que la muerte del rey era indispensable al pueblo. Al ménos Robespierre tuvo el mérito de separar de aquel asesinato de Estado la hipocresía de las formas del proceso. Condenó á Luis XVI como si él hubiese sido el juez supremo, y le ejecutó como si Luis XVI no hubiese sido más que un principio. Esta franqueza y audacia fué lo que á tantos sedujo después, y lo que hizo olvidar á los admiradores de Robespierre que en aquel principio habia un rey, que en aquel rey habia un hombre, y que en este hombre habia la vida, la vida que la sociedad no quita á nadie por el crimen de su situacion, sino por el de su mano y de su voluntad.

«Os sacan de la cuestion, aquí no hay proceso,—dijo.—Luis no es acusado, vosotros no sois jueces; no teneis que dictar ninguna sentencia ni en pro ni en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvacion pública y ejercer un acto de providencia nacional. (*Aplausos*). ¿Cuál es el partido que la sana política prescribe para cimentar la república naciente? El de grabar profundamente en los corazones el desprecio del trono, y llenar de asombro á todos los partidarios del rey. Luego presentar al universo su crimen como un problema, su causa como un objeto de discusion la más imponente, la más religiosa que existió jamás; poner una distancia inconmensurable entre el recuerdo de lo que fué y el título de ciudadano, es precisamente hallar el medio de hacerle más peligroso para la libertad. Luis XVI fué rey, y la república está fundada: con esta sola frase está decidida la famosa cuestion que os ocupa. A Luis XVI se le destronó por sus crímenes, ha conspirado contra la república: ó se le condena, ó la república no está

absuelta. (*Aplausos*). Formar causa á Luis XVI es lo mismo que encausar la revolucion; si puede ser juzgado, puede ser absuelto, puede ser inocente; y si es inocente, ¿en qué viene á parar la revolucion? Si él es inocente, ¿qué somos nosotros más que unos calumniadores? Los manifiestos de las cortes extranjeras contra nosotros son justos; su misma prision es una crueldad; los federados, el pueblo de Paris y todos los patriotas del imperio frances son culpables, y el gran proceso



La reina y los comisarios Toulan y Lepitre.—Pág. 235.

pendiente en el tribunal de la naturaleza desde hace tantos siglos entre el crimen y la virtud, entre la libertad y la tiranía, es decidido al fin en favor del crimen y del despotismo.

» Tened cuidado, ciudadanos; estais engañados por falsas nociones. Los movimientos majestuosos de un gran pueblo, los sublimes arranques de la virtud se presentan á nosotros como las erupciones de un volcan y como el trastorno de la sociedad política. Cuando una nacion se ve obligada á recurrir al derecho de insurreccion, vuelve á entrar en el estado de la naturaleza respecto del tirano. ¿Cómo podrá éste invocar el pacto social? ¿Cuáles son las leyes que le reemplazan? Las de la naturaleza, la salvacion del pueblo. El derecho de castigar al tirano y el

de destronarle es uno mismo, no tiene más formas el uno que el otro. El proceso del tirano es la insurreccion, su juicio es la caída de su poder, y su castigo es el que exige la libertad del pueblo. Los pueblos lanzan el rayo, hé ahí su decreto; no condenan á los reyes, pero los suprimen y los reducen á la nada. ¿En qué república fué litigiosa la necesidad de castigar á los reyes? ¿Fué llamado á juicio Tarquino? ¿Qué hubiera dicho Roma si los ciudadanos se hubiesen declarado sus defensores? ¿Y nosotros llamamos abogados para defender la causa de Luis XVI? Podrá llegar el día en que tengamos que concederles coronas cívicas, porque si defienden una causa pueden tener esperanza de hacerla triunfar; de otro modo, sólo presentaríamos al universo una ridícula comedia de justicia. (*Aplausos*). ¡Y nos atrevemos á hablar de república! ¡Ah! ¡Somos tan sensibles para los opresores porque no tenemos entrañas para los oprimidos! ¿Qué república es aquella á la que sus fundadores encausan, y á la que ellos mismos suscitan adversarios para que se atrevan á atacarla en su cuna? Hace dos meses, ¿quién hubiera podido sospechar siquiera que se hablaría aquí de la inviolabilidad de los reyes? Y hoy un miembro de la Convencion nacional, el ciudadano Petion, os presenta esa idea como el objeto de una deliberacion. ¡Oh crimen! ¡Vergüenza! La tribuna del pueblo frances ha resonado con el panegirico de Luis XVI. Luis aún combate contra nosotros desde el fondo de su calabozo, ¡y preguntais si es culpable y si se puede tratarle como enemigo! ¿Permitis que se invoque en su favor la Constitucion? Si es así, la Constitucion os condena, porque os prohibia destronarle. ¡Id, pues, á los piés del tirano á implorar su perdon y su clemencia!...

»Pero se presenta una nueva dificultad. ¿A qué pena le condenarémós? Uno dice: «La pena de muerte es demasiado cruel». «No,—dice otro,—la vida es aún más cruel; es necesario condenarle á vivir.» Abogados, ¿es por compasion ó por crueldad por lo que le quereis sustraer á la pena de sus crímenes? Por mí, aborrezco la pena de muerte, y no tengo por Luis XVI ni amor ni odio; sólo aborrezco sus crímenes. He pedido la abolicion de la pena de muerte en la Asamblea constituyente, y no es mi culpa si los primeros principios de la razon han parecido herejías morales y judiciales; pero vosotros, que jamás pensásteis en reclamar esta abolicion del suplicio en favor de los desgraciados cuyos delitos son individuales y perdonables, ¿por qué fatalidad os acordais de vuestra humanidad para abogar por la causa del mayor de los criminales? ¿Pedis una excepcion á la pena de muerte para el único que puede legitimarla!... ¡Un rey destronado en el seno de una revolucion que aún no está cimentada! ¡Un rey cuyo solo nombre atrae sobre la nacion la guerra extranjera! ¡Ni la prision ni el destierro pueden hacer inocente su existencia! Pronuncio con sentimiento esta verdad fatal: más bien debe morir Luis que cien mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir, porque es preciso que la patria viva.»

Interrumpido por siniestros aplausos el discurso de Robespierre, cayó en la opinion como un peso de hierro en la balanza. La elocuencia y el atrevimiento del sofisma admiraron é inclinaron las convicciones; se envanecían con ser implacables como la necesidad y omnipotentes como la naturaleza. Se colocó á la nacion en el lugar de la Providencia, y se creyeron autorizados á decretar en su nombre. Se engañaron: el derecho de las naciones sólo se compone del conjunto de todos los que cada uno de los miembros de la nacion tiene en sí mismo, y ningun hombre

tiene derecho para inmolarse á otro sino en el combate ó en el juicio. Robespierre, en sus majestuosos axiomas, no sólo ponía al rey fuera de la ley, sino que le ponía fuera de la naturaleza, y en esta invocacion magnífica pero errónea al derecho natural, el elocuente sofista no veía sin duda que daba á todo ciudadano la facultad de armarse de la cuchilla y herirle á él mismo, desarmado y no juzgado, del derecho de su doctrina ó de su cólera. Confundía la insurreccion con el asesinato, y el derecho de combatir con el derecho de inmolarse.

En una de las sesiones que siguieron á este discurso propuso Buzot la pena de muerte contra cualquiera que tratase de restablecer el trono, fuese bajo cualquier forma. La alusion que hacian estas palabras al proyecto de dominio de Robespierre y de los jacobinos excitó un violento tumulto, que se apaciguó como siempre, echando sobre el rey solo el furor de todos los partidos. Buzot pidió que ántes de todo se oyese al rey, aunque no fuese más que por conocer sus cómplices. Su gesto y su sonrisa indicaban á Robespierre y á Danton.

Continuó Ruhl la lectura de su relacion sobre los papeles hallados en el armario de hierro. Una de las piezas de aquella correspondencia contenía una consulta secreta del rey á los obispos de Francia, para preguntarles si podía aprovecharse de los sacramentos en las fiestas conmemoratorias de la muerte y de la resurreccion de Cristo. «Acepté—les decía—la funesta Constitucion civil del clero; siempre miré esta aceptacion como forzada, firmemente resuelto, si vuelvo á adquirir mi poder, á restablecer el culto católico.» Los obispos le respondieron amonestándole severamente é interdiéndole las prácticas santas hasta que se hubiese lavado con muchas reparaciones meritorias del crimen de haber contribuido á la revolucion. Se pidió que las cenizas de Mirabeau, convencido de venalidad por aquellos mismos papeles, fuesen sacadas del Panteon. «Juzgad, si quereis, su memoria,—dijo Manuel;—pero no le condeneis sin oírle.» Camilo Desmoulins interpelló á Petion y le intimó declarase por qué, como alcalde de Paris, no habia asistido al cortejo fúnebre de Mirabeau. «Siempre he estado convencido—respondió Petion—de que Mirabeau reunía á sus grandes talentos una profunda inmoralidad. Creo que cuando Lafayette engañaba al pueblo, Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Talon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasion en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen. Es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que habia allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se le hicieron.»

VII

Agitado el pueblo entre tanto por el temor de la escasez y de la invasion, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea y se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese expiado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prision para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convencion nombró veintinueve miembros para redactar las preguntas que se

debían hacer á Luis XVI, y su acta de acusacion. Decidió además que el rey se presentaría en la barra para oír la lectura de aquella acusacion, que se le darían dos días para responder á ella, y que al día siguiente en que hubiese comparecido y respondido, se decidiría sobre su suerte por llamamiento nominal de todos los miembros presentes.

Lanzándose Marat á la tribuna despues de la lectura de este decreto, denunció á Roland y á sus amigos de causar sistemáticamente el hambre del pueblo, para de este modo hacer que cometiese excesos; y despues, volviéndose inopinadamente hácia Robespierre y Saint-Just, dijo: «Se trata de que los patriotas de esta Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamacion la muerte del tirano. Pues yo os invito á la mayor calma. Es necesario resolver con prudencia». La Asamblea se admira, los diputados se dirigen unos á otros miradas que indican la duda de lo mismo que han oído. Marat, levantando más la voz, continúa con gravedad: «Sí, no preparemos á los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que harían llover sobre nosotros si nos abandonásemos con respecto á Luis XVI al solo sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra cólera. Para conocer los traidores, porque los hay en esta Asamblea (*Muchas voces: ¡Nombradlos!*), para conocerlos con certeza, os propongo un medio infalible, que es que se publique el voto de todos los diputados sobre la suerte del tirano». Los aplausos de las tribunas no cesan hasta que Marat vuelve á su asiento.

Con motivo de la denuncia de un tal Aquiles Viard, aventurero que buscaba su importancia en las relaciones equívocas con todos los partidos, Chabot acusó á los girondinos, y especialmente á madama Roland, de entenderse con Narbona, Malouet y otros constitucionales refugiados en Lóndres para salvar al rey é intimidar á la Convencion con una reunion de diez mil republicanos moderados que no querían la muerte del tirano. Esta conspiracion imaginaria, soñada por Chabot, Bazire, Merlin y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convencion, ocasionó una escena de invectivas entre los dos partidos, en la que las palabras, los gestos y las miradas envilecieron la dignidad de los representantes de la república al nivel del tumulto más abyecto.

La lengua cambió desde aquel día como las costumbres, tomó la aspereza y la trivialidad, que es la corrupcion del pueblo, en vez de la blandura y la afectacion, que es la de las cortes. La cólera de los partidos reunió para ultrajarse mutuamente los términos innobles empleados por el populacho. El pugilato había reemplazado á la espada, y el cercano cadalso se presentaba en las amenazas de los oradores. La sangre de Setiembre perdía su color en las discusiones. «¡Son imbéciles, bribones, infames!»—exclamó Marat, señalando con el dedo á Grangeneuve y sus amigos. «Antes de todo,—dice Grangeneuve,—te pregunto: ¿qué pruebas tienes tú de mi infamia?» Las tribunas toman partido por Marat, y se levantan, llenando de imprecaciones á los girondinos. «Haced mirar en el lado derecho—dice Montaut—si aún no están allí Ramond ó Cazales.» «Yo me atrevo á probar—contesta Louvet—que Catilina está en el vuestro.» «Los hombres puros no temen la luz»,—dice Marat. «Ni se ocultan en los subterráneos»,—le responde Boileau. Se decidió que dos comisarios acompañarian á Marat á su residencia para asegurarse de que no alteraría las piezas bases de su denuncia. Se designa para esta mision á Tallien, amigo de Marat, y á Buzot, su enemigo. «No creo—dice Buzot

con un gesto y un acento de desprecio—que la Convencion tenga el derecho de mandarme ir á casa de Marat.»

VIII

Madama Roland, llamada por la Convencion para ser careada con su acusador Viard, se presenta en la barra en medio de estos tumultos y de estos ultrajes.



Saint-Just.

El aspecto de una mujer joven, bella, jefe de un partido, reuniendo en sí las seducciones de la naturaleza al prestigio del genio, avergonzada y altiva á la vez de un papel que le daba tanta importancia en la república, inspira el silencio, la decencia y la admiracion en la Asamblea. Madama Roland se explica con la sencillez y la modestia de una acusada segura de su inocencia, y que desdeña confundir á su acusador por otros medios que por el brillo de la verdad. Su voz conmovida y sonora tiembla en medio del atento y favorable silencio de la Asamblea. Aquella voz de mujer, que por primera vez sucede á los ronclos clamores de hombres irritados, y que parece dar una nota nueva á los acentos de la tribuna, añade un encanto más á la graciosa elocuencia de sus expresiones. Viard, convencido de impudencia, calla, y los aplausos absuelven y vengan á madama Roland, que sale

de la Convencion en medio de las muestras de respeto y de entusiasmo. Todos los diputados se levantan é inclinan á su paso, y ella lleva en su alma y muestra involuntariamente en su actitud la secreta alegría de haber comparecido en medio del senado de su patria, de haber fijado un momento los ojos de Francia, vengado á sus amigos y confundido á sus contrarios. «¿Ves este triunfo?—decia Marat á Camilo Desmoulins, sentado cerca de él en la sala.—Estas tribunas que quedan frias, este pueblo que guarda silencio, son más prudentes que nosotros.» El mismo Robespierre despreció la ridícula conspiracion soñada por Chabot, y sonrió por última vez á la inocencia y á la belleza de madama Roland.

IX

Los girondinos á su vez quisieron eludir el proceso del rey y desafiar á los jacobinos, proponiendo la expulsion del territorio de todos los miembros de la casa de Borbon, y particularmente del duque de Orleans. Buzot se encargó de proponer este ostracismo. «Ciudadanos,—dijo,—el trono está derribado, bien pronto el tirano no existirá; pero el despotismo vive todavía. Como los romanos, que despues de haber echado á Tarquino juraron no sufrir jamás reyes en su ciudad, vosotros debeis á la seguridad de la república el destierro de la familia de Luis XVI, y si pudiera hacerse alguna excepcion, sin duda que no sería en favor de la rama de Orleans. Desde el principio de la revolucion, el duque de Orleans fijó las miradas del pueblo; su busto, paseado por las calles de Paris el mismo dia de la insurreccion, presentaba un nuevo ídolo. Bien pronto fué acusado de proyectos de usurpacion, y si es verdad que no los haya concebido, al ménos parece que existian y que se cubrieron con su nombre. Una fortuna inmensa, íntimas relaciones con los grandes de Inglaterra, el nombre de Borbon para las potencias extranjeras, el de Igualdad para los franceses; sus hijos, cuyo juvenil y ardiente valor puede fácilmente ser seducido por la ambicion, es demasiado para que Felipe pueda existir en Francia sin alarmar la libertad. Si la ama, si la ha servido, que concluya su sacrificio y nos libre de la presencia de un descendiente de los Capetos. Pido que Felipe, sus hijos, su mujer y su hija sufran en otra parte, y no en la república, la desgracia de haber nacido cerca del trono, de haber conocido sus máximas, recibido sus ejemplos, y de llevar un nombre que puede servir de bandera á los facciosos, y que no debe herir los oidos de un hombre libre.»

Esta proposicion, apoyada por Louvet, combatida por Chabot, aceptada de nuevo por Lanjuinais, y sospechosa para Robespierre, agitó algunos dias la Convencion y los Jacobinos, y se aplazó, por lo concerniente al duque de Orleans, hasta despues del proceso del rey. Los girondinos, al hacer esta proposicion, tenian un doble objeto: querian por un lado acreditarse en el partido violento, adulando la pasion del pueblo y hasta su ingratitud por un ostracismo más severo y más completo que el del rey solo; querian ademas hacer recaer sobre Robespierre, Danton y Marat la sospecha de una connivencia secreta con el trono futuro del duque de Orleans. «Si esos demagogos le defienden,—decian,—pasarán por sus cómplices; si le abandonan, tendrémós en la Convencion su voto, su persona, su fortuna y su faccion ménos contra nosotros.» Petion, Roland y Vergniaud parecia que abrigaban aún otro sentimiento: el de intimidar á los jacobinos sobre

la suerte del duque de Orleans, y hacer de su destierro un objeto de negociacion con Robespierre para obtener en cambio la concesion de apelar al pueblo y de la vida del rey.

Pero estas impotentes divisiones extraviaban, sin suspenderla, la pasion dominante, que siempre se dirigia al Temple. Mientras que los comisarios nombrados por la Convencion llenaban cerca del rey la mision que el decreto les habia encomendado, Robert Lindet, diputado del Eure, una de esas manos que redactan con impassibilidad y sangre fria lo que las pasiones inspiran á los cuerpos políticos, leyó una segunda acta de acusacion. Decidido el proceso, se disputaba ya sobre la medida de la *apelacion al pueblo*. Los girondinos insistian en pedir la revision del juicio despues del proceso; los sostenian en esta opinion todos aquellos miembros de la Convencion que, sin pertenecer á ninguno de los dos partidos beligerantes, querian negar á la cruel venganza de la república una sangre que no se creian con derecho á derramar, y de la que aquélla no estaba sedienta. Sus discursos, acogidos mientras los pronunciaban por los sarcasmos y los gestos amenazadores de las tribunas, se perdian en el clamor general; pero debian hallar más tarde un eco honroso para su nombre en la conciencia del pueblo mismo, cuando ya estuviese tranquila. Esperar es toda la venganza de la verdad.

Al votar la muerte como castigo de los *crímenes* de Luis XVI, Buzot reservó tambien la apelacion al pueblo. «Etais colocados entre dos escollos, lo sé,—dijo á sus colegas:—si rehusais la apelacion al pueblo, tendreis un movimiento en los departamentos contra la ejecucion de vuestra sentencia; si la concedeis, habrá un movimiento en Paris, y los asesinos intentarán degollar sin vosotros á la víctima. Pero el que los malvados puedan asesinar á Luis XVI, no es una razon para que nosotros aceptemos la responsabilidad de su crimen. En cuanto á los ultrajes que en este caso nos alcanzarian, aunque yo debiese ser la primera víctima de los asesinos, no me faltará valor para decir la verdad, y tendré al morir la esperanza de que mi muerte será vengada. Hombres justos, dad vuestro voto en conciencia respecto á Luis, y así llenareis vuestro deber.»

En otro discurso, Robespierre acusó á los girondinos de que querian perpetuar el peligro de la patria, prolongando un proceso que querian hacer fallar por cuarenta y ocho mil tribunales. Despues, dejando la cuestion para coger cuerpo á cuerpo á sus enemigos y volver contra ellos la indulgencia que mostraban por el tirano, exclamó al concluir: «Ciudadanos, os ha dicho una gran verdad el que os dijo ayer que marchábais á la disolucion de la Asamblea por la calumnia. ¿Necesitais más pruebas que esta discusion? ¿No es evidente que no es á Luis XVI á quien se forma causa, sino á los más ardientes defensores de la libertad? ¿Se clama contra la tiranía de Luis XVI? No, sino contra la pretendida tiranía de un pequeño número de patriotas oprimidos. ¿Son los complots de la aristocracia los que se denuncian? No; es la llamada dictadura de no sé qué diputados del pueblo que están ahí prontos á contemporizar con la tiranía. Se quiere conservar al tirano para oponerle á los patriotas sin poder. ¡Pérfidos! Disponen de toda la autoridad pública, de todos los tesoros del Estado, y nos acusan de despotismo. No hay un punto en la república donde no nos hayan infamado. Agotan el tesoro público para difundir sus calumnias, violan el secreto de la correspondencia para detener toda la de los patriotas, y gritan ¡calumnia! Sí, sin duda, ciudadanos, existe un

proyecto de envilecer y quizá de disolver la Convencion con motivo de este proceso; existe este proyecto, no en el pueblo, no en aquellos que como nosotros lo han sacrificado todo á la libertad, sino en una veintena de intrigantes que hacen mover estos resortes, que guardan silencio, que se abstienen de manifestar su opinion sobre el último rey, pero cuya sorda y perjudicial actividad produce todos los tumultos que nos agitan. Pero consolémonos, la virtud siempre estuvo en minoría sobre la tierra. (La Montaña se levanta con entusiasmo, y los aplausos de las tribunas interrumpen largo tiempo á Robespierre). La virtud estuvo siempre en minoría sobre la tierra... y sin ella estaria la tierra poblada de tiranos y esclavos. Hampden y Sidney eran de la minoría porque espiraron en un cadalso. Los Césares y los Clodios eran de la mayoría; pero Sócrates de la minoría, porque bebió la cicuta. Caton de la minoría, porque desgarró sus entrañas. Yo conozco muchos hombres aquí que servirian la libertad del modo que Hampden y Sidney. (*Aplausos en las tribunas*). Pueblo, — continúa Robespierre, — evítanos al ménos esta especie de desgracia, guarda tus aplausos para el dia que hayamos hecho una ley útil á la humanidad. ¿No ves que aplaudiéndonos das á nuestros enemigos pretextos de calumnia contra tu causa sagrada que nosotros defendemos? ¡Ah! Huye del espectáculo de nuestros debates, quédate en tus talleres; léjos de tu vista no combatirémos ménos por tí; y cuando el último de tus defensores haya perecido, entonces véngale si quieres y encárgate tú mismo de hacer triunfar tu causa. Ciudadanos, cualesquiera que seais, velad en torno del Temple. Detened, si es necesario, la pérfida malevolencia. Confundid los complots de vuestros enemigos. ¡Fatal depósito! — continuó con un gesto de desesperacion. — ¿No era bastante que el despotismo hubiese pesado tanto tiempo sobre la tierra? ¿Es necesario que su custodia sea para nosotros otra calamidad?*

Robespierre calló, dejando en los ánimos el último dardo que habia lanzado, y la impaciencia de terminar con una muerte pronta la situacion que pesaba sobre la república.

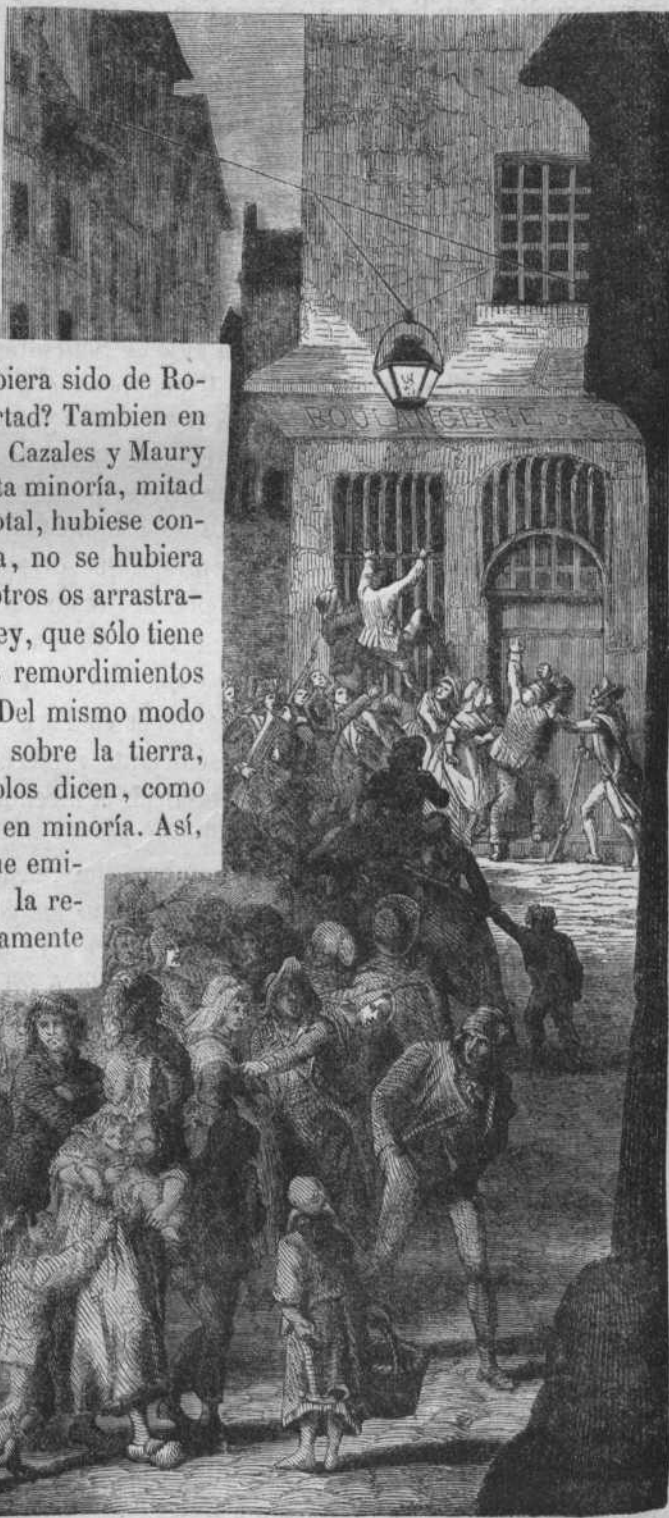
X

Vergniaud, cuyo silencio habia acusado bien terminantemente Robespierre, Vergniaud, decimos, estaba indeciso entre el temor de producir disensiones irreconciliables, y el horror que le inspiraba el inmolarse á sangre fria un rey á quien habia abatido. Este orador no concedia nada á la emocion, á la ambicion ni al miedo. Tenia en sí aquel poder de genio que se eleva hasta la imparcialidad, y lo veia todo bajo el punto de vista de la posteridad. Cedió en fin á las súplicas de sus amigos, á la urgencia del próximo suplicio, al grito de su sensibilidad, y pidió la palabra. La atencion pública le preparaba los ánimos, y las tribunas, aunque vendidas á Robespierre, sentian al ménos una especie de emocion involuntaria con la voz de su rival. Paris palpitaba con la impaciencia de oir á Vergniaud. Miétras éste guardó silencio, se creia que grandes cosas estaban por decir.

Después de haber demostrado que el poder de la Convencion no era más que una delegacion del poder del pueblo; que si la ratificacion tácita de la nacion sancionaba los actos secundarios de gobierno y administracion, no sucedia lo mismo con los grandes actos constitucionales, para los que el pueblo se reservaba el ejercicio directo de su soberanía; después de haber probado que la condenacion ó la

absolucion, el suplicio ó la gracia del jefe del antiguo gobierno, era uno de estos actos esenciales de soberanía que la nacion no podia enajenar; en fin, despues de haber hecho resaltar lo inútil de las objeciones que se oponian á las asambleas primarias, á quienes se diferiria la apelacion al pueblo, el orador girondino se volvió con todo el poder de su dialéctica y de su passion contra Robespierre.

«Os dicen que la intriga salvará al rey, porque la virtud nunca tiene mayoría en la tierra. Pero Catilina fué una minoría en el senado romano, y si esta minoría insolente hubiese prevalecido, ¿qué hubiera sido de Roma, del senado y de la libertad? Tambien en la Asamblea constituyente, Cazales y Maury fueron una minoría, y si esta minoría, mitad aristocrática, mitad sacerdotal, hubiese conseguido ahogar la mayoría, no se hubiera hecho la revolucion, y vosotros os arrastraríais aún á los piés de ese rey, que sólo tiene de su pasada grandeza los remordimientos de haber abusado de ella. Del mismo modo los reyes están en minoría sobre la tierra, y para encadenar los pueblos dicen, como vosotros, que la virtud está en minoría. Así, en el pensamiento de los que emiten esta opinion no hay en la república nombres verdaderamente



Carestía en París.—El pueblo á las puertas de las panaderías.—Pág. 242.

puros, verdaderamente virtuosos, ni verdaderamente adictos al pueblo, más que ellos mismos y un centenar de sus amigos, que tendrán la generosidad de asociarse á su gloria. De modo que para que ellos puedan fundar un gobierno digno de los principios que profesan, sería necesario desterrar del territorio frances todas aquellas familias cuya corrupcion es tan profunda, cambiar á Francia en un vasto desierto, y para su más pronta regeneracion y su mayor gloria, entregarla á sus sublimes concepciones. Se creyó sería muy fácil disipar todos estos fantasmas con que se nos quiere intimidar. Para atenuar de antemano la fuerza de las respuestas que se preveian, se recurrió al más vil, al más cobarde de los medios: á la calumnia. Nos comparan á los Lameth, á los Lafayette, y á todos aquellos cortesanos del trono que tanto hemos ayudado á derribar. Nos acusan, y ciertamente no me admiro, porque hay hombres de quienes cada soplo es una impostura, como es natural á la serpiente vivir sólo para destilar su veneno; nos acusan, nos denuncian, como hacian el 2 de Setiembre, al hierro de los asesinos; pero nosotros sabemos que Tiberio Graco pereció á manos de un pueblo extrañado, á quien constantemente habia defendido. Nada hay en su suerte que nos asuste, nuestra sangre pertenece al pueblo. Derramándola por él, sólo nos quedará un sentimiento: el de no poder ofrecerle más. Se nos acusa de que intentamos encender la guerra civil en los departamentos, ó á lo ménos de provocar tumultos en Paris, sosteniendo una opinion que desagrade á ciertos amigos de la libertad. Pero ¿por qué una opinion podria excitar tumultos en Paris? Porque esos amigos de la libertad amenazan de muerte á los ciudadanos que tienen la desgracia de no raciocinar como ellos. ¿Nos querrán probar de este modo que la Convencion nacional es libre? Habrá desórdenes en Paris, y sois vosotros los que los anunciáis. Admiro la sagacidad de semejante profecia. ¿No os parece, en efecto, muy difícil, ciudadanos, que pueda predecir el incendio de una casa el mismo que lleva la tea que debe abrasarla?

»Sí, quieren la guerra civil los hombres que miran como un principio el asesinato, y que al mismo tiempo designan como amigos de la tiranía las víctimas que su odio quiere inmolar. Desean la guerra civil los hombres que dirigen los puñales contra los representantes de la nacion é invocan la insurreccion contra las leyes. Quieren la guerra civil los hombres que piden la disolucion del gobierno, el exterminio de la Convencion; aquellos que proclaman traidor á todo el que no está á la altura del pillaje ó del asesinato. Os entiendo, quereis reinar. Vuestra ambicion era más modesta el dia del Campo de Marte. Entónces redactábais y hacíais firmar una peticion que tenia por objeto consultar al pueblo sobre la suerte del rey, traído de Varennes. Nada os era costoso entónces para reconocer la soberanía del pueblo. ¿Sería porque favorecia vuestras miras secretas, y hoy las contraría? ¿No existe para vosotros más soberanía que la de vuestras pasiones? ¡Insensatos! ¿Habeis podido figuraros que Francia ha roto el cetro de los reyes para inclinar la cabeza bajo un yugo tan deshonoroso?

»Yo sé que en las revoluciones debe cubrirse la estatua de la ley que protege la tiranía, que es preciso ocultar. Cuando cubrais la que consagra la soberanía del pueblo, principiareis una revolucion en provecho de sus tiranos. Se necesitaba valor para atacar el 10 de Agosto á Luis en todo su poder. ¿Se necesita tanto para enviar á Luis al suplicio, vencido y desarmado? Un soldado cimbrío entra en la

prision de Mario para degollarle; asustado al ver su víctima, huye sin atreverse á herirla. Si este soldado hubiera sido miembro de un senado, ¿creeis que hubiese dudado en votar la muerte de un tirano? ¿Qué valor encontrais en hacer lo que haria el más cobarde? (*Aplausos*).

»Amo demasiado la gloria de mi país para proponer á la Convencion se deje dominar en una ocasion tan solemne por la consideracion de lo que podrán ó dejarán de hacer las potencias extranjerias; sin embargo, á fuerza de oir decir que nosotros obramos en este juicio como poder político, creo que no será contrario ni á vuestra dignidad ni á la razon hablar un momento de política. Sea que Luis XVI viva ó muera, es posible que Inglaterra y España se declaren nuestros enemigos; pero si la sentencia de Luis XVI no es la causa de esta declaracion de guerra, es cierto á lo ménos que su muerte será el pretexto. Creo que vencereis estos nuevos enemigos; así me lo garantizan el valor de nuestros soldados y la justicia de nuestra causa. Mas ¿qué reconocimiento os deberá la patria por haber hecho correr innecesariamente arroyos de sangre sobre el continente y sobre los mares, y por haber ejercido en su nombre un acto de venganza que ha venido á ser la causa de tantas calamidades? ¿Os atreveríais á ensalzar ante el país vuestras victorias? Porque yo alejo de mi pensamiento los desastres y los reveses; pero por el curso de los acontecimientos aún más prósperos, serán vanas por sus resultados. Temed que Francia, en medio de sus triunfos, se parezca á aquellos monumentos famosos que en el Egipto han vencido al tiempo. El extranjero al pasar se admira de su grandeza; pero si penetra en ellos, ¿qué encontrará? Cenizas inanimadas y el silencio del sepulcro. Ciudadanos, aquel que entre nosotros cediese á temores personales, sería un cobarde; pero los temores por la patria honran el corazon. Os he expuesto una parte de los míos; aún tengo otros, y voy á decirlos.

»Cuando Cromwell quiso preparar la disolucion del partido con cuyo apoyo habia derribado el trono y hecho subir sobre el cadalso á Carlos I, presentó al Parlamento, á quien queria arruinar, proposiciones insidiosas que sabía bien debian conmover la nacion; pero tuvo cuidado de hacerlas apoyar por aplausos pagados y por gritos. El Parlamento cedió, bien pronto la fermentacion se hizo general, y Cromwell rompió sin esfuerzo el instrumento de que se habia servido para llegar al supremo poder.

»¿No oís todos los dias, en este recinto y fuera de él, gritar á algunos hombres furiosos: «Si el pan está caro, la causa está en el Temple; si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, la causa está en el Temple; si tenemos que sufrir diariamente el espectáculo del desórden y de la miseria pública, la causa está en el Temple?» Los que hablan de tal modo, saben bien que la carestía del pan, la falta de la circulacion de subsistencias, la desaparicion del dinero, la dilapidacion en los recursos de nuestros ejércitos, la desnudez del pueblo y de nuestros soldados, tienen otras causas. ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Quién me garantiza que esos hombres no gritarán despues de la muerte de Luis aún con mayor violencia: «Si el pan está caro, si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, si las calamidades de la guerra se han aumentado por haberla declarado Inglaterra y España, la causa está en la Convencion que ha provocado estas medidas, condenando precipitadamente á Luis XVI?» ¿Quién me garantiza que en esta nueva tempestad, en la que se verán volver á salir de sus madrigueras los ase-

sinos del 2 de Setiembre, no se os presentará, todo cubierto de sangre y como un libertador, ese defensor, ese jefe que se dice haberse hecho necesario? ¡Un jefe! ¡Ah! Si tal fuese su audacia, no aparecerian sino para ser en el momento heridos de mil golpes. Pero ¡á qué horrores no quedaria entregado Paris, Paris, cuyo valor heroico contra los reyes admirará la posteridad, y no concebirá nunca la ignominiosa sujecion á un puñado de bandidos, escoria de la especie humana, que se agitan en su seno y le destrozan en todos sentidos con los movimientos convulsivos de su ambicion y de su furor! ¿Quién podria habitar una ciudad donde reinasen la desolacion y la muerte? Y vosotros, laboriosos ciudadanos, cuyo trabajo constituye toda vuestra riqueza, y para quienes los medios de trabajo se destruirian, ¿qué sería de vosotros? ¿Cuáles serian vuestros recursos? ¿Qué manos llevarian socorros á vuestras familias desoladas? ¿Iríais á buscar esos falsos amigos, esos pérfidos aduladores que os habrian precipitado en el abismo? ¡Ah! Antes bien huid de ellos, temed su respuesta; voy á decíroslo: «Marchad á las canteras á disputar á la tierra algunos pedazos sangrientos de las víctimas que hemos degollado. ¿O queréis sangre? Tomadla, vedla aquí: sangre y cadáveres, no tenemos otro elemento que daros». ¡Temblais, ciudadanos! ¡Oh patria mia! Pido acta á mi vez para salvarte de esta crisis deplorable.

«Pero no, jamás lucirán sobre nosotros esos dias de luto; son cobardes estos asesinos, son cobardes nuestros pequeños Marios. Conocen bien que si se atreviesen á intentar una ejecucion de sus complots contra la seguridad de la Convencion, Paris saldria al fin de su apatía; que todos los departamentos se reunirian á Paris para hacerles expiar las maldades con que ya han manchado demasiado la más memorable de las revoluciones. Lo saben, y su cobardía salvará la república de su encono. Estoy seguro al ménos de que la libertad no está en su poder; que, teñida de sangre, pero victoriosa, hallaria un imperio é invencibles defensores en los departamentos. Pero la ruina de Paris, la division en gobiernos federativos que sería el resultado de ello, todos estos desórdenes, más probables que las guerras civiles con que nos amenazan, ¿no merecen ser colocados en la balanza en que pesais la vida de Luis? En todo caso, declaro, cualquiera que sea el decreto dado por la Convencion, que miraré como traidor á la patria al que no se someta á él. Que si en efecto la opinion de consultar al pueblo vence, y los sediciosos, levantándose contra este triunfo de la soberanía nacional, se ponen en estado de rebellion, hé ahí vuestro puesto, hé ahí el campo donde esperareis sin temor á vuestros enemigos.»

Este discurso pareció por un momento que habia arrancado á la Convencion la vida de Luis XVI.

Fauchet, Condorcet, Petion y Brissot separaron con la misma generosidad al hombre del rey, la venganza de la victoria, é hicieron resonar á su vez acentos dignos de la libertad. Pero al dia siguiente de estas arengas, la libertad no oia más que sus terrores y sus resentimientos. Los más sublimes discursos no resonaban sino en la conciencia de algunos hombres tranquilos. La muchedumbre ahogaba la voz de la razon.

Volvamos al Temple.

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

El Temple.—Luis XVI en la barra de la Convencion.—Su vuelta al Temple.—Mr. de Malesherbes.—Su retrato.—Mres. Deseze y Tronchet.—Testamento de Luis XVI.—Discusiones sobre el juicio del rey.—Lanjuinais.

I

El rey se acostumbraba á su cautiverio. Su alma, formada para el reposo y el silencio, se recogía al abrigo de aquellos muros, se fortificaba con la meditacion, se libertaba con las oraciones, y se consolaba desahogándose á todas horas con los únicos seres á quienes siempre habia amado, en aquel pequeño círculo de adictos que el calabozo estrechaba en torno suyo. Olvidando fácilmente las grandezas cuyo peso le habia anonadado, Luis XVI sólo tenia un deseo: el de ser olvidado en aquella torre hasta que la invasion extranjera, ó la calma devuelta al pueblo por las victorias de la república, ó las inconstantes vicisitudes de una revolución, le reintegrasen, no en el trono, sino en la oscuridad de un destierro más dulce, restituyéndole la libertad de su familia. El haberse suavizado su prision, el acento de compasion y la fisonomía ménos severa de sus guardianes, le hacian entrever desde hacía algun tiempo una dulce esperanza. Creia reconocer en aquellos síntomas que la cólera se apaciguaba fuera; y era así, en efecto, por la satisfaccion cuya realidad veia próxima. No merecia la pena de ser aborrecida una víctima que tan pronto iba á ser inmolada.

El dia 11 de Diciembre, mientras almorzaba la familia real, se oyó un ruido inusitado en las inmediaciones del Temple. Los tambores tocando llamada, el relincho de los caballos, los pasos de numerosos batallones marchando sobre el empedrado del patio, admiraron y conmovieron á los prisioneros. Preguntaron varias veces á los comisarios que asistian á la comida, mas no obtuvieron respuesta alguna. Por último, anunciaron al rey que el alcalde de Paris y el procurador de la municipalidad vendrian aquella mañana á buscarle para conducirlo á la barra de la Convencion, con objeto de que sufriese allí un interrogatorio, y que aquellas tropas eran su acompañamiento. Se le notificó al mismo tiempo la orden para que subiese á su habitacion y se separase de nuevo de su hijo, debiendo tambien en adelante estar privado de toda comunicacion con su familia hasta el dia de su sentencia.

Aun cuando los prisioneros creian que aquella separacion sólo sería momentánea, no por eso se verificó sin derramar muchas lágrimas. Se llevó la cama del niño al cuarto de la madre. El rey se enterneció al abrazar á su familia, y volvién-

dose conmovido hacía los comisarios, les dijo: «Pues qué, señores, ¿me quitareis mi hijo, un niño de siete años?» «La municipalidad ha juzgado—respondió uno de los comisarios—que, debiendo vos estar incomunicado todo el tiempo que dure vuestro proceso, era necesario que vuestro hijo estuviese confinado también, sea con vos, sea con su madre, y ha impuesto la privación á aquel á quien su sexo y su valor hacían suponer más fuerte y más capaz de soportarla.»

Guardó silencio el rey y se paseó largo rato en su cuarto, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada; después se sentó en una silla cerca de la cama, donde permaneció silencioso, con la frente apoyada en sus manos, durante las dos horas que tardaron en llegar los de la municipalidad. Informado secretamente por la actividad de Toulan de las borrascosas discusiones que había habido en la Convención respecto de él, Luis XVI repasaba su reinado en la memoria y se preparaba á responder ante sus jueces y ante la posteridad.

A mediodía, Chambon, poco ántes nombrado alcalde de París, y Chaumette, nuevo procurador síndico de la municipalidad, entraron en el cuarto del rey acompañados de Santerre, de un grupo de oficiales de la guardia nacional y de municipales adornados con sus fajas tricolores. Chambon, sucesor de Bailly y de Petion, era un médico entendido y humano, á quien el aprecio público, más que el favor revolucionario, había hecho que la capital le eligiese para la primera magistratura de París. Moderado en su opinión, como un corazón bueno y acostumbrado por su profesión á la conmiseración para todos los sufrimientos de la humanidad, ejecutor forzado de una orden que repugnaba á su sensibilidad, se leía en su fisonomía y en su mirada el enternecimiento del hombre á través de la impasibilidad del magistrado. El rey no conocía á esta nueva autoridad, y la examinaba con aquella inquietud que trata de adivinar el lenguaje y los sentimientos en el exterior y la actitud del hombre de quien depende una parte de nuestro destino.

Chaumette, hijo de un zapatero del Mediodía, que había sido sucesivamente grumete, seminarista, escribiente en casa de un procurador, fraile novicio, periodista en París y orador en los clubs, era uno de esos aventureros de ideas y de condición, á quienes la fortuna y su inquietud natural conmueven desde los dos extremos del orden social hasta que los han llevado á la cumbre para derribarlos y arrojarlos desde lo más alto. Su extraviada fisonomía, baja é insolente á la vez, llevaba el sello de todas las situaciones que había atravesado ántes de llegar á la segunda magistratura de París. No tenía el pudor de la fuerza ante la debilidad. Se veía en sus facciones, se oía en su acento que estaba orgulloso con aquel violento trastorno de las situaciones de que Chambon se avergonzaba, y que triunfaba interiormente, pensando en el humilde estado de su padre, al humillar el trono ante su tienda y al hablar como señor á un rey caído.

Antes de notificar al rey por el secretario de la municipalidad, Colombeau, el decreto que llamaba á Luis á la barra, Chambon le habló con la dignidad triste y el conmovido acento propio de un magistrado que habla en nombre del pueblo, pero que dirige la voz á un príncipe destronado. Colombeau leyó el decreto en alta voz. La Convención, para borrar todos los títulos monárquicos y para llamar al rey como á un simple individuo, con el solo nombre primitivo de su familia, le apellidaba Luis Capeto. El rey mostró sentir más esta degradación del nombre de su estirpe, que la de los otros títulos, é hizo un movimiento de indignación al

oirlo. «Señores,—respondió,—Capeto no es mi nombre; es el de uno de mis antepasados. Hubiera deseado que se me dejase á mi hijo al ménos durante el tiempo que pasé esperándoos; pero este tratamiento no es más que una continuacion de los que sufro aquí desde hace cuatro meses. Voy á seguiros, no por obedecer á la Convencion, sino porque mis enemigos tienen en su mano la fuerza.» Pidió á Clery un redingot oscuro que se puso encima de la casaca, tomó el sombrero y siguió al alcalde, que salió delante de él, hasta que al llegar á la puerta de la torre subió en el coche de éste, que llevando los vidrios bajos permitia ver el interior. El carruaje marchó lentamente por los patios, y su ruido sobre el empedrado hizo saber á la reina y



Roland forzando el armario de hierro.—Pág. 217.

á las princesas la salida del rey; pero las tablas interpuestas entre la ventana y el pié de la torre les impedían ver el acompañamiento. Seguíanle, sin embargo, con el oído y el corazón. Permanecieron de rodillas delante de la ventana todo el tiempo que duró la ausencia del rey, con las manos jun-

tas, la frente sobre la piedra, pidiendo para él el valor, la sangre fria y la presencia de alma de que tanta necesidad tenia en medio de sus enemigos.

II

Se asemejaba Paris aquel dia á un campamento. El aspecto de las bayonetas y de los cañones lo comprimía todo, hasta la curiosidad. Parecia estar suspenso el

movimiento de la vida. Se habian doblado todas las guardias, y á cada hora se pasaba lista para asegurarse de la presencia de los guardias nacionales. Un piquete de doscientas bayonetas vigilaba en el patio de cada una de las cuarenta y ocho secciones, y una reserva con cañones estaba acampada en las Tullerías. Numerosas patrullas daban el *qui-vive* en todas las plazas y las calles.

La escolta que se reunió por la mañana en el Temple era un ejército completo, con infantería, caballería y artillería. A la cabeza marchaba un escuadron de gendarmes nacional, y detras tres piezas de artillería con sus cajas de municiones. Seguia el coche del rey, flanqueado por una doble columna de infantería que marchaba entre las casas y las ruedas. Un regimiento de caballería de línea formaba la retaguardia, seguida aún de otras tres piezas de artillería. Todos los soldados que componian aquel dia la fuerza armada de Paris habian sido escogidos y designados por la municipalidad, despues de haber tomado informes de sus jefes. La infantería llevaba diez y seis cartuchos por plaza; los batallones y escuadrones, prontos á hacer fuego, iban á tal distancia los unos de los otros, que á la menor alarma tenian el espacio necesario para formarse en batalla. Los ciudadanos ociosos eran separados brutalmente del tránsito, enviándolos á sus trabajos; las calles de árboles que forman los boulevares, las puertas y las ventanas de las casas estaban llenas de gente cuyas miradas buscaban al rey, y éste tambien miraba á la multitud, sea que sus ojos, privados mucho tiempo de la vista de hombres reunidos, sintiesen un goce maquinal en volver á presenciar aquel movimiento y aquella vida, sea que buscase en la fisonomía de aquel pueblo alguna señal de interes ó de enternecimiento. Su rostro, alterado por tantos meses de sufrimiento y de reclusion, heria al pueblo sin conmoverle. La sombra del Temple habia impreso en su semblante aquella palidez que parece el reflejo de los calabozos. Su barba, que se habia visto obligado á dejar crecer desde que se le quitaron todos los instrumentos cortantes de su tocador, erizaba la parte inferior de su rostro; sus mejillas y sus labios, cubiertos de pelos rubios ásperos y retorcidos, quitaban á su boca toda expresion y hasta toda melancolía. Su vista baja vagaba indecisa é incierta sobre la multitud, como una mirada que busca en vano una frente amiga para fijarse. Su precoz corpulencia, adelgazada por el fuego de sus inquietudes y de sus vigiliass, se habia disminuido. Sus vestidos, demasiado anchos, parecian prendas prestadas colocadas por la caridad pública sobre el cuerpo de un miserable. Todo su aspecto parecia calculado por el odio ó combinado por la casualidad para presentar á las miradas del pueblo algo de tosco y de repugnante, más bien que de triste y tierno. Era el espectro del trono conducido al suplicio, vestido de modo que hiciese olvidar su sello y su recuerdo en la multitud.

Siguió la comitiva por el Boulevard, la calle de las Capuchinas y la plaza Vendôme, para llegar á la Convencion. Un profundo silencio reinaba entre la multitud, pareciendo que cada uno recogia su emocion y su respiracion en el pecho; se conocia que pasaba sobre Francia una grande hora del destino. El rey parecia más impasible que el pueblo; miraba y reconocia los barrios, las calles y los monumentos, y se los decia en alta voz al alcalde. Al pasar por delante de las puertas de San Dionisio y San Martin, preguntó cuál de los dos arcos de triunfo debia ser derribado por orden de la Convencion.

Al llegar al patio de los Fuldenses, Santerre se apeó, y de pié en la puerte-



Madama Roland admitida á los honores de la sesión en la Convencion, 7 de Diciembre, 1792.—
Pág. 254.

cilla, puso la mano en el antebrazo del prisionero, y le condujo á la barra de la Convencion.

«Ciudadanos de las tribunas,—dijo el presidente,—Luis está en la barra. Vais á dar una gran lección á los reyes, un grande y útil ejemplo á las naciones. Acordaos del silencio que acompañó á Luis cuando se le trajo de Varennes; silencio precursor del juicio de los reyes por los pueblos.»

El rey se sentó frente á la presidencia, en el mismo recinto donde habia jurado la Constitucion. Se leyó el acta de acusacion, que era la dilatada enumeracion de todas las faltas de que las facciones de la revolucion habian sucesivamente inculpado á la corona, comprendiendo en ellas sus propios actos desde los dias 5 y 6 de Octubre en Versalles, hasta el dia 10 de Agosto. Todas las tentativas de resistencia del rey al movimiento que precipitaba la monarquía se llamaban conspiraciones, y traiciones todas sus debilidades. Era más bien el acta de acusacion de su carácter y de las circunstancias, que la de sus crímenes. Nada habia culpable más que su naturaleza; pero el tiempo, demasiado pesado para todos, lo hacía recaer todo sobre él, que pagaba por el trono, por la aristocracia, por el sacerdocio, por la emigracion, por Lafayette, por los girondinos, y aún por los mismos jacobinos. Era el hombre emisario de los tiempos antiguos, destinado á sufrir por las iniquidades de todos.

A medida que se desarrollaba ante sus ojos aquel cuadro de las faltas de su reinado, y se removía la sangre del Campo de Marte, del 20 de Junio y del 10 de Agosto, para que la responsabilidad cayese sobre él solo, algunos de los conspiradores de aquellos días, diseminados entre sus jueces, como Petion, Barbaroux, Louvet, Carra, Marat, Danton y Legendre, no podían ménos de ruborizarse y bajar los ojos. Su conciencia les decía interiormente que era vergonzoso declarar autor de aquellos atentados al mismo que había sido su víctima, y sin embargo, se jactaban en alta voz algunos días ántes de haber urdido aquellas conspiraciones contra el trono; pero el sentimiento del derecho es tan fuerte entre los hombres, que aún cuando le violan, le aparentan con hipocresía, y los conspiradores más acérrimos, no contentos con obtener la victoria, quieren tener de su parte la legalidad.

Escuchó el rey aquella lectura en la actitud de una impasible atencion. Sólo en dos ó tres puntos en que la acusacion traspasaba los límites de la injusticia y de la verosimilitud, y en que se le echaba en cara la efusion de sangre del pueblo, tan religiosamente evitada por él durante todo su reinado, no pudo ménos de manifestar con una amarga sonrisa y un movimiento involuntario de hombros la contenida indignacion que le agitaba. Se conocía que todo lo esperaba, excepto la acusacion de haber sido un príncipe sanguinario. Levantó los ojos al cielo y tomó á Dios por testigo contra los hombres.

III

Presidiendo en este día la Convencion Barere, reasumió cada uno de los textos razonados de la acusacion, y procedió al interrogatorio del rey. Valazé, uno de los secretarios de la Asamblea, se aproximó á la barra, y fué presentando á la vista del acusado todos los documentos que tenían relacion con el asunto. El presidente preguntaba al rey si los reconocía, y así se le presentaron todos los papeles concernientes á la traicion de Mirabeau y de Lafayette, hallados en el armario de hierro, donde los había colocado él mismo; su carta confidencial á los obispos para desdecirse de la aceptacion de la Constitucion civil del clero; otras cartas acusadoras firmadas por él ó escritas todas de su propio puño; y en fin, notas secretas de Mr. de Laporte, intendente de su tesoro particular, que probaban el empleo de sumas considerables para corromper á los jacobinos, las tribunas de la Asamblea y los arrabales.

Tenia Luis XVI dos modos igualmente nobles de defenderse: el primero era negarse á toda respuesta, y cubrirse con la inviolabilidad del rey ó con la resignacion del vencido; el segundo, confesar de plano los esfuerzos que había hecho y debido hacer para moderar á los grandes jefes del partido de la revolucion y afiliarlos al lado del trono amenazado, que su sangre, su rango y su juramento á la Constitucion le obligaban á defender, puesto que el trono por sí mismo hacía parte de aquella Constitucion. Lo podía tanto más el rey, cuanto que ninguno de los documentos hallados en el armario de hierro probaba directamente un arreglo con las potencias extranjeras contra Francia; pero no halló en su presencia de ánimo ni uno ni otro de estos dos sistemas de respuesta, que si no hubiesen salvado su vida, hubiesen al ménos preservado su dignidad. En lugar de responder como rey

por el silencio, ó como hombre de Estado por la confesion atrevida y razonada de sus actos, respondió como un acusado que disputa la confesion de los hechos. Negó las notas, las cartas, los actos; y hasta negó el armario de hierro, que, sellado por él mismo, se habia abierto para revelar sus secretos. La angustia de su alma no le dejó el tiempo de deliberar sobre lo que de él exigia su majestad. Quizá la primera negativa le condujo á negarlo todo, para no ser convencido de disimulo, ó más bien para no comprometer á sus adictos con sus confesiones. Quiso sin duda tambien reservar á sus defensores la entera libertad de sus palabras, y en fin, pensó en su esposa, en su hermana y en sus hijos, quizá más de lo que en tal momento convenia, y de este modo empañó el brillo de su defensa. Desde aquel dia ya no fué un rey que luchaba con el pueblo, sino un acusado que disputaba con sus jueces, y que dejaba interviniesen los abogados entre la majestad del trono y la del cadalso.

Despues del interrogatorio, Santerre volvió á coger al rey por el brazo y le condujo al salon de descanso de la Convencion, acompañándole Chamibon y Chaumette. Lo largo de la sesion y la agitacion de espíritu habian agotado las fuerzas del acusado. Se caia de inanicion, y Chaumette le preguntó si queria tomar algun alimento, pero el rey lo rehusó. Un momento despues, vencido por la naturaleza y viendo á un granadero de la escolta ofrecer al procurador de la municipalidad medio pan, Luis XVI se aproximó á Chaumette, y le pidió en voz baja un pedazo de aquel pan. «Pedid en voz alta lo que querais»,—le dijo Chaumette, como si temiese hacerse sospechoso hasta por su piedad. «Os pido un poco de vuestro pan»,—repitió el rey levantando la voz. «Tomad, partidlo»,—le dice Chaumette;—es un desayuno propio de un espartano. Si tuviese algunas raíces, os daría la mitad.»

Avisaron que estaba allí el carruaje. El rey entró en él aún con su pedazo de pan en la mano, del que sólo comió la corteza. Incomodándole la miga y creyendo que si la tiraba por la ventanilla podría tomarse esa accion por una señal, ó que habia ocultado algun billete en aquel pan, se la dió á Colombeau, sustituto de la municipalidad, que iba sentado al vidrio en el carruaje, y Colombeau tiró el pan á la calle. «¡Ah!—dijo el rey.—Es mal hecho tirar así el pan en un tiempo en que está tan escaso.» «¿Y cómo sabeis que está escaso?»—le preguntó Chaumette. «Porque el que yo cómo huelé á polvo.» «Mi abuela—repitió Chaumette con jovial familiaridad—me decia cuando era niño: «No tires nunca una miga de pan, porque no serás capaz de hacer producir otro tanto.» «Mr. Chaumette,—dijo el rey sonriendo,—vuestra abuela tenia un buen sentido: el pan viene de Dios.» La conversacion continuó así serena y casi alegre durante la vuelta.

El rey contaba y nombraba todas las calles. «¡Ah! Esta es la calle de Orleans»,—exclamó al atravesarla. «Decid la calle de la Igualdad»,—replicó bruscamente Chaumette. «Sí, sí,—dijo el rey,—porque...» No concluyó, y quedó por un momento triste y silencioso.

Al poco rato Chaumette, que no habia tomado nada desde por la mañana, se sintió mal en el carruaje. El rey prestó algun auxilio á su acusador. «Sin duda—le dijo—os incomoda el movimiento del coche. ¿Habeis experimentado alguna vez el balance de un barco?» «Sí,—respondió Chaumette;—hice la guerra á las órdenes del almirante Lamotte-Piquet.» «¡Ah!—dijo el rey.—Era un bravo hombre Lamotte-Piquet.» Mientras continuaba así la conversacion en el interior del coche,

los mozos del mercado de granos y los carboneros, formados en batallones, cantaban en torno de él las estrofas más terribles de la *Marsellesa*.

[Tyrens, qu'un sang impur abreuve nos sillons!

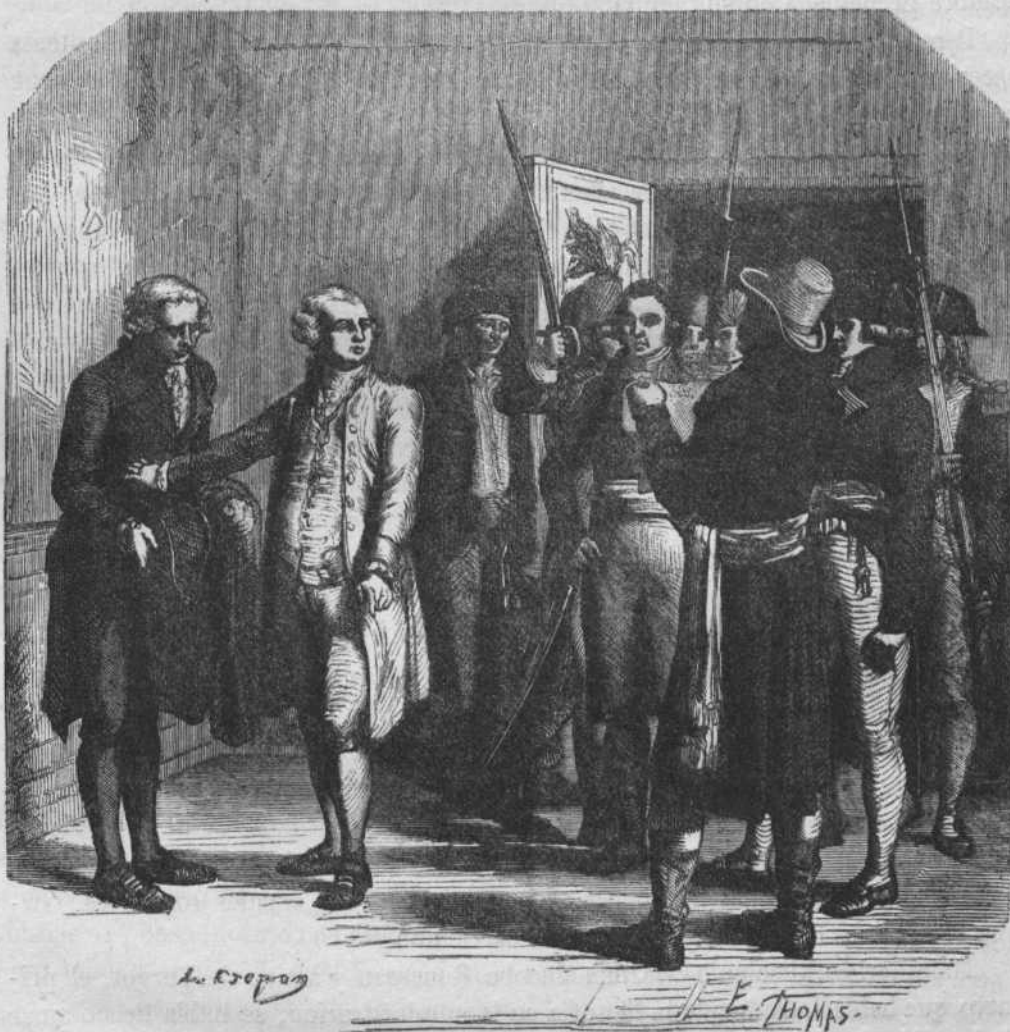
Desaforadas voces de *Viva la revolucion!* salian de entre la multitud al acercarse el acompañamiento, prolongándose por toda la línea hasta la Bastilla, formando sólo un grito desde las Tullerías al Temple. El rey aparentaba no oír aquellos augurios de muerte. Al entrar en el patio de la fortaleza, levantó los ojos y miró tristemente por largo tiempo los muros de la torre y las ventanas de la habitacion de la reina, como si su mirada, interceptada por las tablas y las rejas, hubiese podido comunicar sus pensamientos á aquellos á quienes amaba. El alcalde le condujo de nuevo á su cuarto, y le leyó el último decreto de la Convencion, que mandaba su separacion y el aislamiento absoluto de su familia. El rey suplicó al alcalde hiciese revocar una orden tan cruel, y obtuvo que al ménos informasen á la reina de su vuelta, concediendo Chambon todo lo que de él dependia. El ayuda de cámara Clery, que dejaba al rey, tuvo una última comunicacion con las princesas, y les explicó los pormenores que su amo le habia confiado sobre su interrogatorio. Clery aseguró á la reina la intervencion de los gabinetes extranjeros para salvar al rey; dejó entrever que la pena se limitaria á la deportacion á España, por ser país que no habia declarado la guerra á Francia. «¿Han hablado de la reina?»—preguntó con ansiedad madama Isabel. Clery contestó que no se la habia nombrado en el acta de acusacion. «¡Ah!—respondió la princesa, como aliviada del peso de una grande inquietud.—Quizá miran al rey como una víctima necesaria á su seguridad; pero la reina, pero estos pobres niños, ¿de qué obstáculo pueden servir estas vidas á su ambicion?...» En esta entrevista, contra las órdenes de la municipalidad, Clery convino con las princesas en las relaciones furtivas que la generosa complicidad de un guarda llamado Turgý proporcionaria á los prisioneros. Vestidos, muebles y la ropa blanca, pedidos ó enviados de un piso á otro, fueron las cifras secretas de aquella correspondencia, por medio de las cuales el rey conocia el estado del alma y del cuerpo de las princesas y de los niños, y ellas por su parte sabian los principales actos del proceso del rey. El príncipe, despues de tomadas estas precauciones que consolaron un poco su corazon, cenó y se acostó, pero sin cesar un instante de volver la vista hácia el sitio de donde habian quitado la cama de su hijo, y pidiendo á los comisarios que se le trajesen.

IV

Entre tanto, Petion y Treilhard, apénas el rey habia salido de la Convencion, consiguieron que se le permitiese, como á todo acusado, escoger dos defensores. En vano Marat, Duhem, Billaud-Varennes y Chasles protestaron con sus clamores contra el derecho de la defensa, pidiendo atrevidamente una excepcion á la humanidad contra el *tirano rebelde á la nacion*; en vano exclamó Thuriot: «Es necesario que el tirano suba al cadalso». La Convencion se habia sublevado casi unánimemente contra aquella impaciencia de verdugo, y habia conservado la dignidad de juez. Cuatro de sus miembros, Cambaceres, Thuriot, Dupont de Bigorre y Dubois-Crancé fueron encargados de llevar al Temple el decreto que permitia al

rey escoger un consejo de defensa. La ley autorizaba al acusado á formarle de dos defensores.

Eligió el rey los dos abogados más célebres de Paris, Mrs. Tronchet y Target. El mismo dió á los comisarios la direccion de la casa de campo que habitaba Tronchet, y dijo ignoraba la residencia de Target. Pronunciados estos nombres en la sesion de la Convencion el mismo dia, el ministro de Justicia, Garat, fué



Colombeau lee el decreto llamando al rey á la barra de la Convencion.—Pág. 262.

encargado de notificar á los dos defensores la eleccion que el rey habia hecho de ellos para aquel último ministerio de la adhesion y de la salvacion.

Tronchet, abogado acostumbrado á las luchas políticas por las tormentas de la Asamblea constituyente, de que habia sido un miembro activo, aceptó sin dudar la mision gloriosa que le encomendaba el corazon de un proscrito.

Target, dotado de voz sonora, pero de alma pusilánime, temió el peligro de aparecer cómplice hasta del último pensamiento de un moribundo. Escribió á la Convencion una carta inspirada por la crueldad y la cobardía, en la que separaba de sí, con un miedo visible, un cargo que sus principios, decia, no le permitian

aceptar. Esta debilidad, léjos de popularizar á Target, le atrajo casi el desprecio de todos los partidos.

Diversos nombres se ofrecieron para reemplazar á Target. El rey escogió á Deseze, abogado de Burdeos establecido en París. Este jóven debió á aquella eleccion, de que era digno porque se gloriaba de ella, la celebridad de una larga vida, la primera magistratura de la justicia bajo otro reinado, y la ilustracion de su nombre perpetuada en su familia.

Pero estos dos hombres no eran más que los abogados del rey, y éste tenia necesidad de un amigo. Para consuelo de sus últimos dias y gloria del corazon humano, halló este amigo.

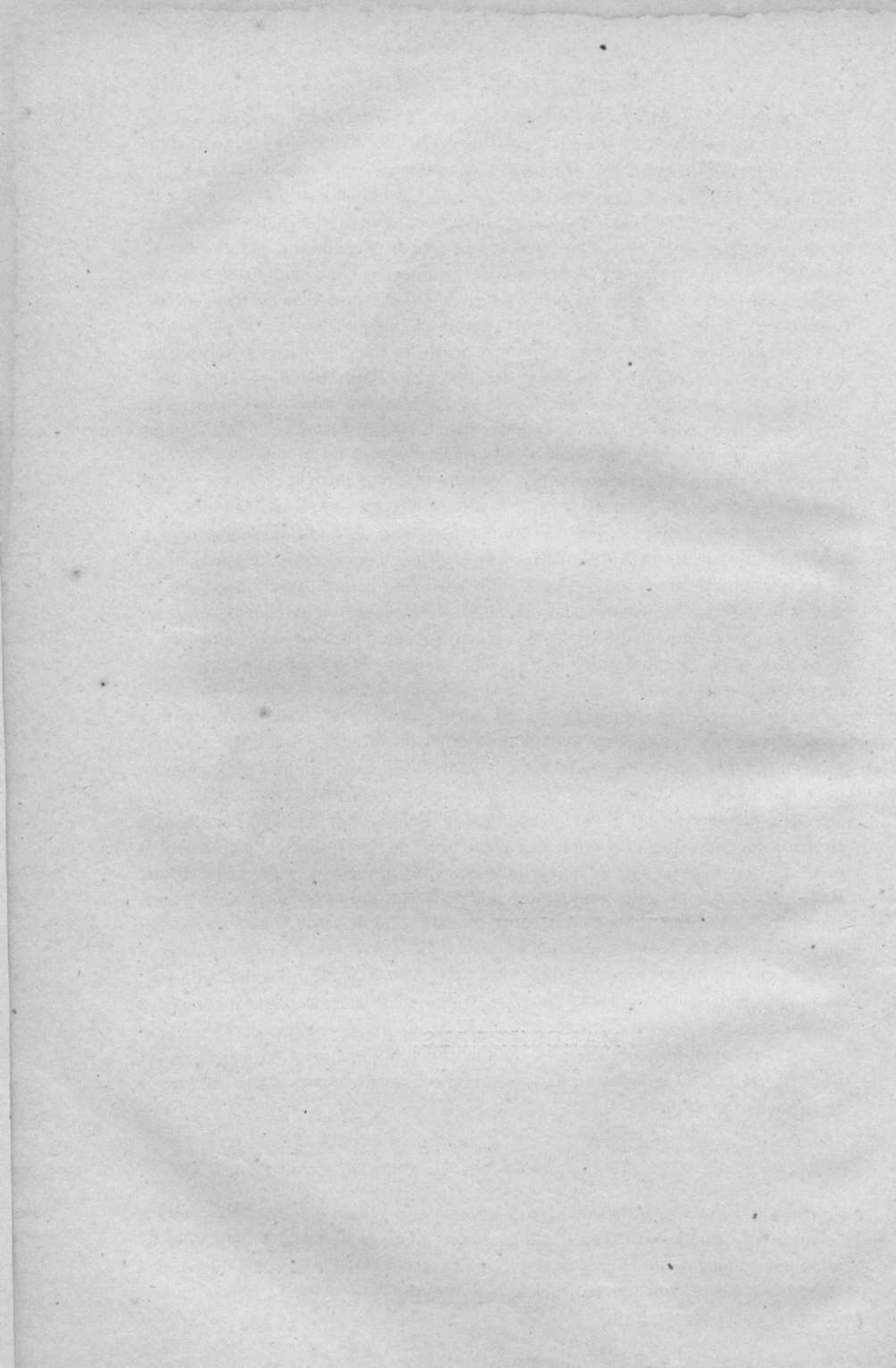
En una soledad cerca de París habia entónces un anciano llamado Lamoignon, nombre ilustre y consular en la altas magistraturas de la antigua monarquía. Los Lamoignon era de aquellas antiguas familias parlamentarias que se elevaban de siglo en siglo hasta los primeros destinos del reino por continuados servicios prestados á la nacion, y no por los favores de corte ó por los caprichos de los reyes. Así es que estas familias conservaban en sus opiniones y en sus costumbres algo de popular, que las hacía secretamente queridas á la nacion, y parecerse más bien á las grandes familias patricias de las repúblicas, que á las familias militares ó salidas de la nada en las monarquías. El débil resto de la libertad que las costumbres dejaban subsistir en la antigua monarquía, reposaba enteramente sobre aquella casta. Sólo estos magistrados recordaban de tiempo en tiempo á los reyes, por medio de respetuosas representaciones, que aún habia una opinion pública; ésta era la oposicion hereditaria del país.

Este anciano, de edad de setenta y cuatro años, llamado Malesherbes, habia sido dos veces ministro de Luis XVI. Sus ministerios, de corta duracion, fueron pagados con la ingratitud y el destierro, no por el rey, sino por el odio del clero, de la aristocracia y de las cortes. Liberal y filósofo, Malesherbes era uno de esos precursores que se adelantan, en un régimen de arbitrariedad y de abusos, á la aplicacion de las reglas de justicia y de razon, que las ideas llaman, pero á las cuales resisten las cosas. Si hombres semejantes se hallasen siempre á la cabeza de los gobiernos, apénas habria necesidad de leyes; ellos mismos son leyes, porque son la luz, la justicia y la virtud de su tiempo.

Malesherbes, discípulo de Juan Jacobo Rousseau y amigo de Turgot, el primero que habia introducido la filosofía en la administracion, se habia hecho amar de los filósofos del siglo XVIII, favoreciendo como director general de imprentas la introduccion en Francia de la *Enciclopedia*, este arsenal de nuevas ideas. Bajo una legislacion de tinieblas legales y de censura, Malesherbes habia descubierto atrevidamente los abusos reinantes, declarándose el cómplice de la luz. La Iglesia y la aristocracia no le perdonaron, y era uno de aquellos hombres á quienes más se acusaba de haber atacado la religion y el poder, creyendo haber combatido la supersticion y la tiranía. El fondo de su corazon era republicano en efecto, pero sus costumbres y sus sentimientos aún eran monárquicos; ejemplo vivo de aquella contradiccion interior que existe en esos hombres, nacidos, por decirlo así, en las fronteras de las revoluciones, cuyas ideas son de un tiempo y sus costumbres pertenecen á otro. El republicanismo de Malesherbes era á la república del momento lo que la idea filosófica del sabio es á los movimientos tumultuosos de un pueblo.



MALESHERBES.



Su teoría temía y se indignaba ante la práctica. No negaba las doctrinas de su vida, pero se cubría el rostro para no contemplar sus excesos, y las desgracias del rey le arrancaban lágrimas amargas. Este príncipe había sido la esperanza y algunas veces la ilusión de Malesherbes. Testigo y confidente de sus votos por la dicha del pueblo y por la reforma de la monarquía, Malesherbes había creído ver en el joven rey uno de estos soberanos reformadores que abdicar por sí mismos el despotismo, que presentan su fuerza á las revoluciones para cumplirlas y moderarlas, y que legitiman el trono por los beneficios que proceden del alma de un rey benéfico. Malesherbes, ministro corto tiempo, había dejado de serlo sin perder su adhesión al rey. Conocía que la influencia de la corte le había arrancado su discípulo; pero había dejado un amigo secreto en su señor. Del fondo de su destierro le había seguido con los ojos, desde los Estados generales hasta el calabozo del Temple. Una correspondencia secreta, pero á largos intervalos, había llevado á Luis XVI los recuerdos, los votos y las conmisericordias de su antiguo servidor. Al saber la noticia del proceso del rey, Malesherbes abandonó su retiro campestre y escribió á la Convencion. El presidente Barere leyó su carta á la Asamblea.

«Ciudadano presidente,—decía Malesherbes,—no sé si la Convencion dará á Luis XVI un consejo para defenderle, y si le dejará á su eleccion. En este caso, deseo que Luis XVI sepa que si me elige para este cargo, estoy pronto. No os pido deis parte á la Convencion de mi deseo, porque estoy muy léjos de creerme un personaje tan importante para que se ocupe de mí; pero he sido llamado dos veces al consejo de aquel que fué mi señor, en tiempos en que este puesto era ambicionado por todo el mundo. Le debo el mismo servicio cuando se presenta un cargo que muchos creen peligroso. Si supiese un medio de hacerle conocer mis disposiciones, no me hubiera tomado la libertad de dirigirme á vos. He pensado que, en el lugar que ocupais, tendríais más medios que otro alguno para comunicarle este aviso.»

Toda la Convencion, al oir el nombre de Malesherbes, sintió la conmocion eléctrica que imprime á las reuniones el nombre de un ciudadano virtuoso, y la emocion que experimenta la muchedumbre al ver un acto de valor y de virtud. Hasta el odio reconoció los santos derechos de la amistad en la súplica de Mr. de Malesherbes, y se accedió á ella. Algunos miembros protestaron contra el sistema de lentitud que las formalidades del proceso iban á perpetuar entre el culpable y el cadalso. «Se quiere con estas dilaciones prolongar el negocio durante un mes», —dijo Thuriot. «Los reyes—exclama Legendre—no dilatan sus venganzas contra los pueblos, ¡y vosotros dilatareis la justicia de un pueblo contra el rey!» «Preciso es derribar el busto de Bruto,—continuó Billaud-Varennes, mostrando con el gesto la estatua de aquel romano,—porque no titubeó como nosotros en vengar á un pueblo de un tirano.»

V

Introducido aquel mismo dia en la torre donde gemia su señor, Malesherbes se vió precisado á aguardar en el último postigo. Los comisarios de la municipalidad encargados de impedir la introduccion furtiva de toda arma que pudiese sustraer al rey por el suicidio al cadalso, le detuvieron largo rato en aquella pieza.

El nombre y aspecto del anciano inspiraron algun respeto á los guardianes, y él mismo se registró delante de ellos, no llevando más sobre sí que algunos documentos diplomáticos y el diario de las sesiones de la Convencion. Dorat-Cubieres, miembro de la municipalidad, hombre más vano que cruel, jactancioso de libertad, escritor de tocador, fuera de su lugar en las tragedias de la revolucion, estaba de servicio en la antesala del rey. Dorat-Cubieres conocia á Mr. de Malesherbes, y respetaba en él un filósofo que Voltaire, su maestro, habia señalado con frecuencia al reconocimiento de los sabios. Hizo acercar al anciano á la chimenea y le habló familiarmente. «Malesherbes,—le dijo,—sois el amigo de Luis XVI. ¿Cómo podeis traerle diarios en donde verá toda la indignacion que el pueblo manifiesta contra él?» «El rey—respondió Malesherbes—no es un hombre como cualquiera: tiene un alma fuerte, y una fe que le hace superior á todo.» «Vos sois un hombre honrado,—le contesta Cubieres,—pero si no lo fuéseis, podríais prestarle un arma, un veneno, y aconsejarle una muerte voluntaria.» La fisonomía de Mr. de Malesherbes manifestó, al oir estas palabras, una reticencia que parecia indicar en él el pensamiento de una de estas muertes antiguas que arrebatában el hombre á la fortuna, y que le hacian, en el colmo de su desgracia, su propio juez y su libertador. Despues, como volviendo sobre sí de su pensamiento, dijo: «Si el rey profesase la religion de los filósofos, si fuese un Canton ó un Bruto, podria suicidarse; pero es piadoso y cristiano; sabe que su religion le prohíbe atentar contra su vida: no se dará la muerte.» Estos dos hombres se lanzaron algunas miradas de inteligencia, y callaron como si reflexionasen interiormente cuál de las dos doctrinas era la más enérgica y más santa, si aquella que permite libertarse de la suerte, ó la que manda sufrir su destino aceptándole.

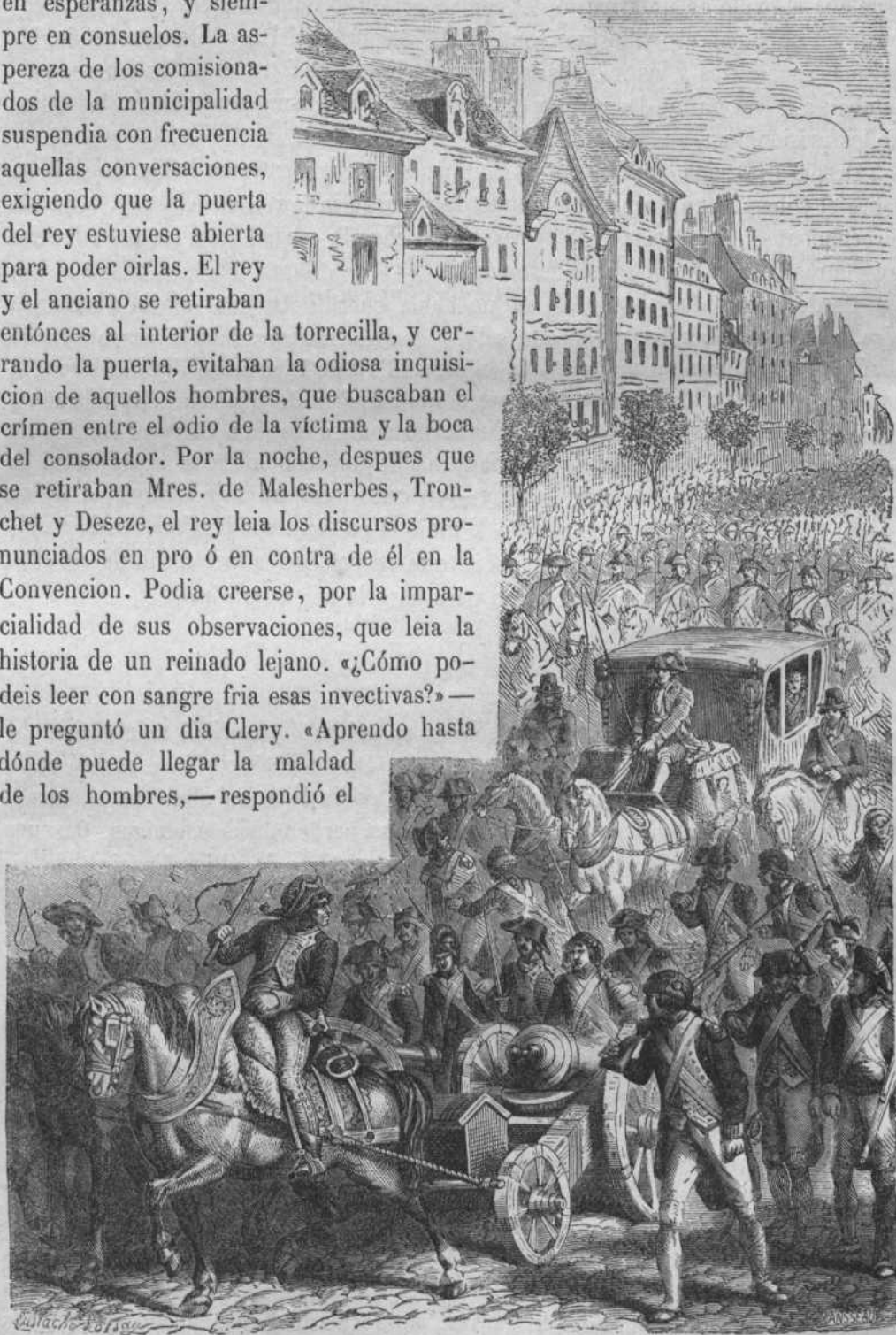
Se abrió al fin la puerta del aposento del rey, y Malesherbes, con un paso indeciso, se adelantó hácia su señor. Luis XVI estaba sentado junto á una mesita, teniendo en la mano y leyendo con atencion un tomo de *Tácito*, ese evangelio romano de las grandes muertes. El rey, al ver á su antiguo ministro, dejó el libro, se levantó y dirigió con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas hácia el anciano. «¡Ah! —le dijo abrazándole.—¿Dónde me encontrais! ¡Y dónde me ha conducido mi pasion por el bienestar de este pueblo, que tanto hemos amado los dos! ¿Dónde venis á verme! Ese cariño expone vuestra vida y no salvará la mia.»

Cubriéndole las manos de lágrimas, Malesherbes manifestó al rey el placer que sentia en consagrarle lo que le quedaba de vida, y en mostrarle en su prision un amor siempre sospechoso en el palacio. Trató de volver al prisionero la esperanza en la justicia de sus jueces y en la piedad de un pueblo cansado de perseguirle. «No,—respondió el rey;—estoy seguro de que me quitarán la vida, porque tienen el poder y la voluntad de hacerlo. Pero no importa, ocupémonos de mi proceso, como si su fallo debiese serme favorable, y en efecto será, pues dejaré una memoria sin mancilla.»

Entraban todos los dias en el Temple con Malesherbes Tronchet y Deseze, quienes preparaban los elementos de la defensa. El rey recorria con ellos los textos de acusacion y las diferentes circunstancias de su reinado que en su pensamiento la refutaban, y pasaba muchas horas haciendo á sus defensores la relacion de su vida pública. Tronchet y Deseze venian á las cinco, y salian á las nueve; Malesherbes venía siempre ántes, y era introducido todas las mañanas en el cuarto

del rey. Llevaba al príncipe los papeles públicos, y los leía con él y preparaba el trabajo de la noche.

El alma del rey se enternecía y dilataba con libertad; en estas conversaciones particulares, el cariño de Malesherbes cambiaba algunas veces aquellos desahogos en esperanzas, y siempre en consuelos. La aspereza de los comisionados de la municipalidad suspendía con frecuencia aquellas conversaciones, exigiendo que la puerta del rey estuviese abierta para poder oírlas. El rey y el anciano se retiraban entónces al interior de la torrecilla, y cerrando la puerta, evitaban la odiosa inquisición de aquellos hombres, que buscaban el crimen entre el odio de la víctima y la boca del consolador. Por la noche, después que se retiraban Mrs. de Malesherbes, Tronchet y Deseze, el rey leía los discursos pronunciados en pro ó en contra de él en la Convención. Podía creerse, por la imparcialidad de sus observaciones, que leía la historia de un reinado lejano. «¿Cómo podeis leer con sangre fría esas invectivas?» — le preguntó un día Clery. «Aprendo hasta dónde puede llegar la maldad de los hombres, — respondió el



El rey conducido á la Convención.—Pág. 264.

rey;—porque no creia que los pudiese haber tan malos.» Sin decir más, se durmió.

Un ovillo de hilo, en el que habia envuelto un papel donde con picaduras de aguja se trazaban letras, servia á las princesas para estar en correspondencia con el cautivo. Turgy, que servia á la mesa en el cuarto del rey y en el de la reina, ocultaba el ovillo en un armario del comedor. Allí lo hallaba Clery, y volvia á colocar en su lugar el ovillo que contenia la respuesta del rey. De este modo, las mismas esperanzas y los mismos temores, deslizándose á traves de los muros, palpitaban á la vez en los dos pisos y confundian en un mismo pensamiento las almas de los prisioneros.

Despues la reina dejaba caer un bramante, á cuyo extremo habia un billete, sobre el cobertizo en forma de embudo que guarnecia la ventana del rey, colocada directamente debajo de la suya, y volvia á recogerle cargado con las confidencias y ternuras para su mujer y su hermana.

Desde que estaba aislado, el rey no habia querido bajar al jardin á tomar el aire. «No puedo resolverme á salir solo,—decia;—me agradaba el paseo cuando disfrutaba de él con mi mujer y mis hijos.» El 19 de Diciembre dijo á Clery á la hora de almorzar, delante de los cuatro municipales de guardia: «Hace catorce años, madrugásteis más que hoy». Una triste sonrisa reveló á Clery el sentido de aquellas palabras. Enternecido el criado, calló por economizar la sensibilidad de un padre. «Es el dia—continuó el rey—en que nació mi hija. ¡Hoy, dia de su cumpleaños, estoy privado de verla!» Y mojó el pan con sus lágrimas. Los municipales, mudos y enternecidos, parecia que respetaban aquel recuerdo de dias felices que atravesaba la prision como para hacerla más sombría.

VI

El dia siguiente, Luis se encerró solo en su gabinete y escribió mucho tiempo. Fué su testamento, último adios á la esperanza. Desde entónces, sólo esperó en la inmortalidad. Legaba en paz todo aquello que podia legar su alma: su ternura á su familia, su reconocimiento á sus criados, y su perdon á sus enemigos. Despues apareció más tranquilo; habia firmado como cristiano la última página de su destino.

«Yo,—decia en términos textuales, pero más extensos, esta confesion póstuma en que el hombre parece hablar de otra vida,—Luis XVI de este nombre, rey de Francia, encerrado desde hace cuatro meses con mi familia en la torre del Temple, en Paris, por aquellos que eran mis súbditos, y privado de toda comunicacion desde hace once dias aún con mi familia; implicado ademas en un proceso cuyo resultado es imposible prever, á causa de las pasiones de los hombres; teniendo sólo á Dios por testigo de mis pensamientos y á quien poder dirigirme, declaro aquí, en su presencia, mi última voluntad y mis sentimientos. Dejo mi alma á Dios mi criador; y le ruego la reciba en su misericordia. Muero en la fe de la Iglesia y en la obediencia de espíritu á sus decisiones. Suplico á Dios perdone todos mis pecados. He tratado de reconocerlos escrupulosamente, de detestarlos y humillarme delante de él. Ruego á todos aquellos á quienes haya podido haber ofendido involuntariamente (porque no recuerdo haber hecho á sabiendas ofensa alguna á nadie) me perdonen el mal que crean pueda haberles ocasionado.

Ruego á todos aquellos que tienen caridad unan sus súplicas á las mias. Perdono de todo corazon á los que se hayan declarado mis enemigos sin haberles dado ningun motivo, y pido á Dios les perdone, lo mismo que á aquellos que por un celo falso ó mal entendido me causaron mucho mal. Recomendando á Dios mi esposa y mis hijos, mi hermana, mis tias, mis hermanos, y todos aquellos que me están unidos por los lazos de la sangre ó de cualquiera otro modo. Suplico á Dios particularmente dirija sus ojos misericordiosos á mi esposa, mis hijos y hermana, que desde hace tanto tiempo sufren conmigo; que los sostenga con su gracia si me pierden, en tanto que permanezcan en este mundo perecedero.

»Recomiendo mis hijos á mi esposa, porque jamás he dudado de su ternura por ellos; y sobre todo, que no les haga mirar las grandezas de este mundo, si están destinados á probarlas, sino como bienes peligrosos y pasajeros, y que vuelvan sus ojos hácia la única gloria sólida y durable de la eternidad. Ruego á mi hermana continúe dispensando su ternura á mis hijos, y ocupando el lugar de madre, si tuviesen la desgracia de perder la verdadera. Suplico á mi esposa me perdone todos los males que sufre por mí, y los disgustos que pude haberle dado durante nuestra union; como puede estar segura de que no llevo ningun resentimiento contra ella, si creyese tener alguna cosa que echarse en cara.

»Recomiendo mucho á mis hijos, despues de lo que deben á Dios, que es ántes que todo, permanezcan siempre unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre, reconocidos á todos los cuidados que les ha prodigado en memoria mia; les ruego miren á mi hermana como una segunda madre.

»Recomiendo á mi hijo, si tuviese la desgracia de llegar á ser rey, piense que se debe todo á la felicidad de sus conciudadanos; olvide todo odio y resentimiento, y particularmente lo que tiene relacion con las desgracias y disgustos que yo experimento. Que recuerde que no puede hacer la dicha del pueblo sino reinando segun las leyes; pero al mismo tiempo, que un rey no puede hacerlas respetar, y hacer el bien que desea su corazon, sino miéntras tiene la autoridad necesaria; y que de otro modo, siendo contrario en sus actos y no inspirando respeto, es más dañoso que útil. Que piense he contraído una deuda sagrada con los hijos de aquellos que han perecido por mí y con los que son desgraciados por mi causa. Le recomiendo á Mrs. Hue y Chamilly, cuyo cariño hizo se encerrasen conmigo en esta triste mansion. Le recomiendo tambien á Clery, que me ha cuidado cuanto ha podido desde que está conmigo, y como me acompañó hasta el fin, suplico á la municipalidad le entregue mis vestidos, mis libros, mi reloj, mi bolsillo y los otros muebles que me quitaron y fueron depositados en su consejo.

»Perdono á mis guardianes los malos tratamientos y las incomodidades que han creído deber proporcionarme. He hallado entre ellos algunas almas sensibles y tiernas. Gocen en su corazon de la tranquilidad que debe proporcionarles su proceder. Suplico á Mrs. de Malesherbes, Tronchet y Deseze reciban aquí todo mi agradecimiento y la expresion de mi sensibilidad por todas las atenciones y todos los trabajos que se han tomado por mí.

»Concluyo declarando en presencia de Dios, y pronto á aparecer ante él, que no creo haber cometido ninguno de los crímenes que me han atribuido.

»Hecho por duplicado en la torre del Temple, el... de Enero de 1793.—
LUIS.»

VII

De este modo, aquella alma, abriéndose en su último exámen al día escrutador de la inmortalidad, nada leía en sus más secretos pensamientos sino intencion recta y perdon. El hombre y el cristiano se hallaban sin mancilla; todo el crimen, ó más bien toda la desgracia, estaba en su situacion. Este papel, sellado por la ternura, bañado con sus lágrimas y bien pronto con su sangre, era el irrecusable testimonio que su conciencia misma llevaba ante Dios. ¿Qué pueblo no hubiese adorado á este hombre si no hubiese sido un rey? Pero ¿qué pueblo, á sangre fria, no hubiese absuelto á un rey que perdonaba y amaba tanto? Este testamento, el acto más grande de la vida de Luis XVI, porque fué el de su alma sola, juzgaba más infaliblemente su vida y su reinado que el fallo inflexible pronunciado bien pronto por hombres irritados. Descubriéndose así él mismo al porvenir, Luis acusaba involuntariamente la dureza de los tiempos que iban á condenarle al suplicio. Creia haber perdonado, y por la misma sublimidad de su dulzura se habia vengado para siempre.

Aquel mismo dia vinieron sus defensores á presentarle el plan completo de su defensa. Malesherbes y el mismo rey habian suministrado los documentos de hecho, y Tronchet los argumentos de derecho. Deseze habia redactado la defensa, y la leyó. La peroracion se dirigia al alma del pueblo, y se esforzaba por conmover á los jueces con el cuadro patético de las vicisitudes de la familia real. Este apóstrofe á la nacion hizo llorar á Malesherbes y á Tronchet, y aún el mismo rey estaba conmovido con la piedad que su defensor queria inspirar á sus enemigos; sin embargo, su altivez se avergonzó al implorar de ellos otra justicia que la de su conciencia. «Es necesario quitar esta introduccion,—dijo Luis á Deseze;—no quiero enternecer á mis acusadores.» Deseze resistió, pero la dignidad de su muerte pertenece al moribundo, y el defensor cedió, y cuando se retiró con Tronchet, y el rey se quedó solo con Malesherbes, parecia poseido de un pensamiento secreto. «Tengo un gran pesar añadido á tantos otros,—dijo á su amigo.—Deseze y Tronchet nada me deben; me dan su tiempo, su trabajo, y quizá su vida. ¿Cómo pagar este servicio? Nada tengo, y aunque les hiciese un legado, no se lo pagarían. Ademas, no son los bienes de fortuna los que pagan deudas de esta clase.» «Señor,—dijo Malesherbes,—su conciencia y la posteridad se encargarán de su recompensa; pero podeis desde ahora concederles una, que apreciarán más que vuestros mayores favores cuande érais feliz y poderoso.» «¿Cuál?»—preguntó el rey. «Señor, abrazadlos.» Al dia siguiente, cuando Deseze y Tronchet entraron en el cuarto del prisionero para acompañarle á la Convencion, éste, silencioso, se acercó á ellos, abrió sus brazos y los tuvo estrechados largo rato. El acusado y los defensores no se hablaron, porque los sollozos se lo impedian, pero el rey se sintió aliviado; daba todo cuanto tenia, que era un abrazo contra su corazon. Deseze y Tronchet se creyeron pagados; habian recibido cuanto ambicionaban: el salario de lágrimas de un desgraciado abandonado de todos sus súbditos, y el reconocimiento de un moribundo.

VIII

Santerre, Chambon y Chaumette vinieron algunos instantes despues á buscar al rey para conducirlo por segunda vez á la Convencion con el mismo aparato de fuerzas. La Convencion le hizo esperar cerca de una hora, como á un cliente ordi-



Lanjuinais.

nario, en la antesala de sus deliberaciones. El exterior del rey era más decente, su traje ménos raído que en su primer interrogatorio, y su rostro manifestaba ménos que vivia en un calabozo. Sus amigos le habian aconsejado no se afeitase, á fin de que la crueldad de sus carceleros, escrita en su rostro, excitase á la vista la indignacion y el interes del pueblo. El rey rechazó con desden este medio teatral de conmover en su favor, cifrando su derecho á la compasion en su alma, y no en sus vestidos. Los comisarios, á instancias suyas, consintieron en dar unas tijeras á Clery para que cortase la barba á su amo. Su fisonomía estaba tranquila y sus ojos serenos. Más á propósito para resignarse que para combatir con la suerte, la proximidad de la última desgracia engrandecia á Luis XVI.

Se paseó con una actitud de indiferencia entre sus dos defensores, en medio de los grupos de diputados curiosos que salían de la sala para mirarle. Hablaba sin calor y sin turbación con Malesherbes, y habiéndose éste servido al responderle del título de majestad, más respetuoso á medida que la fortuna era más insolente, lo comprendió Treilhard, y colocándose entre el rey y Malesherbes, dijo al antiguo ministro: «¿Quién os da la peligrosa audacia de pronunciar aquí títulos proscritos por la nación?» «El desprecio de la vida»,—respondió desdeñosamente Malesherbes. Y continuó la conversacion.

Luégo que hubo hecho entrar al rey acompañado de sus defensores, la Convencion escuchó con religioso silencio el discurso de Deseze. Se veía en la actitud de la Montaña que no habia más agitacion porque ya no habia duda, teniendo los jueces la paciencia de la certidumbre, y daban una hora á aquel rey, á quien en su pensamiento ya habian quitado una vida. Deseze habló con dignidad, pero sin elocuencia; conservó la sangre fria de la razon ante el ardor de una pasión pública. Su defensa, al nivel de sus deberes de defensor, sólo en algunas frases se elevó al de las circunstancias; discutió, cuando era necesario herir, olvidando que hay otra convicción para un pueblo más que sus emociones, que la temeridad de las palabras es en ciertos casos la soberana prudencia, y que no hay en los momentos supremos más que una elocuencia desesperada que puede salvar, al mismo tiempo que se arriesga á perderlo todo.

Fué una de las fatalidades inherentes á la vida de Luis XVI no haber encontrado, para disputar y para reconvenir por su vida al pueblo, una de esas voces que elevan la piedad á la altura del infortunio y hacen resonar de siglo en siglo las caídas de los tronos, las catástrofes de los imperios y el golpe del hacha que corta las cabezas de los reyes, con palabras tan altas, tan grandes y solemnes como los mismos acontecimientos. Si un Bossuet, un Mirabeau, un Vergniaud, se hubiesen hallado en el lugar de Deseze, Luis XVI no hubiera sido defendido con más celo, más prudencia y lógica; pero su palabra, enteramente política y no judicial, hubiese resonado como una venganza sobre la cabeza de los jueces, y como un remordimiento sobre el corazón del pueblo; y si ante el tribunal no hubiese sido fallada favorablemente la causa, hubiera sido ilustrada para siempre ante la posteridad. En las causas que no son de un día, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque él es el verdadero juez, y esto lo olvidaron demasiado Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una frase sublime, que reasumia en una acusación directa toda la situación: «¡Busco entre vosotros jueces, y sólo veo acusadores!»

IX

El rey, que habia escuchado su propia defensa con un interés que parecia más bien por su defensor que por él mismo, se levantó cuando Deseze concluyó de hablar. «Acaban de exponeros—dijo—mis medios de defensa, y yo no los renovaré. Al hablaros quizá por última vez, os declaro que mi conciencia nada me remuerde, y que mis defensores os han dicho la verdad. Jamás temí que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón está destrozado al hallar en el acta de acusación que se me imputa haber querido se derramase la sangre

del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de Agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que habia dado en todos tiempos de mi amor al pueblo me parecian haberme puesto fuera del alcance de toda inculpacion, cuando me hubiese expuesto yo mismo por economizar una gota de sangre de ese pueblo.» Salió, concluidas estas palabras.

«Que se le juzgue en el acto»,—pidió Bazire. «El llamamiento nominal al momento,—exclama Duhem.—Ya es tiempo de que la nacion sepa si tiene razon en querer ser libre, ó si este deseo es un crimen.» «Y yo—continúa Lanjuinais—pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituido jueces de Luis XVI. Mi respuesta á la proposicion que se os hizo es que Luis XVI sea juzgado, sí, es decir, que la ley sea aplicada á su proceso, que las formas saludables y protectoras reservadas á todo ciudadano le sean concedidas como á cualquiera otro; pero que sea juzgado por la Convencion nacional, que lo sea por los conspiradores que se han declarado ellos mismos en esta tribuna los autores de la jornada del 10 de Agosto...» «¡A la Abadía!»—gritan muchos en la Montaña. «Os declarais demasiado abiertamente partidarios de la tiranía»,—dice Thuriot. «Es un realista, ha hecho el proceso del 10 de Agosto»,—gritan al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquesnoy. «Bien pronto va á transformarnos en acusados y al rey en juez»,—observa irónicamente Julien. «Yo digo—prosigue Lanjuinais—que vosotros los conspiradores declarados del 10 de Agosto seriais á la vez los enemigos, los acusadores, el jurado de acusacion, el jurado de juicio y los jueces...» «¡Hacedle callar! ¡Es la guerra civil quien habla! ¡Pido se le acuse con las pruebas en la mano!»—dice Choudieu. «Me escuchareis»,—continúa Lanjuinais. «¡No, no! ¡Bajad á la barra, bajad á la barra de los acusados!»—gritan mil voces á la vez. «¡A la Abadía, á la Abadía!»—responden las tribunas. Se restablece el silencio.

«No he acriminado—dice friamente Lanjuinais—la conspiracion de 10 de Agosto; digo que hay conspiraciones santas contra la tiranía. Sé que ese Bruto cuya imagen veo, fué uno de esos ilustres y santos conspiradores; pero continuó mi razonamiento, y digo que no podeis ser jueces del hombre desarmado, de quien vosotros mismos os habeis declarado enemigos mortales y personales; no podeis ser jueces, habiendo todos ó casi todos declarado de antemano vuestra opinion, y algunos con una ferocidad escandalosa. (*Se oyen coléricos murmullos en algunos bancos*). Hay una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que á todo acusado se le juzgue bajo la proteccion de su país; por consiguiente, si es verdad que nosotros no podemos permanecer jueces; si es verdad que muchos otros y yo queremos más morir que condenar á muerte, violando la justicia, al más abominable de los tiranos...» Se oye una voz: «¿Luego quereis más la salvacion del tirano que la del pueblo?» Lanjuinais busca con la vista al interruptor, como para darle gracias por la red que le tiende. «Oigo hablar de la salvacion del pueblo,—prosigue;—ésa es la feliz transicion que yo necesitaba. Se os llama á discutir ideas políticas y no ideas judiciales; he tenido, pues, razon en deciros que no debais sentaros aquí como jueces, sino como legisladores. ¿Quiere la política que la Convencion se deshonne? ¿Quiere la política que la Convencion ceda á la borrascosa volubilidad de la opinion pública? Ciertamente que en la opinion pública no hay más que un paso del odio y del encono al amor y la piedad, y yo os digo tam-

bien: ¡pensad en la salvacion del pueblo! La salvacion del pueblo quiere que os abstengais de un juicio que producirá horribles calamidades para la nacion, de un juicio que servirá á vuestros enemigos en las terribles conspiraciones que trama contra vosotros.» Lanjuinais baja en medio de los murmullos.

X

«Se os pregunta—responde Amar—quiénes serán los jueces. Se os dice: «Todos sois partes interesadas». Pero ¿no os dirán tambien que el pueblo frances es parte interesada, porque sobre él cayeron los golpes del tirano? ¿A quién será necesario apelar? A los planetas sin duda.» «No, á una asamblea de reyes»,—añade Legendre con una risotada que resonó en las tribunas. «Juzguemos sin levantar mano,—repite Duhem;—cuando los austriacos bombardeaban á Lille en nombre del tirano, no descansaban.» «Cesen esas declamaciones,—replica Kersaint.—Nosotros somos sus jueces, y no sus verdugos.» Algunos miembros, fatigados ó indecisos, piden se prorogue la discusion para otra sesion. El presidente lo pone á votacion, y la mayoría lo aprueba. Ochenta diputados de la Montaña pasan de sus bancos hácia la tribuna y amenazan al presidente, y Julien se apodera de aquélla en medio de los aplausos de la Montaña. «Quieren disolvernos»,—dice Julien, sostenido por las señas que le hace Robespierre con la cabeza, y por los gestos de Legendre y de Saint-Just. «Sí, pero sois vosotros»,—le grita Louvet. «Se quiere disolver la república»,—continúa Julien,—atacando la Convencion en su base; pero nosotros, los amigos del pueblo, hemos jurado morir por la república y por él. (*La Montaña aplaude*). Habito las alturas,—continúa señalando con la mano á los bancos elevados del lado izquierdo;—ellas serán las Termópilas del pueblo...» «Sí, sí, todos nosotros morirémos allí»,—responden en masa, levantándose y tendiendo la mano hácia Julien, los diputados de la Montaña. Julien acusa al presidente de parcialidad y connivencia con Malesherbes. El presidente se justifica, y se restablece el orden. Quinette presenta un proyecto de decreto que arregla el modo de juzgar al rey. Camilo Desmoulins y Robespierre piden combatir este proyecto.

Couthon hace que le conduzcan á la tribuna. «Ciudadanos,—dice,—Capeto está acusado de grandes crímenes, y en mi conciencia convicto. Una vez acusado, es preciso que se le juzgue, porque es de eterna justicia que todo culpable sea condenado. ¿Por quién será juzgado? Por vosotros, porque la nacion os ha constituido en gran tribunal del Estado. No habeis podido crear jueces, pero vosotros lo sois por la suprema voluntad del pueblo.» Salles quiere hablar en el sentido de Lanjuinais, pero el tumulto ahoga su voz. «Declaro—exclama Salles—que se nos obliga á deliberar con el cuchillo á la garganta.»

Petion, rechazado tres veces por las vociferaciones de la Montaña y por los apóstrofes de Marat, que se lanza para separarle de la tribuna, consigue hacerse oír. A las primeras palabras que pronuncia, le dice Duhem: «Nosotros no queremos opiniones á lo Petion». «No tenemos necesidad de lecciones»,—añade Legendre. «¡Abajo el rey Jerónimo Petion!»—gritan aquellas mismas tribunas que cuatro meses ántes proclamaban á Petion el rey del pueblo.

Barbaroux, Serres, Rebecqui, Duperret y todos los diputados jóvenes amigos de Roland se dirigen hácia los bancos de la Montaña, de donde salen los apóstrofes



contra Petion, y se cruzan los gestos, las amenazas y las invectivas. «¡Apelamos al pueblo! ¡Nosotros apelamos á los departamentos! ¡Cobardes! ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Realistas!» Las palabras no bastan á la explosion de la cólera, las actitudes suplen á las palabras. El presidente se cubre en señal del conflicto de la Asamblea. La Convencion se asombra, y renace el silencio.»

«Ciudadanos,—continúa Petion,—¿se tratan así los grandes intereses de un imperio? ¿Así, por diferencias de opinion entre nosotros, nos motejamos mutuamente de enemigos de la libertad y de realistas? ¿No hemos jurado todos que no volveríamos á tener rey? ¿Quién será capaz de faltar á sus juramentos? ¿Quién querría ser rey? Nosotros no queremos.» «¡No, no. ¡Nadie! ¡Jamás!»—exclama levantándose toda la Convencion. El duque de Orleans, en medio de un grupo de diputados de la Montaña, prolonga más tiempo que sus colegas este juramento de odio al trono, y agita en el aire su sombrero para asociarse con más evidencia al entusiasmo que repudia á los reyes.

«Pero—continúa Petion—no se trata aquí ni de deliberar sobre el trono abolido, ni sobre la suerte del rey, porque Luis Capeto no lo es; se trata de deliberar sobre la suerte de un hombre. Vosotros os habeis constituido sus jueces, y es necesario que podais juzgar con plena conviccion de los hechos. Los verdaderos amigos de la libertad y de la justicia son aquellos que quieren examinar ántes de

El rey en la barra de la Convencion.
Pág. 268.

juzgar. Muchos miembros desean, como Lanjuinais, que se dé cuenta del decreto en que se dijo que Luis XVI sería juzgado; otros quieren se decida de su suerte simplemente como medida política. Yo soy de la primera opinion; pero no se debe prejuzgar ninguna. Pido que la resolucíon presentada por Couthon se sostenga, pero reservando la cuestíon suscitada en el curso de la sesíon.»

Volviendo á adquirir su sangre fría la Convencíon con la atrevida y aún imponente palabra de Petíon, votó la proposicíon de Couthon y las reservas de aquél, que dejaban horas, eventualidades y reflexíones entre el decreto del pueblo y la vida del rey.

XI

Miéntas estas agitacíones descubrían en la sala la angustia y la irresolucíon de los jueces, el rey, de vuelta al cuarto de los inspectores de la Convencíon, se echó en los brazos de Deseze, le cogió las manos, enjugó con su pañuelo la frente de su defensor, y calentó él mismo la camisa destinada á reemplazar la que el sudor de cinco horas de tribuna habíá empapado sobre el cuerpo de Deseze. En estos cuidados familiares, que realizaban su situacíon y su rango, parecia que el rey se habíá olvidado de que se tratába de su propia vida en la sala inmediata. Se oían los continuos murmullos y las voces que llegaban del recinto de la Convencíon, pero sin poder distinguir las palabras ni prejuzgar los resultados de la deliberacíon. La atencíon con que habíá sido escuchado Deseze, la tranquilidad de las fisonomías y las disposiciones más favorables de la opiníon pública que se notaban desde hacía algunos días en los teatros y lugares públicos, daban alguna esperanza á Luis XVI. La rapidez con que le llevaron aquella vez al Temple, evitando pasar por los barrios populosos, hizo creer al rey que sus amigos vigilaban. Al día siguiente, un comisario llamado Vincent, que sólo trataba al ejercer sus funciones de buscar medios de dulcificar la suerte de los prisioneros, se encargó de llevar secretamente á la reina un ejemplar impreso de la defensa de Deseze.

Cuando el rey volvió á entrar en el Temple, viendo que nada tenia que ofrecer, se quitó el corbatín y se le dió á su abogado.

El 1.º de Enero, al despertar, Clery, con motivo de la entrada de año, le ofreció en voz baja los votos que hacía por el fin de sus desgracias. El rey los recibió con ternura, y levantó los ojos al cielo, recordando aquellos días en que los mismos homenajes, murmurados aquel día en voz baja por el único compañero de su calabozo, le eran tributados por todo un pueblo en las galerías de su palacio. Se levantó, rezó al parecer con más fervor que de ordinario, y suplicó á un municipal fuese á informarse de la salud de su hija que estaba enferma, y á decir á la reina y á su hermana los interceptados deseos de un prisionero. Hasta el 16 de Enero nada cambió en las costumbres diarias del rey, sino el que Mr. de Malesherbes se presentó inútilmente á la puerta de la torre. El viejo, en sus diferentes tentativas para ver al rey, iba acompañado de un jóven realista á quien una generosa atracción hacía la desgracia arrastró desde sus primeros años, y que fué despues, en mejores días, el ministro y consejero austero de la monarquía de los Borbones, que él quería reconciliar con la libertad. Este jóven, que se llamaba Hyde de Neuville, daba el brazo á Mr. de Malesherbes y sostenía sus trémulos pasos cuando el venerable defensor de Luis XVI iba al Temple ó á la Convencíon.

El príncipe pasaba su tiempo leyendo la historia de Inglaterra, y particularmente el tomo que contenia el juicio y la muerte de Carlos I, como si tratase de consolarse hallando sobre el trono un segundo ejemplo de sus infortunios, y como si hubiese querido ejercitarse para la muerte y modelar sus últimos momentos sobre los de un rey decapitado.

XII

Durante aquellos días, en que nada de lo que pasaba fuera penetró en la prison, los dos partidos que se disputaban la Convencion continuaron destrozándose entre sí por disputarse su vida. Saint-Just volvió á tomar la palabra el 27 de Diciembre, y refutó con axiomas breves y cortantes como el hacha la defensa pronunciada la víspera. Reasumió su discurso en estas palabras: «Si el rey es inocente, el pueblo es culpable. Habeis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, ¡y perdonaríais al vuestro! La revolucion no principia sino cuando el tirano concluye». Barbaroux habló sin concluir, y manifestó con una reticencia, tan contraria á la energía de su carácter, el primer síntoma de la fluctuacion de ánimo de los girondinos.

Lequinio contestó á Barbaroux. «Si yo pudiese—dijo—con esta mano asesinar de un solo golpe á todos los tiranos, le daria al momento.» Resonaron prolongados aplausos en la sala, y habiendo amenazado el presidente con llamar la fuerza para restablecer el orden, prorumpió en descompasadas voces toda la Asamblea. Vergniaud se quejó de aquellos tumultos que presentaban la república naciente bajo la horrorosa forma de la anarquía; pidió que el nombre de los diputados censurados se enviase á los departamentos. «Nosotros no somos la Convencion de Paris,—dijo Buzot,—sino la Convencion de Francia y de los departamentos.»

En la sesion del 17 de Enero, el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun, comunicó notas de la corte de España. El embajador de esta potencia intercedia por la vida de Luis XVI, y prometia á ese precio alejar las tropas que España tenia reunidas en las fronteras de los Pirineos. «Léjos de nosotros toda influencia extranjera»,—respondió Thuriot. «No tratemos con los reyes, sino con los pueblos»,—añadió Chasles.—«Declaremos que en lo sucesivo ninguno de nuestros agentes tratará con ninguna testa coronada ántes que haya reconocido la república.»

La orden del dia respondió desdeñosamente á las tentativas del embajador de España.

Se continuó la discusion sobre el juicio del rey. Buzot y Brissot sostuvieron la apelacion al pueblo. Carra, aunque girondino, la combatió, y Gensonné, en un discurso directo, apostrofó largamente á Robespierre.

«Hay—decis—un partido que quiere quitar la Convencion de Paris y hacer degollar á los ciudadanos por los ciudadanos. Tranquilizaos, Robespierre. No sereis degollado, y hasta creo que no hareis degollar á nadie. La ingenuidad con que reproducis sin cesar aquella dulce invocacion, me hace temer sólo que éste no sea el más grande de vuestros sentimientos. Es demasiado cierto que el amor de la libertad tiene tambien su hipocresía y sus hipócritas; se les reconoce en el odio que tienen á las luces y á la filosofía, y en su destreza para halagar las preocupaciones y las pasiones del pueblo, y ya es tiempo de señalar esta faccion á toda la

nacion. Ella es la que reina en los Jacobinos de Paris, y sus principales jefes se sientan entre nosotros. ¿Qué quieren? ¿Cuál es su objeto? ¿Qué extraño gobierno se proponen dar á Francia? ¿No dicen que ningun republicano quedará en el territorio frances si no se envia á Luis al suplicio, y que será necesario entónces nombrar un defensor á la república? Pues qué, ¿no formais una faccion, y vosotros mismos os designais con el nombre de diputados de la Montaña, como si hubiéseis escogido esta denominacion para recordarnos aquel tirano de Asia, que sólo es conocido en la historia por la horda de asesinos que llevaba tras de sí, y por la obediencia fanática á las órdenes sanguinarias de su jefe? ¿No os ha dicho Robespierre, con la mayor inocencia, que el pueblo debia ser ménos celoso de ejercer por sí mismo sus derechos soberanos, que de confiarlos á hombres que hagan buen uso de ellos? ¡Siempre ha empezado de tal manera la apología del despotismo! Es necesario que el juicio de Luis no pase á los ojos de Europa por la obra de aquella faccion. El pueblo sólo debe salvar al pueblo.»

XIII

Una acusacion de antigua complicitad con la corte, dirigida contra Vergniaud, Guadet, Brissot y Gensonné, respondió al dia siguiente á la invectiva de este último. Una carta de estos cuatro diputados, dirigida ántes del 10 de Agosto al pintor del rey, Boze, carta en la que daban consejos al príncipe, atestiguaba que el republicanismo habia tenido para ellos sus dudas y sus complacencias, y que la Constitucion de 1791, si no bastaba á sus principios, hubiera sido suficiente para su ambicion, con tal que hubiesen sido los directores de ella. Esta correspondencia, por lo demas muy constitucional, no tenia otro crimen. Guadet, Gensonné y Vergniaud se sinceraron de ella con facilidad, ayudados de su elocuencia ordinaria y de una mayoría que aún les pertenecia. Sin embargo, esta acusacion que recayó inopinadamente sobre ellos por parte de los amigos de Robespierre, y las sospechas que dejó en el ánimo del pueblo, hicieron conocer la necesidad de responder á aquellas sospechas con actos irrecusables de odio á la monarquía, y de firmarse á ellos mismos los títulos de republicanos con algunas gotas de sangre de un rey. Desde aquel dia principiaron á deliberar entre el sacrificio de la vida de Luis y su propia abdicacion. Un partido que vivia por el aura del favor del pueblo, no podia perderle sin morir; quiso vivir, y era necesario que el rey muriese.

Camilo Desmoulins, que mezclaba siempre la ironía á la muerte, y que nunca hallaba la sangre de las víctimas bastante amarga á ménos que no fuese realzada con un sarcasmo, combatió la apelacion al pueblo con un discurso que no pudo oirse, pero que se hizo imprimir. Hé aquí el proyecto de decreto que reasumia este discurso: «Se levantará un cadalso en la plaza del Carrousel, adonde se conducirá á Luis, con un cartel con estas palabras escritas delante: *Traidor y perjuro á la nacion*; y detras: *Rey*. La Convencion decreta ademas que el panteon fúnebre que tienen los reyes en San Dionisio sea donde se entierren en adelante los ladrones, los asesinos y los traidores».

Merlin de Thionville, Hausmann y Rewbel, comisarios de la Convencion en los ejércitos, escribieron tambien desde las fronteras: «Estamos rodeados de heridos

y de muertos. En nombre de Luis Capeto degüellan los tiranos á nuestros hermanos, y sabemos que Luis Capeto vive todavía». Cambaceres pidió la apelacion al pueblo, y Danton presentó un modo de deliberar que sujetaba á discusion cuanto hasta entónces habia sido decretado. De este modo creia Danton ocultar la secreta intencion de salvar al rey, favorecido por la confusion que aquellas cuestiones multiplicadas harian nacer. «Es cosa bien afflictiva—observó Couthon—ver el desórden que se ocasiona á la Asamblea. Hace tres horas que estamos perdiendo tiempo por un rey. ¿Somos republicanos? No. ¡Somos viles esclavos!» En fin, á propuesta de Fonfrede, la Convencion decretó la votacion nominal sobre cada una de las tres cuestiones sucesivamente sentadas. La primera: «¿Luis es culpable?» La segunda: «¿La decision de la Convencion se someterá á la ratificacion del pueblo?» La tercera: «¿Cuál será la pena?»

XIV

Sobre la primera cuestion, exceptuando á Lalande (de la Meurthe), Baraillon (de la Creuse), Lafond (de la Correze), Lhomond (del Calvados), Enrique Lariviere, Ysarn Valady, Noël (de los Vosgos), Morisson (de la Vendée), Waudelincourt (del Alto Marne) y Rouzet (del Alto Garonne), que se recusaron alegando su incompetencia y la incompatibilidad de las funciones de legisladores y de jueces, todos, es decir, seiscientos ochenta y tres miembros respondieron: «Sí, Luis es culpable».

En la cuestion de la apelacion al pueblo, doscientos ochenta y uno votaron por ella, cuatrocientos veintitres en contra de todo recurso á la nacion. En el número de los primeros se notaban: Rebecqui, Barbaroux, Duprat, Durand de Maillane, Duperret, Fauchet, Cambon, Buzot, Petion, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Grangeneuve, Lanjuinais, Louvet, Salles, Hardy, Mollevault, Valazé, Manuel, Dusaulex, Bertucat (de Saone-et-Loire), y Sillery, el amigo del duque de Orleans, que principiaba á separarse de los jacobinos y de aquel príncipe, y á inclinarse hácia las doctrinas y el cadalso de los girondinos.

Entre los segundos, todos los miembros de la Montaña, y algunos del partido girondino en quienes la juventud, el ardor y la embriaguez revolucionaria ahogaban todo escrúpulo. El resultado de esta prueba consternó á los hombres resueltos de aquel partido y decidió á los dudosos.

Danton, mudo y observador hasta entónces, aprovechó, desde el dia 16, la primera ocasion de acentuar enérgicamente la impaciencia de la sangre que no tenia en el alma, pero la fingia para conservarse al nivel de sí mismo.

Se deliberaba sobre una órden para cerrar los teatros, expedida por el Consejo ejecutivo. «Os lo confesaré, ciudadanos,—dijo Danton levantándose y tomando la actitud del hombre de Setiembre:—creia que debíamos ocuparnos de otros objetos más bien que de la comedia.» «Se trata de la libertad»,—responden algunos. «Sí, se trata de la libertad,—replica Danton,—se trata de la tragedia que debeis representar á las naciones, se trata de hacer caer bajo el hacha de los reyes la cabeza de un tirano. Pido que fallemos sin levantar la sesion sobre la suerte de Luis.»

Se votó la proposicion de Danton, y habiendo propuesto Lanjuinais despues que

se votase la pena por las dos terceras partes, y no por mayoría absoluta, Danton volvió á tomar la palabra como un hombre impaciente de que se concluya una situacion que le agobia. «Se pretende—dice—que es tal la importancia de esa cuestion, que no bastan para decidirla las formas ordinarias de toda Asamblea deliberante. Yo pregunto: cuando por una simple mayoría se ha pronunciado sobre la suerte de una nacion entera, cuando ni siquiera se ha pensado en suscitar esta cuestion cuando se trató de abolir el trono, ¿se quiere decidir sobre la suerte de un individuo, de un conspirador, con formas más escrupulosas y solemnes? Nosotros sentenciamos como representantes por derecho de soberanía. Y os pregunto: ¿no habeis votado por mayoría absoluta la república y la guerra? Y pregunto: la sangre que se vierte en medio de los combates, ¿no corre definitivamente? Los cómplices de Luis XVI, ¿no han sufrido inmediatamente la pena, sin ningun recurso al pueblo? ¿Merece una excepcion el que ha sido el alma de los complots?» (*Aplausos*).

Lanjuinais no dejó arrastrar su conciencia por aquella corriente de aplausos producida por la palabra de Danton. «Habeis desechado todas las formas que la justicia y ciertamente la humanidad reclamaban: la recusacion, la forma secreta del escrutinio, protectora de la libertad de las conciencias y de los sufragios. Parece que se delibera aquí en una Convencion libre, pero se hace bajo la influencia de los puñales y los cañones de los facciosos.» La Asamblea rechazó estas consideraciones, y declaró la sesion permanente hasta que se pronunciase el fallo. Se principió la última votacion nominal á las ocho de la noche.

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Aspecto de la ciudad y de la Asamblea.—Condenacion del rey.—Vergniaud.—Luis XVI.—El abate Firmont.—Ultima entrevista del rey con su familia.—Comitiva.—Ejecucion.—Apreciacion del juicio de Luis XVI.

I

El aspecto de la ciudad era amenazador; el del recinto, siniestro. La municipalidad y los jacobinos, decididos á obtener la condenacion de Luis XVI como una victoria personal sobre sus enemigos, y á llevar la violencia moral hasta la física, habian reunido desde hacía muchos dias en Paris todas las fuerzas de que sus periódicos, sus correspondencias y sus relaciones en los departamentos les permitian disponer. Los agitadores de los arrabales habian reclutado sus bandas de mujeres y de muchachos andrajosos para gritar la muerte del tirano por las calles inmediatas á la Convencion. Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge, los asesinos de Aviñon, los degolladores de Setiembre, los combatientes del 10 de Agosto, los federados acumulados en Paris ántes de marchar á las fronteras, voluntarios y soldados detenidos en Paris por el ministro de la Guerra, Pache, para engrosar las sediciones más que para reprimirlas; una poblacion extraña á toda pasion política, pero sin trabajo y sin pan y engañando su desesperacion con su agitacion; esas masas de curiosos que los grandes espectáculos hacen salir de sus casas como los enjambres salen de las colmenas cuando se acercan las tormentas, y que sin pasion individual prestan la apariencia del número á la pasion de algunos; los resultados de Agosto y de Setiembre que aún agitaban las imaginaciones, la noche que favorecia el tumulto, el rigor de la estacion que contraia la fibra y que inclinaba á la desesperacion; en fin, aquel nombre de rey que reasumia en sí todas las miserias, todas las iniquidades, todas las traiciones imputadas al trono, y que hacía creer al pueblo que inmolando al hombre que tenia aquel título, se inmolarian con el mismo golpe las calamidades, los crímenes, los recuerdos y las esperanzas de una institucion repudiada, todo imprimia á la noche del 16 de Enero aquel carácter de impulsión irresistible que da á una manifestacion popular la fuerza de un elemento.

Habiéndose atrevido uno de los vencedores de la Bastilla, llamado Louvain, á decir en su seccion aquella mañana que podia afianzarse la república sin derramar la sangre de Luis XVI, un federado, por toda respuesta, le hundi6 el sable en el corazon. El pueblo arrastró al herido por las calles hasta que exhaló el último suspiro.

Por la noche, un vendedor ambulante de libros y de periódicos, al salir de un gabinete de lectura tildado de realista, en la galería del Palacio Real, fué acusado por uno que pasaba de que distribuía escritos favorables á la apelacion al pueblo, y asesinado, dándole treinta puñaladas los que paseaban por el jardin. Las bandas de malhechores libertados de las cárceles de la Conserjería y del Chatelet por los asesinos de Setiembre, habian formado grupos de malvados que buscaban en la emocion pública la ocasion y el velo de crímenes impunes. Los dragones de la república forzaron las consignas de sus cuarteles, y se dividieron sable en mano por los lugares públicos, en el Palacio Real y en las Tullerías, blandiendo sus armas y cantando canciones patrióticas. De allí fueron á la iglesia de Val-de-Grace, donde estaban encerrados, en urnas de plata sobredorada, los corazones de muchos reyes y reinas de Francia. Rompieron aquellos vasos fúnebres, pisotearon aquellas reliquias del trono, y las arrojaron á un sumidero. Este fanatismo de profanacion, que vengaba, como lo hace el bruto, sobre restos inanimados la larga paciencia y las continuadas supersticiones de la servidumbre, anunciaba ménos la fuerza que la demencia de la libertad, y anunciaba bastante, con tales síntomas, la piedad que podia esperar la majestad viva, cuando la muerta excitaba tales resentimientos.

II

Las inmediaciones y el interior de la sala de la Convencion parecían dispuestos más bien para una ejecucion que para un juicio. La hora, el sitio, las estrechas avenidas, los patios tortuosos, las bóvedas sombrías del antiguo monasterio, los pocos faroles que luchaban con las tinieblas de una noche de invierno y hacian palidecer los rostros, las armas que brillaban y resonaban en todas las puertas, los cañones, que los artilleros, con la mecha encendida, parecían guardar á las dos entradas principales ménos para intimidar al pueblo que para volverlos contra la sala si el decreto fatal no salia de ella; el sordo murmullo de una innumerable multitud que velaba en pié en las calles adyacentes, oprimiendo por todas partes los muros como para arrancarles el decreto; el movimiento de las patrullas, que hendian con trabajo aquel océano de hombres para abrir camino á los representantes rezagados; los trajes, las fisonomías, los gorros encarnados, las carmañolas, los rostros contraídos, las voces, los gestos atroces y significativos, todo parecia calculado para hacer entrar por los sentidos en el alma de los jueces el inexorable decreto dado de antemano por el pueblo. *Ó su muerte ó la tuya*: éstas eran las únicas palabras que se decian por lo bajo, pero con un acento imperativo, al oido de cada diputado que atravesaba los grupos para ir á su puesto.

Muchos de los habituales asistentes de la Convencion, y que por lo tanto conocian á los diputados, se colocaron de distancia en distancia. Aquellos espías del pueblo nombraban á los diputados en alta voz, indicaban á los dudosos, amenazaban á los tímidos, insultaban á los indulgentes y aplaudian á los inflexibles. Al oir los nombres de Marat, de Danton, de Robespierre, de Collot-d'Herbois y de Camilo Desmoulins, se abrieron las filas con respeto y dejaron pasar la cólera y la confianza del pueblo; pero cuando oyeron los nombres de Brissot, de Vergniaud, de Lanjuinais y de Boissy d'Anglas, las fisonomías irritadas, los puños cerrados, las picas y los sables levantados sobre sus cabezas, anunciaron claramente que el

pueblo queria ser obedecido ó *vengado*. Hasta los centinelas colocados allí para proteger la seguridad de los representantes, dieron el ejemplo del insulto y de la violencia. El ántes marqués de Villette, discípulo y amigo de Voltaire, miembro ahora de la Convencion, reconocido en el pasadizo del Picadero que conducia á la Asamblea, fué cogido por el vestido, y vió las puntas de veinte sables prontas á entrar en su corazon si no se comprometia á votar la muerte del *tirano*. Villette,



Luis XVI escribiendo su testamento.—Pág. 271.

que en un cuerpo débil encerraba un corazon intrépido, y que no creia que la filosofía tuviese por pedestal los cadalsos, pudo desprenderse del pueblo, separó con ambas manos las hojas de los sables que amenazaban su pecho, y mirando con serenidad á sus provocadores, dijo: «No, no votaré la muerte, y vosotros no me degollareis; respetareis en mí mi conciencia, la libertad y la nacion». Y pasó.

Las galerías de la Convencion, entregadas á los jefes más sanguinarios de las sediciones de Paris, estaban obstruidas igualmente por grupos armados. Estos hombres se mantenian allí en orden y en silencio por respeto al lugar; pero se los habia apostado como síntomas vivos del terror que sus nombres, sus armas y

sus recuerdos debían imprimir en los jueces del rey. Maillard, Fournier el Americano y Jourdan Corta-cabezas daban órdenes por signos á sus antiguos cómplices y les designaban con una ojeada los nombres y los rostros que debían observar y retener. Era preciso desfilar á su vista para entrar en la sala; parecia que escribían las señas en su memoria. Eran las estatuas del asesinato, colocadas á las puertas del tribunal del pueblo para mandar la muerte; todos los diputados tenían que tropezar con ellos al entrar.

Hasta la sala estaba iluminada con desigualdad. Las lámparas de la mesa y la araña que pendía de la bóveda arrojaban sobre algunos puestos una brillante luz, y dejaban otros en la oscuridad. Las tribunas públicas, cuyas graderías en anfiteatro bajaban cerca de los elevados bancos de la Montaña, con los que se confundían como en los circos romanos, estaban atestadas de espectadores. Como en los espectáculos antiguos, se veían sentadas en las primeras filas de aquellas tribunas muchas mujeres jóvenes, adornadas con lazos tricolores, hablando entre ellas con indiferencia, gesticulando y sonriendo, sin recobrar su seriedad y su atenta actitud sino para contar los votos y marcarlos sobre una tarjeta con la punta de un alfiler en el momento en que estos votos salían de la tribuna. Los criados de la sala circulaban entre las gradas con bandejas llenas de sorbetes, de helados y de naranjas, que distribuían á aquellas mujeres. Sobre las gradas más elevadas, los hombres del pueblo, con los trajes diarios de sus diversas condiciones, se mantenían en pié, revitiéndose en alta voz los unos á los otros el nombre y el voto del diputado á quien acababan de llamar, y siguiéndole con aplausos ó con murmullos hasta que llegaba á su banco. Los primeros de aquellas tribunas populares estaban ocupados por los muchachos de las carnicerías, con sus mandiles ensangrentados levantados de un lado y sujetos á la cintura, y el mango de los largos cuchillos de su profesion saliendo como á propósito de los pliegues de la tela que les servía de funda.

El espacio vacío al pié de la mesa, la barra, las cercanías de las puertas y las entradas que conducían á los bancos de los diputados y á las tribunas públicas, todo estaba agitado con el paso continuo de diputados mezclados con los espectadores que, no habiendo podido hallar sitio en las tribunas, penetraron en el recinto reservado á los legisladores. Estos grupos, que se abrían para dejar pasar á los representantes llamados á la tribuna ó á los que bajaban de ella, parecían ménos un auditorio delante de un tribunal, que la confusión de una plaza pública.

Sólo cesaba el movimiento cuando el nombre de un diputado influyente, pronunciado por la voz del ujier, hacía levantar la vista hácia el votante para sorprender con anticipación en su actitud y en el movimiento de sus labios la vida ó la muerte que iba á pronunciar. Los bancos de los diputados estaban casi vacíos; cansados de una sesión de quince horas, que debía durar sin interrupción hasta el fin del juicio, los unos, repartidos en pequeños grupos á lo último de los bancos elevados, hablaban entre sí á media voz con la actitud de la paciencia resignada; otros, con las piernas extendidas y el cuerpo echado atrás, con los codos apoyados en el respaldo de su desierto banco, se adormecían bajo el peso de sus pensamientos, y sólo se despertaban con los grandes clamores que de tiempo en tiempo producía un voto más enérgicamente motivado. El mayor número, impelido continuamente de un sitio á otro por la agitación interior de sus ideas, no hacía

más que salir de la sala y volver á entrar. Se les veía pasar de un grupo á otro, decir rápidamente y en voz baja medias palabras á sus colegas, escribir sobre sus rodillas, borrar lo que habian escrito, escribir de nuevo su voto, volverle á borrar, hasta que el llamamiento del ujier, sorprendiéndoles en esta indecision, les arrancaba de los labios la palabra fatal, que un minuto más hubiera cambiado por la contraria, y de la que se arrepentian quizá ántes de haberla pronunciado.

III

Los primeros votos que oyó la Asamblea dejaban la incertidumbre en los ánimos. La *muerte* y el *destierro* parecian balancearse en número igual en el alternativo sonido de los votos. La suerte del rey iba á depender del primero que pronunciase uno de los jefes del partido girondino. Este voto significaria sin duda el voto probable de todo el partido, y el número de los hombres unidos á él determinaria irrevocablemente la mayoría. Por consiguiente, la vida y la muerte estaban, en cierto modo, selladas en los labios de Vergniaud.

Se esperaba con ansiedad que el orden alfabético de la votacion nominal de los departamentos, llegando á la letra G, llamase los diputados de la Gironda á la tribuna. Vergniaud debia presentarse el primero. Se recordaba su inmortal discurso contra Robespierre para disputar el juicio del rey destronado á sus enemigos; se conocia su repugnancia y su horror por el partido que queria suplicios; se repetian las conversaciones confidenciales en las que habia confesado veinte veces su sensibilidad por la suerte de un príncipe cuyo mayor crimen á sus ojos era una debilidad que casi llegaba á la inocencia; se sabía que la víspera, y aún algunas horas ántes del escrutinio, comiendo Vergniaud con una mujer que se compadecia de los cautivos del Temple, habia jurado por su elocuencia y por su vida que salvaria al rey. Ninguno dudaba de su valor; éste estaba escrito en aquel mismo momento en la calma de su frente y en los pliegues severos de su boca, cerrada á toda confidencia.

Al oir el nombre de Vergniaud cesaron todas las conversaciones, y todas las miradas se dirigieron á él. Subió lentamente las gradas de la tribuna, se recogió un momento, los ojos bajos, como un hombre que reflexiona por última vez ántes de obrar; despues, con una voz sorda y como resistiendo en su alma á la sensibilidad que le gritaba, pronunció: *La muerte*.

El silencio de la admiracion comprimíó el murmullo y hasta la respiracion de todos. Robespierre se sonrió casi imperceptiblemente, y en esta sonrisa se creyó descubrir más desprecio que alegría. Danton encogió los hombros y dijo por lo bajo á Brissot: «Alabad á vuestros oradores. Palabras sublimes, actos cobardes. ¿Qué hacer con tales hombres? No me hableis más de ellos: es un partido muerto».

Desapareció la esperanza del alma del pequeño número de los amigos del rey ocultos en el salon y en las tribunas. Conocióse que la mano de Vergniaud habia entregado la víctima. En vano pareció retener su voto despues de haberle emitido, pidiendo, como Mailhe, que despues de haber votado la muerte, la Asamblea deliberase si convenia á la seguridad pública conceder un plazo á la ejecucion. Los jacobinos conocieron que, una vez concedida la justicia del decreto, los

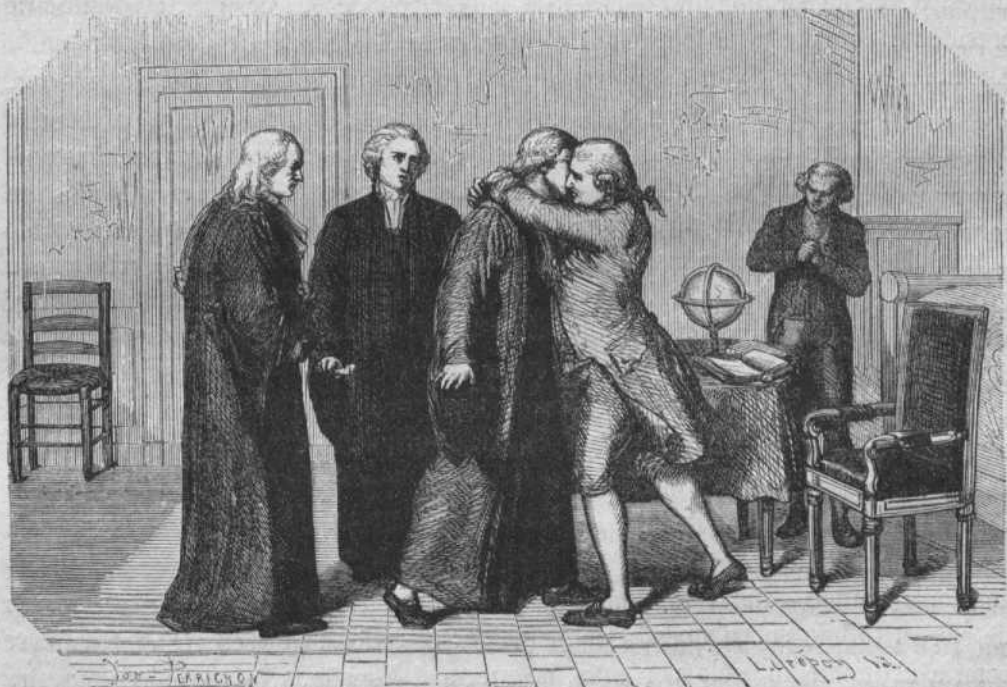
girondinos no les disputarian la urgencia. El mismo Vergniaud declaró que su voto de muerte era independiente del plazo obtenido ó rehusado, lo cual era quitarse de antemano á sí mismo la posibilidad de volver á coger la cabeza que abandonaba. Descendió con la frente baja los escalones de la tribuna, y fué á confundirse entre la multitud.

Prosiguió la votacion. Todos los girondinos, Buzot, Petion, Barbaroux, Isnard, Lasource, Rebecqui y Brissot, votaron con él la muerte. La mayor parte unieron á su voto la condicion de que se pusiese un plazo para la ejecucion. Fonfrede y Ducos votaron la muerte sin condicion. Sieyes, que en los consejos y en las conferencias secretas de su partido habia insistido más en negar aquella alegría á Robespierre, aquel triunfo á los jacobinos, y aquella sangre estéril y peligrosa para la revolucion; Sieyes, despues de la victoria de los jacobinos en la votacion nominal, juzgó inútil toda resistencia. Dejar á Robespierre sólo este título sangriento á la desesperada confianza del pueblo, era á sus ojos abdicar desde el primer paso el gobierno de la república y quizá la vida. Supuesto que no se podia contener el movimiento, juzgaba era necesario tomar parte en él para dirigirle aún. Sieyes subió cuando le tocó el turno á la tribuna, y sólo pronunció una palabra: *La muerte*. La pronunció con sentimiento y con la frialdad de un geómetra que enuncia un axioma, y con el abatimiento de un vencido que cede á la fatalidad. No añadió á aquella palabra la irónica que se le imputa; su voto fué lacónico, no cruel. Condorcet, fiel á sus principios, rehusó verter sangre; pidió que Luis XVI fuese condenado á la pena más fuerte despues de la muerte. Lanjuinais, Dusaulx, Boissy, D'Anglas, Kersaint, Rabaut Saint-Etienne, Sillery y Salles resistieron al ejemplo de los jefes de su partido y á la intimidacion de los jacobinos: votaron casi todos la reclusion durante la guerra, y el ostracismo despues de la paz. El mismo Manuel, vencido por el espectáculo de los infortunios reales que contemplaba más de cerca en el Temple, votó por la vida. Daunou, filósofo republicano, que sólo tenia, segun él, dos pasiones desinteresadas en su alma, Dios y la libertad, separó en alta voz en su voto el derecho de juzgar y de deponer los reyes del de inmolarlos como víctimas. Demostró que las letras fortifican la justicia en el corazon del escritor ilustrando la inteligencia, y que él habia bebido en el trato literario de los antiguos, con sus máximas de magnanimidad, el valor de practicarlas ante la muerte. La Montaña, casi sin excepcion, votó la muerte. Robespierre, reasumiendo en pocas palabras su primer discurso, trató de conciliar su horror á esta pena con la condenacion que salia de sus labios. Lo hizo diciendo que los tiranos eran una excepcion en la humanidad, y declarando que su ternura por los oprimidos vencia en su alma la piedad por los opresores.

Los diputados de Paris, Marat, Danton, Billaud-Varennes, Legendre, Panis, Sergent, Collot-d'Herbois, Freron, Fabre d'Eglantine, David y Robespierre el jóven, siguieron el ejemplo de Robespierre, y repitieron como un eco monotono veintiuna veces seguidas la palabra muerte dirigiéndose á la tribuna.

El duque de Orleans fué el último. Al oir su nombre reinó un profundo silencio. Sillery, su confidente y favorito, habia votado contra la muerte. Se esperaba que el príncipe votaria como su amigo, ó que se recusaria á sí mismo en nombre de la naturaleza y de la sangre, y hasta para con los jacobinos estaba recusado; pero no lo hizo. Subió lentamente á la tribuna, desdobló un papel que tenia en la

mano, y leyó con acento estoico las palabras siguientes: «Únicamente ocupado de mi deber, convencido de que todos aquellos que han atentado ó atenten despues á la soberanía del pueblo merecen la muerte, yo voto á muerte». Estas palabras merecieron silencio y sorpresa al mismo partido á que el duque de Orleans parecia concederlas como una prenda. No se halló en la Montaña una mirada, un gesto ni una voz para aplaudir. Aquellos montañeses, sentenciando á muerte á un rey cautivo y desarmado, podian herir la justicia y consternar la humanidad, pero no la naturaleza. Esta se sublevaba contra el voto del primer príncipe de la sangre. La conmocion se manifestó en seguida en los bancos y en las tribunas de la Asamblea. El duque de Orleans bajó de la tribuna turbado, dudando al ver aque-



Luis XVI abraza á sus defensores.—Pág. 276.

llos primeros síntomas del acto que acababa de consumir. El verdadero heroísmo de la libertad no hace estremecer al corazon humano, ni se tiene horror á lo que se admira. Las virtudes como la de Bruto están tan próximas al crimen, que la conciencia de los mismos republicanos se turbó en presencia de este acto. Sacrificar la naturaleza á las leyes parece bello á primera vista; pero la consanguinidad tambien es una ley, y no hay virtud contra una virtud.

Si este voto era un sacrificio á la libertad, el horror de la Convencion hizo ver al duque de Orleans que no aceptaba el sacrificio; si una prenda, no se le pedia tan grande; si una concesion á su seguridad, pagaba su vida demasiado cara. Atacado ya por los girondinos, apénas tolerado por Robespierre, y cliente de Danton, si hubiese rehusado algo á la Montaña, ésta hubiera pedido su cabeza, y no tuvo bastante grandeza de alma para ofrecérsela. El porvenir se la hubiera pagado más de lo que valia su nombre. El mismo Robespierre, cuando entró por la noche en casa de Duplay, hablando del juicio del rey, parecia protestar contra el voto del duque de Orleans. «¡Desgraciado!—dijo á sus amigos.—Nadie mejor que él

podia haber escuchado su corazon y recusarse; pero no ha querido, ó no se ha atrevido á hacerlo: la nacion hubiera sido más magnánima que él.»

El resúmen del escrutinio fué largo y lleno de duda y ansiedad. La muerte y la vida, como en una lucha, ganaban ó perdian alternativamente, segun la casualidad habia agrupado los sufragios en las listas hechas por los secretarios. Parecia que le costaba trabajo al destino pronunciar la palabra fatal. Todos los corazones palpitaban, unos con la esperanza de evitar aquel luto á la revolucion, otros por el temor de perder aquella víctima. Por último, se levantó el presidente para pronunciar el fallo. Era Vergniaud. Estaba pálido, se veian temblar sus labios y sus manos, que tenian el papel en que iba á leer el número de los votos. Por un siniestro azar ó por una burla cruel de la eleccion de sus colegas, el destino de presidente condenaba á Vergniaud á proclamar el decreto de destitucion en la Asamblea legislativa, y el de muerte en la Convencion. Hubiese querido libertar, á costa de su sangre, la monarquía templada y la vida de Luis XVI, y era llamado dos veces en tres meses para desmentir su corazon y servir de órgano á las opiniones de sus enemigos. Su falsa y cruel situacion en estas dos circunstancias era el símbolo de la de todo su partido; Pilatos de la monarquía y del rey, entregando la una al pueblo sin estar convencidos de sus vicios, y el otro á los jacobinos sin estarlo de su crimen; vertiendo en público una sangre que lloraban en secreto, sintiendo en su lengua combatir el remordimiento con la sentencia, y lavándose las manos ante la posteridad.

Un diputado llamado Duchatel se presentó en aquel momento en la Convencion, habiéndose hecho conducir envuelto en las mantas de su cama, y en medio de las amenazas, votó con moribunda voz contra la muerte. Se anunció una nueva intervencion del rey de España en favor de Luis XVI. Danton tomó la palabra sin pedirla. «Aún no eres rey, Danton», —le dice Louvet. «Estoy admirado—continúa Danton—de la insolencia de una potencia que no teme la pretension de ejercer influjo sobre nuestra deliberacion. Si todos siguiesen mi dictámen, se votaria al momento, sólo por esto, la guerra á España. ¡No reconocen nuestra república, y quieren dictarle leyes! Sin embargo, oíase si se quiere á ese embajador; pero que el presidente le dé una respuesta digna del pueblo de quien es órgano; que le diga que los vencedores de Jemmapes no desmentirán la gloria que han adquirido, y volverán á encontrar su fuerza para exterminar todos los reyes conjurados contra nosotros. Nada de transaccion con la tiranía: el pueblo juzgaria á sus representantes si éstos le hubiesen vendido.»

Vergniaud, con el acento del dolor, dijo: «Ciudadanos, vais á ejercer un grande acto de justicia. Espero que la humanidad os hará guardar el más religioso silencio. Cuando la justicia ha hablado, debe á su vez escucharse á la humanidad».

Leyó el resultado del escrutinio. La Convencion contaba setecientos veintinueve votantes. Trecientos treinta y cuatro habian votado por el destierro ó la prision; treseientos ochenta y siete por la muerte, contándose en este número los votos de aquellos que la habian votado con condicion que sería aplazada la ejecucion. La pena de muerte tenia por lo tanto cincuenta y tres votos más que la de destierro; pero deduciendo los cuarenta y seis que la habian pronunciado pidiendo que la ejecucion se suspendiese, sólo quedaba una mayoría de siete votos. Así, tres hombres fuera de su lugar variaron el número y cambiaron el juicio. Eran los doce ó

quince jefes de la Gironda, cuya mano habia echado el peso decisivo en una balanza casi igual. La muerte, deseo de los jacobinos, fué el acto de los girondinos. Vergniaud y sus amigos se hicieron los ejecutores de Robespierre, y la muerte del *tirano*, anhelada con pasion por el pueblo, fué una concesion en la Gironda. Los unos pedian aquella cabeza como la señal de salvacion de la república, y los otros la daban por salvar su partido. Si el deseo de los unos era ciego é implacable, ¿qué nombre dar á la concesion de los otros? Si en el asesinato por venganza hay un crimen, hay dos en el asesinato por cobardía.

IV

Mientras se hacía este escrutinio, el rey, privado de comunicacion con el exterior desde el dia en que se presentó por última vez á sus jueces, sólo sabía que su vida y su muerte estaban en aquel momento en manos de estos hombres. A fuerza de desgracias, de reflexiones y de conformidad interior con la voluntad de Dios, habia llegado á ese estado de sublime indiferencia en que el hombre, imparcial entre el temor y la esperanza, sólo tiene preferencia por la decision del cielo; estado sobrenatural de nuestra alma en que la humanidad, haciéndose superior á sus propios deseos, arrostra todos los insultos de la fortuna, sólo sufre en su cuerpo, y no tiene más deseo que cumplir el decreto de la Providencia. La filosofía daba estos consejos en las adversidades á los sabios de la antigüedad; el catolicismo hacía de esta resignacion un dogma, dando desde lo alto de una cruz el ejemplo de ella al mundo moderno.

Contemplaba sin cesar Luis XVI aquella cruz, y divinizaba por ella su suplicio. Hubiera podido estar en comunicacion durante aquellos últimos dias con su familia, si lo hubiese solicitado. Oia los pasos y la voz de su esposa y de sus hijos á traves de las bóvedas que le cubrian; pero temió que la transicion cruel de la vida á la muerte, de la esperanza á la desesperacion, más sensible aún por la presencia de unos seres amados, enterneciese demasiado su alma y lacerase repetidas veces los corazones de aquellos que amaba. Quiso más beber solo el cáliz de la separacion de un solo trago, que hacerle gustar gota á gota á su familia.

Se abrieron las puertas de la torre la mañana del 19, y el rey vió dirigirse hácia él á Mr. de Malesherbes. Se adelantó para salir al encuentro de su amigo. El anciano, echándose á los piés de su señor y bañándolos con sus lágrimas, permaneció mucho tiempo sin poder hablar. Como el pintor antiguo que cubrió el rostro del dolor, temiendo manifestase bastante al vivo el quebranto del corazon humano, Mr. de Malesherbes, mudo, encargó á su actitud y á su silencio que hiciesen comprender la palabra que le estremecía pronunciar. El rey la comprendió y la repitió sin palidecer. Hizo levantar á su amigo, le estrechó en su seno, y sólo pareció ocuparse de consolar y animar al venerable mensajero de su muerte. Se informó con tranquila curiosidad, y como si fuese extraño á su propia suerte, de las circunstancias, del número de sufragios y del voto de algunos de los hombres que conocia en la Convencion. «En cuanto á Petion y á Manuel,—dijo á Mr. de Malesherbes,—no tengo que informarme, estoy bien seguro que no han votado mi muerte.» Preguntó cómo habia votado su primo el duque de Orleans, y Mr. de Malesherbes se lo dijo. «Ah!—respondió.—Este voto me aflige más que todos los

demas.» Eran éstas las palabras de César al reconocer el rostro de Bruto entre sus asesinos; aquél fué el único que le hizo hablar.

V

Los ministros Garat y Lebrun, el alcalde Chambon y el procurador de la municipalidad, Chaumette, acompañados de Santerre, del presidente y del fiscal del tribunal criminal, vinieron á notificar al rey su sentencia con todo el aparato de la ley cuando condena á un culpable á perder la vida. De pié, con la frente erguida, la vista fija en sus jueces, escuchó la sentencia de muerte, que debia ejecutarse dentro de veinticuatro horas, con la intrepidez de un justo. Una sola mirada dirigida al cielo pareció ser la apelacion interior de su alma al Juez infalible y soberano. Terminada la lectura, Luis XVI se adelantó hácia Grouvelle, secretario del Consejo ejecutivo, tomó el decreto de sus manos, y le dobló y guardó en su cartera; despues, volviéndose hácia el lado donde estaba Garat, le dijo con una voz en que se notaba el acento real en el acto del que suplica: «Señor ministro de Justicia, os ruego entregueis esta carta á la Convencion». Y dudando Garat tomar el papel, continuó el rey: «Voy á leérola. Pido á la Convencion un plazo de tres dias para prepararme á comparecer delante de Dios. Pido para ello poder ver libremente al eclesiástico que yo indicaré á los comisarios de la municipalidad, y que esté á cubierto de toda pesquisa por el acto de caridad que ejercerá conmigo. Pido que se me libre de la perpetua vigilancia que conmigo se observa desde hace algunos dias. Pido poder ver á mi familia durante estos últimos momentos, cuando lo desee y sin testigos. Desearé que la Convencion se ocupe al momento de la suerte de mi familia, y que le permita retirarse libremente donde juzgare conveniente buscar un asilo. Recomendando á la benevolencia de la nacion todas las personas que están unidas á mí; hay entre ellas muchos ancianos, mujeres y niños que no tenian más medios de vivir que mis beneficios, y deben estar muy necesitados. — En la torre del Temple, el 20 de Enero de 1793.»

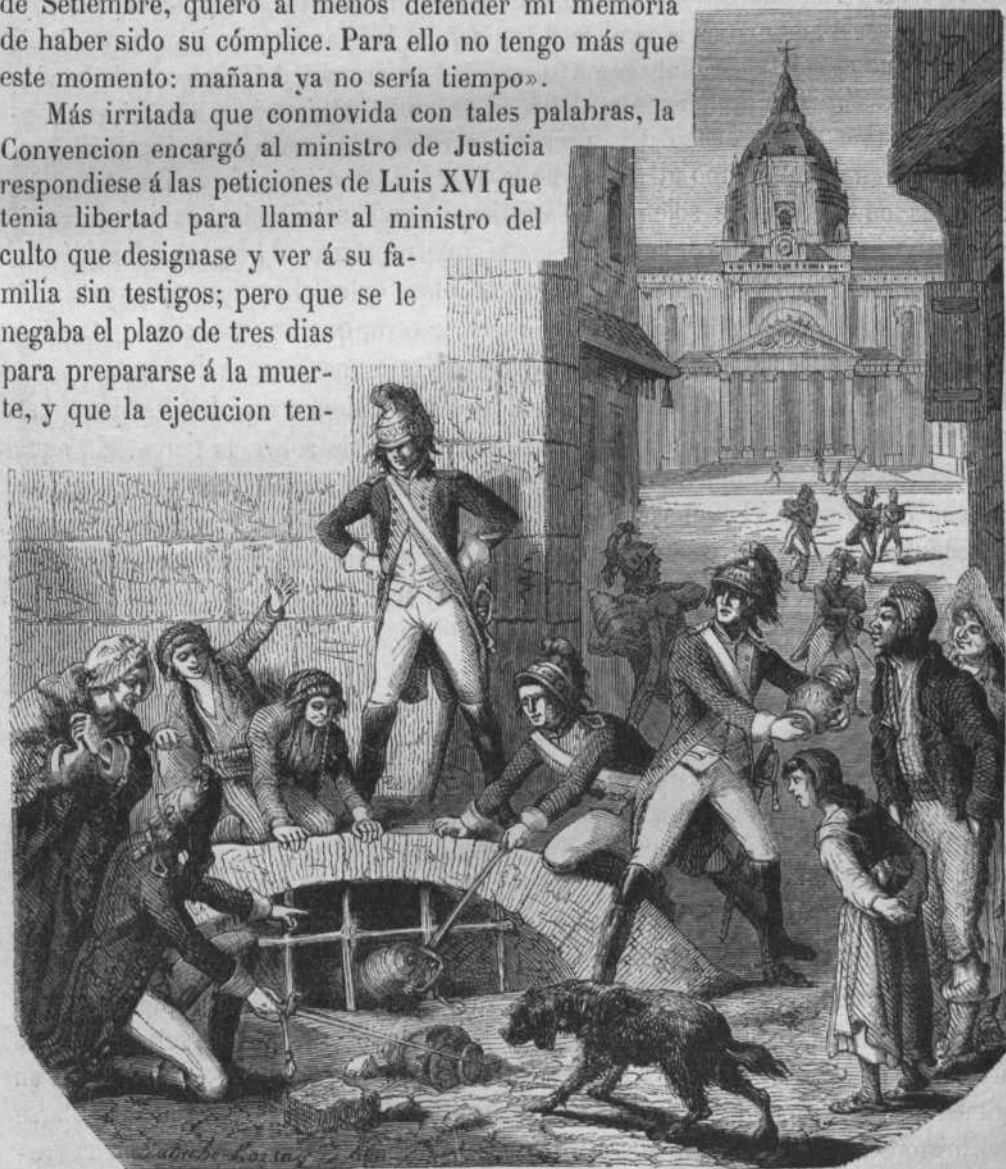
El rey entregó al mismo tiempo á Garat otro papel que contenia las señas de la casa del eclesiástico cuya compañía y consuelos deseaba en su última hora. Este papel, que no estaba escrito de su mano, decia: «Mr. Edgeworth de Firmont, calle del Bac». Garat tomó ambos papeles. El rey dió algunos pasos hácia atras, inclinándose como cuando despedia alguna audiencia de corte, para indicar que queria estar solo. Los ministros salieron.

En seguida comenzó el rey á pasearse tranquilamente en su cuarto y pidió de comer; como no tenia cuchillo, partió los alimentos con la cuchara, y el pan con los dedos. Estas precauciones de los municipales le indignaban más que el decreto de muerte. «¿Me creen bastante cobarde—dijo en alta voz—para arrebatarme mi vida á mis enemigos? Me imputan crímenes, pero soy inocente y moriré sin debilidad. Quisiera que mi muerte labrase la felicidad de los franceses, y pudiese conjurar las desgracias que preveo para la nacion.»

Volieron á la seis Santerre y Garat á traerle la respuesta de la Convencion á sus peticiones. A pesar de los reiterados esfuerzos de Barbaroux, de Brissot, de Buzot, de Petion, de Condorcet, de Chambon y de Tomás Payne, la Convencion habia ya decidido la víspera que se rehusaria todo plazo á la ejecucion. Fournier

el Americano, Jourdan Corta-cabezas y sus satélites levantaron sus sables sobre la cabeza de Barbaroux y de Brissot en el pasadizo de la Convencion, dándoles la eleccion, con la punta del hierro en el pecho, entre el silencio ó la muerte. Aquellos valientes diputados arrostraron ésta, y lucharon cinco horas para obtener el plazo. Cazenave, Brissot, Manuel y Kersaint, este último en una carta que era en aquel momento uno de los más heroicos desaffos á la muerte que podia salir del alma de un ciudadano, protestaron en vano. Una mayoría de treinta y cuatro votos, reunidos por Thuriot, Couthon, Marat y Robespierre, negó el plazo. Hé aquí la carta de Kersaint: «Ciudadanos: Me es imposible soportar la vergüenza de sentarme por más tiempo en el recinto de la Convencion, con hombres saguinarrios, cuando su dictámen, apoyado por el terror, vence al de los hombres de bien, cuando Marat vence á Petion. Si el amor de mi país me ha hecho tolerar la desgracia de ser colega de los panegiristas y de los promotores de los asesinatos del 2 de Setiembre, quiero al ménos defender mi memoria de haber sido su cómplice. Para ello no tengo más que este momento: mañana ya no sería tiempo».

Más irritada que conmovida con tales palabras, la Convencion encargó al ministro de Justicia respondiese á las peticiones de Luis XVI que tenia libertad para llamar al ministro del culto que designase y ver á su familia sin testigos; pero que se le negaba el plazo de tres dias para prepararse á la muerte, y que la ejecucion ten-



Profanacion de las reliquias de Val-de-Grace.—Pág. 288.

dria efecto en el término de las veinticuatro horas. Recibió el rey esta comunicacion del Consejo ejecutivo sin murmurar siquiera. No disputaba los minutos á la muerte: todo lo que pedia era retirarse algunas horas al finalizar el tiempo, entre la vida y la eternidad, pues ya hacía muchas semanas que se ocupaba de santificar su sacrificio.

En una de sus conversaciones encargó á Mr. de Malesherbes hiciese entregar un mensaje secreto á un venerable sacerdote extranjero oculto en Paris, y cuya asistencia imploraba en caso de tener que morir. «Es una comision extraña para un filósofo,—dijo con triste sonrisa á Mr. de Malesherbes;—pero yo he conservado siempre mi fe de cristiano como un freno contra los extravíos del supremo poder y como un consuelo en mis adversidades: la encuentro en el fondo de mi prision; y si alguna vez fuéreis destinado á una muerte parecida á la mia, deseo halleis el mismo consuelo en vuestros últimos momentos.»

Averiguó Malesherbes la residencia de aquel director de la conciencia del rey, é hizo llegase á sus manos la súplica de su señor. El hombre de Dios esperaba la hora en que el calabozo se abriese á su caridad, y aunque debiese costarle la vida no dudaba. Ministro de la agonía, debía su sagrado ministerio á los últimos momentos; éste es el heroísmo del sacerdote cristiano. Además, una santa amistad unia desde mucho tiempo al sacerdote y al rey. Introducido furtivamente en las Tullerías en los dias de solemnidad cristiana, aquel eclesiástico habia confesado muchas veces al rey. La confesion cristiana, que prosterna al hombre á los piés del sacerdote y al rey á los piés del súbdito, establece entre el confesor y el penitente una confianza paternal por un lado y filial por otro, que aunque sobrenatural en su principio, se transforma muchas veces en afecto humano entre dos almas que se han hablado tan de cerca. Dios es el lazo de estas uniones espirituales; pero este lazo, formado en el cielo, no se rompe siempre del todo sobre la tierra. En aquel cambio completo de almas, con frecuencia se mezclan tambien los corazones; así sucedia con Luis XVI y el sacerdote. El rey tenia en el abate Firmont un amigo, colocado en secreto entre este mundo y el otro; le llamaba en los dias difíciles, y le reservaba para los últimos momentos de su suerte.

VI

El miércoles 20 de Enero al anochecer, un desconocido llamó inopinadamente á la puerta del retiro ignorado donde aquel pobre sacerdote ocultaba su vida, y le suplicó le siguiese al lugar donde se celebraban las sesiones del Consejo de ministros. Mr. de Firmont siguió al desconocido, y cuando llegaron á las Tullerías, se le introdujo en el gabinete donde los ministros deliberaban sobre la ejecucion del suplicio, que la Convencion habia puesto bajo su responsabilidad. Garat, filósofo sensible, Lebrun, diplomático frio, Roland, republicano clemente y que no podia ménos de amar al hombre en el rey, hubieran querido separar á todo precio de sus corazones, de sus nombres y de su memoria la mision siniestra que el destino les encargaba; pero ya no era tiempo. Solidarios de los girondinos, rehenes de los jacobinos en el ministerio, era indispensable ejecutar ó morir. Su fisonomía, su agitacion y su estupor revelaban el horror de su situacion. Procuraban disimularse á sí mismos el rigor á fuerza de miramientos y de piedad. Se levantaron, rodearon al sacerdote, honraron su valor y protegieron su mision. Garat tomó al con-

fesor en su coche y le condujo al Temple. Durante el camino, el ministro de la Convencion desahogó su desesperacion en el seno del ministro de Dios. «¡Gran Dios!—exclamó.—¡De qué horrorosa mision me veo encargado! ¡Qué hombre!—añadió hablando de Luis XVI.—¡Qué resignacion! ¡Qué valor! No, la naturaleza sola no podria dar tantas fuerzas; ahí hay algo de sobrehumano.» El sacerdote calló, temiendo ofender al ministro ó desconocer su fe. El silencio reinó despues de estas palabras entre aquellos dos hombres hasta la puerta de la torre, que se abrió apénas fué pronunciado el nombre de Garat. Despues de atravesar una sala llena de hombres armados, el ministro y el confesor fueron á otra más grande. Las bóvedas, los degradados ornamentos de arquitectura y las escaleras de un altar derribado manifestaban ser una capilla antigua, desde largo tiempo profanada. Doce comisarios de la municipalidad tenian su consejo en aquella sala; sus fisonomías, sus palabras, la ausencia total de sensibilidad y aún de decencia ante la muerte, que caracterizaban los rostros de aquellos hombres, descubrían en ellos esas naturalezas brutales, incapaces de respetar nada en un enemigo, ni siquiera el dolor supremo y la muerte. Sólo uno ó dos rostros más jóvenes que los otros ocultaban á sus colegas algunos signos furtivos de inteligencia con los ojos del sacerdote. El ministro subió miéntras registraban al abate Firmont, y despues condujeron al confesor al cuarto del rey, quien al ver á Mr. de Firmont corrió hácia él, le llevó á su cuarto y cerró la puerta para gozar sin testigos de la presencia del hombre que tanto habia deseado. El sacerdote se puso á los piés de su penitente, y lloró ántes de consolar. El rey tampoco pudo contener sus lágrimas, y dijo al eclesiástico levantándole: «Perdonadme este momento de debilidad. Vivo desde hace tanto tiempo en medio de mis enemigos, que la costumbre me ha hecho insensible á su odio, y mi corazon se ha cerrado á los sentimientos de ternura; pero la vista de un amigo fiel me vuelve mi sensibilidad, que creia extinguida, y me enternece á mi pesar». Se le llevó despues á la torrecilla retirada, donde se ocultaba ordinariamente con sus pensamientos. Una mesa, dos sillas, una pequeña estufa de loza parecida á esos pequeños hogares portátiles con que las mujeres de los obreros pobres calientan sus buhardillas, algunos libros, y una imágen de Cristo en la cruz esculpida en marfil, amueblaban aquella celda. El rey hizo sentarse á Mr. de Edgeworth, y se sentó enfrente del otro lado de la estufa. «Vedme aquí—le dijo el sentenciado—en el solo y grande negocio que debe ocuparme en la vida: dejarla puro ó perdonado ante Dios, á fin de prepararme á mí y á los míos otra mejor...» Al decir estas palabras, sacó del pecho un papel y rompió el sello. Era su testamento; le leyó dos veces despacio, apoyando sobre todas las sílabas para que ninguno de los sentimientos que manifestaba en él escapase á la censura atenta del hombre de Dios, á quien reconocia por juez. El rey manifestaba temer que en los mismos términos con que habia legado su perdón á este mundo, se hubiese deslizado contra su voluntad algun resentimiento ó reconvencion que disminuyese involuntariamente alguna dulzura y santidad á su despedida. Su voz no se enterneció ni sus ojos se humedecieron sino en las líneas donde pronunciaba el nombre de la reina, de su hermana y de sus hijos. Se veía que toda su sensibilidad, dominada ó amortiguada por él mismo, sólo se encontraba en el nombre, en la imágen y en el destino de los suyos. Nada tenia vivo ni que sufriese en él sobre la tierra más que su familia.

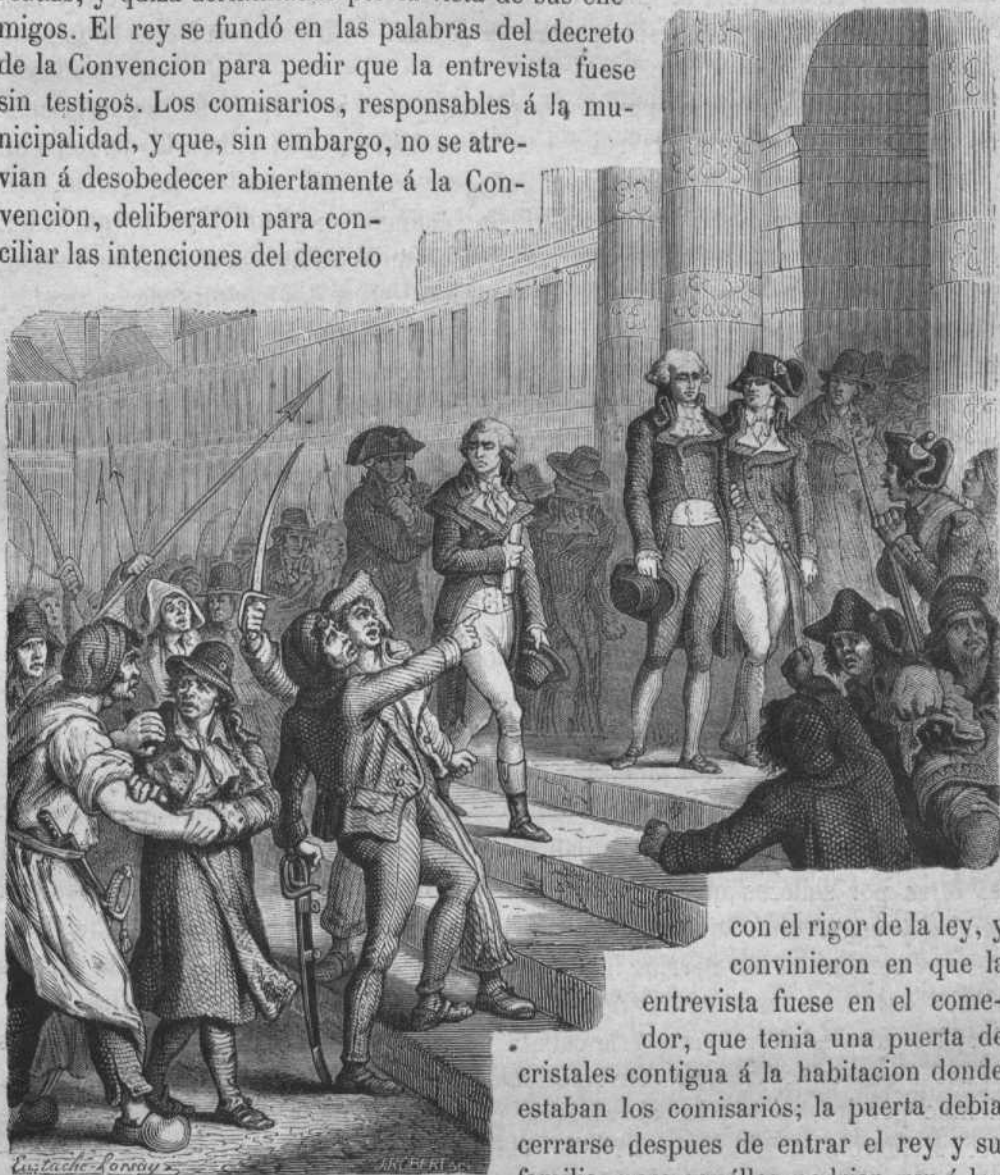
Una conversacion franca y tranquila sobre las circunstancias de aquellos últimos meses ignoradas por el rey se siguió á esta lectura. Se informó de la suerte de muchas personas que amaba, entristeciéndose con las persecuciones de los unos, y alegrándose de la fuga y la salvacion de los otros, hablando de todos, no con la indiferencia de un hombre que abandona para siempre su patria, sino con la curiosidad del que acaba de llegar y se informa de todo lo que ha amado. Aun cuando oia dar las horas de la noche al reloj de las vecinas torres, y aunque su vida sólo se medía por horas, retardó el momento de ocuparse de las prácticas piadosas para las que habia llamado al confesor. Debía tener á las siete la última entrevista con su familia, y la aproximacion de este momento, á la vez tan deseado y tan temible, le agitaba mil veces más que el pensamiento del cadalso. No queria que aquellas últimas angustias de su vida viniesen á turbar la calma de su preparacion á la muerte, ni que sus lágrimas se mezclasen con su sangre en el sacrificio de sí mismo que iba á ofrecer un momento despues á Dios y á los hombres.

VII

La reina y las princesas, entre tanto, con el oido aplicado siempre á las ventanas, habian sabido durante el dia la negativa del plazo, y que la ejecucion sería dentro de las veinticuatro horas, por las voces de los pregoneros que divulgaban la sentencia por todos los barrios de Paris. Ya no quedaba ninguna esperanza, y una sola duda causaba su ansiedad. ¿Moriria el rey sin volverlas á ver, sin abrazarlas y bendecirlas? Un postrero y supremo desahogo de ternura á sus piés, un último abrazo sobre su corazon, una palabra que oir y que retener, una mirada final que guardar en su alma, á esto se limitaban toda su esperanza, todo su deseo y todas sus súplicas. Agrupadas desde la mañana en silencio, y orando bañadas en llanto en la cámara de la reina, interpretando con el corazon hasta el más pequeño ruido, preguntando con la vista á todos los rostros, no supieron sino despues que un decreto de la Convencion les permitia ver al rey. Fué un gozo en la agonía, y se prepararon á él mucho tiempo ántes de llegar este momento. En pié y arrimadas á la puerta, suplicaban á los comisarios y á los carceleros, á quienes no cesaban de preguntar, pareciéndoles que su impaciencia apresuraria las horas y que los latidos de sus corazones obligarian á aquellas puertas á abrirse más pronto.

Más tranquilo aparentemente el rey por su parte, no padecia en su interior ménos turbacion. Nunca habia profesado más que un amor, el de su esposa; una amistad, la de su hermana; una alegría en su vida, su hija y su hijo. Estas ternuras del hombre, distraidas y enfiadas, aunque nunca extinguidas sobre el trono, se habian recogido, exaltado y como incrustado en su alma despues de los ataques de la adversidad, y mucho más aún despues de los ataques de la soledad de la prision. ¡Hacía tanto tiempo que el mundo ya no existia para él sino en aquel pequeño número de personas en que se multiplicaban sus afectos, sus alegrías y sus dolores! Además, haber temido, esperado y sufrido tanto, siempre juntos, es tener una comunidad de vida y de pensamiento. Las lágrimas recíprocamente vertidas son el cimiento de los corazones; los mismos sufrimientos unen mil veces más que las mismas alegrías; aquellas cinco almas no tenian más que una sola

sensibilidad. Una cosa sola turbaba de antemano aquella conversacion, que era la idea de que la última entrevista, en que la naturaleza debía manifestarse con la libertad de la desesperacion y el abandono de la ternura, tendria carceleros por espectadores; que las más secretas palpitaciones del corazon del esposo, de la esposa, del hermano, de la hermana, del padre y de la hija serian contadas, saboreadas, y quizá acriminadas por la vista de sus enemigos. El rey se fundó en las palabras del decreto de la Convencion para pedir que la entrevista fuese sin testigos. Los comisarios, responsables á la municipalidad, y que, sin embargo, no se atrevian á desobedecer abiertamente á la Convencion, deliberaron para conciliar las intenciones del decreto



Entrada de la Convencion el 17 de Enero, 1793.
Pág. 288.

con el rigor de la ley, y convinieron en que la entrevista fuese en el comedor, que tenia una puerta de cristales contigua á la habitacion donde estaban los comisarios; la puerta debía cerrarse despues de entrar el rey y su familia, pero aquéllos podrian ver á los prisioneros á traves de los cristales. De este modo, si las actitudes, los gestos y

las lágrimas eran profanadas por miradas extrañas, al ménos las palabras serian inviolables. El rey, un poco ántes del momento en que las princesas debian bajar, dejó á su confesor en la torrecilla, y le suplicó no bajase, temiendo que el aspecto del ministro de Dios pusiese demasiado de manifesto la muerte á los ojos de la reina.

Pasó al comedor para preparar los asientos y el espacio necesario para la

última entrevista. «Traed un poco de agua y un vaso»,—dijo á su criado. Había encima de la mesa una botella con agua helada, y Clery se la enseñó. «Traed agua que no esté helada, porque si la reina bebiese de ésta, podría hacerle mal.» Al fin se abrió la puerta, y la reina, que traía de la mano á su hijo, se lanzó la primera en los brazos del rey, é hizo un rápido movimiento como para arrastrarle á su habitación y sustraerle á la vista de los espectadores. «No, no,—dijo el rey con voz sorda, sosteniendo á su esposa sobre su corazón y dirigiéndola hácia la sala;—sólo puedo veros aquí.»

Madama Isabel venía en pos con la princesa real, y Clery cerró la puerta apenas entraron. El rey hizo á la reina que se sentase en una silla á la derecha, su hermana en otra á la izquierda, y él se sentó en medio. Las sillas estaban tan inmediatas que las dos princesas, sólo con inclinarse, rodeaban los hombros del rey con sus brazos, y tenían las cabezas descansando sobre su seno. La princesa real, con la frente baja y los cabellos tendidos sobre las rodillas de su padre, estaba como prosternada sobre su cuerpo; el rey tenía al Delfin sentado sobre un muslo, con uno de sus brazos pasado alrededor del cuello. Estas cinco personas, agrupadas así por el instinto de su ternura y estrechándose convulsivamente las unas en los brazos de las otras, con los rostros ocultos sobre el pecho del rey, sólo dejaban ver un grupo de cabezas, de brazos y de miembros palpitantes que agitaba el estremecimiento del dolor y de las caricias, y de donde se escapaba en mal articuladas y comprimidas palabras, en sordo murmullo y en desgarradores gritos, la desesperacion de aquellas cinco almas, confundidas en una para ahogarse, para despedazarse y morir en un solo abrazo.

VIII

En más de media hora no pudo salir una sola palabra de sus labios. Sólo se oía una lamentacion en que todas aquellas voces de padre, de mujeres y niños se perdían en el gemido comun, se llamaban, se respondían, se provocaban las unas á las otras por sollozos que se renovaban y acrecían por intervalos en gritos tan agudos y penetrantes, que atravesaban las puertas, las ventanas y paredes de la torre, y se oían en los barrios inmediatos. Por último, la extenuacion de fuerzas abatió hasta aquellos síntomas de dolor, las lágrimas se secaron sobre los párpados, las cabezas se juntaron á la cabeza del rey, como para suspender todas las almas á sus labios, y una conversacion en voz baja, interrumpida de tiempo en tiempo por los besos y los abrazos, se prolongó durante dos horas, que puede decirse fueron un solo abrazo. Nadie de fuera oyó aquellas confidencias del moribundo con los sobrevivientes; el sepulcro y los calabozos las ahogaron en pocos meses con los corazones. Sólo la princesa real guardó las reliquias en su memoria, y más tarde reveló lo que la confidencia, la política y la muerte pueden dejar traslucir de las ternuras de un padre, de la conciencia de un moribundo y de las secretas intenciones de un rey. Relaciones mutuas de sus pensamientos despues de su separacion, recomendaciones repetidas de sacrificar á Dios toda venganza, si alguna vez la inconstancia de los pueblos, que es la fortuna de los reyes, pusiese á sus enemigos en sus manos; arrebatos sobrenaturales del alma de Luis XVI hácia el cielo, enternecimientos repentinos y recuerdos de la tierra al aspecto de aquellos

séres queridos, cuyos brazos entrelazados parecían atraerle y retenerle en ella; una esperanza vaga, exagerada por una piadosa ficción, á fin de moderar el dolor de la reina; resignación de todo en manos de Dios, votos sublimes para que su vida no costase una gota de sangre á su pueblo, lecciones aún más cristianas que reales, dadas y repetidas á su hijo: todo esto, interrumpido por los besos, las lágrimas, los abrazos, las oraciones en comun, despedidas más tiernas y más secretas pronunciadas en voz baja al oído de la reina, llenó las dos horas que duró aquella fúnebre entrevista.

Desde fuera sólo se oía un tierno y confuso murmullo de voces. Los comisarios dirigían de tiempo en tiempo una mirada furtiva á través de los cristales, como para advertir al rey que pasaba el tiempo.

Cuando se agotaron la ternura en los corazones, las lágrimas en los ojos y las voces en los labios, se levantó el rey y estrechó á toda su familia á la vez en sus brazos. La reina se arrojó á sus piés, y le suplicó les permitiese pasar aquella última noche junto á él. Su cariño le obligó á negarse á ello, porque aquel enterrecimiento gastaba su vida. Tomó por pretexto la necesidad que él mismo tenía de algunas horas de tranquilidad para prepararse al día siguiente con todas sus fuerzas; pero prometió á su familia hacerla llamar al otro día á las ocho. «¿Por qué no á las siete?» —dijo la reina. «Pues bien, sí, á las siete», —respondió el rey. «¿Nos lo prometeis?» —dijeron todos. «Os lo prometo», —repitió el rey. Al atravesar la antecámara, la reina se suspendía con ambos brazos al cuello del rey, la princesa real le rodeaba con los suyos, madama Isabel abrazaba por el mismo lado el cuerpo de su hermano, y el Delfín, suspendido de una mano por el rey y de otra por la reina, tropezaba entre las piernas del padre, con el rostro levantado y los ojos fijos en él. A medida que se acercaban á la puerta de la escalera, redoblaban los sollozos, se separaban los unos de los brazos de los otros, y volvían á caer en ellos con todo el peso de su cariño y de su dolor. Por fin, el rey se separó algunos pasos hácia atrás, y tendiendo desde allí los brazos á la reina, «¡Adios, adios!» le gritó con un ademán, una mirada, un tono de voz donde resonaba á la vez todo un pasado de ternura, todo un presente de angustias y todo un porvenir de eterna separación, pero en el que se distinguía, sin embargo, un acento de serenidad, de esperanza y de alegría religiosa, que parecía señalar á su reunión la cita vaga pero confiada de una eterna vida.

Al oír este adios la jóven princesa se desprendió desmayada de los brazos de madama Isabel, y cayó sin movimiento á los piés del rey. Clery, su tía y la reina se precipitaron para levantarla, la sostuvieron y la condujeron hácia la escalera. En este instante, el rey se separó con las manos sobre los ojos, y volviéndose desde el umbral de la puerta de su cuarto, que estaba entreabierta, «¡Adios!» les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazón, y la puerta se cerró. Corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador. La agonía de la majestad había pasado.

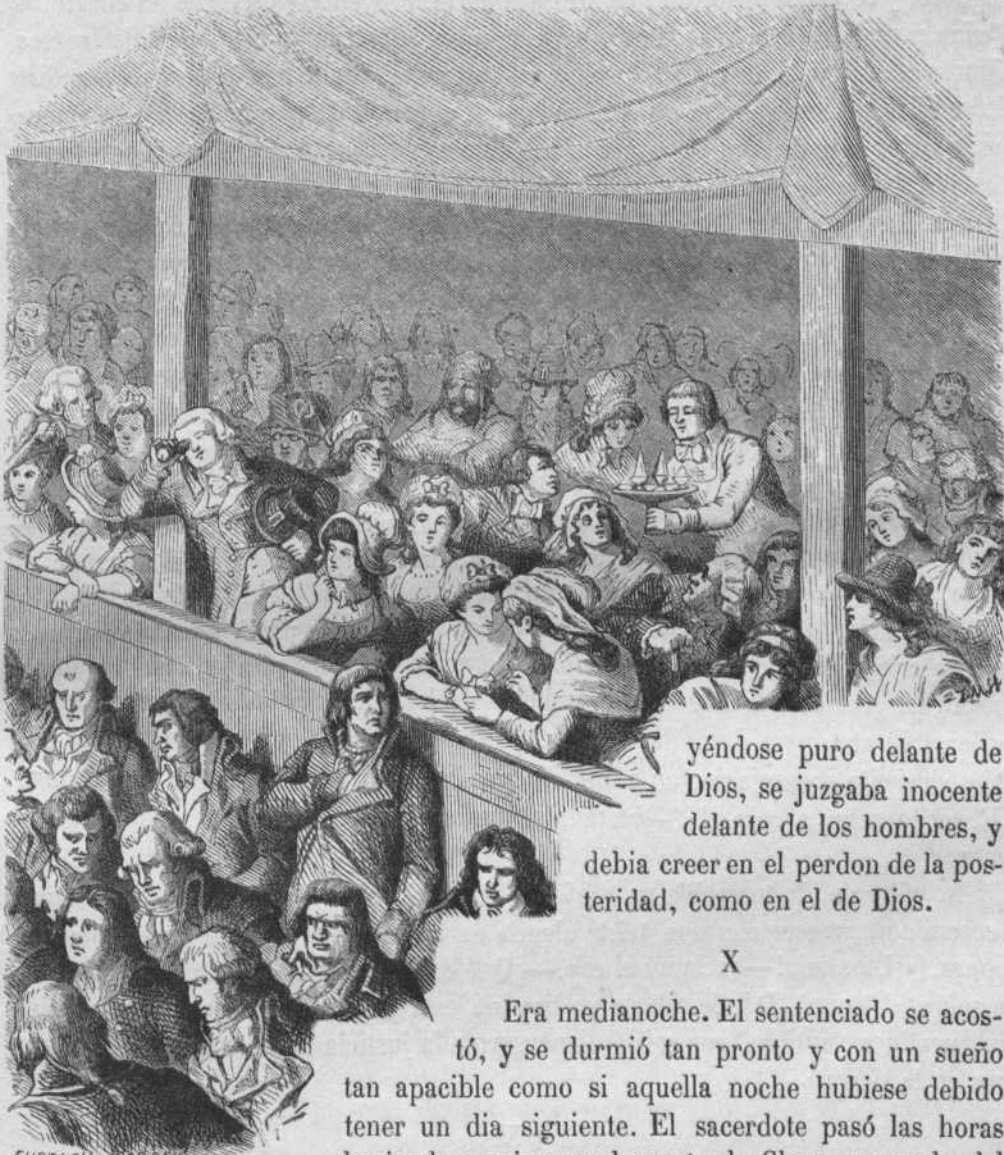
IX

El rey cayó fatigado sobre una silla y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!» —dijo al abate Edgeworth. «¡Qué entrevista acabo de tener! ¡Por qué he de

amar yo tanto!... ¡Ah!—añadió despues de una pausa.—¡Y por qué he de ser tan amado!... Pero esto se acaba con el tiempo,—continuó con voz más varonil.—Ocupémonos de la eternidad.» En este instante entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento. Rehusó al principio; pero despues, reflexionando que tendria necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, comió. La comida no duró más que cinco minutos. El rey, en pié, sólo tomó un poco de pan y vino, como un viajero que no descansa. El sacerdote, que conocia la fe de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo, y que reservaba darle la última alegría asistiéndole es su calabozo, le preguntó si no sería un consuelo para él verle celebrar al dia siguiente ántes de amanecer, y recibir de su mano el Dios hecho hombre para sufrir con nosotros, y transformado en pan para alimento de las almas. El rey, privado hacía mucho tiempo de asistir á las ceremonias sagradas (piadosa costumbre de los príncipes de su familia), se conmovió de sorpresa y alegría por aquel pensamiento. Se le figuró que el Dios del Calvario venía á visitarle en su calabozo á la última hora, como un amigo que sale al encuentro de otro, sólo que no esperaba obtener aquel favor de la dureza é impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

Animado el sacerdote por las muestras de respeto que Garat habia dado á su mision, tuvo más confianza. Bajó á la sala del consejo, y pidió la autorizacion y los medios para celebrar el divino sacrificio en el cuarto del rey, la hostia, el vino, un cáliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios, indecisos, temiendo por un lado rehusar un consuelo supremo á la última hora de un moribundo, y por otro que se les acusase de *fanatismo* permitiendo á su vista los ritos de un culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja. «¿Quién nos responde—dijo uno de aquellos hombres al eclesiástico—de que no envenenareis al sentenciado con la hostia en que le presentareis el cuerpo de su Dios? ¿Sería la primera vez que se ha envenenado á los reyes con el pan de vida?» El confesor alejó toda sospecha, rogando á los municipales le proporcionasen ellos mismos el vino, la hostia, el cáliz y los ornamentos del altar. En seguida volvió á la torrecilla á anunciar al rey esta dicha.

El príncipe miró este consuelo como un primer rayo de inmortalidad. Se recogió en sí mismo, se arrodilló, repasó ante Dios los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida; aceptó vivo, no ante la posteridad ni ante los hombres, sino ante la vista de Dios, aquel juicio que los reyes de Egipto sólo tenían que sufrir en su tumba. Este exámen de su conciencia y esta acusacion de sí mismo duraron hasta bien entrada la noche. El juicio de Dios, siempre acompañado de perdon, no es el de los hombres. El rey se levantó, si no inocente, al ménos absuelto. El sacerdote, que en la confesion cristiana impone una pena voluntaria á las faltas, impuso para expiacion á su penitente la religiosa aceptacion de la muerte que iba á sufrir, y el sacrificio de su sangre para lavar el trono de todas las faltas de su familia. Prometió al rey darle en la comunión del dia siguiente el signo de reconciliacion y de esperanza, el cuerpo de Cristo crucificado. El sentimiento de la purificacion del alma que experimenta el cristiano despues de la confesion habia calmado al rey; aquella atenta investigacion de las debilidades de su vida distrajo su pensamiento de la hora presente, y su reinado era más irreprochable en su conciencia que en la historia. Hasta en sus faltas hallaba sus buenas intenciones. Cre-



EUSTACHE-LORSAY.

Aspecto de la Convencion durante la sesion permanente de 17 de Enero, 1793.—Pág. 270.

yéndose puro delante de Dios, se juzgaba inocente delante de los hombres, y debia creer en el perdon de la posteridad, como en el de Dios.

X

Era medianoche. El sentenciado se acostó, y se durmió tan pronto y con un sueño tan apacible como si aquella noche hubiese debido tener un dia siguiente. El sacerdote pasó las horas haciendo oracion en el cuarto de Clery, separado del aposento del rey por un tabique de tablas, y oia desde allí la respiracion igual y serena del dormido, que atestiguaba su gran tranquilidad y la regularidad de los movimientos de su corazón, como los de la péndola de un reloj que va á pararse. A las cinco fué necesario despertarle. «¿Han dado las cinco?»—dijo á Clery. «Aún no en el reloj de la torre,—le respondió,—pero sí en otros muchos de la ciudad.» «He dormido bien,—dijo el rey;—tenia gran necesidad de ello, porque el dia de ayer me habia fatigado.» Clery encendió luz, ayudó á vestirse á su amo, preparó el altar en medio del aposento, y el sacerdote celebró la misa. El rey, de rodillas, con un devocionario en la mano, parecia unir su alma á todo el sentido, á todas las palabras de aquella ceremonia, en que el sacerdote hace la conmemoracion de la última comida, de la agonía, de la muerte, de la resurreccion y de la transustanciacion de Cristo, ofreciéndose como víctima á su Padre, y dándose como alimento á sus hermanos. Recibió el cuerpo del Señor bajo los accidentes de pan con-

sagrado, y se juzgó fortificado contra la muerte, creyendo poseer en su corazón la divina prenda de otra vida. Después de la misa, mientras se despojaba de sus vestiduras el sacerdote, el rey pasó solo á su torrecilla, donde entró Clery para pedirle de rodillas su bendición. Luis XVI se la dió, encargándole se la diese en su nombre á todos aquellos que le habían sido adictos, y en particular á aquellos carceleros que, como Turgot, se habían compadecido de su cautiverio y dulcificado sus rigores. Después, llevándole al hueco de una ventana, le entregó furtivamente un sello que separó de su reloj, un paquetito que sacó de su pecho, y un anillo de desposorio que se quitó del dedo. «Entregareis después de mi muerte—le dijo—este sello á mi hijo y este anillo á la reina. Decidle que le dejo con sentimiento, y para que no sea profanado con mi cuerpo... Este paquete contiene cabellos de toda mi familia; se lo entregareis también. Decid á la reina, á mis queridos hijos y hermana que les había prometido verlos hoy, pero que he querido evitarles el dolor de una separación tan cruel renovada dos veces. ¡Cuánto me cuesta marchar sin recibir sus últimos besos!...» Los sollozos le impidieron hablar. «Os encargo—añadió con una ternura que cortaba las palabras—que les digais adiós de mi parte.» Clery se retiró bañado en llanto.

Un momento después, el rey salió de su gabinete y pidió unas tijeras para que su criado le cortase el pelo, única herencia que pudo dejar á su familia, y hasta esta gracia se le negó. Clery solicitó de los municipales el favor de acompañar á su amo para desnudarle en el patíbulo, á fin de que la mano de un piadoso sirviente reemplazase en aquel último oficio la injuriosa mano del verdugo. «El verdugo hasta para él»,—respondió uno de los comisarios. El rey se retiró de nuevo.

Al entrar en la torrecilla su confesor, le halló calentándose junto á la estufa y pensando al parecer con una triste alegría en el próximo término de sus tribulaciones. «¡Dios mío!—exclamó el rey.—¡Qué dichoso soy de haber conservado mi fe sobre el trono! ¿Dónde estaría yo hoy sin esta esperanza? Sí, existe en el cielo un Juez incorruptible, que sabrá dispensarme la justicia que los hombres me niegan en la tierra.»

XI

Empezaba á amanecer, y la luz del día penetraba en la torre á través de las barras de hierro. Se oía distintamente el ruido de los tambores que llamaban á los cuarteles á los ciudadanos armados, los pasos de los caballos de la gendarmería, el estruendo de las ruedas de los cañones y de las cajas de municiones que se colocaban y variaban de sitio en los patios del Templo. El rey oía todo aquello con indiferencia, y explicaba las diferentes clases de ruido á su confesor. «Eso es probablemente la guardia nacional que principia á reunirse»,—dijo cuando oyó el primer toque de llamada. Algunos momentos después se oyeron las pisadas de muchos caballos en el empedrado al pie de la torre, y las voces de los oficiales que formaban sus tropas en batalla. «Ya se acercan»,—dijo interrumpiendo y volviendo á seguir la conversación. Estaba sin impaciencia y sin temor, como un hombre que llega primero á una cita donde le hacen aguardar. Esperó mucho tiempo. Por espacio de dos horas, venían con varios pretextos á llamar á la puerta de su gabinete, y cada vez creía el confesor que era la última. El rey se levantaba

sin turbacion, iba á abrir, contestaba, y volvía á sentarse. A las nueve se oyen en la escalera pasos tumultuosos, y las puertas se abren con estrépito. Santerre se presenta, acompañado de doce municipales y á la cabeza de diez gendarmes, que colocó en el cuarto formando dos filas. El rey, al oír aquel bullicio, entreabre la puerta de su gabinete. «¿Venís á buscarme?—dijo á Santerre con voz firme y conservando una actitud imperiosa.—Aguardadme un instante ahí.» Muestra con el dedo la entrada de su cuarto, cierra la puerta, y vuelve á ponerse de rodillas á los piés del confesor. «Todo está consumado, padre mio,—le dice.—Dadme la última bendicion, y rogad á Dios que me sostenga hasta el fin.» Se levanta, abre la puerta, marcha con frente serena y la majestad de la muerte en el aspecto y las facciones, y se coloca entre la doble fila de gendarmes. Tenía en la mano un papel doblado, que era su testamento, y dirigiéndose á un municipal que estaba enfrente de él, le dice: «Os ruego que entregueis este papel á la reina». Un movimiento de admiracion que notó en aquellos rostros republicanos le hizo comprender que se habia equivocado en la palabra, y la enmendó diciendo: «Mi esposa». El municipal retrocede y contesta bruscamente: «Eso no me corresponde á mí, pues estoy aquí para conduciros al cadalso». Este municipal era Jacobo Roux, sacerdote que habia abandonado su ministerio y toda especie de caridad al dejar el traje. «Es verdad»,—dijo el rey por lo bajo, profundamente contristado. Luégo, mirando los rostros y volviéndose hácia aquel cuya expresion más dulce le indicaba un corazon ménos implacable, se acercó á un municipal llamado Go-beau. «Os ruego—le dijo—entregueis este papel á mi esposa. Podeis leerle; hay en él disposiciones que la municipalidad debe conocer.» El municipal, con asentimiento de sus colegas, recibió el testamento.

Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que el frío hiciera parecer que su amo temblaba ante el cadalso, le presentó su capa, y el rey le dijo: «No, no la necesito; dadme sólo mi sombrero». Al recibirle, cogió la mano de su fiel servidor y la apretó con fuerza en señal de inteligencia y despedida; luégo, volviéndose hácia Santerre y mirándole cara á cara con un gesto de resolucion y un tono de mando, dijo: «¡Marchemos!»

Parecia que Santerre y su tropa le seguian más bien que le custodiaban. El príncipe bajó con paso firme la escalera de la torre, y hallando en el vestíbulo al portero llamado Mathey, que le habia faltado al respeto la víspera, y á quien habia reprendido con irritacion su insolencia, se adelantó hácia él, y le dijo con un gesto cordial: «Mathey, he sido ayer un poco vivo con vos; perdonadme en un momento como éste». Mathey, en vez de responderle, aparentó volver la cabeza y retirarse, como si el contacto del moribundo hubiera sido contagioso.

Atravesando á pié el primer patio, el rey se volvió dos veces hácia la torre y levantó la vista en direccion de las ventanas de la reina. En esta mirada iba toda su alma á llevar un mudo adios á todo lo que dejaba de sí mismo en la prision.

Un coche le esperaba á la entrada del segundo patio, y dos gendarmes en la portezuela. Uno subió primero y se sentó al vidrio; el rey entró despues, é hizo colocar á su confesor á su izquierda; el segundo gendarme entró el último, y cerró. El coche partió.

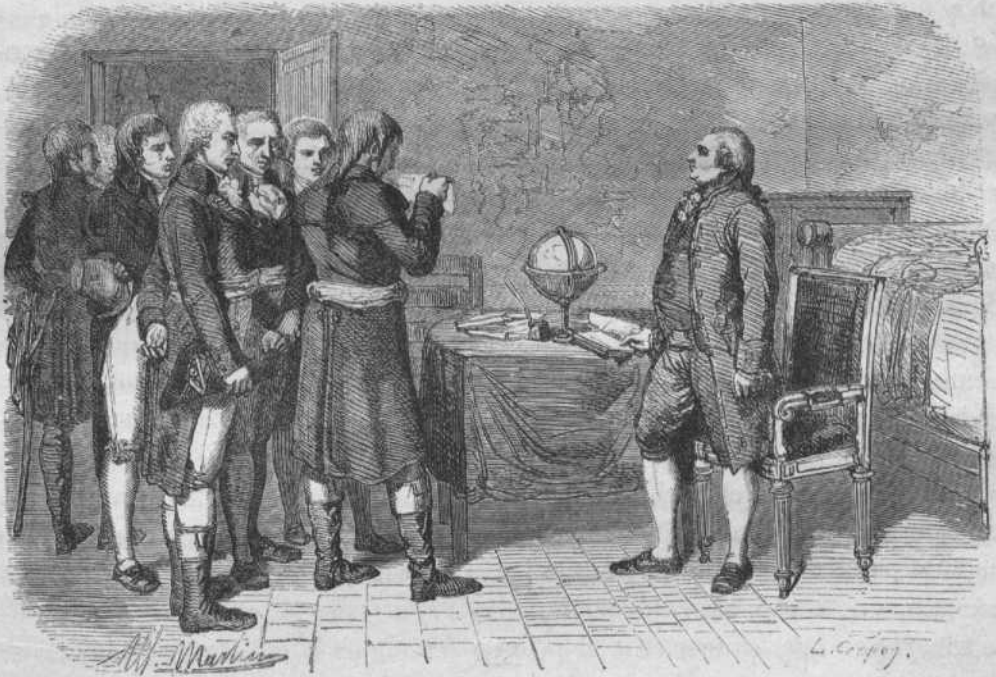
Precedian á los caballos sesenta tambores batiendo marcha. Un ejército ambulante, compuesto de guardias nacionales, de federados, de tropas de línea, de

caballería, de gendarmes y de artillería, marchaba delante, detras y á los lados del coche. Todos los habitantes de Paris estaban encerrados en sus casas, habiendo prohibido una órden de la municipalidad á los ciudadanos que no formasen parte de la milicia armada atravesar las calles que desembocan en los boulevares y asomarse á las ventanas desde donde pudiese verse el acompañamiento; hasta se habian hecho evacuar los mercados. Un cielo oscuro, nebuloso y helado sólo dejaba ver á muy poca distancia los bosques de picas y de bayonetas colocadas como barreras inmóviles desde la plaza de la Bastilla hasta el pié del cadalso, en la de la Revolucion. De distancia en distancia, aquella doble muralla de acero estaba reforzada por destacamentos de infantería mandados venir del campamento inmediato á Paris, con la mochila á la espalda y las armas cargadas como en un dia de accion. Los cañones, preparados, cargados á metralla y con las mechas encendidas, enfilaban las principales embocaduras de las calles en toda la línea que debia atravesar la fúnebre comitiva. El silencio en la ciudad era tan profundo como el terror; nadie comunicaba sus pensamientos á su vecino; hasta las fisonomías permanecian impasibles bajo las miradas del delator. Notábase algo de maquinal en los rostros, en los gestos y en la vista de aquella multitud. Pudiera decirse que Paris habia abdicado su alma, para temblar y obedecer. Apénas se veia al rey en el fondo del coche, ocultándole las bayonetas y los sables desnudos de la escolta. Llevaba una casaca oscura, unos calzones de seda negra, chaleco y medias blancas; sus cabellos estaban recogidos bajo el sombrero. El ruido de los tambores, de los cañones, de los caballos, y la presencia de los gendarmes, le impedian hablar con su confesor. Dijo sólo al abate Edgeworth le prestase el breviario, y buscó con el dedo y la vista los salmos cuyos gemidos y esperanzas eran adecuados á su situacion. Aquellos cánticos sagrados, tartamudeados por sus labios y que resonaban en su alma, le evitaban el ruido y la vista del pueblo durante aquel tránsito de la prision á la muerte. El clérigo oraba á su lado. Los gendarmes colocados enfrente manifestaban en su rostro el sello del asombro y de la admiracion que les inspiraba el piadoso recogimiento del rey. Algunos gritos de gracia salieron al partir el coche de entre la multitud acumulada á la entrada de la calle del Temple; aquellos gritos murieron sin eco, en el tumulto y en la compresion general de los sentimientos públicos; pero no se oyó ninguna injuria ni imprecacion. Si se hubiese preguntado uno por uno á los doscientos mil ciudadanos autores ó espectadores de aquellos funerales de un vivo: «¿Es necesario que este hombre, solo contra todos, muera?», puede que ni uno solo hubiese contestado *sí*. Pero las cosas estaban combinadas de tal modo por la desgracia y la severidad de la época, que todos cumplian sin dudar lo que ninguno aisladamente hubiera querido cumplir. Esta multitud, por la presion mutua que ejercia sobre sí misma, se impedia ceder á su enternecimiento y su horror, semejante á la bóveda, cuyas piedras aisladas tienden cada una á flaquear y caer, pero donde todas permanecen suspensas por la resistencia que la presion opone á su caída.

XII

En la confluencia de las numerosas calles que salen al Boulevard entre las puertas de San Dionisio y San Martin, sitio donde se ensancha el tránsito y una

pendiente rápida hace acortar el paso de los caballos, una repentina ondulacion detuvo por un momento la marcha. Siete ú ocho jóvenes, desembocando en masa de la calle Beauregard, rompiendo por medio de la multitud, se precipitaron hácia el coche sable en mano, gritando: «¡A nosotros los que quieran salvar al rey!» Entre ellos estaba el baron de Batz, aventurero de conspiraciones, y su secretario Devaux. Tres mil jóvenes, afiliados secretamente y armados para este golpe de mano, debian responder á aquella señal, é intentar despues un levantamiento en Paris apoyados por Dumouriez. Ocultos aquellos intrépidos conspiradores, viendo que nadie les seguia, se abrieron paso, favorecidos por la sorpresa y la confusion, á traves de las filas de la guardia nacional, y se perdieron en las calles vecinas. Un



Notificacion hecha al rey de su sentencia de muerte.—Pág. 296.

destacamento de gendarmería los persiguió y alcanzó á algunos, que pagaron su tentativa con la vida.

La comitiva, detenida un momento, volvió á emprender su marcha, en medio del silencio y de la inmovilidad del pueblo, hasta la embocadura de la calle Real, junto á la plaza de la Revolucion. Allí un rayo de sol de invierno, penetrando por entre la niebla, dejaba ver la plaza cubierta con cien mil cabezas, los regimientos de la guarnicion de Paris formando el cuadro en torno del cadalso, los ejecutores esperando la víctima, y el instrumento del suplicio mostrando por encima del gentío sus maderas y sus vigas pintadas de color de sangre.

Aquel suplicio era la gillotina. Esta máquina, inventada en Italia é importada en Francia por la humanidad de un médico célebre de la Asamblea constituyente llamado Guillotin, habia sido sustituida á los suplicios atroces é infamantes que la revolucion quiso abolir. Tenia ademas, segun creian los legisladores de la Asamblea constituyente, la ventaja de no hacer derramar la sangre del hombre por la

mano y bajo el golpe, con frecuencia poco seguro, de otro hombre, sino hacer ejecutar la muerte por un instrumento sin alma, insensible como la madera é infalible como el hierro. A la señal del ejecutor, el hacha caía por sí sola, y esta hacha, cuyo peso estaba centuplicado por dos pesas reunidas bajo el patíbulo, se deslizaba entre dos muescas con un movimiento á la vez horizontal y perpendicular como el de la sierra, y separaba la cabeza del cuerpo por el peso de su caída y con la rapidez del relámpago. Esta máquina era la supresión del dolor y del tiempo en la sensación de la muerte. Habíase levantado la guillotina aquel día en medio de la plaza de la Revolución, delante de la gran calle de árboles del jardín de las Tullerías, enfrente y como por burla del palacio de los reyes, casi en el mismo sitio en donde la fuente de surtidores, la más próxima al Sena, parece lavar en el día eternamente el pavimento.

Desde el amanecer, las cercanías del cadalso, el puente de Luis XVI, los terraplenes de las Tullerías, los pretiles del río, los tejados de las casas de la calle Real, y hasta las ramas sin hojas de los árboles de los Campos Elíseos, estaban cubiertos de un innumerable gentío que esperaba el acontecimiento en la agitación, en el tumulto y en el ruido de una colmena de hombres, como si aquella multitud no hubiese podido creer en el suplicio de un rey ántes de haberlo visto con sus propios ojos. Las inmediaciones del cadalso habían sido invadidas, gracias al favor de la municipalidad y á la connivencia de los comandantes de las tropas, por los hombres sanguinarios de los Franciscanos, de los Jacobinos y de los días de Setiembre, incapaces de duda ni de piedad. Colocándose ellos mismos en torno del cadalso, como los testigos de la república, querían que el suplicio fuese consumado y aplaudido.

Al aproximarse el coche del rey, una solemne inmovilidad sorprendió de repente á aquella multitud y á aquellos mismos hombres. El coche se detuvo á algunos pasos del cadalso. El tránsito había durado dos horas.

XIII

Advirtiéndole el rey que el coche había dejado de andar, levantó la vista, que tenía fija en el libro, y como un hombre que interrumpe su lectura por un momento, se inclinó hácia el oído de su confesor y le dijo en voz baja y con tono de interrogación: «¿Hemos llegado?» El sacerdote sólo le respondió con un signo silencioso. Uno de los tres hermanos Sanson, verdugos de París, abrió la portezuela, y bajaron los gendarmes; pero el rey, volviendo á cerrar y colocando su mano derecha sobre la rodilla del confesor con un gesto de protección, dijo con autoridad á los verdugos, á los gendarmes y á los oficiales que se agolpaban junto á las ruedas: «Señores, os recomiendo este sacerdote; cuidad de que despues de mi muerte no se le haga ningun insulto; os encargo veáis por él». Nadie respondió. El rey quiso repetir con más fuerza esta recomendación á los ejecutores, y uno de ellos le interrumpió diciéndole con un acento siniestro: «Sí, sí, nosotros tendremos cuidado; dejadnos obrar». Luis bajó. Tres criados del verdugo le rodearon y quisieron desnudarle al pié del cadalso. El rey los rechazó con majestad, se quitó él mismo su casaca, su corbata, y bajó la camisa hasta la cintura. Los ejecutores se echaron de nuevo sobre él. «¿Qué quereis hacer?» —les dijo con indigna-

cion. «Ataros»,—le respondieron. Y ya le habian cogido las manos para hacerlo. «¡Atarme!—replicó el rey con un acento en el que toda la gloria de su sangre se levantaba contra la ignominia.—¡No, no, no lo consentiré jamás! Cumplid con vuestra obligacion, pero no me atareis, renunciad á ello.» Los ejecutores insistian, alzaban la voz, llamaban ayuda, levantaban la mano y preparaban la violencia. Una lucha cuerpo á cuerpo iba á manchar la víctima al pié del cadalso. El rey, por respeto á la dignidad de su muerte y la tranquilidad de su último pensamiento, miró al sacerdote como para pedirle consejo. «Señor,—le dijo el consejero divino,—sufrid sin resistencia este nuevo ultraje como el último rasgo de semejanza entre vos y el Dios que va á ser vuestra recompensa.» El rey levantó los ojos al cielo con una expresion en la mirada que parecia reconvenir y aceptar á la vez. «Seguramente,—dijo,—no se necesita nada ménos que el ejemplo de un Dios para que me someta á semejante afrenta.» Luégo, volviéndose y tendiendo él mismo las manos hácia los ejecutores, les dijo: «Haced lo que querais; apuraré el cáliz hasta las heces».

XIV

Subió, sostenido por el brazo del sacerdote, los pendientes y resbaladizos escalones del cadalso. El peso de su cuerpo parecia indicar un desfallecimiento en su alma; pero cuando llegó al último escalon, se separó de las manos de su confesor, atravesó con paso firme toda la anchura del cadalso, miró al pasar el instrumento y el hacha, y volviéndose de repente á la izquierda enfrente de su palacio, y al lado en que la mayor masa del pueblo podia verle y oirle, hizo á los tambores la señal de silencio. Los tambores obedecieron maquinalmente. «Pueblo,—dijo Luis XVI con una voz que resonó en el silencio, y que se oyó distintamente en el extremo opuesto de la plaza,—pueblo, muero inocente de todos los crímenes que me imputan. Perdono á los autores de mi muerte, y ruego á Dios que la sangre que vais á derramar no caiga nunca sobre Francia...» Iba á continuar, pero un estremecimiento se apoderó de la multitud. El jefe de estado mayor de las tropas del campamento inmediato á Paris, el conde Beaufranchet d'Ayat, mandó tocar á los tambores. Un redoble inmenso y prolongado ahogó la voz del rey y el murmullo de la multitud. El condenado volvió solo y á pasos lentos hácia la guillotina, y se entregó á los ejecutores. En el momento en que se le ataba á la tabla, echó una mirada al sacerdote, que oraba de rodillas al pié del cadalso. Vivió, conservó su alma entera, hasta el momento en que se la entregó á su Creador por mano del verdugo. La tabla se inclinó, bajó el hacha, y la cabeza cayó.

Uno de los ejecutores la cogió por los cabellos, la enseñó al pueblo y aspergeó con sangre las inmediaciones del patíbulo. Los federados y republicanos fanáticos subieron al tablado, tiñeron las puntas de sus sables y los hierros de sus picas en la sangre, blandiéndolas en el aire y gritando: *¡Viva la república!* El horror de aquella accion ahogó el mismo grito en los labios del pueblo, y la aclamacion se pareció más bien á un inmenso sollozo. Las salvas de artillería anunciaron en los más lejanos arrabales que la majestad habia sido sacrificada con el rey. La multitud se fué retirando silenciosa. Se llevaron los restos de Luis XVI al cementerio de la Magdalena en un carro cubierto, y se echó cal en el hoyo, para que los huesos consumidos de la víctima de la revolucion no pudiesen llegar á ser un dia las reli-

quias del realismo. Las calles quedaron desiertas. Algunas bandas de federados armados recorrieron los arrabales de París, anunciando la muerte del tirano y cantando el sanguinario tema de la *Marsellesa*; pero ningún entusiasmo les respondió. La ciudad quedó muda, porque el pueblo no confundía un suplicio con una victoria. La consternación había vuelto á entrar con la libertad en la residencia de los ciudadanos. Aún no se había enfriado el cuerpo del rey sobre el cadalso, cuando el pueblo ya dudaba del acto que acababa de llevar á efecto, y se preguntaba, con una curiosidad próxima al remordimiento, si la sangre que acababa de derramar era una mancha sobre la gloria de Francia, ó el sello de la libertad. La conciencia de los republicanos se turbó delante de aquel suplicio, y la muerte del rey dejaba un problema que resolver á la nación.

XV

Cincuenta y tres años han transcurrido desde aquel día; éste es un problema que agita aún la conciencia del género humano, y hasta divide la historia en dos partidos: crimen ó estoicismo, según el punto de vista bajo que se le considere, este acto es un parricidio á los ojos de unos, y á los de otros una justicia que la libertad se hizo heroicamente á sí misma, un acto político que escribió con la sangre de un rey los derechos del pueblo, que debía irreconciliar para siempre el trono y Francia, y que no dejando á ésta comprometida en otra alternativa que sufrir la venganza de los déspotas ó vencerlos, condenaba la nación á la victoria por la enormidad del ultraje y por la imposibilidad del perdón.

Nosotros, que debemos justicia y piedad á la víctima, pero que también debemos justicia á los jueces, nos preguntamos, al concluir este melancólico relato: ¿qué es lo que se debe acusar, qué es lo que se debe absolver, el rey, sus jueces, la nación ó el destino? Y si se puede ser imparcial cuando se está conmovido, sentamos en estos términos en nuestra alma la temible cuestión que hace vacilar á la historia, dudar á la justicia y temblar la humanidad:

¿Tenía la nación derecho á juzgar como tribunal legal y regular á Luis XVI? No; porque para ser juez es necesario ser imparcial y desinteresado, y la nación no era ni lo uno ni lo otro. En este combate terrible, pero inevitable, que bajo el nombre de revolución se presentaban el trono y la libertad para la emancipación ó la servidumbre de los ciudadanos, Luis XVI personificaba el trono, y la nación la libertad. No era su culpa, era su naturaleza, y todas las tentativas de transición eran vanas, combatiéndose las naturalezas á despecho de las voluntades. Entre estos dos adversarios, el rey y el pueblo, quienes, por instinto el uno debía querer conservar, y el otro arrancar los derechos de la nación, no había más tribunal que el combate, ni otro juez que la victoria. No pretendemos con estas palabras decir que no hubiese superior á los dos partidos una moralidad de la causa y de los actos que juzga hasta la misma victoria. Esta justicia nunca peca en el eclipse de las leyes y en la ruina de los imperios, sólo que no tiene tribunal donde poder citar legalmente á sus acusados: es la justicia del Estado, la justicia que no tiene ni jueces instituidos ni leyes escritas, pero que pronuncia sus sentencias en conciencia, y cuyo código es la equidad.

Luis XVI no podía ser juzgado en política ni en equidad sino por un proceso de Estado.

¿Tenia la nacion el derecho de juzgarle de este modo? Esto equivale á preguntar si tenia el derecho de combatirle y de vencerle; en otros términos, saber si el despotismo es inviolable, si la libertad es un motin, si sólo hay justicia en la tierra para los reyes, y si no hay para los pueblos más derecho que el de servir y obedecer. La duda sola es una impiedad contra los pueblos.

Teniendo en sí la nacion la inalienable soberanía que descansa en la razon, en



Adios del rey á la familia real.—Pág. 303.

el derecho y la voluntad de cada uno de los ciudadanos, cuya colectividad constituye el pueblo, tenia ciertamente la facultad de modificar la forma exterior de su soberanía, nivelar su aristocracia, despojar su iglesia, rebajar y hasta suprimir su trono, para reinar ella misma por medio de sus propias magistraturas. Luego desde el momento que la nacion tenia el derecho de combatir y de emanciparse, tenia el de vigilar y consolidar los resultados de su victoria. Si pues Luis XVI, rey demasiado recientemente desposeido del poder supremo, rey á quien toda restitucion de poder al pueblo debía parecer destitucion, rey mal satisfecho con la parte del reino que le quedaba, y aspirando á reconquistar la otra; importunado de un lado

por una asamblea usurpadora, y del otro por una reina inquieta, por una nobleza humillada, por un clero que hacía intervenir el cielo en su causa, por una emigracion implacable, por sus hermanos, que recorrian en su nombre toda Europa para buscar enemigos á la revolucion; si Luis XVI rey parecia á la nacion una conspiracion viva contra la libertad, si la nacion sospechaba que sentia demasiado en su alma el poder supremo, que hacía tropezar voluntariamente la nueva Constitucion para aprovecharse de su caida, que conducia la libertad á una celada, que se alegraba de la anarquía, que desarmaba la patria, que en secreto le deseaba reveses y mantenía correspondencia con sus enemigos, la nacion tenia el derecho de citarle hasta sobre el trono, hacerle bajar de él, llamarle á su barra y deponerle en nombre de su propia dictadura y de su propia salvacion. Si la nacion no hubiese tenido este derecho, el de vender impunemente á los pueblos hubiese sido en la Constitucion nueva una de la prerogativas de los reyes.

XVI

Acabamos de ver que ninguna ley escrita podia ser aplicada al rey, y que siendo sus jueces sus enemigos, su juicio no podia ser legal, sino una grande medida de Estado, cuyos motivos sólo la equidad debia debatir y dictar la sentencia. ¿Qué decia la equidad, y qué pena podia pronunciar, si el vencedor tiene el derecho de aplicar una pena al vencido?

Luis XVI, degradado de la majestad, desarmado y prisionero, culpable quizá textualmente, ¿era culpable en el espíritu, si se considera la violencia moral y física de su deplorable situacion? ¿Era un tirano? No. ¿Un opresor del pueblo? No. ¿Un fautor de la aristocracia? No. ¿Un enemigo de la libertad? No. Todo su reinado protestaba, desde su advenimiento al trono, de la tendencia filosófica de su espíritu y de los instintos populares de su corazon, de que deseaba colocar el trono al abrigo del despotismo, de que sobrepondria las leyes al trono, de que pediría consejos á la nacion y haria reinar por él y en él los derechos y los intereses del pueblo. Príncipe revolucionario, él mismo habia llamado la revolucion á su socorro; habia querido darle mucho, y ella intentó arrancarle más: de ahí resultó la lucha.

A pesar de esto, no era todo políticamente irrepreensible por parte del rey en esta lucha. La incoherencia y el arrepentimiento de las medidas manifestaban la debilidad, y con frecuencia habian servido de pretexto á las violencias y á los atentados del pueblo. Así es que Luis XVI habia convocado los Estados generales, y queriendo demasiado tarde circunscribir el derecho de deliberacion, la insurreccion moral del juramento del *Juego de Pelota* le habia violentado. Quiso intimidar á la Asamblea constituyente reuniendo tropas en Versalles, y el pueblo de Paris habia tomado la Bastilla y sobornado las guardias francesas. Habia pensado en alejar el sitio de la Asamblea nacional de la capital, y el populacho de Paris habia marchado sobre Versalles, forzado su palacio, degollado sus guardias y aprisionado á su familia en las Tullerías. Habia intentado fugarse en medio de su ejército, y quizá de un ejército extranjero, y la nacion le habia vuelto á traer encadenado al trono y le habia impuesto la Constitucion de 91. Habia entrado en negociaciones con la emigracion y los reyes sus vengadores, y el populacho de Paris produjo el 20 de Junio. Por obedecer á su conciencia, habia negado la sancion á las leyes dictadas

por la voluntad del pueblo, y los girondinos, unidos á los jacobinos, dieron lugar al 10 de Agosto. Segun el espíritu con que se miraban aquellas vicisitudes de su reinado desde el principio de la revolucion, habia razones para acusarle y para compadecerle. No era ni del todo inocente ni del todo culpable: ¡era desgraciado! Si el pueblo podia echarle en cara debilidades y disimulos, él podia reprochar al pueblo sus violencias crueles. La accion y la reaccion, el golpe y el rechazo, se habian sucedido por una y otra parte con tanta rapidez como en una batalla, y era difícil decir quién habia herido el primero. Las faltas eran recíprocas, las sospechas mutuas, y los peligros iguales. ¿Quién tenia, por consiguiente, el derecho de condenar al otro y decirle con justicia é imparcialidad: «Tú morirás?» Ninguno de los dos. El rey no podia, caso de vencer, juzgar al pueblo, como tampoco el pueblo podia legalmente juzgar al rey; no habia allí quien pudiese ser castigado: habia un vencido, y nada más. El proceso legal era una hipocresía de justicia, sólo el hacha era lógica, y Robespierre lo habia dicho; pero el hacha despues de un combate, é hiriendo á un hombre desarmado, en nombre de sus enemigos, ¿qué es en todas lenguas? Un asesinato á sangre fria, sin excusa desde el momento en que es sin necesidad; en una palabra, una inmolacion.

Deponer á Luis XVI, desterrarle del suelo nacional, ó retenerle en la imposibilidad de conspirar y hacer daño, era lo que exigian á los convencionales la salvacion de la república y la seguridad de la revolucion. Inmolar á un hombre cautivo y desarmado, no era más que una concesion á la cólera ó al miedo. Venganza por un lado, cobardía por otro, crueldad de todos modos. Inmolar á un vencido cinco meses despues de la victoria, aunque este vencido fuese culpable y peligroso, era un acto sin piedad, y la piedad no es una palabra sin sentido entre los hombres: es un instinto que advierte á la fuerza para que contenga su mano á proporcion de la debilidad y la desgracia de las víctimas; es una justicia generosa del corazon humano, más previsora en el fondo y más infalible que la justicia inflexible del espíritu: no hay pueblo que no haya hecho de ella una virtud. Si la falta de toda piedad es un crimen en el despotismo, ¿por qué habia de ser una virtud en las repúblicas? ¿El vicio y la virtud cambian de nombre cambiando de partido? ¿Están dispensados los pueblos de ser magnánimos? Sólo sus enemigos osarian pretenderlo, porque querrian deshonrarlos. ¿Su misma fuerza les impone más generosidad que á sus tiranos!

XVII

Por último, el asesinato del rey, como medida de salvacion pública, ¿era necesario? Preguntaríamos primero si este asesinato era justo, porque nada que es injusto en su esencia puede ser necesario á la causa de las naciones. Lo que constituye el derecho, la belleza y santidad de la causa de los pueblos es la perfecta moralidad de sus actos. Si abdican la justicia, ya no tienen bandera y son sólo libertos del despotismo, imitando todos los vicios de sus dueños. La vida ó la muerte de Luis XVI, destronado ó prisionero, no pesaba tanto como una bayoneta de más ó de ménos en la balanza de los destinos de la república. Su sangre era una declaracion de guerra más segura que su deposicion. Su muerte era positivamente un pretexto de hostilidades más especioso que su cautiverio en los con-

sejos diplomáticos de las cortes enemigas de la revolucion. Príncipe gastado y despopularizado por cuatro años de lucha desigual con la nacion, entregado veinte veces al antojo del pueblo, sin crédito entre los soldados, dotado de un carácter cuya timidez é indecision tantas veces se habian sondeado, habiendo bajado de humillacion en humillacion y paso á paso de lo alto de su trono á una prision, Luis XVI era el único príncipe de su estirpe á quien no le hubiese sido posible pensar en reinar. En el exterior estaba desacreditado por sus concesiones, y en el interior hubiese sido la prenda paciente é inofensiva de la república, el ornamento de su triunfo, y la prueba viva de su magnanimidad. Su muerte, al contrario, enajenaba de la causa francesa aquella parte inmensa de las poblaciones que sólo juzga los acontecimientos humanos por el corazon. La naturaleza humana es patética; la república lo olvidó, dió al trono algo de martirio, y á la libertad algo de venganza. Preparó así una reaccion contra la causa republicana, y puso del lado del trono la sensibilidad, el interes y las lágrimas de una parte de los pueblos. ¿Quién puede negar que el enternecimiento por la suerte de Luis XVI y de su familia haya contribuido mucho para la restauracion del trono algunos años despues? Las causas perdidas tienen mudanzas, cuyos motivos basta muchas veces buscar en la sangre de las víctimas odiosamente inmoladas por la causa opuesta. El sentimiento público, una vez conmovido por una iniquidad, no descansa hasta que, por decirlo así, se cree absuelto por alguna reparacion brillante é inesperada. Hubo sangre de Luis XVI en todos los tratados que las potencias de Europa celebraron entre sí para acriminar y acabar con la república; hubo sangre de Luis XVI en el óleo que consagró á Napoleon, tan poco tiempo despues de los juramentos á la libertad; hubo sangre de Luis XVI en el entusiasmo monárquico que reanimó en Francia la vuelta de los Borbones en la restauracion; la hubo hasta en 1830, en la repulsa á nombre de la república que arrojó á la nacion indecisa en los brazos de otra dinastía. Los republicanos son los que más deben llorar aquella sangre, porque ha caido sin cesar sobre su causa, y porque les ha costado la república.

XVIII

En cuanto á los jueces, Dios sólo lee en la conciencia de los individuos. La historia lee sólo en la conciencia de los partidos. Sólo la intencion hace el crimen ó explica semejantes actos. Unos votaron por una poderosa conviccion de la necesidad de suprimir el signo vivo de la majestad, aboliendo la majestad misma; otros, por un reto atrevido á los reyes de Europa, que no los creerian, segun ellos, bastante republicanos en tanto que no hubiesen ajusticiado un rey; éstos, para dar á los pueblos sujetos una señal y un ejemplo que les comunicasen la audacia para sacudir la supersticion de los reyes; aquéllos, por una firme persuasion de las traiciones de Luis XVI, que la prensa y las tribunas de los clubs les pintaban, desde el principio de la revolucion, como un conspirador; algunos, por impaciencia de los peligros de la patria; otros, como los girondinos, con sentimiento y por rivalidad de ambicion de dar la prenda más irrecusable á la república; otros, por aquella debilidad que arrastra tras sí á los tímidos en la corriente de las asambleas públicas; otros, por aquella cobardía que sorprende de repente el corazon, y hace abandonar la vida ajena, como se abandona la propia; el mayor número, en fin,

votó la muerte con reflexion, por un fanatismo estoico que no se hacía ilusion ni sobre la insuficiencia de los crímenes, ni sobre la irregularidad de las formas, ni sobre la crueldad de la pena, ni siquiera sobre la cuenta que la posteridad pediría á su memoria, pero que creyeron la libertad bastante santa para justificar por su fundacion lo que faltaba á la justicia de su voto, y bastante implacable para inmolarse su misma piedad.

XIX

Todos se engañaron. La historia, sin embargo, aún acusándolos, no puede desconocer, en medio de todas las consecuencias políticas, contrarias á la equidad, crueles para el sentimiento y fatales á la libertad, del suplicio de Luis XVI, que no hubiese un poder en aquel cadalso. Fué el poder de los partidos desesperados y de las resoluciones sin remedio. Este suplicio ofrecia Francia á la venganza de los tronos, y de este modo daba cruelmente á la república la fuerza convulsiva de las naciones: la fuerza de la desesperacion. Europa lo entendió; Francia respondió. Las transacciones, la indecision y las negociaciones cesaron, y la muerte, teniendo el hacha regicida en una mano y la bandera tricolor en la otra, fué escogida sola para negociador y para juez entre la monarquía y la república, entre la esclavitud y la libertad, entre el pasado y el porvenir de las naciones.

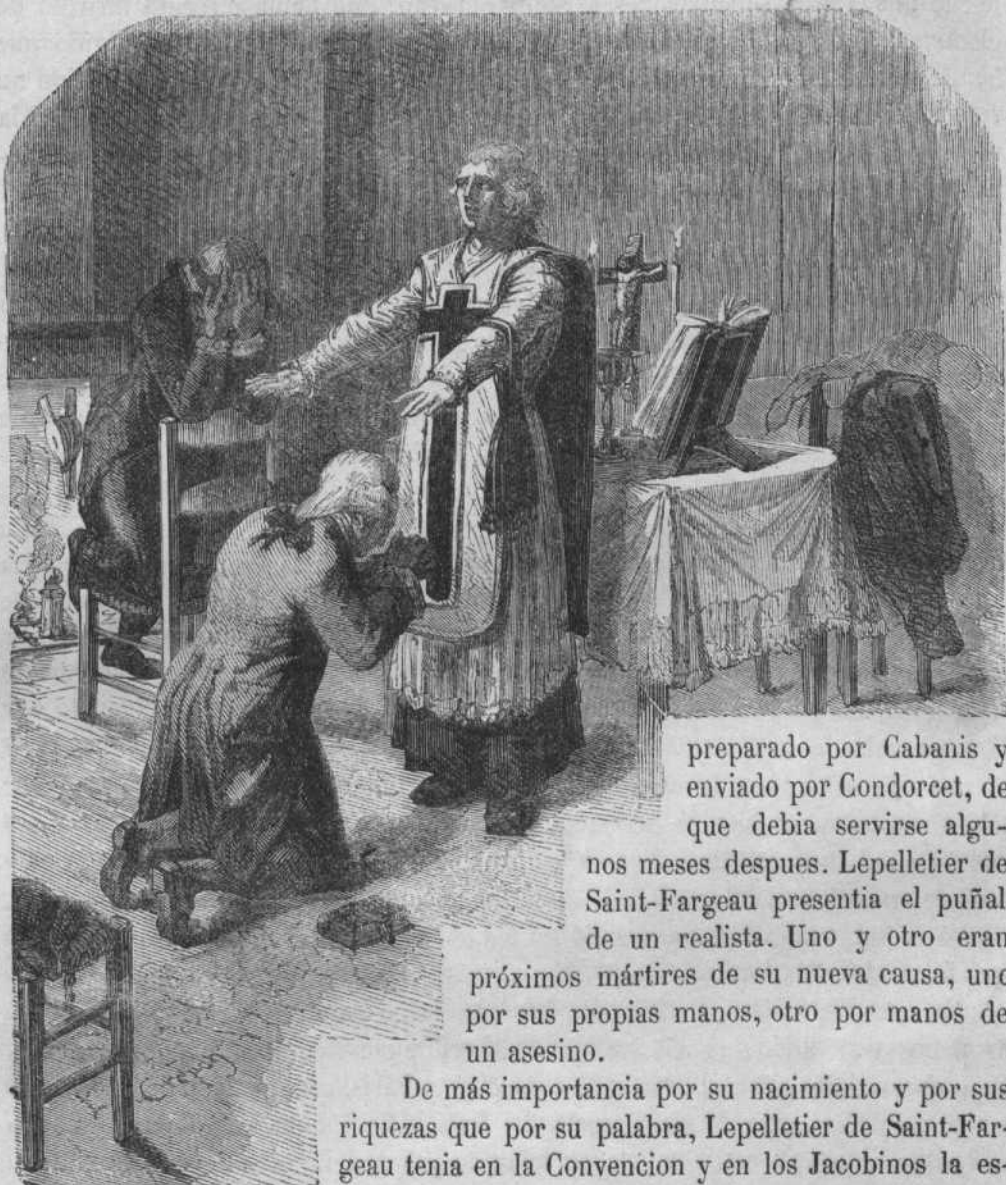
LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresion que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier de Saint-Fargeau.—Gabinets de Europa.—Custine.—Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalicion en el exterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache ministro de la Guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Fernig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

I

Las grandes catástrofes humanas tienen consecuencias en la imaginacion pública, que sienten con más fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de reasumir en sí la impresion de todos y de llevar hasta el delirio, y algunas veces hasta el crimen, la exaltacion que les inspiran estas catástrofes. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanacion y el dolor produjeron esta conmocion de las almas en todo el imperio. Cuantos no participaban del estoicismo de los jueces, fueron sobrecogidos por el terror y la consternacion. Les parecia que tan gran sacrilegio llamaba sobre la nacion que le habia cometido ó tolerado una de aquellas venganzas en que el cielo pide por la sangre de un justo la sangre de un pueblo entero. Algunos murieron de dolor al saber que se habia consumado el suplicio, y otros perdieron la razon. Mujeres hubo que se precipitaron del tejado de su casa á la calle, y de los puentes de Paris en el Sena. Hermanas, hijas, mujeres y madres de convencionales prorrumpieron en reconvenciones contra sus maridos y sus hijos. Aún no estaba ejecutado el suplicio, cuando el decreto de muerte de Luis XVI era ya vengado con la sangre de uno de sus principales jueces.

Miguel Lepelletier de Saint-Fargeau, de una antigua familia de la alta magistratura y poseedor de una fortuna inmensa en el departamento del Yonne, hombre de más ambicion que genio, habia desde el principio defendido el poder del rey en los Estados generales. Previendo la ruina de la monarquía despues de la Asamblea constituyente, se habia retirado á sus tierras y pasado al partido del pueblo, afectando el celo y las complacencias de un hombre que tiene mucho que hacerse perdonar. Habiendo venido á ser el centro de las agitaciones de su departamento, el alma de los clubs, el instigador de los movimientos populares, le habian nombrado miembro de la Convencion nacional en Sens. El arzobispo de Sens, Lomenie de Brienne, antiguo ministro de Luis XVI, tráfuga brillante de la Iglesia á la filosofía, habia asistido con traje cívico y gorro encarnado á la eleccion de Miguel Lepelletier. El clero y la aristocracia acababan de abdicarse así, con los piés en la sangre, en manos del pueblo. El arzobispo de Sens, previendo las terribles mudanzas de una popularidad que pedia tales sacrificios, llevaba ya consigo un veneno



El rey oyen lo misa.—Pág. 305.

preparado por Cabanis y enviado por Condorcet, de que debía servirse algunos meses después. Lepelletier de Saint-Fargeau presentia el puñal de un realista. Uno y otro eran próximos mártires de su nueva causa, uno por sus propias manos, otro por manos de un asesino.

De más importancia por su nacimiento y por sus riquezas que por su palabra, Lepelletier de Saint-Fargeau tenia en la Convencion y en los Jacobinos la especie de influencia que los nombres que se tiene costumbre de respetar conservan algun tiempo en los partidos adonde descienden. Presidia algunas veces en los Jacobinos, y obedecia siempre la voluntad de Robespierre. Nadie sabe adular mejor á los dueños del pueblo que un aristócrata instruido en la adulacion de las cortes. Visitaba mucho al duque de Orleans, y premeditaba, dicen, el matrimonio de su hija única con el hijo mayor de aquel príncipe. Lo inmenso de la dote debía suplir á la desigualdad de nombres, y la conformidad de los principios revolucionarios borrar la distancia de los rangos. Su fortuna y su proteccion en los departamentos de la Borgoña agrupaban en torno suyo diez ó doce miembros de la Convencion, que tenian la vista fija en su voto para seguirle. Estos doce votos, variando sólo con una seña de Saint-Fargeau, hacian una diferencia de veinticuatro en el proceso del rey. Por la indecision y la balanza de los sufragios, la responsabilidad de la vida ó de la muerte de Luis XVI podia caer sobre Lepelletier. Los realistas lo sabian, y habían

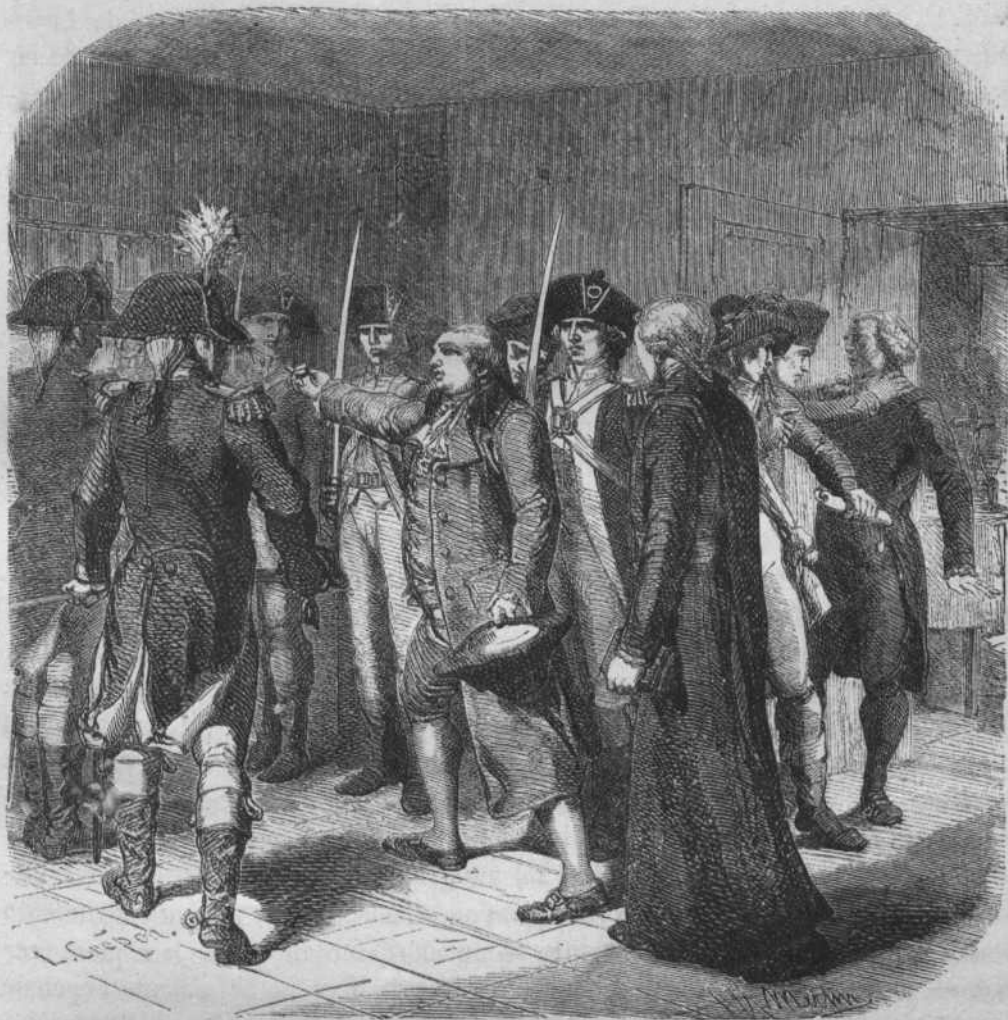
hecho misteriosas solicitudes á Saint-Fargeau, que habia ofrecido un voto de clemencia. Los jacobinos, instruidos de estas negociaciones, habian exigido que las desmintiese por un acto que comprometiese su cabeza, y habia prometido un voto inflexible. En la hora decisiva cumplió la palabra á los jacobinos, y votó la muerte. Los realistas habian detestado dos veces este voto: el regicidio era ademas una traicion á sus ojos.

II

Entre aquellos realistas habia un jóven llamado Páris, hijo de un empleado en la administracion de los bienes del conde de Artois. Páris habia entrado en la guardia constitucional de Luis XVI en el momento en que el celo habia reunido en este cuerpo á todos los defensores que quedaban al rey. Desde el principio de la guardia constitucional, se habia quedado en Paris, espiondo las ocasiones de sacrificarse por su causa. Audaz por su actitud, intrépido de corazon y de mano diestra, aparecia armado en todos los lugares públicos, animaba á los realistas, hacía frente á los jacobinos, reprendia al pueblo, amotinaba las mujeres, y conseguia escapar siempre al odio de los jacobinos por la fuerza de su sable ó por el secreto de su asilo. Este jóven era del número de aquellos que debian atacar la escolta del rey cuando le condujesen al suplicio, y de los que tramaban un levantamiento para forzar las puertas del Temple. Habia esperado hasta el último momento que la Convencion no llevaria á cabo el regicidio; cuando supo el voto de muerte y la negativa del plazo, su cólera y su dolor se exaltaron hasta la demencia. Sintió en sí aquella irresistible necesidad que algunas veces se apodera de las almas apasionadas, de protestar solo contra un pueblo. Abrazó á su querida, jóven perfumista en el Palacio Real, que le daba asilo, como para decirle un eterno adios, ocultó su sable bajo la capa, y salió sin saber lo que iba á hacer, pero decidido á que fuese algo memorable.

En esta disposicion, Páris anduvo errante largo rato debajó del peristilo y en los patios, esperando que la casualidad le ofreciese por víctima al duque de Orleans. Pero el azar le engañó; el príncipe no pareció, y Páris, acompañado de uno de sus amigos, entró en casa de un fondista del Palacio Real llamado Fevrier. Los salones subterráneos de este fondista parecian cuevas mal iluminadas por tragaluces. Una apariencia de pobreza, muy comun en aquellos tiempos en que la riqueza era bastante para sospechar la aristocracia, condujo allí aquel día al opulento Lepelletier. Comia solo, en una mesita pequeña y en una sala oscura inmediata adonde estaba Páris, á quien su fiebre impedia comer, y hablaba en voz baja con su amigo del voto de la víspera, del suplicio del día siguiente y de la cobardía del pueblo. La mal contenida rabia de su alma se mostraba en el tono de su voz y en su fisonomía. Al verle los que estaban inmediatos, tenian el presentimiento de la demencia ó del crimen. Su compañero le hablaba á media voz, ménos como un amigo que disuade que como un cómplice que anima. Dos ó tres veces, durante la comida, se levantó Páris con una precipitacion convulsiva, salió y volvió á entrar, como un hombre que espía á alguno. Cuando acabó de comer, cruzó sus brazos sobre el pecho, bajó la cabeza y aparentó reflexionar. Sus extraviados ojos recorrian maquinalmente las caras de los asistentes sentados en diferentes mesas. Nombró uno á Lepelletier, y Páris, que no le conocia personalmente ni sabía el voto del repre-

sentante de Sens, se acercó á él y le dijo apostrofando al diputado: «¿Sois vos quien se llama Saint-Fargeau?» «Yo soy—respondió.—¿Qué me queréis?» «Teneis cara de un hombre de bien. No habeis votado la muerte del rey, ¿no es verdad?» «Os equivocais,—replicó Saint-Fargeau con tono de dolor y de firmeza;—la he votado, porque mi conciencia me lo mandaba así.» «¡Has votado la muerte! Pues bien, toma. ¡Ahí tienes la recompensa!» Al decir estas palabras, Páris hace un



El rey marcha al cadalso.—Pág. 307.

movimiento para separar el embozo de su capa y para buscar el puño de su sable. Saint-Fargeau se levanta, coge un cuchillo y extiende las manos para cubrirse; pero Páris, más pronto que el pensamiento, desenvaina su sable, le sepulta en el corazon de Lepelletier, y se evade por un pasadizo. Saint-Fargeau fué conducido moribundo á una cama; preguntó quién era el que le acababa de herir, y espiró algunos momentos despues.

Se dijo haber tenido en su agonía el gozo sublime y que habia pronunciado las palabras propias del martirio, y se divulgaron estas palabras solemnes por el pueblo, para añadir el culto de la víctima al horror contra el realista asesino. El sablazo de Páris hizo de Lepelletier un grande hombre, y un decreto abrió el

Panteon á su féretro. Se le dispusieron honras nacionales, ménos como un homenaje á su memoria que como una solemne venganza de la opinion que le habia herido.

III

Por la noche se reunieron grupos furiosos en el Palacio Real, á la puerta del Rondista, alrededor de la camilla en que llevaban el inanimado cuerpo de Lepeletier. Muchos oradores populares contaban, solemnizándolas, las circunstancias de aquella muerte, y la presentaban como el primer acto de una inmensa conjuracion que amenazaba la vida de todos los diputados fieles al pueblo. En el Palacio Real se veian relucir sables desnudos para vengar á Saint-Fargeau. Entre aquella multitud, que temblaba al oir el nombre del asesino y que pedia á grandes gritos su sangre, París se paseaba con su amigo en el jardin. Uno de los realistas testigos de la muerte le encontró y conoció, y habiéndole hecho un signo de terror y asombro, le dijo París por lo bajo: «Mi dia aún no concluyó; yo encontraré al que busco, aquí ó en la Convencion, y le enviaré á reunirse con el otro». La policia, que buscaba por todas partes al asesino, excepto sobre la misma escena del crimen, le dejó toda aquella noche y todas las de la semana siguiente presentarse impunemente en el Palacio Real.

Ocho dias despues de su crimen salió de Paris con su querida y su hermano, niño de doce años, conservando el mismo traje que llevaba el dia del asesinato, y esperaba embarcarse en Dieppe para Inglaterra. Su querida y su hermano sólo le acompañaron hasta Gisors, desde donde marchó solo y á pié por caminos de travesía hácia la pequeña villa de Forges-les-Eaux. Entró en una taberna del arrabal, y pidió cena y cama, sentándose á la chimenea en la sala comun mientras se la preparaban. Habia allí algunos buhoneros, que hablaban entre sí de las cosas del dia, en cuya conversacion se mezcló París. «¿Qué piensan aquí—les preguntó con aparente indiferencia—de la sentencia y del suplicio del rey?» «Se piensa—le respondió un mercader—que hicieron bien en inmolarle, y que hubiera sido necesario inmolar á todos los tiranos con el mismo golpe.» La indignacion de París, mayor que su prudencia, se descubrió al oir aquella respuesta por un movimiento involuntario. «¡No habré de encontrar—murmuró bastante alto para poder ser oido—en todas partes sino asesinos de mi rey!» Y se retiró al cuarto que le habian preparado, donde cenó con tranquilidad. Los hombres, que le observaban á traves de los cristales, le vieron besar muchas veces su mano derecha, como para darle gracias de la justicia que habia llevado á efecto. Despues de cenar pidió pluma y tinta, y escribió sobre su diploma de guardia del rey algunas líneas, metió una pistola debajo de la almohada, y se acostó.

Entre tanto, los buhoneros y el posadero fueron por la mañana muy temprano á despertar al alcalde y á la gendarmeria de Forges, y les dieron parte de las conjeturas que los gestos y las palabras de un viajero sospechoso les habian inspirado la víspera. Los municipales con sus fajas tricolores, y los gendarmes con el sable desenvainado, entraron en el cuarto de París, que dormia profundamente, y le despertaron. Miró á los gendarmes sin turbarse, y les dijo: «¿Sois vosotros? Os esperaba.» «Enseñad vuestro pasaporte.» «No le tengo.» «Seguidnos al ayunta-

miento». «Os sigo.» Al decir estas palabras, mete la mano debajo de la almohada, saca su pistola y se hace saltar el cráneo, ántes que los gendarmes hubiesen podido comprender ni prevenir su movimiento. Se halló sobre su corazón el diploma de guardia del rey, en el que habia escrito la víspera las siguientes palabras: «Este es mi diploma de honor. Que no se incomode á nadie; no tuve cómplices en la dichosa muerte del malvado Saint-Fargeau; si no le hubiese encontrado por casualidad, hubiera hecho una accion más bella purgando á Francia del parricida Orleans. ¡Todos los franceses son unos cobardes!»

Al saberse la noticia de aquel arresto y de aquel suicidio, la Convencion envió á Legendre y Tallien á Forges-les-Eaux, para asegurarse de la identidad del cuerpo. Legendre queria que se le trajese á Paris y se le arrastrase por las calles, á lo que se opuso Tallien, y habiendo consultado á la Convencion, ésta repugnó aquella venganza en un cadáver; pero fué arrojado como una bestia feroz en un hoyo, en lo más espeso de un bosque de las inmediaciones del pueblo.

La Convencion hizo los funerales á la víctima tres dias despues del asesinato. El genio trágico de Chenier habia diseñado el espectáculo, tomando por modelo los funerales heroicos de la antigüedad. En lo más elevado de un catafalco conducido sobre el pedestal vivo de cien federados, estaba extendido, medio desnudo, sobre un lecho de parada, el cadáver de Lepelletier. Uno de los brazos colgaba, como para implorar venganza; la ancha herida por donde se habia escapado su vida se abria teñida de sangre sobre su pecho; el sable del asesino estaba desenvainado encima del cuerpo de la víctima; los vestidos ensangrentados iban colocados como un estandarte en lo alto de una pica. El presidente de la Convencion subió las gradas del catafalco y colocó una corona de encina mezclada con estrellas de siemprevivas sobre la cabeza del cadáver, y el acompañamiento se puso en marcha despues de un redoble de los tambores cubiertos de gasa, y al són de una música lúgubre cuyos instrumentos á la sordina parecian más quejarse que henchir el aire. La familia de Lepelletier, vestida de luto, iba á pié detras del cuerpo del padre, del hermano y del esposo asesinado. En medio de los setecientos miembros de la Convencion se levantaba una bandera flotante sobre la que estaban inscritas en letras de oro las últimas palabras atribuidas á Saint-Fargeau: «Muerdo contento de verter mi sangre por la patria. Espero que servirá para consolidar la libertad y la igualdad, y para hacer reconocer á los enemigos del pueblo». Toda la poblacion iba detras; los hombres llevaban en la mano coronas de siemprevivas, y las mujeres ramas de cipres. Entonábanse himnos á la gloria del mártir de la libertad y al exterminio de los tiranos.

Al llegar al Panteon el cortejo, ya halló el templo de la revolucion invadido por la multitud. El cadáver, levantado por las oleadas del gentío que disputaba el espacio á la Convencion, estuvo á pique de caer sobre las escaleras del peristilo. Félix Lepelletier, hermano de la víctima, subió al estrado, arengó al pueblo en medio del tumulto, comparó á su hermano con el mayor de los Gracos, y juró imitarle. Al dia siguiente, Félix Lepelletier, llevando por la mano á la hija de su hermano, niña de ocho años, la presentó vestida de luto á la Convencion. La niña, adoptada por la nacion, fué proclamada por un decreto de entusiasmo hija adoptiva de la república.

IV

Las opiniones de los departamentos se dividieron con la muerte de Luis XVI. La Vendée, cuyas sublevaciones referirémos bien pronto, halló en aquel acontecimiento la desesperacion que impulsa á los pueblos á la guerra civil. Calvados, los Cevennes y la Gironda participaron de la indecision, del entusiasmo, del patriotismo y de los arrepentimientos de sus representantes; pero la noticia de la guerra ahogó bien pronto las recriminaciones recíprocas, realizándose las profecías de Salles, de Brissot y de Vergniaud. Europa, atraída por las doctrinas de la libertad, retrocedía á la vista del cadalso de un rey, y juzgaba este suplicio con la imparcialidad de la distancia. Las negociaciones, tan hábilmente principiadas por Dumouriez, Brissot, Danton y el ministro Lebrun, y tan perfectamente acogidas por Prusia, se cortaron, ántes de estar del todo anudadas, por el hierro de la guillotina.

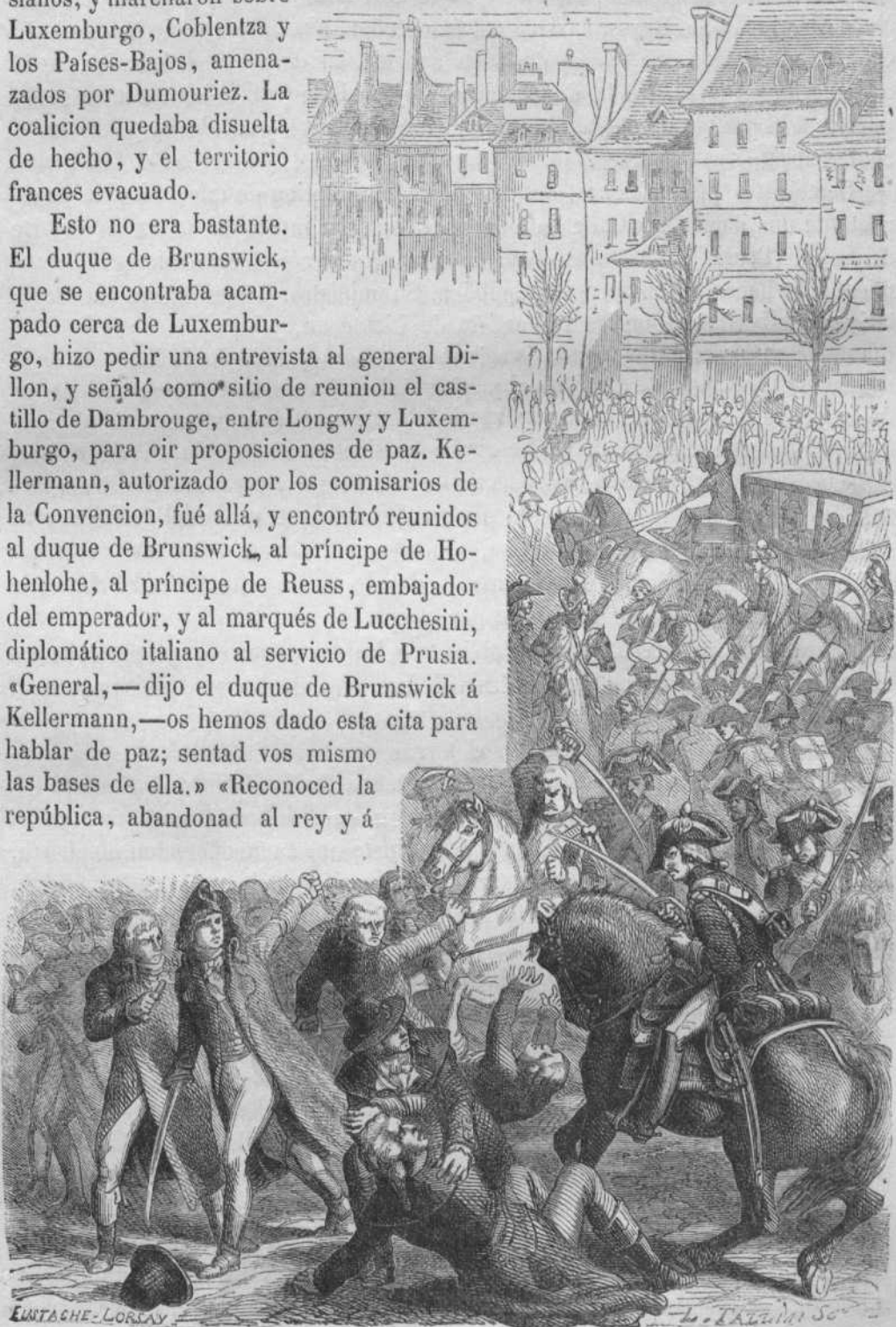
Dirijamos una mirada sobre el estado de estas negociaciones y sobre la disposicion de los gabinetes de Europa respecto de la revolucion francesa, en el momento en que la muerte de Luis XVI decidió la segunda coalicion.

Despues del combate de Valmy y de la marcha de Dumouriez á Paris, dejamos al ejército coligado, bajo las órdenes del rey de Prusia y del duque de Brunswick, volviendo á repasar en desórden los desfiladeros del Argonne, y replegándose sobre Verdun y Longwy. Todo anunciaba una inteligencia secreta entre los prusianos y los franceses. Kellermann, que queria perseguir, recibió dos veces de los comisionados la orden para dejar paso al enemigo.

Cualquiera marcha del ejército frances, calculada por la del ejército prusiano, se señalaba en las entrevistas que tenian los jefes de los cuerpos opuestos. Se entabló una conferencia á media legua de Verdun, en medio del campo, entre los generales Labarolliere y Galbaud de una parte, y el general Kalkreuth y el duque de Brunswick de otra. El motivo era la restitution de Verdun sin combate al ejército frances. Nuestros generales tuvieron la arrogancia de una causa nacional; el alma de la Convencion habia pasado á los campamentos. «¡Nacion admirable!—dijo el duque de Brunswick.—Apénas se ha declarado república, toma ya el lenguaje de los republicanos de la antigüedad.» Habiendo contestado Galbaud que los pueblos se pertenecian, y podian escoger el gobierno que los engrandeciese más ó que los defendiese mejor, el duque se excusó humildemente de los términos de su manifiesto, y dijo que eran protocolos de amenazas que se arrojaban á los pueblos para intimidarlos ántes del combate, pero cuyo valor apreciaban los hombres inteligentes. «No disputo de ningun modo á la nacion francesa—continuó—el derecho de arreglar sus negocios; sólo pregunto: ¿ha escogido la forma que conviene mejor á su carácter? Ved ahí la inquietud y la duda de Europa. Al adelantarme en Francia, no tenia otro deseo que el de contribuir á restablecer en ella el órden.» Galbaud respondió que el órden establecido por un extranjero se llama servidumbre en todos los pueblos. Se convino en esperar las órdenes del rey de Prusia sobre la rendicion de Verdun. Se sacrificó mutuamente á los emigrados, por horror á un partido y por sospecha á otro. «Continuad ambos en servir bien á vuestra patria,—dijo el duque de Brunswick á los dos generales al separarse de

ellos,—y creed que á pesar de los términos del manifiesto, no se puede menos de apreciar á los guerreros que aseguran la independencia de su país.» Verdun fué entregado, y entró el general Valence. En la altura de Longwy, los de Hesse y los austriacos, que hacian parte del ejército combinado, se separaron de los prusianos, y marcharon sobre Luxemburgo, Coblentza y los Países-Bajos, amenazados por Dumouriez. La coalicion quedaba disuelta de hecho, y el territorio frances evacuado.

Esto no era bastante. El duque de Brunswick, que se encontraba acampado cerca de Luxemburgo, hizo pedir una entrevista al general Dillon, y señaló como sitio de reunion el castillo de Dambouge, entre Longwy y Luxemburgo, para oír proposiciones de paz. Kellermann, autorizado por los comisarios de la Convencion, fué allá, y encontró reunidos al duque de Brunswick, al príncipe de Hohenlohe, al príncipe de Reuss, embajador del emperador, y al marqués de Lucchesini, diplomático italiano al servicio de Prusia. «General,—dijo el duque de Brunswick á Kellermann,—os hemos dado esta cita para hablar de paz; sentad vos mismo las bases de ella.» «Reconoced la república, abandonad al rey y á



los emigrados, no os mezcleis ni directa ni indirectamente en nuestros asuntos interiores, y la paz será muy fácil»,—respondió Kellermann. «Pues bien,—dice el duque,—nosotros nos retiraremos.» «Pero ¿quién pagará los gastos de la guerra?—preguntó con arrogancia Kellermann.—Porque yo creo que habiendo el emperador sido el agresor, los Países Bajos austriacos deben indemnizar á Francia.» El príncipe de Reuss, enviado del emperador, hizo un movimiento que indicaba la admiración que le causaba tanta audacia. El duque de Brunswick fingió no notarlo. «Anunciad á la Convencion—dijo á Kellermann—que estamos dispuestos á la paz, y que puede nombrar plenipotenciarios y señalar el punto de las conferencias.»

Semejantes proposiciones, despues de la humillacion de una retirada, y respecto de una nacion separada de toda la diplomacia, indicaban bastante de parte del rey de Prusia el arrepentimiento de una demostracion temeraria, y el pensamiento de hacer alianza con la república. Su ministro Haugwitz, su secretario íntimo Lombard, su querida la condesa de Lichtenau, y Lucchesini sobre todo, que tenia en los consejos toda la gracia del cortesano y toda la insinuacion de la astucia, le inclinaban de concierto al partido de las negociaciones, que son el campo de la intriga. Lucchesini, cada vez más influyente en Prusia, y que tenia el genio de la diplomacia italiana, debia buscar las ocasiones de ejercerla. Si el gabinete austriaco tiene la paciencia germánica por carácter, el maquiavelismo, transperchado en Alemania por Federico, ha sido con frecuencia el genio del gabinete prusiano. Lucchesini, nacido en Toscana, educado en Berlin, acostumbrado desde la infancia á los disimulos de la diplomacia, dotado por la naturaleza del deseo de agradar y seducir, era el hombre mejor preparado por las circunstancias para mezclarse entre una revolucion republicana y las monarquías, y para anudar los hilos del egoísmo prusiano á todas las políticas, sin entregarse definitivamente á ninguna.

Estas negociaciones atestiguaban el terror que habia infundido en toda Alemania la retirada del ejército combinado. Esta retirada delante de fuerzas tan desiguales y despues de manifestos tan amenazadores, no podia explicarse por sí misma, pareciéndose más á un manejo de gabinete que á una operacion de guerra. De dos cosas una: era necesario dudar del genio militar del duque de Brunswick, ó de su sinceridad. De lo primero no se dudaba; se buscaban las causas ocultas de sus agitaciones y de su lentitud, demasiado parecidas á la traicion. Un motivo más serio y más oculto aún parecia que habia obrado en las inexplicables resoluciones del duque de Brunswick. Pitt no queria la guerra, y el duque se habia casado con la princesa Augusta, hermana de Jorge III, rey de Inglaterra; por lo tanto, era un cliente de la Gran Bretaña. Aspiraba, con la pasion de un padre y con la ambicion de un soberano, á que su hija se casase con el heredero del trono de Inglaterra. Pitt, que conocia aquella ambicion de la corte de Brunswick, la aduló é hizo que aquel matrimonio fuese el precio de las complacencias políticas y militares á voluntad del gabinete de Lóndres. El duque cedió, detuvo la marcha de la guerra, dió oídos á la paz, desanimó al rey de Prusia, y vino á ser él mismo el Ulises de la coalicion, que le habia nombrado su Agamenon. Sus astucias perdieron lo que su espada habia prometido hacer triunfar.

V

Entre tanto que estas sordas negociaciones desconcertaban al Austria y preparaban la Alemania del Rhin á la idea de fraternizar bien pronto con Francia, la temeridad feliz pero importuna de un general frances vino á la vez á cubrir de gloria las armas republicanas, á asustar á Prusia y á forzar al imperio, aún indeciso, á declarar la guerra á Francia: queremos hablar de la expedicion de Custine.

El conde Adam Philippe de Custine era uno de esos generales del antiguo ejército que habian ido á respirar en América el aire de la libertad, y que habian vuelto con Lafayette, republicanos de corazon, aunque aristócratas de sangre. Casi aleman, nacido en Metz de una familia ilustre, propietario de una inmensa fortuna, coronel de dragones á los veintiun años, discípulo del gran Federico en sus últimas guerras, fanático por la táctica prusiana, celoso hasta la aspereza de la disciplina, habia visto con embriaguez que la revolucion, dividiendo á Europa en dos campamentos, ofrecia á los militares de su grado y de su ciencia la ocasion de igualarse á los héroes antiguos, salvando la patria. Ademas, Custine tenia por la causa republicana aquel entusiasmo casi místico que el carácter aleman imprime á las opiniones. La revolucion para él era un ideal sublime al que todas las naciones debian aspirar, siendo muy bello para Francia llevar la bandera en la punta de sus bayonetas. Su valor personal tenia á la vez la calma germánica y la alegría francesa. El fuego era su elemento, el caballo su lecho de descanso, la carga su reposo. Un dia que su ayudante de campo Baraguay d'Hilliers, á caballo á su lado, le leia un despacho en medio del fuego, una bala atraviesa el papel. El ayudante mira á su general y se detiene. «Continuad, —dice Custine; —la bala sólo habrá llevado una palabra.»

Custine, nombrado miembro de la Asamblea constituyente por la nobleza de Metz, se afilió desde el primer dia en el partido del pueblo. Desde el principio de la guerra sirvió á las órdenes de Biron en el Norte y en el Rhin. Nombrado por fin general en jefe despues del 10 de Agosto, se impacientaba con aquella guerra de campamentos, que daba tan poco vuelo al talento y tan pocos azares á la gloria. Creia que el movimiento era lo principal del arte militar, y que en lugar de esperar la fortuna de la revolucion en las fronteras, Francia debia ir á tantearla en los territorios y en las capitales de sus enemigos. Nacido general como Dumouriez, adivinaba como Napoleon la guerra de la revolucion.

Mandaba Biron en Alsacia cuarenta y cinco mil hombres, y esperaba ademas veinte mil voluntarios de los departamentos del Este y del Mediodia, diseminados en las llanuras del Rhin. Este ejército formaba muchos pequeños campamentos á propósito para observar, pero inhábiles para obrar. Los austriacos y los emigrados, á las órdenes de Erbach, de Estherhazy y del príncipe de Condé, formaban enfrente un cordon sin unidad y sin concentracion, que cubria el Brisgaw, y descuidaba fortificar á Maguncia, llave de Alemania.

Custine vió de una ojeada el sitio por donde podia penetrar en aquellas provincias. Estaba acampado en las inmediaciones de Landau con diez y siete mil hombres. Unido en Paris con los jefes del partido jacobino, mientras que Dumouriez se apoyaba en el de los girondinos, estaba seguro de que los clubs le perdonarian

fácilmente la temeridad de una empresa que respondiese á su impaciencia, más que las calculadas contemporizaciones de Dumouriez. No se inquietó por desconcertar de este modo las negociaciones que se anudaban entre Kellermann y el duque de Brunswick, ni de impulsar á Prusia á una guerra desesperada en el momento en que se inclinaba á la paz. Pensó en un golpe brillante, en la gloria que el feliz éxito de una invasion repentina daría á su nombre, en la popularidad que la toma de algunas capitales extranjeras daría á la guerra, en el terror que un golpe dado tan lejos imprimiría en el centro de Alemania, y en la propagacion de las ideas revolucionarias que fermentaban en los electorados, y que encendería el primer cartucho frances.

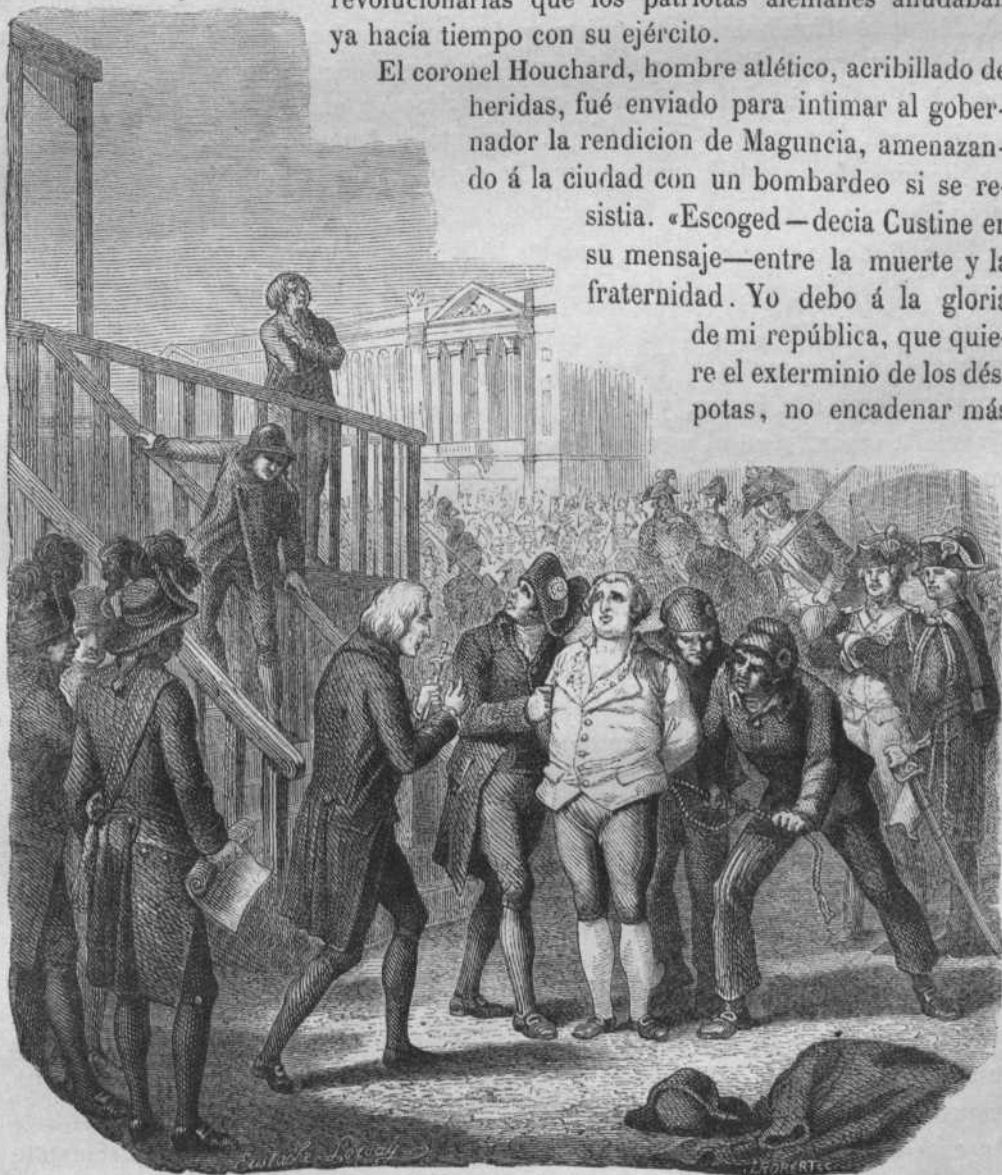
Una imprudencia del enemigo decidió á Custine. El conde de Erbach, que mandaba diez mil austriacos enfrente del ejército frances, recibió la orden de reemplazar el ejército del príncipe de Hohenlohe, que estaba delante de Thionville. Con este movimiento, Spira, almacen de los coligados, quedaba descubierto, bajo la proteccion de sólo mil austriacos y de dos mil maguncianos mandados por el coronel Winkelmann. Custine se lanza sobre Spira, y Winkelmann, formado en batalla con sus tres mil hombres delante de la ciudad, se esfuerza en vano por defenderla. La artillería de Custine anonada aquellos defensores sin murallas, y corren en derrota hácia el Rhin, donde Winkelmann habia preparado embarcaciones por pasar el rio. Los barqueros, asustados con el cañoneo, habian abandonado sus barcas y huido al otro lado. Acosados por los franceses, y sin poder pasar el rio, son hechos prisioneros Winkelmann y sus tres mil hombres; éste era el resultado más bello que la guerra habia dado á los franceses desde que se habia declarado. Custine entra en Spira, se apodera de las municiones y de cuanto tenia allí el enemigo; marcha sobre Worms, y hace que resuene el ruido de sus conquistas en la tribuna de la Convencion y en los clubs de los Jacobinos de todo el reino. La revolucion, que comprende mejor el número de las ciudades conquistadas que los vastos y sabios planes de Dumouriez, proclama á Custine el general de sus conquistas. En tres dias su nombre aumenta un siglo de popularidad, y se embriaga él mismo con la noticia, que le llega por las felicitaciones de los jacobinos. Desdeña obedecer ó ligar sus operaciones con Biron y Kellermann; se aísla, entra en el Palatinado, y se atreve á concebir la conquista de Maguncia, cuyas puertas le abría la propaganda ántes que su cañon.

Estaba minada aquella parte de Alemania por la filosofía francesa, bajo el influjo de los príncipes eclesiásticos que la poseian. La teocracia de los obispos soberanos y la aristocracia de estas feudalidades sagradas acumulaban sobre aquellos gobiernos el doble odio de los pueblos contra una doble dominacion. El estruendo de las tribunas francesas habia conmovido las imaginaciones de la juventud alemana en las universidades, donde todas las ideas eran del partido de Francia. Servir la causa de la revolucion era para los pensadores alemanes servir la causa de la humanidad. Hacer traicion á los príncipes, tiranos de la inteligencia y del pueblo, era emancipar el espíritu humano y la libertad. Ni la conquista humillaba, porque se parecia á dar la libertad. La bandera tricolor era el estandarte de la filosofía en todo el universo; tal era la opinion que esperaba á Custine en el Palatinado.

Los príncipes de la Suabia y de la Franconia, exceptuando el arzobispo de

Tréveris, conocían aquellas disposiciones de sus pueblos, y habían afectado hasta entonces una prudente neutralidad respecto de Francia. El elector palatino de Baviera, el duque de Wurtemberg y el margrave de Baden habían rehusado sus territorios para que se reuniesen los emigrados. El arzobispo elector de Maguncia había prestado su tropas al emperador, y su gobierno, más dulce que el de los príncipes sus vecinos, era ménos detestado del pueblo; pero Maguncia, ciudad enteramente eclesiástica, especie de Roma alemana, en donde un innumerable clero vivía ocioso en medio del lujo y del desórden público de las costumbres, se prestaba más que cualquiera otra capital á las recriminaciones contra el reino de la Iglesia, y hacía desear con más ardor al pueblo la ruina de aquella soberanía. A los primeros pasos que dió Custine entre el Mosela y el Rhin, los partidarios de las nuevas ideas corrieron al cuartel general, llevando al comandante en jefe frances el secreto deseo de las poblaciones y los primeros hilos de las inteligencias revolucionarias que los patriotas alemanes anudaban ya hacia tiempo con su ejército.

El coronel Houchard, hombre atlético, acribillado de heridas, fué enviado para intimar al gobernador la rendición de Maguncia, amenazando á la ciudad con un bombardeo si se resistía. «Escoged — decía Custine en su mensaje — entre la muerte y la fraternidad. Yo debo á la gloria de mi república, que quiere el exterminio de los déspotas, no encadenar más



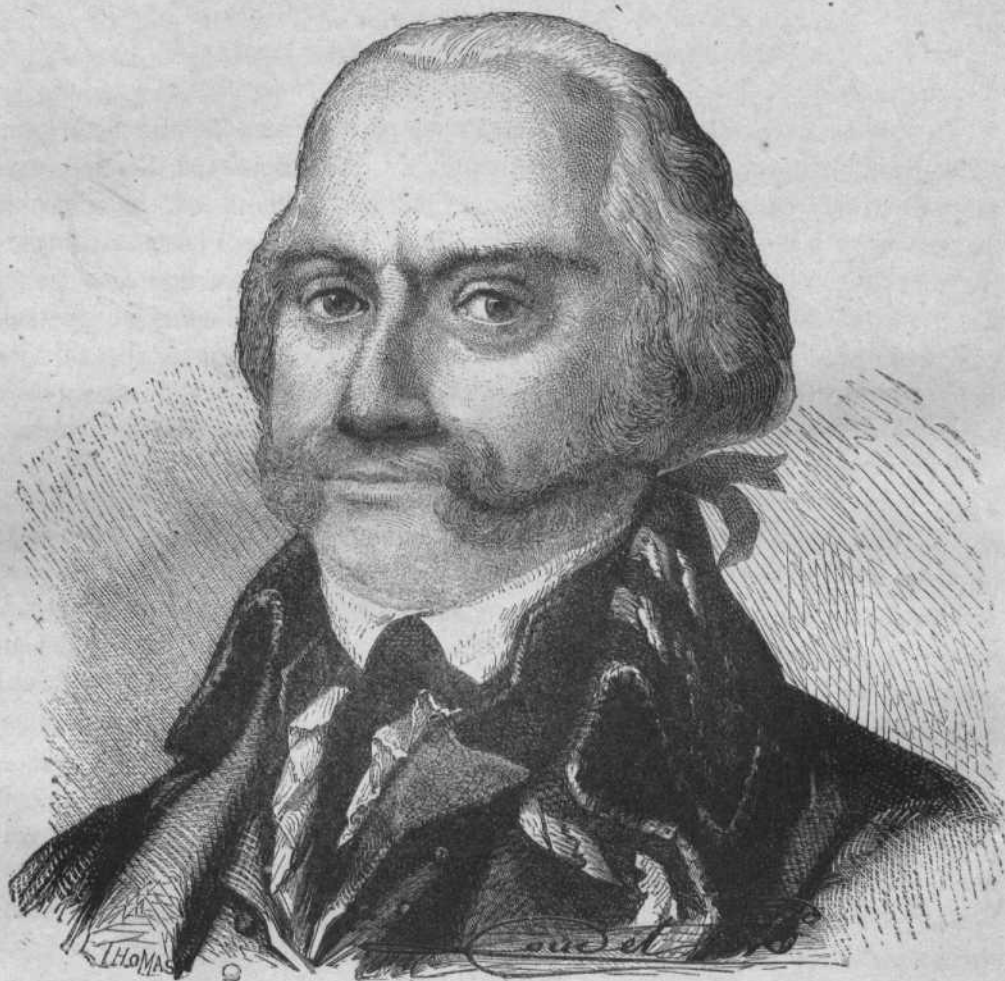
Luis XVI al pié del cadalso.—Pág. 311.

el ardor de mis soldados.» Maguncia pedía se reconociese su neutralidad por precio de su rendicion. Custine se negó á prejuzgar nada de lo que resolviese la república, pero juró que Francia no queria otra conquista que la de la libertad de los pueblos, y las puertas se abrieron.

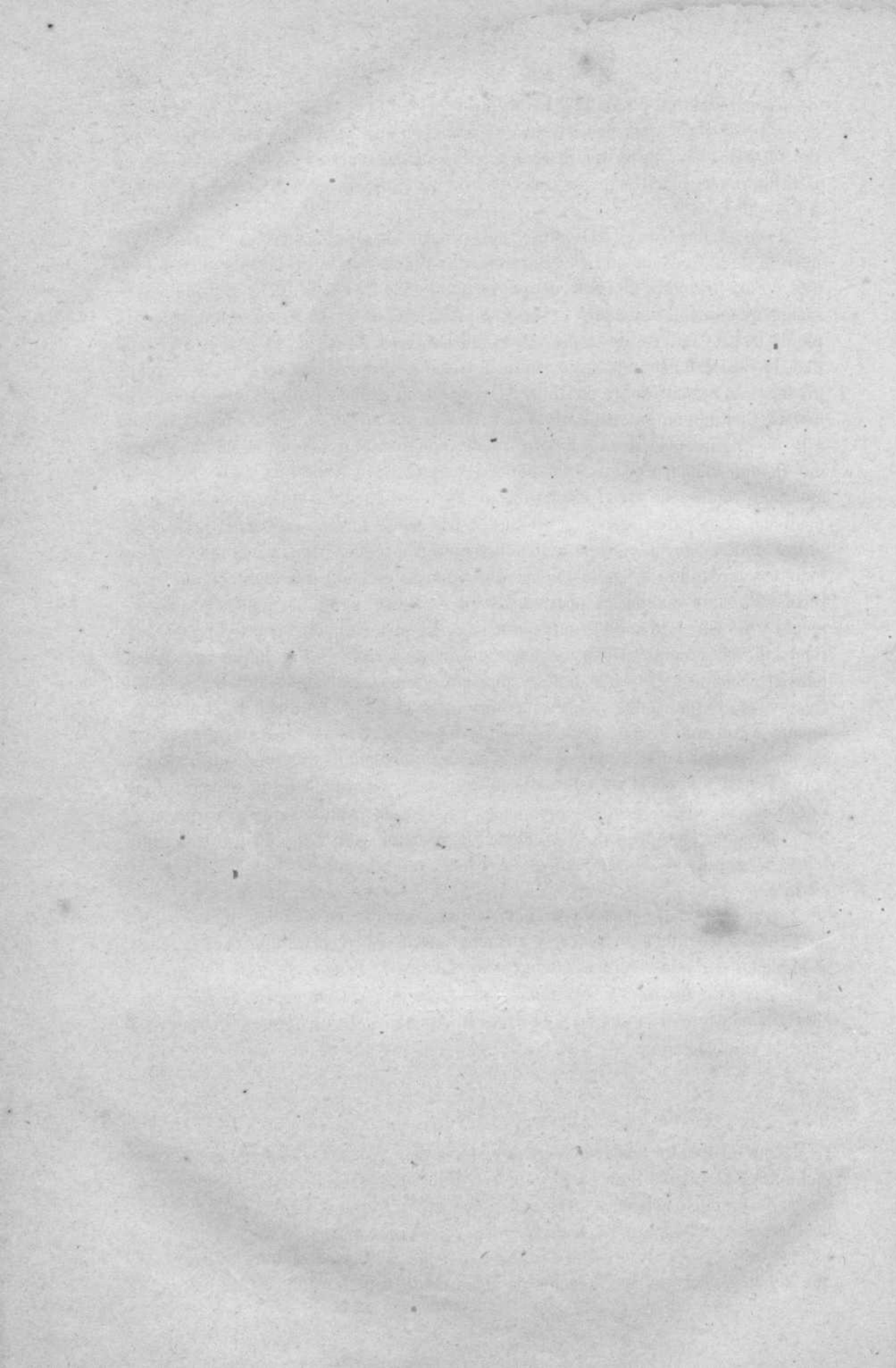
VI

Resonó en Alemania y en el campamento del rey de Prusia la toma de Maguncia como el estruendo de la misma Alemania que se desmoronaba. Custine, exagerando en sus partes á la Convencion los obstáculos militares que habia tenido que vencer, y transformando las negociaciones en asaltos, llevó hasta el entusiasmo entre los jacobinos un triunfo que era el de nuestras ideas mucho más que el de sus armas. Entró en Maguncia más bien como un apóstol que como un general, y fomentó allí el foco revolucionario con que queria incendiar á Alemania. Se olvidó con el triunfo de su conquista, y descuidó apoderarse de Coblenza y de la temible fortaleza de Ehrenbreitstein, que estaba entónces desarmada. Esta indecision de Custine impidió á Francia que recogiese en un ejército entero destruido ó prisionero de guerra el fruto del pensamiento de Dumouriez. En vez de ceder á los consejos de su estado mayor, que le mostraba á Ehrenbreitstein y Coblenza como las horcas caudinas de la coalicion, Custine se dejó arrastrar á la ocupacion de Francfort por el cebo de los grandes tributos que recogeria en aquella ciudad, capital de las riquezas comerciales de Alemania. Sin ninguna declaracion de guerra, el teniente de Custine se presentó el 22 de Octubre á la cabeza de una vanguardia á las puertas de Francfort, y pidió entrar. Los magistrados parlamentaron, cedieron á la fuerza, y Custine pidió una contribucion de cuatro millones. Francfort, ciudad neutral y republicana, no daba más pretexto á aquella violencia que su debilidad. Aquellos despojos marchitaron la popularidad de nuestros primeros triunfos al otro lado del Rhin.

Despues de la ocupacion de Francfort, Custine envió sus destacamentos y sus proclamas contra las posesiones del landgrave de Hesse. «Pueblos de Alemania,—decia en sus manifiestos el general francés,—declaraos. La reunion de las naciones sea un ejemplo aterrador para todos los déspotas, y una consoladora esperanza para todos los pueblos que gimen bajo el yugo de la tiranía. Y tú, monstruo,—dice dirigiéndose al soberano mismo,—monstruo sobre quien se habian reunido desde hace mucho tiempo, semejantes á nubes negras, presagios de la tempestad, las maldiciones de la nacion alemana: tus soldados, de quienes has abusado, te entregarán á la justa venganza de los franceses. No les escaparás. ¿Cómo sería posible que se hallase un pueblo que concediese asilo á un tirano como tú?» Era la tribuna de los Jacobinos, resonando al otro lado del rio por la boca de un general francés. Custine, con su audacia, con su lenguaje, con su exterior marcial y popular, se miraba como el propagador armado de los principios republicanos; pero la expoliacion de Francfort quitaba á sus palabras todo lo que tenian de seductoras. Alemania, que abria sus brazos al libertador, no queria un conquistador y ménos un expoliador. El entusiasmo encendido por las doctrinas francesas se amortiguó bajo los piés de los soldados. El rey de Prusia, justamente alarmado por la invasion de Alemania, renunció con todo ahinco el pensamiento



CUSTINE.



de separarse de la coalicion y hacer pactos con Francia; se puso de acuerdo con el duque de Brunswick, igualmente irritado por tanta audacia, y con los príncipes del imperio. Cincuenta mil prusianos y hessianos, reunidos con precipitacion en la orilla derecha del Lahn, se concentraron para operar contra Custine y libertar á Francfort.

Todo el imperio se conmueve; las proclamas republicanas de Custine y el decreto de la Convencion aparecen como otras tantas declaraciones de guerra á los ojos de los príncipes de la Germania, respondiendo á ellas la Dieta con una declaracion unánime de guerra á Francia. Aquélla ordena se haga un contingente triple de tropas, esto es, de ciento veinte mil hombres. El rey de Prusia, en su calidad de elector de Brandeburgo, anuncia tres dias despues que va á hacer marchar un segundo ejército sobre el Rhin. Al ver aquella explosion de las soberanías alemanas, Custine, omnipotente en la Convencion por medio de los jacobinos, manda á Biron que le envíe de Alsacia un refuerzo de doce mil hombres. Manda al mismo tiempo á Beurnonville, que habia reemplazado á Kellermann en el Mosela, marche á reunírsele por el electorado de Tréveris. Mientras se llevan á cabo estas medidas, el ejército prusiano y un cuerpo frances se forman en batalla junto á los muros de Francfort, como para disputarse aquella presa. Quedan dos mil hombres inactivos y expuestos en la ciudad, se aguarda el combate; pero el duque de Brunswick, que manda los prusianos y los de Hesse, continúa negociando sordamente y previniendo todo choque decisivo. El jóven diplomático Felipe de Custine, hijo del general en jefe, tiene una entrevista secreta con el duque de Koenigstein; el príncipe y el negociador se conocian desde hacía mucho tiempo. El jóven Custine era el que habia llevado un año ántes al duque de Brunswick el ofrecimiento del mando general de los ejércitos franceses. Ambos sabian ocultar pensamientos secretos bajo los papeles oficiales que representaban. Compromisos serios entre Prusia y Francia no entraban en las miras del duque de Brunswick. Custine, negociador más prudente que su padre, queria, como Danton y los girondinos, conservar siempre una posibilidad de reconciliacion entre Prusia y la república. El resultado de esta entrevista prueba el pensamiento de los dos negociadores.

Los franceses evacuaron á Francfort. Esta retirada sin combate de un campo de batalla escogido á su placer y atrincherado, y aquel abandono de Francfort, se explican por estas secretas inteligencias. El rey de Prusia, siempre inclinado á la paz con Francia, queria sólo aquello que fuese indispensable para no hacer traicion á la causa de los tronos y á la causa de Alemania. Los franceses querian contentarle combatiéndole.

VII

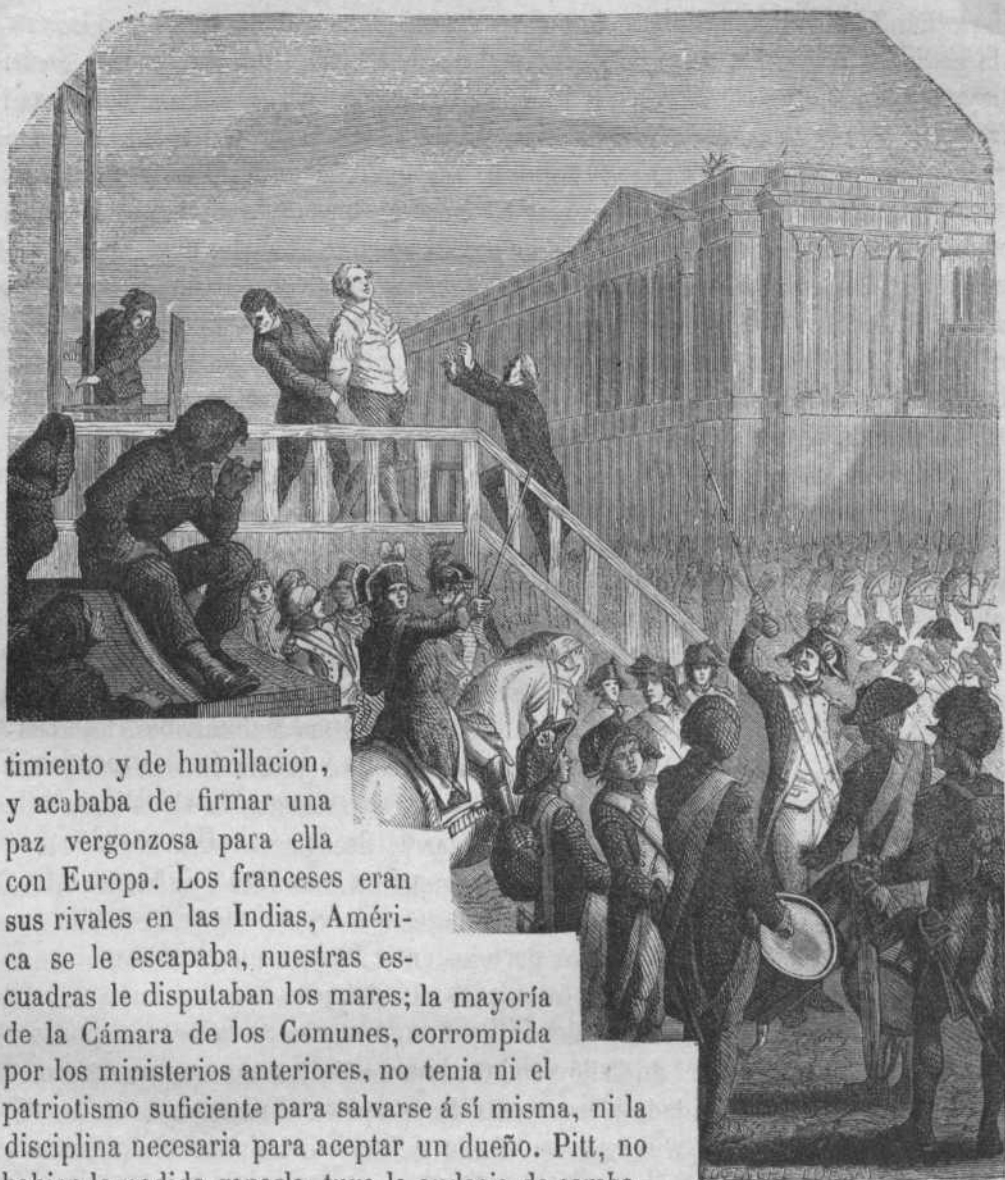
Habia favorecido hasta entónces Inglaterra con sus deseos el movimiento revolucionario. El pueblo inglés y el gobierno británico parecian estar de acuerdo en desear la fundacion de la libertad constitucional en Paris: el pueblo inglés, porque la libertad es su naturaleza y porque tiene por causa propia la causa popular en todo el universo; y el gobierno británico, porque la libertad es borrascosa y porque las tormentas que la fundacion de la libertad debia inevitablemente suscitar en

Francia, y por Francia en todo el continente, no podían ménos de abrir á la intervencion diplomática de Inglaterra una carrera más vasta é influencias más decisivas en los negocios de Europa. Sin duda tambien un cierto sentimiento de venganza nacional debia regocijar al gabinete de Lóndres al ver las agitaciones de París, los apuros del trono y la precipitada decadencia de la casa de Borbon. Además de la larga rivalidad que hacía, desde ya tres siglos, de Inglaterra y de Francia los dos contrapesos decisivos del mundo, estaba en la naturaleza del corazon humano que el gabinete de Lóndres viese con satisfaccion abatirse y desmoronarse en la persona de Luis XVI un soberano que habia enviado socorros á América, cuando la guerra de su independencia.

A estos motivos de satisfaccion secreta del gabinete inglés preciso es añadir el temor que la marina francesa inspiraba á los ingleses en los mares y en sus posesiones de las Indias Orientales. La marina francesa debia debilitarse durante una crisis revolucionaria, que emplearia todas las fuerzas y todos los tesoros de Francia sobre el continente. Sin embargo, el gabinete de Lóndres habia conservado hasta entónces una actitud de observacion y de neutralidad más bien favorable que hostil á la revolucion. No sólo exigia esta actitud el temor de que una gran coalicion de las monarquías del continente triunfase sin ella de Francia y la borrara del mapa de las naciones, sino que se la imponia tambien aquel poder de la opinion que reina más que los reyes en los países libres, y que toma á las claras partido por el pueblo contra la monarquía absoluta y la iglesia destronadas. El odio al catolicismo no era ménos popular en Inglaterra que el amor de la libertad política: aquel pueblo de pensadores miraba como la causa de Dios y del espíritu humano una revolucion que emancipaba los cultos y la razon. Sin embargo, la aristocracia inglesa principiaba desde la muerte del rey á fraternizar con la emigracion francesa, y se formaban dos partidos en el Parlamento británico.

Estos dos partidos estaban representados por dos jefes que les hacian luchar con su elocuencia en el Parlamento: Pitt y Fox. Un tercer orador, tan poderoso por el genio, por la pluma y por la palabra, habia tenido algun tiempo indecisa la balanza entre los dos; principiaba á separarse de la causa popular, á medida que se manchaba con la anarquía y con la sangre, y á afiliarse al lado de la aristocracia y del trono: era Burke. La influencia personal de los individuos es tal en los países verdaderamente libres, que estos tres hombres agitaban ó pacificaban á Inglaterra con un solo movimiento de su imaginacion.

Pitt, entónces de edad de treinta y tres años, gobernaba ya hacía diez su país. Hijo del más elocuente de los hombres de Estado modernos, lord Chatham, Pitt, segun ya hemos visto, recibió como por derecho de herencia de genio en su familia facultades tan grandes como las de su padre. Si el primero, Chatham, tenia la inspiracion, el segundo tenia el carácter de gobierno. Ménos á propósito para seducir, pero más para dirigir; ménos elocuente, pero convenciendo más que su padre, Pitt personificaba mejor que nadie en él aquella voluntad orgullosa, paciente y continua de una aristocracia reinante que defiende su poder y que prosigue en su grandeza con una obstinacion que recuerda la eternidad del senado de Roma. Pitt se habia apoderado del gobierno en uno de aquellos momentos desesperados en que la ambicion que conduce al poder se parece al patriotismo que se lanza á una brecha para perecer ó salvar la patria. Inglaterra estaba en el último grado de aba-



Ejecucion de Luis XVI.—Pág. 311.

timiento y de humillacion, y acababa de firmar una paz vergonzosa para ella con Europa. Los franceses eran sus rivales en las Indias, América se le escapaba, nuestras escuadras le disputaban los mares; la mayoría de la Cámara de los Comunes, corrompida por los ministerios anteriores, no tenía ni el patriotismo suficiente para salvarse á sí misma, ni la disciplina necesaria para aceptar un dueño. Pitt, no habiendo podido ganarla, tuvo la audacia de combatirla y la felicidad de vencerla, haciendo un llamamiento á la nacion. La nueva Cámara se sometió á él, y en diez años habia pacificado las Indias, reconquistado diplomática y comercialmente la América, templado la irritacion sediciosa de Irlanda, restablecido la hacienda, concluido con Francia un tratado de comercio que imponia á la mitad del continente el tributo de los consumos ingleses, y en fin, arrancó á Holanda á la proteccion de Francia, é hizo de las Provincias Unidas un apéndice de la política británica en tierra firme. Su país, reconocido, aplaudia su administracion y tenia una entera confianza en la mano que tanto habia levantado la nacion. Los sentimientos personales de Pitt respecto de la revolucion francesa, aunque poco favorables á las agitaciones democráticas, que son las tormentas de los hombres de Estado, hasta entónces nada habian influido en su política. Nunca turbaban las pasiones su inteligencia, ó más bien habia convertido todas sus pasiones en una sola, que era la grandeza de su país. Jorge III, amigo de Luis XVI, no hubiera

permitido á su ministro declarar la guerra á Francia en un momento en que aquélla podia complicar los apuros del rey que amaba. Es falso que el gobierno inglés haya suscitado á precio de oro los tumultos revolucionarios de Paris: la libertad francesa, áun en sus convulsiones más terribles, jamás tuvo necesidad de ser pagada por Inglaterra. El alma de Jorge III, de lord Stafford, del canceller Thurlow y del mismo Pitt hubiera repugnado emplear tan vergonzosas excitaciones contra un soberano que tenia que lidiar con su pueblo. Empero Pitt no hubiese sacrificado á su conmiseracion por Luis XVI un minuto ó una ocasion que se ofreciese á la fortuna de su país. Preveia esta ocasion, tenia el presentimiento de la caida más ó ménos próxima de un trono minado por tantas pasiones desencadenadas; sabía que los principios de la revolucion francesa inspiraban tanto temor como antipatía al rey y á la masa de la aristocracia de Inglaterra; se preparaba á la guerra para el tiempo en que le pareciese quererla el rey, sin desearla ni adelantarla. Este tiempo se acercaba, y Burke lo decia ya en el Parlamento.

Ya se ha visto que los constitucionales y los girondinos, Brissot y Narbona, de acuerdo sobre un mismo pensamiento, enviaron diez y ocho meses ántes de esta época á Mr. de Talleyrand á Lóndres, para recordar la revolucion de 1688 y ofrecer á Pitt la renovacion del tratado de comercio de 1786. A este precio, Luis XVI, los constitucionales y los girondinos esperaban comprar, si no la alianza, al ménos la neutralidad del gabinete inglés. Estos dos partidos, los constitucionales y los girondinos, que querian entónces la guerra con el continente para dirigir hácia las fronteras las tormentas que amenazaban la Constitucion de Paris, tenian necesidad de neutralizar á Inglaterra. Escogieron para negociar con Pitt el diplomático más aristócrata y seductor entre los hombres que habian abrazado la causa moderada de la revolucion. Madame de Staël habia decidido esta eleccion, que era feliz.

VIII

Empezaba entónces Mr. de Talleyrand á ocuparse de los asuntos que ha manejado, anudado y desanudado despues sin interrupcion durante más de medio siglo, y que sólo abandonó á su muerte. Tenia treinta y ocho años. Su delicado y fino rostro revelaba en sus ojos azules una inteligencia luminosa pero fria, cuya lucidez jamás turbaban las agitaciones del alma. La elegancia de su crecida estatura apenas era alterada por una deformidad corporal; cojeaba un poco, pero esta enfermedad se parecia á una indecision voluntaria de la postura de su cuerpo. Su destreza sabía cambiar en gracias hasta los defectos de la naturaleza. Este solo vicio de conformacion le impidió entrar en la carrera de las armas, á la que le llamaba su elevado nacimiento. Su talento fué la única arma que pudo emplear para abrir á su nombre una carrera en el mundo. Se habia enriquecido, pulido y aguzado para los combates de la ambicion ó para las conquistas de la inteligencia. Su voz era grave, dulce y sonora como la emocion oculta de una confidencia. Se conocia, al oirle, que era el hombre que hablaria mejor al oido de todas las potencias, pueblos, tribunos, mujeres, emperadores y reyes. Algo de sardónico en su sonrisa se mezclaba en sus labios á un visible deseo de seduccion; aquella sonrisa parecia indicar en él una segunda intencion de burlarse de los hombres agradándolos ó gobernándolos.

Nacido de una familia que habia sido soberana de una provincia de Francia ántes de la unidad del reino, y que ahora adornaba el trono, Mr. de Talleyrand habia sido dedicado á la Iglesia, como un estorbo indigno de la corte, para esperar allí las más altas dignidades del episcopado y cardenalato. Obispo de Autun, resto de la ciudad romana oculta en los bosques de Borgoña, el jóven prelado desdeñaba su silla; le repugnaba el altar, y vivia en Paris en medio de la disipacion y los placeres, en que la mayor parte de los eclesiásticos de su edad y de su rango consumian las inmensas dotaciones de su iglesia. Unido con todos los filósofos, amigo de Mirabeau, presintiendo muy próxima una revolucion cuyas primeras sacudidas harian caer la religion de que él era prelado, estudiaba la política, que iba á llamar á todas las grandes inteligencias á destruir y reedificar los imperios.

Elegido miembro de la Asamblea constituyente, desertó á propósito, pero con miramiento, de las opiniones y las creencias arruinadas, para pasarse al partido de la fuerza y del porvenir. Habia conocido que un nombre aristocrático y opiniones populares eran un doble poder, que necesitaba combinar hábilmente en su persona á fin de imponer á los unos por su rango y á los otros por su popularidad. Habia dejado su sacerdocio como un recuerdo importuno y como un traje incómodo; trataba de entrar en la revolucion por cualquiera puerta oculta. La medida y la reserva un poco tímida de su talento, que sólo tenia audacia en el gabinete y para la concepcion de pacientes designios, no le permitia subir á la tribuna, donde la palabra enérgica reinaba entónces. Mr. de Talleyrand se inclinó á la diplomacia, donde la habilidad y el manejo debian reinar siempre. La amistad de Mirabeau habia arrojado al morir sobre Mr. de Talleyrand uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que sólo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyes, imprimia cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabía explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aún más profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y ésta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion, y sus verdades no eran más que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, éstos no eran á sus ojos más que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Tronos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastía, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un dia más que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural que coloca al hombre de Estado encima

de la inconstancia de los acontecimientos, y le da la actitud de dominar lo mismo que le levanta. En el fondo no es más que el sofisma de la verdadera grandeza de alma. Esta aparente burla de los acontecimientos debe principiarse por la abdicación de sí mismo, porque para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, es preciso que el hombre separe las dos cosas que hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad á sus compromisos y la sinceridad de sus convicciones; es decir, la mejor parte de su corazón y de su alma. Servir á todas las ideas, es probar que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entonces con el nombre de ideas? A su propia ambición. Es aparecer á la cabeza de las cosas é ir tras de ellas. Estos hombres son los aduladores, y no los auxiliares de la Providencia. Sin embargo, Mr. de Talleyrand adivinó desde la aurora de la revolución que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y fué fiel á este pensamiento hasta su último día.

El decreto de la Asamblea que prohibía á sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo hasta después de cuatro años de haber dejado de formar parte de la Representación nacional, prohibía á Mr. de Talleyrand ser el negociador nombrado. Se dieron las credenciales á Mr. de Chauvelin, hombre de corte popularizado por un celo tumultuoso contra ella; pero se dió el secreto, las instrucciones y las negociaciones á Mr. de Talleyrand. Una carta confidencial escrita por Luis XVI al rey de Inglaterra, decía á Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene á dos reyes que han marcado su reinado por un deseo continuo de la felicidad de su pueblo formar entre sí lazos que llegarán á ser tanto más sólidos cuanto más se ilustre el interés de las naciones». Mr. de Talleyrand fué presentado á Mr. Pitt; empleó con él todo cuanto la adulación indirecta y la gracia flexible podían producir para interesar el genio de aquel grande hombre en la ejecución del plan de alianza que deseaba hacerle aceptar. Le pintó con entusiasmo la gloria del hombre de Estado á quien la posteridad debiese el reconocimiento de aquella reconciliación de los dos pueblos que imprimen el movimiento ó la inmovilidad al mundo. Mr. Pitt le escuchó con un favor mezclado de incredulidad. «¡Muy feliz será ese ministro!—respondió, dando un suspiro, al joven diplomático francés.—Yo quisiera ser ministro en ese tiempo.» «¿Acaso Mr. Pitt—replicó Mr. de Talleyrand—cree esa época tan lejana?» Pitt reflexionó, y luego dijo: «Eso depende del momento en que vuestra revolución concluya y en que vuestra Constitución pueda marchar». Pitt dejó ver claramente á Mr. de Talleyrand que el gabinete inglés no comprometería su mano en una revolución en toda su fuerza, y cuyas crisis, sucediendo diariamente á otras crisis, no daban certidumbre ni seguridad á los compromisos que se contrajesen con ella. Mr. de Talleyrand, á su vuelta á Francia, manifestó aquellas disposiciones al ministerio girondino de Roland y de Dumouriez, que acababan de suceder á Narbonne y á Lessart. Dumouriez volvió á enviar de nuevo á Mr. de Talleyrand á Londres, encargado de solicitar la mediación de Inglaterra entre el emperador y Francia. Esta vez Mrs. de Talleyrand y de Chauvelin se hicieron, no sólo importunos, sino sospechosos á Mr. Pitt. Este ministro percibió que los dos negociadores franceses llevaban adelante al propio tiempo una doble negociación: una con él para pacificar á Francia, y otra con los jefes de la oposición para agitar á Inglaterra. Acusóseles claramente en los diarios ministeriales de una unión oculta é íntima

con Fox, con lord Grey y hasta con Tomás Payne y el demagogo Torn-Hooke, fundador de un partido popular que no sólo atacaba á los ministros, sino á la aristocracia, la propiedad, la iglesia, el espíritu de la Constitución británica, y hasta las mismas bases de la sociedad.

Fox, rival de Pitt en la tribuna, hombre más capaz de agitar los pueblos por la palabra que de conducirlos por el genio del gobierno; Fox, decimos, se esforzó inútilmente en discursos, en que los golpes de la revolución francesa resonaban hasta sobre el trono de Jorge III, para paliar los movimientos de París; en vano representaba la causa de la libertad francesa como solidaria de la causa de la libertad británica; el espíritu de su nación se separó de él para unirse más y más á



Asesinato de Lepelletier de Saint-Fargeau.—Pág. 321.

Mr. Pitt. Las proposiciones de Fox, más populares en la calle que en la Cámara de los Comunes, sólo eran sostenidas por débiles minorías de cincuenta ó sesenta votos. El 20 de Junio y el 10 de Agosto respondieron uno tras otro á sus promesas de fundacion de una libertad constitucional en Francia, é hicieron temblar ó estremecer á la numerosa parte del pueblo unida al establecimiento constitucional. Lord Gower, embajador de Inglaterra en París, fué llamado inmediatamente despues de la destitucion de Luis XVI, con pretexto de que sus credenciales eran ya nulas de derecho, por no existir el soberano á quien se dirigian. La permanencia en Lóndres de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Chauvelin ya no fué considerada por Mr. Pitt sino como una tolerancia de su gobierno. Las jornadas de Setiembre, comentadas con caracteres de sangre en los escritos y en los discursos de Burke, arrojaron una siniestra sombra sobre las palabras de Fox. La paz y la alianza con Francia parecieron á la nacion inglesa una complicidad con los autores de aquellos asesinatos impunes. El cautiverio del rey, de la reina y de los dos niños, ino-

centes de todo crimen, añadía la piedad al horror. El proceso del rey, sin fórmulas y sin jueces, daba á Pitt por auxiliar todo el sentimiento público.

IX

El rey fué decapitado. Todos los tronos temblaron, todos los pueblos retrocedieron de admiración y horror ante aquel sacrilegio de la majestad, á quien se atribuía algo de divino. Cuando llegó el correo que llevaba esta siniestra noticia á Londres, Mr. de Chauvelin recibió la orden de salir de Inglaterra dentro de veinticuatro horas. Preguntándole la oposicion los motivos de aquella expulsion del suelo libre de Inglaterra, Pitt hizo responder en la Cámara: «Después de unos acontecimientos sobre los que la imaginacion no puede detenerse sin horror, y después que una infernal faccion se ha apoderado del mando en Francia, no podemos tolerar la presencia de Mr. de Chauvelin, porque no hay medio de corrupcion que no haya ensayado, por sí mismo ó por sus emisarios, para seducir al pueblo y sublevarle contra el gobierno y las leyes de este país». Marat, que desembarcaba aquel dia en Douvres, recibió la orden de volverse á embarcar, sin permitirle siquiera llegar hasta Londres. Mr. de Talleyrand, sin título oficial del gobierno frances, y que no habia dado á Pitt ni los mismos pretextos ni las mismas sospechas que Mr. de Chauvelin, permaneció en Londres, conservando aún el último hilo de las negociaciones.

De vuelta en Paris Mr. de Chauvelin, esparció la noticia de una violenta fermentacion en la nacion inglesa; anunció que el pueblo de Londres se levantaria en masa á la primera señal de las sociedades republicanas, en el dia en que Pitt tuviese la audacia de declarar la guerra á Francia, y que Jorge III no estaria seguro en su mismo palacio. Brissot, creyendo las relaciones de Chauvelin, subió á la tribuna de la Convencion en nombre del comité diplomático, y creyó intimidar á Pitt anunciando que la guerra que iba á estallar emanciparia á Irlanda del yugo de Inglaterra. Sordo á los consejos más ilustrados de Dumouriez, dijo: «Holanda hace causa comun con el gabinete de Saint-James, de quien se muestra súbdita más bien que aliada; que participe de su suerte». Y poniéndose á votacion la guerra con Inglaterra y el stathouder de Holanda, fué declarada por unanimidad. «Desembarcarémos en su isla,—escribió el ministro Monge á la escuadra francesa,—arrojarémos allí cincuenta mil gorros de la libertad, plantarémos el árbol sagrado, y tenderémos los brazos á nuestros hermanos los republicanos. Aquel gobierno tiránico será bien pronto destruido.» Pitt, apoyado en la rivalidad nacional por una parte, y en el horror que inspiraba el suplicio del rey por otra, no se inquietó con aquellas amenazas, y contaba nuestros barcos y no nuestras proclamas. Sabía que la marina francesa tenia diezmadas sus tripulaciones con la emigracion, contando sólo Francia en la mar ó en sus puertos 66 navíos de línea y 93 fragatas ó corbetas. Inglaterra tenia 158 navíos de línea, 22 de 50 cañones; 125 fragatas y 110 buques ligeros. Holanda, aliada de Inglaterra, podia además armar más de 100 buques de guerra de diferente porte. Desde el centro de su isla, rodeada de esta muralla flotante, Pitt podia esperar con tranquilidad y dominar los acontecimientos del continente. Sus tesoros no eran ménos temibles que sus armamentos, pues podia tener á toda Europa á su sueldo. Ministro de los preparativos, como por burla, le habian

llamado diez años ántes; su prevision parecia haber adivinado la inmensidad de la obra que una coalicion de diez años iba á imponer á su patria.

No fueron ménos funestas en Rusia para nosotros las consecuencias del suplicio de Luis XVI. Rompiendo al instante Catalina II los tratados comerciales de 1786, en virtud de los cuales eran mirados los franceses en su imperio como la nacion más favorecida, prohibió al momento toda relacion entre sus súbditos y nuestros nacionales. Mandó salir de Rusia á todos los franceses en el término de veinte dias, á ménos que abjurasen formalmente los principios de la revolucion de su país. Hasta entónces, aunque la emperatriz tenia inmensos ejércitos libres para enviar contra Francia, despues de su paz con Turquía, habia suspendido su marcha y dejado al Austria y á Prusia obrar solas contra una revolucion que detestaba con todo el odio que profesa el despotismo á la libertad. Habia esperado mucho tiempo que el rey de Suecia, Gustavo, cuyo entusiasmo contrarevolucionario animaba, bastaria solo para dominar y pacificar á Francia. El asesinato de Gustavo frustró sus designios, y desde la muerte de aquel príncipe su corazon luchaba entre dos deseos, uno nacido de su ambicion, y el otro de su orgullo de soberana: Polonia y Francia. Sus tropas ocupaban á Varsovia, y comprimian en Polonia las agitaciones de una revolucion que fraternizaba con la de Paris. El rey de Prusia, por el mismo motivo, ocupaba á Dantziek y la Gran Polonia. Este desgraciado país siempre dió un pretexto á la intervencion de sus poderosos vecinos; Polonia ha sido con demasiada frecuencia una anarquía constituida. La emperatriz y el rey de Prusia tramaban de concierto la conquista y la reparticion de Polonia, miéntras estuviese ocupado el emperador en defender á Alemania contra Francia: éste era el secreto de la lentitud de la doble diplomacia del rey de Prusia y la flojedad de la primera coalicion. El rey de Prusia miraba hácia atras, y la emperatriz no queria comprometer los ejércitos rusos sobre el Rhin, temiendo perder de vista á Polonia.

Pero Catalina, al dia siguiente de la muerte de Luis XVI, mandó al ministro que tenia en Lóndres, el conde Woronzoff, concluyese un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Inglaterra. Apénas fué firmado, dejó á Inglaterra, Holanda, Prusia y al emperador que soportasen solos el peso de la guerra en el Océano, en los Países Bajos, en el Rhin, y ella se adelantó en masa sobre Polonia; así prevaleció la política de ambicion en el corazon de Catalina sobre la política de principios. Aparentaba un gran odio contra la anarquía francesa, y excitaba de léjos á sus aliados para que combatesen; pero ella no combatia. Por su parte Prusia, inquieta con tener á Rusia detras y celosa de conservar su parte en la Gran Polonia, sólo se comprometió á medias. Austria tomó el papel que tenia Prusia en la primera coalicion, sublevó el imperio, reunió las fuerzas y se encargó de sostener en primera línea la guerra ofensiva en los Países Bajos. Se convino en que las fuerzas de las potencias tendrian cada una su jefe particular, y la unidad de los ejércitos y de las operaciones fué de este modo entregada á merced de las rivalidades. El emperador dió el mando general al príncipe de Coburgo, que habia mandado los imperiales contra los turcos, y partido con Souwaroff la gloria de los triunfos de Fokchani y de Rimnik. Era un general contemporizador, de la escuela del duque de Brunswick, y el hombre ménos á propósito para desconcertar ú oponerse al ardor de un ejército frances. El príncipe de Coburgo, apénas

fué nombrado, pasó á Francfort á conferenciar con el duque de Brunswick, generalísimo de las fuerzas prusianas, y á concertar con él un plan tan desconcertado y pusilánime como el que acababa de libertar á Champaña, perder á Luis XVI y descubrir el Rhin.

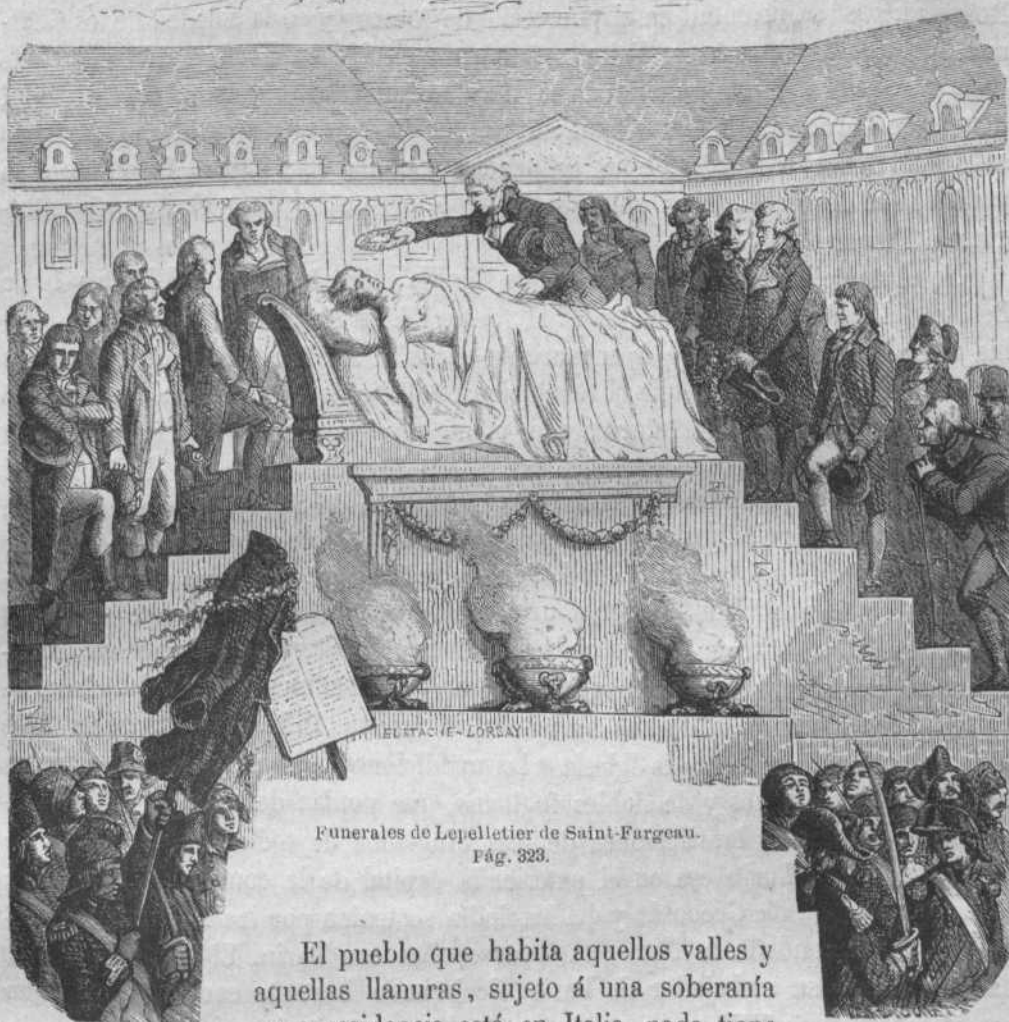
Tal fué la organizacion de esta nueva coalicion, en la que de cinco potencias, tres permanecian en expectativa, y sólo dos iban á combatir, observándose con inquietud una á otra, y no comprometiéndose sino con reserva, haciendo seéretos esfuerzos para echarse el peso de la guerra comun, y maniobrando bajo la diferente direccion de dos generales que sólo se entendian para evitar el enemigo.

X

Hemos dejado á Dumouriez vencedor en Valmy, á Kellermann acompañando más bien que persiguiendo la retirada del rey de Prusia, á Custine en Maguncia, á Dillon en Alsacia, y á Montesquiou reuniendo treinta mil hombres de las guarniciones de nuestras ciudades del Mediodía para invadir á Saboya.

Bosque de los Alpes, Saboya se une á Mont-Cenis por su más elevada cumbre. A un lado baja por una sola y rápida pendiente á los ricos llanos del Piamonte, hácia Turin, y al otro se divide en cuatro anchos y profundos valles, que corren, cada uno con un torrente propio, desde el pié de sus ventisqueros hasta la embocadura de aquellas gargantas. Allí estos torrentes, cuyo desnivel se disminuye ó deja de existir, se hacen lagos, como los de Ginebra, Annecy, Bourget, ó se pierden en el Isere y en el Ródano, que los llevan al Mediterráneo por las provincias del Mediodía de Francia. Estos torrentes arrastran sin cesar en sus espumosas aguas los aludes de nieve y los pedazos de rocas desprendidos de las montañas, oyéndose el ruido á una inmensa profundidad, y haciendo con mucha frecuencia imposible el paso de una orilla á la otra. En los estanques donde se ensancha su cauce hay algunos caseríos, con paredes bajas y cubiertos con lava negra sobre la arena parda y las piedras acumuladas por aquellas aguas. Por todo el resto de estas rápidas pendientes hay diseminadas algunas pequeñas aldeas ó cabañas aisladas, suspendidas y como colgadas de los estrechos y perpendiculares escalones de las montañas. En donde estas pendientes son ménos inclinadas, se extienden várias praderas y algunas cepas que se enlazan á los nogales, y que el campesino, avaro de terreno, cultiva formando emparrados sobre columnas de madera seca.

A estos valles se reunen otros sin interrupcion, para perderse sin salida en las gargantas que se estrechan de repente y se ocultan en las nieves. El valle de Faucigny, el más próximo al Valais y á Suiza, se forma al pié de Mont-Blanc y desemboca junto á Ginebra. El Maurienne, que baja del Mont-Cenis, se ensancha de repente al aproximarse á Francia, entre Conflans y Montmelian, dos ciudades de Saboya. Allí se une con el valle de la Tarantaise, por donde corre el Isere. A alguna distancia de Montmelian, el Maurienne se divide en dos, corriendo á la derecha hácia Chambery, capital de Saboya, y á la izquierda hácia Grenoble, ciudad francesa y capital del Delfinado, encajonada en una entrada de los Alpes. Montmelian, que defiende á la vez la entrada del Maurienne, del Tarantaise, del llano de Chambery y del valle de Gresivaudan, camino de Grenoble, es por tanto la llave de Saboya.



Funerales de Lepelletier de Saint-Fargeau.
Fág. 323.

El pueblo que habita aquellos valles y aquellas llanuras, sujeto á una soberanía cuya residencia está en Italia, nada tiene de italiano más que su gobierno. Es una raza completamente distinta de la latina y de la helvética; no habla ni italiano ni aleman, sino frances; su carácter, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus industrias son francesas. Tan pronto como el lazo forzado que le une al Piamonte se afloje ó se rompa, Saboya se inclinará hácia Francia. Las guerras que le hizo bajo la bandera sarda son contra naturaleza, y casi guerras civiles. Exceptuando la nobleza y el clero, á los que las soberanías hereditarias y los favores de la corte unen con un amor fanático á la casa reinante de Saboya, todo el resto de la nacion tiene el corazon frances. El yugo del Piamonte le pesa, la supremacía del nombre piamontes le humilla, los privilegios honoríficos de la nobleza le ofenden, el dominio de su clero, que teme la introduccion de las ideas extranjeras en aquellas montañas, le disputa la luz y el aire del siglo. La casa de Saboya, aunque paternal, benéfica y deseosa de hacer mejoras administrativas en los tres gobiernos que rige, los tiene, sin embargo, en una especie de disciplina monástica, que recuerda el régimen español. El rey, el noble, el sacerdote y el soldado son todo el pueblo.

La conformidad de lenguaje, la contigüidad de las fronteras, las relaciones

mercantiles y las numerosas emigraciones de saboyanos á Francia, habian dejado, sin embargo, infiltrar las ideas revolucionarias en aquellas montañas. Juan Jacobo Rousseau pasó su juventud en el pueblcito de Annecy y en la soledad de los Charmettes, cerca de Chambéry. Voltaire habia envejecido en Ferney, á la puerta de Saboya. Ginebra, fuerte colonia de la libertad protestante y metrópoli desde el tiempo de Calvino de la filosofía moderna, tocaba con sus arrabales al territorio saboyano. Estos recuerdos, estas influencias y vecindades habian inspirado á la poblacion el desprecio de un gobierno benigno, pero atrasado, y el deseo de entregarse á Francia.

No obstante las frecuentes uniones de familia entre la casa de Saboya y la de Borbon, el tratado de Worms, en 1741, entre Cárlos Manuel y María Teresa, habia infeudado políticamente la monarquía sarda al Austria. Víctor Amadeo, que reinaba en el momento en que la revolucion estallaba en Francia, era un príncipe amado de sus pueblos, contemporizador como la vejez, pero perdía su prudencia en palabras y su tiempo en consejos; por esto le llamaban el Nestor de los Alpes. A pesar de las inquietudes que le daba la inclinacion de Saboya á separarse de la union de sus tres principados y entregarse en brazos de la revolucion, su carácter le hubiera decidido á la neutralidad. Pero la influencia que tenia el clero en su ánimo le habia inspirado horror á una república que no amenazaba ménos el Dios de su fe que el trono de sus padres. Numerosos eclesiásticos franceses, expulsados de sus parroquias por negarse á jurar la Constitucion civil del clero, se habian refugiado en casa de sus hermanos de Saboya. Difundian allí las noticias de las persecuciones contra la Iglesia y las maldiciones contra el cisma. Chambéry estaba lleno de obispos y de nobles fugitivos, que ponian de manifiesto los dolores, las esperanzas y las ilusiones de los refugiados de todos los tiempos y de todos los países. Turin era en el exterior la capital de la contrarevolucion. Los realistas de Lyon, de Grenoble y del Mediodía sostenian por las fronteras de Saboya y por el condado de Niza relaciones ocultas con Turin. El rey de Cerdeña habia retirado su embajador de Paris, declarando bastante con este acto que consideraba á Luis XVI como prisionero, y que no trataría en adelante con la nacion francesa. Mr. de Semonville, enviado por Dumouriez á Turin para obtener explicaciones amigables, habia sido detenido en Alejandría, como sospechoso de que iba á fomentar el espíritu de agitacion en Italia. Los girondinos, dueños del ministerio y de la Asamblea, hicieron decidir las hostilidades.

Montesquiou, que mandaba el ejército del Mediodía, recibió orden para prepararse á la invasion, y se le enviaron cuarenta batallones destacados del ejército que estaba ocioso en los Pirineos. Su base de operaciones se extendia sobre una línea de más de cien leguas, desde el Jura, que domina á Ginebra, hasta el Var, que cubre á Niza. Montesquiou sentia una viva impaciencia por mostrar la bandera francesa á pueblos que sólo le pedian una ocasion para entregarse á Francia, y para quienes la conquista se parecia á la libertad. Trazó un campamento al extremo de su derecha sobre el Var, y estableció otro en Tournoux, en el centro de la muralla de los Bajos Alpes. Reunió á su izquierda diez mil hombres en el fuerte de Barreaux, cerca de Grenoble, y en fin, llevó diez mil combatientes de sus mejores soldados á Cessieux, y algunos destacamentos á Seyssel y á Gex, á la entrada de los valles de Saboya.

Fiel á las tradiciones militares del mariscal de Berwick, Montesquiou habia conocido que una expedicion sobre el Piamonte, recinto estrecho y circular en donde cada punto amenazado puede recibir en tres marchas refuerzos de Turin, su capital y su plaza de armas, era impracticable con masas tan débiles como las suyas; pero no ignoraba que el condado de Niza y Saboya, dos largos brazos separados de la monarquía sarda, podían ser cortados del cuerpo y adquiridos por Francia, sin que el Piamonte pudiese salvarlos. Manióbró, pues, con arreglo á este plan, y el 4 de Setiembre mandó secretamente la invasion del condado de Niza por sus tropas del Var, combinada con la salida de su flota de Toulon, que atacaria por mar mientras que el ejército marchase por las montañas á las órdenes del general Anselme. Mandó al general Casabianca amenazar á Chambéry por Saint-Genis, y se dirigió él mismo al fuerte de Barreaux con el grueso del ejército para forzar el desfiladero que cierra Saboya.

El ejército piamontes, que constaba de diez y ocho mil hombres, estaba mandado por el general Lazary. Habiendo disparado este general algunos cañonazos al ejército de Montesquiou y su retaguardia en la entrada del desfiladero, replegó sus tropas hácia Montmelian. En lugar de fortificarlo, y de este modo cerrar á Montesquiou la entrada de los tres valles cuyo punto de partida domina aquella ciudad, Lazary lo abandonó, cortando el puente, y se retiró á Conflans. Todos los cuerpos piamonteses diseminados en Annecy, en Chambéry y en Faucigny se replegaron aisladamente y casi sin combatir, para reunirse al núcleo principal del ejército sardo y volver á subir hácia el Piamonte. Las columnas francesas los siguieron sin obstáculo en medio de las aclamaciones del pueblo invadido. Montesquiou hizo su entrada triunfal en Chambéry, y recibió de mano de los magistrados las llaves de la capital de Saboya, cuya administracion dejó á los habitantes. El mismo día de este triunfo, los jacobinos destituyan en París al general Montesquiou. La noticia de su victoria y el grito de indignacion pública contra la ingratitud de los jacobinos hicieron revocar por un momento aquella destitucion. Montesquiou organizó su conquista, y llevó sus tropas á la frontera de Ginebra.

Durante estas operaciones, el general Anselme, reuniendo los batallones de los voluntarios de Marsella á los ocho mil hombres que mandaba, se fortificó sobre la línea del Var, amenazando el condado de Niza con una invasion y previniéndose contra otra en el Mediodía. El conde de Saint-André mandaba los piamonteses, componiéndose su ejército de ocho mil hombres de tropa de línea y de doce mil soldados voluntarios de las milicias del país.

El condado de Niza, estrecho pero admirable anfiteatro natural que descende gradualmente de la cumbre de los Alpes hácia el Mediterráneo, es una Suiza italiana, donde el olivo y el limonero reemplazan las hayas y los pinos; pero sus valles estrechos de difícil acceso, atravesados por barrancos y torrentes muchas veces secos, ofrecen para la invasion las mismas dificultades que Saboya. La raza liguria que le habita, raza pastoril en las montañas, marítima y comerciante en las costas y belicosa en todas partes, hablando distinto idioma y con costumbres diferentes de las francesas, estaba muy distante de tener con Francia la misma simpatía que los saboyanos. La mar y las montañas dan á los pueblos el sentimiento de una doble independencia. La proximidad de Génova ha presentado en todos tiempos á las poblaciones litorales el ejemplo de una individualidad republicana

emancipada del yugo de las grandes monarquías vecinas. El espíritu genoves era el espíritu público del condado de Niza: el amor á los principios franceses y el horror al yugo de Francia. Los montañeses descendían á bandadas de sus aldeas alpestres, calzados con sandalias atadas con correas, con la escopeta en la mano, incapaces de soportar una larga campaña y la disciplina militar; pero ágiles, infatigables é intrépidos para una guerra de montaña, de sorpresas y guerrillas.

Habia escogido hábilmente el conde de Saint-André la posición de Saorgio, altura inexpugnable que domina á Niza, los caminos de Francia y del Piamonte, para centro y ciudadela de la provincia que estaba encargado de defender. Había establecido allí de antemano un campamento fortificado y atrincheramientos guarnecidos de murallas. El almirante Truguet se presentó delante de Niza el 28 de Setiembre con una escuadra compuesta de nueve navíos, y amenazó con bombardear la ciudad. El general Anselme se aproximó por tierra, dispuesto á intentar el paso del Var. Por la noche, el general Courten, que mandaba la ciudad, replegó sus tropas hácia Saorgio. Tres mil emigrados franceses que habían buscado asilo en Niza, indignados con el cobarde abandono de la guarnición, sublevaron una parte del pueblo, y corrieron unos á las baterías de mar y los otros á las del Var; pero amenazados por los particulares, que no veían en esta lucha desesperada más que un pretexto para incendiar la ciudad, se retiraron por la noche al camino de Saorgio, perseguidos, insultados, robados y asesinados por el populacho feroz de la costa. Este amenazaba saquear hasta la ciudad. Los particulares enviaron á suplicar al general Anselme ocupase la plaza lo más pronto posible. Anselme pasó el Var á la cabeza de cuatro mil franceses, y entró en medio de aclamaciones unánimes en la capital del condado.

XI

Mientras tanto, los excesos que los revolucionarios de Niza cometían contra sus enemigos personales, al abrigo de las bayonetas y de la bandera de Francia, sublevaron á los montañeses, siempre más unidos á las antiguas costumbres y más fieles al antiguo dominio que los pueblos de las llanuras, de las orillas de los ríos ó de las playas del mar. Los sacerdotes y los frailes, temiendo penetrasen á mano armada en su imperio las ideas que acababan de despojar la Iglesia en Francia, confundieron su causa con la de la religión, y sublevaron el pueblo, no por su patriotismo, sino por su conciencia. Los más jóvenes y más intrépidos marcharon ellos mismos á la cabeza de las bandas, y hacían fuego á los puestos avanzados y á los destacamentos franceses donde quiera que los encontraban separados de la masa de los cuerpos. Emboscados detras de las rocas ó los troncos de los árboles, disparaban y huían escalando las escarpadas pendientes con la destreza de los cazadores. La guerra no era más que un continuado asesinato.

Veía diezmar sus tropas el general francés Anselme. El centro de aquella guerra santa estaba en Oneille. Esta pequeña ciudad, marítima y montuosa á la vez, capital de un pequeño principado dependiente de Cerdeña, era el foco de todas aquellas tramas contra la dominación francesa. Su puerto servía de refugio y plaza de armas á una multitud de piratas y de corsarios sardos, genoveses y napolitanos, cuyos barcos ligeros y faltas armadas hacían desembarcos nocturnos

en la costa, ó ejercian en la mar la misma piratería que las bandas de los montañeses en el valle de Niza. Muchos conventos de frailes, verdaderos dominadores de la ciudad, fomentaban aquella guerra santa, y santificaban con sus violentas predicaciones aquellas inútiles y sangrientas expediciones. Anselme y Truguet resolvieron de concierto ahogar el fanatismo en su foco, y embarcaron tropas en Villafranca en los navíos de la escuadra, que aparecieron delante de Oneille el 23 de Octubre. El almirante Truguet envió al capitan Chaila para intimar á la ciudad y obligar á los habitantes á que evitasen con su sumision los horrores de un bombardeo. La falúa que llevaba á Chaila se aproximaba con bandera parlamentaria, al ver las señales é invitaciones pacíficas de la poblacion que cubria la playa; pero apenas llegó al punto de desembarco, cuando la acribilló una descarga de cien tiros, y mató un oficial, cuatro marineros, é hirió muchos hombres y al mismo Chaila. La falúa, llena de cadáveres y de heridos, viró de bordo, perseguida y

ametrallada, cada vez que la ola la levantaba, por una nube de balas, y volvió con trabajo á presentar á la escuadra aquel testimonio de la perfidia de los habitantes.

Indignadas las tripulaciones, clamaron venganza, y Truguet, anclando contra el viento, hizo fuego á la ciudad hasta el anoecer. El fuerte de Oneille fué demolido por las bombas, des-

pues de apagados sus fuegos. Mil dociientos soldados, á las órdenes del general Lahouliere, embarcados por la noche en lanchas de la escuadra, es-



Rendicion de Maguncia.—Pág. 330.

peraron el alba para hacer su desembarco, apoyados por el fuego de dos fragatas.

Los habitantes, al ver estos preparativos, huyeron á las montañas, llevando consigo todo lo mejor que tenían, y abandonando sus casas al saqueo y al incendio. Sólo los frailes, acostumbrados á la inviolabilidad del sacerdocio, respetado hasta entónces en las guerras de Italia, quedan encerrados en sus conventos. Los franceses fuerzan las puertas de estos asilos, matan sin distincion, culpables ó inocentes, á los frailes, designados á su venganza por las tramas de que han sido instigadores y por el cobarde asesinato de Chaila. El saqueo y el incendio, represalias terribles, devastan y destruyen la madriguera de la piratería y del robo. Los franceses no dejaron en la ciudad de Oneille, al embarcarse, más que un monton de cenizas, y los cadáveres de los frailes entre las ruinas de sus conventos.

La expedicion de Oneille y el degüello de sus sacerdotes, léjos de apaciguar la insurreccion en las montañas del condado de Niza, hizo que se levantasen en masa los barbetos. Reunidos á los piamonteses y á un cuerpo austriaco cedido al rey de Cerdeña por el emperador, atacaron á los franceses en Sospello, que era el punto más elevado que ocupaban. Seis mil hombres y diez y ocho piezas de artillería arrojaron de allí al general Brunet. Anselme salió de Niza con toda la guarnicion, compuesta de doce compañías de granaderos, mil quinientos hombres escogidos y cuatro piezas de artillería, y fué á rescatar aquella importante posicion. La rescató en efecto á la bayoneta, y volvió á Niza. Denunciado á la Convencion por su benigna administracion, culpable á los ojos de los jacobinos por haber contenido los asesinatos y las venganzas de los nizardos, fué arrestado en medio de su ejército victorioso, y conducido á Paris para expiar en los calabozos las primeras glorias de las armas francesas.

Al mismo tiempo, una escuadra mandada por el almirante Latouche iba á intimar al rey de Nápoles que se declarase en pro ó en contra de la república, y que desaprobase los manejos de su embajador en Constantinopla contra el reconocimiento del pabellon tricolor por el sultan. La escuadra, compuesta de seis buques de guerra, habia entrado al 27 de Diciembre en el golfo, desafiando á las quinientas piezas de artillería de los muelles y los fuertes de Nápoles. Latouche, despues de haber anclado debajo de las ventanas del palacio del rey y dado la señal de combate á sus buques, envió un granadero de las tropas de marina á llevar un mensaje al mismo rey. Este embajador no tenia más título que el de soldado frances, ni otras credenciales que las mechas encendidas de los cañones de la escuadra que el rey veia humear desde lo alto del terrado de su palacio. El almirante exigia en su carta que el enviado de la república fuese recibido, que se garantizase á Francia la neutralidad de Nápoles, que se llamase al embajador insolente que habia negado la legitimidad del gobierno del pueblo frances en Constantinopla, y que la corte de Nápoles enviase un embajador á Paris. La negativa de una sola de estas condiciones sería la señal del fuego de los buques.

Intimidado el rey, recibió al granadero frances con los honores que hubiera concedido al enviado de la república; accedió á todo lo que se le pedia, y ademas ofreció su mediacion entre la república y sus enemigos. «La república—le respondió el granadero—no quiere más mediacion entre ella y sus enemigos que la victoria ó la muerte.» La corte de Nápoles, dominada por una reina orgullosa y enemiga de los franceses, sufrió aquella humillacion sin murmurar. Fingió cumplir

las condiciones pacíficas impuestas por la actitud de Latouche, y tomó de nuevo con más odio su puesto en la conjuración de las cortes.

XII

En tanto que nuestros batallones sometían á Saboya y al condado de Niza, mientras nuestras escuadras dominaban las costas del Mediterráneo, y Dumouriez limpiaba lentamente la Champaña, los austriacos, alentados en los Países Bajos por haberse ausentado el grueso de nuestras tropas, que Dumouriez había llamado para la reunión en el Argonne, intentaban penetrar por el Norte de Francia. Los emigrados habían persuadido al duque Alberto de Sajonia-Teschen, gobernador de los Países Bajos, de que los habitantes del Norte de Francia, y el pueblo de Lille sobre todo, no esperaban más que un pretexto para sublevarse contra la Convención y para declarar á su rey cautivo una fidelidad que estaba en el carácter de aquellas provincias. Beurnonville, conduciendo diez y seis mil hombres del ejército del Norte al socorro de Dumouriez, dejaba descubierta á Lille, en donde sólo había diez mil hombres de guarnición; fuerza insuficiente para defender fortificaciones muy vastas y para contener al mismo tiempo una población de setenta mil almas. El duque Alberto reunió veinticinco mil hombres, pidió de los arsenales de los Países Bajos cincuenta piezas de artillería de sitio, se presentó el 25 de Setiembre delante de las murallas de Lille, é hizo abrir trincheras.

Cinco baterías armadas con treinta piezas se concluyeron en la noche del 29, y el baron D'Aspre fué á intimar la rendición á la ciudad. Conducido al ayuntamiento con los miramientos conformes á las leyes de la guerra, el parlamentario hizo su intimación al general Ruault, que mandaba la ciudad. El general respondió como hombre seguro de sí mismo, del valor de su débil guarnición y del entusiasmo del pueblo. La multitud que se agolpaba á las puertas del ayuntamiento volvió á conducir al parlamentario hasta los puestos avanzados austriacos, en medio de los gritos de *¡Viva la república! ¡Viva la nación!*, y el fuego principió al momento. Por espacio de siete días y siete noches, las balas y las bombas destruyeron sin descanso la ciudad, mataron seis mil habitantes é incendiaron ochocientas casas. Las bodegas, donde las mujeres, los viejos y los niños buscaban un refugio, se hundieron en muchos barrios bajo el peso de las bombas, y sepultaron miles de víctimas bajo sus ruinas. Una población intrépida se cambió en un ejército aguerrido, y no tuvo ni un solo momento de indecisión, pareciendo ser la guerra la profesión habitual de aquel pueblo de las fronteras. Todas las ciudades del Norte de que Lille aún no estaba cortada por un cordon completo le enviaron víveres, municiones y batallones formados con lo más florido de su juventud. Seis miembros de la Convención, Duhem, Delmas, Bellegarde, Daoust, Doucet y Duquesnoy, fueron á encerrarse en sus muros para animar el valor de los sitiados y hacer ver en las fronteras que la nación combatía con ellas en la persona de sus representantes.

En vano treinta mil balas rojas y seis mil bombas del peso de cien libras cargadas con metralla llovieron durante ciento cincuenta horas sobre aquel hogar humeante, sin cesar extinguido y sin cesar renovado; en vano, para animar la constancia de los sitiadores, la archiduquesa de Austria, María Cristina, esposa del

duque Alberto, fué ella misma á encender con su mano el fuego de una nueva batería: los de Lille conocieron que los austriacos cargaban sus piezas con barras de hierro, cadenas y piedras, y sacaron la consecuencia de que empezaban á escasear las municiones, y perseveraron con más confianza en su heroica impasibilidad bajo el fuego. El duque Alberto, careciendo á la vez de tropas y municiones, y sabiendo las ventajas obtenidas por Dumouriez en Champaña, temió refluyesen aquellos soldados sobre el Norte, y levantó el sitio sin ser perseguido.

Lille habia perdido un arrabal entero, y muchos barrios de la ciudad no eran más que montones de ladrillos que servian de sepultura á los cadáveres hacinados. Sus restos humeaban aún, y las hendiduras de sus monumentos atestiguaban la gloria de una ciudad guerrera, defendida y sacrificada á la vez por sus mismos habitantes.

Allí se vieron rasgos dignos de la antigüedad. Un artillero voluntario de la ciudad servia una pieza sobre los baluartes; vienen á advertirle que ha reventado una bomba sobre su casa; se vuelve, ve la llama que se eleva sobre su mansion, y responde: «Aquí es mi puesto; aquí me han colocado para defender, no mi casa, sino mi patria. ¡Fuego por fuego!» Carga y dispara su pieza. La salvacion de Lille excitó el entusiasmo nacional: las afrentas de Verdun y de Longwy estaban vengadas.

Apénas se habia levantado el sitio de Lille, cuando Beurnonville, destacado del ejército de Kellermann con diez y seis mil hombres, se adelantó hácia las fronteras del Norte para concurrir al plan de invasion de Bélgica, tan largo tiempo premeditado por Dumouriez y tan gloriosamente interrumpido por la campaña contra el rey de Prusia.

Ya hemos visto cómo Dumouriez, deseoso de volver á adoptar este plan, se dirigió á Paris al momento que empezó el movimiento de retirada del duque de Brunswick. Su aparicion en la capital tenia ménos por objeto triunfar que preparar nuevas victorias, obteniendo con el ascendiente de un general victorioso todos los medios necesarios para la invasion de Bélgica. Ídolo del pueblo, temido de los Jacobinos, amigo de Danton, halagado por los girondinos, su gloria, su destreza y su entusiasmo militar arrancaron al poder ejecutivo todas las órdenes y todos los recursos de que podia disponer. Las consecuencias del 10 de Agosto, la consternacion de las jornadas de Setiembre, la proclamacion de la república, el estupor de los unos y el delirio de los otros ante el cadalso del rey, y en fin, el orgullo de Valmy y la gloria de haber reconquistado el territorio, hacian correr á las armas toda la juventud de la nacion. Las armas faltaban á los brazos, no los brazos á las armas. Se fabricaban apresuradamente en todos los talleres de la república. Muchos comisionados de la Convencion y comisarios nombrados por los Jacobinos, unos armados con la ley, otros con la dictadura de la opinion, recorrian los departamentos para activar las fábricas de armas, decretar y animar los alistamientos en todo el territorio frances. Las autoridades locales, salidas espontáneamente del pueblo y compuestas de los hombres que la voz pública habia designado como los más patriotas, tenian en el país una fuerza de confianza, de impulso y de ejecucion que ningun magistrado habia obtenido en tiempos ordinarios. Se les obedecia como se obedece á su propia pasion, y no eran más que los reguladores de un movimiento general.

Acudían en masa hombres de todas condiciones, de todas fortunas y de todas edades para formar los batallones que cada departamento enviaba á las fronteras. Los guardias nacionales, introduciendo sus soldados más aguerridos en aquellos batallones, se transformaron así sobre el mismo terreno en ejército activo. Los jóvenes que se habían señalado por más celo y patriotismo en la guardia nacional fueron nombrados por sus compañeros de armas comandantes de aquellos batallones. Estos voluntarios, hijos de las mismas ciudades, de las mismas aldeas y de los mismos cantones, hermanos, parientes, amigos y compatriotas, se conocían entre sí y escogían sus jefes entre los más valientes, los más dispuestos, los más queridos, y formaban en cierto modo tantas familias militares cuantos eran los batallones de cada departamento. Marchaban al combate vigilándose, excitándose mutuamente y prometiéndose dar fe de su patriotismo, de su valor ó de su muerte.

Al anunciarse un gran acontecimiento de París, al saberse la noticia de una declaración de guerra con un enemigo más, al oír la relación de las catástrofes ó de las ventajas militares que señalaban los primeros pasos de nuestros ejércitos en Champaña, en Saboya, en el Mediodía ó en el Norte, la llama nacional, despertada con más fuerza por el peligro ó por la gloria, se encendía en el corazón de los ciudadanos. Las ardientes proclamas de la Convención, de las autoridades, de los Jacobinos y de los representantes del pueblo en comisión, llamaban á los defensores de la libertad. Su voz, escuchada al punto, era la única ley para el alistamiento. El entusiasmo afiliaba, la voluntad disciplinaba, los donativos patrióticos equipaban, armaban, pagaban y mantenían aquellos hijos de la patria.

En las ciudades, en los pueblos y en las aldeas, los días en que las fiestas de la religión y las ferias reúnen los hombres en mayores masas, se levantaba un anfiteatro de madera en la plaza pública, en la de armas ó delante de la puerta del ayuntamiento. Una tienda militar sostenida por pabellones de picas y coronada de banderas tricolores se veía extendida sobre las aceras como recuerdo de un campamento. Esta tienda, cuya tela levantaban por delante un granadero y un soldado de caballería con uniforme, se abría del lado del pueblo, ocupando el centro una mesa con los registros de alistamiento. El representante del pueblo en comisión, con la faja tricolor ceñida, el sombrero con las alas levantadas, con un penacho de plumas, escribía en el registro los nombres de los que se alistaban. El alcalde, los regidores, los presidentes de los distritos y los de los clubs estaban agrupados á su alrededor. La multitud conmovida se abría á cada momento para dejar paso á las filas de los defensores de la patria, que subían las gradas del estrado á decir sus nombres á los comisionados. Los aplausos del pueblo, los abrazos patrióticos de los representantes, las lágrimas de enternecimiento de las madres de familia, las músicas militares, los redobles de los tambores y las estrofas de la *Marsellesa* cantadas en coro, recompensaban, excitaban y entusiasmaban aquellos sacrificios por la salvación de la república.

Aquel entusiasmo contagioso que dominaba las grandes masas llegaba á apoderarse muchas veces de los espectadores, y decidía á los hombres hasta entonces indiferentes ó tímidos á imitar los rasgos que presenciaban. Hombres casados se separaban de los brazos de sus esposas para lanzarse hácia el altar de la patria; otros ya de edad avanzada y hasta viejos, pero aún robustos y ágiles, venían á

ofrecer el resto de sus días por la salvación del país. Despojábanse de sus chaquetas ó casacas delante de los representantes, y mostraban su pecho desnudo, sus espaldas y brazos aún robustos, para probar que sus miembros tenían fuerza para llevar la mochila y el fusil, y arrostrar las fatigas de una campaña. Los padres, inscribiéndose con sus hijos, los ofrecían á la patria pidiendo marchar en su compañía. Las mujeres, para seguir á sus maridos ó sus amantes, ó animadas por aquel delirio de la libertad y de la patria, el más generoso y desinteresado de todos los afectos, abandonaban los trajes propios de su sexo, vestían el uniforme de voluntarios y se alistaban en los batallones de sus departamentos.

Estos voluntarios recibían un pasaporte para ir al depósito designado por el ministro de la Guerra, y recibir allí el equipo, la instrucción y la organización. Emprendían la marcha por grupos más ó menos numerosos, tambor batiente y cantando himnos patrióticos, acompañados hasta una gran distancia de sus pueblos por las madres, hermanos, hermanas y novias, que llevaban la mochila y las armas, y que no se separaban de ellos hasta que la fatiga había agotado, no su ternura, sino sus fuerzas. Donde quiera que se reunían carreteras, en los lugares elevados, en las entradas y salidas de las ciudades, á las puertas de las posadas aisladas donde estos destacamentos hacían alto, eran testigos los viajeros de aquellas separaciones y despedidas. Los voluntarios á quienes estos últimos abrazos dejaban rezagados, enjugaban sus lágrimas marchando aceleradamente para alcanzar á su batallón sin mirar hacia atrás, temiendo dudar y enternecerse, y volvían á cantar con una voz baja pero segura la estrofa de la *Marsellesa* que entonaban sus camaradas: *¡Allons, enfants de la patrie!*

La población de las ciudades y aldeas que atravesaban salía á las puertas de las casas para verlos pasar y ofrecerles pan y vino. En los puntos donde debían detenerse, se disputaban quién los alojara, como si fuesen hijos de la familia. Las sociedades patrióticas salían á su encuentro, ó les convidaban á asistir por la noche á su sesión. El presidente les arengaba, los oradores del club fraternizaban con ellos é inflamaban su valor, citando victorias tomadas de las historias de la antigüedad. Se les enseñaban los himnos de los dos Tyrtéos de la revolución, los poetas Lebrun y Chenier; se les embriagaba con el ardor santo por la patria y con el fanatismo de la libertad.

Tales eran los elementos del ejército que marchaba por todos los caminos de Francia desde el centro hacia las fronteras, y que Dumouriez organizaba sobre la marcha.

Este general, después de haber pasado cuatro días en París, en conferencias secretas con Danton y en conferencias militares con Servan, entonces ministro de la Guerra, salió el 20 de Octubre para ir á su cuartel general de Valenciennes. Antes de presentarse en esta ciudad, pasó dos días en una quinta que tenía en las inmediaciones de Peronne, para meditar sobre dos objetos: su plan de campaña para libertar á Bélgica de manos de los austriacos, y su plan de conducta para adular ó intimidar á la Convención, servir á la república si sabía darse un gobierno, dominarla y destruirla si, como lo temía, pasaba de una anarquía á otra entre las manos de todas las facciones. El general había salido despreciando mucho á los girondinos, y lleno de confianza en el genio de Danton. El indeciso horizonte de su fortuna le presentaba dos perspectivas, sobre las que se complacía

igualmente en detener su imaginacion: una dictadura para él mismo, dividida en lo interior con Danton, ó el papel de Monk modificado por la diferencia de los tiempos y de los hombres; es decir, el restablecimiento por manos del ejército de una monarquía constitucional, cuyo pensamiento le sugeria el duque de Chartres.

Mientras que Dumouriez combinaba así las probabilidades que podian traer en pos de sí la guerra ó la revolucion, Servan dejó el ministerio, en el cual le reemplazó Pache.

XIII

Pache, personaje subalterno que acababa de salir de repente de la oscuridad, elevado al ministerio de la Guerra por los girondinos, era amigo de Roland, y uno de esos hombres cuya ambicion se oculta bajo una modestia que tranquiliza contra sus pretensiones. Apenas se sabía cuál era su origen y por qué medios habia marchado ó arrastrádose hasta allí en la vida; sólo se sospechaba que era hijo de un portero del duque de Castries, educado por el interes de aquella ilustre familia, y que á su vez se habia encargado él de educar á uno de los hijos de la misma casa. Instruido, estudioso y reservado, no dejando escapar en la conversacion más que las palabras escasas y precisas que indicaban la exactitud y universalidad de su inteligencia, parecia muy á propósito para llegar á ser una de aquellas ruedas útiles del mecanismo de la administracion, é incapaces de aspirar á ser nunca los reguladores. Tenia un desinterés hipócrita, pues ocultaba su deseo de mando bajo la apariencia y la sencillez de un filósofo. Esta austeridad antigua habia seducido á madama Roland, que se entusiasmaba con todo lo que le hacía recordar los hombres de Plutarco. Habia conseguido que su marido hiciese á Pache jefe de su gabinete particular en el ministerio del Interior, y confidente y auxiliar en sus trabajos más difíciles y secretos. Veia en Pache uno de esos hombres prudentes que la Providencia coloca en torno de los hombres de Estado para inspirarles sus consejos.

En el momento que Servan fué llamado al ministerio de la Guerra, entró Pache en su administracion con el mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicacion en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland habia propuesto á Pache para la Guerra en el Consejo de ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veian en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su casa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaria los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el Consejo, sacudió como un recuerdo importuno toda dependencia como todo reconocimiento hacía su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto, y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debian hacer caer á Roland del poder y conducir á su mujer al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administracion del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vincent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, jóven franciscano, discípulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en Paris. Pache, únicamente ocupado en extender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs donde se veia el traje, las costumbres y el lenguaje de la más desenfrenada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola reemplazaban al uniforme. Las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacian

gala en todas partes de la exageracion de su patriotismo. Este ministerio no podia servir las miras de Dumouriez, á quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos. El nombramiento de Pache le aterró, y comprendió vagamente desde entónces que bien pronto se veria reducido, por la enemistad de los jacobinos, á la alternativa de humillarse ante ellos ó de hacerles temblar delante de él.

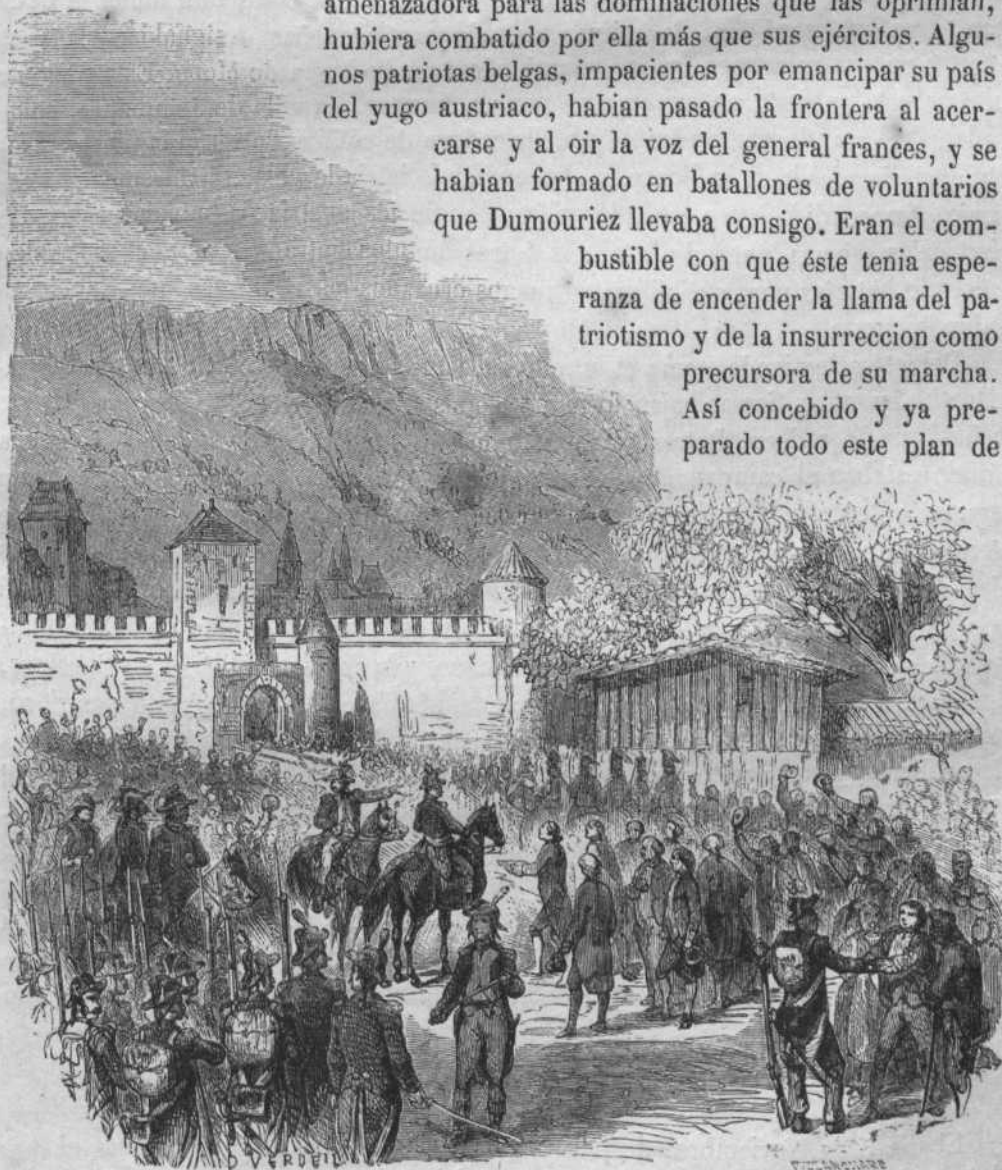
Así que llegó á Valenciennes, Dumouriez redactó su plan de invasion de Bélgica, y envió á cada uno de los generales que estaban á sus órdenes la parte de cuya ejecucion les encargaba, y cuyo conjunto él solo conocia, dirigiendo los movimientos combinados. Sus fuerzas ascendian á ochenta mil combatientes. El entusiasmo que habia conducido sus batallones á la frontera se aumentaba aún con la esperanza de una conquista hecha en nombre de la república. Tenian en su general en jefe aquella confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champaña inspiraba á los soldados. En donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial se revelaba en su fisonomía, en sus palabras y en las órdenes del día que daba al ejército. Parecía le importaban muy poco los comisarios, los decretos de la Convencion, las miras del ministro de la Guerra, y llevar el gobierno consigo.

Mandaba en Bélgica por los austriacos el duque Alberto de Sajonia-Teschen, á quien el emperador y Prusia habian dejado en un aislamiento que comprometia por aquella parte la seguridad de Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Sajonia-Teschen apenas llegaban á treinta mil combatientes, de los que cuatro mil eran emigrados franceses, por la parte de Namur, al mando del duque de Borbon, hijo del príncipe de Condé. Sus tenientes cubrian con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Sajonia-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, pronto á avanzar ó á replegarlas sobre sí, ocupaba á Bruselas con una débil guarnicion.

Si hubiese tenido entónces Dumouriez el genio innovador de la guerra, que multiplica la fuerza de los ejércitos concentrándolos, hubiera podido combatir cada uno de aquellos cuerpos aislados de los austriacos con toda la masa de sus tropas, y avanzando despues en una sola columna al centro de Bélgica, cortar los otros cuerpos, mutilarlos ó disolverlos con su presencia. La poca confianza que el general tenia aún en sus batallones de voluntarios, y sobre todo, la falta de material, de carros y de víveres, á lo que no podia suplir con requisas militares, le impidieron ejecutar aquella inspiracion. La rutina de las antiguas guerras embarazaba aún el instinto de los más grandes generales. Dumouriez dividió su ejército en cuatro cuerpos, imitando al duque de Sajonia-Teschen. El general Valence, su brazo derecho y su discípulo predilecto, mandaba el ejército de los Ardennes, que venía tambien de Valmy para oponerse á Clairfayt. Valence recibió la orden de ir sobre Namur, para impedir, si aún era tiempo, la reunion de Clairfayt al ejército de Bélgica junto á los muros de Mons; pero era demasiado tarde: las primeras columnas de Clairfayt ya habian entrado en Mons. El segundo cuerpo, de doce mil hombres, al mando del general D'Harville, amenazaba á Charleroi; el tercero, á las órdenes del general Labourdonnaye, que mandaba el ejército del Norte propiamente dicho, compuesto de diez y ocho mil hombres, debia adelantarse sobre Tournay. En fin, Dumouriez, á la cabeza de dos cuerpos que formaban el centro de aquel ejército, con la fuerza de treinta y cinco mil hombres, debia marchar

sobre Mons y dar un golpe decisivo al ejército reunido de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, dividir aquel ejército en dos y marchar por aquella brecha sobre Bruselas, insurreccionando á derecha é izquierda las provincias belgas, y sirviendo de vanguardia á los tres cuerpos de Valence, de D'Harville y de Labourdonnaye. Se habian redactado por Dumouriez mismo proclamas en estilo revolucionario moderado, llamando á Bélgica á la independencia y á propósito para hacer fermentar en aquellas provincias el antiguo germen de su revolucion. Estas proclamas, obra maestra de habilidad, recordaban la prudencia del diplomático, la mano del revolucionario y la espada del guerrero. Dumouriez se presentaba allí ménos como conquistador que como libertador; los franceses hablaban á los pueblos como hermanos que venian á ayudarlos contra sus opresores; era el verdadero espíritu de la revolucion hablando por boca de su primer general. Si hubiese hablado y obrado en el sentido de Dumouriez, su propaganda, pacífica para las nacionalidades y sólo

amenazadora para las dominaciones que las oprimian, hubiera combatido por ella más que sus ejércitos. Algunos patriotas belgas, impacientes por emancipar su país del yugo austriaco, habian pasado la frontera al acercarse y al oír la voz del general frances, y se habian formado en batallones de voluntarios que Dumouriez llevaba consigo. Eran el combustible con que éste tenia esperanza de encender la llama del patriotismo y de la insurreccion como precursora de su marcha. Así concebido y ya preparado todo este plan de



Entrada del ejército frances en Chambéry — Pág. 343.

campana, se cifraba en la primera batalla empeñada bajo los muros de Mons, entre el ejército de Dumouriez apoyado por el de Valence y sostenido por el de D'Harville, por una parte, y el ejército del duque de Sajonia-Teschen y de Clairfayt, por otra, acampado, fortificado y teniendo á la espalda una ciudad importante. Todo marchó desde aquel momento con rapidez y concierto hácia Mons, donde Bélgica debia ser conquistada ó perdida. Las miras de Dumouriez, claramente indicadas por la disposicion de sus cuerpos y por la marcha de sus columnas, habian sido conocidas por la prevision militar de Clairfayt. Este y el duque de Teschen, reunidos con una masa de treinta mil combatientes delante de Mons, habian tenido tiempo para escoger el terreno, designar el campo de batalla, apoderarse de las alturas, cerrar los desfiladeros, escarpar las pendientes y armar los reductos en los puntos por donde habia posibilidad de acercarse á ellos.

El campo de batalla, que de este modo habian cubierto de almenas y empalizadas, rodeado de barrancos, de canales y de riachuelos, como una inmensa plaza fuerte, es una cordillera de colinas con algunas pequeñas desigualdades en los puntos en que se reunen, y que se extiende á media legua de Mons. Esta línea de alturas está cubierta en su cumbre por un bosque. La villa de Jemmapes, colocada sobre las últimas gradas de aquella cadena de colinas, la termina por la derecha; á la izquierda se inclina y va descendiendo hácia la villa de Cuesmes. El espacio comprendido entre estas dos villas, de que los austriacos habian hecho dos ciudadelas, forma naturalmente dos ó tres ángulos entrantes, donde se habian colocado baterías para acribillar con fuegos cruzados las columnas que intentasen subir la cuesta.

Delante se extiende, como el estanque de un lago sin agua, un llano profundo, estrecho, y cuyas tierras bajas forman recodos y ensenadas entre los picos de las peñas que le rodean. Detras, y sobre todo por el lado de Jemmapes, la colina donde estaban el campamento y los reductos del ejército austriaco entra en un lagunal entrecortado de canales de desagüe, de charcos de agua estancada, de terreno blando que tiembla al andar por encima, y de juncos que forman cercas elevadas en las orillas de los fosos, y hacen imposible el acceso á la caballería y á la artillería. Cubierto por detras por este lagunal y por la ciudad de Mons, flanqueada su ala derecha por la villa de Jemmapes y la izquierda por la de Cuesmes, que toca á los arrabales de aquella gran ciudad cerrada, el ejército austriaco, teniendo delante y á sus piés sus baterías y sus reductos con ciento veinte piezas de artillería, y sus puestos avanzados fortificados en las últimas desigualdades del terreno que se adelantaban en el llano, nada podia temer sobre su línea de retirada y sobre sus flancos, teniendo sólo que combatir de frente á los franceses que avanzasen á descubierto bajo sus fuegos y en un estanque que rodeaba por todas partes. La pericia de los dos generales austriacos habia suplido al número por la formidable posicion de su ejército; la eleccion y la disposicion de este campo de batalla indicaban á Dumouriez que habia encontrado en Clairfayt un general digno de competir con él.

XIV

El dia 5 de Noviembre, despues de haber desalojado á los austriacos el 3 y el 4 de algunos puestos avanzados que se adelantaban mucho en el camino y en

el llano, Dumouriez se desplegó sobre una inmensa línea convexa que se apoyaba por la izquierda en el pueblo de Quaregnon, que no habia podido tomar la víspera, y por la derecha en la aldea de Ciply, al pié de las alturas de Berthamont y del monte Palisel, que dominan un arrabal de Mons. Se colocó en el centro de aquella línea de batalla, á igual distancia de sus dos alas. D'Harville, que formaba el extremo de su ala derecha al pié del monte Palisel y casi bajo los muros de Mons, tenia orden de permanecer en observacion, y de aprovecharse del movimiento de retirada y de confusion que produciria el ataque de las tropas francesas al ejército austriaco, para apoderarse del camino de Mons y cerrarle las puertas de aquella ciudad, donde el duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt contaban sin duda hallar un refugio. Beurnonville, á quien Dumouriez confió una vanguardia igual en número á un cuerpo de ejército, estaba encargado con lo mejor de sus tropas de entablar la accion, apoderándose y tomando el pueblo y la meseta fortificada de Cuesmes, á la izquierda de los austriacos. Cinco reductos habia en esta temible meseta; toda la línea enemiga entre Cuesmes y Jemmapes estaba igualmente amurallada con reductos sobrepuestos los unos á los otros, y cuyos fuegos se cruzaban, en caso de necesidad, por lienzos de pared hechos con árboles cortados y entrelazando con ellos las ramas, lo que hacía imposible que la caballería se acercase, y ménos la artillería, por barrancos que la azada habia ahondado más, y por casas aspilleradas desde donde los tiradores del Tirol, de certera puntería, podian hacer fuego con tranquilidad y á cubierto y diezmar las filas de nuestras columnas de ataque. Tan sólo en el centro, el lugar y el bosque de Flenu, colocados sobre un terraplen más ancho y ménos rápidamente inclinado, dejaban á la caballería francesa una garganta por donde podia pasar hasta el pié de la altura. El camino, interceptado sin embargo por la misma aldea de Flenu, estaba ademas obstruido de antemano por los escuadrones elegidos de la caballería austriaca. El anciano general Ferrand, recuerdo de Laufelt y de la guerra de los Siete años, pero que se rejuvenecía con el estruendo del cañon, mandaba el ala izquierda, situada poco más atras de la línea de batalla á causa de la aldea de Quaregnon, ocupada aún por una fuerte columna austriaca con artillería, delante de las alturas de Jemmapes.

El duque de Chartres, despues rey de los franceses, mandaba el centro á vista del general en jefe; era el más jóven de los tenientes de Dumouriez y el más favorecido por este general. Hubiera podido decirse que su jefe deseaba le iluminase un rayo de gloria para designarle á Francia y á un destino que el instinto político de Dumouriez entreveia á traves del humo de sus primeros campamentos.

El duque de Chartres debia emprender el movimiento para dar el último asalto por el centro inexpugnable de la posicion de los enemigos. Ferrand y Beurnonville debian tomar ántes uno de los dos extremos más accesibles de Jemmapes ó de Cuesmes; una ú otra de estas posiciones era la única puerta por donde el ejército frances podia desembocar en la meseta y acercarse de flanco ó rodear al ejército austriaco.

Dumouriez tomaba estas disposiciones rodeado de su estado mayor, arreglándose al mapa más bien que por la vista de los puntos. Las cercas, los bosques, los grandes árboles que hay en los límites de los campos y de los caminos en las tierras crasas de Bélgica, interceptaban todo el horizonte que podia descubrir el gene-

ral. Los cuerpos diseminados sobre una gran línea combinan sus movimientos á tientas, por decirlo así, y en una línea de batalla de extensión inmensa, donde se combate por el ruido más que por la vista.

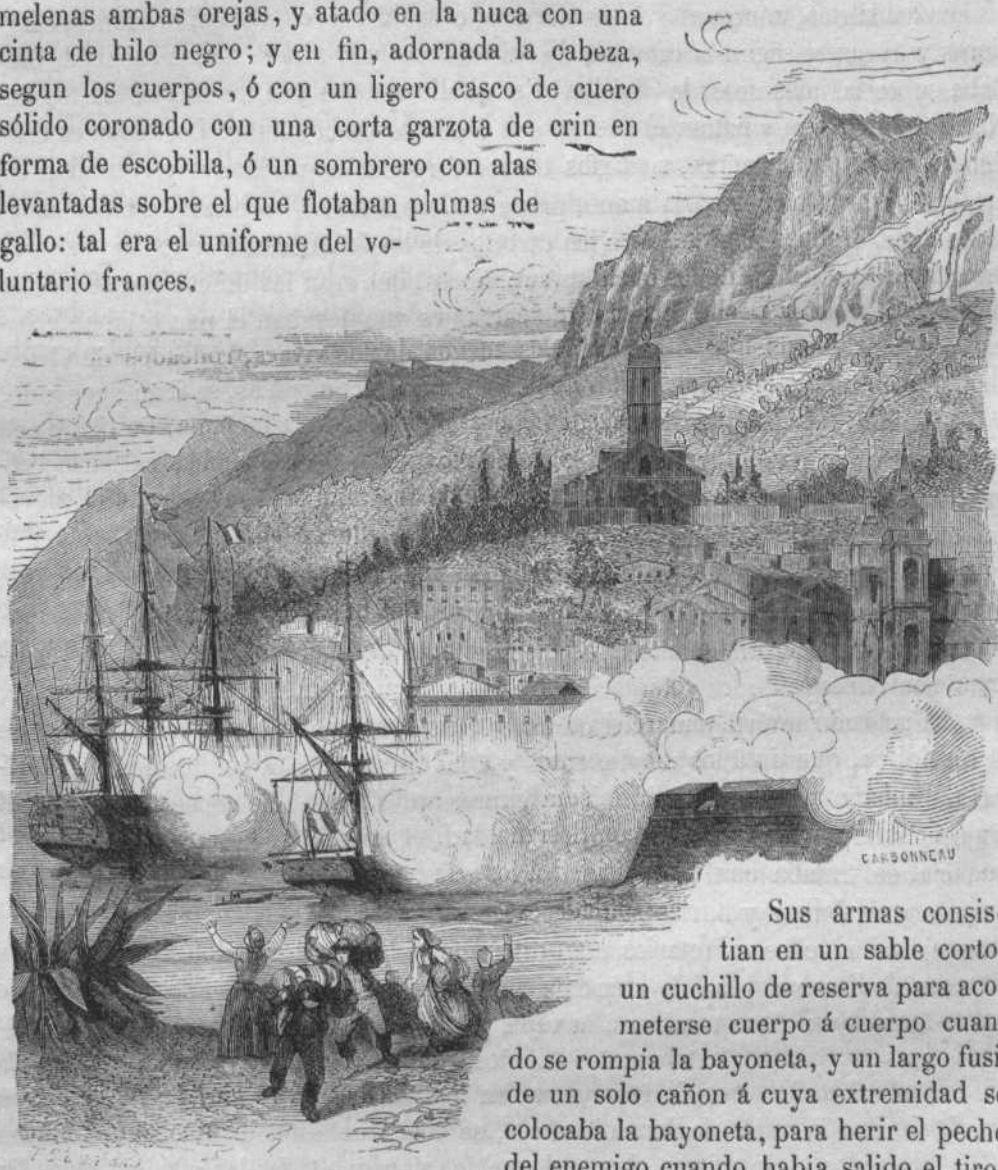
La noche ocultaba aquellos dos ejércitos cuando se distribuyeron estas diferentes órdenes á los tenientes de Dumouriez con todos sus pormenores. Muchos dragones ó húsares con hachas encendidas escoltaron por los caminos y los senderos á los ayudantes de campo y á los generales que volvian á sus vivacs para prepararse á la accion del dia siguiente. El ejército durmió formado en batalla, con mochila y sobre las armas, los artilleros al pié de sus cañones, éstos enganchados, y las bridas de los caballos pendientes del brazo de los jinetes; todo segun lo habia dispuesto Dumouriez. Para empeñar un combate sobre una línea dilatada compuesta de tres líneas distintas de batalla, y cuyos azares podian prolongar la incertidumbre, el general no queria perder un instante de la luz del alba en una estacion en que los dias tan cortos disputan la claridad á los combatientes. Temia ademá que, si no se habia decidido la victoria ántes de la vuelta de las sombras, el enemigo en retirada se aprovechase de la oscuridad de la noche para volver á entrar en Mons y eludir su persecucion.

Al rayar el dia se encontraba ya sobre las armas el ejército frances en el desigual terreno de Bélgica. El cielo estaba pardo, encapotado y lluvioso como un cielo de otoño en los climas del Norte; una niebla fria oscurecia el sol y destilaba en gotas de lluvia de los árboles. Habíanse recolectado las mieses, la tierra estaba desnuda, las hojas habian caido, y ninguna cubierta de frondosidad ó de verdura interceptaba la vista tan léjos como podia extenderse sobre las negras líneas de los batallones y de los escuadrones, que esperaban silenciosos la orden de abandonar sus posiciones.

El aspecto severo, marcial y reflexivo que presentaba el ejército enemigo atrincherado sobre sus alturas, las gorras de pelo de los granaderos húngaros, la capa blanca de la caballería austriaca, el dorman azul celeste de los húsares, la casaca parda de los cazadores tiroleses, la inmovilidad de los cuerpos, colocados más bien como espectadores que como autores de un combate sobre las crestas de las mesetas de Jemmapes, como si estuviesen en el glácis de una ciudadela, contrastaban con el aspecto revolucionario y la tumultuosa movilidad del ejército de Dumouriez, como si la Providencia de las naciones hubiese querido colocar frente á frente y hacer luchar las dos mayores fuerzas militares: la disciplina y el entusiasmo.

El ejército frances, á excepcion de los generales, envejecidos bajo el uniforme, y la caballería, cuyos regimientos se componian de antiguos soldados conservados con esmero en los cuadros, y orgullosos con su instruccion, estaba formado, casi en su totalidad, de voluntarios; los uniformes sencillos sólo ofrecian á la vista largas filas sombrías mal alineadas por oficiales bisoños, y manifestaban la inexperiencia de las maniobras en los soldados. Los zapatos de cuero grueso, los botines de paño negro abotonados hasta más arriba de la rodilla, que daban más ligereza á la marcha, apoyando y diseñando los músculos de la pierna; un calzon blanco, una casaca cuyos largos faldones, cortados en figura de ala de pájaro, llegaban á los talones; dos anchas correas de cuero blanco cruzadas en el pecho, y que servian la una para sostener la cartuchera, y la otra para ceñir el sable en el lado

izquierdo; otras dos correas parecidas, pero más estrechas, que pasaban por encima de los hombros y volvían á pasar inmediatamente debajo del sobaco, que servían para llevar la mochila de piel de cabra del soldado, como un cuévano de obrero; las solapas de la casaca de paño encarnado, formando como una gran mancha de sangre sobre el pecho; un collarín bajo para dejar libres los movimientos del cuello; el pelo largo, grasiento y empolvado, cubriendo como dos copos de melenas ambas orejas, y atado en la nuca con una cinta de hilo negro; y en fin, adornada la cabeza, según los cuerpos, ó con un ligero casco de cuero sólido coronado con una corta garzota de crin en forma de escobilla, ó un sombrero con alas levantadas sobre el que flotaban plumas de gallo: tal era el uniforme del voluntario francés.



Bombardeo de Oneille.—Pág. 345.

Sus armas consistían en un sable corto, un cuchillo de reserva para acometerse cuerpo á cuerpo cuando se rompía la bayoneta, y un largo fusil de un solo cañón á cuya extremidad se colocaba la bayoneta, para herir el pecho del enemigo cuando habia salido el tiro. Casi toda la infantería llevaba este uniforme y armamento; los cazadores le disminuían algunas veces para estar más ligeros; los granaderos, esos gigantes de las líneas, aumentaban su elevada estatura con una enorme gorra cubierta de piel negra, cuyo pelo caía por delante sobre una placa de cobre dorada ó plateada; esta placa contenía en letras de realce el número del regimiento ó del batallón.

Las compañías de zapadores, gastadores é ingenieros militares, hombres escogidos por su robustez y estatura, llevaban, en vez de fusil de bayoneta, una ancha

hacha afilada y brillante con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte al aire; arma igualmente á propósito para abrir paso al ejército que para destrozar miembros en el campo de batalla.

Los artilleros llevaban la casaca más corta, de colores más brillantes, y más adornos en el uniforme, las forrajeras de hilo de algodón color de escarlata rodeaban el brazo izquierdo, casco plateado en la cabeza y plumero encarnado.

La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y húsares, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba sobre las alas de cada división. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y batían el suelo como deseosos de combatir. Los cañones crujendo sobre sus cureñas, seguidos de los furgones enganchados y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, preparándose á servir las piezas, estaban acostados como troncos negros sobre las carretas de los leñadores. Por todas partes se levantaban las tiendas de los oficiales superiores, que eran las únicas que se habían desplegado aquella noche. Las filas de carruajes que llevaban el pan estaban colocadas á espaldas de los batallones. Los fuegos de los vivacs, rodeados de vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente á las compañías, se iban apagando, y confundían sus últimas humaredas con las nieblas de la mañana. De tiempo en tiempo el ruido de alguna cureña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas, un sonido de trompetas ó una llamada de los tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que mudaban lentamente de sitio para ir á tomar la posición asignada por la orden del general.

Tal era el aspecto de los terrenos fangosos del llano de Jemmapes en la mañana de la batalla. En cuanto á las disposiciones del ejército, podíanse leer fácilmente en el rostro de los voluntarios. No tenían aquel semblante intrépido y grave, aquella actitud inmóvil y marcial de un ejército consumado en las maniobras y en la disciplina, que da á los movimientos y á las fisonomías la uniformidad maquinal del mismo ademan y de la misma expresión. El orden se conservaba poco, el traje y las armas se llevaban con desigualdad, el silencio se interrumpía con frecuencia, se trataba con familiaridad á los jefes, y muchas veces se les faltaba al respeto por réplicas y burlas soldadescas. La edad, los modales, la fisonomía y el lenguaje de aquellos voluntarios eran diferentes; algunos eran adolescentes, apenas capaces de llevar el peso de cuarenta libras con que estaba cargado cada soldado sobre las armas; otros tocaban á la vejez y tenían el bigote blanco de los veteranos; el mayor número estaba entre las dos edades de veinte y cuarenta años. En lo delicado ó en lo tosco de las manos, en lo blanco ó en lo moreno del cutis, en la elegancia ó pesadez de los miembros, se veía que estos batallones no habían sido reclutados en la misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se hallaban allí confundidas y mezcladas; el hombre ocioso al lado del trabajador, el hijo del particular de las ciudades al lado del labrador, el rico al lado del pobre, y el noble al del plebeyo. Las fisonomías, tan diferentes como los hombres, sólo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia y forma en empalizadas vivas delante del enemigo, sino que habían corrido movidos por impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban, sufrían el hambre y el frío, era su causa personal; y

que en esta lucha de un pueblo contra Europa, era la victoria de su patriotismo y de sus ideas lo que cada uno de ellos queria conseguir.

Advertíase ademas en los rostros una movilidad inquieta, curiosa y agitada, que indicaba que aquellas tropas eran bisonías para el fuego y poco acostumbradas al ruido del cañon. Atentas á la escena, esperaban la batalla como un espectáculo, lo mismo que como un combate. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones inquietaba y aseguraba á la vez á los jefes; podia, segun las impresiones de aquellos hombres, demasiado apasionados para permanecer con sangre fria, convertirse al empezar el fuego en un terror pánico ó en entusiasmo, y hacer de ellos masas de fugitivos ó batallones de héroes.

XV

Dumouriez sólo habia descansado algunas horas, con un sueño interrumpido por las relaciones de los ordenanzas, sobre un haz de paja extendido en su tienda. Recorria ya el frente de las líneas rodeado de un grupo de su estado mayor particular: Thouvenot, su jefe de estado mayor en realidad, oficial que apreciaba más que á todos los otros porque habia sido el primero que en Sedan habia comprendido y servido su gran pensamiento del Argonne; el duque de Chartres, á quien mostraba á sus soldados para acostumbrar la república á la vista de un príncipe; el jóven duque de Montpensier, casi niño, hijo segundo del duque de Orleans, ayudante de campo de su hermano en Jemmapes: su valor precoz, su aspecto melancólico y su apasionada amistad por su hermano atraian las miradas y conmovian el corazon de los soldados; Moreton de Chabrilan, jefe de estado mayor honorario, valiente, pero turbulento y celoso; el jóven Bautista Renard, que el general habia agregado á su servicio siendo aún niño, y que desde la condicion de criado se habia elevado hasta la abnegacion por su señor; y en fin, un grupo á caballo de cuatro oficiales de distintas edades, entre los que se notaban dos rostros femeninos. Su modestia, su color sonrosado y su gracia contrastaban, bajo el traje de oficiales de ordenanza, con las fisonomías varoniles de los guerreros que los rodeaban. Eran el capitan de guías de Dumouriez, Mr. de Fernig, habitante de la Flandes francesa; su hijo, teniente en el regimiento de Auxerrois, y sus dos hijas, á quienes la ternura por su padre y su pasion por la patria habian arrancado al abrigo de su sexo y de su edad, y llevado á los campamentos. El amor filial no les habia dejado otro asilo.

Habian nacido en la aldea de Mortagne, en la frontera de Francia limítrofe de Bélgica. Hé aquí cómo les fué revelada su vocacion.

En aquellos primeros tiempos de la guerra, los departamentos fronterizos se levantaban por sí mismos para cubrir el país. Francia sólo era un campamento, de que ellos se consideraban como los puntos avanzados. Ademas de los batallones que enviaban á Dumouriez, muchas compañías de voluntarios formadas de hombres casados, de viejos y de jóvenes casi niños, sin más ley que la salvacion pública, sin otra organizacion que el patriotismo, sin otros jefes que los más valientes, salian de las ciudades, de las villas y de las aldeas, sorprendian los destacamentos enemigos, rechazaban la invasion de los puntos avanzados, y combatian contra los hulanos ligeros de Clairfayt. Hasta mujeres acompañaban á sus

maridos en estas rápidas expediciones, y las hijas á sus padres; todas las edades y todos los sexos querian pagar su tributo de entusiasmo y de sangre á la patria y á la libertad. Las más piadosas y las más decididas de todas estas heroínas fueron dos jóvenes, célebres despues en los fastos de nuestros primeros combates; una se llamaba Teófila, y la otra Felicidad.

Mr. de Fernig, antiguo oficial retirado en la villa de Mortagne, en lo último de la frontera del departamento del Norte, era padre de una numerosa familia; sus hijos servian, uno en el ejército de los Pirineos, y el otro en el del Rhin. Sus cuatro hijas, á quienes la muerte habia arrebatado la madre, vivian con él. Dos de ellas eran aún niñas, y las dos mayores apenas llegaban á la edad de la adolescencia. Su padre, que mandaba la guardia nacional de Mortagne, habia animado con su ardor militar á los paisanos del canton, haciendo un campamento de todo el país. Fogueaba á los habitantes con escaramuzas continuas contra los húsares enemigos, que pasaban muchas veces la línea de la frontera para ir á insultar, saquear é incendiar la comarca. Pocas noches habia en que no dirigiese en persona aquellas patrullas cívicas y expediciones, lo que hacía que sus hijas temblasen por su vida. Las dos mayores, Teófila y Felicidad, más conmovidas aún por los peligros que corria su padre que por los de la patria, se confiaron mutuamente sus inquietudes, y sintieron nacer á la vez en su corazon el mismo pensamiento. Resolvieron armarse tambien, mezclarse, sin que lo supiera Mr. de Fernig, en las filas de los cultivadores de que él habia hecho soldados, combatir con ellos, velar particularmente sobre su padre, y arrojarle entre la muerte y él si le amenazaban de cerca los soldados enemigos.

Ocultaron esta resolucion en su alma, revelándola sólo á algunos habitantes de la villa cuya complicidad les era necesaria para que no lo supiera su padre. Se vistieron de hombres con los trajes que sus hermanos habian dejado en casa al marchar al ejército, se armaron con sus escopetas, y siguiendo muchas noches la pequeña columna guiada por Mr. de Fernig, se batieron con los merodeadores austriacos, se ejercitaron en las marchas, en los combates y la muerte, y electrizaron con su ejemplo á los valientes paisanos de la aldea. Su secreto se guardó fielmente mucho tiempo. Mr. de Fernig, al entrar por la mañana en su casa, y contando en la mesa las aventuras, los peligros y las ventajas de la noche á sus hijas, no sospechaba que ellas habian combatido en primera fila con sus tiradores, y preservado algunas veces su propia vida.

Beurnonville, que mandaba el campamento de Saint-Amand, á poca distancia de la frontera, oyó hablar del heroísmo de los voluntarios de Mortagne; montó á caballo á la cabeza de un fuerte destacamento de caballería, y fué á limpiar el país de aquellos forrajeadores de Clairfayt. Acercándose á Mortagne al amanecer, encontró la columna de Mr. de Fernig, que entraba en el pueblo despues de una noche de fatiga y de combate, en que no habia cesado el fuego sobre toda la línea, y en que Mr. de Fernig habia sido libertado por sus hijas de las manos de un grupo de húsares que le llevaba prisionero. La columna, fatigada, conduciendo muchos de sus heridos y cinco prisioneros, cantaba la *Marsellesa* al són de un solo tambor acribillado á balazos. Beurnonville detuvo á Mr. de Fernig, le dió las gracias en nombre de Francia, y para honrar el valor y el patriotismo de sus paisanos, quiso pasarles revista con todos los honores de la guerra. Apenas empezaba á rayar el

dia, aquellos valientes se alinearon bajo los árboles, ufanos al verse tratados como soldados por el general francés. Pero apeándose y pasando por el frente de aquella tropa, Beurnonville creyó percibir que dos de los más jóvenes voluntarios, ocultos detras de las filas, eludían sus miradas y pasaban furtivamente de un grupo á otro para evitar se les acercase. No comprendiendo tanta timidez en hombres que llevaban fusil, suplicó á Mr. de Fernig hiciese acercar aquellos valientes jóvenes.



Intimacion del granadero enviado por el almirante Latouche al rey de Nápoles (16 de Diciembre, 1792).

Pág. 346.

Se abrieron las filas y dejaron al descubierto las dos doncellas; pero sus trajes de hombre, sus rostros ennegrecidos con el humo de los tiros disparados durante el combate, y sus labios manchados por los cartuchos que habian roto con los dientes, las hacían desconocidas á los ojos de su mismo padre. Mr. de Fernig se sorprendió de no conocer aquellos dos combatientes de su pequeño ejército. «¿Quiénes sois?»—les preguntó con tono severo. Al oír esto, un sordo murmullo acompañado de sonrisas generales recorrió todas las filas. Teófila y Felicidad, viendo descubierto su secreto, se pusieron de rodillas, se avergonzaron, lloraron, sollozaron é imploraron, abrazando las piernas de su padre, el perdón de su piadoso

engaño. Mr. de Fernig abrazó á sus hijas llorando tambien, y las presentó á Beurnonville, que describió aquella escena en su oficio á la Convencion. Esta citó los nombres de aquellas dos jóvenes á Francia, y les envió caballos y armas de honor en nombre de la patria. Ya las volverémos á encontrar en Jemmapes, combatiendo, triunfando y salvando á los heridos enemigos despues de haberlos vencido. El Tasso no ha inventado en Clorinda más heroísmo, nada más maravilloso, ni más amor que el que admiró la república en el disfraz filial, en las hazañas y el destino de aquellas dos heroínas de la libertad.

Dumouriez, cuando fué á andar en Flandes la primera vez, las presentó á la admiracion de sus soldados en el campamento de Maulde. Su casa, cuando ocurrieron los primeros reveses, designada á la venganza de los austriacos, fué quemada, y Mr. de Fernig no tuvo ya más patria que el ejército. Dumouriez llevó consigo al padre, al hijo y á las dos hijas á la campaña del Argonne; dió al padre y al hijo grados en el estado mayor. Las jóvenes, siempre entre su padre y su hermano, llevaban el traje, las armas y hacian las funciones de ayudantes de órdenes. Habian combatido en Valmy, y estaban impacientes por combatir en Jemmapes. La mayor, Felicidad de Fernig, seguia á caballo al duque de Chartres, á quien no queria abandonar durante la accion. La segunda, Teófila, se preparaba para llevar al anciano general Ferrand las órdenes del general en jefe, y para marchar con él al asalto de los reductos del ala izquierda. Dumouriez mostraba aquellas dos encantadoras heroínas á sus soldados como un modelo de patriotismo y un presagio de la victoria. Su belleza y su juventud recordaban al ejército aquellas apariciones maravillosas de los genios protectores de los pueblos á la cabeza de los ejércitos el dia del combate. La libertad, como la religion, era digna tambien de tener sus milagros.

XVI

Miéntas que Dumouriez, despues de haber concluido su inspeccion, decia al pasar á sus soldados aquellas palabras que reasumen el entusiasmo en un ademan y vienen á ser el santo de la victoria, empezábase el combate en los dos extremos de su larga línea de batalla, por la derecha y por la izquierda. Por ésta se lanzó el general Ferrand, cantando la *Marsellesa*, sobre la fortificada villa de Quaregnon, puesto avanzado y que era indispensable tomar ántes de poder cerrar la derecha de los austriacos ó escalar á Jemmapes. Atento Dumouriez al estruendo del cañon, que tronaba sin mudar de sitio desde hacia más de una hora por aquel lado, comprendió que Ferrand hallaba allí un obstáculo irresistible en las baterías, que ya la víspera habian hecho retroceder á los batallones belgas. No teniendo ningun movimiento que hacer, ni que vigilar el centro inmóvil, corre al galope hácia Quaregnon para animar con su presencia un ataque que no podia salir mal sin paralizar todos sus movimientos en el centro y en la derecha. Al acercarse Ferrand, acosado por el fuego que le hacian de las casas y por los cañonazos de los reductos, que todo lo barrian, parecia como indeciso, y al abrigo de los primeros edificios del pueblo, daba á sus batallones el tiempo de reponerse. Una palabra y un ademan de Dumouriez, señalando á las alturas, reanimaron los batallones dudosos. Envió á su confidente Thouvenot para que le reemplazase en el impulso y la direc-

ción de aquellas columnas. Ferrand y Thouvenot, animados de una generosa emulación, rehacen y mueven de nuevo las columnas, se lanzan á su cabeza sobre el flanco derecho y sobre el izquierdo del pueblo, reciben tres veces la descarga de los reductos, los toman al paso de carga y á la bayoneta, y sostenidos por cuatro batallones del general Rozieres que cubren las filas, se apoderan de Quaregnon y del espacio que separa á este pueblo de Jemmapes.

Allí, siguiendo las instrucciones de Dumouriez, dividen sus fuerzas en dos columnas; una, al mando de Rozieres, despliega ocho escuadrones en batalla sobre el camino, mientras el general en jefe, con ocho batallones de infantería, se acerca á Jemmapes por la izquierda; la otra, á cuya cabeza marchan Ferrand y Thouvenot, forma el ataque principal en columnas por batallones, y se acerca á Jemmapes por el frente y á la bayoneta, para no dar tiempo, descargando y cargando de nuevo las armas, á que los reductos acribillasen á los asaltantes.

Thouvenot para corresponder al pensamiento de su general y amigo, Ferrand para hacer olvidar su indecisión de la mañana y hacer más venerables sus blancos cabellos con una victoria, hicieron mil veces el sacrificio de sus vidas, conduciendo los granaderos, la infantería de línea y los diezmos voluntarios, de escalon en escalon, sobre las mesetas de Jemmapes. Confundido por una nube de balas de cañon y de obus que levantaban la tierra de los ribazos bajo sus piés, cayendo de su caballo, que murió en el acto, Ferrand, levantado por Thouvenot, se coloca á pié con el sombrero en la mano á la cabeza de los granaderos, coge un fusil y carga á la bayoneta en las calles del pueblo, sufriendo la metralla de los austriacos. Su sangre corre, pero no la siente. Rozieres con sus cuatro batallones amenaza cercar á Jemmapes por la izquierda; los ocho escuadrones que ha colocado en observación se lanzan y emprenden al galope la pendiente de la villa, obligando á que cese el fuego en los reductos. Un destacamento de cazadores á caballo se precipita sobre uno de los últimos batallones de granaderos húngaros, que aún luchaba con la columna del centro. La joven Teófila Fernig, lanzándose con sus cazadores sobre aquel batallón, lo desordena, derriba dos granaderos de dos pistoletazos, y hace prisionero al jefe del batallón, que conduce desarmado á presencia de Ferrand.

Desde entonces, tranquilo ya Dumouriez en cuanto al ataque de la izquierda, donde habia dejado su alma en la persona de Thouvenot, y viendo desde el llano las nubes de humo que rodeaban á Jemmapes, y hacian conocer al esparcirse por los aires los progresos de los franceses, fijó toda su atención en la derecha. Desprovisto por aquel lado del cuerpo de ejército de los Ardennes, y de Valence, su jefe, que aún no habian llegado á la línea, descansaba en Beurnonville, general activo é inspirado por el fuego. Eran las once de la mañana, y el día iba transcurriendo. Dumouriez, despues de cambiar el caballo en el cuartel general, dió rápidamente algunas órdenes al duque de Chartres, y volvió á marchar á toda brida para ver por sí mismo lo que detenía el ataque de Beurnonville al pié de la meseta de Cuesmes. Al llegar, halló las tropas de este general inmóviles como murallas bajo las balas de cañon que llovian sobre ellas, pero sin atreverse á salvar las gradas de fuego que las separaban del llano. Dos de las brigadas de infantería de Beurnonville sobresalian un poco de los reductos defendidos por los granaderos húngaros. Cien pasos detras, diez escuadrones de húsares, de dragones

y de cazadores franceses esperaban en vano que la infantería les abriese el espacio cerrado delante de ellos. Estos escuadrones recibían de momento en momento las descargas oblicuas de las piezas de artillería, que los flanqueaban y derribaban filas enteras de caballos. Para colmo de desastre, la artillería del general D'Harville, apostada á lo lejos sobre las alturas de Ciply, tomando aquellos escuadrones por una masa de caballería húngara, les hacía fuego á su espalda. Encima de los reductos, una columna de caballería y otra de infantería austriaca, dispuestas á caer sobre nuestros batallones tan pronto como los rompiesen las balas de cañon, dejaban ver las primeras líneas de bayonetas y las cabezas y pechos de los caballos de los primeros pelotones, detras y encima del humo de los cañones.

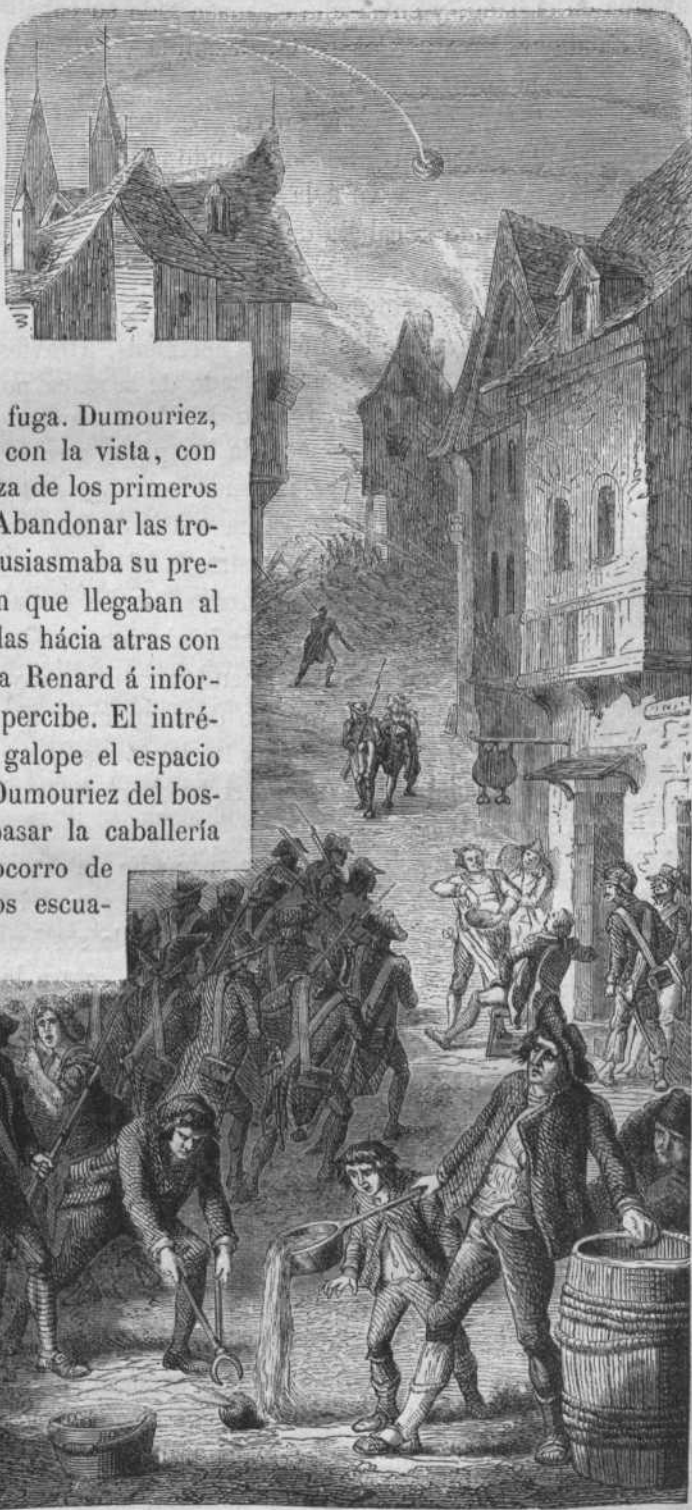
Tal era la situacion de nuestras columnas de ataque sobre los llanos de Cuesmes cuando llegó Dumouriez. Pero impaciente al ver un alto que, suspendiendo el entusiasmo de las tropas, les daba tiempo para contar los muertos y la tentacion de retroceder, el general Dampierre, comandante á las órdenes de Beurnonville, no aguardó que Dumouriez le arrebatase la victoria ó la muerte. Dampierre, en una carga desesperada, conduce con el gesto y la voz el regimiento de Flandes y el batallon de voluntarios cazadores de Paris, gente perdida que lleva al campo de batalla el fanatismo teatral pero heroico de los jacobinos. Agita con la mano izquierda el penacho tricolor de su sombrero de general, llama con el movimiento de su espada al batallon, que está cien pasos detras, expuesto sólo á la metralla de los reductos y al fuego de los húngaros. Parece que la muerte, que tan cerca le esperaba sobre otro campo de batalla, huye de él, y sale sin ser herido. El regimiento de Flandes y el batallon de Paris, tranquilizados al verle en pié, se lanzan al paso de carga, y le alcanzan, en medio de los gritos de *¡Viva la república!* Rompen á la bayoneta los batallones húngaros, y entran detras de ellos en los dos reductos, cuyas piezas vuelven contra el enemigo. Dumouriez y Beurnonville, guiando por el frente y por la derecha las otras dos columnas al paso de carga, les hacen entrar en la meseta, despejada ya por Dampierre. Los gritos de victoria y la bandera tricolor plantada sobre el último reducto anuncian á Dumouriez que Cuesmes es ya suyo, y que es tiempo de atacar un centro cuyas dos alas están en retirada y cuyos flancos pueden ser descubiertos.

Sale á escape para dar la órden á la masa de sus treinta y cinco mil combatientes de atacar las alturas fortificadas que unen la villa de Cuesmes á la de Jemmapes. Estos numerosos batallones escuchaban, inmóviles con el arma al brazo desde la aurora, las descargas de artillería que se respondían de un ala á la otra. El viento, que soplaba del lado de Jemmapes, les enviaba con el sonido del bronce los copos de humo y el olor entusiasta de la pólvora. Estaban impacientes por cargar, y murmuraban de la lentitud de su general.

Toda la línea se pone en movimiento á la señal de Dumouriez, forma por batallones en tres compactas y largas columnas, entona simultáneamente la *Marseleses*, y atraviesa á paso de ataque el llano estrecho que separa las dos alturas. Los ciento veinte cañones y obuses de las baterías austriacas vomitan sin descanso sus balas y granadas sobre aquellas columnas, que sólo responden con el himno de los combates. Los tiros, disparados desde mucha elevacion, pasan sobre la cabeza de los soldados y sólo alcanzan las últimas filas. Dos columnas empiezan á subir las cuestas.

La tercera, que avanzaba por la garganta ancha y obstruida por los árboles del bosque de Flenu, cargada de repente por ocho escuadrones austriacos, se detiene, retrocede y se abriga detras de las casas del pueblo. Esta indecision se comunica á las columnas de derecha é izquierda, y las filas se aclaran á cada minuto. Las cabezas de las columnas se replegan á retaguardia. Los batallones de jóvenes, ménos intrépidos para esperar inmóviles que para correr delante de la muerte, principiaban á desunirse y á formarse á la ventura en pelotones confusos, indicio

y preludio ordinario de la fuga. Dumouriez, espada en mano, guiaba con la vista, con el ademan y la voz la cabeza de los primeros batallones de la derecha. Abandonar las tropas elegidas, á quienes entusiasmaba su presencia, en el momento en que llegaban al primer reducto, era llevarlas hácia atras con él. Envía al jóven Bautista Renard á informarse del desórden que percibe. El intrépido Bautista atraviesa á galope el espacio que separa la division de Dumouriez del bosque de Flenu; reúne al pasar la caballería francesa, y la lanza al socorro de la columna rota. Ya estos escua-



drones, desbordándose en el llano, sembraban la confusion y el terror en lo último de nuestras columnas de ataque. Toda la brigada del general Drouin, cortada y acuchillada, se dispersaba. Clairfayt, desde lo más elevado de su posicion, de donde dominaba nuestros ataques, ve el inmenso reflujo que la brigada de Drouin efectúa en el llano, y envía allá en masa toda su caballería. Este choque, terrible para batallones bisoños, los corta, disemina y hace retroceder en grupos despar-ramados hasta su primera línea.

Iba á sufrir quizá la misma suerte el centro, arrastrado cada vez más por aquel torrente de desórden y confusion, cuando el duque de Chartres, que combatia en vanguardia, se vuelve y ve á la izquierda aquella derrota de sus batallones. Al momento, volviendo la cabeza de su caballo, herido ya en las ancas por un casco de granada, corre con el sable en la mano, seguido de su hermano el duque de Montpensier, de la más jóven de las hermanas Fernig y un grupo de sus ayudantes de campo, á traves de los húsares enemigos. Atraviesa el llano abriéndose paso á pistoletazos, llega á lo más encarnizado de la pelea por medio de los grupos de las brigadas que se retiraban. La voz del jóven general, el entusiasmo de la victoria que manifiestan las fisonomías de los pocos que le acompañan, la vergüenza que experimentan los soldados intimidados al ver una jóven de diez y seis años, llevando la brida con los dientes y una pistola en la mano, recriminarles por haber huido ante los peligros que ella arrostra; la pólvora y la sangre que cubren el rostro del duque de Montpensier, las súplicas de los oficiales que corren con espada en mano detras de sus compañías desafiando á sus soldados y diciéndolos que sólo sobre su cuerpo podrán pasar, suspenden la derrota y fijan en torno del estado mayor del jóven príncipe un núcleo de voluntarios de todos los batallones. Los arregla apresuradamente, los anima y los lleva consigo. «Os llamareis—les dice—el batallon de Jemmapes, y mañana el batallon de la victoria, porque vosotros la llevais en vuestras filas.»

Formando pabellon, hace colocar en medio de este cuerpo las cinco banderas de los cinco batallones cuyos despojos reúne esta columna, la lleva consigo en medio de los gritos de *¡Viva la república!*, y la sostiene, al atravesar de nuevo la llanura, con una carga de caballería del centro contra los escuadrones austriacos. El batallon de Jemmapes, aumentado en su tránsito por los destacamentos de las brigadas dispersas, se acerca con la impetuosidad de la venganza á los atrinchera-mientos, que escala sobre los cuerpos de los heridos y moribundos. Hasta la caballería, superando las dificultades del terreno, se precipita sobre los reductos, muriendo todos los artilleros austriacos al pié de sus piezas. En la proximidad de las baterías está el terreno resbaladizo con la sangre de los hombres y de los caballos, y marcan los escalones de cadáveres los diferentes órdenes de reductos. Los húngaros, cruzando las bayonetas con los voluntarios, oponen una muralla de hierro detras de cada muralla de fuego; los hombres formados que suben, apénas bastan para reemplazar en las filas los derribados por las descargas de los reductos. El duque de Chartres y su columna ya no avanzan un paso, van de nuevo á verse obligados á retroceder á la llanura, cuando el general Ferrand, saliendo al fin de Jemmapes, que habia tomado, se adelanta á la cabeza de seis mil hombres y de ocho piezas de artillería, y estrecha á los austriacos entre dos fuegos.

A las primeras descargas sobre sus batallones flanqueados, los generales aus-

triacos hacen replegar lentamente sus tropas, abandonando al duque de Chartres y á Ferrand las alturas y los reductos de Jemmapes. A este movimiento de los enemigos, el duque de Chartres y el general Ferrand, reunidos, envían su infantería ligera y su caballería sobre la retaguardia de los austriacos. Comprometida esta ala del ejército enemigo, no tiene tiempo de reunirse al cuerpo principal; se precipita al pié de la colina detras de Jemmapes, bajo el fuego, el sable y la bayoneta de los franceses. Parte de la infantería consigue evadirse abandonando sus armas y dejando los prisioneros y los muertos. La caballería austriaca, lanzada al galope en los barrancos que hay al pié de la colina, se precipita al rio Haine, encajonado, profundo y rápido en medio de aquellos pantanos. Cuatrocientos ó quinientos hombres y más de ochocientos caballos quedaron allí hundidos, haciendo esfuerzos por atravesarlo. Las orillas escarpadas y fangosas de aquel impetuoso torrente rechazan los piés de los caballos y las manos de los hombres, que se apoyan en ellas para dominarlas. El rio, crecido con las lluvias de otoño, arrastra cadáveres de hombres y caballos, dejándolos una legua más abajo en el fango y entre los juncos de aquel lodazal. Ferrand envió al momento al general Thouve-not á informar á Dumouriez de las ventajas de su ala izquierda; el duque de Chartres le envió á su hermano el duque de Montpensier, para decir al general en jefe que el combate estaba restablecido y apagados los fuegos de los reductos en el centro.

XVII

Durante estos diversos movimientos de su línea de batalla y las vicisitudes de tantos combates distintos, Dumouriez, lleno de confianza en su principal cuerpo de batalla, que veía lanzado é inmediato á la primera fila de los reductos del centro, corrió de nuevo hácia donde estaba Beurnonville.

De los cinco reductos que flanqueaban las alturas de Cuesmes, sólo habían sido tomados dos á su vista aquella mañana por el denuedo de Dampierre. Pero el duque de Sajonia-Teschen había reunido sus mejores batallones húngaros y sus escuadrones de caballería de línea en la cumbre y á la espalda de la meseta, que dominaba los otros tres reductos. Esta posicion, que cubria á la vez la cabeza de su línea y la comunicacion con la ciudad de Mons, era la llave de la victoria ó de la derrota. Latour, Beaulieu, sus mejores generales y más valientes soldados la defendían, estando allí el nervio de su ejército. Dumouriez lo había comprendido, y volvía con inquietud. En el momento en que llegaba de nuevo, algunos ayudantes de órdenes, consternados por la indecision y decadencia de su cuerpo de batalla, le llevaban la triste noticia de la derrota de sus tres brigadas en el bosque de Flenu. El mismo Dumouriez, colocando su caballo sobre un teso, y contemplando un momento la inflexion de su línea y los cascos de la numerosa caballería de Clairfayt que brillaban al sol en la llanura, experimentó una de aquellas dudas mortales que colocan al guerrero entre una prudencia humillante y una temeraria obstinacion. Conoció la necesidad de replegar sus dos alas medio victoriosas para unir las á un centro que ya no las sostenía, y bajó del teso al paso, con la cabeza inclinada, pensativo y resuelto á mandar la retirada.

Se leía en su rostro lo que costaba á su alma esta resolucion. La revolucion y él tenían igual necesidad de una victoria. Era el primer fuego que nuestros bata-

llones veían desde la triste guerra de los Siete años, porque Valmy sólo había sido un cañoneo heroico; era la primera ocasión de reconquistar á su patria esa fama de superioridad militar, que vale mucho más que un ejército en la fuerza de las naciones, y la primera batalla en línea que daba él mismo. Hasta entónces sólo había sido un táctico prudente, pero no un general victorioso. Los Jacobinos y la Convencion tenían en aquel momento suspensa sobre su cabeza la corona del triunfador ó el hacha de la guillotina: la fama que adquiriese ó perdiese aquel día era la que iba á hacer caer una ú otra sobre su nombre. No se le pediría cuenta de algunos miles de vidas preservadas ó perdidas por su prudencia ó por su temeridad, pero sí de la reputación del ejército frances y del entusiasmo de la revolucion, que iba á dejar escapar con la victoria.

Conoció Dumouriez que le convenia morir ántes que su gloria, porque no sobreviviría á las consecuencias de una derrota ó de una retirada ante generales celosos, los Jacobinos sospechosos y la Convencion humillada. Mete espuelas al caballo y se lanza sobre la meseta de Cuesmes, donde todo estaba inmóvil frente la formidable línea de infantería y de caballería imperial que coronaba con sus batallones y sus escuadrones, como ya hemos visto, la cumbre de los reductos. Ningun general mandaba allí en aquel momento. Dampierre, herido, fué á descansar un poco y á curar su herida. Beurnonville, comandante en jefe en el extremo derecho, tenía junto á sí las brigadas prontas á ir al socorro de los batallones cargados por los austriacos. Era una de aquellas horas en que la incertidumbre mutua de los dos campamentos hace dudar y como respirar á las batallas.

Las primeras tropas que encontró Dumouriez eran dos brigadas de infantería compuestas de tres batallones de aquellos jóvenes hijos de París, que aún parecia jugaban con la muerte, y de cuatro mil soldados veteranos de su antiguo campamento de Maulde, muy acostumbrados á su genio, y que estaban fanáticamente unidos á él como los hijos de su fortuna. La casualidad se los presentó á tiempo en la crisis de su fama y de su vida.

Apénas ven á su general, aquellos soldados intimidados se levantan, hacen sonar las culatas de sus fusiles en tierra, agitan sus sombreros en el aire, y gritan: *¡Viva Dumouriez! ¡Viva nuestro padre!* Su entusiasmo se comunica á los batallones de los hijos de París. El general, conmovido, pasa, llamando á los soldados por su nombre, al frente de las dos brigadas, y jura que los conduce á la victoria, y ellos prometen seguirle. Diez escuadrones de caballería francesa, húsares, dragones y cazadores, separados de tiempo en tiempo por las balas de cañon de los reductos, estaban formados en batalla á algunos pasos en un ángulo que formaba el terreno. Dumouriez corre á ponerse á la cabeza de aquellos agitados escuadrones; envía á su ayudante de campo de confianza, Felipe de Vaux, para que apresure la carga de Beurnonville, anunciándole que el general en jefe se está batiendo. Reconocen los austriacos á Dumouriez por el movimiento que notan en torno suyo, en el entusiasmo y en los gritos de los franceses, y envían desde el alto al galope toda una division de dragones imperiales para disolver y acabar con aquel centro. Los soldados del campamento de Maulde, inmóviles como tropas en revista, colocan en medio de ellos los batallones de París; esperan á diez pasos la carga de aquella masa de dragones, apuntan al pecho y á la cabeza de los caba-

llos, derriban á más de doscientos, que ruedan y espiran con sus jinetes al pié de los batallones. Protegidas por esta muralla de cadáveres, las dos brigadas hacen fuego á los escuadrones á medida que éstos se dirigen al galope al abrigo del suyo. Dumouriez, á la cabeza de diez escuadrones franceses, envía los húsares de Bercheny, que acuchillan los ya diezmados dragones. Esta masa de caballería austriaca huye al fin en desórden hácia el camino de Mons, y conmueve con el espectáculo de su derrota la columna de infantería húngara. Beurnouville llega con su reserva al paso de ataque; reemplaza á los austriacos sobre la meseta, que acaban de abandonar, y Dumouriez, tranquilo por aquella parte, se apea en medio de sus soldados, que le reciben con aclamaciones entre sus brazos. Forma una



La guardia nacional marcha á la frontera.—Pág. 350.

columna de aquellas dos brigadas, une á ellas el regimiento de cazadores á caballo mandado por uno de los hermanos Frescheville, los húsares de Chamborand que manda el otro hermano, ambos intrépidos en las cargas de lanza; reúne el regimiento de húsares de Bercheny, formado en nuestras antiguas guerras de aventureros húngaros, cuyo solo nombre inspiraba el terror y ocasionaba la fuga en todas las guerras de la revolucion, al mando del coronel Nordmann, y entona el himno de los marseleses, repetido por todo su estado mayor, reforzado por las mil y quinientas voces de los hijos de Paris.

La columna, al oír este cántico, que sobrepuja al ruido del cañon é inspira el delirio á los soldados y aun á los caballos, se pone en movimiento y se precipita á la bayoneta sobre los reductos. Los artilleros húngaros sólo tienen tiempo para descargar sus piezas á metralla sobre la cabeza de las columnas. Los voluntarios y los soldados, para escalar los reductos, pasan por encima de los miembros de sus camaradas mutilados, y clavan con sus bayonetas los cuerpos de los húngaros á sus cureñas. En medio del espeso humo de pólvora que rodea aquel estrecho

campo de carnicería, apenas se pueden distinguir los franceses del enemigo, no reconociéndose muchas veces los combatientes sino hasta despues de haber sido heridos. Aquel humo cubre prodigios de héroísmo por ambas partes. Se batian cuerpo á cuerpo, en medio de un siniestro silencio, tan sólo interrumpido por el choque del hierro contra el hierro, por los sordos golpes de los cadáveres que caian y rodaban desde lo alto de los parapetos, y por el inmenso grito de victoria que se elevaba en cada linea de reductos conquistados, cuando los franceses los coronaban con la bandera del batallon. Allí no hubo ni fuga, ni prisioneros; todos los húngaros murieron junto á sus piezas apagadas, y teniendo aún en la mano los pedazos de sus bayonetas y de sus fusiles.

Impelido por el entusiasmo de la carga, Beurnonville galopaba sobre el flanco derecho de los reductos con la masa de su caballería de línea, persiguiendo á la caballería austriaca. Más soldado que general, se adelantaba de sus escuadrones, y forzaba de tiempo en tiempo los últimos pelotones enemigos á volverse para combatir. Rodeado una vez por un escuadron de coraceros, todos sus ayudantes de campo caen, y él mismo, derribado de su caballo, de que hace un parapeto, se defiende con trabajo del círculo de sables que se dirigen á su pecho. El teniente de gendarmes de caballería Labreteche, seguido de un peloton de los suyos, antiguos soldados, rompe al galope el escuadron austriaco, derriba con el pecho de su caballo á los coraceros más próximos á Beurnonville, y le cubre con su cuerpo, herido al momento por cuarenta hojas de sable. Da tiempo á que llegue el escuadron frances, y salva á su general, ofreciéndose á la muerte por él. Habiéndole conducido inanimado en brazos de sus soldados, Labreteche vivió y combatió todavía.

En el momento en que la columna, acometiendo uno de los reductos, desfilaba delante de Dampierre gritando *¡Viva la república!* y como inflamada por un entusiasmo que hacía elástico el suelo bajo los piés de los soldados, el general percibió en medio de los voluntarios un anciano con los cabelles blancos, que lloraba dándose golpes en el pecho. «¿Qué tienes, amigo mio?—le dijo Dampierre.—¿Debe entristecerse un soldado en el momento que se le conduce á la victoria?» «¡Oh hijo mio! ¡oh hijo mio!—se respondió á sí mismo el anciano combatiente.—¡Por qué el pensamiento de la vergüenza acibara para mí un momento tan glorioso!...» Y contó al general que su hijo, enganchado en el primer batallon de Paris, habia desertado de su bandera, y que él habia ido al momento á reemplazarle, para dar su vida en cambio del brazo de que la cobardía de su hijo habia privado á la nacion. Este rasgo, propio de un romano, fué mencionado en las proclamas de Dumouriez á su ejército. Los soldados jóvenes querian ver á aquel veterano que rescataba con su sangre la falta de su hijo, y todos pensaban en su padre al verle.

XVIII

Apénas triunfaba Dumouriez á su derecha, cuando, sin dar tiempo á que la victoria se consolidase en aquel punto, corrió á llevarla al centro, que siempre creia roto y desbandado. Acababa de destacar seis escuadrones de cazadores á las órdenes de Frescheville, y marchaba él mismo á todo escape á la cabeza de aquella caballería, para caer sobre la austriaca del bosque de Flenu, cuando vió llegar á

galope al duque de Montpensier. Este joven príncipe venía á anunciarle la victoria del duque de Chartres. De allí á poco, Thouvenot le participó el triunfo de su al izquierda en Jemmapes. Dumouriez estrecha en sus brazos á aquellos dos mensajeros de su fortuna. Un grito de victoria que sale del corazon del general y del pequeño grupo de sus oficiales de confianza y de sus amigos, se va aumentando repetido por los escuadrones de Frescheville y corre desde Cuesmes á Jemmapes, de boca en boca, sobre toda la línea de las alturas ocupadas ya por los franceses. Las baterías callan; sólo se oían, cada vez más léjos, los cañonazos de retirada del ejército de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, debilitándose á medida que se alejaban. Esta fué la hora más bella de Dumouriez, y tambien la primera de las grandes glorias militares de Francia: la victoria y el patriotismo acababan de hacer alianza en los llanos de Jemmapes.

XIX

Dumouriez, que queria y podia sacar todo el resultado de esta jornada cortando al ejército austriaco el camino de Mons y arrojándole á los pantanos del Haine, donde hubiera ahogado y hecho prisioneros sus restos, enviaba ayudantes de campo unos tras otros al general D'Harville. Hemos visto que este general mandaba el ejército de Valenciennes. Habia sido colocado por Dumouriez como cuerpo auxiliar y destacado, más bien que en la línea de batalla, en las alturas de Ciply, cerca de los arrabales de Mons. Dumouriez, vencedor, le hacía apresurarse á atravesar con toda precipitacion el valle que separa á Ciply del monte Palisel, escalar los tres reductos que cubren aquella altura, y de este modo cerrar el camino de Mons á los austriacos.

La lentitud del general D'Harville, la calma de Clairfayt, la intrepidez de los húngaros, de los tirolese y de la caballería austriaca, engañaron las esperanzas de Dumouriez. El duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt se retiraron lentamente, y amenazando aún, entraron en Mons sin ser perseguidos, y cerraron luego las puertas. La fama de una victoria y un campo de batalla fueron las únicas conquistas de Dumouriez. La fatiga, la falta de municiones, de sangre y de fuerza de un ejército que combatía ó vivaqueaba ya hacía cuatro días, y en fin, la necesidad de alimento, le obligaron á dar dos horas de descanso á las tropas, y se les dió una racion de pan y de aguardiente sobre el campo de batalla. Este alto sobre reductos tomados, sobre mesetas escaladas, sobre villas incendiadas, en medio de moribundos y de muertos, durante el que los cánticos del *Ça ira* y de la *Marsellesa* respondian á los ayes de los heridos, ofrecia á la vista de Dumouriez, que todo lo recorria llevando su caballo al paso, el cuadro de sus pérdidas y de su victoria. Este general era bastante filósofo para deplorar, bastante militar para arrostrar aquel espectáculo, y bastante ambicioso para gozar de él. No habia perdido ninguno de sus confidentes ni de sus amigos. Thouvenot, el duque de Chartres, el de Montpensier, Beurnonville, Ferrand, el fiel y valiente Bautista, las dos jóvenes y bellas heroínas Felicidad y Teófila Fernig, le acompañaban á caballo, llorando por los muertos, levantando y consolando á los heridos. Se oía una triple aclamacion al acercarse Dumouriez, en el centro de las brigadas, de los regimientos y de los batallones. Ningun herido le reprochaba su sangre; todos los que habian sobrevi-

vido le hacian homenaje de la victoria y de la vida. Las nubes que manchaban el cielo por la mañana, rotas y lanzadas á los dos extremos del horizonte por las descargas de la artillería, dejaban brillar un claro sol de otoño sobre el espacio que cubria el ejército. Espesos copos de humo de pólvora subian aquí y allí por los flancos de las cuestas entre Cuesmes y Jemmapes. Algunas casas incendiadas por las bombas, y algunos matorrales por los cartuchos en el bosque de Flenu, ardian aún. Treinta ó cuarenta piezas de artillería abandonadas con sus cajas de municiones cubrian los reductos. Cuatro mil cadáveres austriacos y húngaros estaban tendidos, rodeados de su sangre, en las faldas ó sobre la extremidad avanzada de la meseta de Jemmapes. Mil doscientos caballos de la artillería ó de la caballería austriaca acababan de espirar, con la cabeza lánguidamente levantada y la brida pasada aún en el brazo de sus jinetes muertos.

El rio Haine y los pantanos que atraviesa presentaban en todas partes grupos de hombres y de caballos que se agitaban en las aguas ó el fango. Dos mil cadáveres franceses y más de dos mil caballos, con el pecho ó el costado heridos de bala de cañon, demostraban el destrozo que habian hecho los reductos de los austriacos en las filas de la artillería y de la caballería francesa que se les habian acercado por la garganta de las cuestas. Escalones de cadáveres marcaban de distancia en distancia los pasos de los batallones y los intervalos dejados por la muerte entre una y otra descarga. Casi todos los golpes que habian herido á los asaltantes eran mortales. Sólo mil doscientos ó mil quinientos heridos de bala ó sable habian sido transportados por sus camaradas á los hospitales de sangre. Los demas habian muerto acribillados por la metralla, ó daban el último suspiro, reconocidos á su general. El entusiasmo que habia animado sus rostros al volar al asalto respiraba aún en sus fisonomías, siendo triunfal su agonía. Murieron contentos, no como soldados inmolados á la ambicion de un general, sino como víctimas ofrecidas por sí mismas, y orgullosos con haber hecho aquel sacrificio á la patria.

Observaron los cirujanos del ejército que el delirio de los que murieron de sus heridas, al dia siguiente ó al otro de la batalla, en los hospitales de Mons era un delirio patriótico, que el movimiento del alma que los habia llevado al combate se prolongaba y sobrevivía hasta en su agonía, y que las últimas palabras que pronunciaban casi todos eran algunas estrofas del himno de Rouget de Lisle, y los nombres de patria y de libertad. El pensamiento de la revolucion se habia personificado en el ejército, y allí se llamaba patria, y si hacía mártires en París, hacía héroes en Jemmapes.

XX

Al entrar en su tienda Dumouriez para dar las órdenes del movimiento de avanzar que meditaba, fué detenido por otro cortejo fúnebre. Era el cuerpo del general Drouin, moribundo, á quien sus soldados llevaban en una camilla cubierta con su capa ensangrentada. Responsable del desórden que habia comprometido el centro y cambiado por un momento la victoria en derrota, parecia que Drouin reparaba así heroicamente la falta de sus soldados. Se habia ofrecido á la muerte. Sus camaradas triunfaban, y él iba á morir.

Por parte de los austriacos, los generales, los oficiales y soldados sólo abandonaron los atrincheramientos con la vida. No era sólo Bélgica lo que se disputaban los dos ejércitos, sino la reputacion de dos naciones y el prestigio de la primera batalla. Cada combate fué cuerpo á cuerpo; no se acercaron sino al arma blanca, y casi todos los generales austriacos salieron heridos. El baron de Keim, que mandaba los granaderos húngaros, viéndolos dudosos, se hizo matar delante de sus tropas, para que el espectáculo de su muerte animase á sus granaderos á vengarle.

Eran las cuatro de la tarde, y sólo le quedaba al dia una hora que prestar á los vencedores. El ejército frances se adelantó en masa y ocupó los arrabales de Mons, de donde salieron los austriacos durante la noche, entrando Dumouriez como vencedor al dia siguiente. Su presencia hizo estallar en la poblacion el sentimiento de independencia y de fraternidad que fermentaba bajo los pasos del ejército austriaco en toda Bélgica. Los magistrados y los habitantes saludaron á la victoria y á la revolucion en el general y el ejército; ofrecieron una corona de encina á Dumouriez y otra á Dampierre, á quien los jacobinos de Mons atribuian tambien una parte de la victoria. Dumouriez miró con justa envidia la gloria que se queria dividir entre él y uno de sus tenientes, cuyas operaciones subalternas, segun él decia, habian hecho vacilar la victoria. Esta era enteramente suya, porque la habia preparado, conducido y restablecido ántes y durante el dia. Jemmapes pertenecia á Dumouriez, como la accion pertenece al pensamiento que la ha concebido. Su primera recompensa era vérsela disputar por la envidia, que es la sombra que sigue á los grandes hombres. Hasta la victoria fué amarga para él, y los jacobinos llegaron á serle más odiosos.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

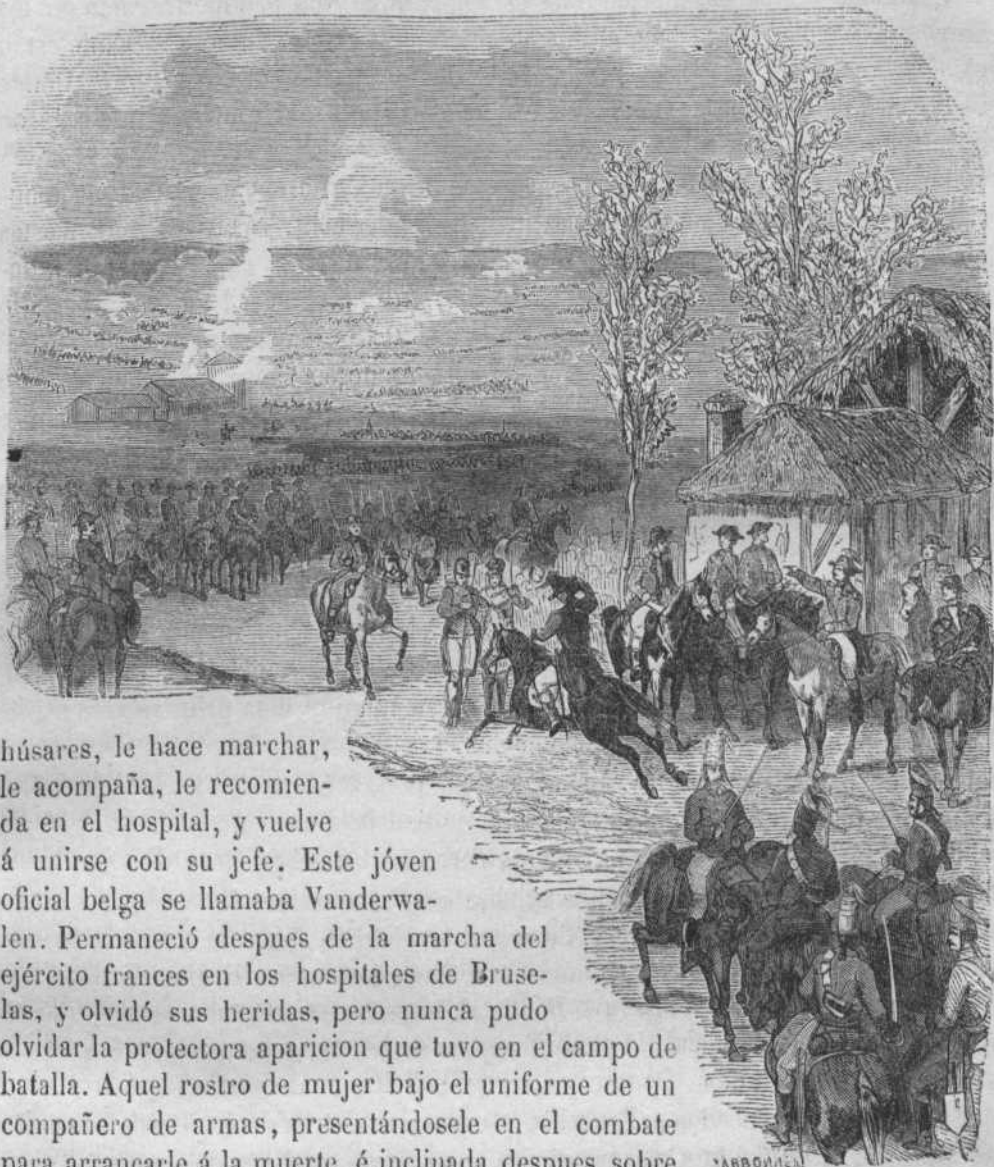
Dumouriez contemporiza.—Bélgica.—Danton.—Sus planes.—Descontento de Dumouriez.—Sale de Bruselas.—Va á París.—Medita la conquista de Holanda.—Vuelve á Bruselas.—Orden de la Convencion.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores sobre su defeccion.—La familia de Orleans.—Comisionados en el campamento de Dumouriez.—Llamamiento de Dumouriez.—Se niega á obedecer.—Entrega los comisionados á los austriacos.—Defeccion.—Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

I

El ejército frances halló en Mons doscientas piezas de artillería é inmensas provisiones destinadas al ejército imperial. Dumouriez perdió allí cinco dias en organizar la administracion del país y el servicio de suministros. Su designio era dejar á Bélgica que dispusiese de sí misma, bajo la proteccion de un ejército frances. Una nacion independiente, animada por el odio al Austria, hija de nuestra revolucion, condenada á vivir ó morir con nosotros, y obligada por su misma debilidad á ser el granero, el arsenal, el punto de enganches y el campo de batalla de nuestros ejércitos del Norte, parecia con razon á Dumouriez más útil á su patria que una provincia conquistada, sujeta, oprimida y saqueada por los comisionados de la Convencion y por la propaganda de los jacobinos. Trataba á los belgas, desde sus primeros pasos, como hermanos, y los comisionados y los jacobinos querian tratarlos como vencidos.

Durante aquella residencia forzada pero funesta en Mons, los tenientes de Dumouriez, ejecutando lenta y débilmente su plan, se adelantaba cada uno sobre la línea que él les habia trazado: Valence á Charleroi, Labourdonnaye á Tournay y á Gante. Después de una serie de combates de puestos avanzados que se sucedieron del 12 al 14 de Noviembre, el ejército entró en Bruselas, capital de Bélgica, que habia sido evacuada la víspera por el mariscal Bender.

En uno de aquellos encuentros entre la vanguardia francesa y la retaguardia austriaca, una de las jóvenes amazonas Fernig, Felicidad, que llevaba las órdenes de Dumouriez á la cabeza de las columnas, impulsada por su ardor, se vió rodeada con un puñado de húsares franceses por un destacamento de hulanos enemigos. Libre con dificultad de los sables que la amenazaban, volvia brida con su grupo de húsares para unirse á la columna, cuando percibe un joven oficial de voluntarios belgas de su partido, derribado del caballo por un tiro y defendiéndose con su sable contra los hulanos que trataban de matarle. Aunque no conocia á aquel oficial, Felicidad, al verle, va á su socorro, mata de dos pistoletazos á dos de los hulanos, pone en fuga á los otros, se apea, levanta al moribundo, le confia á sus



húsares, le hace marchar, le acompaña, le recomienda en el hospital, y vuelve á unirse con su jefe. Este jóven oficial belga se llamaba Vanderwalen. Permaneció despues de la marcha del ejército frances en los hospitales de Bruselas, y olvidó sus heridas, pero nunca pudo olvidar la protectora aparicion que tuvo en el campo de batalla. Aquel rostro de mujer bajo el uniforme de un compañero de armas, presentándosele en el combate para arrancarle á la muerte, é inclinada despues sobre su lecho en el hospital, se presentaba sin cesar á su imaginacion.

*ARBONAL

Batalla de Jemmapes.— Pág. 362.

Cuando Dumouriez se escapó al extranjero, y el ejército perdió la huella de las dos jóvenes guerreras que habia llevado consigo en sus infortunios y en su destierro, Vanderwalen dejó el servicio militar y viajó por Alemania en busca de su libertadora. Sin fruto alguno recorrió durante mucho tiempo las principales ciudades del Norte, no pudiendo adquirir ninguna noticia de la familia Fernig, hasta que por último la descubrió retirada en el interior de Dinamarca. Su reconocimiento se cambió en amor por aquella jóven, que habia vuelto á tomar el traje, las gracias y la modestia de su sexo. Se casó con ella, y la llevó á su patria. Teófila, su hermana y su compañera de gloria, siguió á Felicidad á Bruselas, donde murió aún jóven, sin haberse casado. Cultivaba las artes, siendo música y poetisa como Victoria Colonna. Dejó poesías llenas de varonil heroísmo y de sensibilidad femenina, y dignas de acompañar su nombre á la inmortalidad.

Estas dos hermanas, inseparables así en la vida y en la muerte como en los campos de batalla, yacen bajo el mismo ciprés en tierra extranjera. ¿Dónde están sus nombres sobre las páginas de mármol de nuestros arcos de triunfo? ¿Dónde sus retratos en Versalles? ¿Dónde sus estatuas en nuestras fronteras, que regaron con su sangre?

Los magistrados de Bruselas llevaron las llaves de la ciudad al cuartel general francés, que estaba en el pueblo llamado Anderlecht. «Volved á tomar estas llaves,—les dijo Dumouriez;—nosotros no somos vuestros enemigos. Sed independientes, y no sufraís el yugo del extranjero.» Todo el ejército desfiló en medio de las aclamaciones del pueblo por la ciudad de Bruselas; pero el general no dejó expuesta la ciudad á las depredaciones de un ejército en campaña, ni afeminarse á éste en las tentaciones y la indisciplina de una gran capital. Encerró sus tropas en el campamento de Anderlecht. Cuatro mil hombres de tropas belgas, uniéndose á los libertadores de su patria y tomando la escarapela tricolor, vinieron á afiliarse bajo sus banderas y á llenar los vacíos que la batalla de Jemmapes habia causado en nuestro ejército.

Engrandecido Dumouriez por este doble triunfo; amado de la nacion, cuya independencia habia salvado en Valmy, de su ejército, que le debia la victoria, y de los belgas, cuya emancipacion prometia regularizar; ministro, diplomático, general y administrador feliz; teniendo unido su nombre á la primera victoria de libertad, ídolo y orgullo de toda una nacion, era en aquel momento el verdadero dictador de todos los partidos. Madame Roland le escribia cartas confidenciales en que el entusiasmo de la gloria tenia algo de delirio. Gensonné y Brissot le mostraban con el dedo á Holanda y Alemania para que las conquistase. Los jacobinos coronaban su busto en el sitio donde celebraban sus sesiones. Robespierre callaba por no contrariar ántes de tiempo el favor universal. Sólo Marat se atrevia á denunciar de antemano á Dumouriez como un tráfuga ó como un Cromwell. La Convencion recibió en su seno al bravo Bautista, ántes su criado, ahora su ayudante de campo, le nombró oficial, le confirió armas de honor, y escuchó de sus labios la relacion de sus triunfos. Danton y Lacroix solicitaron de sus colegas la mision de ir á felicitar al vencedor á Bruselas, y organizar detras de él el país conquistado. En fin, el duque de Orleans, enviando su hija á madama de Genlis á Tournay, se acercó tambien al ejército en que sus dos hijos, pupilos de Dumouriez, adornaban el cuartel general; de modo que Dumouriez podia elegir, teniendo en su mano la república y la monarquía. Era para él la realizacion de aquella dictadura que Lafayette no habia hecho más que soñar; pero sin duda la hora de proclamarla no habia llegado para él. La república, nacida apenas, no podia tener aún aquellos arrepentimientos que hacen posible el dominio de un jefe armado sobre partidos extenuados; pero aquella hora, acelerada por los movimientos anárquicos que destrozaban á Paris y que iban á diezmar á los unos por los otros, podia y debia sonar. Dumouriez nada tenia que hacer más que dejarse levantar cada vez más por la oleada, pero no lo hizo; al contrario, él mismo detuvo el movimiento que le traia la fortuna. En lugar de ser durante algunas campañas el conquistador de la república, pensó demasiado pronto en hacerse su moderador. Danton comprendia mejor que el mismo Dumouriez su mision militar, y el impulso temerario, repentino é inesperado que debia, sin mirar hácia atras, dar en aquel



Toma de los redutos de Jemmapes.
Pág. 363.

momento á sus armas. Después de la república, ya no era posible la paz: era preciso activar bruscamente la guerra y sorprender á los reyes aún dormidos. Dumouriez tuvo demasiado presente que era diplomático, cuando sólo debia haberse acordado de su espada. Resistió á las cartas de Brissot y á las sugerencias de Danton. Dió tiempo á las maquinaciones de Inglaterra, á los armamentos de Holanda, á la reflexion de Alemania, al desvío de Bélgica, á que su mismo ejército se entibiase, y á las conspiraciones de sus generales contra él. La contemporización, muy útil con frecuencia en tiempos tranquilos, pierde á los hombres en los tiempos decisivos. La esencia de las revoluciones es el movimiento; contenerlas es lo mismo que hacerles traicion, y militarmente ésta fué la falta de Dumouriez.

II

Los belgas, sin duda alguna, querian ser tratados con miramiento. La revolucion que Dumouriez les llevaba no debia ser enteramente una servil y anárquica imitacion de la de Paris. Los dos pueblos, tan semejantes por su situacion geográfica, por el suelo y por las ideas, no se parecen en el carácter. Estos hombres del Norte, gruesos por la fertilidad de la tierra, ricos por una industria y un comercio

opulento, disciplinados por un catolicismo rígido; habiendo conservado, hasta bajo el despotismo sacerdotal de Felipe II, el borrascoso sentimiento de las libertades municipales y el orgullo individual del ciudadano; de corazón libre, apasionados por las artes, rivales de la misma Roma, de genio muy á propósito para la pintura y para la música; no teniendo en su territorio aquellas grandes capitales en que se acumula y fermenta la hez de una nacion, sino solamente un pueblo y poco populacho, los belgas tenian una idea muy distinta que nosotros de la libertad. La república que les convenia, aristocrática, con clase media y sacerdocio, no era el triunfo de una plebe turbulenta sobre la riqueza y las luces del resto de la nacion: era la distribucion regular de los derechos y de los poderes entre todas las clases del país. En Francia, la libertad era una conquista; en Bélgica, un hábito. La primera necesitaba una Convencion; la naturaleza de la segunda exigia un Senado.

Mas no era aquél el tiempo de deliberar acerca de la forma definitiva de gobierno y administracion que debia darse á Bélgica. Conquistarla, entusiasmarla, sublevarla á nuestro paso, atravesarla llevando con nosotros sus revolucionarios y sus soldados á la conquista de Holanda y del Rhin, era la única obra militar de Dumouriez. Un gobierno provisional, bajo la proteccion y el impulso del ejército frances, bastaba para todo. La promesa de una organizacion semi-independiente, proporcionada á los servicios que el pueblo belga nos hubiera prestado en la guerra comun, era la única política indicada por el momento á la Convencion y á su general. Dumouriez, emancipando á Bélgica, se hacia, á ejemplo de los generales de Roma, el patrono de un pueblo, y tenia derecho para exigir de él los subsidios y las provisiones necesarias al ejército libertador.

La Convencion, cuya hacienda manejaba Cambon, estaba demasiado agotada para pagar por sí sola y mantener los ejércitos. Enviaba detras de su general comisionados para apremiar á las provincias y á las ciudades belgas. Estos, tratando aquellas provincias y ciudades más como país conquistado que como auxiliar, se arrojaban sobre Bélgica como sobre una presa, y transformaban en rapiñas personales las subvenciones patrióticas que estaban encargados de exigir y administrar. Hallándose en lucha violenta y declarada por esta causa con Cambon, con el ministro de la Guerra, Pache, y con sus agentes en Bélgica, el general ponía obstáculos á las medidas de hacienda de la Convencion y á la marcha de sus mismas tropas, que carecian de todo en el granero de Europa, que murmuraban, se desbandaban y desertaban. En aquel momento llegó á Bruselas Danton con su amigo Lacroix.

Al salir de Paris y al buscar una mision en los campamentos, proponíase Danton un doble objeto: primero, evitar con su ausencia el declararse en la lucha abierta entre los jacobinos y los girondinos; y segundo, acercarse al teatro de la diplomacia y de la guerra. En fin, podia concertar mejor con Dumouriez los planes de dictadura que fermentaban en su alma, y el restablecimiento de una monarquía constitucional. Las noticias más auténticas é íntimas no dejan ninguna duda sobre los verdaderos sentimientos de Danton respecto de la república; no ocultaba á su esposa, ni á sus parientes, ni á sus amigos, su deseo de combatir la anarquía tan pronto como ésta se cansase de sí misma, de tratar con Prusia ó al ménos con Inglaterra, de restablecer un trono y sentar en él un príncipe tan comprometido en la revolucion como Francia. Este príncipe era entonces el duque

de Orleans, bajo cuyo nombre pensaba reinar el mismo Danton. Por consejo de éste, el duque de Orleans partió en aquella época al ejército, y fué á residir algunos meses en Tournay, con pretexto de reunirse allí con su hija y con madama de Genlis.

Danton, esperando que sus vagos planes tomasen consistencia, se esforzaba en hacerse el conciliador entre Pache y Dumouriez. Le importaba mucho conservar á la cabeza del ejército un general tan incrédulo como él en el sistema republicano, é igualmente inclinado á la restauracion de la monarquía constitucional.

Sin pronunciarse, pues, abiertamente sobre la cuestion de la reunion definitiva de Bélgica á Francia, Danton y Lacroix atizaban el fuego del jacobinismo en Bruselas, fraternizaban con los belgas más exaltados, y distribuian á sus confidentes los despojos de los bienes eclesiásticos de las iglesias y de los conventos. Su fortuna personal, aumentada entónces, siendo desconocido el origen, hizo que se les acusase de imitar las concusiones de los procónsules romanos, y se vieron precisados á comprar el silencio aun del mismo general dándole una parte de aquellas dilapidaciones nacionales.

Sea lo que quiera de estos rumores, que acreditaban sin probarlos el inexplicable lujo de Danton y de Lacroix y su familiaridad con Dumouriez, el desórden, la contradiccion y la incoherencia señalaban las medidas administrativas de los franceses desde su entrada en Bruselas. El ejército perdía sus fuerzas, la república su consideracion, y el general la ocasion de afirmar su conquista y de avanzar más y más.

Encargó al general Labourdonnaye que tomase á Amberes. Su vanguardia, mandada por Stengel, habiendo salido de Bruselas el 10, se apoderó de Malinas, arsenal de los austriacos, donde se hallaron municiones para una campaña. El mismo Dumouriez entró en Lovayna y en Lieja. Amberes, que habia resistido hasta entónces á los débiles ataques de Labourdonnaye, se rindió al general Miranda. Un mes bastó para la conquista de Bélgica y el principado de Lieja. Danton, Lacroix y treinta y dos comisarios de la Convencion ó de los Jacobinos siguieron al ejército de Lieja, y decidieron á este país á que pidiese, como Saboya, su reunion á la república francesa. Dumouriez, opuesto á esta medida, que obligaba al imperio germánico, aún indeciso, á declararnos la guerra por aquel desmembramiento de la federacion alemana, declaró igualmente con sentimiento la guerra á Holanda, rompiendo el bloqueo del Escalda.

Interceptado este rio, se arruinaba el comercio de Amberes, rival de Amsterdam. El emperador José II, despues de haber hecho la guerra á Holanda para obtener la libertad de navegacion en aquel rio por interes de los países sometidos á su dominacion, habia concluido por renunciar á aquel objeto de la guerra, y por vender á los holandeses en catorce millones de libras la interceptacion del Escalda. Francia, conquistadora de los Países Bajos, no ponía respetar aquel indigno tratado, que enajenaba, en detrimento de sus nuevos súbditos, hasta la naturaleza. La república dió la libertad al rio, y este beneficio que Francia hizo á los belgas pareció una injuria á los holandeses y á los ingleses, entónces protectores celosos de Holanda. La apertura del Escalda no contribuyó ménos que la muerte de Luis XVI á que Mr. Pitt se decidiese á declarar la guerra á la república.

III

Aunque victorioso y ocupando cuarteles de invierno, que se extendían desde Aix-la-Chapelle hasta Lieja, el ejército francés carecía de todo y disminuía diariamente bajo la doble influencia de la miseria y de la sedición. No contaba más que una cuarta parte de sus tropas de línea; lo demás se componía de aquellos batallones de voluntarios, valientes un día de batalla, pero indisciplinados al siguiente. Los soldados, sin sueldos, sin zapatos y sin vestuario, desertaban en masa, orgullosos con una victoria, pero incapaces de hacer una campaña de invierno. Los generales y oficiales abandonaban sus acantonamientos para ir á afeminarse en los clubs y en los placeres de las ciudades de Lieja y Aix-la-Chapelle. Los comisionados de la Convencion y los enviados de los Jacobinos de Paris fraternizaban con los revolucionarios alemanes, y convirtiendo á Lieja en una colonia demagógica de Paris, quitaban toda la libertad de acción y toda autoridad al general. La Convencion, á petición de Danton, tomando en su mano la causa de los oprimidos en toda Europa, expidió un decreto que cambiaba la guerra regular en sedición universal. «La Convencion—decía este decreto—declara, en nombre del pueblo francés, que concederá fraternidad y auxilios á todos los pueblos que quieran recobrar su libertad. Manda á los generales lleven socorros á los pueblos y defiendan á todos los ciudadanos que hubiesen sido vejados ó pudiesen serlo por la causa de la libertad.» Ya la guerra no tenía límites; ya no mandaban ni la diplomacia, ni la guerra, sino los comisionados. Lieja era presa de su omnipotencia y de sus depredaciones. Sin embargo, la autoridad proconsular de Danton y de Lacroix, siempre secretamente unidos á Dumouriez, defendía un poco al general contra las exigencias de los clubistas de Lieja y contra las denuncias de los agentes de Pache, y sobre todo de Ronsin. Danton aspiraba á rehacer su fortuna, no sostenida ya por los subsidios de la corte, y que podía aumentarse considerablemente con los subsidios de las ciudades conquistadas.

Inactivo y descontento durante algunas semanas, encerrado en el palacio del obispo de Lieja, lleno de cuidados, viendo huir su gloria con su ejército medio disuelto, Dumouriez sólo veía á Danton, y no estaba enteramente de acuerdo con él. El vencedor de Jemmapes expiaba en un secreto desaliento los homenajes que toda Francia tributaba ántes á su nombre. Paseándose solo en los grandes salones del palacio de Lieja, miraba algunas veces su espada y se inclinaba á cortar prematuramente el nudo de una situación que soportaba con impaciencia.

Un día, acosado por la tristeza y presagios siniestros, abrió un tomo de Plutarco, esa escuela de los grandes hombres, y sus miradas se fijaron en las palabras del filósofo historiador en la vida de Cleoménés: «Puesto que la cosa no es agradable; tiempo es de ver su vergüenza y de renunciar á ella». Estas palabras, tan en armonía con el estado de su alma, fueron las que inclinaron su ánimo hácia el partido de la impaciencia y de la traición. No fueron para Dumouriez las palabras del arrepentimiento y de la prudencia, sino las de la insurrección y la indignación contra su patria.

En aquel momento el proceso del rey tocaba á su fin, y el príncipe, á quien había servido y amado, iba á subir al cadalso, mientras él, su servidor y amigo,

tenia en la mano la espada de Francia y mandaba sus ejércitos. Este contraste entre su situacion y sus sentimientos le arrancó lágrimas de enternecimiento y de cólera. Tanteó secretamente su ejército para conocer si quedaba aún en el corazon del soldado frances una fibra que se conmoviese con el espectáculo de un rey prisionero. Sólo la república palpitaba en él, pues la memoria de tantos siglos de servidumbre pesaba sobre el corazon de los franceses. El partido de Robespierre



El duque de Chartres contiene la derrota de las tropas del centro.—Pág. 386.

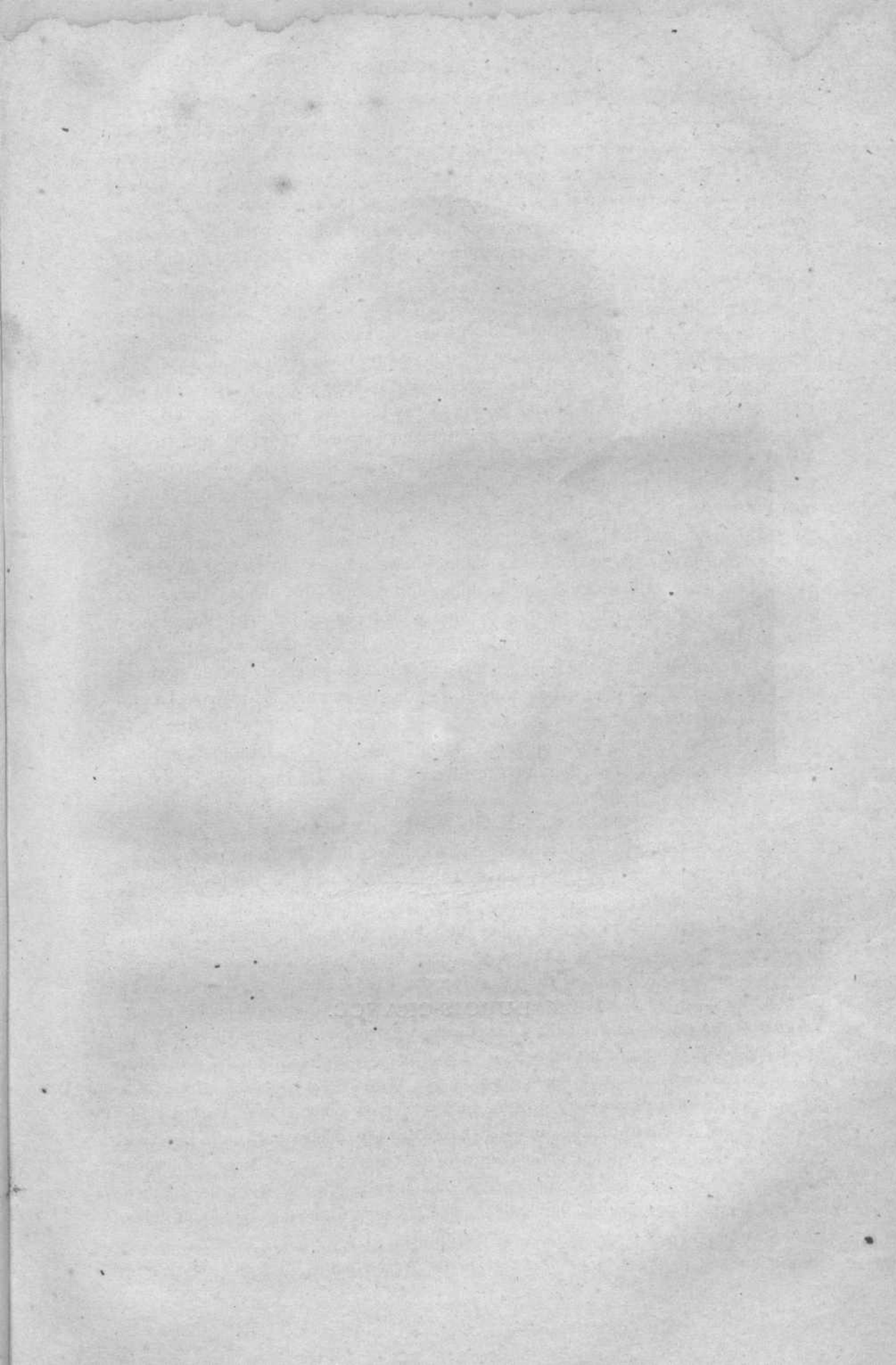
y de los jacobinos tenia sus seides en el ejército, en los mismos generales rivales ó enemigos de Dumouriez. Labourdonnaye, Dampierre y Moreton conspiraban contra él; y el general, sin esperanza de arrastrar una masa de su ejército para hacer un movimiento contra Paris, concibió el proyecto de favorecer la evasion de los prisioneros del Temple por medio de un destacamento de caballería ligera que se adelantaria con un pretexto militar hasta las puertas de Paris, y que cubriria en pelotones escalonados la fuga de la familia real hasta sus puestos avanzados. Este era el sueño de Lafayette, más difícil de ejecutar en el Temple que en las Tullerías. Escribió á Gensonné y á Barere para persuadirles propusiesen un decreto

á la Convencion que le llamase á Paris para socorrer á la Asamblea contra las insurrecciones demagógicas de la municipalidad. Los girondinos, atrevidos para hablar, no habian tenido el suficiente valor para obrar presentando una espada á la Convencion. Barere, hombre previsor, se separaba ya de los girondinos, halagaba á Robespierre, y no contestó al general. Este marchó á Paris, despues de haber dirigido á los pueblos belgas una proclama para que se reuniesen pronto en asambleas primarias y nombrasen una asamblea constituyente que decidiese de su suerte y organizase su libertad.

Despues de entrar furtivamente en Paris, más como fugitivo que como triunfador, Dumouriez se ocultó en una lóbrega casa de Clichy. En el momento en que todas las pasiones estaban agitadas en pro ó en contra de la sentencia de Luis XVI, queria permanecer en la oscuridad, estudiar los hombres, espiar las circunstancias, igualmente incapaz de afectar contra el rey un furor hipócrita que no tenia en el alma, como de pronunciarse solo y desarmado por la causa de una víctima que se atrevia á compadecer, pero que no podia salvar. Dumouriez se acercó sucesivamente á todos los hombres y á todos los partidos para ver dónde estaba la fuerza y augurar á cuál de ellos prometia el gobierno de la república la crisis del momento. Estudió á todos, con el generoso pensamiento de salvar los dias del rey. Director consumado de negociaciones clandestinas, volvió á representar su primer papel, y no dudó ante ninguna intriga ni ante ningun disfraz de sus miras para abocarse con los principales jefes de opinion y lisonjear su política, su vanidad ó interes. Vestido con el más sencillo uniforme y con la capa de oficial de caballería, se fué á pié por la noche á las entrevistas señaladas en casas que no pertenecian á ninguno de los que asistian á ellas, ó en las de sus mutuos amigos. La gloria que le rodeaba y las esperanzas confusas que se unian al general favorito de la victoria y del ejército le abrieron todas las puertas. Vió con intimidación á Gensonné, Vergniaud, Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La república, que estos oradores acababan de crear, ya les asustaba con sus excesos; no reconocian en ella al niño recién nacido de su ideal filosófico; temblaban delante de su obra, y se preguntaban con espanto si la democracia habia dado á luz un monstruo.

Se lisonjeaba Gensonné con la esperanza de salvar al rey, Barbaroux se indignaba con la ferocidad de los parisienses, Vergniaud juraba evitar esta vergüenza á su patria, aunque debiese ser el único que disputase aquella cabeza al pueblo; Roland y su esposa deseaban tanto más salvar las víctimas, cuanto más se acriminaban haberlas entregado; Petion se enternecia y decia que él *amaba* á Luis XVI como hombre, haciéndole bajar del trono como rey. Pero ninguno de ellos, excepto Vergniaud, se mostraba resuelto á sacrificar la salvacion de su partido á la de aquella cabeza; ninguno, sobre todo, se mostraba dispuesto á obrar y á intentar contra la municipalidad una lucha dirigida por Dumouriez. A pesar del prestigio del nombre de éste, algunos regimientos inciertos de la guarnicion de Paris y algunos batallones de federados de Marsella, animados por Barbaroux, no le parecian capaces de luchar con buen éxito contra el movimiento general que sublevaba en aquel momento al pueblo. Dumouriez, que en su interior se inclinaba á aquellos aristócratas republicanos más que al resto, se separó de ellos viendo su debilidad y su impotencia; los compadeció y despreció.

Ligado con Santerre por la mediacion de Westermann, vivió en una secreta





DUBOIS-CRANCÉ.

intimidad, durante su estancia en Paris, con este comandante general; vió en casa de Santerre á los agitadores de la municipalidad, y hasta á los hombres de Setiembre; se esforzó por seducir á Panis, cuñado de Santerre y amigo de Robespierre, é hizo que el primero insinuase á éste que á él sólo le tocaba salvar al rey.

IV

Robespierre, que ya veía en Dumouriez otro Lafayette que proscribir, rehusó toda relacion con él; no quería otra dictadura que la de la opinion, pues detestaba la espada, y esperaba que la gloria de Jemmapes, que alucinaba á Francia en aquel momento, se hubiese disipado para denunciar como conspirador al general victorioso. Dumouriez representó el papel de republicano con los jacobinos; pero se convenció cada vez más de que éstos tenían una fuerza de explosion que ninguna política alcanzaba á dirigir ni á contener. Resolvió fingir sus opiniones hasta que hubiese recibido de ellos mismos la fuerza de dominarlos. Estas relaciones íntimas entre los jacobinos y él hicieron á Pache y al Consejo ejecutivo más dóciles á los planes que fraguaba para la conquista de Holanda. Su popularidad, con el nuevo temple que adquirió en casa de Santerre, en la de Panis, de Desfieux, en los Jacobinos y en la Convencion, le dió audacia para hablar como árbitro de la guerra, y fué obedecido en los comités de aquélla lo mismo que el gabinete de Pache. Sólo Marat se atrevía á injuriarle en sus periódicos. Comiendo un dia en casa de Santerre, Dubois-Crancé, militar y jacobino muy popular, amigo de Marat, se atrevió á insultar al vencedor de Jemmapes, y hasta á amenazarle con un ademán. Dumouriez se levantó de la mesa, empuñó su sable y arrostró, á pesar de su pequeña estatura, la talla colosal y el brazo levantado de Dubois-Crancé. Los convidados corrieron á ponerse en medio de los dos militares, y evitaron que se mezclase la sangre con la injuria.

Sin embargo, indignado el general, pensaba ya en la venganza. Encerrado y pretextando una enfermedad en su aislado retiro de Clichy durante los dias que precedieron y siguieron al suplicio del rey, no vió á nadie, excepto á sus tres confidentes, Westermann, Lacroix y Danton. Pasó aquellos aciagos dias en meditar su plan militar para la conquista de Holanda, y su designio político para dominar y refrenar la revolucion. Westermann, amenazado con la venganza de Marat, á quien se habia atrevido á castigar en el Puente Nuevo, sonreía de antemano al pensar en la humillacion de aquellos demagogos ante el sable de un ejército victorioso. Danton animaba ocultamente aquellas esperanzas de los militares, y tenía fe en una lucha desesperada entre la revolucion y los tronos. Creía que era necesario fascinar con la gloria militar los ojos del pueblo, incapaz aún de comprender la gloria filosófica de la revolución. Por todas estas razones adhería su inteligencia, su corazon y su ambicion á la futura grandeza de Dumouriez, á la que se unía Lacroix por su desmedido deseo de hacer fortuna.

V

El plan militar unido á la conspiracion política de Dumouriez se fundaba en las siguientes combinaciones: avanzar desde Amberes con veinticinco mil hombres

hacia el centro de Holanda, hasta el canal de Moerdyk, brazo de mar que cubre el Haya, Rotterdam y Harlem, y que, una vez pasado, inutiliza todas las plazas fuertes que defienden aquellas ricas comarcas; hacer un llamamiento al sentimiento republicano de los bátavos, y restituir el imperio á los enemigos de la casa de Orange y á los numerosos proscritos á quienes la última tentativa de revolucion contra el stathouder habia hecho acogerse á las banderas francesas. La legion bátava y dos mil hombres llamados á Amberes formarían la vanguardia de aquella expedicion libertadora. Concluida la conquista, Dumouriez separaría de su ejército todos los batallones de voluntarios, cuya presencia contrariaba sus designios, y sólo conservaría en Holanda las tropas de línea más dóciles á su voluntad y los generales adictos á sus miras. Sacaría treinta mil soldados en Bélgica y treinta mil en Holanda, reuniendo de este modo un ejército independiente y, por decirlo así, personal bajo su mando. Armaría las plazas y la flota del Texel, convocaría los representantes de las dos naciones, á los belgas en Gante y á los bátavos en el Haya; los constituiría bajo la proteccion de su ejército en dos repúblicas aliadas, pero independientes la una de la otra; declararía la neutralidad con Inglaterra, haría una tregua con el imperio, y marcharía sobre Paris á la cabeza de aquel ejército combinado para regularizar la república. Dumouriez, como aventurero confiado, dejaba á la casualidad el último resultado de esta conspiracion militar. ¿Sería su dictadura? ¿Sería el triunvirato con Danton? ¿Sería la monarquía constitucional de 89, con el duque de Chartres por rey? En fin, ¿el protectorado perpetuo de Holanda y de Bélgica en su persona? Y de los fragmentos de tantos tronos, ¿pensaría en construir uno para sí, con el título de duque de Brabante? No lo decía ni lo sabía, porque jamás hombre alguno comprendió mejor la inmensa parte que es necesario dejar al destino en los planes de los hombres.

Con aquella rapidez de movimiento que igualaba á la de sus concepciones, Dumouriez llegó á Bruselas, lanzó sus columnas, asombró á Holanda, se apoderó de Breda y de Gertruydenberg, llegó casi sin resistencia al Moerdyk, formó una flotilla para derribarle, y tocaba á la primera parte del objeto de su plan ántes que la lentitud holandesa se hubiese movido para oponer ninguna masa fuerte contra doce mil hombres con que intentaba trastornar un Estado. La situacion de los ánimos en Holanda combatía en su favor. Los holandeses, nacion germánica modificada por el contacto con la mar, participan á la vez del carácter alemán y del inglés. Sesudos como los unos, libres como los otros, parece que la mar inspira á las naciones que la habitan el sentimiento y la voluntad de la libertad. El Océano, cuya vista emancipa los sentimientos, parece emancipar también á los pueblos. Obligados los holandeses, por decirlo así, á construirse un suelo artificial, á ensanchar su imperio con la marina, á enriquecerle con el comercio, y á completarle á largas distancias por medio de colonias en las Indias Orientales, habían sacudido la tiranía española en tiempo de Felipe II con la espada de la casa de Orange. La independencía de las Provincias Unidas habia coronado con el título de stathouder á sus libertadores. República federativa bajo esta autoridad hereditaria, rica, feudal, amada y poderosa por sí misma, las grandes luchas entre ella y la confederacion habian agitado recientemente aquella constitucion, cuyos miembros eran republicanos y cuya cabeza era monárquica.

Mientras de este modo marchaba Dumouriez hacia el Haya y Amsterdam, vino

á desconcertar sus planes una órden de la Convencion. El príncipe de Coburgo habia reunido su ejército en Colonia, destrozado en todas partes al ejército frances, hecho levantar el sitio de Maestricht, y se adelantaba á la cabeza de sesenta mil hombres para reconquistar á Bélgica. Desmoralizados por sus reveses y odiosos ya por sus desórdenes al pueblo belga, los soldados franceses desertaban en masa; más de diez mil voluntarios volvieron á entrar á bandadas en el departamento del Norte. Las tropas acampadas delante de Louvain perdieron sus tiendas, sus equipajes y su artillería. Ninguno de los generales que las mandaban tenia bastante prestigio y autoridad para contener ó dirigir una retirada que amenazaba transformarse en derrota. Sólo Dumouriez podia volver á mandar aquel ejército y atraer la fortuna, que su ausencia habia dejado huir. Corrió á Louvain, irritado con aquel principio de desgracia, y manifestó con afectacion por todo el camino recon-

venciones, invectivas y casi amenazas contra los agentes de la Convencion, á quienes atribuia nuestros desastres, exagerándolos. Hubiera podido decirse que se esforzaba en hacer presentir á los belgas y á sus propios soldados la posibilidad próxima de una revolucion armada contra los procónsules de

Bélgica y contra los tiranos de Paris. Sembraba en su marcha la murmuracion, el desprecio y la indignacion contra ellos. Promovia la sedicion de palabra ántes de intentarla de hecho.

Viendo llegar la crisis, Danton y Lacroix habian vuelto á Paris, con objeto de ate-



Toma de los reductos de Cuesmes.—Pág. 369.

nuar el choque que se preparaba entre el general y la Convencion. Los comisarios Camus, Merlin de Douai, Treillard y Gossuin se habian retirado á Lille con las bandas de los desertores del ejército, para detenerlos y reorganizarlos al abrigo de los muros de la ciudad. Fueron á encontrar al general en jefe á Louvain, le reconvinieron por las disposiciones administrativas que se habia atrevido á adoptar en Bruselas, y entre otras la de que se restituyese la plata á las iglesias. Dumouriez, como jefe responsable sólo á Francia y á la posteridad, y no á la Convencion, dijo á Camus, jansenista austero, que reunia la supersticion más exaltada al jacobinismo más inflexible: «Id á ver en las catedrales de Bélgica las hostias pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento de las iglesias, los tabernáculos, los confesonarios rotos y los cuadros destrozados. Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no los castiga, el descrédito caerá sobre ella y sobre mi desgraciada patria. Sabed que si fuese necesario cometer un solo crimen para salvarla, yo no le cometería. Este estado de cosas deshonra á Francia, y estoy resuelto á salvarla». Los comisionados, atónitos al ver tal audacia, principiaron á creer los sordos rumores que acusaban á Dumouriez de querer levantar un poder contra otro. «General,—le dijo Camus, que aún no se atrevia á mirar sus sospechas como crímenes,—se os acusa de aspirar al papel de César. Si yo estuviese seguro de ello, yo sería Bruto y os daria de puñaladas.» Dumouriez, que se habia descubierto demasiado, llamó á su socorro aquella ligereza de actitud y aquella ironía que servian de velo á su disimulo. «Mi querido Camus,—respondió,—yo no soy César, y vos no sois Bruto, y la amenaza de morir por vuestra mano me asegura la inmortalidad.» Al separarse de los comisionados, el general escribió á la Convencion una amenazadora carta en la que le acriminaba con insolencia la desnudez del ejército, las depredaciones de sus agentes, la reunion impolítica de Bélgica á Francia, las profanaciones, los sacrilegios, las rapiñas que marcaban los pasos de nuestros ejércitos en un país amigo, y le hacía responsable de los desastres de Aix-la-Chapelle, de Lieja y Maestricht. Exageraba aquéllos para hacer más duras sus recriminaciones. Sólo dejaba de acusar al general Beurnonville, su discípulo y amigo.

Acababa éste de reemplazar á Pache en el ministerio de la Guerra. Beurnonville, á quien Dumouriez llamaba su Ajax, habia sido nombrado por la influencia y la indicacion de Danton. Dumouriez concluia su oficio presentando su dimision, de la cual hablaba con frecuencia como un reto que hacía á sus enemigos. La Convencion sabía bien que la confianza y el afecto de las tropas no aceptarían nunca otro general.

VI

Se llenó de gozo el ejército al ver de nuevo á su jefe, creyendo encontrar en él la victoria. Dumouriez trató á los oficiales y á los soldados como un padre que halla á sus hijos. La marcial severidad de sus reprensiones no hizo más que añadir respeto al entusiasmo que sabía inspirar. El ejército contaba aún cuarenta mil hombres de veterana y sólida infantería, y cinco mil de caballería, de aquellos valientes regimientos que habia adquirido cada uno un nombre célebre en la guerra en el antiguo ejército. Contaba además con sus flancos, con su línea de operaciones, con las guarniciones de Bélgica, y el cuerpo destacado que invadía á Holanda,

que reunidos formaban cerca de otros cuarenta mil combatientes. De los cuarenta mil hombres que tenia á la vista Dumouriez, dió diez y ocho batallones á la derecha al general Valence, otros tantos al duque de Chartres en el centro, é igual número á Miranda á la izquierda, una reserva de ocho batallones de granaderos al general Chancel, y una fuerte vanguardia de seis mil hombres al anciano general Lamarche, antiguo coronel de húsares, que conservaba á pesar de sus cabellos blancos el entusiasmo de su juventud. El 16 de Marzo atacó Dumouriez á los austriacos en Tirlémont, obligándoles á replegarse.

El príncipe de Coburgo, que diariamente recibia nuevos refuerzos y desplegaba más de sesenta mil combatientes bajo sus órdenes, habia concentrado su ejército entre Tongres y Saint-Tron. Las tres poblaciones de Nerwinde, Oberwinde y Midlewinde habian sido abandonadas por el general austriaco como campo de batalla y premio de la victoria entre los dos ejércitos. Dumouriez formó el suyo en muchas columnas, tres á la derecha al mando del general Valence, para cercar la izquierda de los austriacos y amenazar á Saint-Tron; dos en el centro á las órdenes del duque de Chartres, que mandaba tambien la reserva, y tres á la izquierda bajo la direccion del general Miranda. Dió la señal del ataque general el 18 al salir el sol. Sus columnas de la derecha se adelantaron sin obstáculo hasta la altura de Saint-Tron; pero rechazadas despues por las masas de caballería, volvieron á apoyarse sobre la infantería del centro. El duque de Chartres tomó dos veces la villa de Nerwinde, pero la abandonó la tercera, despues de haber visto caer á su lado á su mejor segundo, el general Desforests. Dumouriez volvió á tomar por cuarta vez aquella aldea, sacrificando algunas columnas de infantería. El ímpetu de las masas austriacas le obligó á evacuarla de nuevo. Reunidas por el duque de Chartres y por el general en jefe á cien pasos del pueblo la caballería y la infantería del centro y de la derecha, recibieron muchas veces la carga de quince mil hombres de caballería austriaca. Valence, batiéndose como soldado, recibió un sablazo y le alejaron del campo de batalla. Thouvenot, haciendo abrir las filas para dejar pasar los escuadrones, descubrió los cañones cargados á metralla y rechazó aquella mutilada caballería. De este modo, la batalla parecia ganada ó indecisa delante de Nerwinde, en la derecha y en el centro de los franceses.

Pero la izquierda, compuesta de voluntarios y mandada por Miranda, desmayó, despues de haber perdido la mayor parte de sus generales y de sus oficiales, víctimas del fuego de la artillería. Miranda, sin advertir al general en jefe, se retiró con su division más de dos leguas á la espalda de la línea de batalla. La izquierda del ejército, que era el eje de toda la accion en el plan de Dumouriez, habiendo flaqueado en el centro y en la derecha, imposibilitaba practicar el movimiento sobre Nerwinde y Saint-Tron; el ejército carecia ya de base. Observando Dumouriez por la tarde que algunas masas de infantería y caballería se dirigian de la derecha á la izquierda del príncipe de Coburgo, principió á sospechar la catástrofe ó la defeccion de Miranda. Dejando á su confidente Thouvenot para vigilar el centro y la derecha, corrió casi solo al galope hácia las posiciones que habia señalado á Miranda. Las encontró abandonadas por sus tropas, ocupadas por Clairfayt, y logró librarse de los húsares austriacos por la ligereza de su caballo. Continuando en busca de su ala izquierda, que iba en retirada por caminos extraviados, solo, en medio de la noche, admirado de aquel silencio y de aquella soledad,

encontró á las puertas de Tirlemont algunos batallones de voluntarios, sin artillería ni caballería, á los lados del camino real.

Estos fugitivos le anunciaron la pérdida de tres mil de sus compañeros que habian quedado en el campo de batalla. El general, admirado de la actitud inmóvil é indiferente de Miranda en Tirlemont, le hizo severas reconvencciones y pasó la noche dando órdenes de retirada al duque de Chartres y á Valence. Estos dos cuerpos tenian ya tres generales y dos mil hombres muertos, bastante artillería perdida y seis mil voluntarios desbandados huyendo hácia Louvain.

Danton y Lacroix, con la noticia de la derrota, llegaron á Louvain en el momento en que Dumouriez entraba vencido en esta ciudad. Iban desde Paris como mediadores para suplicar al general en jefe retractase la altanera carta que habia dirigido á la Convencion. Pasaron la noche procurando persuadirle, por convenir al interes de su situacion y al de su ambicion comun, á que mostrase aún algunas consideraciones á la Convencion. Dumouriez les entregó un billete de seis líneas que, sin ser una retractacion, era un paliativo. Danton volvió á marchar la misma noche, conociendo que se debilitaba el prestigio que su política adquiria sobre Dumouriez, y comprendiendo, con el instinto seguro pero rápido de que estaba dotado, que una derrota era mal preludio de dictadura.

VII

Apénas regresó Danton, cuando el coronel Mack, jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, entró en Louvain como parlamentario, y arregló con Dumouriez un convenio secreto que marcaba paso á paso las marchas de los dos ejércitos hasta Bruselas. Los imperiales debian respetar la retirada de los franceses, y limitar sus hostilidades á aquellos encuentros insignificantes de vanguardias y retaguardias, necesarios sólo para ocultar á las tropas la connivencia de los generales. A pesar de estas precauciones, que aseguraban á los imperiales la restitution de Bélgica y á Dumouriez la seguridad de su retirada, la de Louvain se cambió en derrota para los franceses. Con dificultad Dumouriez, que no se atrevió á resistir en Bruselas con un ejército desbandado, consiguió formar con la guarnicion de aquella capital y consus mejores regimientos una retaguardia sólida de cerca de quince mil hombres, para cubrir la marcha de los restos de su ejército hácia Francia. Hizo arrestar al general Miranda y le envió á Paris, por orden de la Convencion, como víctima expiatoria de los desastres experimentados.

Aquel mismo dia se celebró en Ath la última y fatal conferencia entre el coronel Mack y Dumouriez. El duque de Chartres, el coronel Montjoie y el general Valence concurrieron á ella. Estaba en el ejército el partido de Orleans entero, y asistia, representado por sus primeros hombres, al acto que debia derribar la república y colocar por mano del pueblo y de los soldados la corona constitucional sobre la frente de un príncipe de aquella casa. Dumouriez olvidaba que una corona levantada del suelo en la defeccion, en medio de una derrota, sostenida por los austriacos y por un general traidor á su patria, no podia de ningun modo conservarse en las sienes de un rey. Miéntras Dumouriez marchase hácia Paris para derribar la Constitucion, los austriacos avanzarian como auxiliares en el territorio frances y se apoderarian de Condé como garantía.

En aquel convenio secreto, la demencia rivalizaba con la traicion. Dumouriez, que creia pasar el Rubicon y que tenia siempre á César delante de los ojos, se olvidaba de que César no habia conducido los galos á Roma. Hacer tomar partido á su ejército en uno de los bandos que dividian la república, despues de haber vencido al extranjero y asegurado las fronteras, marchar sobre Paris y apoderarse de la dictadura, era uno de esos atentados políticos que la libertad no perdona, pero que el buen éxito y la gloria excusan algunas veces en circunstancias muy críticas; mas entregar su ejército, abrir sus plazas fuertes al imperio, guiar él mismo contra su país las legiones enemigas que su patria le habia encargado combatir, é imponer con la ayuda del extranjero un gobierno á su país, era tras-



Entrada del ejército frances en Mons.—Pág. 373.

pasar mil veces los errores de los emigrados, porque éstos no eran más que trans-fugas, y los confederados de Ath eran traidores.

En consecuencia de esta reunion nocturna, Dumouriez fué á Tournay con su estado mayor, reunió en torno suyo seis mil hombres de caballería, los más adictos á su persona, distribuyó en las plazas fuertes inmediatas á Lille, Valenciennes y Condé, como en los campamentos de Maulde y de Saint-Amand, los generales y las tropas á quienes más fácilmente creia seducir, y lo preparó todo para la gran perfidia con que queria admirar á Europa y anonadar la Convencion.

A pesar de todo, como tenia á la vez que ocultar su designio y revelarle á medias para preparar el ánimo de las tropas, el sordo murmullo de la traicion que meditaba se extendió alrededor de él, y se difundió hasta Paris el vago presentimiento de algun gran crimen. Danton y Lacroix se mantenian inmóviles y aparentaban desconfiar de un general á quien habian visto tan orgulloso é irritado. Los girondinos, enemigos del nombre de Orleans, denunciaban á la sospecha un general en cuyo estado mayor habia dos príncipes de aquella casa; hacian ademas observar

que madama de Sillery, amiga y confidente de Felipe Igualdad, y su hija la señorita de Orleans, joven princesa de edad de diez y seis años, se hallaban en Tournay en el momento en que Dumouriez urdia allí sus tramas; de modo que el cuartel general del que mandaba en nombre de la república se parecía á la corte anticipada de una monarquía de Orleans. Los jacobinos enviaron tres emisarios, Proly, Dubuisson y Pereyra, para sondear al general y decidirle á sostener su partido contra la Gironda. «No creais—les dijo Dumouriez despues de haberles oido—que vuestra república pueda subsistir; vuestros errores y crímenes la han hecho tan imposible como odiosa.»

VIII

Dumouriez, entre tanto, amenazando en vez de obrar, parecia víctima de aquel trastorno mental que se apodera del hombre cuando perpetrá un crimen, é imprime en sus actos la incoherencia y la agitacion de sus pensamientos. Toda su audacia se desahogaba en palabras, dando á su ejército tiempo para reflexionar, y por consiguiente, para arrepentirse. Retirado en el pueblecillo de Saint-Amand con su estado mayor y sus regimientos más adictos, supo sucesivamente la capitulacion de la ciudadela de Amberes, devuelta á los austriacos por nuestras tropas; la derrota del campamento de Maulde, y la insurreccion patriótica de los ciudadanos de la guarnicion de Lille contra el general Miaczinsky, á quien habia encargado se apoderase de aquella ciudad.

En Saint-Amand, Dumouriez sólo tenia consigo al duque de Chartres, á su hermano el duque de Montpensier, al general Valence, al ayudante general Montjoie, Thouvenot, Nordmann, coronel del regimiento de Bercheny, y á los oficiales de su estado mayor. Habia encontrado en Tournay y llevado á Saint-Amand, para protegerla á la vez contra los austriacos y contra la Convencion, á la princesa Adelaida de Orleans, hermana del duque de Chartres. Esta joven, dotada de una gracia noble, de un talento precoz y de un alma enérgica, se veia á la sazón errante en los confines de Francia y de Bélgica, rechazada de su patria por las leyes contra la emigracion, y del extranjero por el odio que el nombre de su padre inspiraba á los enemigos de la revolucion. Unida á sus hermanos por una amistad que la desgracia, el destierro y el trono debian alternativamente probar é ilustrar, buscaba en los campamentos la proteccion del ejército. Tenia por compañera otra joven de su edad, Pamela Seymour, á quien la voz pública creia hija del duque de Orleans y de madama de Genlis. Esta joven, de una extremada belleza, educada como una hermana de los príncipes y de la princesa de Orleans, acababa de casarse en Tournay con lord Eduardo Fitz-Gerald, primer par de Irlanda é hijo del duque de Leinster. Este joven patriota irlandés se inflamaba en el campamento francés con la pasión de la libertad. Conspiró poco despues para sustraer á Irlanda al yugo de Inglaterra, y habiendo sido condenado á muerte como jefe de aquella conspiracion, evitó el suplicio suicidándose en un calabozo, y legó un nombre más á los patriotas de su país.

Madama de Sillery-Genlis, confidente del duque de Orleans, se hallaba tambien en el cuartel general. Mujer cuyo rostro era todavía seductor, noble por su talento y acostumbrada á la intriga, daba con su presencia á la conspiracion de

Dumouriez el colorido de la casa de Orleans. El general Valence era yerno de madama de Genlis; el duque de Chartres y el de Montpensier, sus discípulos; la princesa Adelaida, su pupila, y los jacobinos, sus perseguidores. En su casa se reunian todas las noches los principales jefes de los cuerpos que era necesario seducir y conmover en contra de la república. Dumouriez conocía que tenia allí toda una revolucion en rehenes. Si no enarbolaba abiertamente la dinastía de Orleans, todo lo que le rodeaba era una bandera que se complacia en desplegar para hacer presentir y adoptar por la opinion las esperanzas de una monarquía revolucionaria. Seducido por su papel de protector armado de una princesa jóven, bella y perseguida, mostraba hácia ella un culto que daba al ejército el ejemplo del respeto.

En medio de aquellas mujeres desterradas y de aquella sociedad sospechosa á la república, Dumouriez esperaba ocioso que su ejército le violentase y le hiciese marchar contra Paris. Algunos síntomas sordos le anunciaban, sin embargo, de todas partes la defeccion de sus generales, alarmados con la idea de marchar contra su patria. Del descontento de un ejército al acto de volver sus armas contra su propio país hay tanta distancia como de la murmuracion al crimen. Dumouriez habia tomado los rumores de los soldados por una opinion, y la insubordinacion por sublevacion. Ya se sabía en Saint-Amand que la Convencion deliberaria sobre el partido que debia tomar respecto del general rebelde, y que iba á llamarle á su barra para pedirle cuenta de su conducta. Danton, Robespierre y Marat, temiendo dislocar el ejército en presencia del enemigo victorioso, y negándose á dar asenso á la traicion, habian obtenido dificilmente que aquella medida se suspendiese por algunos dias. Entre tanto el campamento estaba lleno de espías de la Convencion, y los voluntarios, ménos soldados que ciudadanos, espianaban por sí mismos los pasos de su general.

Seis de aquellos voluntarios de un batallon de la Marne, irritados con las habi-las del ejército, se atrevieron á presentarse armados en la audiencia del general, llevando escrita con yeso en sus sombreros la palabra *república*. Intimaron á su jefe que obedeciese las órdenes que iba á recibir de la Convencion, y le declararon que, imitadores de Bruto, habian jurado darle de puñaladas si dudaba obedecer la voz de la patria. Habiéndoles respondido el general en términos que confirmaban sus sospechas, se adelantaron para rodearle; pero el fiel Bautista, que espiaaba con la vista sus movimientos, se abalanza con el sable en la mano entre su amo y los soldados, llamando á la guardia. Los voluntarios, cogidos y desarmados, fueron puestos en prision. Dumouriez, exagerando á propósito el peligro que habia corrido, esparció la noticia de una tentativa de asesinato contra él, con objeto de atraerse el cariño por medio de la indignacion, y lo consiguió. Muchas felicitaciones firmadas por todos los cuerpos protestaron el horror con que miraban aquel atentado, y su confianza inalterable en su jefe.

IX

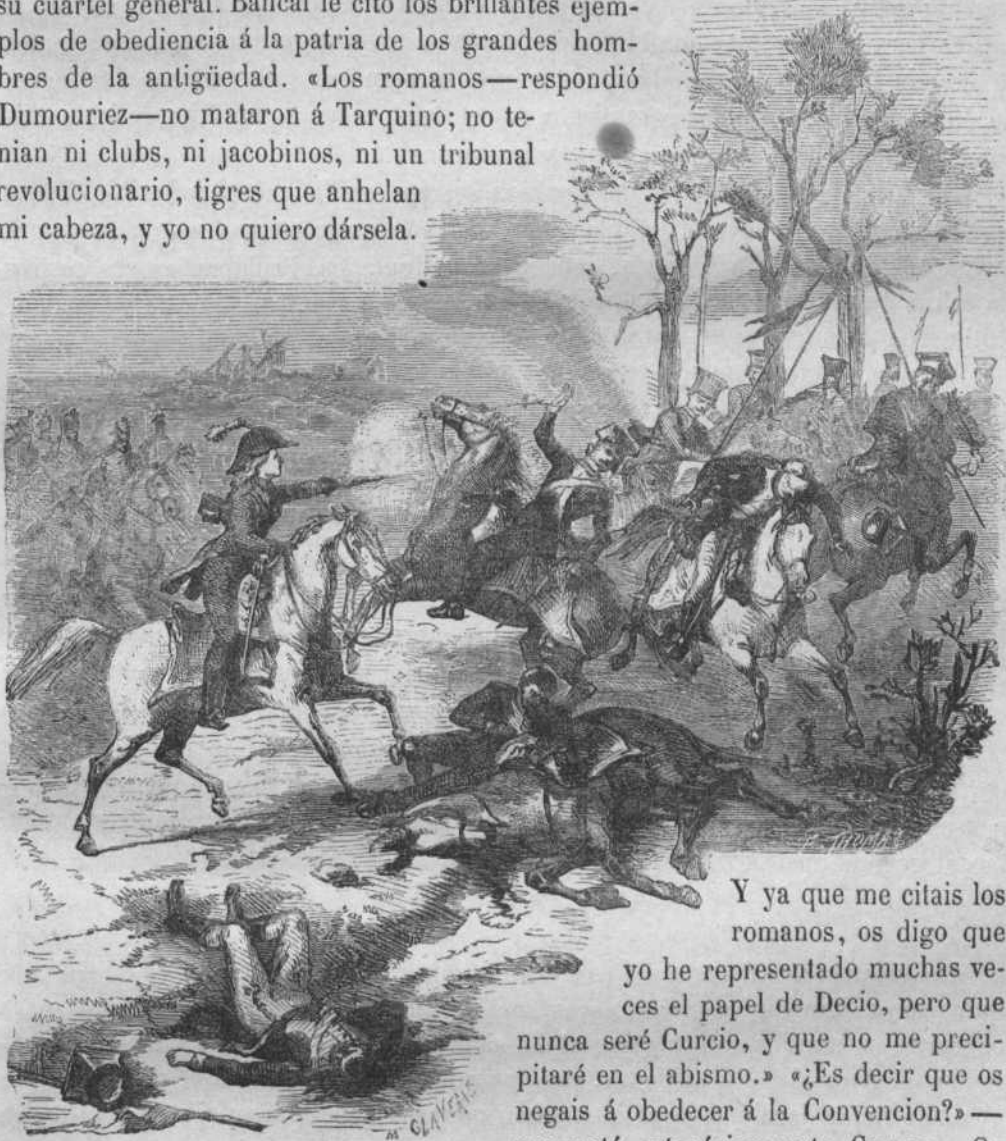
Durante este tiempo, la Convencion, despues de largas dudas, habia al fin expedido el decreto que separaba al general de su ejército, y le llamaba á Paris para que diese explicaciones sobre sus faltas y sus planes. Dumouriez no se hacía ilu-

siones sobre lo que significaba un decreto de esta naturaleza, y se creía demasiado culpable para arrostrar el exámen de su conducta. Conocía que, una vez separado de sus soldados, no se volvería á dar al ejército un general que habia hecho temblar á la república. Quería mejor sucumbir en una tentativa armada contra los opresores de su patria, que presentarse humildemente á ofrecer su cabeza sin defensa y sin venganza. Además, aunque la astucia de sus discursos, la audacia de su actitud y la influencia de Danton le hubiesen hecho absolver, su ausencia sólo desconcertaría todos los planes convenidos entre Mack y él. Estaba, por lo tanto, firmemente resuelto á desobedecer á la Convencion, y si no podia engañarla por más tiempo, se preparaba á consumir su último acto de rebelion contra los comisionados que se atreviese á enviarle.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 2 de Abril á mediodía se anunció la llegada al campamento del ministro de la Guerra en persona. Era Beurnonville, amigo personal de Dumouriez. Beurnonville bajó del coche, acompañado de cuatro comisarios, Camus, Lamarque, Bancal y Quinette. Camus, hombre austero, que llevaba á la revolucion el rigor del jansenismo y los escrúpulos de la probidad; Lamarque, abogado locuaz y declamador, acostumbrado á vociferar el patriotismo en los ejércitos; Bancal, negociador prudente y templado, á propósito para intervenir con moderacion en las pasiones de los partidos; Quinette, en quien el instinto del orden igualaba á su pasion por la libertad, se esforzaba siempre en ajustar la teoría á los límites de lo verdadero, y el patriotismo á los de lo justo.

Al entrar Beurnonville, se precipitó en los brazos de Dumouriez, como para hacer ver á los espectadores con aquella accion que no queria encadenar al general á la patria sino apelando á sus sentimientos y á sus recuerdos. Le dijo que habia querido acompañar á los comisionados portadores del decreto de la Convencion para añadir el influjo de la amistad á la voz del deber. Camus, para evitar á Dumouriez el embarazo de explicarse en público, y para que las intercesiones confidenciales de los comisarios tuviesen más latitud y más intimidad, suplicó al general separase los testigos que incomodaban para que reinase toda la franqueza necesaria, ó que pasase á una habitacion más retirada. Los generales y los oficiales presentes murmuraron al oir estas palabras, como si se hubiese querido sustraer á su general á la proteccion de sus miradas y de sus sables. Dumouriez les calmó con un ademan, llevó á Beurnonville y á los comisarios á su gabinete; pero los generales exigieron quedase la puerta abierta para vigilar, si no las palabras, á lo ménos la seguridad de la conferencia. Camus presentó el decreto á Dumouriez, y el general le leyó con una impasibilidad parecida al desprecio. Despues, devolviéndosele al comisario, respondió que la ejecucion de aquel decreto sería la dissolution del ejército y la pérdida de la patria; que no rehusaria obedecer, pero que queria hacerlo á su tiempo, y no cuando conviniese á sus enemigos, concluyendo por ofrecer irónicamente su dimision. Esta ironía no se ocultó á los comisarios. «Y despues de haber dado vuestra dimision, ¿qué hareis?»—le preguntó con ansia Camus.—«Lo que juzgue oportuno,—contestó el general con altivez.—Sólo os declaro que no iré á hacerme envilecer y condenar en Paris por un tribunal revolucionario.» «¿Es decir que no reconocéis ese tribunal?»—replicó Camus. «Le reconozco como un tribunal de sangre y de crimen,—contestó Dumouriez,—y en tanto que tenga una pulgada de hierro en la mano, no me someteré á él.»

Los demas comisionados, temiendo que la aspereza de las palabras entre Camus y Dumouriez tuviese un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general obedeciese por la forma á la órden que le llamaba á Paris, respondiéndole con sus cabezas de que la Convencion satisfecha le volveria á enviar á su ejército inmediatamente. Quinette se ofreció á acompañarle, á escudarle con su cuerpo y á acompañarle de nuevo á su cuartel general. Bancal le citó los brillantes ejemplos de obediencia á la patria de los grandes hombres de la antigüedad. «Los romanos—respondió Dumouriez—no mataron á Tarquino; no tenían ni clubs, ni jacobinos, ni un tribunal revolucionario, tigres que anhelan mi cabeza, y yo no quiero dársela.



La señorita de Fernig salva á un oficial belga.
Pág. 374.

Y ya que me citais los romanos, os digo que yo he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me precipitaré en el abismo.» «¿Es decir que os negais á obedecer á la Convencion?»—preguntó categóricamente Camus. «Os juro—dijo Dumouriez—que cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, yo le

daré cuenta de mis actos y los someteré á su juicio. Hacerlo ahora sería un acto de demencia.»

Se retiraron los comisionados á otro aposento para deliberar. Dumouriez quedó un momento solo con Beurnonville. Trató de seducir al ministro demostrándole el peligro que corría en Paris y ofreciéndole el mando de su vanguardia. «Bien sé—respondió heroicamente Beurnonville—que debo ser víctima de mis enemigos,

pero moriré en mi puesto. ¡Mi situacion es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me dejes participar de la suerte, cualquiera que sea, que reserveis á los diputados.» «No lo dudeis,—respondió Dumouriez;—y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Bercheny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y prontos á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacianos; la diferencia de idioma les garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues sólo conocian la voz de su coronel.

Despues de una hora de deliberacion secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aún querian usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolucion, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su mision. Intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquél se negó. «Pues bien,—dijo Camus,—os declaro suspenso de todas vuestras funciones. Ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconocida, y que tal vez corria peligro su vida; pero la habian consagrado á su deber. «Esto es demasiado,—dijo Dumouriez.—Es preciso poner término á tanta audacia.» Y mandó en aleman á los húsares que entrasen. «Arrestad á esos cuatro hombres,—dijo al oficial que los mandaba.—Que no se les haga daño. Arrestad tambien al ministro de la Guerra, pero que se le dejen sus armas.» «¡General Dumouriez,—exclamó Camus,—perdeis la república!» Los húsares se llevaron á los comisionados de la Convencion, y en los carruajes que se habian preparado durante la conversacion los condujeron áournay escoltados por un escuadron del mismo cuerpo, y fueron entregados en rehenes al general austriaco Clairfayt.

X

Inmediatamente despues de esta accion, que rasgaba el último velo de sus maquinaciones, Dumouriez pidió nuevas conferencias á los generales enemigos para concertar su marcha con la suya. Al dia siguiente montó á caballo y fué á su campamento. Arengó á los soldados, presentándoles el suceso de la víspera como un atentado de los jacobinos, que intentaban quitar el general á su ejército y el padre á sus hijos. Las tropas respondieron á su general con aclamaciones, pues la humillacion de la ley civil ante el sable complace siempre al soldado. Dumouriez, para probar mejor su confianza en el cariño de sus tropas, durmió en el campamento. Era su proyecto llevar á las tropas á Orchies, desde donde hubiera podido amenazar á la vez á Lille, Douai y Bouchain; queria tambien asegurarse de Condé, prenda que habia prometido entregar á los austriacos, y salió de Saint-Amand el 4 de Abril para llevar á efecto este primer acto de su traicion.

Cincuenta húsares debian formar su escolta, pero se hicieron esperar. Montó á caballo acompañado sólo del duque de Chartres, del coronel Thounevo, del ayu-

dante general Montjoie, de sus ayudantes de campo y de ocho húsares de ordenanza, tomando con estos treinta caballos el camino de Condé. Había dejado orden en el campamento de que su escolta siguiese aquel mismo camino cuando estuviese pronta. De este modo marchaba perfectamente seguro, calculando en su imaginación las probabilidades desesperadas de su empresa, cuando á media legua de Condé, un ayudante de campo del general Neuilly, que mandaba en aquella ciudad, vino á anunciarle de parte de su general la fermentación de la guarnición y la dificultad de contener las tropas. Estas principiaban á conocer que se las había vendido. Estando indignadas con las sospechosas conferencias de sus generales y los enemigos, decían en alta voz que respondían á su patria de Condé, y que no dejarían entrar en la plaza ningún cuerpo nuevo que pudiese comprometer su defensa. Dumouriez, apeándose á la orilla del camino, reflexionó sobre la gravedad de un incidente que desconcertaba su proyecto. En el mismo momento pasaron delante de él tres batallones de voluntarios que se dirigían á Condé por su propia voluntad y con su artillería. El oficial que los mandaba fué después el mariscal Davout. Dumouriez, admirado con un movimiento que no había mandado, hizo algunas preguntas con viveza á los oficiales y les mandó detenerse.

Los batallones hicieron alto. Dumouriez se separó unos cien pasos del camino, é iba á entrar en una cabaña para escribir una orden, cuando los tumultuosos gritos que salían del seno de los batallones, y un movimiento súbito y confuso de la columna que retrocedía, le advirtieron que ya era tiempo de pensar en su seguridad. Los voluntarios, inspirados repentinamente al ver á Dumouriez y la incoherencia de las órdenes y contraórdenes, iban á confundir la traición, apoderándose de los traidores. Algunos, apuntando ya al general, le amenazaban con hacerle fuego si no los esperaba. Dumouriez monta precipitadamente á caballo, huye á galope atravesando los campos con su débil escolta, oyendo las imprecaciones y los tiros. Un canal que rodeaba un terreno fangoso detiene su caballo, y una granizada de balas diezma el grupo que le rodea. Dos húsares son heridos de muerte; dos criados que llevaban la cartera y la capa del general caen á su lado. Thouvenot, á quien mataron el caballo, salta á la grupa del valiente Bautista. Entonces el general abandona su caballo de batalla, que corre espantado hácia los batallones, y fué conducido en triunfo por ellos á Valenciennes. La más joven de las hijas de Fernig queda también á pié. Su hermana Felicidad se apea y da su caballo á Dumouriez. Las dos jóvenes se lanzan de un salto al otro lado del canal, y montan en los caballos de reserva del duque de Chartres. Cantin, el secretario del general, cae al atravesar el foso bajo el cuerpo de su caballo. Cinco hombres y ocho caballos muertos, uno prisionero, los equipajes y los papeles secretos del general quedan en el canal. El resto de la comitiva huye á escape atravesando los pantanos, separado de los campamentos de Breuille, á los que Dumouriez quería reunirse, y es perseguido hasta el Escalda por las balas de los voluntarios. Las dos jóvenes amazonas, que conocían los pasos, condujeron al general hasta la barca, en que atravesó el río con ellas y el duque de Chartres. Los caballos fueron abandonados; el resto de la comitiva que no cupo en la barca, huyó por la orilla del Escalda y llegó al campamento de Maulde. Bautista difundió allí la noticia del asesinato de su general, cometido por los voluntarios insurreccionados, y reanimó en favor de Dumouriez el antiguo cariño de sus tropas de línea.

A pesar de todo, el general, despues de haber pasado el Escalda, emprendió la marcha á pié, extenuado de fatiga, por los terrenos fangosos inmediatos al rio. Llamó á la puerta de una pequeña casa de campo, donde le negaron la entrada al pronto; pero habiendo dicho sus compañeros quién era, le dieron hospitalidad y algun alimento aquellos mismos belgas á quienes acababa de conquistar seis meses ántes. Bautista, al anochecer, se reunió con él, y le hizo saber la indignacion del campamento, sublevado de nuevo en su favor. Por la noche llegó Mack, y dió al general fugitivo una escolta de cincuenta dragones imperiales, que le condujo á su campamento de Maulde. Exceptuando algunos rostros recelosos y algunas miradas en que se advertia la lucha de la sospecha con la adhesion, todos los cuerpos recibieron á Dumouriez como un jefe adorado aún. Habiendo vuelto á llamar á su inmediacion el regimiento de los húsares de Bercheny y algunos escuadrones adictos de coraceros y de dragones, se adelantó á la cabeza de aquella caballería hasta Rumigies, á una legua de su campamento de Saint-Amand. Creia haber vuelto á hacerse dueño de su ejército, y se obstinaba en llevar adelante el plan de sorpresa de Condé, que se habia frustrado la víspera.

Pero la artillería del campamento de Saint-Amand, con la falsa noticia de la muerte de Dumouriez ahogado en el Escalda, habia expulsado á sus generales, enganchado sus piezas y emprendido su marcha á Valenciennes. Divisiones enteras, deponiendo ó llevándose á sus oficiales, abandonaron aquel campamento, en que la perfidia de su general en jefe les hacía servir de instrumento á tramas desconocidas.

Al saber estas noticias, que llegaban unas tras otras á Rumigies, Dumouriez dejó caer la pluma con que escribia las órdenes á su desvanecido ejército. Conoció la debilidad de un hombre contra su patria y la de una intriga contra una revolucion. Montó á caballo con los dos hermanos Thouvenot, el duque de Chartres, el coronel Montjoie, el teniente coronel Parrois, Mr. de Fernig y sus dos hijas, y se fué sin escolta á Tournay, donde le acogió el general Clairfayt, no como un general enemigo, sino como un aliado desgraciado. El cariño que Dumouriez habia sabido inspirar á sus soldados era tal, que los ochocientos hombres del regimiento de Bercheny y los húsares de Sajonia se reunieron espontáneamente con él en Tournay. Estos soldados prefirieron la vergüenza del nombre de tráfugas al dolor de separarse de su general.

Un resto del ejército frances, dividido en pequeñas partidas y apenas reunido en las plazas fuertes, permaneció expuesto á los premeditados golpes de Clairfayt. La sangre de los soldados fué entregada por el general, pero los tráfugas no llevaron al enemigo el tesoro del ejército. Dumouriez, exhausto de recursos, se confió á la casualidad y al reconocimiento de los soberanos coligados. Cuando llegó á Tournay, sólo tenia algunas monedas de oro en su bolsillo, hallándose en el mismo caso todos sus compañeros de fuga. El duque de Chartres, Thouvenot, Nordmann, Montjoie, el fiel Bautista y hasta las dos intrépidas heroínas Fernig, comprometidas sin crimen en una desercion que para ellas se parecia á la fidelidad, escotaron sin saberlo Dumouriez, y fueron los primeros que le ofrecieron el amargo pan del destierro.

XI

Tal fué el desenlace de este drama político y militar, que habia elevado en tres años á Dumouriez á la altura de los más grandes hombres, para hacerle descender de repente hasta el nivel del más miserable aventurero. La elevacion de sus sentimientos no correspondia á la grandeza de su valor ni á la extension de su talento: educado en medio de las ligerezas de las cortes, y demasiado acostumbrado por su vida de diplomático á ver el reverso de las cosas políticas y á atribuir los grandes resultados á pequeñas causas, no tuvo ni bastante madurez para comprender la república, ni la magnanimidad de servirla arriesgando su cabeza. Representó el papel de grande hombre; sólo lo fué á medias. Su sangre derramada por la libertad sobre un campo de batalla, ó sobre un cadalso por la ingratitud de la república, hubiera clamado en la posteridad por una eterna venganza, y consagrado por todos los siglos una de las más bellas memorias de la revolucion. Su vida salvada por una defeccion, y su traicion descubierta, esparcen la sombra del resentimiento sobre el brillo de sus campañas y batallas. Su nombre no es, por decirlo así, más que una luminosa aparicion en la historia y un deslumbramiento de la patria. Hombre dotado de tacto político, de brazo de héroe y de corazon de intrigante, es sensible no poder admirarle enteramente; pero la tristeza se mezcla con el entusiasmo en la impresion que causa su nombre. Evítase pronunciarle entre los nombres gloriosos de la patria, porque no hay afrenta mayor para el espíritu humano que el espectáculo de los grandes destinos entregados á almas pequeñas, y de las grandes cualidades que no se respetan. La obra de los pueblos exige hombres graves como el pensamiento que los agita. El crimen en las revoluciones ofende ménos el ánimo que la superficialidad; cuanto más culpable y odioso, el crimen es, sin embargo, un contrasentido menor en las catástrofes humanas.

Desde aquel dia Dumouriez, maldecido en su país, tolerado en el extranjero, anduvo errante de reino en reino, sin hallar una patria; objeto de una desdeñosa curiosidad, casi indigente, sin compatriotas y sin familia, pensionado por Inglaterra, causaba lástima á todos los partidos. El cielo, como para castigarle más, le destinaba una larga vida, y le habia dejado todo su genio para que le atormentase en la inaccion. No dejó de escribir memorias y planes militares para todas las guerras que Europa hizo á Francia por espacio de treinta años; ofreció su espada, rehusada siempre, á todas las causas. Ya viejo é importuno, fijando su residencia ora en Alemania, ora en Inglaterra, no se atrevió á abandonar su destierro ni aún cuando Francia se abrió á los proscritos de todos los partidos, pues temió que el mismo suelo le echase en cara su traicion. Murió en Lóndres. Su patria dejó sus cenizas en tierra extranjera, y ni siquiera levantó su tumba vacía en el campo de batalla donde habia salvado á su país.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en el interior.—Marat.—Organizacion de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Asignados.—Consideraciones.—El máximo.—Decreto de acusacion contra Marat.—Lyon.—La Vendée.—El ejército.—Danton en la frontera.—Robespierre.—Los girondinos.—Comité insurreccional.—Muerte de la mujer de Danton.—Los veintidos diputados girondinos.—Complot contra ellos.—Danton.—Discurso.—El tribunal revolucionario.—Vergniaud.—Discurso.—Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton.—Comité de salud pública.—Madama Roland.

I

Reanudemos el hilo de los acontecimientos del interior, que hemos suspendido para no hacer confuso este relato.

La concesion que hicieron los girondinos de la cabeza del rey no habia ahogado los gérmenes de disension en el gobierno; los partidos se confundieron un momento, pero no estaban unidos. La debilidad no desarma, anima á nuevas exigencias. Los girondinos, entregando la vida del rey, se habian despojado de la única fuerza de opinion que podia luchar por ellos en la nacion y fuera de ella. Una vez revelado el secreto de su debilidad, se sabia de antemano la última palabra de su resistencia, y no se iba á dilatar el pedírsela.

Sin embargo, satisfechos con la gran victoria que acababan de conseguir sobre sus adversarios, los jacobinos dejaron respirar por un momento á sus enemigos. Hasta se estableció un cierto acuerdo en apariencia entre los comités de la Convencion y la municipalidad de Paris para refrenar los excesos y concentrar una fuerza grande en el gobierno. Se pusieron de acuerdo para hacer volver á entrar en su cauce el flujo popular que acababa de sumergir el trono.

Danton se mantenía retirado en una reserva y una altiva independencia, que parecia deber convertirle en árbitro de los partidos. Robespierre aguardaba que viniese una nueva crisis para levantarle y llevarle más léjos y á más altura. Ni uno ni otro fomentaban entónces los desórdenes y las agitaciones, sin objeto, de la multitud. Sólo un hombre en la Convencion turbaba la concordia aparente de todas las voluntades. Este hombre era Marat, verdadera encarnacion de la anarquía. Danton personificaba la fuerza convulsiva que trata de salvar las naciones, inspirándoles accesos de patriotismo llevados hasta el asesinato; Robespierre, la obstinacion de la fe filosófica, que marcha á su fin á través de todos los acontecimientos; Marat personificaba en sí aquellos sueños vagos y febriles de la multitud que sufre, que gime y se agita en el fondo de todas las sociedades; clase que, sin voz para dejarse oír, sin accion regular para hacerse lugar, se conmueve como un ele-

mento al soplo de todas las facciones, se fanatiza con mentidas esperanzas, cambia sus decepciones en furor, y destruye sin cesar los gobiernos, sin haber podido aún romper las condiciones del trabajo, de la opresion y de la miseria, que la retienen en la degradacion. Marat era el representante del proletariado moderno, especie de esclavitud templada por el salario; introducía sobre la escena política aquella multitud, hasta entónces relegada en su impotencia y envilecida en sus andrajos. La pasion que inclinaba á Marat á representar aquel papel no era sólo la de dominar, era tambien la de la rehabilitacion de las clases que sufren y degradadas de la especie humana. Habia adoptado esta causa desesperada, y queria que en lo sucesivo se le diese su nombre; queria libertar de sus males á las clases que padecen, y volver contra las opulentas todas las plagas que pesaban desde hacía tantos siglos sobre la parte oprimida del pueblo; aspiraba á restituirle su puesto en el bienestar á que pretendia conducir á los proletarios; pero los conducía como á bárbaros, que hacen una invasion con el hierro y el fuego en la mano en sus derechos reconquistados, y que no saben proporcionarse un lugar sobre la tierra sino incendiando y exterminando todo lo que la ocupaba ántes que ellos.

Marat, desde el 10 de Agosto, no sólo hacía resonar su voz desde los subterráneos que habitaba, como un gemido exhalado del fondo del pueblo, sino que se mostraba con afectacion en la multitud, en los Jacobinos, en los Franciscanos, en el ayuntamiento, en las secciones y en todos los tumultos. Comenzaba á emanciparse de la tutela de Danton, que mucho tiempo habia deseado y sufrido, y principiaba á disputar á Robespierre los aplausos de los jacobinos, pues prometia al pueblo el reinado de leyes populares que repartirian con más equidad el bienestar social entre todas las clases. Marat ofrecia completos trastornos y próximos despojos. Uno contenía al pueblo por su razon, el otro le arrastraba por su locura; Robespierre debía ser más respetado, y Marat más temido. Conocía este papel, y hé aquí en qué términos se caracterizaba él mismo en *El Amigo del Pueblo*:

«Perdónenme mis lectores si hoy les hablo de mí. No lo hago por amor propio ni por fatuidad, sino por deseo de servir mejor la causa pública. ¿Por qué tener por un crimen presentarme tal como soy, cuando los enemigos de la libertad no dejan de hacerme pasar por un loco, por un antropófago, por un tigre deseoso de sangre, con objeto de impedir el bien que yo podría hacer? Habiendo nacido con un corazon sensible, una imaginacion de fuego, un carácter ardiente, franco y tenaz, con un ánimo recto, un corazon abierto á todas las pasiones exaltadas, y sobre todo al amor de la gloria, educado con los más tiernos cuidados en la casa paterna, he llegado á la edad viril sin haberme abandonado nunca al ardor de mis pasiones. A los veintinueve años aún estaba puro, y me habia dedicado desde hacía mucho tiempo al estudio y á la meditacion.

»Debo á la naturaleza el temperamento de mi alma, pero á mi madre el desarrollo de mi carácter, pues hizo nacer en mi corazon el amor de la justicia y de los hombres. Por mis manos hacía pasar los socorros que daba á los indigentes; el acento del interes que tenia al hablar á los miserables me inspiró desde muy jóven la ternura que ella les manifestaba. A los ocho años tenia ya formado el sentido moral, y no podia mirar con calma los malos tratamientos que se daban á mis semejantes. El aspecto de una crueldad me llenaba de indignacion; el espectáculo de una injusticia hacía latir mi corazon como si fuese un ultraje personal.

»Durante mi primera juventud, mi cuerpo fué débil, no conocí ni la alegría, ni el aturdimiento, ni los juegos infantiles; dócil y aplicado, todo lo obtenían de mí mis maestros por la dulzura, habiendo sido castigado sólo una vez. Tenía entonces once años. El castigo era injusto; me habían encerrado en un cuarto; abrí la ventana y me arrojé á la calle.

»El amor de la gloria fué en todas las edades de mi vida mi pasión principal: á los cinco años hubiera querido ser maestro de escuela, á los quince profesor, á los diez y ocho autor, y á los veinte genio creador, como hoy ambiciono la gloria de inmolar me por mi patria. Pensador desde mi adolescencia, el trabajo intelectual ha venido á ser mi única necesidad, hasta en las enfermedades. He hallado mis más dulces placeres en la meditacion, en esos momentos pacíficos en que el alma contempla con admiracion el espectáculo de los cielos, ó cuando, concentrada en sí misma, parece escucharse en silencio, pesar en la balanza de la verdadera felicidad lo vano de las grandezas humanas, penetrar el sombrío porvenir, buscar al hombre más allá de la tumba, y sentir una inquieta curiosidad sobre los destinos eternos.

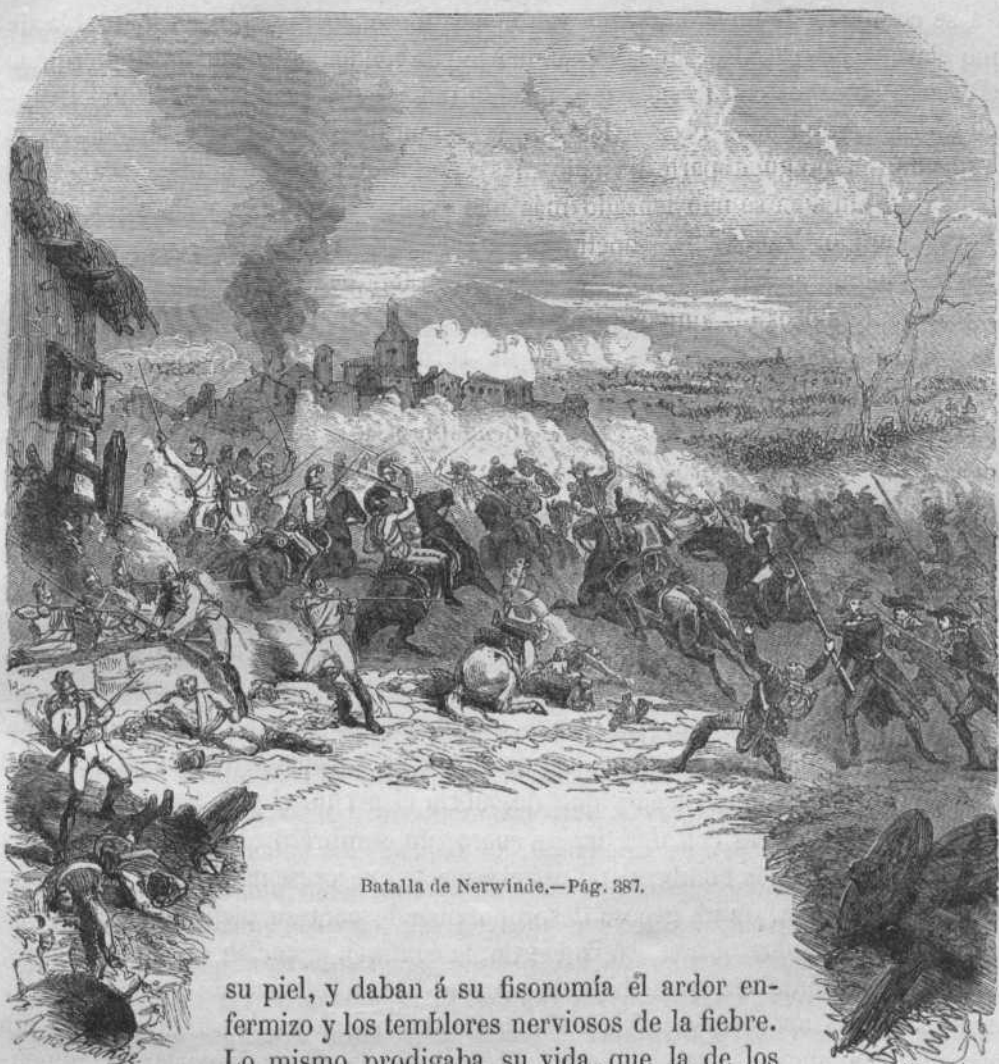
»He pasado veinticinco años en el retiro, leyendo y meditando sobre los mejores libros de moral, de filosofía y política, para deducir de ellos las mejores consecuencias. En ocho volúmenes de investigaciones metafísicas, y veinte de descubrimientos sobre las ciencias físicas, he experimentado en mis investigaciones un sincero deseo de ser útil á la humanidad, un santo respeto por la verdad, y el sentimiento de los límites de la humana sabiduría. Los charlatanes del cuerpo científico, los D'Alembert, los Condorcet, los Laplace, los Lalande, los Monge y los Lavoisier querían brillar exclusivamente. Yo ni aún podía publicar los títulos de mis obras; gemía desde hace cinco años en esta cobarde opresión, cuando se anunció la revolucion convocando los Estados generales. Pronto calculé adónde llegarían las cosas, y principié á respirar con la esperanza de ver al fin la humanidad vengada, concurrir á romper sus cadenas, y subir á ocupar mi verdadero puesto.

»No era esto aún más que un bello ensueño que estuvo próximo á desvanecerse. Una enfermedad cruel me amenazaba concluirle en la tumba; pero no queriendo dejar la vida sin hacer algo por la humanidad, compuse sobre mi lecho de dolor la *Ofrenda á la patria*. Vuelto á la vida, sólo me ocupé de los medios de servir la causa de la libertad. ¡Y me acusan de ser un malvado vendido, cuando podía reunir millones sólo con vender mi silencio, y gimo en la miseria!»

Estas líneas revelaban en el alma de Marat un frenesí de gloria, una perpetua explosion de venganza contra las desigualdades sociales, y un amor por las clases que sufren, pervertido hasta la ferocidad contra los ricos y los felices.

Una sed tal de justicia absoluta y de nivelamiento repentino no podía saciarse sino con sangre. Marat no cesaba de pedirla al pueblo, como consecuencia de aquel endurecimiento de alma que goza en inmolar con el pensamiento lo que resiste á la inflexibilidad de sus sistemas.

Su vida era pobre y laboriosa como la indigencia que representaba. Vivía en un cuarto mezquino de una casa oscura de la calle de los Franciscanos, manteniéndose con su pluma. Un trabajo fatigoso de cabeza, una cólera crónica y prolongados desvelos, inflamaban su sangre, hundían sus ojos, ponían amarillenta



Batalla de Nerwinde.—Pág. 387.

su piel, y daban á su fisonomía el ardor enfermizo y los temblores nerviosos de la fiebre.

Lo mismo prodigaba su vida, que la de los demas; hasta cuando sus largas y frecuentes enfermedades le retenian en cama, no cesaba de escribir con la rapidez del rayo todos los pensamientos repentinos que el ardor de sus ensueños hacía subir á su imaginacion. Los cajistas llevaban una á una á la imprenta las hojas empapadas en su odio; una hora despues, los vendedores públicos y los anuncios pegados á las esquinas de las calles las publicaban en todo Paris. Su vida era un diálogo continuo y furioso con la multitud. Parecia que miraba todas sus ideas como inspiraciones, y las recogia apresuradamente como las fascinaciones de la sibila ó los pensamientos sagrados de los profetas. La mujer con quien vivia le consideraba como un bienhechor desconocido del mundo, cuyas confidencias recibia primero que otro alguno. Marat, brutal é injurioso para todo el mundo, suavizaba su acento y daba dulzura á sus miradas con aquella mujer, llamada Albertina. No hay hombre tan desgraciado ó tan odioso en la tierra á quien la suerte no haya unido una mujer en su obra, en su suplicio, en su crimen ó en su virtud.

Marat tenia, como Robespierre y como Rousseau, una fe sobrenatural en sus principios; respetábase á sí mismo en sus quimeras como un instrumento de Dios. Habia escrito un libro en favor del dogma de la inmortalidad del alma. Su biblio-

teca se componia de unos cincuenta volúmenes filosóficos, puestos en una tabla de pino clavada á la pared desnuda de su cuarto. Se notaba entre ellos á Montesquieu y Raynal, hojeados con frecuencia. Sobre la mesa tenia siempre abierto el Evangelio. «La revolucion—decia á los que se admiraban de ello—está toda en el Evangelio; en ninguna parte ha sido más enérgicamente defendida la causa del pueblo, en ninguna se han lanzado más maldiciones á los ricos y á los poderosos de este mundo. Jesucristo—repetia con frecuencia, inclinándose con respeto al decir este nombre,—Jesucristo es el maestro de todos nosotros.»

Eran muy pocos los amigos que visitaban á Marat en su triste soledad: Armonville, el setembrista de Amiens; Pons, de Verdun, poeta adulador de todos los poderes; Vincent, Legendre, y algunas veces Danton, porque éste, que durante mucho tiempo habia protegido á Marat, principiaba á temerle. Robespierre le despreciaba como un vergonzoso capricho del pueblo; le envidiaba, pero no se prostituia tanto á mendigar su popularidad. Cuando Marat y él pasaban cerca en la Convencion, se dirigian miradas injuriosas y de mutuo desprecio. «¡Cobarde hipócrita!»—decia Marat. «¡Vil malvado!»—murmuraba Robespierre. Pero ambos unian su odio contra los girondinos.

El destrozado traje de Marat en aquella época contrastaba tambien con el vestido decente de Robespierre. Una chupa de color oscuro llena de remiendos, las mangas vueltas como las de un obrero que dejaba su trabajo; unos calzones de terciopelo manchados de tinta, medias de lana azul, zapatos atados en el empeine con cuerdas, una camisa sucia y que descubria el pecho, el pelo ceñido sobre las sienes y anudado atras con una tira de cuero, un sombrero redondo de alas muy anchas caido sobre los hombros; tal era el aspecto que presentaba Marat en la Convencion. Su cabeza, de un grueso desproporcionado para su pequeña estatura, su cuello inclinado sobre el hombro izquierdo, la continua agitacion de sus músculos, la sonrisa sardónica de sus labios, la provocadora insolencia de su mirada y la audacia de sus apóstrofes, le hacian notable. La humildad de su exterior no era más que el anuncio de sus opiniones. El sentimiento de su importancia aumentaba en él con el presentimiento de su poder. Amenazaba á todos, sin exceptuar á sus antiguos amigos; ridiculizaba á Danton por su lujo y por sus inclinaciones voluptuosas. «Danton—decia á Legendre—repite sin cesar que soy un chismoso que trastorno todos los negocios. En otro tiempo he pedido la dictadura para él porque le creia capaz de ella, pero se ha afeminado en las delicias. Los despojos de Bélgica y sus comisiones le han embriagado, y hoy es un personaje demasiado importante para bajarse hasta mí. Camilo Desmoulins, Chabot, Fabre d'Eglantine y todos sus aduladores me desdeñan; pero el pueblo y yo los vigilamos.»

II

La Convencion se esforzó durante algun tiempo, por medio de la organizacion de sus comités, en clasificar los conocimientos, las aptitudes y el desinterés individual que habia en ella, y en aplicar á cada uno de sus miembros á las funciones para las que su naturaleza, sus facultades y sus estudios parecian designarle. Esto era el gobierno y la administracion nombrados, por decirlo así, por aclamacion pública. La Constitucion, la instruccion pública, la hacienda, los ejércitos,

la marina, la diplomacia, la seguridad general de los ciudadanos y la salvación del Estado, en fin, esta atribucion suprema que da á una nacion la soberanía de sus propios destinos, formaron otros tantos comités distintos, donde se elaboraban en discusiones íntimas y en profundas relaciones las diferentes materias de gobierno, de economía política y de administracion. De este modo la Convencion utilizaba todas las aptitudes, concentrándolas sobre los objetos especiales de su competencia. Reservaba para las sesiones públicas las grandes luchas de teorías ó de pasiones políticas que conmovian el imperio y hacian triunfar ó sucumbir alternativamente á los partidos; pero el nervio de la administracion interior ó de la defensa exterior fué confiado á los comités. Este resorte continuaba obrando sorndamente miéntras la Convencion parecia desgarrarse por sus convulsiones públicas.

En un país acostumbrado despues de tantos siglos á la unidad y á la arbitrariedad del gobierno monárquico, la primera necesidad, el primer pensamiento de la Convencion, fué la organizacion del gobierno republicano. Llamó al comité de Constitucion á los hombres que suponía dotados en más alto grado del genio ó de la ciencia de las instituciones humanas. No hizo acepcion de partido, sino de mérito, en estas primeras elecciones. Los girondinos dominaban en ellas, pero más por el título de sus conocimientos que por el de faccion. Sieyes, Tomás Payne, Brissot, Petion, Vergniaud, Gensonné y Barere eran los que comunicaban el entusiasmo fingiéndole, y en fin, Condorcet y Danton. Robespierre, odiado por los girondinos y sospechándole partidario de la anarquía, no fué elegido. Se creyó profundamente humillado, y experimentó un resentimiento que encubrió bajo la máscara del desprecio.

El comité de instruccion pública, el más importante despues del de la Constitucion, en un momento en que era necesario transformar las costumbres del pueblo, como se cambiaban sus leyes, se componia de los filósofos, de los literatos y de los artistas de la Convencion. Condorcet, Prieur, Chenier, Herault de Sechelles, Lanjuinais, Romme, Lanthenas, Dusaulx, Mercier, David, Lequinio y Fauchet eran los principales miembros. Cambon reinaba en el comité de la Hacienda; era jacobino por su pasion á la república, girondino por su odio á los anarquistas, probo como la mano del pueblo en su propio tesoro, é inflexible como una cifra. El comité de salud pública, que debia absorber todos los otros y sobreponerse á todas las leyes como la fatalidad, no se organizó hasta dos meses despues, y sólo duró seis.

Miéntras estos comités preparaban en silencio la Constitucion y los sistemas de educacion, de guerra, de hacienda y de beneficencia pública, la agitacion del pueblo de Paris llamaba sin cesar á la Convencion á lo urgente y á lo imprevisto. La guerra y el hambre impulsaban igualmente al pueblo á la sedicion. Por una fatal coincidencia, los años de tumultos para Francia lo habian sido de esterilidad para la tierra; los inviernos largos y crudos habian helado los trigos; todas las estaciones habian sido rigurosas, y podia decirse que hasta los elementos combatian contra la libertad. El terror pánico, exagerando la escasez de los granos, habia llenado de sospechas la imaginacion pública. Los rios estaban helados, la leña muy escasa, el pan muy caro, y el subido precio de todas las subsistencias presentaba la miseria y la muerte bajo la forma que aterra más al pueblo: el hambre. A los jornaleros les faltaba trabajo; el lujo habia desaparecido con la seguridad, que le

hace nacer; los ricos aparentaban la indigencia para evitar la expoliacion; los nobles y los clérigos habian llevado al huir, ó enterrado en las bodegas y paredes de sus casas, una parte considerable del oro y de la plata acuñados, signos del valor, medios de cambio, móviles de circulacion, y fuentes del trabajo y del salario. Las confiscaciones y los secuestros paralizaban entre las manos de la república una masa inmensa de tierras incultas y de casas inhabitadas.

Para suplir al oro y la plata, que parecian haberse agotado de repente, la Asamblea constituyente creó una moneda de papel con el nombre de *assignados*. Esta moneda de confianza, si el pueblo hubiese querido comprenderla y adoptarla, hubiera producido los mismos efectos que la moneda metálica, multiplicando las transacciones entre los particulares, alimentando el trabajo, pagando los impuestos y representando el precio de las tierras. Una moneda, digan lo que quieran los economistas, nunca tiene más valor que el de la convencion que la ha creado y el del crédito que lleva consigo. Basta que la proporcion entre las cosas compradas y el signo que las compra no pueda ser repentina y arbitrariamente cambiada por una multiplicacion desordenada de este signo monetario; el precio real y verdadero de todas las cosas se establece segun esta proporcion. Sólo la ley, y una ley pródiga y prudente, puede hacer la moneda; que haga moneda de oro, plata, cobre ó papel, poco importa, con tal que esta proporcion sea religiosamente guardada, y el pueblo conserve confianza en la sinceridad y el crédito de este signo. La letra de cambio, moneda individual, que no tiene más valor que la firma del que la crea, suple entre los particulares á un numerario incalculable; tiene todos los efectos del oro y de la plata; no es más que una moneda que puede hacer cualquiera, y que representa la confianza que se tiene en un individuo. ¿Cómo, pues, el Estado, que representa la fortuna y el crédito de todos, no podria hacer una moneda de papel, tan inviolable y acreditada como la de los simples ciudadanos?

Pero el pueblo estaba acostumbrado al oro, queria pesar y tocar su valor, y no tenia fe en el papel. Mientras que las verdades no se hacen costumbres, parecen lazos que se tienden al pueblo.

Ademas, el gobierno, apremiado por necesidades que aumentaban sin cesar, habia multiplicado de repente el nuevo signo monetario de papel. De esto dimanó el desprecio del signo y la ocultacion de la riqueza monetaria por aquel que la poseia ó la aceptaba; de esto procedieron tambien leyes implacables contra aquellos que rehusaban recibirla; por esta causa, en fin, se paralizó la circulacion, decayó el comercio, ocasionando el peligro de los negocios, la suspension de los cambios, la cesacion del trabajo libre, la desaparicion del salario, y la extenuacion del jornalero. Los propietarios y los ricos vivian de los productos directos de sus tierras, ó de sumas reservadas en oro ó en plata, de las que no dejaban salir de una mano avara más que la cantidad necesaria para satisfacer sus más urgentes necesidades. Se cultivaba mal, se consumia poco, y no se construia nada. Los coches y los caballos habian desaparecido; los muebles no se renovaban; los vestidos manifestaban el temor, la avaricia ó la miseria; la vida, reducida á lo estrictamente necesario, escatimaba todo empleo y todo salario á esos innumerables artesanos que alimentan las necesidades facticias de cualquier sociedad tranquila.

III

Los comerciantes de las grandes ciudades, esos intermediarios entre el consumidor que desea comprar barato, y el productor que quiere vender caro, añadian aún la usura de sus especulaciones y de su monopolio al precio de los géneros. El comercio se aprovecha de todo para enriquecerse, sin exceptuar el hambre; éste no es solamente su vicio, sino su naturaleza; la sed de oro endurece como la de sangre.

Crecia diariamente una lucha violenta entre el pueblo bajo de Paris y el comer-



Conferencia de Ath.—Pág. 388.

cio al menudeo. El odio contra los especieros, expendedores de los consumos diarios de las masas, habia llegado á ser tan ardiente y sanguinario como el que se profesaba á los aristócratas. Las tiendas estaban sitiadas por tantas imprecaciones como los palacios; los continuos motines á las puertas de los panaderos, de las tabernas y de los especieros, impedían el paso de las calles. Las turbas hambrientas, á cuya cabeza iban mujeres y niños, muestras de la miseria, salían todas las mañanas de los barrios populosos y de los arrabales para diseminarse por los barrios ricos, y situarse delante de las casas donde habia sospecha de que se guardaba el grano. Estas bandas rodeaban la Convencion, y hasta forzaban algunas veces las puertas para pedir á grandes gritos pan, ó la rebaja violenta del precio de los géneros. Las legiones de mujeres que habitan las orillas y los barcos del rio, y ganan su vida y la de sus hijos en lavar la ropa de una gran ciudad, venian á intimar á la Convencion que bajase el precio del jabon, elemento indispensable de su profesion, el del aceite, de las velas y de la leña necesaria para su uso.

Pedian el *máximum*, es decir, la tasa de las mercancías, el arbitraje del gobierno, colocado entre el comerciante y el consumidor para moderar las ganancias de uno y favorecer las necesidades del otro. Si el pensamiento del *máximum* era legítimo, su ejecucion era imposible. La justicia que de este modo se creía dispensar al consumidor necesitado, podia á cada momento llegar á ser una injusticia ó una opresion respecto del comerciante; la ley iba á obrar á tientas y sustituir la arbitrariedad á la libertad de comercio. El *máximum*, para ser justo, hubiera tambien debido cambiar con tanta frecuencia su cuota cuantas fuesen las variaciones en los precios de adquisicion de las mercancías; por consiguiente, nadie podia llegar á esta apreciacion, y era claro que quedaba destruida toda especulacion. Tal es el alma del comercio, que sujeto á estas intervenciones inquisitoriales debia cesar de abastecer á Francia. El pueblo pedia, pues, la muerte de las transacciones. Estas disposiciones, vivamente combatidas por la clara razon de los girondinos, por Robespierre, por Hebert y hasta por Chaumette, iban á causar en los abastecimientos de Paris y en las relaciones del pueblo y del mercader el trastorno y la escasez que tenian por objeto precaver. Pero si el pueblo entiende pronto las cuestiones puramente políticas y las verdades nacionales, porque las comprende por el corazon y las resuelve por la pasion, es tardo para penetrar las cuestiones económicas, porque exigen la aplicacion de una inteligencia ejercitada y las luces de la experiencia. La economía política es una ciencia, y la política no es más que un sentimiento; por lo cual es más fácil extraviar por este lado las masas, sobre todo cuando la miseria y el hambre contribuyen á apasionar los sofismas.

Habian adoptado fanáticamente esta causa del *máximum* Marat y los suyos, é impulsaban al pueblo por medio del hambre al repartimiento y al pillaje de los ricos. Los periódicos de Marat tocaban todos los dias á rebato por el hambre.

«Es incontestable—decia en *El amigo del Pueblo* de 23 de Febrero—que los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores, los comerciantes del lujo, los empleados de los embrollos, los ex-golillas, los ex-nobles, con muy pocas excepciones, y los dependientes del antiguo régimen, son los que echan de ménos los abusos de que se aprovechaban para enriquecerse con los despojos públicos. Siendo imposible cambiar su corazon, vista la inutilidad de los medios puestos en accion hasta el dia para atraerlos á su deber, y perdiendo la esperanza de ver á nuestros legisladores tomar las medidas oportunas para obligarles á ello, veo que sólo la destrucción total de esta raza maldita es lo único que puede devolver al Estado su tranquilidad. Ahí los teneis redoblando su maldad para acarrear el hambre al pueblo por la elevacion extraordinaria del precio de los géneros de primera necesidad y por la perspectiva de la miseria. El saqueo de los almacenes, á cuyas puertas se colgarian algunos agiotistas, pondria bien pronto fin á estas malversaciones, que reducen á cinco millones de hombres á la desesperacion, haciendo morir muchos miles de miseria. ¿No sabrán nunca los diputados del pueblo más que perorar sobre sus males, sin presentarle nunca el remedio? Dejémoslos de leyes, porque es evidente que nunca han tenido efecto. Además, este estado de cosas no puede durar mucho tiempo; un poco de paciencia, y al cabo el pueblo conocerá esta gran verdad: que debe salvarse á sí mismo. ¡Los malvados que tratan de encadenarle y castigarle porque se ha deshecho de un puñado de traidores en los dias 2, 3 y 4 de Setiembre, tiemblen ser colocados en el número



L'ARVEILLERE-LEPAUX.

de los miembros podridos que conviene separar del cuerpo político! ¡Infames hipócritas, que os esforzais en perder la patria con pretexto de crear el reinado de la ley, subid á la tribuna! ¡Atreveos á denunciarme! ¡Con este papel en la mano estoy pronto á confundiros!»

No era posible predicar en términos más formales el pillaje y el asesinato. Al día siguiente el pueblo, cuya tribuna de cuarenta mil voces era el periódico de Marat, obedeció á la señal de su apóstol. Las bandas hambrientas salieron de los arrabales, de los talleres, de los lugares sospechosos, y se esparcieron como una invasion por las calles ricas de París, forzaron las puertas de las panaderías, allanaron los almacenes de los especieros, se distribuyeron, tasándolos, los géneros de primera necesidad, el pan, el jabon, el aceite, las velas, el café, el azúcar, el queso, y saquearon despues algunas tiendas de comestibles.

Al otro día Barere, como órgano de los centros, pidió que se vindicase la ley. «En tanto que yo sea representante del pueblo,—dijo,—haré imperturbablemente la guerra á los que violen las propiedades y coloquen el saqueo y el robo en el lugar de la moral pública, cubriendo estos crímenes con la máscara del patriotismo.»

El girondino Salles leyó en la tribuna la sanguinaria provocacion de Marat. «¡El decreto de acusacion contra ese monstruo!»—gritan muchos diputados. Marat se lanza á la tribuna en medio de los aplausos de sus amigos, apostados por él desde por la mañana entre los espectadores. «Los movimientos populares que han tenido lugar ayer—dice mirando á Salles y á Brissot—son la obra de aquella faccion criminal y de sus agentes; ellos son quienes envian á las secciones emisarios para fomentar los tumultos. En la indignacion de mi alma, he dicho que era necesario saquear los almacenes de los agiotistas y ahorcar á éstos á la puerta de sus casas, único medio eficaz para salvar al pueblo. ¡Y se atreven á pedir contra mí el decreto de acusacion!» Al oir esto, casi todos los que estaban en el salon se levantan indignados; las imprecaciones ahogan la voz del orador, pero Marat se sonrie despreciando aquellas almas débiles. «¡Imbéciles!»—dijo al bajar de la tribuna.

Lareveillere-Lepaux, hombre íntegro y neutral entre los partidos, atestigua la probidad de Roland y le justifica de las calumnias de Marat. «Es tiempo de saber—dice—si la Convencion sabrá decidirse entre el crimen y la virtud.» «¿Quién se atreveria á defender á Marat?»—murmuran en todas partes. «Yo»,—respondió Thirion. «No quiero defensores,—dice *el amigo del pueblo*;—ésta es una manio-bra de la intriga que persigue en mí á la diputacion de París. Quieren alejarme de la Asamblea, porque les molesto descubriendo sus manejos.» «Marat es crédulo»,—dice Carra;—por sus arrebatos trata con injusticia á sus amigos y desacredita á la Montaña.» Marat interrumpe á Carra. «El pérfido comentario de Carra se dirige únicamente á conducir al cadalso á los mejores patriotas.» Buzot pide irónicamente la palabra por Marat. «Soy bastante fuerte para defenderme»,—dice con audacia el acusado. «¿Por qué—continúa Buzot—acusareis á ese hombre? Sólo escribe en su diario lo que todos los días se dice en esta tribuna; no es más que el órgano imprudente de las calumnias que sin cesar se vomitan contra nosotros y contra los mejores ciudadanos; no es más que el precursor de aquella anarquía que contiene en sus últimas plagas el trono. El decreto que diéseis con-

tra él, sólo serviría para hacer importante á un hombre que no obra por sí mismo, sino que es el instrumento de los perversos.» Los murmullos de la Montaña se dirigen á Buzot, y cambian en furor contra los girondinos la indignacion de que era objeto Marat. Salles, Valazé, Boileau y Fonfrede piden el decreto de acusacion, Bancal la expulsion, y Pereyres que se le declare demente. La Convencion, en pié, se divide en dos grupos desiguales, de donde salen exclamaciones, burlas é invectivas. «¡Votacion nominal!—grita Boileau.—Veamos al fin quiénes son los amigos de Marat y los cobardes que no quieren declararse contra él.» «¡Que hable!—dicen otros.—Se le acusa, y tiene el derecho de hablar.»

Entónces Marat, dirigiéndose á los girondinos, dice: «Aquí no hay ni justicia ni pudor». Los girondinos se levantan como si hubiesen sido un solo hombre, y parece quieren anonadar con los ademanes y la voz la insolencia del orador. «Sí, decretad mi acusacion,—continúa Marat con una sonrisa retadora;—pero al mismo tiempo decretad que están locos esos *hombres de Estado*.» Este era el título con que los demagogos de la municipalidad, y el mismo Robespierre, calificaban á los amigos de Rolánd. Tallien, uno de los primeros discípulos de Marat, se obstina en vano en defender á su maestro, pues las voces de los centros no permiten oír la de Tallien. La última frase que pronuncia Vergniaud hace que se envíe la acusacion á los tribunales ordinarios, y encarga el ministro de Justicia que persiga á los autores é instigadores del saqueo.

«¡Es una maldad!»—grita Marat. Y sale entre los aplausos de la Montaña, que protegía al hombre al mismo tiempo que reprobaba sus doctrinas. Lo que quería en Marat era su enemistad contra los girondinos.

IV

Pocos dias despues de estos desórdenes, llegó la noticia de los tumultos de Lyon y de la insurreccion en masa de la Vendée, primeros síntomas de la guerra civil. Estos síntomas estallaban en el momento en que Dumouriez flaqueaba y hacía traicion en las fronteras, y en que la anarquía destrozaba á Paris; pero la Convencion sólo fijaba toda su atencion en las fronteras.

Allí los desastres se sucedían unos á otros. Supiéronse sucesivamente los reveses de Custine en Alemania, la derrota del ejército del Norte, y las claras conspiraciones de Dumouriez. España rompió las hostilidades, y la Convencion, despues de haber oído á Barere, respondió sin titubear que se declarase la guerra á la corte de Madrid. La Convencion, léjos de disimular sus peligros á la nacion, buscó la salvacion en el mismo peligro, y los puso enteramente de manifiesto. Se nombraron al momento noventa y tres comisionados para llevar á las diferentes secciones de Paris la noticia de la derrota de nuestros ejércitos y de los peligros de nuestras fronteras. La municipalidad hizo enarbolar una bandera negra, señal de luto y de muerte, en lo alto de las torres de la catedral. Los teatros se cerraron, y se tocó llamada, como un grito de guerra, durante veinte horas consecutivas en todos los cuarteles. Muchos oradores ambulantes leyeron en las plazas públicas una proclama del Consejo, que tomaba su impetuosidad del himno de los marseleses: «¡A las armas, ciudadanos, á las armas! Si tardais, todo está perdido». Las secciones, de las que cada una se habia convertido en una municipalidad que obraba

y en una Convencion que deliberaba, votaron medidas que indicaban la desesperacion. Pidieron la prohibicion de la venta del numerario, la pena de muerte contra el comercio de la plata acuñada, la creacion de un impuesto sobre los ricos, la destitucion del ministro de la Guerra, la acusacion contra Dumouriez y sus cómplices, y en fin, la creacion de un tribunal revolucionario para juzgar á Brissot, Petion, Roland, Buzot, Guadet, Vergniaud y á todos los girondinos, cuya pérfida moderacion perdia la patria, con pretexto de salvar la legalidad.



Dumouriez hace arrestar á los comisarios de la república.—Pág. 391.

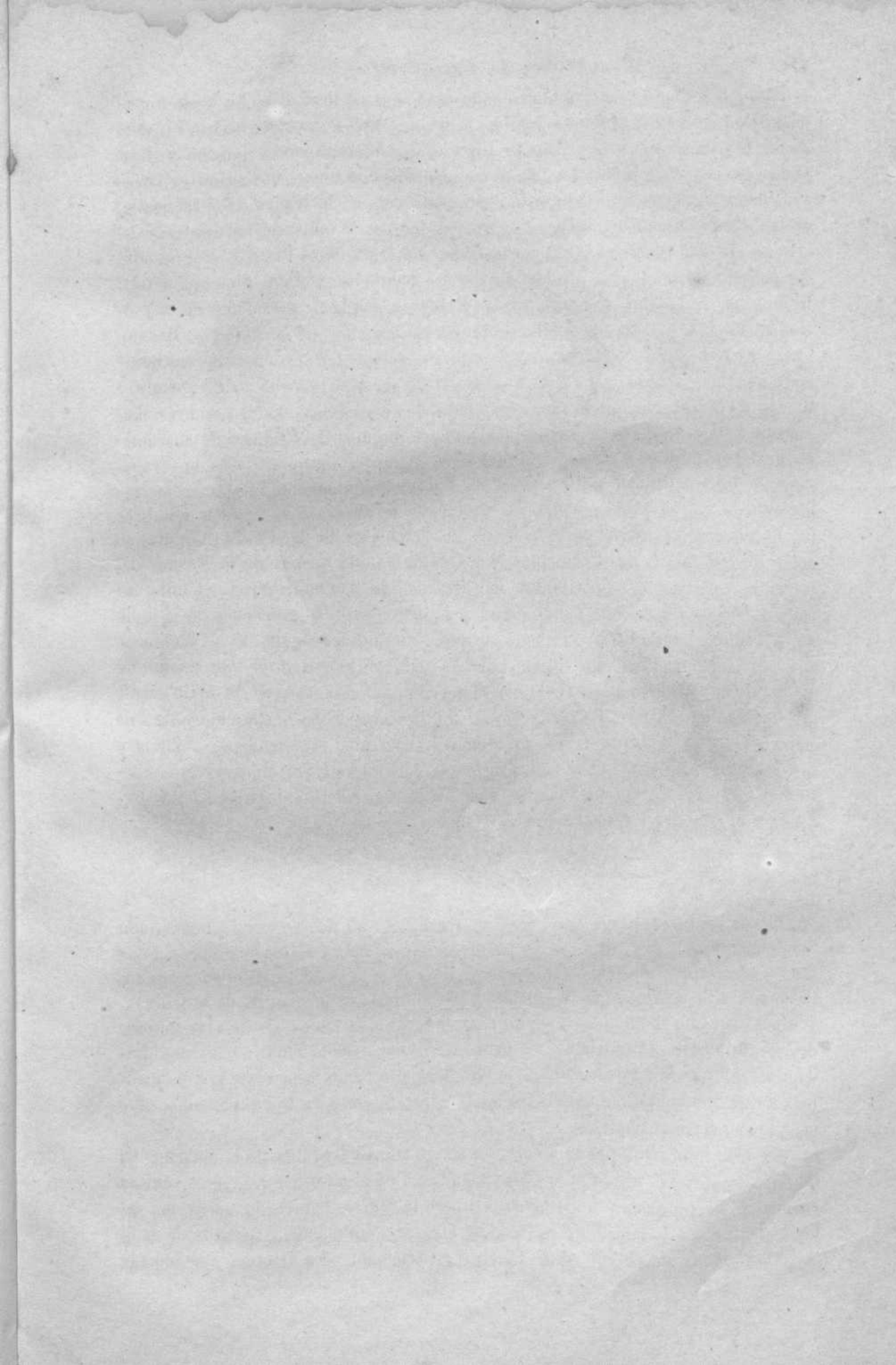
Danton, tan pronto en la Convencion como en los campamentos, sobreponiéndose á los dos partidos por el ímpetu de su carácter, impelió con la voz y el ademán al pueblo á las fronteras, y aparentó recomendar á la Convencion la concordia para concentrar toda la energía contra el extranjero. Robespierre, en nombre de los jacobinos, dirigió al pueblo una proclama en la que inculpaba á los girondinos por todos nuestros reveses. Les acusaba de haber sido los instigadores del saqueo, para deshonar las doctrinas populares y afiliar á los ricos, los propietarios y los comerciantes en el partido de la contrarevolucion. Pidió una muralla de cabezas entre la nacion y sus enemigos, y desde luego las de los girondinos.

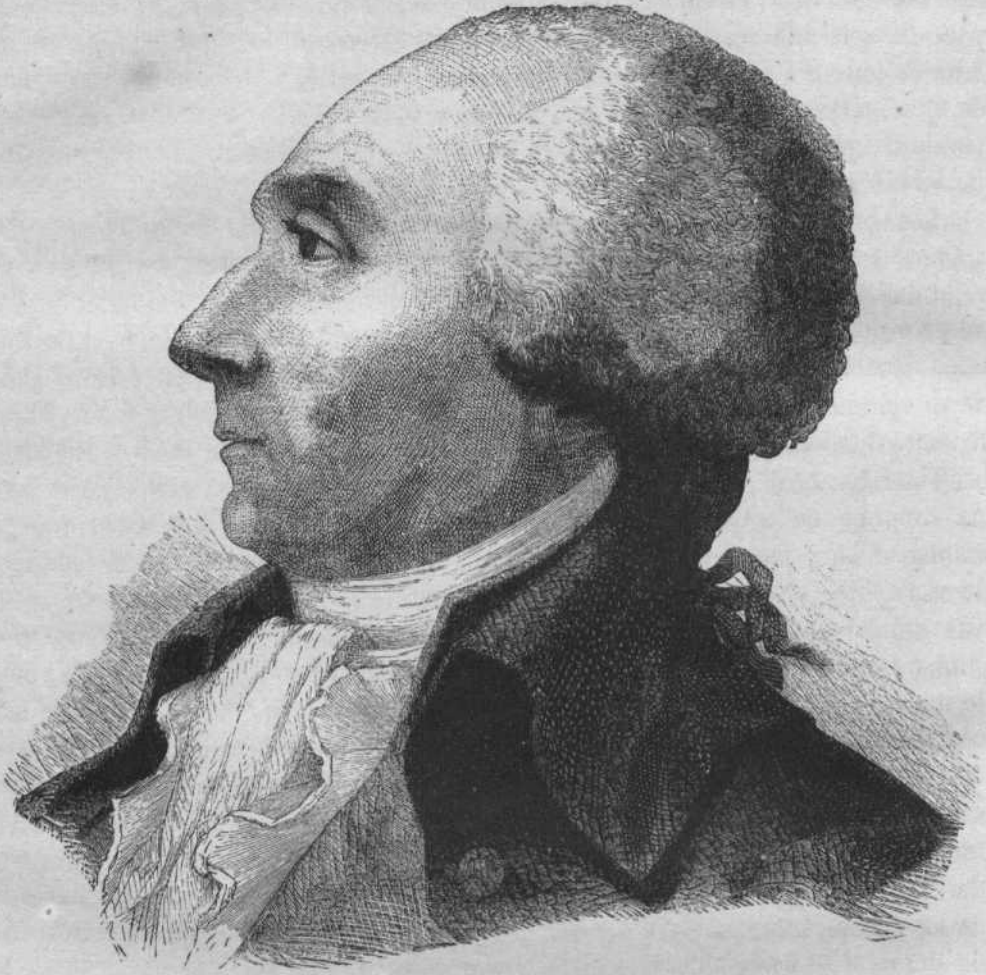
Pero á la sombra de este movimiento ostensible de los Jacobinos, de la municipalidad, de los Franciscanos y de las secciones, que fermentaba contra los jefes de la Convencion, un conciliábulo subterráneo, algunas veces público y otras oculto, se ocupó en reunir é inflamar los elementos de una insurreccion del pueblo contra la mayoría de la Convencion. Este comité de insurreccion se reunia, ora en un salon del ayuntamiento, ora, en más corto número, en una casa del arrabal de San Marcelo. A él pertenecian Marat, Dubois-Crancé, Duquesnoy, Drouet, Choudieu, Pache, alcalde de Paris, Chaumette, Hebert, Momoro, Panis, Dubuisson, el español Guzman, Proly, Pereyres, Dopsent, presidente de la seccion de la Cité, uno de los organizadores de los degüellos de las cárceles; Hassenfratz, Henriot y Dufourny. La mayor parte de los agentes secundarios eran hombres del 6 de Octubre, del 20 de Junio, del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre; cuadro revolucionario que la municipalidad habia conservado. Estos hombres, dispuestos á todo, despues de haber obedecido el impulso de Petion y de sus amigos, estaban prontos á obedecer al de Pache, Marat y Robespierre. Oleada revolucionaria cuya naturaleza era traspasar los límites continuamente, érales insoportable todo lo que propendia á fijar la revolucion. Se hallaban entre estos hombres de ejecucion Maillard, el presidente de los asesinatos de la Abadía; Cerat, que habia dirigido los de los Carmelitas, y era entónces juez de paz de la seccion del Luxemburgo; Gonchon, el Danton del arrabal San Antonio; Varlet, el tintorero Malard, amigo de Billaud-Varennnes; el peluquero Siret, que despues de la toma de la Bastilla, donde habia ensayado su valor, no faltó á ninguno de los combates de la revolucion; el curtidor Gibon, patriota seducido por Henriot, que confundia como éste el patriotismo con el crimen; Lareynie, antiguo gran vicario de Chartres, que persiguiera hasta el fin en la revolucion la ruina de las instituciones de que habia abjurado; Alexandre, que afectaba en su arrabal el ascendiente militar; y por último, el zapatero Chalandon, presidente del comité revolucionario de la seccion, y cuya proteccion mendigaba cobardemente el célebre abogado Target, frecuentando su mesa y redactando sus arengas.

V

El comité de insurreccion general se reunió el 6 de Marzo por la noche, con más misterio que de costumbre. Sólo fueron convocados á él los miembros dotados de resolucion implacable y de una reserva á toda prueba. Estaban cansados del nombre de asesinos que Vergniaud y sus amigos les dirigian desde la tribuna, y esperaban que Danton, su antiguo cómplice, y sobre quien recaian las injurias de los girondinos, se uniria á ellos para exterminar á sus enemigos comunes. Hallándose prontos á concederle la dictadura del patriotismo, esperaban por momentos volviere del ejército, donde habia ido por tercera vez para tranquilizar de nuevo las tropas insurreccionadas.

Danton, informado por una carta de su cuñado Charpentier de la enfermedad de su esposa, habia salido precipitadamente de Condé para ir á recoger el último suspiro de la compañera de su juventud; pero la muerte habia sido más veloz. Al bajar del coche á la puerta de su casa, se le anunció que aquélla acababa de espirar, y tratóse de alejarle de aquel fúnebre espectáculo; pero Danton, que bajo la





HEBERT.

impetuosidad de sus pasiones políticas y desordenada vida profesaba una ternura respetuosa á la madre de sus dos hijos, separó á los amigos que le disputaban la entrada de su domicilio, subió fuera de sí á su cuarto, corrió hácia el lecho, levantó el paño mortuorio, y cubriendo de besos y de lágrimas el rostro medio yerto de su esposa, pasó toda la noche en gemidos y sollozos.

Nadie se atrevió á interrumpir su dolor y á separarle de aquel lecho de muerte para llevarle á la sedicion. Los proyectos de los conjurados se prorogaron por falta de jefe. Sin embargo, Dubuisson arengó al comité, y le demostró la urgencia de anticiparse á los girondinos, que hablaban todos los dias de vengar los asesinatos de Setiembre. «¡Mueran—dijo al concluir—esos hipócritas de patriotismo y de virtud!»

Los brazos levantados y muchos ademanes de muerte fueron el silencioso aplauso que mereció el discurso de Dubuisson. Se debatieron los nombres de veintidos diputados girondinos, y sus cabezas fueron ofrecidas al sacrificio. Este número de veintidos correspondía, por una especie de pena del talion, al de veintidos jacobinos que Dumouriez habia prometido, decian, entregar á la venganza de su ejército y á la cólera del extranjero. Unos propusieron colgar á Vergniaud, Brissot, Guadet, Petion, Barbaroux y sus amigos en las ramas de los árboles de las Tullerías; otros, que se les condujese á la Abadía y renovar con ellos la justicia anónima de Setiembre. Marat, cuyo nombre nada tenia que temer por una maldad más, y para quien la gloria era sólo el brillo del crimen, disipó toda clase de escrúpulo. «Nos llaman bebedores de sangre,—dijo.—Pues bien, merezcamos este nombre bebiendo la de nuestros enemigos. La muerte de los tiranos es la última razon de los esclavos. César fué asesinado en pleno senado; tratemos, pues, lo mismo á los representantes traidores á la patria: sean inmolados sobre sus bancos, teatro de sus crímenes.» Mamin, que habia paseado la cabeza de la princesa de Lamballe sobre una pica, se ofreció con algunos de sus compañeros para asesinar á los girondinos en su misma casa. Hebert apoyó este último partido. «La muerte sin estrépito, aplicada en las tinieblas, vengará completamente de los traidores á la patria, y mostrará la mano del pueblo suspensa siempre sobre la cabeza de los conspiradores.» Se decidieron por este plan, sin excluir sin embargo la idea de Marat, si se presentaba la ocasion de un asesinato más solemne en medio de los desórdenes, cuando el pueblo diese un asalto á la Convencion. Se distribuyeron á los agitadores los barrios que habia de sublevar, y se fijó para la ejecucion la noche del 9 al 10 de Marzo.

VI

En tanto que los conjurados del comité de insurreccion reclutaban sus fuerzas, una revelacion fortuita informaba á los girondinos de la clase del complot fraguado contra su vida. El peluquero Siret, con la indiscrecion ordinaria de los de su oficio, confió á Mauger, presidente de la seccion de la Isla de San Luis, que al dia siguiente á mediodía, los girondinos habrian dejado de existir. Mauger, que era amigo de Kervelegan, diputado de Finisterre, y uno de los más valientes de la faccion de Roland, fué al anocheecer á casa de Kervelegan, y le suplicó, en nombre de su seguridad personal, que no fuese al dia siguiente á la sesion de la

Convencion, y que no durmiese en su casa la noche del 9 al 10. Kervelegan, que aquella noche esperaba á cenar á los principales jefes de la Gironda, les comunicó el aviso de Mauger, y envió á prevenir á todos los diputados del mismo partido se abstuviesen de ir á la Convencion, y se ausentasen de sus casas durante el dia y la noche siguiente. El mismo fué á casa de Gamon, uno de los inspectores de la sala, para tratar de las medidas necesarias á la seguridad de la Convencion. Fué despues á despertar al comandante del batallon de los federados de Finisterre, que estaba en el cuartel, é hizo que aquella tropa tomase las armas. Ya estaban en marcha algunos grupos.

Louvet, el decidido acusador de Robespierre, vivia entónces en la calle de San Honorato, á poca distancia del club de los Jacobinos. Sabía que en su primer levantamiento, el pueblo le escogeria por primera víctima. Hacía de antemano la vida de proscrito, pues salia sólo para ir á la Convencion, y siempre armado, pidiendo asilo en diferentes casas para pasar la noche, y frecuentando sólo oculta-mente la suya para visitar á la jóven que se habia identificado con su suerte. Esta jóven era Lodoïska, cuya belleza, valor y amor ha inmortalizado en sus escritos. Lodoïska, cuyos ojos espiaban sin cesar los menores síntomas, oyó poco despues de anochecer un inusitado tumulto en la calle, y gritos que salian del seno de grupos más numerosos que de ordinario, á la entrada de los Jacobinos. Corrió allá, penetró en el salon, y asistió sin ser conocida en las tribunas altas, donde era permitido entrar á las mujeres, á los siniestros preliminares de los atentados que se reservaban para aquella noche. Vió estallar la conjuracion, designar el objeto, dar el santo, proferir los juramentos, apagar las luces y desenvainar los sables. Al momento, confundiéndose con la multitud, salió para advertir á su amante. Louvet, abandonando su retiro, corre á casa de Petion, donde estaban reunidos algunos de sus amigos, deliberando tranquilamente sobre los proyectos de decreto que se proponian presentar al dia siguiente. Trabajo le costó á Louvet decidirles á que se abstuviesen de ir á la sesion de la Convencion aquella noche. Vergniaud se negaba á dar asenso al crimen; Petion, indiferente á su suerte, queria más esperar en su casa que huir; los otros se dispersaron y fueron á pedir hospitalidad hasta el dia. Louvet corrió aquella noche de puerta en puerta para advertir á Barbaroux, Buzot, Salles y Valazé que se sustrajesen pronto al hierro de los asesinos. Brissot, informado de lo que pasaba, ya habia ido á informar á los ministros, animándoles con su intrepidez.

Miéntas de este modo se libertaban los diputados girondinos de sus enemigos, las hordas que habian salido de los Franciscanos, armadas de pistolas y sables, se dirigieron á la imprenta de Gorsas, redactor de la *Crónica de Paris*, forzaron las puertas, rasgaron los periódicos, rompieron las prensas y saquearon los talleres. Gorsas, con una pistola en la mano, pasó sin ser conocido por medio de los asesinos, que pedian su cabeza. Cuando llegó á la puerta de la calle y la vió custodiada por hombres armados, escaló la pared del patio y se introdujo en una casa inmediata, desde donde se refugió en la seccion.

Otra columna de unos mil hombres del pueblo, al salir de un banquete cívico que habian tenido en los soportales de los mercados, se dirigió á la Convencion y desfiló por la sala gritando: *¡Vivir libres ó morir!* Los bancos vacíos de los girondinos desconcertaron los proyectos de sus enemigos; pero aquéllos, arrostrando

los silbidos y las amenazas de la multitud y de las tribunas, fueron al día siguiente á su puesto. Una reunion de cerca de cinco mil hombres de los arrabales llenaba la calle de San Honorato, el patio del Picadero y el terraplen de los Fuldenses. Los sables, las pistolas y las picas se agitaban sobre las cabezas de los diputados en medio de los gritos de *¡Mueran Brissot y Petion! Fournier el Americano, Varlet, Champion* y los bullangueros conocidos del pueblo pidieron las cabezas de trescientos diputados moderados, y se dirigieron en diputacion al Consejo de la municipalidad para exigir que se cerrasen las puertas de Paris y se proclamase la insurreccion. El Consejo negó estas peticiones. El mismo Marat se declaró contra ellas, y reprendió á Fournier



Fuga de Dumouriez.—Pág. 395.

y á sus compañeros. La Convencion estuvo tan tumultuosa como el mismo pueblo. Cruzáronse los ultrajes y las provocaciones. Barere, indeciso entre los girondinos y los montañeses, y por lo tanto tolerado por ambos partidos, adormeció un momento el furor general, divagando sobre las generalidades patrióticas y protestando á la vez

contra la aristocracia de los girondinos, contra la anarquía de los montañeses y contra la insurreccion municipal de Paris. «Se habló—dijo—de cortar esta noche cabezas de diputados. Ciudadanos, las cabezas de los diputados están seguras, las cabezas de los diputados tienen por base todos los departamentos de la república. ¿Quién se atreverá á tocarlas? El día de este crimen imposible, se disolveria la república.» Unánimes aplausos siguieron al discurso de Barere, que parecían garantizar la vida de los representantes de la nacion contra los puñales del pueblo de Paris.

Robespierre presentó como remedio al mal la concentracion del poder ejecutivo en los comités, é hizo presentir el comité de salud pública, es decir, la dictadura sin que interviniese la Convencion.

«Las consideraciones generales que se os presentan son ciertas,—dijo Danton;—pero cuando un edificio arde, nadie atiende á los malvados que roban los muebles. Lo primero es apagar el fuego. ¿Queremos ser libres? Si no lo queremos, perezcamos, pues todos lo hemos jurado. Haced salir vuestros comisarios, que marchen esta noche, y digan á la clase opulenta: «Es necesario que la aristocracia de Europa pague nuestra deuda sucumbiendo á nuestros esfuerzos, ó que vosotros la pagueis. El pueblo sólo tiene sangre y la prodiga. Vamos, miserables, prodigad vuestras riquezas». (*Aplausos en la Montaña y en las tribunas*). Ved, ciudadanos,—continuó Danton con una fisonomía en que brillaba la prevision profética de la felicidad pública,—ved, ciudadanos, los altos destinos que os esperan. ¿Qué, teneis una nacion entera por palanca, la razon por punto de apoyo, y aún no habeis trastornado el mundo? (*Los aplausos suspenden un rato el fuego de su entusiasmo*). En circunstancias más difíciles, cuando el enemigo estaba á las puertas de Paris, dije á los que gobernaban entónces: «Vuestras discusiones son mezquinas; yo no conozco más que al enemigo, vencamos al enemigo». (*Prolongados aplausos*). Vosotros que me fatigais con vuestras disputas particulares,—continuó mirando alternativamente á Marat, Robespierre y los girondinos,—en vez de ocuparos de la salvacion de la república, á todos os miro como traidores, á todos os coloco en la misma línea. ¡Qué me importa mi reputacion! Sea libre Francia, aunque sea ultrajado mi nombre.»

Cambaceres apoyó la proposicion presentada por el ayuntamiento para la organizacion de un tribunal revolucionario. Buzot dijo que se queria conducir á Francia á un despotismo más siniestro aún que el de la anarquía, y protestó contra la reunion de todos los poderes en una sola mano. «No protestaba—murmuró Marat—cuando todos los poderes estaban en manos de Roland.»

Robert Lindet leyó el proyecto de decreto que instituia un tribunal revolucionario. «Se compondrá de nueve jueces,—dice Lindet;—no estará sujeto á ninguna forma; su código será su conciencia, y sus medios de conviccion lo arbitrario. Habrá siempre en la sala de este tribunal un miembro encargado de recibir las delaciones y juzgar á todos aquellos que la Convencion envíe.» La Montaña aplaudió estas disposiciones, y Vergniaud, indignado, se levantó diciendo: «Esto es una inquisicion mil veces más temible que la de Venecia. Declaramos que moriremos ántes que consentirla».

VII

Cambon y Barere parecieron asombrados al ver el arma que se les presentaba. «Los lacedemonios,—dice Barere,—luégo que vencieron á los atenienses, los pusieron bajo el dominio de treinta tiranos, que al principio condenaron á muerte á los más malvados que horrorizaban á todo el mundo, y el pueblo aplaudió su suplicio; pero bien pronto castigaron á los buenos y á los malos. Sylá, victorioso, hizo degollar un gran número de ciudadanos que se habian elevado por sus crímenes y por el mal que habian hecho á la república, y todo el mundo lo aplau-

dió, diciéndose en todas partes que habian merecido su suplicio; pero ésta fué la señal de una espantosa carnicería. Apénas un hombre codiciaba una casa ó una tierra, denunciaba al poseedor y le hacía poner en el número de los proscritos.»

La Convencion decretó que los jurados de aquel tribunal revolucionario serian nombrados por ella y elegidos en todos los departamentos. Estas disposiciones, que templaban la decision de vida ó muerte del tribunal, impacientaban visiblemente á Danton. Iba ya á levantarse la sesion; saltó de su banco y corrió á la tribuna; su ademan altivo hizo que volviesen á sentarse los diputados que ya estaban en pié.

«Intimo—dice Danton con voz imperiosa—á todos los buenos ciudadanos que no dejen su puesto. (*Todos los miembros se sientan, guardando el más profundo silencio*). Ciudadanos,—dijo,—¿podreis separaros sin adoptar las grandes medidas que exige la salvacion de la república? Conozco cuán importante es tomar medidas judiciales que castiguen á los contrarrevolucionarios, porque para ellos es necesario el tribunal, y éste debe suplir al tribunal supremo de la venganza del pueblo. Arrancadlos vosotros mismos á la venganza popular, la humanidad os lo manda, y nada es más difícil que definir un crimen político; pero ¿no es necesario que las leyes extraordinarias, fuera de las instituciones sociales, aterren á los rebeldes y alcancen á los culpables? Ahora la salvacion pública exige grandes medios y medidas terribles, y no veo medio entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario. Seamos terribles para que el pueblo no sea cruel. Organicemos un tribunal, no bien, porque esto es imposible, sino lo ménos mal que se pueda, á fin de que la espada de la ley caiga sobre la cabeza de los enemigos. Concluida esta grande obra, os recuerdo las armas, los comisionados que debeis hacer marchar, y el ministerio que debeis organizar. Llegó el momento; seamos pródigos de hombres y dinero. Tened cuidado, ciudadanos, vosotros respondeis al pueblo de nuestros ejércitos, de su sangre y de sus asignados. Pido, pues, que se organice el tribunal sin levantar la sesion. Pido que la Convencion juzgue mis razones y desprecie las calificaciones injuriosas que se atreven á darme. Esta noche organícese el tribunal revolucionario, organícese el poder ejecutivo, y mañana el movimiento militar; mañana deben haber marchado ya vuestros comisarios. Levántese Francia entera, corra á las armas y marche al enemigo, invádase Holanda y sea libre Bélgica, arruínese el comercio inglés, triunfen los amigos de la libertad en este país, lleven nuestras armas victoriosas la libertad y la dicha á todos los pueblos, y quede vengado el mundo.»

Parecia que el corazon nacional de Francia latia en el pecho de Danton. Sus palabras resonaban en las almas como el paso de carga de los batallones sobre el suelo de la patria. Bajó de la tribuna en brazos de sus colegas de la Montaña, y por la noche fué definitivamente decretado el tribunal revolucionario. Cinco jueces y un jurado, nombrados por la Convencion, un acusador público, nombrado tambien por ella, la muerte y la confiscacion de los bienes en beneficio de la república; tal era aquel tribunal de Estado, única institucion capaz, segun se creia, de defender en semejantes momentos la república contra la anarquía, la contrarrevolucion y la Europa. La Convencion, resúmen del pueblo, todo lo llamaba á sí, hasta la justicia, uno de los atributos de la suprema soberanía. El arma que empuñaba en el peligro podia ser ó saludable ó funesta, segun el uso que se

hiciese de ella. Si no se hubiera tratado más que de cubrir las fronteras, la seguridad de los ciudadanos y su propio poder, esta arma podía salvar á la vez la nacion y la libertad; pero si se entregaba á los partidos para destruirse mutuamente, perdía y deshonoraba la revolucion. Los girondinos no se atrevieron á rehusar aquella medida á la impaciencia pública y á la urgencia de la necesidad. Por una burla extraña de las cosas humanas, Barere, que se negaba á aquella ley, debía ser el que hiciese de ella el más sangriento uso, y Danton, que la pedía, debía entregarle su cabeza. La víctima forjaba la cuchilla, y el sacrificador la rehusaba.

VIII

Sublevado el pueblo por el peligro público y por el comité de insurreccion, sitiaba aún la Convencion. El proyecto de degollar á los girondinos en su casa se fraguó de nuevo en un conciliábulo del arrabal de San Marcelo. Danton, que sabía por sus agentes aquellas tramas urdidas y deshechas á voluntad suya; hizo advertir á los amenazados para que por segunda vez abandonasen sus casas. Intimidaba con una mano y protegía con la otra; se proporcionaba apoyos, esperanzas y reconocimientos en los tres partidos; quería ser necesario y terrible para todos á la vez; él solo impedía el choque entre la Gironda y la Montaña; decidiéndose él, estaba decidida la victoria.

Pero aquella superioridad de la actitud de Danton ajaba el orgullo de los girondinos. Respondían á sus proposiciones con desprecios, perseguían á Robespierre hasta en su silencio, atribuían á estos dos hombres toda la demencia de Marat y todos los delirios de la anarquía, y casi disculpaban á Marat para que cayese todo el odio sobre Danton y Robespierre. «Marat—decía Isnard en la tribuna—no es la cabeza que concibe, sino el brazo que ejecuta; es el instrumento de los hombres pérfidos que se burlan con destreza de su sombría crueldad y envenenan sus disposiciones naturales, que ven todos los objetos bajo colores fúnebres, le persuaden lo que ellos quieren, y le hacen ejecutar lo que les agrada. Cuando han acalorado su fantasía, este hombre divaga y delira como ellos quieren.»

Los miembros de aquel partido, reunidos en junta en casa de Roland, se decidieron al fin á aprovecharse de la indignacion que la insurreccion del pueblo contra la Convencion acababa de excitar entre los ciudadanos de Paris para reconquistar un ascendiente que se les escapaba. Vergniaud, que callaba hacía mucho tiempo, cedió á las instancias de sus colegas, y preparó un discurso para pedir venganza á la opinion de los puñales de Marat. Pero ya se habia introducido la division en la faccion de la Gironda. Vergniaud, amado y admirado de todos los girondinos, no manifestaba ya la política de su partido; afectaba el papel de moderador, y de este modo se acercaba á Danton. No habia entre estos dos hombres que se tocaban más que la sangre de Setiembre. Vergniaud habló de este modo:

«Cercado sin cesar por la calumnia, me he abstenido de subir á la tribuna mientras creí que mi presencia podría excitar las pasiones, y que no podía llevar á ella la esperanza de poder ser útil á mi país. Pero hoy que estamos todos, al ménos yo lo creo así, reunidos por el sentimiento de un peligro que se hizo recíproco; hoy que toda la Convencion nacional se halla en el borde de un abismo, al

cual el menor impulso puede precipitarla para siempre con la libertad; hoy que los emisarios de Catilina, no sólo se presentan á las puertas de Roma, sino que tienen la insolente audacia de venir hasta este recinto á desplegar los signos de la insurreccion, no puedo guardar un silencio que sería una verdadera traicion. Diré la verdad sin temor á los asesinos, porque éstos son cobardes y sé defender mi vida contra ellos.» Despues de haber recordado los atentados á la propiedad en los meses



Cambon.

de Febrero y Marzo, continúa: «Así, de crímenes en amnistía y de amnistía en crímenes, un gran número de ciudadanos ha venido á confundir los motines sediciosos con las insurrecciones contra la libertad. Se ha visto desarrollarse este extraño sistema de libertad, segun el que se os dice: «Sois libres, pero pensad como nosotros, ó si no, os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero inclinad la cabeza ante el ídolo á quien quemamos incienso, ó si no, os denunciaremos á la venganza del pueblo; sois libres, pero reunios á nosotros para perseguir á los hombres cuya probidad y conocimientos tememos, ó si no, os denunciaremos por medios ridículos á la venganza del pueblo». Entónces, ciudadanos, ha sido

permitido temer que la revolucion, como Saturno, devorase sucesivamente todos sus hijos.

»Una parte de los miembros de la Convencion nacional ha mirado la revolucion como concluida desde el día en que Francia ha sido constituida en república; desde entónces he creído que convenia contener el movimiento revolucionario, devolver la tranquilidad al pueblo, y hacer pronto las leyes necesarias para que ésta fuese durable. Otros miembros, al contrario, alarmados por los peligros con que la coalicion de los reyes nos amenaza, han creído que importaba perpetuar la efervescencia. Unos han visto en la apelacion al pueblo, ó en la simple reclusion del culpable, el medio de evitar una guerra que iba á hacer derramar arroyos de sangre, y un homenaje solemne tributado á la soberanía nacional. Otros han visto en aquella medida un gérmen de guerras intestinas y una condescendencia para el tirano. Ellos han llamado á los primeros realistas, y los primeros han acusado á los segundos de que se mostraban tan ardientes en hacer caer la cabeza de Luis para colocar la corona sobre la frente de un nuevo tirano. Desde entónces, el fuego de las pasiones se encendió con furor en el seno de aquella asamblea, y la aristocracia, no poniendo límites á sus esperanzas, concibió el infernal proyecto de que la Convencion se destruyese por sí misma. La aristocracia dijo: «Inflamemos aún más los odios, hagamos de modo que la Convencion nacional sea ella misma el cráter ardiente de donde salgan las expresiones sulfurosas de conspiracion, traicion, contrarevolucion, y nuestro odio hará lo demas; y si en el movimiento que excitemos perecen algunos miembros de la Convencion, presentaremos despues á Francia á sus colegas como asesinos y verdugos.»

Despues de denunciar todos los hechos que revelaban un plan de insurreccion y de asesinato en los días 9 y 10 de Marzo, continuó Vergniaud: «Ciudadanos, tal es la profundidad del abismo que se habia abierto bajo nuestros pasos. ¿Al fin ha caído la venda de vuestros ojos? ¿Habreis aprendido á reconocer los usurpadores del título de amigos del pueblo?

»Y tú, pueblo infortunado, ¿serás aún por más tiempo el juguete de los hipócritas que prefieren mejor obtener los aplausos que merecerlos? ¿Los contrarevolucionarios te engañan con las palabras de libertad y de igualdad! Un tirano de la antigüedad tenia una cama de hierro donde hacía extender á sus víctimas, mutilando á las que eran más grandes que la cama, dislocando dolorosamente á las que lo eran ménos para que llegasen al nivel. Este tirano amaba la igualdad; ahí tienes la de los malvados que te desgarran por su furor. La igualdad para el hombre social es sólo la de los derechos; no es la de las fortunas, como no lo es la de las estaturas, de las fuerzas, del talento, de la actividad, de la industria y del trabajo. Lo demas es la licencia, que se presenta con la máscara de la libertad, y tiene, como los falsos dioses, sus druidas que quieren alimentarla de víctimas humanas. ¡Ojalá sufran estos sacerdotes crueles la suerte de sus antecesores! ¡Ojalá la infamia selle para siempre la piedra afrentosa que cubra sus cenizas!

»Y vosotros, colegas míos, ha llegado el momento: al fin es necesario optar entre una energía que os salve, y la debilidad que pierde todos los gobiernos. Si desmayais, juguete de todas las facciones, víctimas de todos los conspiradores, sereis bien pronto esclavos. Ciudadanos, aprovechemos las lecciones de la experiencia. Podemos trastornar los imperios con victorias, pero no harémos revolu-

ciones en los pueblos sino con la perspectiva de nuestra felicidad. Si queremos derribar los tronos, probemos que sabemos ser felices con una república. Si nuestros principios se propagan con tanta lentitud en las naciones extranjeras, es porque su brillo se ha empañado con sofismas, con movimientos tumultuosos, y sobre todo con un crespon ensangrentado. Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del sol para llamarle padre de la naturaleza, ¿creeis que estaria cubierto por las nubes destructoras que llevan consigo las tempestades? Sin duda que no: radiante de gloria avanzaba entónces en la inmensidad del espacio y deramaba sobre el universo la fecundidad y la luz. Pues bien, disipemos con nuestra firmeza estas nubes que cubren nuestro horizonte político, anonademos la anarquía, no ménos enemiga de la libertad que el despotismo; fundemos ésta sobre las leyes y una Constitucion sábia, y pronto vereis caer los tronos, romperse los cetros, y los pueblos, tendiéndonos los brazos, proclamarán con gritos de alegría la fraternidad universal.»

Este discurso elocuente, que proporcionó aplausos al orador, no produjo más que un vano eco que agitó el alma de la Asamblea, sin imprimirle ninguna direccion. Marat siguió al orador de los girondinos. El cinismo de su aspecto en la tribuna manifestaba claramente cuánto despreciaba aquella elocuencia y que no aspiraba á poseerla.

«No me presento—dijo—con discursos floridos y frases parásitas para mendigar aplausos, sino con algunas ideas luminosas á propósito para disipar la vana charlatanería que acabais de oir. Nadie se duele más que yo al ver aquí dos partidos, de los que uno no quiere salvar la revolucion, y el otro no sabe salvarla.» Concluidas estas palabras, prorumpen en aplausos las tribunas, como para internar en el alma de los girondinos el dardo que Marat acaba de lanzar. Este señala con la mano el banco de Vergniaud y sus amigos. «Aquí—dice—están los hombres de Estado; y no digo que su extravío sea un crimen, pues sólo detesto á sus jefes, pero está probado que los hombres que han apelado al pueblo querian la guerra civil, y que los que han votado por la vida del tirano votaron por la conservacion de la tiranía. Además, no soy yo quien los persigue, es la indignacion pública. Me opongo á la impresion de un discurso que llevaria á los departamentos el cuadro de nuestras disensiones y de nuestras alarmas.»

La Asamblea, dividida ya en dos mitades iguales, queriendo cada una de ellas borrar la victoria para no parecer vencida, votó á la vez que se imprimiese el discurso de Vergniaud y tambien el de Marat. Semejante aprobacion se parecia de tal modo á la injuria que, ofendido Vergniaud, declaró que su improvisacion se habia borrado de su memoria.

IX

En esta época, Danton tenia frecuentes conferencias con Guadet, Gensonné y Vergniaud; se inclinaba evidentemente al partido de aquellos hombres, cuyas luces, elocuencia y costumbres prometian á la república un gobierno ménos anárquico en lo interior y más imponente en lo exterior. Su conducta con este partido se resentia todos los dias más de aquellas disposiciones secretas. Atacado sin cesar por Brissot, Valazé, Louvet, Barbaroux, Isnard y Buzot, y por todos aquellos jóve-

nes girondinos á quienes dirigia la virtuosa indignacion de Roland, inflamada por la cólera de su esposa, Danton sufria en silencio sus insinuaciones contra él, aparentaba no oirlas, y nunca respondia; fuese magnanimidad ó prudencia, contenia su ardor y no cesaba de rehusar el combate que los imprudentes de la Gironda no dejaban de ofrecerle. De dia en dia desplegaba más Danton el genio de un diplomático. Hombre de accion sobre todo, daba á los girondinos el poder de voluntad y de unidad que les faltaba; dominaba el corazon del pueblo, del que Vergniaud y sus amigos sólo tenian el oido, y hubiese dado las masas á los girondinos, que tenian ya de su parte á los propietarios; unidos hubieran comprimido la anarquía en el corazon de Francia, sublevándola y lanzando la revolucion más allá de las fronteras. Danton tenia el instinto de aquella mision, y lloraba amargamente la obstinacion de los amigos de Roland en alejarse de él. «Su odio contra mí los pierde y me perderá quizas á mí despues,—decia á los mediadores entre aquéllos y él.—¡Insensatos! ¡No saben lo que rechazan!» Pero á pesar de los pasos que intentaban con frecuencia los moderados de la Gironda, la reconciliacion fracasaba siempre. El pasado de Danton esterilizaba su genio, su complicidad con los ejecutores de Setiembre le perseguia, y perseguia en él á la república.

En esta época fué cuando á propuesta de Isnard se instituyó el primer comité de salud pública, cuyos miembros fueron nombrados con imparcialidad. Eran Dubois-Crancé, Petion, Gensonné, Guyton de Morveau, Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmas, Guadet, Condorcet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barere, Quinette, Danton, Sieyes, Lasource, Isnard, Cambaceres y Juan Debry. Los suplentes eran: Treilhard, Aubry, Garnier (de Saintes), Lindet, Lefebvre, Lareveillere-Lepaux, Ducos, Sillery, Lamarque y Boyer-Fonfrede. Las fuerzas de los partidos se balanceaban. Un aumento de energía caracterizó los actos del gobierno y de la municipalidad durante aquel corto período de conciliacion. El peligro de la patria inclinaba todos los pensamientos á la guerra. En Paris se tocaba á rebato, los tambores llamaba, y las secciones corrian á las armas. Santerre estaba á la cabeza de dos mil ciudadanos armados, la Convencion mandaba, el comité de salud pública dirigia, la municipalidad hacia visitas domiciliarias para arrestar á los conspiradores, desarmar los aristócratas, desterrar de la capital á los nobles, los clérigos y los sospechosos. El tribunal revolucionario principiaba á tener sus sesiones y pronunciar sus primeros fallos. El instrumento de los suplicios se levantaba en la plaza de la Revolution, como una institucion complementaria de la república; pero los girondinos separaban el cuchillo de la cabeza de los emigrados y de los aristócratas, y no se atrevian á herir á sus verdaderos enemigos.

X

Madama Roland desesperaba de la libertad desde que habian alejado á su marido. Las frias teorías de Robespierre helaban su corazon, y los andrajos de Marat ofendian su vista. Encerrada en su soledad, se preguntaba ya si el ideal de la revolucion que ella habia soñado era una de esas ilusiones del alma que engañan con perspectivas seductoras las imaginaciones deseosas del bien, y que se disipan al intentar tocarlas. Hubiérale sido dulce morir ántes del desencanto. El ardor de la

lucha y la grandeza de su valor habian sostenido su alma mientras que su esposo estaba en el poder; pero ahora, la actividad de su pensamiento se volvia contra ella misma y la devoraba. La ingratitud del pueblo se anticipaba á la gloria, y de todas las promesas de la república no habia visto realizarse más que las ruinas y los crímenes. La calumnia, que se encarnizaba en ella, la asustaba más que el cadalso. Habia conservado sus amigos Barbaroux, Petion, Louvet, Brissot y Buzot. Se preparaba á marchar de Paris y á retirarse de nuevo con su esposo y su hija á su casa de Beaujolais.

Mas no era únicamente por huir del ruido amenazador que sus enemigos hacian en torno de su nombre por lo que queria ocultarse en sus montañas, sino por huir de sí misma. Los peligros que corrian sus amigos le revelaban la fuerza con que los apreciaba. Casta como las estatuas de la antigüedad de que habia hecho su modelo, temió profanar en su alma, por el fuego de un amor vulgar, la llama pura y sobrenatural de la libertad. Resolvió alejarse, pues tenia aún más necesidad de su propia estimacion que de gloria. Queria ofrecer á la muerte una víctima sin mancilla.

Pero la agitacion del momento, las cuentas que Roland tenia que dar de su administracion, los peligros que aumentaban todos los dias, suspendian aquella marcha de semana en semana. Su alma, dividida entre su piadoso culto por Roland, su amor por su hija, las inquietudes por sus amigos, la vigilancia por sus sentimientos, y su dolor por los males de la patria, sufria á la vez todas las angustias de la esposa, de la madre y del jefe de partido. Conocia á su vez la amargura del odio del pueblo, el veneno de la calumnia, la indiferencia del hogar conyugal, las alarmas nocturnas por la vida de un esposo y de sus hijos, y todas esas angustias no habia sabido compadecerlas en la reina. Su casa, oculta en una sombría calle de un barrio del Panteon, encerraba tantos disgustos y gemidos como un palacio.

1 0 0
—
1 4 0
—

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorías de Robespierre.—Apreciaciones.

I

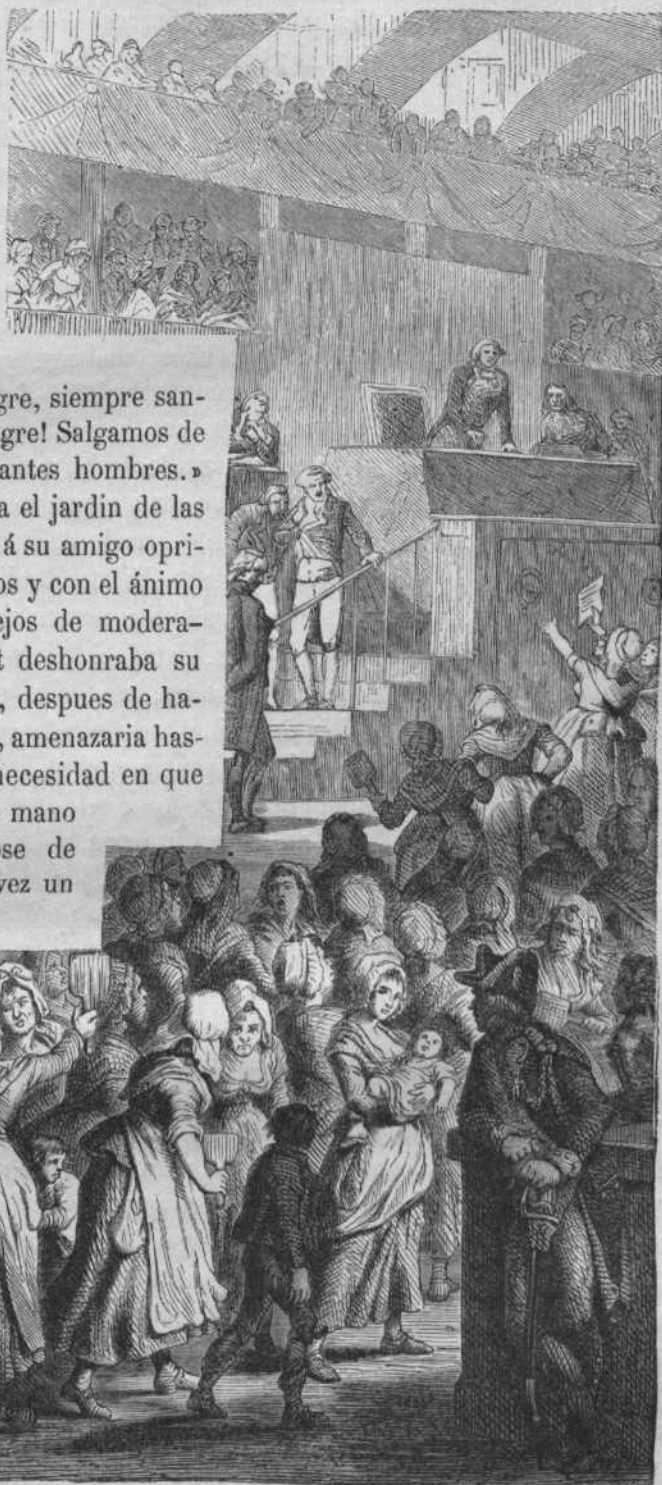
Los acontecimientos se sucedían rápidamente, como una fortuna que se desmorona. La influencia de los girondinos en los departamentos, sostenida con artificio por los diarios pagados por Roland, crecía todos los días. Los peligros de la patria inclinaban al pueblo hácia los partidos extremos. Los comisionados de la Convención corrían de ciudad en ciudad, instalando ó destituyendo á capricho las autoridades locales, unas del partido de los jacobinos, otras del de la Gironda. Bourdon de l'Oise, comisionado en Orleans, donde predicaba las doctrinas de Robespierre y reemplazaba la municipalidad moderada con otra jacobina, recibió veinte bayonetazos, en la sala del ayuntamiento. Recogido y puesto en salvo por los demagogos, envió sus asesinos á París al tribunal revolucionario. Manuel, el antiguo procurador síndico de París, retirado en Montargis, su patria, fué arrebatado de su casa por el pueblo, arrastrado al pié del árbol de la libertad, despojado de sus vestidos, acribillado de heridas, desfigurado por los golpes, inundado de sangre, y la municipalidad, que corrió allá para librarle, no halló otro asilo para él más que un calabozo.

La mayoría de la Convención, decidida por la Llanura, vagaba al antojo de Barere. Robespierre se alejaba de Danton, á quien se sospechaba cómplice en la traición de Dumouriez. Legendre trató de reconciliarlos.

Danton y Robespierre se encontraron en la mesa de Legendre. Danton, cuyo carácter tenía la franqueza de la fuerza y el odio fácil de ablandar de los hombres violentos, fué el primero que se adelantó y dió la mano á Robespierre. Este retiró la suya, y permaneció todo el tiempo de la comida violento y en una taciturna observación. Al concluir dejó escapar algunas frases de doble sentido, que sin designar directamente á Danton, manifestaban la desconfianza y el desprecio de aquellos hombres que sólo ven en las revoluciones medios sangrientos de hacer fortuna y sólo despojos en la victoria. Era una alusión demasiado clara á las sospechas de concusión que pesaban sobre la conciencia de Danton y á los recuerdos de Setiembre. Danton respondió con algunos sarcasmos sobre los hombres que tomaban su orgullo por virtud, y su cobardía por moderación. Estos dos

rivales se separaron más agriados y más antipáticos que ántes de aquel momento. Danton se inclinó de nuevo á los girondinos, y se humilló hasta implorar la amnistía de su pasado. Un diputado de su partido llamado Meilhand suplicó á sus amigos se aprovecharan de aquellas disposiciones para atraer á sí á este coloso que llevaba consigo la popularidad y la victoria.

Cierto día que Danton y Meilhand se encontraron en uno de los comités de la Convencion, entablaron conversacion. Marat atravesó la sala, dirigió algunas palabras al oído de Danton y se alejó. «¡Miserable!—dijo este último á Meilhand.—¡Sangre, sangre, siempre sangre, no quiere más que sangre! Salgamos de aquí; me horrorizan semejantes hombres.» Y arrastró á Meilhand hácia el jardin de las Tullerías. Viendo Meilhand á su amigo oprimido por los remordimientos y con el ánimo dispuesto á escuchar consejos de moderacion, le hizo ver que Marat deshonoraba su política, y que Robespierre, despues de haber gastado su popularidad, amenazaria hasta su vida; manifestóle la necesidad en que se veia la república de una mano poderosa que, encargándose de los negocios, pusiera á la vez un



freno al populacho, diese impulso á la nacion, impusiera á la Convencion y anonadase, como á viles reptiles, á Marat en su sangre y á Robespierre en su orgullo. «Tú eres ese hombre,—añadió;—pronúnciate en favor nuestro; olvidarémos lo pasado y te seguiremos; tu ambicion será la salvacion de la patria.» Danton escuchaba sin repugnancia y callaba como hombre que delibera consigo mismo. Su mirada consultaba la de Meilhand para observar si abrigaba el alma del girondino lo que sus labios expresaban. «¡Si pudiera fiarme!...—dijo en fin suspirando.—¿En nombre de quién me hablas de ese modo?» «En nombre—respondió el girondino—de los que desprecian á Marat y detestan á Robespierre tanto como tú.» «¿Y quién te ha dicho que detesto yo á Robespierre?» «¡Quién me lo ha dicho! Tu interes. Robespierre ha proferido ya contra tí palabras siniestras, y si no le ganas por la mano, él lo hará contigo.» Todavía reflexionó Danton un momento, y en seguida exclamó con el ademan de una resolucion desesperada y costosa para el alma: «No hablemos más de ello, es imposible. Tus amigos no confian en mí, y despues de haberme perdido por ellos, me entregarian á nuestros enemigos comunes. Echada está la suerte; la muerte decidirá».

Danton repugnaba á los girondinos por sus violencias, y á Robespierre por su inmoralidad. El temor que inspiraba era lo único que entónces le protegía contra el desprecio. Arrostraba con descaro su mala reputacion, haciendo ostencion del desenfreno á la sombra del patriotismo. Cercado de hombres corrompidos y serviles, tenia una corte y cortesanos. Hebert, Fabre, Merlin, Chabot, Lacroix, Westermann, Brune, Bazire y Camilo Desmoulins se sentaban á su mesa. Allí, de las conjuraciones pasaban á los placeres, dando á la revolucion el carácter de una orgía de patriotismo. Los versos, las artes, la música y el complaciente amor distraian á Danton de la tension de ánimo ocasionada por los negocios y arrebatos de la elocuencia. La indiferencia voluptuosa y el ateismo sin porvenir constituian la filosofía de aquellas reuniones. Eran los discípulos de Helvecio practicando la moral del placer sobre las ruinas de un imperio.

Danton, ademas, habia comprado y alhajado una casa de campo á orillas del Sena, en la ladera de Sevres, donde, á imitacion de Mirabeau, se retiraba frecuentemente con sus más íntimos confidentes para meditar golpes de Estado.

Desde la muerte de su mujer, sufria mucho viéndose aislado, y ya su alma, saciada de todo y cansada de aquellos deleites sensuales, pensaba en afecciones puras. Habia atraído sus miradas y fijado su eleccion una jóven de diez y seis años, de tierna hermosura, hija de una familia honrada. Llamábase Luisa Gely. Trataba de casarse con ella, y al morir su primera mujer, se la habia designado ella misma á Danton como á propósito para servir de madre á sus hijos. No tenia Danton más que treinta y tres años, pero queria ya retirarse del tumulto y crearse la felicidad en el seno de la vida conyugal. La influencia de aquel amor, el deseo de purificarse para con su amada del contacto de Robespierre y Marat, la necesidad de fijar la revolucion para asegurar su propia suerte, eran otros tantos motivos que impelian á Danton hácia los girondinos, pareciéndole que podria rehabilitarle el partido de estos hombres elocuentes y moderados. Perseguíale la obstinada idea de unirse á ellos, y aún despues de haber renunciado á ella, ocurriasele sin cesar como un pesar ó un presentimiento.

II

El padre de Luisa había sido ujier de audiencias del Parlamento, y la protección de Danton le había procurado un destino lucrativo en las oficinas del ministerio de Marina, beneficio que excitaba en aquella familia un vivo reconocimiento; pero si la fama de Danton tenía algún prestigio, tampoco carecía de horror. La madre de la joven rehusó por mucho tiempo consentir en aquel matrimonio, y dirigió á Danton reconvenciones amargas por su conducta en las jornadas de Setiembre y su voto en el proceso del rey. Danton se humilló ante aquella mujer,



Comité de insurreccion general (sesion del 6 de Marzo, 1793).—Pág. 410.

confesó sus yerros en las primeras crisis de la revolucion, los atribuyó á la fogosidad de su patriotismo y de su *juventud*, manifestó un sincero arrepentimiento por haber votado la muerte de Luis XVI, atribuyendo este voto al imperio de las circunstancias y á la conviccion que habia tenido de la imposibilidad de salvar al rey. Aseguró que los excesos demagógicos le inspiraban cada dia más horror, que el establecimiento de la república en el seno de semejante concepcion le parecia una quimera, y que todos sus esfuerzos secretos tendian hacia mucho tiempo al restablecimiento de una monarquía constitucional. El acento de franqueza y de dolor que resaltaba en las manifestaciones de Danton venció á la familia Gely, y fuéle concedida la mano de la joven.

El amor que inspiraba á Danton su prometida le hizo ser más condescendiente todavía. Consintió en dar á su union el carácter religioso que exigian las creencias y piadosas costumbres de la familia en cuyo seno iba á entrar, y en los momentos mismos en que más proscritas estaban las ceremonias del culto católico y más per-

seguidos sus ministros, Danton hizo celebrar su matrimonio en la habitacion y por el ministerio de un sacerdote no juramentado, llamado Mr. de Keravenan, que más tarde murió siendo cura de San German de los Prados. Antes de la ceremonia, Danton pasó al gabinete del sacerdote, se arrodilló á sus piés y cumplió ó fingió el acto de la confesion.

La inmensa fortuna que le suponian, y que se atribuia á las exacciones que habia hecho en Bélgica, apareció desmentida por la dote que reconoció á su nueva esposa. Sólo llevó en matrimonio una cantidad de treinta mil francos en asignados, que muy poco despues ya no representaron más que doce mil. Dió á su mujer por único regalo de boda un bolsillo que contenia cincuenta luises en oro.

III

Este era justamente el momento en que Danton iba cobrando en su interior, con el mayor misterio, disgusto á la república, y maduraba el proyecto de restaurar por medio del ejército la monarquía constitucional en la familia de Orleans. Algunos dias despues de su casamiento preguntó á su mujer si habia gastado los cincuenta luises que le dió el dia de su boda. «No,—respondió la jóven;—los he conservado para dártelos en un momento de apuro.» «Pues bien, préstamelos,—dijo Danton;—los necesito para hacer de ellos un uso que sólo á tí puedo revelar.» Le confesó entónces que estaba fraguando un plan para modificar la república y arrebatár el gobierno á la anarquía; que un movimiento en Paris, coincidiendo con otro del ejército, proclamaria muy pronto la necesidad de la centralizacion del poder, llamando al duque de Orleans á ocupar el trono de la revolucion; que no faltaba á dicho plan más que el conocimiento y concurso del mismo duque de Orleans, entónces ausente de Paris; que era preciso enviar un agente discreto y seguro, y que habia escogido para esta mision á su secretario, llamado Miger, destinando para pagar su viaje los cincuenta luises.

Dió la esposa de Danton á su marido aquel dinero, y Miger partió. El duque de Orleans no quiso prestar su cooperacion ni dar su nombre á una empresa que le pareció culpable ó prematura. Danton aplazó el movimiento, pero no la idea.

Retrocedamos algunas semanas para comprender mejor cuál era la situacion de Danton en los movimientos que precedieron al 31 de Mayo.

Poco despues de la defeccion de Dumouriez, Lasource, el más receloso de los amigos de Roland, insinuó en un discurso que Lacroix y Danton eran cómplices de la traicion del general su amigo con objeto de restablecer la monarquía. «Ahí está la nube que es preciso rasgar,—dijo al concluir Lasource, dirigiendo la mano al banco en que se sentaba Danton:—Pido que nombreis una comision para descubrir y herir al culpable. Bastante tiempo hace que el pueblo ve el trono y el Capitolio; ahora quiere ver la roca Tarpeya y el cadalso. (*Aplausos*). Pido ademas el arresto de Igualdad y de Sillery. Pido, por último, para probar á la nacion que jamás capitulamos con un tirano, que nos comprometamos todos á dar muerte al que intentare hacerse rey ó dictador.» La Asamblea, levantándose en masa, repitió el juramento de Lasource. Las tribunas, arrastradas por el movimiento de la Convencion, juraron la muerte del dictador, mirando á Danton. La sospecha que

se abrigaba en todas las almas pareció entónces haber estallado por la voz de Lasource, purificando el aire de la Convencion.

La actitud de Danton durante el discurso de Lasource habia revelado todo lo que pasaba en su alma: primero el asombro de un orgullo que se creia inatacable, luégo la cólera pronta á estallar contra un enemigo insolente, despues el desdén de una popularidad que podia arrostrar cualquier ataque, la energía contenida de una resolucion tomada de combatir á muerte, y por último, la inmovilidad afectada de la indiferencia que se compadece de sus acusadores, y agita en su mente las armas con que va á herirlos. Nunca en tan pocos minutos el semblante de Danton habia recorrido toda la escala de la fisonomía humana. La imaginacion parecia turbada en él como sobre un abismo, y la vista arrebatada como en un torbellino de pasiones. Cuando Lasource bajó de la tribuna, Danton se levantó, y pasando delante de los bancos de la Montaña en que se sentaba, se inclinó hácia los amigos de Robespierre y les dijo á media voz, indicando con la mano á los girondinos: «¡Malvados! ¡Quieren achacarnos sus crímenes!» Comprendieron los montañeses que Danton, saliendo al fin de su larga perplejidad, se decidia por ellos é iba á anonadar á sus enemigos. Siguiéronle todas las miradas á la tribuna. Al inclinarse, se volvió con la expresion de una orgullosa deferencia hácia la Montaña, y con una voz cuya gravedad ahogaba mal su emocion dijo, indicando con su ademan que sólo se dirigia á los montañeses: «Ciudadanos, debo empezar por tributaros mi homenaje. Vosotros los que os sentais ahí, habíais juzgado mejor que yo. Mucho tiempo he creido que, sea cual fuere la impetuosidad de mi carácter, debia moderar los medios que debo á la naturaleza, para emplear en calamitosas circunstancias la templanza que los sucesos parecian exigirme. Me acusábais de debilidad; teníais razon, y lo reconozco ante Francia entera. ¡A nosotros es á quienes acusan! ¡A nosotros, consagrados á denunciar la impostura y la maldad! ¡Y son esos hombres con quienes contemporizamos los que toman hoy la insolente actitud de denunciadores!»

Su voz atronadora resonaba como el toque de rebato sobre los murmullos de los girondinos y los anticipados aplausos de la Montaña. Despues de haber justificado por medio de denegaciones y afirmaciones la conducta que habia observado en sus relaciones con Dumouriez, calló por un momento, como para juzgar del efecto de su justificacion, sondear el terreno bajo sus plantas y replegar su cólera; luégo, prosiguiendo, dijo: «Y hoy, por haber sido demasiado prudente y circunspecto, por haberse artificiosamente divulgado que tenia yo un partido y aspiraba á la dictadura, por no haber querido, respondiéndome hasta ahora á mis adversarios, suscitar combates demasiado violentos y ocasionar rompimientos en esta Asamblea, me acusan de menospreciar y envilecer la Convencion. ¡Envilecer la Convencion! ¿Quién más que yo ha procurado realizar su dignidad y fortificar su autoridad? ¿No he hablado con respeto hasta de mis propios enemigos? ¿Y por qué he abandonado este sistema de silencio y moderacion? Porque la prudencia tiene un término; porque, atacado por los mismos que debian regocijarse de mi circunspeccion, es permitido corresponder del mismo modo y salir de los límites de la paciencia. ¿Queremos un rey? ¡Sólo los que tuvieron la cobardía de querer salvar al tirano por la apelacion al pueblo son los que pueden ser sospechosos de querer un rey! ¡Sólo los que han querido manifestamente castigar á Paris de su

heroísmo sublevando contra él los departamentos, sólo los que han tenido cenas clandestinas con Dumouriez cuando estaba en Paris, sí, sólo éstos son los cómplices de su conjuración!»

A cada una de esas insinuaciones tan directas contra Lasource, Vergniaud, Barbaroux y Brissot, respondía la Montaña con ruidosas manifestaciones de gozo que interrumpían los apóstrofes y la voz desagradable de Marat.

«¡Nombrad á los que designeis!»—gritan al orador Gensonné y Guadet. «Pues bien, escuchad»,—responde Danton dirigiéndose á la Gironda. «Escuchad—repite Marat—los nombres de los que quieren asesinar la patria.» «¿Quereis oír una palabra que lo contenga todo?»—exclama Danton. «¡Sí, sí!»—le gritan de todas partes. Entónces Danton, con el acento y ademán de un hombre que depone toda consideración, dice: «Pues bien, creo que ya no hay tregua posible entre la Montaña y los patriotas que han querido la muerte del tirano con los cobardes que, queriendo salvarle, nos han calumniado por Francia toda».

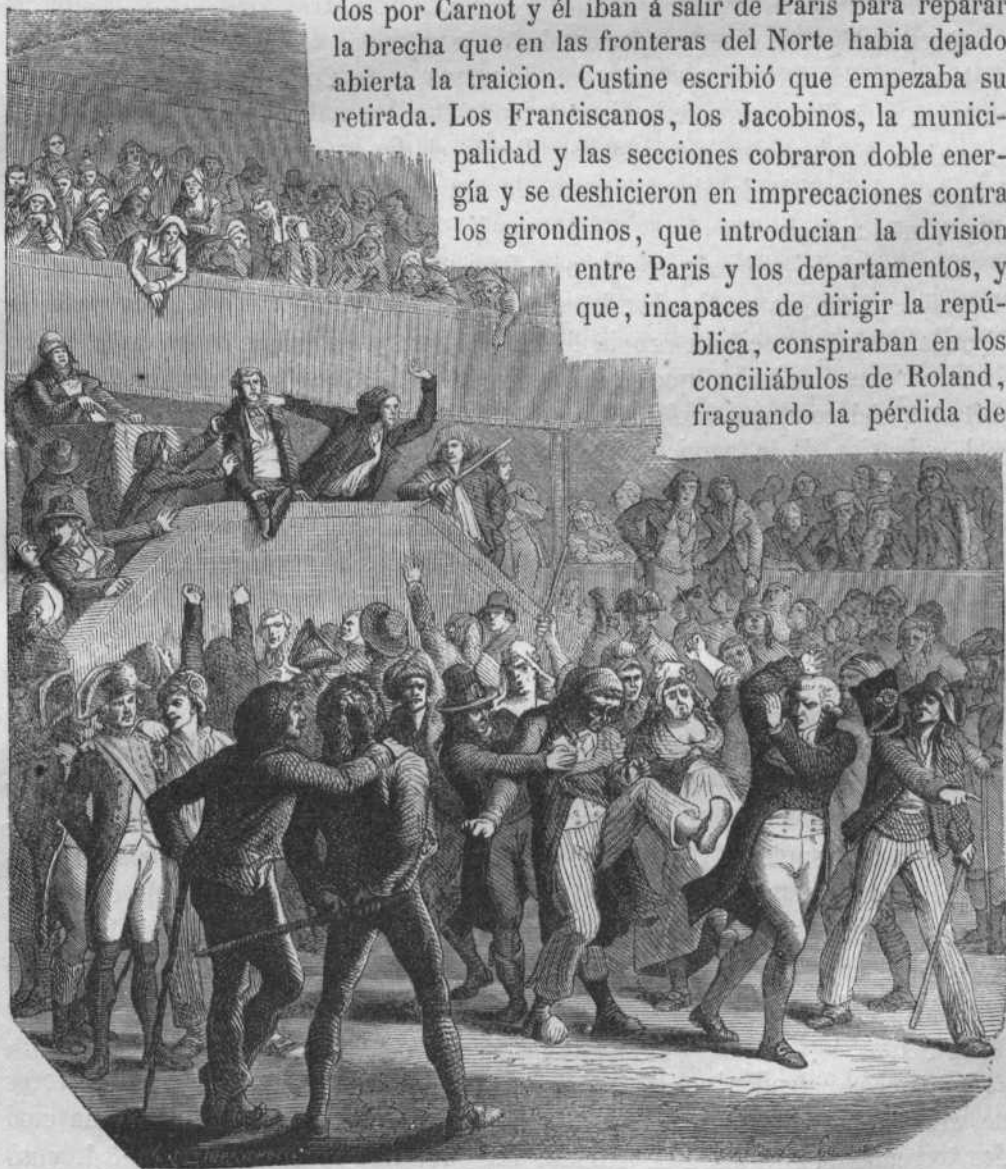
La Montaña, aceptando esta señal de separación entre ella y los girondinos, se levanta como un solo hombre, prorumpiendo en una prolongada exclamación. «He vivido en medio de la calumnia,—prosigue Danton con dolor,—ha tomado mil formas contra mí, y siempre la han desmentido sus contradicciones. Sublevé al pueblo al principio de la revolución, y me calumniaron los aristócratas; promoví el 10 de Agosto, y me calumniaron los moderados; empujé á Francia á las fronteras y á Dumouriez á la victoria, y me calumniaron los falsos patriotas; en el día forman el texto de nuevas inculpaciones las miserables homilias de un viejo cauteloso, de Roland, que lleva á tal punto el delirio y de tal modo ha perdido la cabeza, que sólo ve la muerte, imaginándose que todos los ciudadanos se preparan á herirle. Está meditando con sus amigos el aniquilamiento de Paris. ¡Pues bien, cuando Paris perezca, ya no habrá república!»

Repetidos y estrepitosos aplausos salen de las tribunas al escuchar estas palabras. Quieren imponerles silencio, pero Danton las justifica y dirige un himno al pueblo de Paris, quien desde lo alto de aquellas tribunas ha puesto por sí mismo su corazón, su mano y su voz en la obra de su libertad. Entra en algunos pormenores para justificarse á sí propio, y dirigiéndose de nuevo á la Montaña, exclama: «Probaré que soy un revolucionario inmutable, que resistiré á todos los ataques, y os suplico, ciudadanos, que acepteis mi augurio». La Montaña, desde sus bancos, abre los brazos á Danton como para abrazar á su nuevo jefe. Sale una voz de la Llanura que pronuncia el nombre de Cromwell. «¿Quién es el malvado que ha osado decir que me parezco á Cromwell?»—exclama el orador interrumpiéndose.—«Sí, pido que ese vil calumniador sea castigado y conducido á la Abadía. ¡Yo Cromwell! ¡Cromwell fué el aliado de los reyes!... Y el que ha herido como yo la cabeza de un rey, se convierte para siempre en la execración de todos los reyes... Reuníos,—prosigue últimamente con una voz llena de energía,—reuníos vosotros los que habeis pronunciado la sentencia del tirano, contra los viles que quisieron salvarlo; estrechaos, llamad al pueblo para aniquilar nuestros comunes enemigos interiores; confundid con el vigor y lo imperturbable de vuestro carácter á todos los malvados, á todos los aristócratas, á todos los moderados, á todos los que os han calumniado en los departamentos. ¡Basta ya de paz! ¡No más tregua, no más transacción con ellos!» El furor de su alma parecia haberle transmitido á

la Montaña. «Ya veis, por la situación en que me encuentro en este momento, la necesidad de manteneros firmes y declarar la guerra á vuestros enemigos, sean quienes fueren. Preciso es formar una falange indomable. Yo me encamino á la república; marchemos juntos, y veremos quién de nosotros ó de nuestros cobardes detractores alcanzará el término. Pido que la comision de los Seis, que por la proposicion de Lasource acabais de nombrar, no sólo examine la conducta de los que nos han calumniado y conspirado contra la indivisibilidad de la república, sino tambien de los que procuraron salvar al tirano.»

Bajó Danton entre los brazos de sus colegas de la Montaña. Sus palabras correspondian á la impaciencia de lucha que existia entre jacobinos y girondinos, contenida hasta entónces por su sola actitud. Este discurso rompía el dique entre ambos partidos, abriendo un libre curso al encono y á la sangre.

Marat, á su vez, acusó á todos. Santerre anunció que cien batallones formados por Carnot y él iban á salir de Paris para reparar la brecha que en las fronteras del Norte habia dejado abierta la traicion. Custine escribió que empezaba su retirada. Los Franciscanos, los Jacobinos, la municipalidad y las secciones cobraron doble energía y se deshicieron en imprecaciones contra los girondinos, que introducian la division entre Paris y los departamentos, y que, incapaces de dirigir la república, conspiraban en los conciliábulos de Roland, fraguando la pérdida de



Aspecto del club de los Franciscanos.—Pág. 412.

los mejores patriotas y el restablecimiento de la monarquía. El mismo tribunal revolucionario, nombrado recientemente por la Convencion, vino á quejarse en la barra por no tener aún conspiradores ni traidores á quienes juzgar. No tardaron en enviarle en masa los aristócratas, los emigrados, los generales del ejército de Dumouriez, culpables, no de su traicion, sino de su derrota. Carnot, enviado á la frontera del Norte, llevó consigo el genlo de la organizacion militar de que estaba dotado. Se armaron las plazas fuertes, las guarniciones fueron distribuidas, los acopios dispuestos, pusiéronse en actividad los talleres de armas y cañones, los generales fueron nombrados por aclamacion, y el ejército reformó sus líneas al frente de un enemigo que se asombraba de encontrar otra muralla de bayonetas detras de la que habia destruido.

IV

Durante algunos dias, estas necesidades de salvacion pública confundieron aparentemente los actos, los votos y los discursos en la Convencion; los corazones parecian unánimes, pero se habian abrigado en ellos ambiciones y odios que sólo esperaban una ocasion para estallar. Desde el dia en que Danton pronunció su discurso, el partido de Marat, seguro de tan temible apoyo, iba cada vez adquiriendo más audacia.

Este hombre, que nada era ya por sí mismo, se habia hecho la bandera de la Montaña, y ésta no podia abandonarle sin parecer debilitarse y transigir con la Gironda. Marat conocia su propia fuerza, y abusaba de ella para empeñar sobre su nombre nuevas luchas que se engrandecian ante el pueblo á medida de la importancia del combate. Idolo del pueblo bajo, agitador de las secciones, seguro de la adhesion de la municipalidad, orador de los Franciscanos, se veia ademas sostenido por aquel club central de insurreccion, que se habia convertido en poder ejecutivo de la anarquía, y que se reunia en la sala del Arzobispado. Allí concurrían á una señal de Marat, para redactar peticiones incendiarias ó amotinar los arrabales, aquellos hombres que de la sedicion habian hecho un oficio. No cesaban los peticionarios de pedir á la Convencion la acusacion de Guadet, Vergniaud, Gensonné, Brissot, Barbaroux, Louvet y Roland.

Petion denunció á la Convencion una de esas peticiones que provocaban al asesinato de una parte de la Representacion nacional. «¿Quién merece mejor el patíbulo que Roland?—decia el escrito.—Y sin embargo, respira. A cualquier lado que dirijamos la vista, no vemos más que conspiradores. ¡Legisladores, amedrentad con el suplicio! ¡Montaña de la Convencion, salvad la república! O si no os sentis con bastante fuerza para hacerlo, tened la osadía de decirlo con franqueza, y nosotros nos encargaremos de ello.» Danton, traspasando los límites de la audacia, propuso que se hiciera mencion honorífica del escrito. Precipitóse á la tribuna con Fabre d'Eglantine y varios miembros de la Montaña para arrojar de ella á Petion. «¡Petion,—le grita Duperret,—tenemos hijos que nos vengarán!» «¡Sois unos malvados!»—respondió Danton. De entre la Llanura salen voces de *¡Abajo el dictador!* Los diputados bajan de sus bancos y se abalanzan cual dos torrentes contrarios á la tribuna. Un girondino desenvaina un puñal, y un montañés pone una pistola al pecho de Duperret. El presidente se cubre. Petion

sigue comentando el escrito y pidiendo venganza de los ultrajes dirigidos contra los miembros de la Convencion nacional; pero á cada paso se ve interrumpido por murmullos y carcajadas. Adelántase en medio del salon David, el amigo de Robespierre y de Marat, desafiando á Petion con voces y ademanes; pero éste persiste y hace resaltar la poca dignidad de la Convencion en conservar en su seno á un hombre junto al cual nadie queria sentarse un mes ántes, y que obtenia á la sazón más favor y respeto que los mejores ciudadanos, un hombre que predicaba abiertamente el despotismo, que provocaba el saqueo y pedia cabezas; en una palabra, Marat.

«¿Tenemos por ventura el derecho—dice Danton, que sucedió á Petion—de exigir al pueblo más cordura que la que nosotros mismos manifestamos? ¿No tiene el pueblo derecho de experimentar esa fermentación que le conduce al delirio patriótico, cuando parece esta tribuna una arena de gladiadores? ¿No me he visto yo mismo sitiado hace poco en este lugar? ¿No me han dicho que queria ser dictador? Voy á examinar con frialdad la proposición de Petion. No me dejaré arrastrar por pasión alguna, y conservaré mi impassibilidad, sean cuales fueren los movimientos de indignación que se atropellen en mi pecho. Sé cuál ha de ser el desenlace de este gran drama, cuyo objeto será el pueblo: yo quiero la república, y probaré que me encamino constantemente á este fin. Se queja Petion de que hayan pedido su cabeza. ¿Y no se ha pedido también la mía en algunos departamentos? Al mismo Petion apelo, que hace tiempo se encuentra en medio de las borrascas populares, y muy bien sabe que cuando un pueblo derriba la monarquía para fundar la república, llega más allá del objeto que se propone, por la fuerza de proyección que se ha dado. ¿Qué debéis responder al pueblo cuando os dice verdades severas? Debeis responderle salvando la república. Sería tanto más bella la Constitución, cuanto que habría nacido entre las borrascas de la libertad, y por eso un pueblo de la antigüedad levantaba sus murallas trabajando con una mano, al paso que con la otra empuñaba la espada que debía defenderlo. No se nos traigan, pues, denuncias exageradas como si se temiera la muerte. ¡Bien os cuadra pronunciaros contra el pueblo por haberos dicho verdades enérgicas! Pido que sea desatendida la moción de Petion. Si París se manifiesta indignado, es porque tiene el derecho de hacer la guerra á los que tantas veces le han calumniado, después de los servicios que ha prestado á la patria.»

Fonfrede, indignado, se levanta para apoyar la moción de Petion. «Yo no considero—dijo—á algunos hombres como el pueblo. Se acusa á la mayoría de esta Asamblea de complicidad. ¿Y quién lo hace? Dumouriez. ¿Quién quiere disolverla? Orleans, cuando se pasa al enemigo. ¿Quién la acusa? Los realistas que vuelven á pedirnos el tirano cuya cabeza habeis derribado. ¿Quién la acusa, en fin? Todos los nobles, todos los clérigos, todos los reyes. Nos acusan de complicidad porque no se atreven á inculparnos de haber fundado la república, de haber declarado la guerra á la monarquía, de haber por último desterrado á esos Borbones cuyo despreciable jefe se despide así de nosotros. Y es indudable que debemos caminar en derecho á nuestro objeto, rechazando con una mano al enemigo y fundando con la otra la Constitución. Ciudadanos, no permitais que en vosotros se envilezca la nación.» «Ciudadanos,—dice á su vez Guadet,—la república se pierde si consentis que vengan esos malvados á decirnos impunemente que la Convencion está cor-

rompida.» Robespierre se levanta. «Los que pretenden—dice—que la mayoría de la Convencion está corrompida, son unos insensatos; pero los que nieguen que alguna vez puede extraviarla una coalicion compuesta de hombres profundamente corrompidos, son unos impostores... Voy á descorrer una parte del velo...»

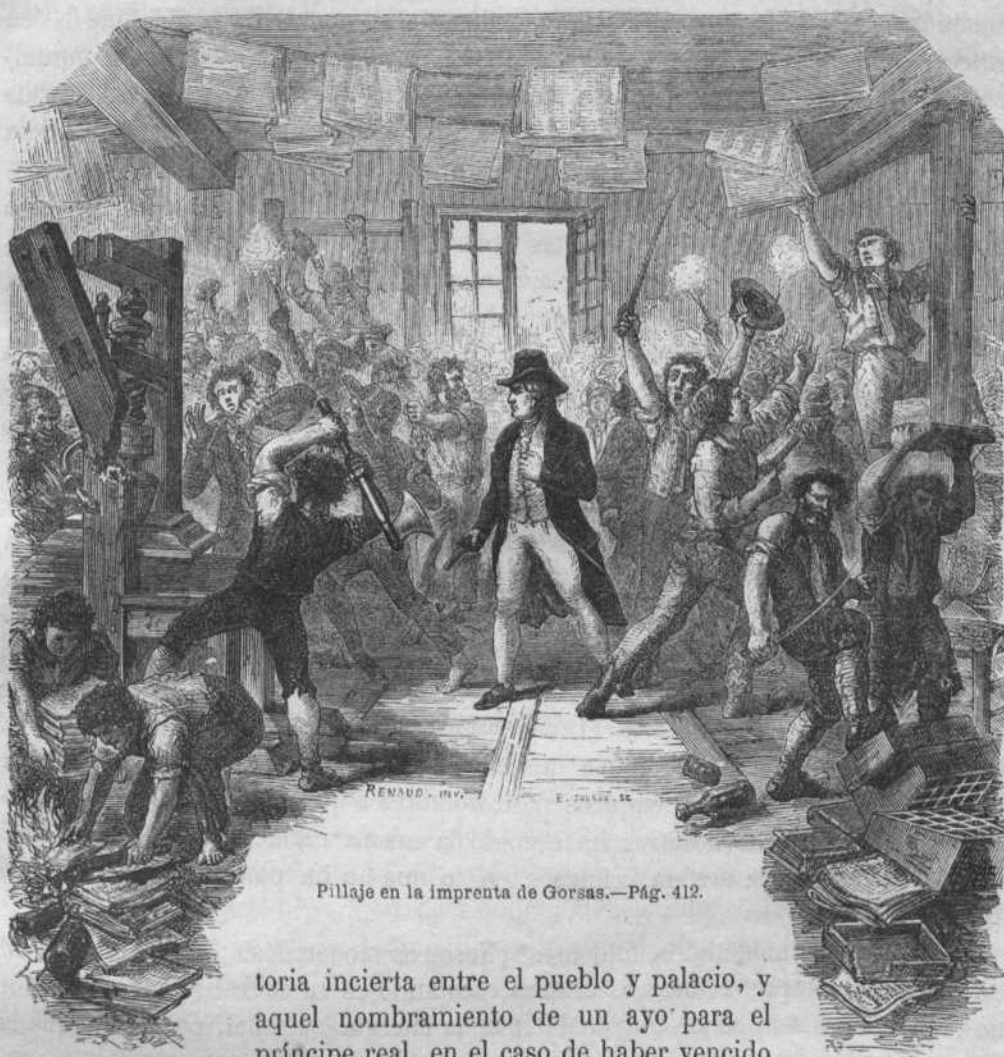
Al oir esto, Vergniaud se llena de indignacion y pide él mismo que se escuche á Robespierre. «Aunque no tengamos—dice—discursos preparados artificialmente, sabremos responder y confundir á los malvados.»

V

Robespierre acusa á Vergniaud y á su partido con la mayor vehemencia, y concluye por pedir su enjuiciamiento. La Montaña aplaudió el resultado de este discurso. Vergniaud subió á la tribuna despues de Robespierre, y consiguió con dificultad hacerse escuchar.

«Voy—dijo—á tener la osadía de responder á Robespierre, quien, con una pérvida novela artificiosamente escrita en el silencio del gabinete y con glaciales ironías, acaba de sembrar nuevas discordias en el seno de la Convencion. Tendré el valor de responderle sin meditacion, porque no tengo necesidad de arte como él; me basta con mi alma. Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado el terror á ese palacio de donde ha contribuido á precipitar al tirano, tambien lo excitará en el alma de los malvados que quisieran sustituir su tiranía á la de un monarca. En vano se trata de irritarme; sabré estar sobre mí. No secundaré los infames proyectos de los que se esfuerzan en hacernos mutuamente degollar, como los soldados de Cadmo, para entregar nuestros puestos vacantes á los déspotas que nos preparan. Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de Julio á la destitucion de Luis Capeto. Respondo que yo fuí el primero que en esta tribuna hablé de destitucion el 3 de Julio, y añadiré que tal vez la energía de aquel discurso no contribuyó poco á la caida del trono. En la comison del 21, de que era yo miembro, no queríamos ni un nuevo rey, ni un nuevo regente, sino la república, y yo fuí quien, despues de haber presidido durante toda la noche del 9 al 10 de Agosto entre el toque de rebato, viene, miéntras presidia Guadet por la mañana entre el estruendo del cañon, á proponer la república en nombre de la Asamblea legislativa. Os lo pregunto, ciudadanos: ¿es esto haber estado en connivencia con la corte? ¿Es á nosotros á quien debe ésta mostrarse reconocida, ó á los que por las persecuciones que nos hacen experimentar la vengan tan bien del daño que le hemos hecho?

»Nos acusa Robespierre de haber insertado en el decreto de suspension un artículo en que se decia que se nombraría un ayo al príncipe real. El 10 de Agosto abandoné la silla de la presidencia á las nueve de la mañana, para redactar en diez minutos el decreto de destitucion. Supongo que me hubiesen engañado los motivos en que me fundaba para insertar dicho artículo; tal vez en las graves circunstancias en que nos hallábamos, tal vez entre las inquietudes que debian agitarme durante el combate, podria acusárseme de no haber sido infalible. Como quiera que fuese, no es á Robespierre, oculto entónces prudentemente en una cueva, á quien convendria manifestarme tanto encono por un momento de debilidad. Pero cuando apresurado redactaba yo el proyecto de decreto, vagaba la vic-



Pillaje en la imprenta de Gorsas.—Pág. 412.

toria incierta entre el pueblo y palacio, y aquel nombramiento de un ayo para el príncipe real, en el caso de haber vencido el tirano, aislaba constitucionalmente al padre del hijo, que servía de este modo de rehenes al pueblo contra las venganzas de la corte. ¡Nos acusa Robespierre de haber alabado á Lafayette y Narbona! Guadet y yo fuimos los que, á pesar de los murmullos de la Asamblea legislativa, tuvimos la osadía de atacar á Lafayette en esa barra, cuando intentó imitar á César. ¡Nos acusa Robespierre de haber hecho declarar la guerra á Austria! No se trataba entónces de saber si tendríamos guerra, porque ya nos la habían declarado de hecho; sólo de ver si esperaríamos pacíficamente que nuestros enemigos llevasen á cabo los preparativos que estaban haciendo á nuestras puertas para aniquilarnos, si dejaríamos que el teatro de la guerra fuese trasladado á nuestro territorio, ó si habíamos de llevarlo nosotros al suyo. El valor de los franceses ha respondido por nosotros á esta acusación.

» ¡Se dice que hemos calumniado á París! Sólo Robespierre y sus amigos son los que calumnian á esta ciudad célebre. Siempre se ha fijado con espanto mi pensamiento en las escenas deplorables que han manchado nuestra revolución; pero he sostenido constantemente que han sido obra, no del pueblo, sino de algunos malvados que han acudido de todos los puntos de la república para vivir de rapiña y asesinato en la ciudad donde la inmensidad y las agitaciones abrían una

ancha carrera á sus crímenes. Por la misma gloria del pueblo, he pedido que fuesen entregados al rigor de las leyes. Otros, por el contrario, para asegurar la impunidad de los malvados y procurarles sin duda nuevas ocasiones de matanza y de rapiña, han hecho ya la apología de sus excesos, atribuyéndolos al pueblo. Ahora bien: ¿quién calumnia al pueblo, el hombre que le sostiene inocente de los crímenes de algunos malvados extranjeros, ó el que se obstina en imputar al pueblo entero la odiosidad de esas sangrientas escenas?» «Son venganzas nacionales», — exclama Marat. Vergniaud prosigue, sin mirarle: «Hemos querido huir de París, nos dice Robespierre, habiendo él querido fugarse á Marsella. En cuanto á mí, declaro que si la Asamblea legislativa queria salir de París, no podia ser sino de la misma manera que salió Temístocles de Atenas; es decir, con todos los ciudadanos, sin dejar á nuestros enemigos otra conquista que cenizas y escombros, y sólo huyendo ante ellos por un momento, para labrar mejor su tumba.

»Nos acusa Robespierre de haber votado el llamamiento al pueblo. ¿Debióale yo, por ventura, el sacrificio de una opinion que yo creía buena, y podia evitar á la nacion una nueva guerra cuyas calamidades temia? ¡Y somos intrigantes y conspiradores! — prosigue Vergniaud. — ¿Se nos ha visto por ventura proponer el 10 de Agosto que se arrestase á los ministros en el seno de la Asamblea? La ocasion, sin embargo, era oportuna, y podíamos creer sin presuncion que recaeria la eleccion en algunos de los nuestros. ¿Dónde están, pues, las pruebas de esa pasion de fortuna, de esa sed de poder que nos atribuyen? Danton se ha vanagloriado de haber solicitado y obtenido empleos para hombres á quienes creia buenos ciudadanos; y si alguno de nosotros ha seguido la misma regla de conducta, lo cual ignoro, ¿cómo podria ser un crimen en él lo que no ha parecido vituperable en Danton?

» ¡Que somos moderados, fuldenses! ¡Nosotros moderados! ¡No lo era yo el 10 de Agosto, Robespierre, cuando estabas escondido en tu cueva! ¡Moderados! No, no lo soy en el sentido de querer debilitar la energía nacional, porque sé que la libertad siempre es activa como la llama, que es inconciliable con una calma perfecta, que sólo conviene á esclavos. Tambien sé que en tiempos revolucionarios habria tanta locura en pretender calmar por la sola voluntad la efervescencia popular, como en mandar á las olas contenerse cuando se ven agitadas por los vientos. Pero el legislador, en cuanto posible le sea, debe precaver los desastres de la tempestad con prudentes consejos, y si para ser patriota es menester declararse protector del saqueo y de la matanza, ¡sí, soy moderado!

» Desde la abolicion de la monarquía he oido hablar mucho de revoluciones, y he dicho entre mí: «Sólo dos hay posibles: la de las propiedades ó agraria, y la que nos condujese de nuevo á la monarquía». He resuelto firmemente combatir las ambas: si es esto ser moderado, ¡sí, lo soy!

» Tambien he oido hablar mucho de insurreccion, y confieso que me he lamentado. O tiene la insurreccion un objeto, ó no. En el último caso, es una convulsion para el cuerpo político, que no pudiendo hacerle beneficio alguno, debe necesariamente ocasionarle mucho daño. Si tiene la insurreccion un objeto determinado, ¿cuál puede ser sino el de arrancar el poder á la Representacion nacional para transferirlo á la cabeza de un solo ciudadano? En ambos casos, los que preconizan la insurreccion conspiran contra la república y la libertad, y si es preciso apo-

yarlos para ser patriota, ó ser moderado combatiéndolos, soy moderado. Cuando la estatua de la Libertad está sobre el trono, no puede ser provocada la insurreccion sino por los amigos de la monarquía. Tambien he deseado medidas terribles, pero sólo contra los enemigos de la patria; he querido castigos y no proscripciones. Algunos han creido hacer consistir su patriotismo en atormentar y arrancar lágrimas, y yo hubiera deseado que el patriotismo sólo hiciera felices. Se trata de consumir la revolucion por medio del terror, y yo hubiera querido que esta obra la hiciera el amor. En fin, no he querido que, semejantes á los clérigos y feroces ministros de la Inquisicion, que sólo hablaban de su misericordioso Dios al fulgor de las hogueras, debiéramos nosotros hablar de libertad entre puñales y verdugos. ¡Ah! ¡Dénosnos gracias de nuestra moderacion! Si hubiéramos aceptado el combate que no cesan de presentarnos aquí, lo declaro á mis acusadores, como quiera que sean las sospechas en que nos envuelvan y las calumnias con que se quiera mancillarnos, son aún nuestros nombres más estimados que los suyos, y hubiérase visto acudir de todos los departamentos hombres tan temibles para la anarquía como para los tiranos. Nuestros acusadores y nosotros estaríamos ya consumidos por el fuego de la guerra civil.»

Despues de haber ido respondiendo así á todos los cargos de Robespierre, Vergniaud, examinando la peticion de Petion, prosigue del modo siguiente:

«Habeis dispuesto por vuestro decreto que los culpables del 10 de Marzo fuesen enviados ante el tribunal revolucionario: el crimen está probado. ¿Qué cabezas han caido? Ninguna. ¿Qué cómplice ha sido detenido? Ninguno. Habeis mandado que se diese libertad á uno de los culpables para oírle como testigo, lo cual viene á ser como si en Roma hubiese decretado el senado que Lentulo podria servir de testigo en la conspiracion de Catilina. Habeis citado á la barra miembros del comité central de insurreccion. ¿Han obedecido? ¿Han comparecido? ¿Quiénes sois, pues? En la peticion del Mercado se derrama á torrentes el oprobio contra la Convencion nacional: no es una peticion lo que vienen á someteros, sino órdenes que os dictan, proponiéndoois aisladamente la orden del dia. Ciudadanos, si tan sólo fuérais simples individuos, os diria: ¿sois cobardes? Pues bien, entregaos al azar de los sucesos, aguardad con estupor que os despidan ó manden degollaros, y declarad que sereis los esclavos del primer asesino que quiera encadenaros. ¿Buscais á los cómplices de Dumouriez? ¡Ahí los teneis, ahí están! Ellos son los que han formado el comité central de insurreccion, ellos son los que han provocado esa criminal exposicion de la seccion del Mercado: todos ellos quieren, como Dumouriez, aniquilar la Convencion; todos ellos, como Dumouriez, desean un rey, y á nosotros es á quienes llaman los cómplices de Dumouriez. Se ha dado, pues, al olvido que nosotros hemos denunciado sin cesar la faccion de Orleans. ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! Se olvida, pues, que en medio de las borrascas de una sesion de ocho horas, hicimos dar el decreto que desterraba á todos los Borbones de la república. ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! Se ha dado al olvido (indicando con el ademan á Robespierre) quiénes fueron los que hicieron revocar aquel decreto. ¡Cómo! Dumouriez conspira en favor de un Borbon, nosotros luchamos para obtener el destierro de los Borbones, ¡y somos acusados!

«A todo he contestado, he confundido á Robespierre, y esperaré tranquilo que se pronuncie la nacion entre mis enemigos y yo. Ciudadanos, termino esta discu-

sion, tan dolorosa para mi alma como fatal para la causa pública. Creía yo que la traicion de Dumouriez produciría una crisis feliz, reuniéndonos á todos el sentimiento del peligro comun; creía que en vez de encarnizarnos en perdernos unos á otros, sólo nos ocuparíamos en salvar la patria. ¿Por qué especie de fatalidad no cesan los representantes del pueblo de convertir este recinto en el foco de sus calumnias y de sus pasiones? Sabeis cómo he devorado en silencio las amarguras con que me abruma hace seis meses, y cómo he sabido sacrificar á mi patria los más justos resentimientos; sabeis cómo, bajo pena de cobardía, bajo pena de confesarme culpable, bajo pena de comprometer el poco bien que todavía me es permitido esperar hacer, he podido dispensarme de patentizar la perfidia é impostura de Robespierre. ¡Ojalá sea este día el último que perdamos en escandalosos debates!»

VI

Este discurso, tranquilizando el alma de Vergniaud, le atrajo de nuevo el numeroso partido de los moderados. Resonó esta elocuencia durante algunos dias en Paris y en Francia entera. Los girondinos resolvieron aprovecharse de la predisposicion del favor público para acabar con sus enemigos; pero no tenían otras armas que discursos, al paso que Danton y Robespierre eran dueños del pueblo de Paris. En los dias siguientes se hallaban tan agitados los ánimos, que Duperret, echando mano á la espada, se arrojó á los miembros de la Montaña. Reportándose por los gritos de horror de la Convencion, se excusó declarando que si hubiera tenido la desgracia de poner la mano en un representante del pueblo, le quedaba otra arma para matarse. La Asamblea achacó su acaloramiento á demencia, y le perdonó.

Pronunció en seguida Petion un discurso que se parecia á las voces de la desesperacion de su perdida popularidad. Sucedióle Guadet, defendiéndose como Vergniaud de toda complicidad con Orleans y Dumouriez. «Cierto es—dijo—que Dumouriez ha venido á Paris precedido de la reputacion de gran general y cercado del esplendor de sus victorias; pero no he ido tras él, y le he conocido en el comité de que era yo miembro. Le vi otra vez en una casa donde le ofrecieron una funcion á la que fué convidado, y adonde concurrí por la amistad que me unía á Talma, que era quien la daba, permaneciendo sólo en ella media hora. Ha estado muchos dias en Paris, y no he sabido dónde vivia; pero ¿á quién se ha visto diariamente al lado de Dumouriez en todos los espectáculos de Paris? ¿Quién estaba sin cesar junto á él? ¡Vuestro Danton!...»

Al oir estas palabras, exclama Danton como despertando sobresaltado: «¿Conque me acusas á mí? No conoces mi fuerza. Te responderé, probaré tus crímenes. En la Opera me hallaba en un palco inmediato á Dumouriez, pero no en el suyo; tambien estabas tú». Guadet prosigue: «Sí, Danton, Fabre d'Eglantine y el general Santerre formaban la corte de Dumouriez. ¡Y tú, Robespierre, nos acusas de haber estado en inteligencia con Lafayéte! Pero ¿dónde te escondias el dia que, acompañado de todo el brillo de su poder, fué traído desde el palacio de las Tullerías hasta esa barra, entre el ruido de las aclamaciones que se daban en esa explanada como para imponer á los representantes del pueblo? Sólo yo me presenté en la tribuna y le acusé, no tenebrosamente como tú, sino en público. Ahí estaba, y

sin embargo, eterno calumniador, me acusas de corrupcion; dices que la conspiracion de que formamos parte es una cadena cuyo primer eslabon está en Londres y el último en Paris, y que ese anillo es de oro. Pues bien, ¿dónde están esos tesoros? Venid vosotros los que me acusais, venid á mi casa, venid á ver á mi mujer é hijos manteniéndose con el pan del pobre, venid á ver la honrosa medianía en que vivimos. Id á mi departamento, y mirad si han crecido mis escasas posesiones. Vedme llegar á la Asamblea; ¿vengo á ella en magníficos corceles?

»¿A quién debia aprovechar la traicion de Dumouriez? A Orleans. Pues bien, no ha sido reciente ni confidencialmente cuando y como le he dicho lo que de él pensaba. Le he acusado aquí una noche de aspirar al trono, y al dia siguiente le



Primer comité de salud pública.—Pág. 420.

vi entrar en mi casa á las siete de la mañana, sorprendiéndome extraordinariamente. Protestó que su renuncia á la dignidad real era sincera, y me preguntó si habia querido designarle, rogándome que me explicase con franqueza. «Me suplicais que os hable con franqueza,—le dije;—no necesitais rogármelo, pues conozco vuestra nulidad, y de vos solo nada recelaria; pero á vuestra sombra se abrigan unos hombres que os necesitan, y los temo. Teneis—añadí—un medio muy sencillo de hacer cesar estas sospechas: pedid vos mismo á la Convencion nacional el decreto que os destierre de la república con vuestra familia.» Respondióme el de Orleans que ya le habia dado el mismo consejo Rabaut Saint-Etienne, y al siguiente dia manifesté á Sillery que no restaba á Orleans otro partido. Me respondió éste: «Sí, lo creo como vos, y voy á prepararle un discurso en que pida su expulsion, porque nada sabe hacer por sí mismo». ¡Cuál no fué mi sorpresa, cuando en la sesion en que proponia el decreto de destierro, oí á Sillery pedir la palabra para combatir esta medida! Esta contradiccion acrecentó las sospechas que yo habia concebido hácia Orleans. Así pues, ciudadanos, está demostrado que la conjuracion

del 10 de Marzo se halla relacionada con la conjuracion de Orleans. ¿Y quién ha urdido la conspiracion del 10 de Marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré valor para decir la verdad desnuda: ha sido Robespierre. Mientras este nuevo Mahomet envolvía de esta suerte en una indicacion misteriosa las víctimas que iba á herir, su Omar las numeraba en sus hojas, encargándose otros de degollarlas. Pero, ciudadanos, ¿creeis que no se prepara otra vez el peligro de que habeis escapado? Desengañaos y escuchad...»

Guadet lee á la Convencion un manifiesto de los Jacobinos á sus hermanos de los departamentos. «¡A las armas! — dicen — ¡á las armas! ¡Estamos vendidos! Vuestros mayores enemigos están entre vosotros, dirigiendo vuestras operaciones, y disponen de vuestros medios de defensa. Si, hermanos y amigos, en el senado es donde ciertas manos parricidas desgarran vuestras entrañas; sí, la contrarevolucion está en el gobierno, en la Convencion nacional; ahí, en el centro de vuestra seguridad y de vuestra confianza es donde tienen algunos criminales representantes el hilo de la trama que han urdido con la horda de déspotas que vienen á asesinarlos. Pero la indignacion os enardece ya. ¡Republicanos, corramos á las armas!»

«¡Es verdad!» — exclama Marat. Al oir estas palabras, la derecha y el centro se levantan llenos de indignacion y piden á gritos que Marat sea acusado. Apoyado éste por la inmovilidad de la Montaña y el aliento que le daban las tribunas, arrostra la cólera de la mayoría y se lanza á la tribuna. «¿A qué viene tanta palabrería, — dijo con insolencia, — y para qué sirve? Se trata de introducir entre vosotros la sospecha de una conjuracion quimérica para ahogar otra demasiado real.» «¡El decreto de acusacion contra Marat!» — gritan á la vez trescientos miembros. Marat se esfuerza para que le oigan, y los mismos gritos ahogan su voz.

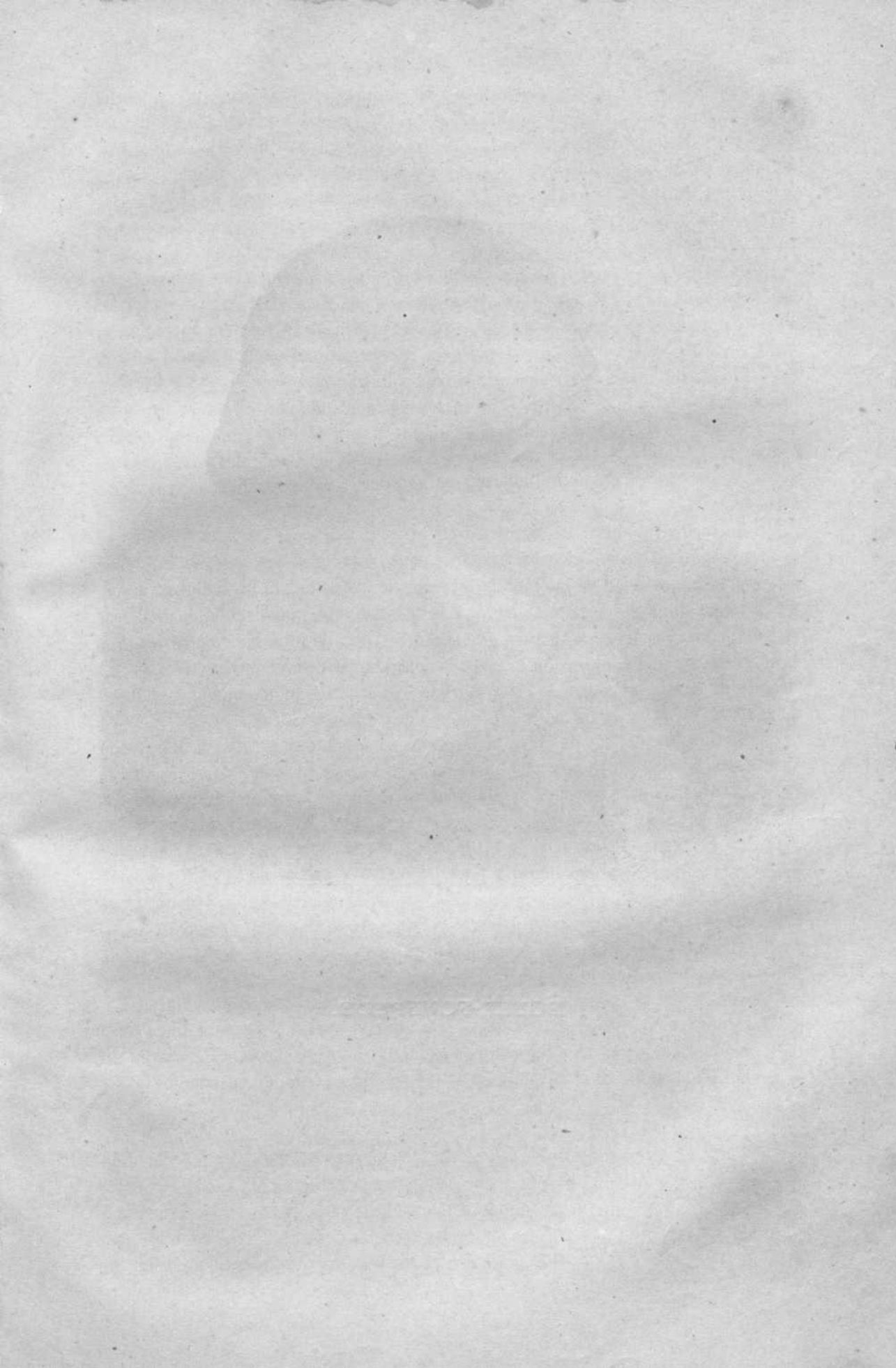
Danton sale entónces de entre la Montaña, acudiendo á escudar á Marat con su desden, pero tambien con su proteccion. «¿No es Marat — dijo — representante del pueblo? ¿Debemos acusar á la Convencion ántes de tener contra uno de sus miembros pruebas evidentes? ¿Quién es el culpable, Marat ó los *hombres de Estado*? El tiempo lo dirá. Pero si el verdadero culpable es Orleans, enviadle primero al tribunal revolucionario y poned á precio la cabeza de todos los Borbones emigrados.» «¿Y cuál será la suerte de nuestros comisionados detenidos por Dumouriez?» — le pregunta una voz de la Montaña. «Vuestros comisionados — replica Danton — son dignos de la nacion y de la Convencion nacional; no deben temer la suerte de Régulo.»

Boyer-Fonfrede insiste en que se lleve á efecto la acusacion contra Marat.

La Convencion votó al dia siguiente la acusacion contra Marat, que fué decretada por doscientos veinte votos contra noventa y dos. Los jacobinos lanzaron un grito de indignacion. El ostracismo de Marat fué el principio de su triunfo.

VII

Al salir del salon rodeado de numerosos franciscanos, Marat no fué detenido ni conducido á la Abadía, porque nadie osó poner la mano en el ídolo del pueblo. Se evadió sin obstáculo, y una inmensa muchedumbre le llevó al dia siguiente á la barra de la Convencion. El orador de las secciones era un jóven inspirado por Danton. «Venimos á pedirnos venganza contra los traidores que mancillan la Repre-





BOYER-FONFREDE.

sentacion nacional. Si el pueblo ha perseguido á los traidores en el trono, ¿por qué los ha de dejar impunes en la Convencion? ¿Será el templo de la libertad como uno de esos asilos de Italia que ofrecen impunidad á los malvados? ¿Habrá renunciado la república al derecho de purificar la Representacion nacional? Pedimos la expulsion de Brissot, de Guadet, de Vergniaud, de Gensonné, de Grangeneuve, de Buzot, de Barbaroux, de Salles, de Biroteau, de Pontecoulant, de Petion, de Lanjuinais, de Valazé, de Hardy, de Lehardy, de Louvet, de Gorsas, de Fauchet, de Lanthenas, de Lasource, de Valady y de Cambon.» Escuchaba silenciosa la Asamblea su propia proscripcion, y terminada la lectura del órgano de Danton, se levantó un jóven entre los individuos proscritos: era Fonfrede. «Ciudadanos,—dijo,—os habeis olvidado de mí. Tengo el derecho de ofenderme por no haber oido mi nombre en la lista gloriosa que acaban de presentaros.» «¡Y nosotros tambien, nosotros todos!»—exclamaron, desafiando animosamente al pueblo, los miembros de la Gironda.

La Convencion, dejando á un lado sus disensiones para hacer frente á Europa, dirigió á todos los pueblos un manifesto redactado por Condorcet, que era un llamamiento á la insurreccion general. Luégo prosiguieron discutiéndose los artículos de la Constitucion.

Robespierre continuaba desarrollando todas las noches en los Jacobinos las teorías de la filosofía social cuya introduccion en el Código pedia al siguiente dia, de suerte que por conducto de aquél se constituia este club en inspirador de la Convencion. A la nueva Constitucion debia servir de fundamento, ampliándose por medio de Robespierre, la declaracion de derechos sobre que se habia levantado la del 91. Era el decálogo popular que debia contener todas las verdades sociales, de cuyas consecuencias emanarian las instituciones, teniendo el pueblo de esta suerte el medio de comparar los principios de su filosofía con las disposiciones de sus leyes y la práctica de su gobierno. Estos axiomas sociales, redactados por Robespierre, confundian, como los de Rousseau, los instintos naturales del hombre con los derechos legales creados y garantizados por la sociedad. Olvidaba Robespierre que el estado de naturaleza es la falta ó la anarquía de todos los derechos, que la sociedad tan sólo es la que, triunfando de siglo en siglo de la fuerza bruta de cada individuo, va creando lentamente, cercenando algo al derecho de cada sér aislado, ese vasto sistema de relaciones, de derechos, de facultades, de garantías y deberes de que se compone el derecho social, que despues la misma sociedad garantiza y distribuye á sus miembros.

Pero si carecia de ciencia la declaracion de los derechos de Rousseau y Robespierre, respiraba en cambio cada una de sus fórmulas el espíritu social, filosófico y cristiano, constituyendo lo ideal de la igualdad y fraternidad entre los hombres, estableciendo la verdad de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos y fundando la sociedad intelectual y moral, en vez de la egoista y tiránica. Tornábase el Estado en familia humana, y la patria, en lugar de madrastra, se convertia en madre de todos sus hijos. Un instinto verdadero enseñaba á Robespierre y sus discípulos á fijarse, en aquel proyecto de organizacion de la sociedad, en lo que podia realizarse inmediatamente. Respetaban la familia y la propiedad. A semejanza de los arquitectos de la antigüedad que, edificando un templo á los dioses, dejaban siempre en el nuevo edificio algunos paredones ó pilares del anterior,

Robespierre conservaba las tradiciones de la antigua sociedad en la moderna. Llegaba todo lo lejos que se lo permitía la reforma, deteniéndose ante la utopía. Reconocía en Dios el origen y garantía de todos los derechos, y ya se advertía desde las primeras palabras que se había elevado á la verdad suprema para hacer derivar de ella las secundarias. Para refutar sus doctrinas era preciso empezar refutando á Dios.

«La Convencion nacional—decía—proclama á la faz del universo y á los ojos del legislador inmortal la siguiente declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano:

»ARTÍCULO 1.º El fin de toda asociacion política es el mantenimiento de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre, y el desarrollo de todas sus facultades.

»ART. 2.º Los principales derechos del hombre consisten en atender á la conservacion de su existencia y de su libertad. •

»ART. 3.º Estos derechos pertenecen igualmente á todos los hombres, sea cual fuere la diferencia de sus fuerzas físicas y morales. La igualdad de los derechos la establece la naturaleza. La sociedad, lejos de atacarla, no hace más que garantirla contra el abuso de la fuerza, que la hace ilusoria.

»ART. 4.º La libertad es el poder que tiene cada hombre de ejercer como quiera sus facultades; tiene por regla la justicia, por límites los derechos ajenos, por principio la naturaleza y por ley la salvaguardia.

»ART. 5.º La ley no puede prohibir sino lo que es perjudicial á la sociedad, y no puede ordenar sino lo que le es útil.

»ART. 7.º La propiedad es el derecho que tiene cada ciudadano de gozar de la porcion de bienes que la ley le garantiza.

»ART. 8.º El derecho de propiedad se halla limitado, como todos los demas, por la obligacion de respetar la propiedad ajena.

»ART. 11. La sociedad tiene la obligacion de atender á la subsistencia de todos sus miembros, bien procurándoles trabajo, ó bien asegurando los medios de existencia á los que no se hallan en estado de trabajar.

»ART. 12. Los socorros necesarios á la indigencia son una deuda del rico para con el pobre; á la ley corresponde determinar el modo como debe pagarse esta deuda.

»ART. 13. Los ciudadanos cuya renta no exceda de lo que necesitan para su subsistencia, quedan dispensados de contribuir á los gastos públicos; los demas deben cubrirlos progresivamente, segun la extension de su fortuna.

»ART. 14. La sociedad debe favorecer con todo su poder el progreso de la razon pública, y dar instruccion á todos los ciudadanos.

»ART. 16. El pueblo es soberano, el gobierno es obra y propiedad suya, y los funcionarios públicos son sus delegados. El pueblo puede, cuando le plazca, cambiar su gobierno y revocar sus mandatarios.

»ART. 18. La ley es igual para todos.

»ART. 19. Todos los ciudadanos pueden ejercer cualquiera clase de cargos, sin otra distincion que la de las virtudes y talentos.

»ART. 20. Todos los ciudadanos tienen igual derecho para concurrir al nombramiento de los mandatarios del pueblo y á la formacion de la ley.

»ART. 21. Para que estos derechos no sean ilusorios y la igualdad quimérica, la sociedad debe fijar sueldo á los funcionarios públicos, y procurar que todos los ciudadanos que viven de su trabajo puedan asistir á las asambleas públicas donde la ley los llama, sin comprometer su existencia ni la de sus familias.

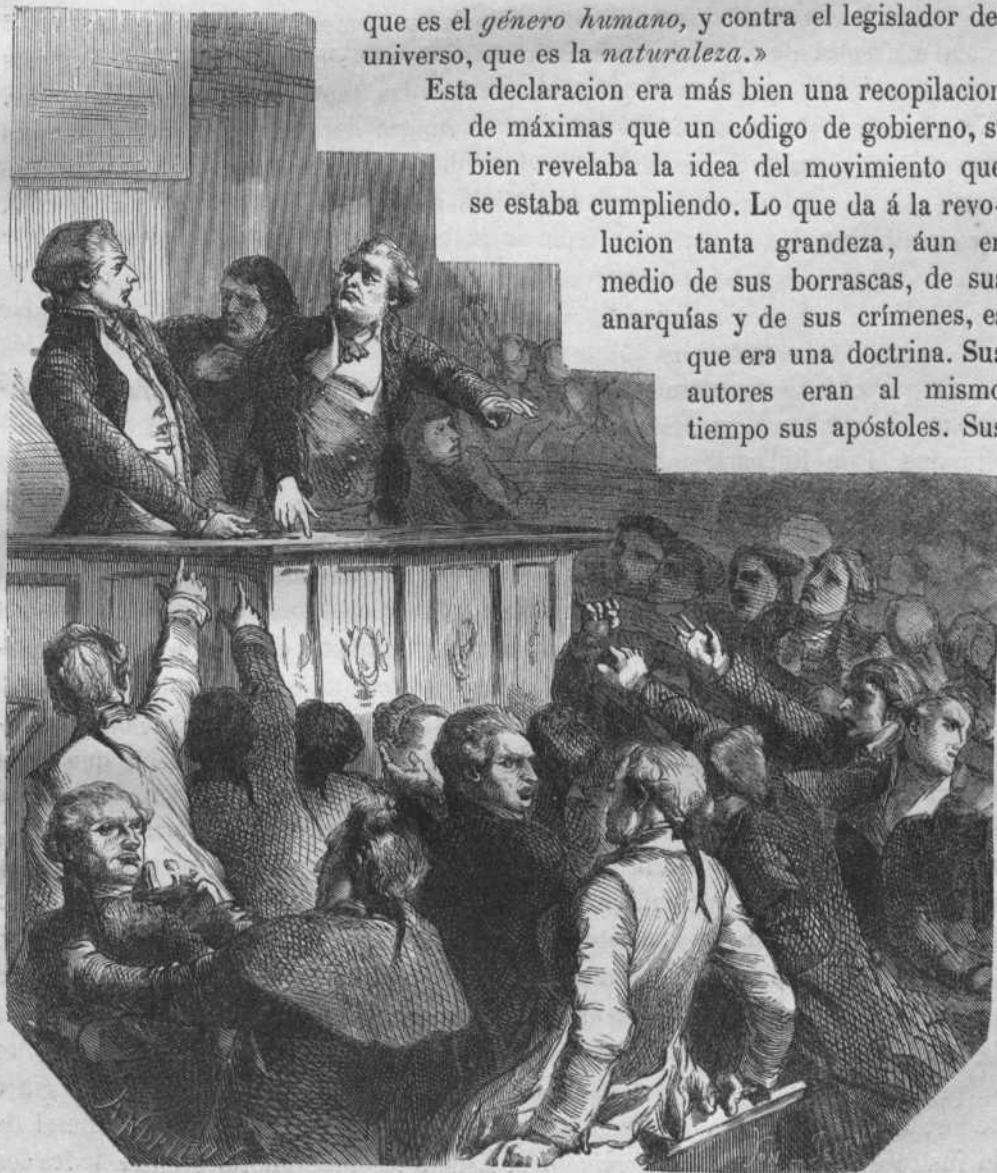
»ART. 25. La resistencia á la opresion es la consecuencia de los demas derechos del hombre y del ciudadano: hay opresion contra el cuerpo social cuando uno solo de sus miembros es oprimido.

»ART. 34. Los hombres de todos los países son hermanos, y los diferentes pueblos deben auxiliarse entre sí segun su poder, como los ciudadanos del mismo Estado.

»ART. 35. El que oprime á una sola nacion es el enemigo de todas.

»ART. 37. Los reyes, los aristócratas, los tiranos, cualesquiera que fueren, son esclavos rebelados contra el soberano de la tierra, que es el *género humano*, y contra el legislador del universo, que es la *naturaleza*.»

Esta declaracion era más bien una recopilacion de máximas que un código de gobierno, si bien revelaba la idea del movimiento que se estaba cumpliendo. Lo que da á la revolucion tanta grandeza, aún en medio de sus borrascas, de sus anarquías y de sus crímenes, es que era una doctrina. Sus autores eran al mismo tiempo sus apóstoles. Sus



Sesion del 10 de Abril de 1793 en la Convencion.—Pág. 430.

dogmas eran tan sagrados, que si de este código se hubiera borrado la impresion de la mano sangrienta que lo firmó, pudieran haberse creido redactados por el genio de Sócrates ó la caridad de Fenelon. Por esto las teorías revolucionarias, despolarizadas un momento á causa de los dolores que á Francia ocasionó su aparicion, renacen y renacerán más y más en las tendencias de los hombres. Fueron manchadas, pero son divinas. Haced desaparecer la sangre, y quedará la verdad.

Las verdades fundamentales de la teoría de la Convencion se convertian en instituciones que llevaban el sello de aquel espíritu democrático, en cuantas sesiones se ocupaba de la Constitucion ó de la discusion de las leyes populares. Luégo que se apaciguaba la Asamblea, brotaban sus dogmas con sus actos, y la cólera de sus oradores, encarnizados unos contra otros, se transformaba en un inmenso amor de la verdad social, del pueblo, del género humano, que no carecia, en medio de su inexperiencia, de ignorancias, impaciencias y errores, llegando algunas veces hasta el frenesí de la verdad, pero sin dejar de ser siempre la verdad. Por esta razon han sido y serán en el porvenir perdonadas tantas cosas á aquella época. Ningun trabajo humano se pierde, ninguna sangre derramada es estéril, ningun pensamiento de virtud queda burlado. Las obstinadas tendencias del género humano son para la sociedad lo que la brújula para el navío: ésta no ve el puerto, pero conduce á él.

VIII

El proyecto de Constitucion emanado de los girondinos y redactado por Condorcet, aunque tan democrático en su mecanismo, era ménos popular en su espíritu que el de Robespierre. Concretábase á establecer la soberanía del pueblo en su acepcion más indefinida, y á restituir á cada ciudadano la parte más ámplia de libertad compatible con la accion colectiva del Estado. Servíale igualmente de base la unidad de la sociedad, pero era en el espíritu de los girondinos la unidad nacional, y en el de Robespierre la humana. La Constitucion presentada por los girondinos era una institucion francesa; la Constitucion concebida por los montañeses era una institucion universal.

La democracia, constituida en gobierno, se formulaba en instituciones populares que recibian toda clase de aplicaciones. La Convencion no queria que fuese la democracia una vana palabra. El alma del pueblo daba animacion á todas las leyes propuestas: la abolicion de la mendicidad por medio de casas de trabajo, refugios y socorros dados á la parte indigente del pueblo; los impuestos sobre los ricos, obligándoles á retribuir proporcionalmente á su bienestar; la adopcion por la república de todos los expósitos; estímulos humanitarios en su intencion, pero inmorales en su efecto, á la maternidad de las solteras; fijacion del mayor precio de los artículos más necesarios al pueblo; restricciones á la libertad y codicia de la concurrencia en los mercaderes; interposicion del Estado como árbitro entre el productor, comerciante y consumidor, para intentar en vano hacer justicia á todos, colocando su mediacion entre unos y otros; una organizacion general de la instruccion pública, distribuyendo el Estado las luces morales entre todos los ciudadanos.

Robespierre todavía exigía más con respecto á la educacion pública. Al hacer la educacion primaria obligatoria para todas las familias, é igualando toda la generacion de cinco á doce años, establecia, á falta de comunidad de bienes, la de los niños y de las ideas. Consideraba al género humano como un padre que debia legar á las generaciones de la patria todas las ideas, todas las creencias, todas las opiniones con que le habia enriquecido el tiempo. La educacion era para la Convencion como el aire, que la sociedad da gratuitamente á la respiracion de todos los ciudadanos.

Segun esta teoría, el trabajo debia formar parte de la educacion; las escuelas eran talleres, y el primero de sus trabajos el cultivo de la tierra. Robespierre, así como todos los legisladores de la antigüedad, consideraba el trabajo aplicado á la tierra como el más moral y social de todos los del hombre, porque alimenta más directamente al trabajador, sin excitar tanto la ansiosa codicia de la ganancia, y creando ménos vicios y miserias que el trabajo de las manufacturas. La disciplina á que esta educacion comun debia sujetar á los niños era una costumbre del yugo de los deberes á que más tarde habian de someterse como ciudadanos. Esta disciplina tenia algo de lacedemoniana; recordaba las instituciones de Fenelon en su república de Salento, y los planes de Juan Jacobo Rousseau en su *Emilio*.

En cuanto á los conocimientos que la patria debia á los niños, consistian en enseñar á leer, escribir, hacer cuentas; en inculcar los principios de moral universal, que ya en la civilizacion se reconocian como dogmas; en explicar las leyes del país, y decorar la memoria con las narraciones de la historia de los pueblos; en desarrollar en la imaginacion del niño el sentimiento de lo bello, tan hermanado con el de la virtud, recitando los fragmentos más admirables de filosofía, poesia y elocuencia legados á los siglos por el espíritu humano.

Por último, en cuanto á la religion, el niño debia, segun este sistema, escoger una cuando la educacion hubiera desarrollado suficientemente su inteligencia, para que no fueran las creencias religiosas del hombre un hábito sin reflexion de la infancia, sino una eleccion deliberada del sér inteligente.

Para atender á los gastos de estos establecimientos, al sustento de los niños, á los honorarios de maestros y maestras, Robespierre proponia un impuesto proporcional, llamado impuesto de los niños. Tambien pedia un impuesto de pobres para sostener á los ancianos y enfermos indigentes. El rico despojado de lo superfluo, el pobre gratuitamente elevado á la instruccion, á la facultad del trabajo, á la profesion de un oficio; todo, en este plan de Robespierre, tendia evidentemente á la comunidad de bienes é igualdad de condiciones. Era el espíritu del comunismo primitivo, ideal de los primeros cristianos, que habia pasado á ser el de los filósofos.

Esta distribucion igual de las luces, de las facultades y de los dones de la naturaleza es evidentemente la tendencia legítima del corazon humano. Los reveladores, poetas y sabios han agitado eternamente este pensamiento en su alma, haciéndolo perpetuamente aparecer en su cielo, en sus delirios ó sus leyes como la perspectiva de la humanidad; lo cual prueba que es un instinto de la justicia en el hombre, y por consiguiente un plan divino que Dios hace entrever á sus criaturas. Todo lo que contraría este plan, es decir, todo lo que tiende á constituir desigualdad de ilustracion, de categoría, de condiciones, de fortuna entre los hombres, es

impío; al paso que todo lo que tiende á nivelar gradualmente estas desigualdades, que con frecuencia son injusticias, y á repartir con más equidad la herencia comun entre los hombres, es divino. Toda política puede ser juzgada por este signo, como todo árbol por sus frutos: lo ideal no es otra cosa que la verdad vista de lejos.

Pero cuanto más sublime es lo ideal, más difícil es de realizarlo en instituciones en la tierra. Hasta ahora ha consistido la dificultad en conciliar con la igualdad de bienes la desigualdad de virtudes, de facultades y de trabajo que distinguen á los hombres entre sí. Entre el hombre activo y el hombre indolente, la igualdad de bienes sería una injusticia, porque el uno crea y el otro gasta. Para que esta comunidad de bienes fuera justa, sería preciso suponer en todos los hombres la misma conciencia, idéntica aplicacion al trabajo, igual virtud; mas esta suposicion es una quimera. ¿Cuál es, pues, el orden social que podria fundarse con solidez sobre semejante mentira? Una de dos: sería preciso que la sociedad, en todas partes presente é infalible, pudiese obligar á todos los individuos al mismo trabajo y virtud; pero entónces, ¿qué sería de la libertad? Quedaria la sociedad en universal esclavitud. En otro caso, debería la sociedad distribuir diariamente con sus propias manos, y á cada uno segun sus obras, la parte exactamente proporcionada al trabajo y al servicio de cada uno en la asociacion general. Pero entónces, ¿quién sería el juez?

La imperfecta sabiduría humana ha tenido por más fácil, prudente y justo decir al hombre: «Sé tú mismo tu propio juez; retribúyete á tí propio con tu riqueza ó tu miseria». La sociedad ha instituido la propiedad, proclamado la libertad del trabajo y legalizado la concurrencia.

Mas la propiedad instituida no alimenta al que nada posee. La libertad del trabajo no da los mismos elementos de trabajo al que sólo posee sus brazos y al que tiene inmensas heredades. La concurrencia no es más que el código del egoísmo y la guerra á muerte entre el que compra y el que vende, entre el que nada en la abundancia y el que tiene hambre. ¡Iniquidad por todas partes! ¡Incorregibles desigualdades de la naturaleza y de la ley! La sabiduría del legislador parece consistir en paliarlas una por una, siglo por siglo, ley por ley. El que todo lo quiere corregir de una vez, lo quebranta todo. Lo posible es la condicion de la mísera sabiduría humana. Sin tener la pretension de resolver con una solucion tan sólo iniquidades complicadas, es la justicia de séres imperfectos como nosotros corregir sin cesar, mejorar siempre. En los designios de Dios parece el tiempo como un elemento de la misma verdad, y pedir ésta definitivamente á un solo día es exigir de la naturaleza más de lo que puede dar. La impaciencia crea ilusiones y ruinas en vez de verdades. Las decepciones son verdades recogidas ántes de tiempo.

IX

La verdad es evidentemente la comunidad cristiana y filosófica de los bienes de la tierra, al paso que las decepciones son las violencias y sistemas por los cuales se ha creído en vano poder hasta ahora establecer esa verdad y organizarla. La nivelacion social, ley de justicia, es segun parece el plan de la naturaleza en el orden político. Esta nivelacion instantánea sería un cataclismo que sepultaria todos los séres que viven en la superficie terrestre; pero por el contrario, cami-

nando lenta, gradual é insensiblemente, restablecerá la igualdad de nivel y de fertilidad sin aplastar á una hormiga. Descubrir la ley de Dios en las sociedades y conformar á ella la del legislador, no anticipándose á la verdad con la ilusion ni al tiempo con la impaciencia, hé ahí la sabiduría; tomar el deseo por la realizacion y hacer sacrificios á lo desconocido, hé ahí la locura; irritarse contra el obstáculo y la naturaleza, anonadando generaciones enteras bajo los escombros de imperfectas instituciones, en vez de guiarlas con paso seguro de una sociedad á otra, hé ahí el crimen.

De estas tres cosas habia en el alma de la Convencion: un ideal verdadero y prácticamente accesible, ilusiones que al aplicarse se desvanecian, accesos de furor que querian arrancar por medio de los tormentos la realizacion de un orden de cosas no contenido aún por la naturaleza humana. Santos deseos, vanas utopias, medios atroces, tales eran los elementos que constituian la política de aquella Asamblea, colocada entre dos civilizaciones para exterminar la una y anticiparse á la otra. Robespierre personificaba estas tendencias más que otro ninguno de sus colegas. Sus planes, religiosos en el objeto, quiméricos en sus disposiciones, se hacian sanguinarios desde el momento en que se estrellaban contra la imposibilidad de la práctica. El furor del bien sobrecogia al utopista: el furor del bien produce los mismos efectos que el del mal. Robespierre se obstinaba del mismo modo en las quimeras que en las verdades, y á ser más ilustrado, hubiera sido también más paciente. Nació su cólera de sus decepciones. Quería ser el artífice de una regeneracion social, pero la sociedad resistia, y entónces tomó la espada, creyendo que es permitido al hombre hacerse verdugo de Dios. Comunicó, en parte por fanatismo, en parte por terror, su espíritu á los Jacobinos, al pueblo, á la Convencion. De aquí provino aquel contraste de una Asamblea que se apoyaba con una mano en el tribunal revolucionario y en el instrumento del suplicio, al paso que con la otra escribió una Constitucion que recordaba las pastoriles repúblicas de Platon ó de Telémaco, y en cuyas páginas todas respiraban Dios, el pueblo, la justicia y la humanidad. Nunca se vió la verdad regada con tanta sangre. El trabajo de la historia es lavar aquellas manchas, en vez de rechazar la justicia social por haber caído olas de sangre sobre los dogmas de la libertad, de la caridad y de la razon.

LIBRO CUARENTA.

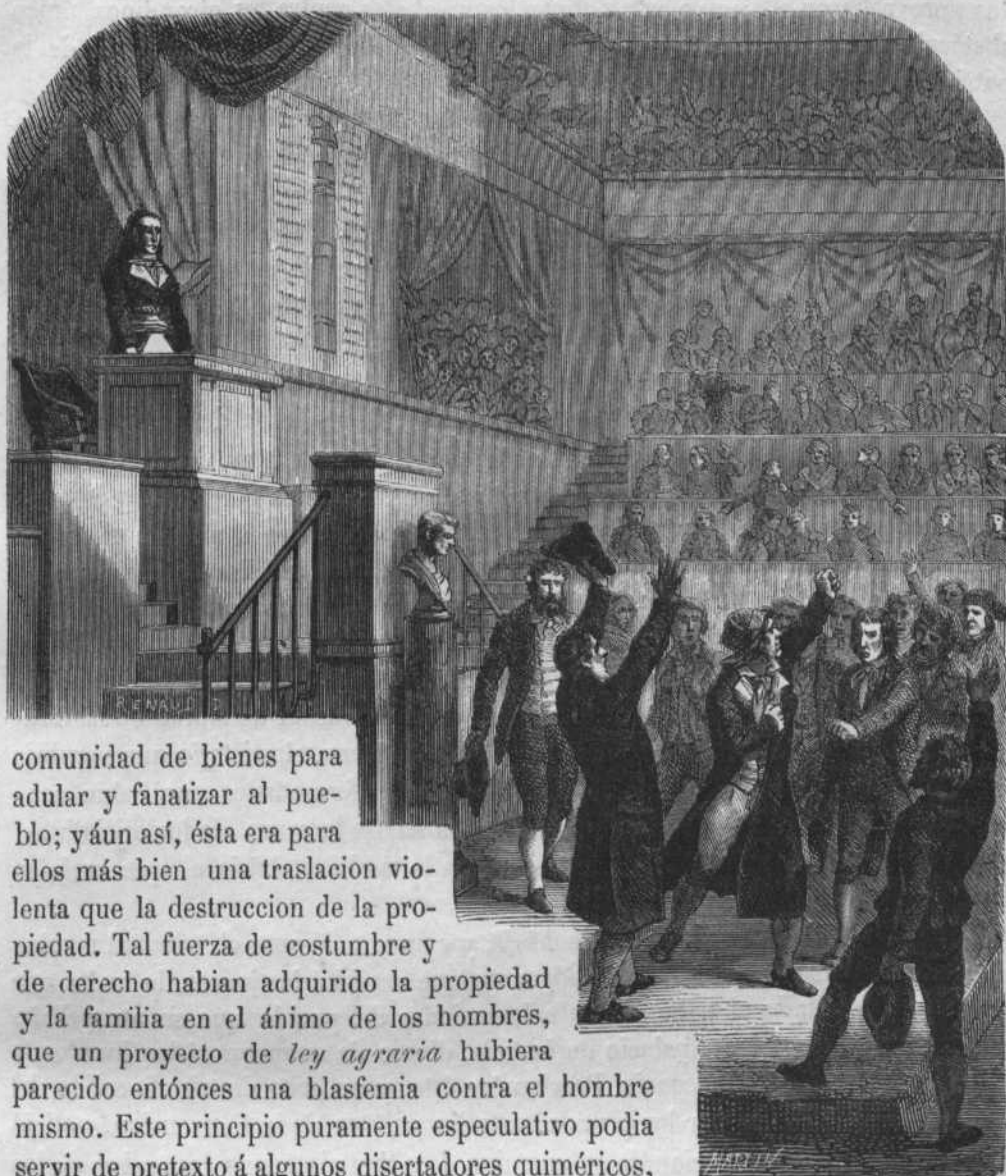
Robespierre y Danton se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan á los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—Prision del duque de Orleans.—Ensayos de Constitucion.—Peligros de la república.—Isnard.—Comision de los Doce.—Prision de Hebert.—Divisiones.—Henriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veintidos girondinos.

I

Presentando á la Convencion la perspectiva de la felicidad humana, estas discusiones calmaron por algunos dias aquellas almas irritadas. Divididos en cuanto á lo presente Vergniaud, Robespierre, Condorcet, Danton y Petion, se hallaban de acuerdo en cuanto al porvenir. Las fisonomías de los girondinos, jacobinos y franciscanos se apaciguaban y presentaban á los espectadores de aquellas sesiones el carácter de la serenidad. El mismo Danton, ménos quimérico que ninguno de aquellos hombres de Estado, parecia extasiarse en la contemplacion del porvenir, sosegándose de la sangre que habia hecho derramar. «¡Esto me consuela!—decia con un suspiro al salir de la Asamblea.— ¡Nadie sabe lo que cuesta el triunfo de una doctrina al corazon de los hombres que la legan á la posteridad!»

Estos principios de la escuela de Robespierre fueron explanados por Saint-Just en un discurso en que este jóven orador se declaró el oráculo de las teorías de su maestro. «El órden social—decia Saint-Just—existe en la naturaleza misma de las cosas, y sólo toma de la inteligencia humana el trabajo de combinar su mecanismo. El hombre nace para la paz y la verdad: las malas leyes son las que le corrompen. Hallar para él leyes conformes á la naturaleza de su corazon, es restablecerle en su felicidad y en sus derechos. Pero el arte de gobernar casi no ha producido más que monstruos, y los pueblos se han extraviado del rumbo que debian seguir. Nuestra tarea es la de volverlo á encontrar. El estado social es la verdadera relacion de los hombres entre sí; el político es la relacion del pueblo al pueblo. El vicio de los gobiernos consiste en emplear para oprimir á los ciudadanos en el interior la fuerza con que están armados y que necesitan para defenderse las naciones contra los enemigos exteriores. Dividid por consiguiente el poder, si quereis que la libertad subsista. El poder ejecutivo se va haciendo poco á poco usurpador en el gobierno más libre del mundo; pero si esta autoridad delibera y ejecuta al mismo tiempo, presto se constituye en soberana. No se personifica la monarquía sólo en el nombre del rey, sino que existe tambien en todo poder que delibera y ejecuta á la vez.» Esta serie de máximas incoherentes, y el velo con que encubria Saint-Just su pensamiento, permiten apenas discernir si queria atacar ó fortificar la unidad de poder de la Convencion.

Marat, Hebert y Chaumette eran los únicos que se servian del incentivo de la



Marat se retira de la Convencion
(sesion del 13 de Abril, 1793).—
Pág. 438.

comunidad de bienes para adular y fanatizar al pueblo; y aún así, ésta era para ellos más bien una traslación violenta que la destrucción de la propiedad. Tal fuerza de costumbre y de derecho habían adquirido la propiedad y la familia en el ánimo de los hombres, que un proyecto de *ley agraria* hubiera parecido entonces una blasfemia contra el hombre mismo. Este principio puramente especulativo podía servir de pretexto á algunos disertadores quiméricos, mas no formar ningún partido, pues todos lo desaprobaban por no contrariar la opinión. Los programas de los partidos comenzaban siempre con un acto de fe y una profesión de respeto hacia la propiedad. Prodigaban la muerte sin perder su popularidad, pero respetaban los bienes. Esto consiste en que el hombre moderno tiene más apego á sus bienes que á su propia vida, porque aquéllos son primero su vida y después la de su mujer, de sus hijos, de su posteridad. Perdiendo la vida en defensa de sus bienes, muere para defender lo presente y el porvenir. Habíase hecho la revolución francesa para equilibrar mejor la propiedad y hacerla más accesible á todos los hombres, y no para destruirla.

II

En tanto que la Convención aplazaba la lucha con estas excursiones filosóficas y estas instituciones populares, la municipalidad, los Jacobinos y los Franciscas-

nos aprovecharon el tiempo en amotinar los arrabales contra los girondinos, único obstáculo, segun sus oradores, para la felicidad del pueblo y la seguridad de la patria.

Reducir los departamentos á soportar el yugo de las opiniones de Paris, avasallar la Representacion nacional por medio del terror, hacer de la Convencion el instrumento pasivo y vil de la municipalidad, dominar á esta misma por las secciones y á éstas por un puñado de agitadores á las órdenes de dos ó tres demagogos, entre los cuales escogeria el pueblo un director implacable para remediar su propia anarquía, tal era el plan confuso de Marat, Chaumette, Hebert y sus partidarios.

Robespierre y Danton se adherian á este plan, con repugnancia uno y otro. Fiándose en la inconstancia del favor público y en su profundo desprecio al ídolo del dia, Marat, creian con razon que el poder caeria por sí mismo de aquella frente innoble é insensata, y que, una vez destruidos los girondinos por Marat y éste por sí mismo, no quedaria á la nacion otro recurso que escoger á uno de ellos dos para salvarla de sí propia y de sus enemigos. Cada uno de ellos se creia seguro entónces de poder más que su rival: Danton por la superioridad del valor, Robespierre por la del pensamiento. Ambos fingian contra los girondinos un odio que no tenian, y por la causa del *amigo del pueblo* proscrito un interes de que secretamente se avergonzaban. En cuanto al pueblo, la expulsion de Marat de la Convencion, la formacion de su causa, su fuga, sus doctrinas, el misterio que encubria su asilo, y por último, el divulgado rumor de las enfermedades que habia contraído por el trabajo y en los subterráneos para servir la causa de los oprimidos, todo enardecia hasta la idolatría la pasion de la multitud hácia el que creia su vengador.

Salió Marat de su retiro el 24 de Abril, y compareció ante el tribunal revolucionario. La audacia de su actitud, el guante que arrojó á los jueces, la turba que le condujo escoltado al tribunal, las aclamaciones del pueblo que se atropellaba numeroso en derredor del palacio de justicia, dieron de antemano á los jurados la órden de reconocer su inocencia. Proclamóse ésta, y un grito de triunfo salido del tribunal, y prolongado por los grupos hasta las puertas de la Convencion, notició á los girondinos la absolucion de su enemigo. Los Franciscanos y las turbas de los arrabales, que habian impuesto su fallo, tenian de atemano preparado el triunfo. Marat, despues de absuelto, fué levantado en alto por cuatro hombres que le enseñaron á la multitud, llevándole despues á un estrado donde habia un sillón antiguo semejante á un trono. Era el paves de la sedicion en que los proletarios inauguraban el rey de la indigencia. Las mujeres de la Alhóndiga y del Mercado de las flores ciñeron su cabeza con várias coronas de laurel, sin que Marat opusiera la menor resistencia. «¡Es el pueblo — exclamó — á quien se corona en mi cabeza! ¡Ojalá pudieran al momento caer á mi voz todas las cabezas que sobrepujen el nivel del pueblo!».

La comitiva se puso en marcha hácia la Convencion, en medio de los gritos de *¡Viva el amigo del pueblo!* El tropel, compuesto de hombres andrajosos, mujeres, niños é indigentes, se adelantó con lentitud por los pretiles y Puente Nuevo hácia la calle de San Honorato, engrosado en el camino por las innumerables turbas de artesanos que habian suspendido sus trabajos para defender y honrar al represen-

tante de los proletarios. Los que le conducian se iban relevando. En los puentes, en las plazas y á la entrada de las calles principales aguardaban á Marat diputaciones de los diferentes oficios, que despues se reunian á la columna del pueblo que le precedia ó seguia. Las ventanas estaban llenas de mujeres que dejaban caer sobre la cabeza del triunfador una lluvia de cintas, coronas y flores. Se daban palmadas cuando pasaba, de modo que toda su marcha desde palacio hasta el Pica-



Marat ante el tribunal revolucionario (24 de Abril, 1793).—Pág. 448.

dero fué un prolongado aplauso. «Amigos míos, —exclamaba Marat, —excusad, perdonad mi sensibilidad. Muy poco he hecho por el pueblo. En adelante, no puedo pagarle esta deuda sino con mi vida.»

Hácia la mitad de la calle de San Honorato, las mujeres de los mercados de Paris, reunidas para asociarse á aquel festejo, detuvieron á la comitiva y anegaron en ramilletes el paves, el trono y al *amigo del pueblo*. Marat, con la frente sobrecargada de coronas, los hombros, los brazos, el cuerpo y las piernas envueltos en festones de hojas, desaparecia, por decirlo así, entre las flores. Apenas se divisaba su traje raído, su ropa sucia, su pecho descubierto, sus cabellos que caian sobre sus hombros. Sus brazos se abrian sin cesar como para abrazar á la multitud.

Contrastaba la asquerosa sordidez de su traje con la frescura de aquellos festones y guiraldas. Su macilento rostro, su extraviada fisonomía, las sonrisas petrificadas en sus labios, los vaivenes del estrado en que le llevaban, la brusca agitacion de su cabeza y la gesticulacion de sus manos, comunicaban á su persona algo de maquinal y forzado que se parecia á la demencia, dejando indeciso al espectador entre un suplicio y un triunfo. Era una convulsion del pueblo personificada en Marat, propia más bien para disgustar á Robespierre y á Danton de la embriaguez popular, que para hacerles envidiosos de Marat.

Algo más léjos, los hombres de los mercados y pretils de Paris, en número de dos ó tres mil, arengaron al diputado, prorumpiendo con atronadoras voces en prolongados gritos de *¡Viva el amigo del pueblo!* Estos gritos conmovieron las bóvedas de la Convencion, cuyas puertas forzó la comitiva. Marat, apeado de su sillón, pero levantado por los brazos del pueblo, entró en el salón con la frente cubierta aún de laureles. La multitud pidió que la dejaran permanecer allí, y se diseminó confusamente entre los diputados por las gradas de la Convencion. La sesion quedó interrumpida.

Marat, conducido á la tribuna por sus vengadores entre los aplausos del recinto y de las galerías, intentó por mucho tiempo en vano calmar con sus ademanes aquellos aplausos que sofocaban su voz. Habiendo por último obtenido silencio, dijo: «Legisladores del pueblo frances, este dia devuelve al pueblo uno de sus representantes cuyos derechos fueron violados en mi persona. Represento en este momento á un ciudadano que habia sido inculpado y que acaba de justificarse. Seguiré defendiendo con toda la energía de que es susceptible los derechos del hombre y los del pueblo». Dicho esto, la multitud agita sus sombreros y los arroja á lo alto. Del recinto del salón y de las tribunas sale un grito unánime de *¡Viva la república!* que va á repetirse y prolongarse entre las turbas que se apiñan fuera de la Convencion. Danton, fingiendo participar del entusiasmo del vulgo hácia el ídolo que él despreciaba, pidió que la comitiva de Marat recibiese los honores de la Asamblea, desfilando por su recinto. Marat, con su corona en la mano, fué á sentarse en la cumbre de la Montaña, junto al feroz Armonville. «Ahora,—dijo en alta voz al grupo de diputados que le felicitaban,—tengo en mi poder á los girondinos y brissotinos. Tambien irán en triunfo, pero será á la guillotina.» Dirigiéndose despues á los diputados que habian decretado su acusacion, les fué llamando por sus nombres, apostrofándoles en términos injuriosos. «A quienes vosotros condenais—exclamó—el pueblo los absuelve. No está léjos el dia en que hará justicia á los que respetais como hombres de Estado.» El escándalo de las invectivas de Marat no hizo más que excitar en el salón sonrisas de desprecio. Robespierre se encogió de hombros en señal de disgusto, pero Marat le lanzó una mirada amenazadora, llamándole *cobarde malvado*. Robespierre fingió no haberle oido, y no hizo caso de aquel frenesí del pueblo. Marat, despues de salir, fué paseado de nuevo triunfante en su trono por las principales calles de Paris, gritando la muchedumbre que le acompañaba: «¡Marat es el amigo del pueblo, que siempre será suyo!» Al pié de los pilares de los mercados le ofrecieron un banquete popular, y despues le condujeron al club de los Franciscanos.

Allí arengó Marat al pueblo, prometiéndole sangre. El gozo mismo era sanguiinario en aquella alma exterminadora. Los gritos de *¡Mueran los girondinos!* eran

el condimento de su triunfo. Después de la sesión, los franciscanos y el pueblo, que le esperaban á la puerta del club, le condujeron con hachas hasta su casa. Las ventanas y tejados de la calle donde vivía y otras inmediatas se habían iluminado como para la entrada de un salvador del pueblo. «Este es mi palacio,—dijo Marat á su amigo Guzman, subiendo por la oscura escalera de su habitacion,—y éste mi cetro,—añadió sonriendo y enseñando su pluma metida en un tintero de plomo.—Mi compatriota Rousseau no lo tuvo de otra clase, y sin embargo, con él he trasladado la soberanía de las Tullerías á este camaranchon. Ese pueblo es mío, porque le pertenezco, y no abdicaré hasta haberle vengado.»

Tal fué la ovación de Marat; pero ya consumía su vida el incendio de su alma. Aquel día de gloria y de reinado para él, al hacer fermentar su sangre, encendió la calentura que minaba su cuerpo. La enfermedad no paralizó sus trabajos, pero le hizo quedar muchas veces en cama. La cercanía de la muerte y la concentracion de sus ideas no amortiguaron sus provocaciones al asesinato. Aquel Tiberio moderno enviaba sus órdenes á la multitud desde el rincón de su indigente Caprea. Sus insomnios costaban sangre al siguiente día, y no echaba otra cosa de ménos en la vida que el tiempo de sacrificar las trescientas mil cabezas que no cesaba de pedir á la venganza de la nacion. Su puerta, asediada día y noche por delatores, recibía, como la boca de hierro de Venecia, los indicios de sospecha. Su mano, yerta ya, añadía siempre nuevos nombres á la lista de sus proscripciones, abierta siempre sobre su lecho.

III

Aquel suceso, demostrando al pueblo su fuerza, á la Convencion su avasallamiento y á los girondinos su impotencia, dió bríos para intentar contra éstos los últimos ataques. Los progresos de los vendeanos, que habían rechazado á los republicanos de toda la orilla izquierda del Loira; la reparticion de Francia, que los generales y plenipotenciarios de las potencias deliberaban abiertamente en un consejo de guerra celebrado en Amberes; Custine, que se replegaba á Landau ante cien mil confederados alemanes; Maguncia bloqueada, é inutilizando en sus muros veinte mil soldados escogidos del ejército del Rhin; los primeros choques del ejército de los Pirineos con el español; Servan, que mandaba allí las tropas, atacado á un tiempo en sus tres campamentos; Lyon, donde las secciones, todas realistas, se resistían á la instalacion de un régimen revolucionario y amenazaban con una insurreccion; Marsella, indignada por los ultrajes del pueblo de París á sus confederados y á Barbaroux, levantando nuevos batallones para vengar á sus hijos; Arles, Nîmes, Toulon, Montpellier, Burdeos, declarándose enemigas de la Montaña y jurando en sus manifiestos enviar su juventud á París; las acusaciones recíprocas de federalismo y de anarquía entre montañeses y girondinos, el hambre á la puerta de las panaderías, el pueblo sin otro trabajo que el de su perpetua agitacion por las calles, los clubs en efervescencia, los papeles públicos escritos con hiel, las facciones en permanencia, las cárceles llenas ya, la guillotina aficionando al pueblo al gusto de la sangre en vez de saciarlo: todo imprimía á la poblacion de París ese estremecimiento de terror, preludio de los últimos excesos. La desesperacion es la consejera del crimen; el pueblo, que conocía su propia pérdida, necesitaba achacarla á

alguno. Los jacobinos excitaban todo su odio contra los girondinos. El robo del Guardamuebles, cuyos millones y diamantes habian pasado, segun se decia, á manos de Roland y á los cofrecillos de su mujer, imprimia ademas á la irritacion popular un carácter de personalidad, de insulto y de asesinato.

Brissot, Girey-Dupré, Gorsas, Condorcet, los principales periodistas girondinos, apoyados por los ricos y sostenidos por el comercio y la clase media, no escaseaban por su parte las calumnias ni las ironías sangrientas á Marat, á Robespierre, á Danton y á los jacobinos. Sus periódicos, leídos en las sesiones de los clubs, se rasgaban, quemaban y pisoteaban, jurando lavar aquellas líneas en la sangre de sus autores. Marat osó pedir con insolencia, á la faz de Robespierre, que le enviasen todos aquellos documentos y las delaciones de los ciudadanos contra los ministros para hacer justicia, personificando atrevidamente al pueblo en sí mismo. Apenas se atrevió Robespierre á abrir los labios en presencia de aquel que desde su triunfo se constituia él mismo en plenipotenciario de la multitud. Se arrogaba la dictadura, que veinte veces habia propuesto al pueblo para el más determinado de sus defensores. No tenia su política otra teoría que la muerte. Era el hombre de las circunstancias, porque era el apóstol del asesinato en masa. Cada vez que salia de su casa en el traje de enfermo y envuelta la cabeza con un pañuelo sucio, para comparecer en los Jacobinos ó en la Convencion, Danton y Robespierre le cedian la tribuna, en donde hablaba como señor y no como consejero de la nacion. Una palabra suya cortaba las discusiones como el puñal corta el nudo. Los aplausos de las tribunas le ponian bajo la proteccion del pueblo. Los murmullos y rechiflas interrumpian á los que intentaban discutir con él. Era el plebiscito sin réplica de la multitud.

Ya hasta en la misma Convencion se habian cambiado las discusiones en luchas de palabras. Con motivo de las honras fúnebres tributadas por la municipalidad á Lazowski, uno de los conspiradores del club del Arzobispado, habiendo tenido Guadet la osadía de decir que la posteridad se asombraria un dia de que se hubiese concedido una apoteosis nacional á un hombre convencido de haber estado á la cabeza de los saqueadores y querido marchar en la noche del 10 de Marzo para disolver la Convencion, se levantó Legendre para contestarle. Los murmullos del centro le disputaron la tribuna. «Yo cederé la tribuna—exclamó—á los que hablen mejor que yo; pero aunque me encerrasen en la hornilla que ha de enrojecer el hierro que os imprimirá la marca de la ignominia, la ocuparé. Aun cuando hubiera de ser vuestra víctima, pido que el primer patriota que muera á vuestros golpes sea llevado por las plazas públicas, como Bruto llevó el cuerpo de Lucrecia, y se diga al pueblo: «Esa es la obra de tus enemigos.»

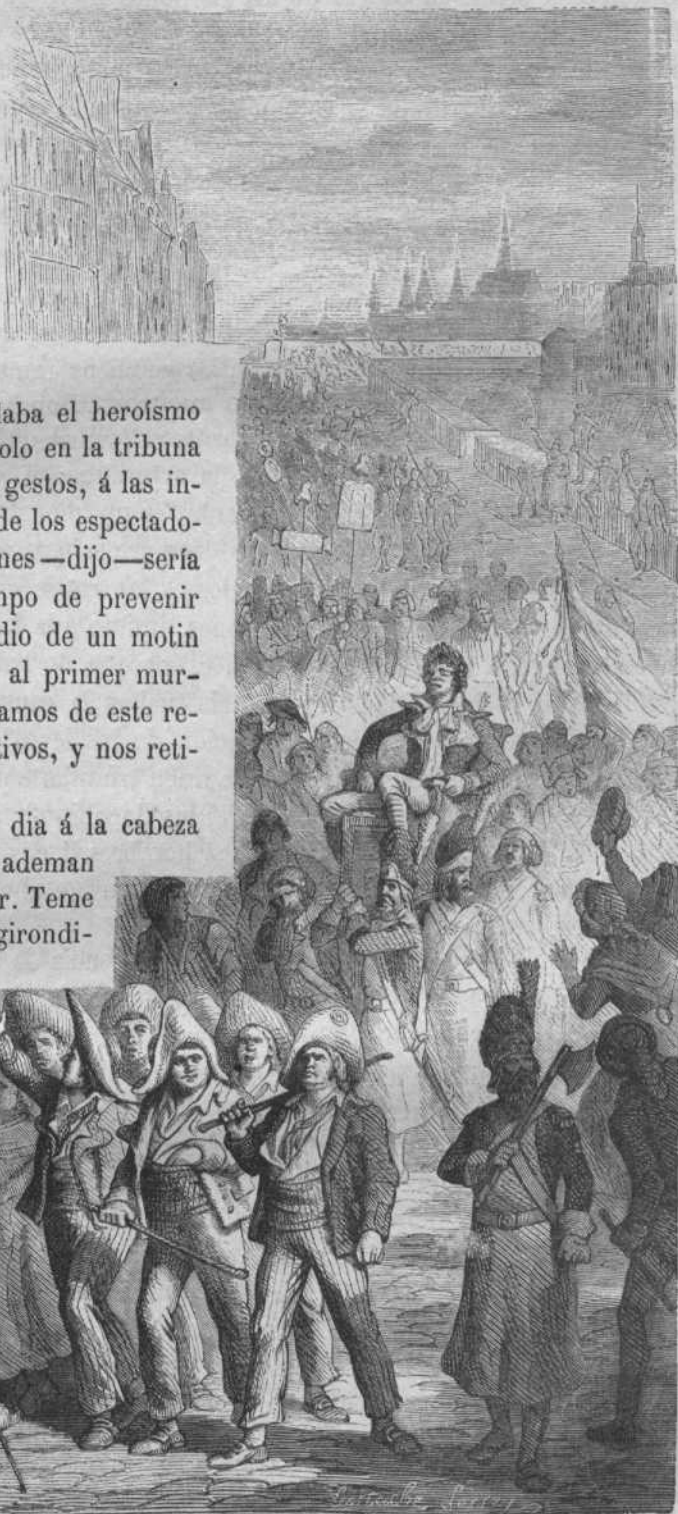
IV

El joven Ducos intentó al dia siguiente hacer comprender á la Convencion los peligros de fijar un *máximum* al precio de los granos. Los pataleos, los gestos, las vociferaciones de los asistentes ahogaron su voz, obligándole á bajar de la tribuna.

«Ciudadanos,—exclamó Guadet,—una Representacion nacional envilecida, no existe ya. Todo paliativo para asegurar su dignidad es una vileza. Las autoridades

de Paris no quieren que seais respetados. Tiempo es de hacer cesar esa lucha entre una nacion entera y un puñado de facciosos disfrazados con el nombre de patriotas. Pido que la Convencion nacional decreta que el lunes celebrará su sesion en Versalles.» A esta proposicion de Guadet, los girondinos y una parte de la Llanura se levantan gritando: «¡Marchemos! Salvemos lo que resta de dignidad y libertad en la Convencion nacional de los ultrajes y puñales de Paris». Vigée, jóven intrépido que como Andres Chenier hallaba el heroísmo en el peligro, se expone solo en la tribuna á las vociferaciones, á los gestos, á las invectivas de la Montaña y de los espectadores. «Aplazarlo hasta el lunes —dijo— sería dar á los facciosos el tiempo de prevenir nuestra traslacion por medio de un motin ó de asesinatos. Pido que al primer murmullo de las tribunas salgamos de este recinto en que estamos cautivos, y nos retiramos á Versalles.»

Marat, presente aquel dia á la cabeza de la Montaña, baja con el ademan soberano de un pacificador. Teme que la proposicion de los girondi-



nos sustraiga la Convencion á la presion directa é imperativa de la multitud de que es rey. Trata de distraer la emocion que arrastra á los girondinos fuera del salon. «Propongo una gran medida,—dijo,—propia para disipar toda sospecha. Pongamos á precio la cabeza de los Borbones fugitivos y traidores con Dumouriez. He pedido ya la muerte de Orleans, y reproduzco mi proposicion para que los *hombres de Estado* se echen el dogal al cuello respecto de los Capetos fugitivos, así como los patriotas se lo han puesto votando la muerte del tirano.»

De este modo, las víctimas sacrificadas mutuamente entre los dos partidos eran para Marat las únicas prendas de reconciliacion. «No apoyo ni combato la mocion de Marat,—responde Buzot.—Quieren distraernos de la proposicion de Guadet. Examinemos, ciudadanos, cómo juzgará la posteridad nuestra situacion. No hay una autoridad en Paris, no hay un club que no reine más que nosotros. Los Jacobinos son amos en todas partes: ejércitos, ministerios, departamentos, municipalidades, ¿dónde no dominan? En los sitios públicos inmediatos á este recinto, en nuestras calles, á nuestras puertas, en nuestros tribunales, ¿qué es lo que se oye? Gritos frenéticos. ¿Qué vemos? Semblantes asquerosos, hombres cubiertos de sangre y de crímenes. Así lo ha querido la naturaleza: el que una vez ha manchado sus manos con la sangre de su semejante, es un monstruo que no puede vivir en una sociedad regular. Necesita sangre, siempre sangre para embotar sus remordimientos. Estoy convencido de que todos os lamentais de la situacion en que nos encontramos. Apelo á vuestros corazones, intimo á la historia que lo diga: si no habeis castigado tan grandes delitos, es porque no habeis podido; pero ved los resultados de la impunidad. ¿Preguntais cuál es la causa de tales desórdenes? Se rien de vosotros. ¿Recordais la ejecucion de las leyes? Se rien de vosotros y de vuestras leyes. ¿Castigais á uno? Os le traen triunfante para burlarse de vosotros. Ved esa sociedad para siempre célebre (los Jacobinos); no quedan en ella treinta de sus verdaderos fundadores, y sólo sí hombres llenos de deudas y de crímenes. Leed los periódicos, y ved si mientras subsistan tan abominables guaridas podeis permanecer aquí.»

A esta aterradora invectiva lanzada en presencia de Robespierre, Marat, Danton, Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes y Bazire, la Montaña se levanta en masa contra Buzot. «¡Somos jacobinos!»—exclaman á una sola voz doscientos miembros. Durand-Maillane arrostra esta borrasca y anuncia á la Convencion que á la llegada del último correo de los Jacobinos de Paris al club de Marsella se puso á precio la cabeza de cinco diputados marseleses que habian pedido la apelacion al pueblo sobre la sentencia del rey, ofreciéndose diez mil francos al puñal del primer asesino. «Este departamento—añade Durand-Maillane—está en la anarquía y confusion.» Crece el tumulto en la Asamblea; los unos piden que se vote la proposicion de retirarse á Versalles; los otros que se pase á la orden del dia, despreciando el cobarde terror de los girondinos.

Danton, que desde algun tiempo parecia rechazar las medidas extremas, como si de lejos hubiera visto el abismo y temido su propio acaloramiento, sube á la tribuna y quiere calmar la agitacion con algunas palabras de paz. «Todos estamos conformes—dice—en que ha habido falta de respeto, y que debe hacerse justicia; pero sólo debe recaer en los culpables. ¿Quereis ser rígidos y justos á la vez? Pues bien...» La impaciencia de la Montaña, la indignacion de la Gironda, no dejan á

Danton terminar su idea; cortan su palabra murmullos unánimes que le obligan á bajar de la tribuna. Pero Danton hace al bajar una señal de inteligencia á los espectadores, que evacuan las tribunas. La ausencia voluntaria de los culpables quita el pretexto á la discusion y la ocasion al castigo.

Algunos dias después, Camilo Desmoulins publicó uno de sus más acres folletos, en el cual aparecian desfigurados por el odio Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La misma mujer de Roland, errante ya y perseguida, convertida en este folleto en cortesana sanguinaria, era entregada á los sarcasmos de la multitud. Ambicion, cohechos, conspiracion sorda y permanente contra la libertad, intrigas, traiciones, complicidad con los extranjeros, tendencias al restablecimiento de una monarquía cuyos ministros serian, tales eran los crímenes cuyas pruebas buscaba Camilo Desmoulins en anécdotas inventadas, en confidencias reveladas, en secretos sorprendidos, en reuniones quiméricas y en orgías imaginarias, cuya relacion emponzoñaba con la causticidad de su pluma. Esta historia de los brissotinos, leida por Camilo Desmoulins á los jacobinos, fué adoptada como el manifiesto de la Montaña contra los dominadores de la Convencion. Hecha, á expensas de la sociedad, una impresion de más de cien mil ejemplares, fué distribuida con profusion por las calles de Paris y dirigida á las sociedades afiliadas de los departamentos.

Aquel folleto, señalando víctimas, designaba tambien ídolos á la opinion. Robespierre, Marat y Danton se proponian en él como ejemplo á los patriotas. Camilo Desmoulins, bastante inteligente para admirar á los girondinos, suficientemente envidioso para odiarlos, demasiado tímido para imitarlos, se declaró órgano de esas pasiones bajas que hostigan á los hombres superiores. El carácter de aquel escritor, inferior á su talento, necesitaba como el reptil arrastrarse y morder á un tiempo. Se arrastraba ante Danton, Robespierre y Marat; se desencadenaba contra Roland y Vergniaud. Así pues, adulando y abandonando alternativamente á los poderosos del dia, habia pasado del gabinete de Mirabeau y de la intimidad de Petion á las cenas de Danton y á la servidumbre de Robespierre. Odiar y adular era el carácter de aquel hombre. Mudo en la Convencion ante la potente voz de Vergniaud, elevaba en la calle la voz de las calumnias, y provocaba á la muerte á vengarle del genio.

La acusacion de *orleanismo* era en este momento el insulto mortal que se hacian los partidos unos á otros. Camilo Desmoulins acumulaba todas las circunstancias verdícas ó inventadas que pudiesen presentar á los girondinos como cómplices de los Orleans. Hacía refluir esta conspiracion imaginaria hasta la época de Lafayette, el enemigo más incorruptible de aquella faccion. Fomentaba estas sospechas por medio de anécdotas propias para derramar sobre aquella pretendida conjuracion el claroscuro que los antiguos historiadores comunican á las tramas tenebrosas de los grandes conjurados, como para hacer adivinar á la curiosidad pública más misterios y crímenes que pueden atreverse á denunciar.

«Un rasgo—dice—acabó de convencerme de que, á pesar del odio aparente que existia entre Lafayette y Orleans, la gran familia de los usurpadores se coligaba de nuevo contra la república. Estábamos un dia solos en el salon de la señora Sillery. El mismo anciano Sillery habia preparado el pavimento del salon á fin de que no pudieran escurrirse las bellas apasionadas al baile. La señora Sillery aca-

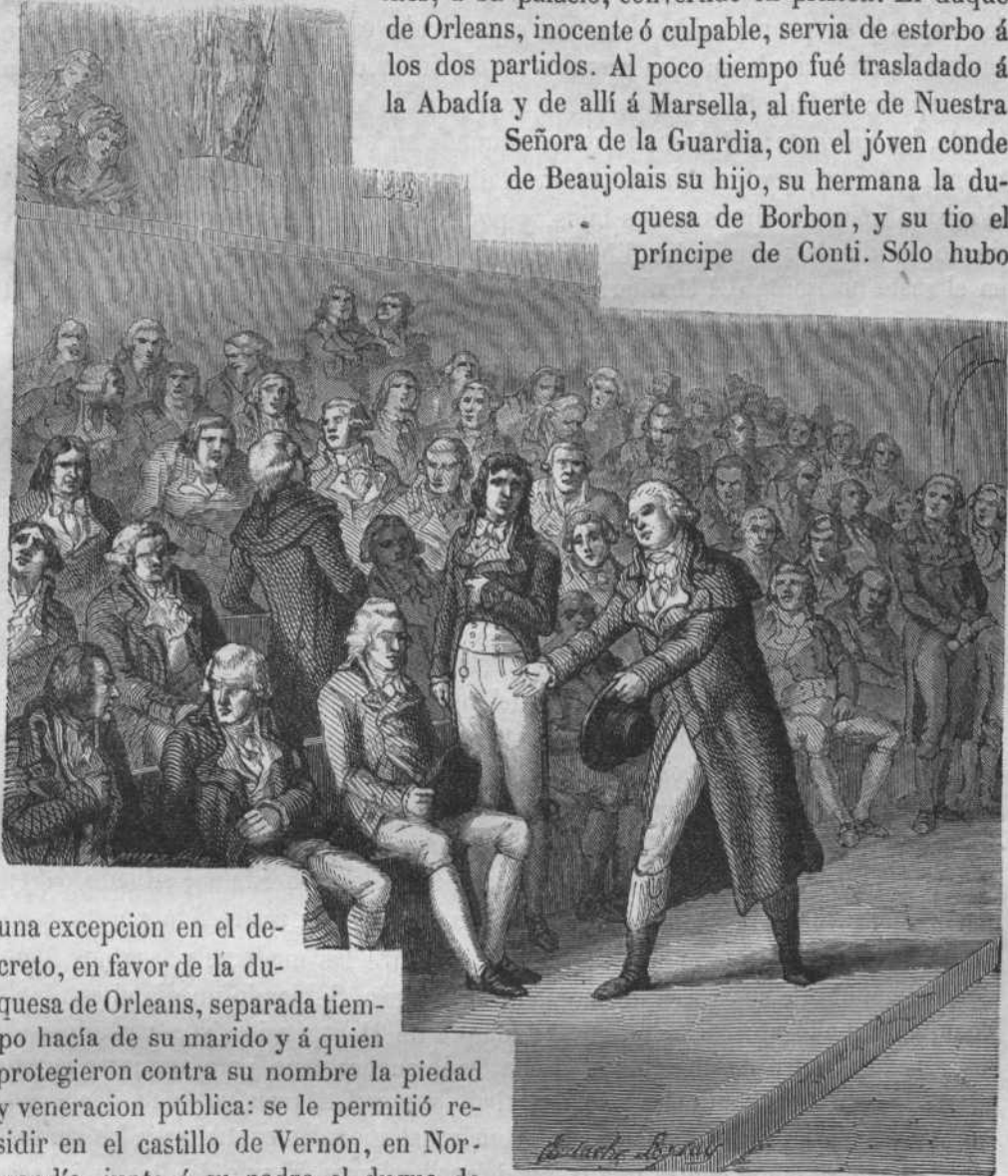
baba de cantar en el arpa versos en que invitaba á la inconstancia. Su hija y su discípula, la hermosa Pamela, y la señorita de S... bailaban una danza rusa, de la que sólo he olvidado el nombre, pero tan voluptuosa y ejecutada con tanta seducción, que no creo que la jóven Herodías hubiese bailado ante su tío otra más propia para obtener la cabeza de Juan Bautista. ¡Cuál no fué mi sorpresa, en el momento en que el aya mágica obraba con más fuerza en mi imaginacion, al ver entrar en donde estaba cerrada la puerta á los profanos... ¿á quién? á un ayudante de Lafayette, que habia ido allí á propósito, sentándose junto á mí para convencerme de que éste era otra vez amigo de la casa! ¿Y no han llevado los girondinos hasta el colmo sus artificios,—añadía Camilo,—trabajando sordamente por un lado en favor de la faccion de Orleans, al paso que por otro enviaban á la Montaña el desanimado busto de Felipe, autómeta movido por ellos, haciéndole sentar y levantar maquinalmente en medio de nosotros, dando á creer al público que si habia una faccion de Orleans era entre nosotros? ¿No han sido los girondinos, por un golpe de la misma táctica, los primeros en pedir el destierro de Felipe? En cuanto á Orleans, en cuatro años que le he seguido con la vista, no creo que una sola vez le haya sucedido opinar de diferente modo que la cima de la Montaña; de manera que yo le llamaba un Robespierre autómeta. No lanzaba ménos imprecaciones que nosotros contra su antiguo confidente Sillery, actualmente unido á los girondinos hasta tal punto, que muchas veces he dicho en mi interior: «¡Muy singular sería que Felipe de Orleans no fuese de la faccion orleanista!» Pero ello no es imposible; la faccion, sin embargo, existe y se sienta á la derecha con los girondinos.»

V

El pueblo, que sólo por el dicho cree en el mal, y que tanto más acrecienta sus sospechas cuanto mayor es su ignorancia, se regocijaba por reconocer al fin en los girondinos á los culpables de todos sus males. El duque de Orleans, perseguido por ellos, participaba de su impopularidad.

Habia llegado ya la hora de la ingratitud para aquel príncipe. Ofrecido por los girondinos á la sospecha del pueblo, entregado por los montañeses, temerosos de que su presencia en la Montaña hiciese recaer sobre ellos el mismo recelo, fué unánimemente proscrito, sin atribuirle tan siquiera un crimen. El pretexto de su ostracismo fué la fuga de su hijo, arrastrado por Dumouriez en su tentativa y defeccion. A la voz de Barbaroux y de Boyer-Fonfrede, la Convencion habia decretado que Sillery, suegro del general Valence, segundo de Dumouriez, y Felipe Igualdad, padre del jóven general, tuviesen centinelas de vista, con libertad de ir por donde quisieran; pero tan sólo en Paris. Sillery, sacrificado por sus amigos los girondinos, no les dirigió reconvencion alguna. «Cuando se trate de castigar á los traidores,—exclamó mirando el busto de Bruto que adornaba el salon,—si mi yerno es culpable, me encuentro aquí ante la imágen de Bruto.» E inclinó la cabeza como un hombre que acepta el ejemplo y conoce el deber. «Y yo tambien,—dijo el príncipe señalando con la mano la imágen del romano, juez y matador de su hijo,—si soy culpable, debo ser castigado, y si mi hijo lo es, veo á Bruto...» Entonces obedeció al decreto sin murmurar. Ora preveyera de antemano el premio de sus servicios, ora comprendiera su falsa situacion en una república á la cual cau-

saba recelos sirviéndola, ora adquiriera su espíritu cansado de agitaciones esa impasibilidad de los caracteres privados de energía, el duque de Orleans no manifestó asombro ni debilidad ante la ingratitud de la Montaña. Alargó la mano á sus colegas; pero éstos rehusaron tocarla, como si hubiesen temido excitar sospechas de familiaridad con aquel gran proscrito. Se encaminó, escoltado por dos gendarmes, á su palacio, convertido en prision. El duque de Orleans, inocente ó culpable, servia de estorbo á los dos partidos. Al poco tiempo fué trasladado á la Abadía y de allí á Marsella, al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, con el jóven conde de Beaujolais su hijo, su hermana la duquesa de Borbon, y su tio el príncipe de Conti. Sólo hubo



una excepcion en el decreto, en favor de la duquesa de Orleans, separada tiempo hacia de su marido y á quien protegieron contra su nombre la piedad y veneracion pública: se le permitió residir en el castillo de Vernon, en Normandía, junto á su padre el duque de Penthièvre, á quien consolaba en sus últimos dias.

Al llegar al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, el duque de Orleans encontró al segundo de sus hijos, el jóven duque de Montpensier, que acababa de ser detenido bajo las banderas republicanas en el ejército de Italia el dia mismo que su padre. Reunido éste á sus dos hijos, se abrazaron en una cárcel, un año despues del dia en que se habian hallado juntos en el campamento de Dumouriez, despues de la batalla de Jemmapes. El duque de Chartres era el que faltaba en aquel

El duque de Orleans despidiéndose de la Convencion.
Pág. 457.

cuadro de las vicisitudes de la fortuna; pero tambien andaba errante con otro nombre en países extraños. La hija única del duque de Orleans, separada de su madre, y sin otra protectora que la señora de Sillery-Genlis, mujer sospechosa á todos los partidos, erraba por las márgenes del Rhin y alcanzaba la Suiza alemana para refugiarse bajo un nombre supuesto en un convento.

Contemplaba el duque de Orleans en el fuerte de la Guardia la dispersion de los suyos y su propia caída como un espectáculo extraño para él. Ya fuera que tuviese la creencia de que las grandes revoluciones devoran á sus apóstoles, ó ya una especie de filosofía sin esperanzas ni pesares le hiciera aceptar, como á un sér inerte, los vaivenes del destino, no se animaba su sensibilidad sino por el sentimiento paternal, que parecia sobrevivir el último en su corazón. Habitó primero en el mismo aposento que sus dos hijos, y podia pasearse con ellos en la azotea del fuerte, en donde sus miradas, libres al ménos, penetraban desde lo alto de la roca en el vasto horizonte del Mediterráneo y en el movimiento y ruido de Marsella. Al cuarto dia de su detencion, y estando almorzando con sus hijos, entraron en su cuarto algunos oficiales de guardias nacionales para notificarle la órden de separarse del duque de Montpensier, que fué encerrado solo en otro piso de la fortaleza. «En cuanto al más jóven de vuestros hijos,—le dijo el oficial encargado de la ejecucion de la órden,—se le permite, á causa de su tierna edad, permanecer aquí; pero no podrá volver á ver á su hermano.» El príncipe protestó en vano contra la barbarie de la órden. El duque de Montpensier fué arrancado, bañado en lágrimas, de los brazos de su padre y de su hermano, y conducido á otro piso de la fortaleza.

Despues del primer interrogatorio, trasladados al fuerte de San Juan, prision más siniestra, situada á la extremidad del puerto de Marsella, su cautividad, más estrecha, quedó privada de aire, de vista y de ejercicio. Encerróse al príncipe y sus dos hijos en tres calabozos sobrepuestos los unos á los otros en las recias paredes de la torre, permitiéndose al más jóven, el conde de Beaujolais, respirar algunas horas al dia el aire exterior, bajo la vigilancia de dos guardias. Cuando bajaba para ir á paseo, el niño pasaba delante del cuarto de su hermano, situado debajo del suyo. El duque de Montpensier arrimaba entónces su rostro á la puerta, y los dos hermanos cruzaban algunas palabras por entre las maderas y cerrojos, dándoles el sonido de sus voces un momento de alegría. Subiendo un dia el conde de Beaujolais, halló abierta la puerta del duque de Montpensier, y escapándose de los guardias, entró de un salto en el cuarto de su hermano para arrojarle en sus brazos. Costó á los centinelas mucho trabajo separarlos, pues ya hacia dos meses que los hermanos no se habian visto. Tomáronse medidas contra aquellas sorpresas de ternura, como contra una trama de malhechores. El uno de ellos tenia trece años, el otro diez y ocho.

Su padre, aposentado en la misma escalera, no podia verlos ni oirles. El deseo de contemplar un príncipe de la sangre, autor y víctima de la revolucion, que llevaba las cadenas del pueblo á quien habia servido, atraia continuamente visitantes al sitio en que estaba su calabozo. El príncipe, á quien era más gravosa la soledad que el cautiverio, y que no tenia otra sociedad peor que la de sus pensamientos, no procuraba sustraerse á las miradas ó preguntas de los curiosos. Cada uno de ellos parecia aliviarle una parte del peso de sus horas.

Habiendo oído un día la voz de uno de sus hijos, le gritó desde el rincón de su calabozo: «¿Eres tú, Montpensier, pobre hijo mío? ¡Cuánto bien ha causado en mí tu voz!» El hijo sintió á su padre levantarse del lecho para ir á la reja y suplicar al carcelero le dejase ver á sus hijos; pero esta gracia le fué negada, y la puerta por donde se habían comunicado un suspiro el padre y el hijo quedó para siempre cerrada.

VI

Este sacrificio á la concordia ó á la sospecha, hecho por la Gironda y la Montaña, no había sido más que un paliativo del odio que animaba á un partido contra otro. No por haber arrancado de la Convencion aquella sombra de rey, cesaron en los discursos y periódicos las mutuas acusaciones de traicion. Saint-Just, Robespierre, Guadet, Vergniaud é Isnard discutieron algunas teorías constitucionales. «Acabemos la Constitucion,—decia Vergniaud en la sesion del 8 de Mayo;—con ella desaparecerán ese código draconiano y ese gobierno de circunstancias, indudablemente exigidos por la necesidad y justificados por traiciones harto memorables, pero que gravitan lo mismo sobre los buenos ciudadanos que sobre los malos, y fundarian muy pronto la tiranía so pretexto de libertad. Apresurémonos, ciudadanos, á tranquilizar á los cultivadores, á los comerciantes, á los propietarios, alarmados por los dogmas que aquí oyen resonar. Los antiguos legisladores, para hacer respetar sus obras, hacian intervenir á algun dios entre ellos y el pueblo. Nosotros, que ni poseemos la paloma de Mahoma, ni la ninfa de Numa, ni el demonio familiar de Sócrates, sólo la razon debemos interponer entre el pueblo y nosotros. ¿Qué república quereis dar á Francia? ¿Quereis proscribir de ella la riqueza y el lujo que, segun Rousseau y Montesquieu, destruyen la igualdad? ¿Quereis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso, sed consecuentes como Licurgo, repartid los bienes entre los ciudadanos, proscribid los metales que la codicia arrancó de las entrañas de la tierra, quemad los asignados, manchad con la infamia el ejercicio de las artes útiles, y no dejéis á los franceses otra cosa que la tierra y el hacha; que no paguen más impuestos los hombres á quienes hayais concedido el título de ciudadanos, haciendo sólo tributarios á aquellos á quienes negueis este título, obligándoles tambien á satisfacer vuestras necesidades con su trabajo. Tened extranjeros para hacer el comercio, buscad ilotas para cultivar vuestros campos, y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos. Es incontestable que semejantes leyes son crueles, inhumanas, absurdas; es incontestable que el más terrible de los niveladores, la muerte, dominaria presto sola en vuestras campiñas, y concibo que la liga de los reyes os está imbuyendo sistemas que reducirian á los franceses á la igualdad de la desesperacion y de las tumbas. ¿Quereis fundar como en Roma una república conquistadora? Os diré, y conmigo la historia, que las conquistas siempre fueron fatales á la libertad, y con Montesquieu, que la victoria de Salamina perdió á Aténas, como la derrota de los atenienses á Siracusa. ¿Para qué, por otra parte, las conquistas? ¿Quereis haceros los opresores del género humano? En fin, ¿quereis hacer de la nacion francesa un pueblo simplemente agricultor y comerciante, aplicándole las pastorales instituciones de Guillermo Penn? Pero ¿cómo existiría un pueblo así.

en medio de naciones casi siempre hostiles y gobernadas por tiranos que no conocen otro derecho que el de la fuerza?»

Vergniaud se declaró contra todas estas teorías de constituciones ultrademocráticas para Francia, y pidió que las instituciones se apropiasen á la situación geográfica, al carácter nacional, á la actividad industriosa, al estado de virilidad y de civilización del pueblo que la Convención quería legislar. Combatió las antiguas utopías, y se contentó con invocar las inspiraciones de la sensatez. Pero la república de razón de los girondinos no correspondía ni á la enardecida imaginación del pueblo, ni á las sobrenaturales ideas de los jacobinos para la completa transformación de la sociedad.

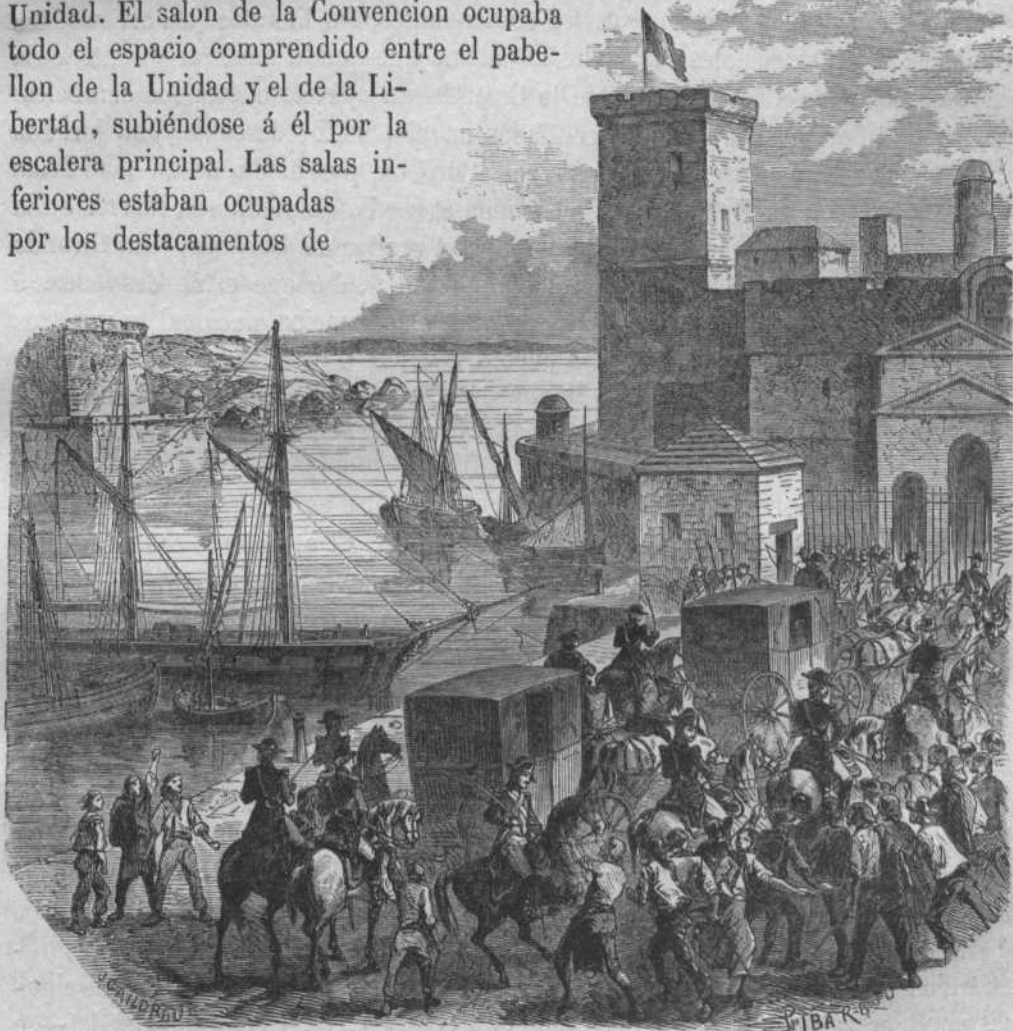
Isnard, calculando la lentitud con que caminaría la Convención en llevar á cabo el establecimiento de la Constitución, y queriendo poner la vida de los mismos legisladores bajo la garantía de un derecho inviolable, propuso que se decretase en algunos artículos un pacto social, ántes de discutir los pormenores de la Constitución. La Montaña, que no quería otra ley fundamental que la voluntad del pueblo y la dictadura de las circunstancias, acogió con murmullos la proposición de Isnard. Danton, el hombre de los expedientes, la rechazó; afectaba un orgulloso desden de los hombres y de las cosas, y se encaminaba sin cesar al hecho: la salvación de la patria.

Robespierre, el hombre de las ideas generales, habló al siguiente día sobre la Constitución. Su discurso, profundamente meditado y redactado en el estilo de Montesquieu, era el acta de acusación de un filósofo contra las tiranías y los vicios de los gobiernos anteriores. Formar pactos con aquellas tiranías, transigir con aquellos vicios, le parecía una debilidad indigna de la verdad y de la razón. La austeridad de sus principios de gobierno formaba contraste con la templanza de los girondinos.

«Hasta aquí—decía Robespierre—no ha sido el arte de gobernar, sino el de despojar y avasallar al mayor número en provecho del menor. El objeto de la sociedad es la conservación de los derechos del hombre y la perfección de su ser, y en todas partes la sociedad degrada y oprime al hombre. Ha llegado el tiempo de hacerla entrar en sus verdaderas funciones. La desigualdad de condiciones y de derechos, esa preocupación hija de nuestra educación, depravada por el despotismo, ha sobrevivido aún á nuestra imperfecta revolución. Ha corrido ya la sangre de trescientos mil franceses, y quizá va á verse aún la de otros trescientos mil, para impedir que el simple labrador venga á sentarse en el senado junto al rico mercader, que el artesano pueda votar en las asambleas populares al lado del comerciante y del abogado, y que el pobre inteligente y virtuoso pueda gozar de los derechos del hombre en presencia del rico imbécil y corrompido. ¿Pensais que el pueblo, conquistador de su libertad y que ha derramado su sangre por la patria, mientras vosotros dormíais en la molición ó conspirábais en las tinieblas, se dejará envilecer, encadenar, empobrecer, degradar, degollar por vosotros? ¡No! ¡Temblad! Pero la voz de la verdad que suena en los corazones corrompidos se parece á los sonidos que retumban en los sepulcros y no despiertan á los muertos. No busqueis la salvación de la verdad en un pretendido equilibrio de poderes. Este equilibrio es una quimera metafísica. ¿Qué nos importan esos contrapesos que hacen balancear la autoridad de la tiranía? La tiranía misma es la que debemos

extirpar; el pueblo es el que debe ocupar el puesto de sus señores y tiranos. No me gusta que el pueblo romano se retire al monte Sacro; quiero que permanezca en Roma, y arroje de allí á sus opresores. El pueblo no debe tener más que un tribuno, y éste debe ser él mismo.»

Robespierre aludió en este discurso al nuevo salon del antiguo palacio de las Tullerías, adonde se habian trasladado la víspera las sesiones. Parecia que la república tomaba posesion definitiva del poder supremo, entrando con la Convencion en aquel palacio de donde la jornada del 10 de Agosto habia expulsado á la monarquía. El edificio entero se habia apropiado al nuevo destino que recibia, pues desde el salon de la Convencion hasta las salas de los ministros y grandes oficinas públicas, las Tullerías contenian todo el gobierno, constituyéndose en verdadero palacio del pueblo. Habíanse dado nombres populares á los jardines, patios, pabellones y cuerpos de edificio que su vasto recinto encerraba; en todas partes habia sustituido la república los atributos del pueblo á los del rey, los símbolos de la libertad á los de la tiranía. El pabellon del Norte se llamaba de la Libertad; el del Mediodía, de la Igualdad; el del Centro, de la Unidad. El salon de la Convencion ocupaba todo el espacio comprendido entre el pabellon de la Unidad y el de la Libertad, subiéndose á él por la escalera principal. Las salas inferiores estaban ocupadas por los destacamentos de



El duque de Orleans y sus hijos son trasladados al fuerte de San Juan.—Pág. 458.

tropa que custodiaban á los diputados. Aquel salon de la Convencion, más vasto y á propósito para las funciones de una asamblea soberana, habia sido decorado por el pintor republicano David. Allí renacian en las formas, en la tribuna, en las estatuas, los recuerdos del foro romano. Era su aspecto majestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo ménos respeto que los salones improvisados de los Estados generales y de la Asamblea nacional. No era el salon del primer movimiento popular; no habia resonado en él, como en el Juego de Pelota de Versalles, el juramento de los tres órdenes; no habia oido, como el Picadero, la voz de Mirabeau.

VII

Entre tanto se iban sucesivamente agravando los peligros de la república. La Vendée habia levantado la bandera contrarrevolucionaria. Santerre se ponía al frente de los batallones parisienses que debían marchar allí para sofocar la guerra civil. Custine, replegado sobre Landau, apenas cubria la línea del Rhin. Wurmser y el príncipe de Condé asediaban á Maguncia. Marsella, Burdeos, Toulon y la Normandía estaban en fermentacion.

La clase media, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios, pertenecientes casi todos al partido que queria moderar y contener la anarquía, ofrecían á los oradores de la Gironda un ejército contra los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una jornada decisiva que los libertase de sus enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador, dió á la Montaña y á la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesion del 14 de Mayo. «Legisladores,—dijo el orador de Burdeos,—la Gironda tiene la vista fija en los peligros de sus diputados, sabe que están destinadas á la muerte veintidos cabezas de representantes. ¡Convencion nacional, y vosotros parisienses, salvad á los diputados del pueblo, ó vamos á precipitarnos sobre Paris! La revolucion no es para nosotros la anarquía, la desorganizacion, el crimen, el asesinato. ¡Todos perecerémos ántes que sufrir el reinado de los malvados y asesinos!»

La Asamblea escuchó con estremecimiento aquellas amenazas, en que la Montaña reconoció la inspiracion de Guadet y Vergniaud. El presidente osó responder á los peticionarios en un lenguaje que parecia invocar vengadores para los girondinos proscritos. «Id—les dijo—á tranquilizar á vuestros compatriotas; decidles que en Paris hay un gran número de ciudadanos que vigilan sobre los malvados pagados por Pitt para oprimir á la Asamblea nacional. Si hoy quisieran elevarse nuevos tiranos sobre los escombros de la república, tomaríais la iniciativa de la insurreccion, y Francia indignada se levantaria con vosotros.»

Legendre se irritó contra una peticion incitada y mendigada por diputados pérfidos, que se quejaban de que se trataba de degollarlos, sin tener el más leve rasguño que enseñar. «Ciudadanos,—dijo Guadet,—no subo á la tribuna para defender á los habitantes de Burdeos, porque no han menester defensa. Si no enviáis al patíbulo ese puñado de asesinos que traman nuevos crímenes contra la Representacion nacional, los departamentos caerán sobre Paris.» «Mejor,—dicen algunas voces en la Montaña,—no deseamos otra cosa.» «Ayer—continuó Guadet—se ha hecho en los Jacobinos la mocion de exterminarnos á todos ántes de marchar

á la Vendée, y esa peticion de asesinos fué cubierta de aplausos. Se habla de un desquiciamiento de la república. ¡Ah! Ciertamente que Paris lo reconocerá bien pronto por sí mismo; es imposible que esto continúe así mucho tiempo. Los que quieren el desquiciamiento son los que tratan de disolver la Convencion entregando una parte de sus miembros al hierro homicida. ¿Creeis que los departamentos verán impunemente caer á sus diputados bajo el puñal? ¡Y aún se nos habla de enseñar de antemano nuestras heridas! Esto es precisamente lo que Catilina respondió á Ciceron. «Atentan contra vuestra vida,—decia á los senadores,—pero todos respirais.» Pues bien, Ciceron y los senadores debian caer bajo el hierro asesino la misma noche en que aquel traidor les hablaba así.»

La Convencion vacilaba á cada nuevo debate. Isnard fué nombrado presidente por una gran mayoría, y esta eleccion redobló la confianza de la Gironda en sus fuerzas, siendo considerada por la Montaña como una declaracion de guerra, y hasta por los moderados como un desafío.

Isnard, hombre excesivo en todo, tenia en el carácter la fogosidad de su declamacion. Era la exageracion de la Gironda; uno de esos hombres reconocidos como jefes por las opiniones, cuando éstas, arrastradas á la temeridad por la embriaguez del éxito ó del miedo, renuncian á la prudencia, esa salvacion de los partidos. Vergniaud, cuya moderacion igualaba á su fuerza, vió con sentimiento aquella eleccion, porque conoció que el nombre de Isnard enviaria á la Montaña muchos hombres indecisos todavía. La sangre fria de Vergniaud dominaba siempre en sus más elocuentes improvisaciones, y como conocia el poder de la razon en las masas, era siempre su entusiasmo hábil y meditado. Hubiera deseado formar entre los dos extremos de la Convencion una mayoría de sensatez y patriotismo que amortiguase los golpes que las dos grandes facciones iban á darse.

Cada uno de los dias en que presidió Isnard se señaló con una borrasca y terminó en una catástrofe.

El primer dia, en la sesion del 9 de Mayo, las secciones de Paris reclamaron que se pusiera en libertad á un tal Roux, preso arbitrariamente de órden del comité revolucionario de la seccion del Buen Consejo. «Es la faccion de los hombres de Estado,—exclamó Marat,—que quiere proteger en ese hombre á los contrarrevolucionarios.» «¿Somos una república libre, ó un despotismo popular?—le respondió Mazuyer.—¡Cómo! ¿Podrá arrancarse en medio de la noche, sin sentencia ni auto de prision, á un ciudadano de su hogar, y lo consentiremos?» Se accede á la peticion de las secciones. Legendre se levanta pidiendo que la votacion sea nominal para que el pueblo conozca los nombres de los que protegen á los conspiradores, y en esta pretension le secundan cincuenta miembros de la Montaña. El presidente se opone á ello, é interrumpe la sesion, cubriéndose. Se pasan dos horas en tumultuosa agitacion, sin poder acallar los gritos de la Montaña y de las tribunas. Vergniaud pide que se levante la sesion y se envíe acta de ella á los departamentos.

Couthon, segundo de Robespierre, quiere hablar desde su asiento, manifestando que la dolencia que paraliza sus piernas le impide subir á la tribuna; pero los girondinos no le hacen caso ni atienden á su dolencia. Entónces el diputado Maure, hombre de fuerzas atléticas, toma á Couthon en sus brazos y le lleva á la tribuna. Los espectadores aplauden. «Me dicen que soy un anarquista, y que he

puesto á mi departamento en conflagracion,—exclama Couthon.—¡Ah! Si los que aquí son los autores únicos de los disturbios que os agitan fuesen tan puros y sinceros como yo, vendrian ahora mismo á esta tribuna á provocar el juicio de su departamento, dando conmigo su dimision.» Couthon es llevado á su banco en medio de aplausos.

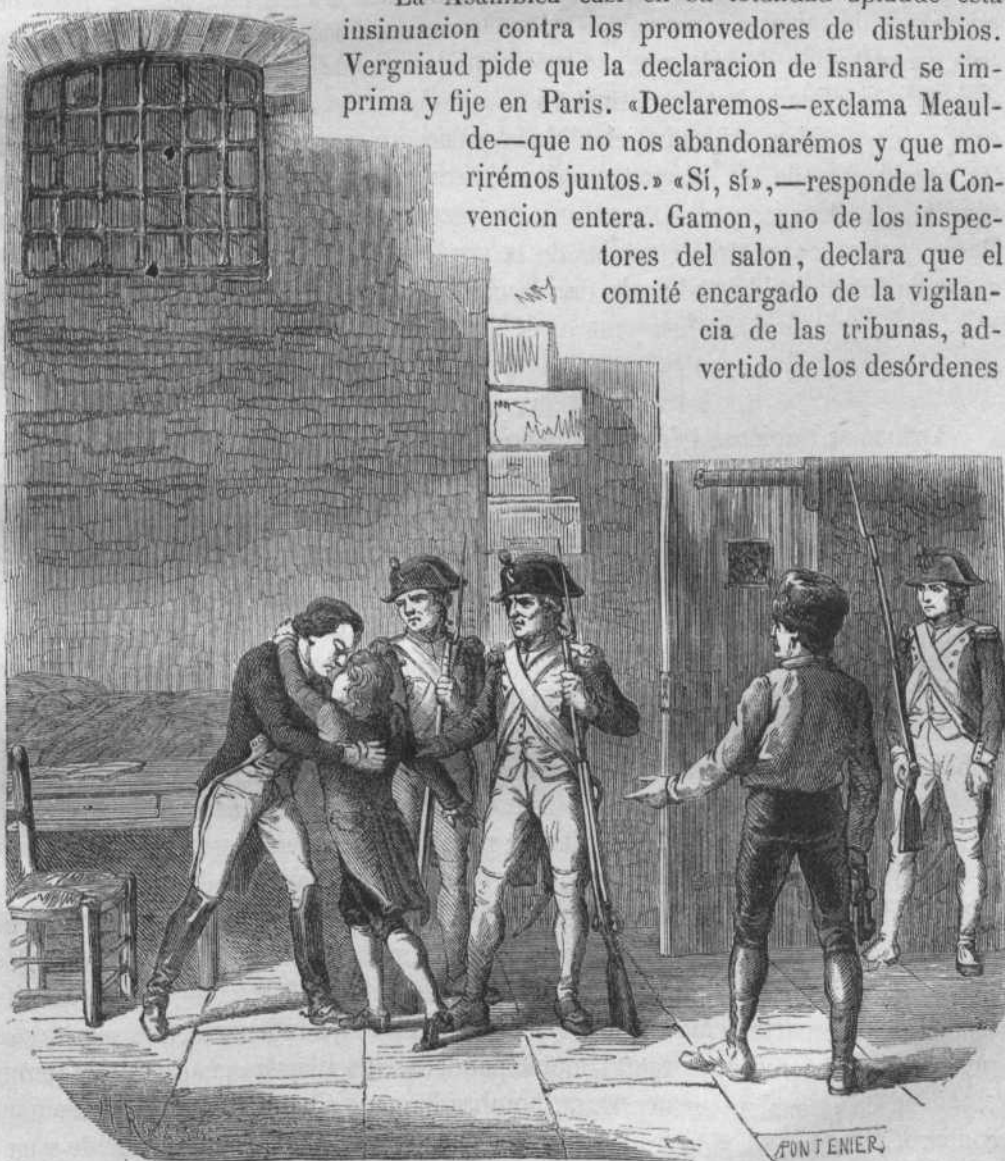
Mudo é inmóvil por largo tiempo Vergniaud, se levanta, restablece los hechos y demuestra que el individuo en cuestion ha sido preso contra todas las leyes. «En cuanto á la doctrina de Couthon sobre las mayorías y las minorías,—añade Vergniaud,—está equivocado. Por lo demas, yo no reconozco mayoría permanente; ésta se halla donde reina la razon y la verdad: no tiene asiento á la derecha ni á la izquierda, pero en cualquiera parte que exista, es un crimen rebelarse contra ella. Couthon dice: «Supongamos una mayoría perversa». Y yo digo: supongamos una minoría perversa, suposicion al ménos tan verosímil como la otra; supongamos una minoría ambiciosa de poder, de dominacion, de despojos; supongamos que quiera fundar su poder en el desórden de la anarquía. ¿No es evidente que si la mayoría no tiene un medio de salvar la libertad de la opresion, podrá llegarse, de minoría en minoría, de los decenviros á los triunviros, y quizá á un rey? Couthon pide que los que sean sospechosos de haber sido causa de nuestras disensiones den su dimision. Ciudadanos, nuestros juramentos y los peligros de la patria nos encadenan á nuestro puesto. Los que se retirasen para eludir las sospechas de los calumniadores, serian unos cobardes.» La noche viene á interrumpir la borrasca.

En la sesion siguiente comenzó de nuevo. La Montaña persistió con sus clamores en reclamar el derecho que tenia la minoría de pedir la votacion nominal de todas las cuestiones. «Cuando se quiso disolver en Inglaterra el Parlamento,—dice Guadet,—se pusieron en planta los mismos medios; se incitó á la minoría contra la mayoría para hacer reinar al menor número sobre el mayor. ¿Sabeis lo que sucedió? La minoría, en efecto, halló medio de oprimir á la mayoría. Llamó en auxilio suyo á los *patriotas por excelencia* (así se calificaban) y á una multitud extrañada á la cual se ofrecia la rapiña y reparticion de las tierras. El carnicero Pride (alusion á Legendre) ejecutó en su nombre aquella purificacion del Parlamento. Fueron expulsados ciento cincuenta miembros, y la minoría, compuesta de sesenta patriotas, quedó dueña del gobierno. Estos *patriotas por excelencia*, instrumentos de Cromwell, fueron expulsados á su vez por él, sirviendo sus propios crímenes de pretexto al usurpador. Entró éste un día en el Parlamento, y dirigiéndose á los pretendidos salvadores de la patria, «Tú—dijo al uno—eres un ladrón. Tú—dijo á otro—eres un borracho. Tú has engordado con los caudales públicos. Tú no haces más que frecuentar lugares sospechosos. ¡Marchaos! Ceded los puestos á los hombres de bien». Se fueron, y Cromwell reinó. Ciudadanos, meditallo: ¿no es el último acto de la historia de Inglaterra el que se nos quiere hacer representar en este momento?»

Un tumulto de mujeres interrumpió desde la tribuna á Guadet. Marat señaló con el ademán á un escritor del partido moderado llamado Bonneville, que asistia á la sesion. «Es un aristócrata infame, es el instrumento de Fauchet»,—exclamó. «Esta denuncia de Marat es un asesinato»,—responde Lanthenas, amigo de madama Roland.—Tú eres—añadió enseñando el puño á Marat—el aristócrata, porque no cesas de incitar á la contrarrevolucion, preconizando el asesinato y la rapiña.»

«Ciudadanos,—dijo con voz conmovida y solemne el presidente Isnard,—lo que está pasando aquí me abre los ojos. Pueblo, legisladores, escuchad: estos tumultos pagados son un plan de la aristocracia, de Inglaterra, del Austria, de Pitt. (*Murmillos*). Sólo los enemigos de la patria pueden interrumpirme. ¡Ah! ¡Si pudiérais abrir mi corazón, veríais en él mi amor por la patria! Y aunque debiera ser sacrificado en este sillón, mi postrer suspiro sería para ella, y mis últimas palabras: ¡Dios mío, perdona á mis asesinos, pero salva la libertad de mi país! Nuestros enemigos, no pudiendo vencernos por sí mismos, proyectan la insurrección del pueblo; el movimiento debe empezar por las mujeres. Se quiere disolver la Convención. Los ingleses se aprovecharán para ello de las circunstancias, y la contrarrevolución quedará hecha. Ese es el proyecto, según me lo han revelado esta mañana, y lo veo confirmado por esas agitaciones; debía declararlo á mi país, y lo he hecho. Ahora que he tranquilizado mi conciencia, espero los sucesos.»

La Asamblea casi en su totalidad aplaude esta insinuación contra los promovedores de disturbios. Vergniaud pide que la declaración de Isnard se imprima y fije en París. «Declaremos—exclama Meaulde—que no nos abandonaremos y que moriremos juntos.» «Sí, sí»,—responde la Convención entera. Gamon, uno de los inspectores del salón, declara que el comité encargado de la vigilancia de las tribunas, advertido de los desórdenes



El duque de Montpensier y el conde de Beaujolais en el fuerte de San Juan.—Pág. 458.

que en ellas excitaban las mujeres, ha hecho prender á algunas y las ha interrogado. Guadet se aprovecha del movimiento y de la indignacion. «Mientras que los virtuosos se lamentan de los peligros de la patria, los malvados se agitan para perderla. Dejad hablar, decia César, y yo obraré.» Guadet refiere á la Asamblea los planes para disolver la Convencion, las reuniones de los conspiradores en la municipalidad, en el Arzobispado y en los Jacobinos; las amenazas de asesinato proferidas contra los brissotinos, rolandistas y moderados; en fin, el tumulto excitado por las mujeres en las tribunas para dar el pretexto y la señal del degüello. «¿Hasta cuándo dormireis, ciudadanos, en el borde del abismo? Apresuraos á burlar las tramas que por todos lados os cercan. Hasta ahora han quedado impunes los conjurados del 10 de Marzo. El mal está en la anarquía, en esta especie de insurreccion de las autoridades de Paris contra la Convencion, autoridades anárquicas que es preciso...» El furor de las tribunas, llenas de agentes municipales, no deja oír las últimas palabras de Guadet. La Montaña prorumpe en invectivas y se agita en ademanes de rabia. El impasible Guadet lee en medio de un profundo silencio los tres proyectos de decreto premeditados por los girondinos para atacar de frente á la municipalidad y reconquistar el imperio de la ley. «Las autoridades de Paris quedan destituidas.—La municipalidad será reemplazada en veinticuatro horas por los presidentes de las secciones.—Por último, los suplentes de la Asamblea se reunirán en Bourges para formar una Asamblea nacional libre de las violencias de Paris, y para concentrar el poder de la república así que llegue á su noticia un atentado contra la libertad de la Convencion.»

VIII

Apénas se hubieron leído estos decretos, exclama Collot-d'Herbois: «Esa es la conspiracion descubierta por sus mismos autores». Barere, el hombre de los papeles dobles, toma la palabra como relator del comité de salud pública. «Es cierto—dice—que existe un plan de movimiento en los departamentos para perder la república; pero es la obra de la aristocracia. Es cierto que Chaumette y Hebert han acogido en la municipalidad proyectos de disolver la Convencion. Es cierto que unos ochenta electores reunidos en el Arzobispado han ventilado medios de purificar la Asamblea nacional, y de ello hemos dado parte al alcalde de Paris, Pache. Es cierto tambien que algunos hombres reunidos en cierto lugar deliberan sobre los medios de cercenar veintidos cabezas de la Convencion, valiéndose para ello de mujeres. No hay duda que esto merece llamar vuestra atencion, y exige vuestra vigilancia.» La derecha aplaude; pero Barere, volviéndose al pueblo, hácia la Montaña, remedia con una mano los golpes que acababa de darle con la otra. «Pero ¿qué os propone Guadet?—añade—¡Destituir las autoridades de Paris! Si yo quisiera la anarquía, apoyaria esta proposicion. (*La Montaña aplaude*). Me habeis puesto en el caso de ver de cerca á esas autoridades; ¿y qué es lo que he hallado? Un departamento débil y pusilánime, secciones independientes rigiéndose por sí mismas como otras tantas municipalidades, un Consejo general de la municipalidad en el cual se encuentra un hombre llamado Chaumette, cuyo civismo no conozco, pero que ha sido fraile; he visto á una municipalidad interpretando y ejecutando las leyes segun sus caprichos, y organizando un ejército revolucionario.

¿Qué remedio reclama este estado de cosas? El comité no ve otro que el de la creacion de una comision de doce miembros escogidos entre vosotros, y encargados de tomar las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública y examinar los actos de la municipalidad.»

Estas ambiguas palabras calmaron la tempestad, aplazando en apariencia las proposiciones de Guadet, pero dejando á los girondinos la certidumbre de triunfar eligiendo á los doce comisionados entre los miembros de su partido. Como por lo regular sucede en circunstancias apuradas, la eleccion de los girondinos no recayó en los hombres moderados, como Vergniaud, Ducos, Condorcet. Los miembros de la comision de los Doce fueron Boileau, Lahosdiniere, Vigée, Boyer-Fonfrede, Rabaut Saint-Etienne, Kervelegan, Saint-Martin-Valogne, Gomaire, Henri Lariviere, Bergoing, Gardien y Mollevault. La sospecha de realismo recaia sobre la mayor parte de estos nombres, en sentir de la Montaña y del pueblo. Era el personal de un golpe de Estado. La comision de los Doce lo intentaba en efecto, pero carecia de fuerza.

No bien se supo en Paris esta victoria de los girondinos en la Convencion, cuando de todas las secciones y de todos los clubs se levantó un grito de alarma. La municipalidad se reunió el 19, deliberándose en ella las medidas más extremadas. Se declaró á la Convencion avasallada é incapaz de salvar la patria; se propuso la prision de los sospechosos; se pidieron las veintidos cabezas de los girondinos dominadores de la Convencion; hubo osadía para presentar el asesinato nocturno y el homicidio individual de los veintidos tiranos como un acto legal, de urgencia y de salvacion pública. Un orador citó como ejemplo la jornada de San Bartolomé. «A medianoche,—dijo,—Coligny estaba en la corte; á la una ya no existia.» Se separaron sin haber decidido otra cosa que la resolucion de la venganza.

El corregidor Pache, interpuesto entre la ley y el pueblo para engañar á la una y adular al otro, cumplia con doblez este papel de magistrado y de faccioso. Combatia en alta voz las medidas excesivas que protegia bajo cuerda. Colocado por su temible cargo entre la Convencion y Paris, era á la vez agente de la una é instigador del otro. Guadet, pidiendo la destitucion de Pache, habia herido el corazon de la anarquía; pero la comision de los Doce no podia hacer otra cosa que burlar sus tramas sin descubrirlas.

Pache vituperó en alta voz é instigó por lo bajo. Robespierre se contentó con lastimarse en los Jacobinos. En los Franciscanos, Marat, Varlet, y hastas las mujeres, pidieron la muerte de los veintidos tiranos. La multitud, acumulada todas las noches en el recinto é inmediaciones del club, parecia dispuesta á moverse.

Instruida la comision de los Doce hora por hora de lo que ocurría en los clubs y del estado de los ánimos, buscaba para destruir con un solo golpe el espíritu de insurreccion medios de fuerza que se desvanecian en su mano. Pedia al corregidor Pache informe sobre informe, y preparaba por sí misma el que habia de dar á la Convencion para obligarla al valor por medio del terror. Pero en circunstancias semejantes, los cuerpos deliberantes, tímidos é indecisos por su naturaleza, quieren que se les preste fuerza y no se les pida. Es necesario presentarse á ellos despues del triunfo, y lo sancionan siempre. Antes ó durante el combate, no sirven más que para desconcertar la victoria.

IX

Vigée, en nombre de la comision de los Doce, leyó el informe á la Asamblea el 24. Cada palabra era una señal de alarma que llamaba á la Convencion en auxilio de sus miembros.

«Habeis instituido una comision extraordinaria,—decia el relator,—invistiéndola con grandes poderes. Habeis conocido que era la última tabla arrojada en medio de la tempestad para salvar la patria.—(*Comienzan al oir esto las risas burlonas en la Montaña*). En su consecuencia,—prosigue Vigée,—hemos jurado salvar la libertad ó sepultarnos con ella. Desde los primeros pasos hemos descubierto una trama horrorosa contra la república y contra vuestra vida. Algunos dias más tarde, la república estaba perdida y no existiríais. (*Crece en las risas en la Montaña*). Si no probamos lo que decimos, ofrecemos nuestras cabezas al patíbulo...» El centro y la derecha aplauden. Entónces el relator lee una serie de medidas de policía más bien que de política, rigurosas en apariencia, impotentes en realidad. «La Convencion pone bajo su salvaguardia á los buenos ciudadanos, á la Representacion nacional y á la ciudad de Paris.—Los ciudadanos tendrán la obligacion de presentarse con exactitud al punto de reunion de sus compañías.—La guardia de la Convencion será reforzada con algunos hombres.—Las asambleas de las secciones se cerrarán á las diez de la noche.—La Convencion, en fin, encarga á la comision de los Doce que le presente inmediatamente grandes medidas para asegurar la tranquilidad pública.»

Tales eran aquellas disposiciones, pueriles si el peligro era extremo, opresivas y vejatorias si el riesgo no existia. Era provocar sin combatir, amenazar sin herir. Los girondinos sabian muy bien que no habia, á excepcion de Marat, ni Cromwell ni conspiracion de asesinato en la Convencion; que Danton y Robespierre se manifestaban ajenos á las maquinaciones subalternas de Pache, Chaumette y Hebert en la municipalidad, y á las tramas del club del Arzobispado; pero querian, como todos los partidos, transformar las sospechas en crímenes, y arrojar sobre sus enemigos de la Convencion el horror público inspirado á los buenos ciudadanos por los proyectos de los malvados. No bien hubo acabado de hablar Vigée, cuando Marat pidió que se motivaran aquellas medidas, fundadas, decia, sobre temores quiméricos y en una fábula aérea. Declaró que no conocia otra conspiracion en Francia que la que se tramaba en los conciliábulos de los hombres de Estado reunidos en casa de Valazé. «Quiero que se nos ilustre,—dijo Thirion.—Los unos nos dicen que existe una faccion de anarquistas, y Marat acusa á otra de hombres de Estado. Temo que éstos quieran vengarse en nosotros y formar el proceso á la revolucion del 10 de Agosto, así como ántes de este dia quiso formarse tambien el de la primera revolucion. ¿Dónde están los crímenes? ¿Quiénes son los culpables?»

La Asamblea estaba indecisa. Un miembro de la Montaña declaró que un ciudadano habia venido á revelarles haberse dicho por un miembro de la comision de los Doce que ántes de quince dias serian exterminados todos los jacobinos. «Y á mí—replicó Vergniaud—me escriben de diferentes puntos de la república que algunos emisarios hacen correr la voz de que mis colegas y yo habrémos dejado

de existir ántes de pocos instantes.» Siendo desmentida por la Montaña la asercion de Vergniaud, Boyer-Fonfrede, de antemano designado por sus amigos de la comision de los Doce para apoyar el informe y obtener el decreto, se lanza á la tribuna.

«¿Dónde estamos, ciudadanos?—dice.—¿Habeis perdido la memoria desde ayer? ¿No habeis decretado hace poco que las secciones de Paris que vinieron á denunciar el peligro merecieron bien de la patria? ¿El mismo corregidor de Paris no os ha denunciado esos individuos que no tienen de hombres más que la figura, y han tratado de degollarnos? ¿No teneis la mesa cubierta y las manos llenas de tales denuncias? ¿Y no se nos quiere permitir que atendamos á la seguridad de los



El diputado Maure lleva á Couthon á la tribuna (sesion del 17 de Mayo).—Pág. 463.

ciudadanos de Paris y á la vuestra! Los que á ello se oponen, ¿no temen verse ofrecidos á Francia indignada, manchados con la sangre de sus colegas? Dicen que nuestro decreto calumnia á Paris; pero ¿no son los ciudadanos de Paris los que pedimos os rodeen? ¿No son los ciudadanos de Paris los que queremos armar contra los malvados? Nuestras conspiraciones no son más que una quimera, dicen Marat y Thirion. Ciudadanos, los que han sido destinados á la muerte, se consagran por sí mismos á la inculpacion de la calumnia. Vigilarán sobre vosotros, así como vosotros debeis vigilar por la libertad; respiran aún, y es para ella. ¡Salvad á Paris! ¡Salvad la república! Ved nuestros departamentos: están en pié, están armados. La república está disuelta si sois los únicos en Francia que carezcáis de valor. Sí, en caso de perecer los colegas que tanto he apreciado, no quiero sobrevivirles. El dia mismo en que se cometa semejante atentado, proclamaré desde esta tribuna un desquiciamiento funesto aborrecido hasta el dia, fatal á todos quizá, pero hecho necesario por la violacion de lo que hay de más sagrado en la tierra. Sí,

le proclamaré; los departamentos no estarán sordos á mi voz, y la libertad hallará aún algun asilo.» Esta alusion desesperada á la federacion de los departamentos contra Paris arranca aplausos de las tres cuartas partes del salon. «Ciudadanos, — continúa Fonfrede, á quien el interes por sus amigos parece elevar sobre el piso de la tribuna, — ¡cuán bien acompañados volarán los manes de nuestros colegas proscritos! Las listas de proscripcion estaban hechas. Diez mil ciudadanos de Paris debian ser encarcelados y degollados. Ciudadanos de Paris, la causa de los representantes es la vuestra. ¡Despertad! ¡Protegeos á vosotros mismos!»

X

La Asamblea, arrastrada por este torrente de elocuencia y de valor, se disponia á votar el artículo primero, cuando Danton, encubriendo bajo una fingida imparcialidad la indecision que le agita, sube con lentitud las gradas de la tribuna. Negar los peligros en que se encuentra la Representacion es imposible; sostener á los girondinos es despopularizarse; perderlos es entregar la dictadura á Robespierre, á quien teme, ó á Marat, á quien desprecia.

«Ese artículo—dice—nada tiene en sí de malo, porque no hay duda que la Representacion nacional necesita estar bajo la salvaguardia de la nacion; pero eso se halla escrito en todas las leyes. Decretar lo que se os propone sería decretar el miedo. ¿Puede acaso anunciar la Convencion nacional á la república que se deja dominar por el miedo? Se ha calumniado á Paris. Pache, á quien acusais de no haber venido á dar cuenta, ha informado al comité de salud pública. Las leyes bastan. Guardaos de ceder al temor, y no nos dejemos arrastrar por las pasiones. Temamos, por el contrario, que despues de haberse creado una comision para descubrir las tramas que se urden en Paris, se nos venga á pedir la creacion de otra para averiguar los crímenes de los que extravian los ánimos en los departamentos.»

Calla Danton, y Vergniaud se levanta, diciendo: «No hablaré con ménos sangre fria que Danton, porque estoy personalmente interesado en la conspiracion, y quiero convencer á los que proyectan asesinar me que no los temo. Danton os dice que nos exponemos á calumniar á Paris dando crédito á estas tramas. Si esta imputacion de calumniar á Paris se dirige á la Convencion en masa, es una impostura. Si sólo se entiende de los que como nosotros no han cesado de repetir que es preciso distinguir á los ciudadanos de Paris de una turba de asesinos que se agitan por las calles de esta inmensa ciudad, que sólo esta turba es culpable de los crímenes que han manchado la revolucion, condoliéndose de ello los buenos ciudadanos, Paris ha sido calumniado, sí, pero ¿por quién? Por los perversos, que para asegurarse la impunidad de sus crímenes tienen la audacia de confundirse con el pueblo. Danton os dice: «No manifesteis un espanto indigno de vosotros». Distingamos, ciudadanos. Como hombres, no debemos pensar en nuestra vida; pero como representantes, debeis á la patria, amenazada en vosotros, precauciones extraordinarias. Se os propone que obreis con moderacion, porque se trata de vuestra seguridad personal, y yo digo que por eso mismo debe obrarse con prontitud y vigor. Si por vuestro valor no disipais los peligros que os rodean, si no asegurais, no sólo vuestra vida, sino tambien vuestra independendencia, vendeis la patria, entregais el pueblo, y perdeis la unidad de la república. No es el que se defiende con-

tra un asesino quien tiene miedo, no es el que castiga el crimen el que teme, sino quien le deja triunfar y reinar». Vergniaud justifica despues, artículo por artículo, el proyecto de decreto, y continúa: «Ciudadanos, recordad lo que una de las secciones fieles os ha dicho en la barra: *¡Atrevecos á ser terribles, ó sois perdidos!* Atrevecos á atacar de frente á vuestros enemigos, y los vereis hundirse en el polvo. ¿Quereis cobardemente esperar que vengan á hundiros el cuchillo en el pecho? Proclamadlo en alta voz; ninguno de vosotros morirá sin venganza. Nuestros departamentos están en pié. No hay duda que la libertad sobreviviría á nuevas tormentas; pero podría suceder muy bien que fuese á buscar ensangrentada un asilo en los departamentos meridionales. Salvad con vuestra firmeza la unidad de la república, y si no teneis el valor de hacerlo, abdicad vuestras funciones, y pedid á Francia sucesores más dignos de su confianza».

Electrizada la Asamblea por estas palabras, vota el decreto propuesto por la comision de los Doce.

Los girondinos se apresuraron á servirse de las armas que acababan de obtener. A las nueve de la noche, Hebert, uno de los sustitutos de la municipalidad, recibió la órden de comparecer ante la comision. El Consejo de la municipalidad estaba en sesion permanente. Hebert acude allí ántes de obedecer á la Convencion, con el intento de excitar la indignacion contra la nueva tiranía. Recuerda á sus cómplices el juramento que han prestado de confundir su causa y considerarse todos como heridos en la persona de uno solo de ellos; declara que no evoca este recuerdo por lo que á él toca, por cuanto está dispuesto á marchar al patíbulo. Sale, vuelve á entrar y abraza á Chaumette, como un hombre que va á la muerte. El presidente y los miembros del Consejo estrechan á Hebert en sus brazos. Chaumette anuncia pocos momentos despues que Michel y Marino, administradores de policía, acaban de ser presos por órden de la comision de los Doce. Intimidado el Consejo, vacila entre la consternacion y la rebellion. Sucédense unas á otras en la casa municipal las diputaciones de las secciones que vienen á fraternizar con la municipalidad, jurando vengarse en sus enemigos. El Consejo envia, hora por hora, diputaciones á la comision de los Doce para informarse de la suerte de Hebert y sus colegas. A las doce de la noche se anuncia que Hebert ha sido interrogado; á las dos, que ha terminado su declaracion; á las tres, que ha sido preso Varlet, uno de los oradores más fogosos de los Franciscanos; á las cuatro se levanta un grito de indignacion al saberse la prision definitiva de Hebert, á quien la comision de los Doce habia hecho conducir á la Abadía.

Los periódicos del día siguiente esparcieron por todo Paris el grito de venganza dado por la municipalidad. Publicaron una carta de Vergniaud á sus conciudadanos de la Gironda, fechada en *Paris, bajo la cuchilla*. «Os escribí ayer—decia Vergniaud—con el corazon lastimado, no por los riesgos que arrostro, sino por vuestro silencio. Aguardo á mis enemigos y tengo aún la seguridad de hacerles palidecer. Dicen que hoy ó mañana es cuando deben venir á solicitar que se les sacie con sangre de la Convencion nacional; pero dudo que tengan esta osadía, si bien el terror ha entregado las secciones á un puñado de facinerosos. Estad dispuestos, porque si me obligan á ello, os llamo desde la tribuna para que vengais á defendernos, si es tiempo aún, ó para que vengueis la libertad, exterminando los tiranos. ¡Girondinos, no hay un momento que perder!...»

XI

La publicacion de esta carta, las deliberaciones de las secciones, las funestas noticias llegadas por la noche de la Vendée y de las fronteras, las maniobras de Pache, la exasperacion de los Jacobinos, de los Franciscanos y de la municipalidad, exaltaron hasta el extremo el frenesí popular. El ayuntamiento decidió que se presentase una peticion á la Convencion exigiendo el inmediato juicio de Hebert. Esta peticion, que pasó de unas secciones á otras, dió márgen á los más encarnizados debates, firmándose en éstas, rasgándose en aquéllas; pero la mayoría se adhiere á ella y jura acompañar á los ciudadanos que tengan valor para llevarla á la barra. La comitiva se aumenta en el camino por esa turba inmensa arrastrada siempre por la corriente de una pública agitacion. Los peticionarios son introducidos en la barra en corto número. Isnard estaba presidiendo, y en su actitud brillaba toda la resolucion de su partido, pareciendo que su fogosidad de carácter era contenida por la dignidad de su cargo de presidente. Fijaba en los peticionarios la mirada de Ciceron sobre Catilina, cuando meditaba su inmortal discurso contra el conspirador romano; parecia que estaba esperando la sedicion en las palabras para aterrorizarla en nombre de la ley.

Al oír las primeras palabras del orador de la diputacion, empezaron á levantarse murmullos en la derecha. Danton, reclamando enérgicamente el silencio, afecta cubrir á los peticionarios con su proteccion. «Venimos—dice el orador de la municipalidad—á denunciaros el atentado cometido en la persona de Hebert.»

Los girondinos se indignan al escuchar la palabra atentado.

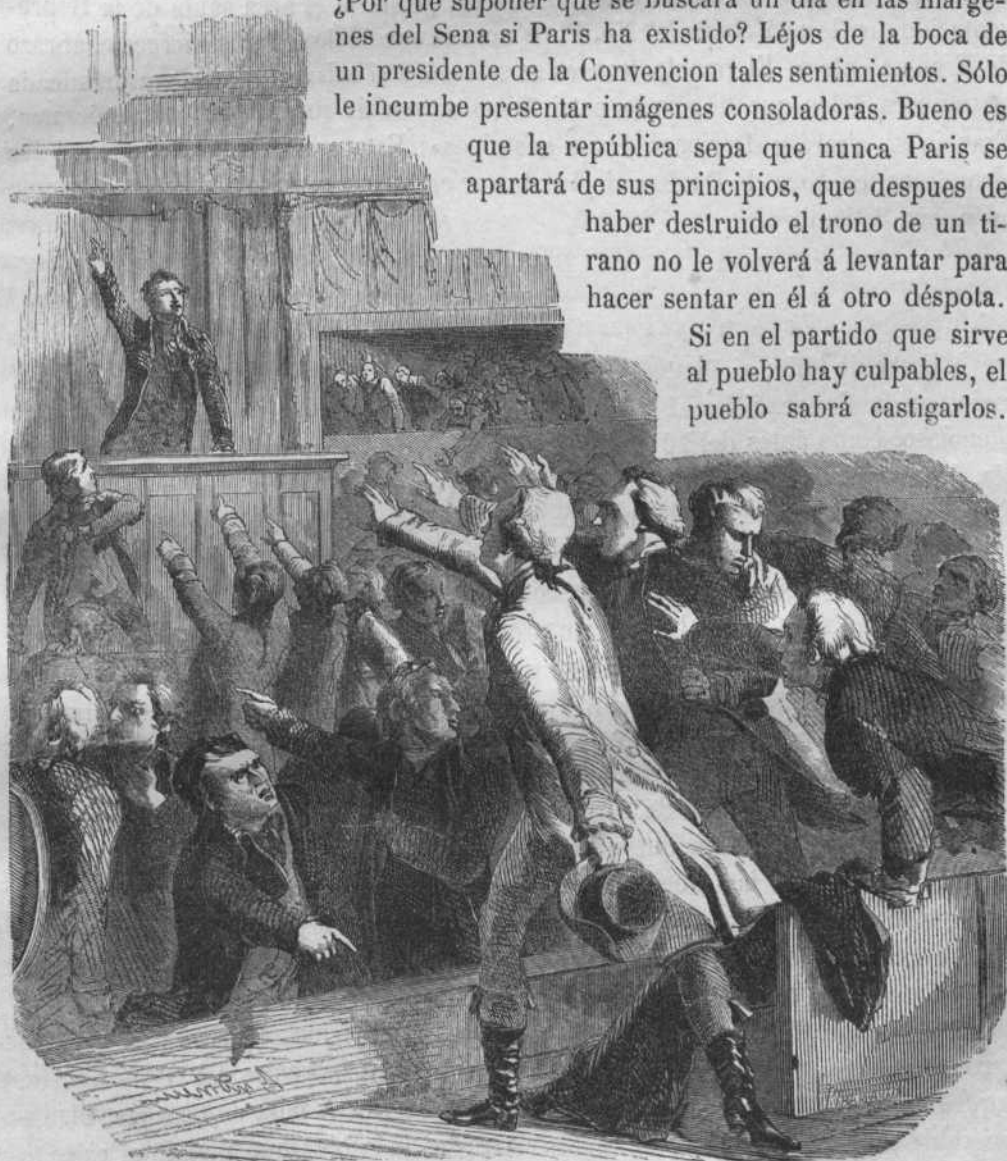
«Sí,—prosigue el orador,—Hebert ha sido arrancado del ayuntamiento y conducido á los calabozos de la Abadía. El Consejo general defenderá la inocencia hasta la muerte. Pedimos que nos sea devuelto. Las prisiones arbitrarias son para los hombres de bien coronas cívicas.» Las tribunas y la Montaña prorumpen en aplausos. Isnard se levanta y los contiene con un ademan imperioso. «Magistrados del pueblo,—dice á los peticionarios,—la Convencion, que ha hecho una declaracion de los derechos del hombre, no consentirá que un ciudadano esté aherrojado si no es culpable. Creed que obtendreis una justicia pronta, pero escuchad tambien vosotros las verdades que voy á deciros. Francia ha puesto en Paris el depósito de la Representacion nacional, y Paris debe respetarlo. Si por ventura se envileciese á la Convencion, si acaso una de esas insurrecciones que desde el 10 de Marzo se renuevan sin cesar, y de que vuestros magistrados—añade aludiendo á Pache—nunca han advertido á la Convencion...» En la Montaña se oyen violentos murmullos, la Llanura aplaude. Isnard, impasible, continúa: «Si por estas insurrecciones siempre naciesen aconteciera que se vulnerase la Representacion nacional, os lo declaro en nombre de Francia entera...» «¡No, no, no!»—exclama la Montaña. Lo restante de la Asamblea se levanta para sostener al presidente, y trescientos miembros exclaman á la vez: «¡Sí, sí, sí! ¡Decid en nombre de Francia entera!» «Sí, os lo declaro en nombre de Francia entera,—prosigue Isnard,—Paris sería anonadado...» Estas últimas palabras quedan al punto envueltas por las imprecaciones de la Montaña y por las rechiflas y pataleos de las tribunas. Los girondinos y sus amigos apoyan las amenazas del presidente, repitiéndolas con el

brazo extendido como para un juramento. «Bajad del sillón,—vocifera Marat;—estais deshonrando á la Asamblea y protegiendo á los hombres de Estado.» El presidente, sin mirar á Marat, concluye su frase: «Y presto se buscaria por las márgenes del Sena si Paris habia existido». Danton se levanta como si hubiera oido una blasfemia, y pide la palabra. Isnard continúa: «La espada de la ley, que aún destila la sangre del tirano, está pronta á caer sobre la cabeza del que osare sobreponerse á la Representacion nacional».

Isnard vuelve á sentarse, y le sucede Danton. «Bastante y por sobrado tiempo se ha calumniado á Paris en masa. ¿Qué significa esa imprecacion del presidente contra Paris? Es bastante extraño que se nos presente la devastacion de Paris por los departamentos, si esta ciudad se hiciese culpable...» «Sí, sí, lo harian»,—le responden los girondinos. «Tambien yo soy entendido en figuras oratorias,—replica Danton.—Hay en la respuesta del presidente un sentimiento de amargura.

¿Por qué suponer que se buscará un dia en las márgenes del Sena si Paris ha existido? Léjos de la boca de un presidente de la Convencion tales sentimientos. Sólo le incumbe presentar imágenes consoladoras. Bueno es que la república sepa que nunca Paris se apartará de sus principios, que despues de haber destruido el trono de un tirano no le volverá á levantar para hacer sentar en él á otro déspota.

Si en el partido que sirve al pueblo hay culpables, el pueblo sabrá castigarlos.



El presidente Isnard en la sesion del 21 de Mayo.—Pág. 472.

Pero atended á esta gran verdad: si fuera menester escoger entre dos excesos, valdria más arrojar-se hácia el de la libertad que retroceder á la esclavitud. Hace algun tiempo que están oprimidos los patriotas en las secciones. Conozco la insolencia de los enemigos del pueblo, y no gozarán mucho tiempo de su ventaja, porque el pueblo desengañado los anonadará. Entre los buenos ciudadanos los hay demasiado impetuosos; pero ¿por qué hemos de achacarles á crimen la energía que emplean en servir al pueblo? Si no hubiesen existido hombres fogosos, no hubiera habido revolucion. No quiero exasperar á nadie, porque al defender la razon tengo la conciencia de mi fuerza. ¡Que se encuentre un crimen en mi vida!... (*Un sordo murmullo recorre los bancos de la Gironda*). Pido que se me envíe el primero al tribunal revolucionario, si me hallan culpable. He dado mis cuentas.» «¡No se trata de eso!»—le gritan desde la derecha. Danton vuelve al texto de sus ideas: «Es preciso reunir los departamentos, pero no irritarlos contra París. ¡Cómo! París, que ha quebrantado el cetro de hierro, ¿violaria el arca santa de la Representacion que le está confiada? No, París ama la revolucion, París merece el abrazo de Francia entera. El pueblo frances se salvará á sí mismo, y una vez arrancada la máscara á los que fingiendo patriotismo sirven de muralla á los aristócratas, Francia se alzar-á y derribará á sus enemigos». Esta amenazadora alusion á los girondinos, en boca de Danton, dejó entrever en un porvenir más ó ménos remoto un nuevo Setiembre.

XII

A pesar de todo, ni Danton ni Robespierre meditaban la muerte de sus adversarios en la Convencion. El primero vacilaba sin decidirse, y el otro observaba silencioso, como ántes del 10 de Agosto, los sucesos sin mover ni contener al pueblo. Las sesiones de los Jacobinos, casi desiertas desde que la lucha de los partidos se concentraba en la Convencion, oian raras veces su voz.

Sólo la víspera de la insurreccion, y siendo ya segura la victoria, fué cuando Robespierre prorumpió en amenazas contra la comision de los Doce.

Su palabra confirmó á las secciones en su pensamiento aún indeciso. Los agitadores del ayuntamiento se reunieron y tomaron el nombre de Club central ó de la Union republicana. Decidieron hacer intimaciones á la municipalidad para que se insurreccionase, convocase la fuerza armada y cerrase las barreras de París hasta que la Convencion hubiese hecho justicia al pueblo. Henriot, nombrado comandante general en reemplazo de Santerre, les respondia de las bayonetas. Era Henriot uno de esos hombres que se elevan sobre la hez de la sociedad cuando se remueve. Nacido en las afueras de París y entregado en su juventud á todas las profesiones sospechosas de una capital, primero criado sin probidad, despues charlatan y espía de policía, la revolucion de 1792 le abrió las puertas de Bicetre, donde estaba encerrado por algunos delitos, saliendo de allí, como salen las inmundicias de un albañal, para ensuciar é infectar la poblacion. Audaz en su actitud, pero cobarde de corazon, se ostentó en las filas de los insurgentes del 10 de Agosto, saqueó despues de la victoria y degolló en las cárceles. A falta de hazañas, distinguieronle sus crímenes entre las turbas. Arrastró más bien que mandó al ejército de las secciones, disciplinadas por él para la anarquía.

Esta anarquía en que se agitaban las secciones alcanzaba también al gobierno, de suerte que la comisión de los Doce no tenía para hacerse obedecer ni la ley ni las armas. La municipalidad, verdadero gobierno de París, estaba en rebelión, unas veces abierta, otras encubierta, contra la Convención. En cuanto á los ministros, se atrincheraban en el círculo de sus atribuciones administrativas, esclavos complacientes de los comités, cuyas órdenes recibían. El ministro del Interior, Garat, era el único encargado de la vigilancia de París y de la seguridad de la Convención. Pero Garat, inútil en momentos de crisis, era uno de esos hombres que se amoldan á los acontecimientos. Amigo de los girondinos en el alma, pero procurando captarse también el favor eventual de Danton, de Robespierre y de la Montaña, iban siempre sus palabras y sus actos marcados con el sello de esa templanza que, dando esperanzas á los dos partidos, sacrifica en el momento crítico al más justo por el más feliz. Siempre hay uno de esos hombres funestos á la cabeza de los partidos que van á perecer; armas de mal temple que se rompen en la mano del que quiere usarlas.

XIII

Pache, en la sesión del 27, respondió de la tranquilidad de la capital y de la seguridad de la Convención.

A consecuencia de este informe, que consternó á los girondinos, pidió Marat la supresión de la comisión de los Doce como inútil, provocando á la insurrección. «Y no sólo á la comisión de los Doce hago la guerra. Si la nación entera fuese testigo de vuestras tramas liberticidas,—dijo encarándose á Vergniaud y Guadet,—os haría conducir al patíbulo.» Algunas diputaciones de las secciones habían venido á reclamar los ciudadanos presos, pidiendo con insolencia que los miembros de la comisión de los Doce fuesen enviados al tribunal revolucionario. «Ciudadanos,—les respondió el presidente Isnard,—la Asamblea os perdona en atención á vuestra juventud.» Irritada la Montaña, se levanta al oír esto. Robespierre se precipita á la tribuna, donde los gritos de la mayoría ahogan su voz. «¡Sois un tirano, un infame!»—grita Marat á Isnard. «Quieren degollar individualmente á todos los patriotas»,—añade Charlier. «¡Los tiranos á la Abadía!»—exclaman por todas partes. La Convención, dividida en dos campos, no habla sino por gestos, que todos parecen envolver el desafío y la muerte de hombre á hombre, de partido á partido.

La voz de Vergniaud domina por un momento el tumulto. «No más discursos,—dice:—¡obras! Vamos á votar la convocación de las asambleas primarias. Es el único remedio que nos queda en el estado en que nos hallamos. ¡Francia sólo puede salvar á Francia!»

Los girondinos, á la voz de Vergniaud, se levantan y agrupan, manifestando con su actitud y gritos que se adhieren á proposición tan desesperada. Legendre y los jóvenes montañeses aceptan también el desafío, y gritan: «¡La votación nominal!» El presidente se dispone á ello.

Temblando que la votación nominal diese la victoria á los girondinos, la Montaña y los patriotas prorumpen en imprecaciones contra Vergniaud. «¡Levantemos la sesión!»—gritan los moderados. Isnard se cubre. Las voces, enronquecidas por

los clamores, se acallan. Danton, impasible al parecer hasta entónces, se dirige á los girondinos. «Os lo declaro,—dice con una voz que recuerda el estampido del cañon del 10 de Agosto,—os lo declaro, tanta imprudencia comienza á cansarnos.» Estas palabras significativas en boca del hombre de Setiembre son cubiertas de aplausos por las tribunas. La Montaña pide que se inserten en el acta, no como la aclamacion de un miembro aislado, sino como el pensamiento de todo un partido. El mismo Danton lo reclama, y sube á la tribuna movido por la impaciencia de su alma y por las manos de sus amigos. El silencio que Robespierre no ha podido obtener, se restablece al aspecto de Danton. Aquél no es más que la palabra del pueblo, pero éste es su brazo levantado. Todos atienden al golpe que va á dar.

«Declaro á la Convencion y á todo el pueblo frances que si persiste en detener aherrojados á unos ciudadanos cuyo crimen es un exceso de patriotismo, que si se niega el uso de la palabra á los que quieren defenderlos, declaro, digo, que con sólo cien buenos ciudadanos que haya aquí, resistirémos.» «Sí, sí»,—responde á una voz la Montaña. «Declaro—añade—que la denegacion de la palabra á Robespierre es una cobarde tiranía. La comision de los Doce vuelve las armas que habeis puesto en sus manos contra los mejores ciudadanos. ¡El pueblo frances juzgará!»

Danton baja y le sucede Thuriot, que llena de invectivas la accion y las palabras del presidente. «El es—dice—quien con sus respuestas incendiarias trata de encender la guerra civil en Paris, y él quien amenaza á esta capital con la destruccion.» «Presidente,—gritó Lanjuinais á Isnard,—no os humilleis respondiendo.» Por ambas partes se reclama de nuevo la votacion nominal ó el juicio del pueblo. Bazire se precipita á las gradas de la escalera que conduce al sillón del presidente. Algunos girondinos le detienen, y cubren con su cuerpo á Isnard. «Quiero arrancar de su mano—dice aquél—la señal de la guerra civil escrita en su respuesta á los peticionarios.» «Y yo,—dice Bourdon de l'Oise,—si el presidente tiene la audacia de proclamar la guerra civil, le asesino.» Se empieza la votacion nominal; pero es interrumpida por la acumulacion y el ruido del inmenso tropel de gente atraida á los corredores de la Convencion por la gravedad de la medida. «He querido salir en vano,—declara el diputado Lidon;—me han puesto la punta de un sable al pecho.»

La Montaña acusa á los girondinos de haber hecho venir alrededor del salon compañías de adictos suyos. Se interroga al comandante Raffet, y declara que habiendo marchado de órden de sus jefes, en el momento de estar restableciendo el órden, Marat, con una pistola en la mano, se ha adelantado hácia él, y poniéndole el cañon en las sienes, ha amenazado hacer fuego si no se retiraba. «He apartado el arma y he cumplido con mi deber»,—añade el oficial. Marat desmiente el hecho. El tumulto se acrecienta. Los aplausos de la Llanura vengán al comandante Raffet de los ultrajes de Marat. Se le admite á los honores de la sesion. La opinion, indignada, se inclina evidentemente hácia los girondinos.

La Asamblea se halla en uno de esos momentos de oscilacion en que sólo una palabra puede mover á los grandes auditorios á tomar las medidas más decisivas. Garat, ministro del Interior, entra en el salon con Pache. Todas las miradas se vuelven hácia ellos. El primero obtiene la palabra, y la emplea en defender á las secciones y á los conspiradores.

Aquellas apologías y justificaciones que en favor de ellos hace Garat irritan á la derecha, que le reconviene por discutir en vez de ceñirse á dar cuenta. La Montaña se declara por el ministro, y Legendre se arroja sobre Guadet con el brazo levantado; pero los amigos de éste le rodean y amparan. En la Llanura se oye gritar *¡Al asesino!*, y el presidente interrumpe por tercera vez la deliberacion con la señal de conflicto, la cual restablece el silencio. Garat acrecienta sus insinuaciones contra la comision de los Doce. «Aseguro á la Convencion—dice—que no la amenaza peligro alguno, pudiendo volver cada uno de vosotros en paz á su casa. Respondo de ello con mi cabeza.»

El silencio de la consternacion sucede en los bancos de los girondinos á estas



Marat y el comandante Raffet en los corredores de la Convencion.—Pág. 476.

palabras del ministro, que les entrega á sus enemigos. Garat baja de la tribuna entre los aplausos de la Montaña, y va á sentarse en medio de los girondinos. Con esta actitud de falsa generosidad, afecta Garat participar de los peligros de sus amigos en el mismo momento en que los vende.

Danton le sucede. «Me prometo—dice con radiante aspecto—que de esta grande lucha surgirá la verdad, como del rayo nace la serenidad del aire. Hay hombres,—añade con acento de orgullosa amargura, mirando á Vergniaud y Guadet,—hay hombres que no pueden despojarse de un resentimiento. Por lo que á mí toca, la naturaleza me ha hecho impetuoso, pero exento de odio.» Ofrece al parecer por la última vez su neutralidad á los girondinos, mas éstos la rehusan.

Pache, animado por el favor que las tribunas dispensan á Garat, desarrolla con más astucia las acusaciones contra la comision de los Doce. «Debo declarar—dijo concluyendo—que la comision de los Doce ha dado orden á tres secciones adictas, la de la Butte-des-Moulins, la del Mail y la de Noventa y dos, de tener dispuestos trescientos hombres armados.»

A estas palabras estalla en las tribunas un grito de indignacion, y las diputaciones de las secciones se apiñan tumultuosas á las puertas del salon. Pache pide á la Convencion que les oiga; los girondinos quieren levantar la sesion. Fonfrede baja del sillón, y Herault de Sechelless le reemplaza. Agradable al pueblo de las tribunas por la gracia de su rostro y por su juventud, grato á la Montaña tambien por el exagerado republicanismo que afecta, esclavo de toda popularidad por su ambicion, Herault de Sechelless se ve acogido en la presidencia por los aplausos de la sala toda. Su sola presencia es la señal de una concesion. Muchos se retiran por no ser testigos de los ultrajes que van á hacerse á la Representacion nacional, y los montañeses se diseminan por los bancos desiertos.

El orador, en nombre de veintiocho secciones de Paris, vuelve á pedir á la Convencion que Hebert sea puesto en libertad. «Gemimos—dice—bajo el yugo de un comité despótico, como ántes gemíamos bajo un tirano. Devolvednos los verdaderos republicanos. Libradnos de una comision tiránica, y que sea en esta misma sesion...» «Sí, sí»,—exclaman los miembros de la Montaña. Apenas deja Herault de Sechelless al orador de las secciones terminar su frase.

«Ciudadanos,—responde á los peticionarios,—la fuerza de la razon y la del pueblo son una misma cosa. Contad con la energía nacional cuya explosion notais en todas partes. La resistencia á la opresion es tan sagrada como el odio á los tiranos en el corazon humano. Representantes del pueblo, os prometemos justicia, y os la harémos.»

Estas palabras del presidente, repetidas de boca en boca desde el pié de la tribuna hasta en los jardines y patios, anuncian al pueblo su triunfo. En algunas horas, la mayoría, personificada en los tres presidentes de la sesion, se ha mudado tres veces á fuerza del impulso que el movimiento exterior ha comunicado al salon: resuelta primero é implacable en Isnard, moderada y conciliadora en Fonfrede, cómplice en fin y sediciosa en Herault de Sechelless. Enardecidos por esta acogida otros oradores de las secciones, acrecientan su audacia é invectivas contra los Doce: «Los patriotas están aherrojados. Las escenas del 17 de Julio se preparan. La república se halla destruida. No en vano habrémos jurado vivir libres ó morir. El foco de la contrarevolucion está en vuestro seno. ¿Será este palacio aún el de las Tullerías? Diputados de la Montaña, no podeis acercaros á esta sala sin andar sobre millares de cadáveres, sin ver la sangre de los patriotas que han conquistado para vosotros este palacio. Teneis á vuestra disposicion cien mil brazos armados. Os pedimos la libertad de Hebert, el proceso del infame Roland y la supresion de la comision de los Doce». «Cuando se violan los derechos del hombre,—responde Herault de Sechelless,—es preciso decir: ¡la reparacion ó la muerte!»

Esta provocacion á la insurreccion desde la tribuna, dada por el presidente en nombre de la mayoría, es como una orden. Lacroix convierte en decretos las peticiones de las secciones, y la Convencion las vota. Unense los peticionarios á los diputados, ocupando los huecos hechos por la Gironda, y votan con ellos. Restitúyese la libertad á Hebert, Varlet y sus cómplices. Queda suprimida la comision de los Doce. La Convencion levanta la sesion á medianoche, y el pueblo satisfecho se retira en medio de las voces de *¡Viva la Montaña! ¡Mueran los reñtidos!*

LIBRO CUARENTA Y UNO.

Complots.—Lanjuinais.—Danton.—Hebert conducido en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de Mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos.—Votos concedidos á los peticionarios.—La Convencion.—El pueblo.—Los girondinos.

I

Aquella fué una noche de agitaciones, terrores pánicos y conciliábulos. Mientras que los girondinos, reunidos en casa de Valazé, concertaban entre sí los medios de recobrar una victoria que los montañeses debian tan sólo á una sorpresa, Marat, Hebert, Dobsent, Varlet, Vincent, Fournier el Americano, el español Guzman, que era á Marat lo que Saint-Just á Robespierre, Henriot y unos sesenta miembros de los más exaltados de las secciones, se reunieron en un salon del Arzobispado cerrado al público. Allí deploraron los resultados de una victoria que, no dándoles despojos ni víctimas, dejaba á sus enemigos la vida, la tribuna, la palabra, la prensa, partidarios en algunas secciones del centro de Paris, y las ocasiones de recobrar su ascendiente. ¿Qué importaban á aquellos hombres de sangre las oscilaciones infructuosas de mayoría en una Convencion que era libre aún? Querian una Convencion esclava, instrumento dócil de sus furores, y que sólo conservase el nombre de Representacion nacional para encubrir el avasallamiento de los departamentos. Cada uno de aquellos hombres aspiraba al papel de los Gracos, de Clodio, de Mario, de Syla, de Catilina, y se creia más gran político á medida que meditaba más siniestras ejecuciones. Debatieron mil planes. Un jóven, más bien depravado que ilustrado por las letras, Varlet, desconocido aún, explanó un proyecto de asesinatos individuales, inspirado ostensiblemente por los recuerdos de Setiembre. Varlet habia fingido falsas correspondencias de los girondinos con el príncipe de Coburgo, documentos destinados á evocar la infamia y la execracion del pueblo sobre aquellos pretendidos traidores á la patria. Por la noche debia irse á prenderlos uno á uno en sus habitaciones, y conducidos sin aparato á una casa aislada del arrabal de Santiago, habian de ser muertos en secreto, sepultándolos en huesas abiertas de antemano en un jardin inmediato, y ocultando al público las causas de su desaparicion. Al siguiente dia, la publicacion de la correspondencia fingida entregaria sus nombres á la execracion pública, se divulgaria el rumor de su fuga á países extranjeros, y cuando la verdad llegase á desmentir estas suposiciones, ya estaria la república salvada, la municipalidad reinaria, y el pueblo daria gracias á sus vengadores.

Tal era el plan de Varlet, el cual halagaba á los ejecutores de Setiembre; pero

fué rechazado por Dobsent y por el mismo Marat, primero, por ser una superchería indigna del pueblo, y despues, por reducir las víctimas á muy poco número. Se resolvió que el mismo pueblo hiciera la purificacion, designando las víctimas que necesitase su venganza. Los unos fijaban en treinta el número de cabezas pros critas, y los otros lo hacian llegar hasta ochenta, dejando á la casualidad el cuidado de designarlas. Los conjurados se separaron para comunicar á las secciones y arrabales el santo y seña fijado por Marat, que era: «No más paliativos». Se ha escrito que en la misma noche otro comité superior de ejecucion, compuesto de Robespierre, Danton, Fabre, Pache y algunos otros miembros principales del ayuntamiento y Convencion, se habia reunido en Charenton, en la casa donde se urdieron los movimientos del 20 de Junio y 10 de Agosto, y que allí, los principales jefes de la Montaña se habian entregado recíprocamente sus enemigos, como Octavio, Antonio y Lépido; pero nunca se ha probado este aserto.

Arrastrado á pesar suyo en la lucha Danton, hubiera deseado que la victoria se limitase á la humillacion de los girondinos, pues estaba muy ajeno de conspirar por la muerte de los rivales que más admiraba y que ménos temia en la Convencion. Tenia sobre ellos la ventaja de la popularidad, que para él era suficiente, y su corazon se interesaba por ellos. «No,—decia la víspera,—no merecen tanto encono esos buenos oradores; son entusiastas y ligeros como la mujer que les inspira. ¿Por qué no toman á un hombre por jefe? Esa mujer los perderá; es la Circe de la república.» Danton aludia á madama Roland, que habia humillado su orgullo.

Inquieto y perturbado á consecuencia de aquel desquiciamiento de la Convencion, Robespierre se encerró la víspera de la crisis en el retiro más profundo, como un hombre que teme tocar á un acontecimiento por no hacerle desviar ó abortar. Sólo puso en la balanza algunas palabras exigidas á su situacion por el cuidado de la popularidad. Marat fué el único que alentó la cólera del pueblo y luchó con los girondinos cuerpo á cuerpo hasta derribarlos. ¿Era aquello venganza, ambicion, vanidad de un gran papel, ó inquietud de un espíritu que nunca descansaba? De todo ello habia en el carácter de Marat; pero su mayor gozo era el de hallarse en escena y representar al pueblo luchando á muerte contra sus pretendidos enemigos.

Los girondinos, reunidos en casa de Valazé, supieron las resoluciones del comité por una casualidad. Un confederado breton partidario suyo, llegado á Paris por entónces, pasaba la noche del 27 delante del Arzobispado, y notó que se apiñaban á la puerta algunos grupos, y que dejaban entrar al que enseñaba al conserje cierta medalla de cobre. Movido el breton por la curiosidad, sacó del bolsillo una moneda de cobre que confundió el conserje con la medalla. El confederado entró; pero no bien hubo empezado la deliberacion, cuando advirtió su yerro y temió ser descubierto; pero le salvaron la confusion y agitacion de los ánimos. Salió sin que nadie reparase en él, y corrió á avisar á un diputado de su departamento. Este le condujo á casa de Valazé, quien en union de sus amigos le suplicó que volviera la noche siguiente al foco de la conjuracion para que les refiriera lo que habia visto y oido. Expúsose otra vez el breton, y su rostro, ya conocido, aclara las sospechas de los conspiradores. Volvió á dar parte á Valazé; pero le habian seguido. Al dia siguiente se encontró un cadáver, lleno de heridas, flotando

en las aguas del Sena, llevando encima aún la moneda de cobre con la cual había sorprendido á los conjurados.

II

La comision de los Doce, á pesar del decreto de la víspera que la suprimia, estuvo aún reunida por la noche, deliberando sobre las medidas de resistencia que



Herault de Sechelles.

los girondinos se proponian obtener al siguiente dia en la Convencion. Todos los miembros de este partido y los de la Llanura fueron muy de mañana á la sesion. Isnard subió al sillón de la presidencia, decidido á adquirir de nuevo el ascendiente sobre la mayoría ó morir en su puesto. Las filas de la Montaña estaban desiertas, y los diputados vencedores la víspera descansaban en su triunfo, no queriendo dejar traslucir por su afán en acudir á la sesion que pudiera frustrarse aún su victoria. Lanjuinais entre tanto pidió con osadía la palabra.

Lanjuinais no era girondino, no participaba de la ambicion ni de los errores de este partido, no se habia mezclado ni en las tramas del 20 de Junio, ni en las del 10 de Agosto, ni en la sentencia de Luis XVI. Nacido en Rennes, de una respetable familia perteneciente al foro, él mismo abogado distinguido, filósofo cris-

tiano, sus ideas revolucionarias no eran más que una forma de su fe evangélica. Era la igualdad uno de sus dogmas. «La nobleza—escribia en una de sus primeras obras—no es un mal necesario.» Se habia ejercitado en las luchas parlamentarias en los conflictos del tercer estado de la Bretaña contra la aristocracia, el clero y el parlamento de Rennes. Este mismo espíritu de oposicion al antiguo orden de cosas le habia hecho nombrar diputado en los Estados generales. Habia sido uno de los fundadores del *club breton*. Hombre del Oeste y no del Mediodía, tenia aquella austeridad de conciencia y obstinacion de carácter que no produce oradores, sino héroes, en los partidos. Religioso como un breton, controversista como un parlamentario, más republicano por costumbres que por conviccion, Lanjuinais era uno de esos hombres que la pureza de su alma aisla en medio de los partidos, y que la generosidad de su corazon consagra á las causas abandonadas cuando en ellas creen ver la justicia y la verdad. Tenia ademas un valor que se enardecia ante el tumulto de las asambleas y ante la sedicion del pueblo, como el del soldado ante el fuego. La opresion de los girondinos por el pueblo y la Montaña le habia irritado la víspera. Para tener á Lanjuinais en sus filas, bastaba á un partido verse oprimido. Al presentarse, creyó la Montaña que iba á protestar, y se negó á oírle.

«Tengo el derecho de ser oido sobre la existencia del pretendido decreto de ayer,—dijo Lanjuinais.—Sostengo que no ha habido decreto; y si lo ha habido, pido que se revoque.» Los murmullos de la Montaña le interrumpen. «¡Todo está perdido, ciudadanos,—exclama Lanjuinais con el gesto de un hombre que contempla la ruina de su patria,—todo está perdido! Y os denuncio en el decreto de ayer una conspiracion mil veces más atroz que todas cuantas se han tramado hasta aquí. ¡Cómo! De tres meses á esta parte, vuestros comisionados han hecho más prisiones arbitrarias en los departamentos que en treinta años de despotismo. Hombres hay que predicán hace seis meses la anarquía y el asesinato, y quedarán impunes.» «¡Si Lanjuinais no calla,—grita Legendre,—declaro que subo y le precipito desde la tribuna!» «¿Te figuras que soy un buey?»—replica Lanjuinais (aludiendo al oficio de carnicero de Legendre). «Y yo—dijo Barbaroux—pido que consten en el acta las palabras de Legendre, para atestiguar la libertad de que gozamos.» «¡Has protegido á los aristócratas de un departamento, eres un malvado!»—vociferan contra Lanjuinais los miembros de la Montaña. Levasseur declara que la comision de los Doce ha sido instituida, no para prevenir, sino para ejecutar un complot contrarevolucionario. Crúzanse entre los girondinos y sus enemigos las más violentas invectivas, negando los unos y afirmando los otros que se habia dado el decreto.

Guadet obtiene la palabra. «Hablais de legitimar un decreto dado en el momento en que los legisladores, encarcelados en este recinto despues de la dispersion de la guardia, deliberaban bajo la cuchilla, en medio de amenazas, ultrajes y violencias; cuando muchos de nosotros, especialmente Petion y Lasource, no pudieron abrirse paso para llegar á sus puestos; cuando, en fin, algunos peticionarios sediciosos se veian animados por el mismo presidente (que ya no era Isnard) á doblegar la voluntad de la Convencion ante la del pueblo amotinado.»

Robespierre, afectando una voz débil y sus fuerzas agotadas, pronuncia algunas frases amargas y lastimeras sobre la tiranía de los Doce. El rumor de la Lla-

nura ahoga la palabra del orador. Se vota la revocacion del decreto de la víspera que destituía la comision de los Doce. Una débil mayoría anula este decreto. El asombro petrifica á la Montaña. «¡Es preciso cubrir con un velo la estatua de la Libertad!» — exclama Collot-d'Herbois.

Danton, que trata aún de eludir la ruptura definitiva de la Representacion, se levanta y quiere presentar con habilidad el último medio de conciliacion á los girondinos vencedores. «Vuestro decreto de ayer—dice á la Convencion—era un grande acto de justicia, y me complazco en creer que ántes de terminarse esta sesion le volvereis á dar; pero si la comision de los Doce recobrase el poder que queria ejercer sobre los miembros de esta Asamblea, si el hilo de la conjuracion no se hubiese roto, si los magistrados del pueblo no fuesen devueltos á sus funciones, despues de haber probado que sobrepujamos á nuestros enemigos en prudencia, les probaríamos tambien que les sobrepujamos en audacia y vigor revolucionario.»

Todos los miembros de la Montaña se asocian con sus voces y ademanes á la declaracion de Danton. «Y nosotros—replican los girondinos—pedimos venganza á los departamentos, y no al pueblo de las tribunas.» Marat quiere hablar. «¡Abajo Marat!» — exclama la Llanura en masa. Rabaut Saint-Etienne, relator de la comision, quiere leer por último el informe de los Doce, pero se niegan con obstinacion al oírle, é invoca la prioridad para el informe.

«La prioridad está en el cañon de alarma», — responde la Montaña. Las tribunas ahogan con su estrépito la voz de los girondinos, y el presidente se cubre. «La contrarrevolucion está aquí», — dice Thirion. «Ya no somos libres; vamos á nuestros departamentos», — exclama Cambon. Piden los montañeses, conforme á las insinuaciones de Danton, la libertad de Hebert, y la Llanura, en virtud de una proposicion de Boyer-Fonfrede, se apresura á votarla.

Algunos peticionarios reclutados é inspirados por los girondinos piden que se les oiga. «Ya es tiempo—dicen—de que esta lucha termine; es tiempo ya de que un tropel de malvados, ocultos bajo la capa del patriotismo, desaparezca; es tiempo de que una minoría turbulenta éntre en el órden. Decid una palabra, y os vereis rodeados de defensores dignos de la causa que os está confiada. Por una parte se verán los buenos ciudadanos, y en la otra un puñado de foragidos.» Interrumpidos por el mugido de la Montaña y de las tribunas, los peticionarios reciben las felicitaciones de Isnard y los honores de la sesion.

«¿Ordenareis—dice Danton—la impresion de tal manifiesto? El pueblo frances está pronto á volver sus armas contra sus enemigos. Cuando quiera, aniquilará en sólo un dia á hombres bastante estúpidos para creer que hay distincion entre el pueblo y los ciudadanos. Tened presente que si se vanaglorian de obtener aquí la mayoría contra nosotros, teneis una mayoría más considerable en la república y en Paris.» «Sí, sí», — responden las tribunas. «Ya es tiempo—prosigue Danton—de que el pueblo no se limite á la defensiva; ya es tiempo de que ataque á los fautores del moderantismo; ya es tiempo de que caminemos con arrogancia en la carrera que hemos emprendido; ya es tiempo de asegurar los destinos de Francia; tiempo es ya de coligarnos contra las maquinaciones de todos los que quieran destruir la república. Un dia hemos manifestado energía, y hemos vencido. No, Paris no perecerá. A los brillantes destinos de la república irán unidos los de esta ciu-

dad famosa que los tiranos querian aniquilar. Paris será siempre el terror de los enemigos de la libertad; y sus secciones, en los grandes dias, cuando el pueblo se reuna en masa, harán siempre desaparecer esos miserables fuldenses, esos cobardes moderados cuyo triunfo sólo es de un momento.»

Esta elocuente digresion de Danton, acompañada de unánimes aclamaciones, terminó la sesion, dejando indeciso el éxito de la jornada. «¿De qué me sirven vuestras quejas?—dijo Danton, saliendo de las Tullerías, á los grupos que le cercaban.—Sólo veo á los enemigos. ¡Marchemos juntos contra los enemigos de la patria!»

Aquella noche, Hebert fué conducido en triunfo desde la cárcel á la casa municipal, donde recibió una corona de laurel de manos de Chaumette. Se pidió que en expiacion del cautiverio de Hebert, la comision de los Doce fuese llevada ante el tribunal revolucionario. Hebert, quitando la corona de su frente, fué á depositarla en el busto de Rousseau, el primer apóstol de la libertad. Los artífices de la revolucion rendian siempre culto al primer pensamiento de su obra en el autor del *Contrato social*, que tantas veces hubiera dejado de reconocer semejantes discípulos. La sesion del dia siguiente en la Convencion fué tranquila; calma engañosa que con frecuencia precede de cerca á las tempestades, así en los movimientos del pueblo como en los fenómenos atmosféricos.

La sesion del club de los Jacobinos del 30 fué el preludio de las tormentas del dia siguiente. Miéntras el comité insurreccional del Arzobispado concertaba el movimiento, Legendre y Robespierre en los Jacobinos, Marat y Danton en los Franciscanos, sostenian la efervescencia de la opinion. «Me siento incapaz—dijo Robespierre—de prescribir al pueblo los medios de salvarse, porque esto no es dado hacerlo á un solo hombre; esto no lo puedo hacer yo, fatigado por cuatro años de revolucion y por el espectáculo desgarrador del triunfo de la tiranía. No me es dado á mí iudicar esas medidas, á mí, que estoy consumido por una fiebre lenta, y especialmente por la fiebre del patriotismo.» Esta aparente resignacion del patriotismo impotente abandonado por sí mismo, era la incitacion más hábil á la energía desesperada del pueblo. «No, no,—le respondió uno de los más exaltados jacobinos,—nunca creará la posteridad que veinticinco millones de hombres hayan podido dejarse subyugar por un puñado de intrigantes, ó no verá en nosotros más que veinticinco millones de cobardes. Digo que mañana es preciso que se estremezca el bronce, que retumbe el cañon, y que todos los que no se levanten contra el enemigo comun sean declarados traidores á la patria. Cuando resuene el bronce alentaré esta armonía á los cobardes, que se alzarán con nosotros, y exterminaremos á nuestros enemigos.»

III

Circulaban por todo Paris las medidas insurreccionales del comité central del Arzobispado. El Consejo municipal, reunido en sesion permanente en el ayuntamiento, comenzaba á hablar como dueño y á amenazar á la Convencion. Las secciones, tumultuosamente reunidas, se agitaban en deliberaciones contradictorias, segun que la ausencia ó presencia de sus individuos daba ó quitaba la mayoría á uno ú otro de los dos partidos. Las noticias siniestras que llegaban una tras otra

de la Vendée, de las fronteras y del Mediodía, esparcían el terror en el alma del pueblo, disponiéndole á tomar un partido desesperado. Desastres en el ejército de los Pirineos, la retirada más semejante á una derrota del ejército del Norte, Valenciennes y Cambrai bloqueadas sin poder ser socorridas, y contando dia por dia la duracion de una resistencia que se creia imposible; las tropas republicanas derrotadas en Fontenay por las fuerzas realistas de Lescure, Marsella en efervescencia,



Hobert llevado en triunfo á la casa de la ciudad.—Pág. 481.

Burdeos exasperado, Lyon dejando escapar las primeras chispas de la insurreccion que se abrigaba en sus muros; todas estas calamidades á la vez cayendo sobre la república, desgarrada entónces mismo en la Convencion, exasperaban los ánimos contra los hombres ó débiles ó pérfidos que gobernaban desgraciadamente la patria.

El pueblo, no sabiendo á quién echar la culpa, achacaba á los girondinos todas las calamidades del momento. Estos, para resistir al torrente de impopularidad dirigido contra ellos, no tenían más que la fuerza abstracta de la ley. Las bayonetas y picas de la guardia nacional flotaban al acaso, á merced de la versatilidad de las secciones. Entre oradores intrépidos por una parte que apelaban á departamen-

tos muy apartados para oírles, y por otra todo un pueblo armado, sublevado por motores ocultos y dirigido por los jacobinos organizados, el triunfo no podía ser dudoso. Confiados al principio los girondinos en la legalidad de su causa y en el favor que les prestaba la clase mejor acomodada de París, comenzaban al fin á prever su ruina, preparando para ella sus almas, ménos como políticos que como mártires. Sin embargo, aún se complacían en prometerse que recobrarían su fortuna en los últimos momentos. Provocaban de los departamentos manifiestos sobre manifiestos para poner sus cabezas bajo la responsabilidad de París. Creían que si los moderados de la Convención eran demasiado tímidos para arrostrar con ellos el poder de la municipalidad y destruir la anarquía, tenían también el suficiente apego á su seguridad para no abandonarse á sí propios, entregando las cabezas de veintidos de sus colegas al ostracismo ó al patíbulo de Marat. Se negaban á creer que los hombres honrados de las secciones empleasen nunca contra la Representación nacional las bayonetas que llevaban para defenderla.

Tan monstruosa les parecía semejante violación, que la consideraban como imposible, y la venganza de los departamentos era para ellos tan segura é inminente, que intimidaría á los mismos asesinos. Unidos en ideas y peligros con aquellos numerosos miembros de la Llanura que se sentaban entre ellos y la Montaña, contaban con secreta seguridad con aquellos trescientos votos, que en todas las ocasiones decisivas les habían dado la mayoría. Creían en el derecho, en la sensatez, en el interés bien comprendido, en el valor de las asambleas. Olvidaban la envidia, el temor, la facilidad en dejarse arrastrar, los tímidos pretextos con que los débiles excusan su cobardía ante un peligro que creen conjurar entregando víctimas. Difundían estas ideas vacilantes, unas veces confiados, otras desalentados, en las diferentes reuniones nocturnas que tenían después de las sesiones de noche. Buzot, Louvet, Barbaroux, Isnard y Rebecqui subían uno por uno, ocultándose á las miradas del pueblo, por la escalera de la casa de Roland, situada en el fondo de un patio de la calle de Laharpe. Allí vituperaban aquellos intrépidos jóvenes la lentitud y vacilación de la comisión de los Doce, que según ellos hubiera debido precaver los ataques de la tribuna, arrastrar y comprometer á la Convención desde la primera noche á entregar á Marat, Pache, Danton y Robespierre al tribunal revolucionario, ó llamar las fuerzas de los departamentos á París, reorganizar las secciones y cerrar los clubs, de donde salían la anarquía, el crimen y el miedo.

Roland, humillado por su caída y deseando tener la gloria de asegurar la república vacilante, desplegaba aquella aterradora energía de palabras que nada cuesta á los brazos desarmados. Madame Roland, unas veces por el interés apasionado que experimentaba su corazón hacia sus amigos, y otras por el temple varonil de su carácter, alentaba y enternecía alternativamente aquellas conversaciones. Buzot adoraba en ella la imagen y la voz de la patria; Barbaroux la escuchaba con el respeto y entusiasmo propios de su edad. Dispuestos estaban á morir, pero querían morir combatiendo.

Vergniaud, Condorcet, Sieyès, Fonfrede, Ducos, Guadet y Gensonné se reunían con más frecuencia en la calle de San Lázaro ó en Clichy, tan pronto en casa de una mujer apasionada de uno de ellos, como en la del joven Fonfrede. Eran los políticos del partido. Sieyès les aconsejaba actos de vigor, cuya responsabilidad no

queria tomar en su solo nombre. Hombre de energía, pero no de ejecucion, Condorcet se irritaba del aborto de sus ideales teorías, y se consagraba á la muerte para no abandonar sus ideas sino con su sangre. Fonfrede y Ducos, montañeses en cuanto á ideas, pertenecian á las filas de los girondinos por su odio contra Robespierre, y mucho más por lazos de amistad entre colegas, más poderosos que los de opinion entre hombres de corazon que se han jurado fidelidad. Ducos y Fonfrede se inclinaban á no reconocer la comision de los Doce, cuyas imprudentes provocaciones habian vituperado.

Guadet, lleno de ardor, de elocuencia y de intrepidez, arrastrado él mismo por el torrente de su entusiasmo y fiando en el poder de sus arranques sobre la Convencion, no queria otro plan que lo imprevisto, otra táctica que la improvisacion, ni otras armas que su palabra, hallándose tan dispuesto á vencer como á morir, con tal que fuese en un brillante movimiento de tribuna.

Más reflexivo y ejercitado en las medidas de gobierno, Gensonné queria pedir á las bayonetas de las secciones una proteccion y un triunfo que ya no hallaba para la Constitucion en las oscilaciones de una mayoría vacilante.

Vergniaud, la fuerza, la gloria y la última popularidad de su partido, se veia solicitado por todos para que tomase la direccion suprema de aquella lucha, preparase sus pensamientos, sus sentimientos y sus palabras, únicas que podian contrapesar la grandeza del peligro; querian que subiese á la tribuna, dejase desahogar su alma indignada ante su patria, anonadase la conspiracion bajo la ley, y que volviese á los buenos ciudadanos el ánimo que su silencio dejaba extinguir en todos los corazones. Vergniaud escuchaba irresoluto y sin contestar las interpelaciones de sus amigos. Demasiado previsor para dejar de comprender la extremidad del peligro, demasiado valiente para temer la muerte, era tambien demasiado político y muy profundamente versado en la historia para que en él causaran ilusion los diferentes planes que le proponian. Tenia Vergniaud repugnancia en tomar la responsabilidad de la derrota y ruina de su partido, que ya le parecia consumada. Mirando en torno suyo, no veia ninguna fuerza real en que la república, tal como él la habia concebido, pudiese apoyarse para resistir á la anarquía. El considerable alcance de su vista no le mostraba más que abismos donde los otros creian ver recursos. Su mismo genio le desalentaba, porque sólo servia para hacerle distinguir mejor lo imposible. ¡Qué situacion tan horrible para un talento superior! En las crisis desesperadas, los límites de la inteligencia son una felicidad para las medianías, pues no les privan de su fogosidad, dejándoles la ilusion; pero Vergniaud carecia ya de una y otra, conservando, sin embargo, aquella impassibilidad estoica que no necesita incentivos ni ilusiones, que ve acercarse sin palidecer el momento supremo, y que al combatir sin esperanza acepta la derrota, así como los hombres aceptan el martirio con toda la sangre fria y todo el heroísmo de la voluntad.

Muy pocas veces habian arrastrado á Vergniaud los extravíos de su partido. Con la vista fija en Europa, conocia el grande orador, tan profundamente como Danton, la necesidad de fortificar la unidad de la república para resistir á la desmembracion de la patria; lastimábale el federalismo desesperado de Barbaroux, Louvet y madama Roland. Nunca se habia servido del *federalismo* en sus discursos sino como un argumento desesperado propio para hacer estremecer á la mis-

ma anarquía. Conocía que los enemigos más encarnizados de Francia no podían concebir contra ella cosa más funesta que aquella desmembración voluntaria meditada por algunos insensatos. Lo que temía para su patria en la lucha que se había empeñado contra la municipalidad, no tanto era la proscripción y la muerte de sus amigos y la suya propia, como la insurrección y dislocación de los departamentos que debía seguir al desquiciamiento de la Representación. El patriotismo ahogaba del todo el espíritu de partido en el alma de Vergniaud. Su palabra participaba de aquel ardor por el fuego de este mismo patriotismo.

En medio de esta indecisión, Vergniaud, como todos los hombres colocados ante lo imposible, no pedía al destino, á sus amigos y á sus enemigos más que tiempo, al cual había sacrificado aceptando la república al día siguiente del 10 de Agosto, cuando la víspera creía aún en la necesidad transitoria de una monarquía constitucional, y también cuando contra su conciencia votó la muerte de Luis XVI. Estas dos concesiones habían contenido el peligro, pero del mismo modo que contiene el dique las aguas, acumulando y agravando su peso. Vergniaud quería contenerlo todavía, y cediendo el gobierno á la Montaña, disputar la anarquía al pueblo y precaver la ruptura de París con los departamentos. Sin ambición por sí mismo, sin vanidad siquiera por su nombre, nada le costaba entregar el poder á sus rivales. Se reconocía por la naturaleza superior á los que le dominasen por la política. Su poder era su genio, y no se lo podían arrebatar. Cediendo el poder no creía ceder nada, ni aún la gloria, porque la gloria del sacrificio era á sus ojos mayor que la de la dominación.

Vergniaud se inclinaba por lo tanto hacía las medidas de transacción, y Danton, que tenía las mismas miras, mantenía de buena fe estas disposiciones conciliadoras de Vergniaud por medio de amigos comunes.

IV

Robespierre y Pache, seguros ya de la victoria, se dedicaban de antemano á reducir la insurrección al carácter de una demostración irresistible de la voluntad del pueblo. Querían gravitar sobre la Convención, mas no destruirla. Nada de sangre, nada de víctimas; tal era la nueva contraseña que Pache y sus cómplices hacían circular. Suprimir la comisión de los Doce, expulsar veintidos miembros de la Convención, dar la mayoría á la Montaña, entregar el gobierno revolucionario á la municipalidad de París, establecer un terror legal bajo el nombre de una Representación nacional intimidada y avasallada: á esto se limitaban los resultados de los sucesos preparados por los conspiradores. Una violencia material, sangre derramada, cabezas entregadas al pueblo, hubieran dado á los departamentos demasiados pretextos de insurrección y demasiados motivos de venganza. Temíase en aquel momento la extraordinaria fermentación del Mediodía, la guerra del Oeste, las agitaciones de Lyon. El rompimiento de la Convención podía ser la señal del repentino desquiciamiento de Francia. Era preciso encubrir la tiranía con la máscara de moderación y respeto hacía los departamentos; era menester ocultar, aún á los ciudadanos armados de las secciones, el carácter del atentado que iban á hacerles cometer. Robespierre, Danton, Pache, el mismo Marat, convinieron al fin en estas ideas de prudencia. Henriot recibió la orden de disciplinar la insurrección

y confundir de tal manera en sus medidas las órdenes de la Convencion y las de la municipalidad, que la rebelion tuviese el carácter de legalidad, y que las fuerzas dirigidas á las Tullerías no pudiesen saber si iban á libertar ú oprimir á la Convencion. Este carácter hipócrita y equívoco de las jornadas del 31 de Mayo y 2 de Junio se debió todo al genio artificioso de Pache, quien inspiró su política al ayuntamiento, sosteniendo mejor que lo habia hecho Petion el 10 de Agosto el doble papel de provocador y contemporizador del movimiento.



Desfile de las secciones por el Puente Nuevo.—Pág. 491.

Estas ideas, conocidas de los girondinos, les hicieron creer que la sesion del dia 31 se limitaria á una violenta lucha de mayoría, en la cual no tomaria el pueblo parte sino con su curiosidad y sus gritos en favor de la Montaña, pero que la menor concesion por su parte apaciguaria, como habia sucedido en los precedentes dias. Las noticias que les daban eran distintas, segun los barrios y clubs de donde se las llevaban.

La sesion del 30, corta y sin discusion, no fué notable sino por una diputacion de veintisiete secciones de Paris que pedian la destitucion de la comision de los Doce y la prision de sus miembros. Un jóven patriota, exaltado por la edad y

las circunstancias, orador de la diputacion, intimó con violentas palabras los deseos del pueblo. «No haré un largo discurso,—dijo.—Los espartanos se expresaban en pocas palabras, pero sabian morir. Nosotros los parisienses, colocados en las Termópilas de la república, sabremos morir en ellas, y tendremos vengadores.» La Convencion, poco numerosa y cuyos asientos del centro estaban desocupados, votó la impresion de esta peticion. Esta resignacion iba acostumbrando por momentos á la municipalidad á ser más audaz, y á la Representacion nacional á ser más paciente.

V

El Consejo general de la municipalidad se reunió por la noche, y se hizo el centro activo de la insurreccion, quedando Paris dividido desde aquel momento en dos campos, uno que comprendia en su recinto las Tullerías, el Carrousel, el Palacio Real, todos los barrios opulentos ó comerciantes de la ciudad, cuyos batallones, compuestos de ciudadanos amigos del orden, estaban aún por los girondinos, y otro que, extendiéndose desde la casa de ayuntamiento hasta la extremidad de los dos grandes arrabales de San Marcelo y de San Antonio, era adicto á los jacobinos. Todas las grandes jornadas habian tenido su foco en aquella region popular y poblada de la capital. Podian clasificarse geográficamente las opiniones del pueblo. Desde los Campos Elíseos á la altura del Puente Nuevo se extendia la ciudad constitucional; desde éste á la Bastilla, la revolucionaria. Las Tullerías eran el centro de la primera, y la casa municipal el de la otra. Eran dos pueblos, y á veces dos ejércitos, el uno queriendo siempre avanzar aunque fuera en la anarquía, el otro detenerse aunque fuera en lo provisional y en la inconsecuencia. La indigencia, inquieta, sediciosa, pero desinteresada por su naturaleza, es el arma ofensiva de las revoluciones. La riqueza, egoista y estacional, es el arma defensiva de las instituciones. Las opiniones de la generalidad de los hombres se calculan sobre el término medio de su fortuna. El pueblo es el ejército de las ideas nuevas, al paso que los ricos constituyen el de los gobiernos. Al uno le recluta la esperanza; al otro, el miedo. Tales eran los dos Paris que se hallaban frente á frente, el uno sublevado por los montañeses, el otro temblando con los moderados.

Pache, Chaumette, Hebert, Sergent y Panis afectaron conservar durante aquella noche en sus actos y palabras en la municipalidad las apariencias de la legalidad. Sabiendo Pache que el club del Arzobispado tomaba resoluciones excesivas, se presentó en él, aconsejando á los sediciosos que se moderasen y esperasen. Volvió al Consejo á anunciar á sus colegas que sus recomendaciones habian sido impotentes contra la irritacion del pueblo, y que el comité acababa de declararse en insurreccion y de mandar cerrar las barreras y prender á los sospechosos. No bien hubo acabado Pache de hablar, cuando se oyó el toque de rebato en las torres de la catedral.

Eran las tres de la mañana. Aquellos sonidos siniestros, propagándose rápidamente de campanario en campanario, despiertan con sobresalto á los ciudadanos de Paris, enardeciendo á los unos y aterrorizando á los otros. Desde el 14 de Julio habia sido el toque á rebato el paso de carga de las grandes sediciones populares. En medio del tumulto que aquel ruido excita en la casa municipal y en la plaza de Greve, un joven llamado Dobsent, orador del comité del Arzobispado, entra

en el salon del ayuntamiento á la cabeza de una diputacion de la mayoría de las secciones. Dobsent declara en nombre del pueblo soberano, representado por las secciones, que, herido en sus derechos, acababa de tomar medidas extremas para salvarse á sí mismo, y que la municipalidad y demas autoridades departamentales quedaban destituidas. Al oir esto, Chaumette intima á sus colegas que abduquen su poder entre las manos del pueblo. Todos los miembros se levantan, dimiten sus cargos, juran no separarse de la nacion, y se retiran gritando *Viva la república!*

Dobsent crea en aquel mismo instante un nuevo Consejo, compuesto en su mayoría de los antiguos miembros, reponiendo en sus funciones, en nombre de la insurreccion, á Pache, Chaumette y Hebert. El Consejo, sin embargo, mudó su título en otro más significativo, declarándose Consejo general revolucionario de la municipalidad de Paris. Ordena á Henriot que mande disparar cañonazos de alarma, tocar á rebato en la casa municipal, y enviar refuerzos á las guardias de las cárceles para precaver la evasion ó matanza de los presos. Los gendarmes y guardias nacionales de la guardia de la plaza de Greve desfilan de nuevo, prestando juramento al poder insurreccional. De cuarto en cuarto de hora vienen á adherirse al movimiento y fraternizar con la insurreccion repetidas diputaciones de las secciones y batallones.

Amanece, y la ciudad entera se halla en pié. El corregidor Pache, dictador de una noche, se dirige á la Convencion para dar cuenta de la situacion de Paris. Algunos miembros del Consejo le acompañan, para interponerse en caso de necesidad entre el puñal y el corregidor. Una inmensa columna del pueblo le sigue hasta el Carrousel, formándole una escolta popular. Henriot recorre á caballo las secciones, hace marchar los batallones y forma las tropas en masa en derredor de las Tullerías, en el Puente Nuevo y en el Carrousel. Henriot asocia, como Pache, á la insurreccion la fuerza pública, destinada al parecer á fomentarla y á contenerla á un tiempo mismo. Para herir la imaginacion del pueblo é intimidar á las secciones inmediatas á las Tullerías, hace trasladar al Carrousel, frente á la puerta de la Convencion, hornillos de hierro en que las artilleros enrojecen las balas, como si la tiranía y los suizos estuviesen aún atrincherados en aquel palacio. De minuto en minuto suena el cañon de alarma en el Puente Nuevo. Los batallones, inciertos de si venian á sitiar ó defender la Convencion, ocupan los puestos que se les asignan, acostumbrados ya á seguir más bien que á comprimir los caprichos de la multitud.

VI

Tal era el aspecto de Paris en la madrugada del dia 31 de Mayo. El cielo estaba sombrío, el viento glacial irritaba la fibra de los hombres, disponiéndolos á la cólera. Los guardias nacionales tiritaban bajo sus fornituras. El insomnio, el frio, el toque á rebato, el estampido de los cañonazos de alarma, la impaciencia del éxito, la duda, el asombro, la incertidumbre, daban á las fisonomías del pueblo y de los soldados cierto aspecto atónito y siniestro que se pinta en el rostro del vulgo, como en el de un criminal, la víspera ó el dia siguiente de los grandes atentados.

Los diputados amenazados, temiendo las emboscadas de aquella noche, no se

habian acostado en sus casas; y sólo Vergniaud, siempre impasible y resignado á la fatalidad, habia rehusado con obstinacion tomar ninguna medida de seguridad. «¿Qué me importa la vida?—respondió la víspera, saliendo de casa de Valazé.—Mi sangre sería tal vez más elocuente que mis palabras para despertar y salvar mi patria. Qué la viertan, si debe recaer sobre ellos.»

Los demas se habian dispersado para tomar algunas horas de descanso en las casas de sus amigos. Buzot, Barbaroux, Louvet, Bergoing, Rabaut Saint-Etienne y Guadet se habian reunido en un solo cuarto, al fondo de un barrio extraviado. Tres camas, algunas sillas, armas seguras, puertas atrancadas y la resolucion de no morir sin venganza, les habian permitido gozar de algunos momentos de sueño. A las tres de la mañana, los cañonazos de alarma y el toque á rebato los despertaron. «*¡Illa suprema dies!*»—exclamó Rabaut Saint-Etienne, prestando oido al estruendo. Rabaut, como hombre piadoso, se arrodilló al pié de la cama en que acababa de dormir libre por la última vez, é invocó en alta voz la misericordia divina sobre sus compañeros, sobre su patria y sobre sí mismo. El escéptico Louvet y el jóven Barbaroux refirieron despues que aquella oracion de Rabaut, antiguo ministro del Evangelio, habia conmovido profundamente sus corazones. Hay momentos en que el pensamiento de Dios fuerza á los hombres á entregarse á él con violencia, con el sentimiento de su propia impotencia; pero nunca es para abatirlos. Rabaut se levantó sereno y fortalecido.

Sus amigos y él bajaron á las seis á la calle, con pistolas y puñales ocultos bajo su ropa, y llegaron sin haber sido reconocidos á su puesto en la Convencion.

El salon estaba aún vacío. Sólo Danton, agitado por los sucesos de la noche é impaciente por los del dia, se hallaba paseando allí con visible ansiedad. Estaba hablando con dos miembros de la Montaña, y al ver entrar á los girondinos, á los cuales consideraba á su pesar como víctimas, hizo Danton un gesto de sentimiento, y un movimiento convulsivo de compasion contrajo sus labios. Louvet lo tomó por una sonrisa de gozo. «¿Ves—dijo á Guadet—qué horrible esperanza brilla en ese rostro espantoso?» «Sin duda,—contestó Guadet en voz bastante perceptible para que pudiera oirle Danton;—¡hoy es cuando Clodio destierra á Ciceron!»

VII

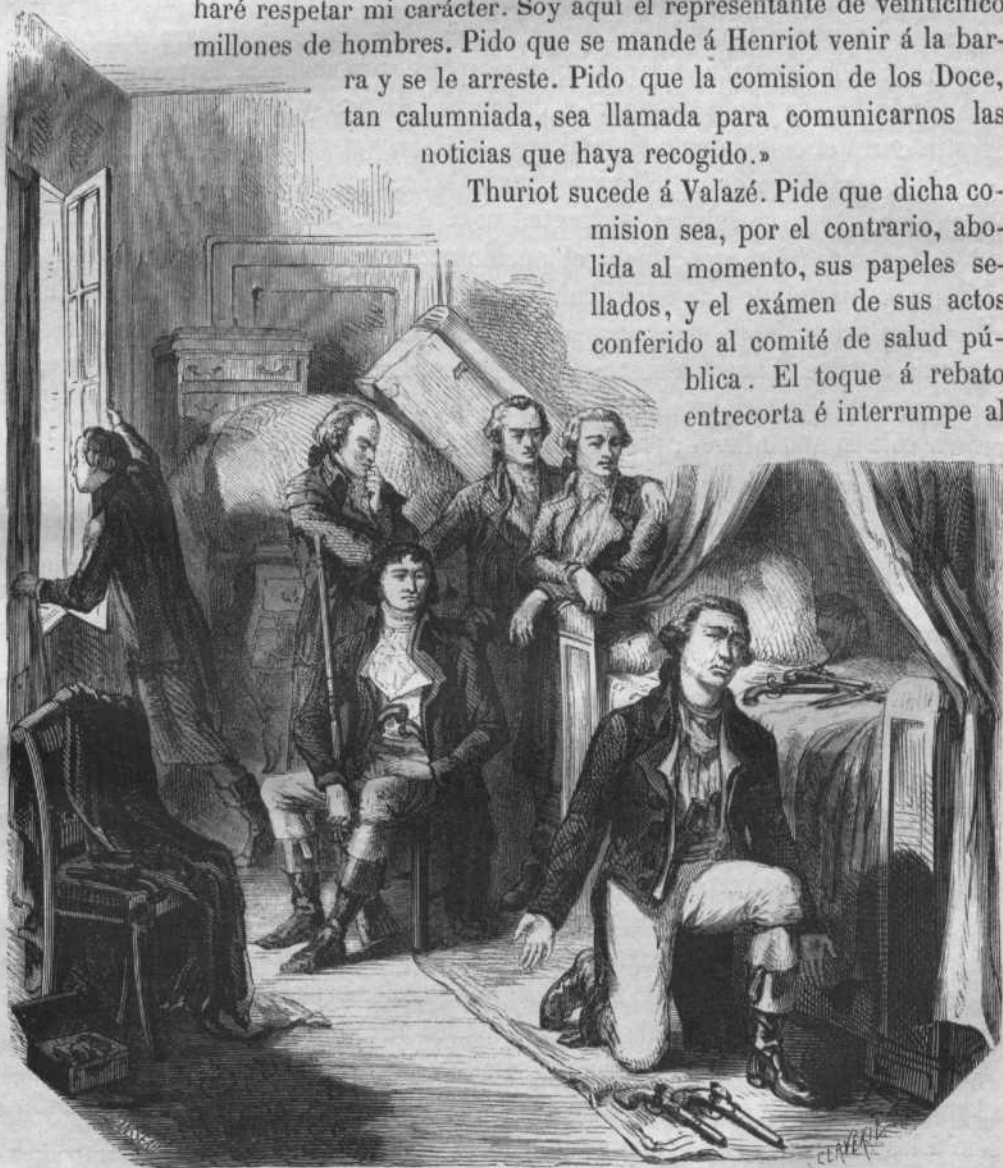
Mientras que el salon se iba llenando, y los grupos de diputados se interrogaban mutuamente sobre los sucesos de la noche, la seccion armada de la Butte-des-Moulins, sostenida por otras cinco inmediatas del centro de Paris, teniendo noticia de que el arrabal de San Antonio estaba en marcha para desarmarlas, se atrincheraba en el jardin del Palacio Real y cargaba sus piezas con metralla, presentando un último punto de apoyo á los moderados de la Convencion contra la opresion de la municipalidad. Llegados los cuarenta mil federados de los arrabales á las verjas del Palacio Real, quisieron forzar las puertas del jardin. Las secciones del centro se dispusieron á defenderlas; la sangre iba á correr; se parlamentó. Los confederados se contentaron con pedir la entrada en el jardin para las diputaciones de sus batallones, á fin de asegurarse de si era cierto que los seccionarios del Palacio Real habian enarbolado la escarapela blanca. Las diputaciones introducidas reconocieron lo absurdo de la calumnia, y estrecharon las manos de sus her-

manos de armas. Este episodio apaciguó la cólera del pueblo y contuvo los batallones de ambos partidos en una pasiva inmovilidad.

La sesión de la Convención se abrió á las seis. El ministro del Interior, Garat, y Pache despues de él, dan cuenta de la fermentacion de Paris, y la atribuyen al reintegro de sus funciones á la comision de los Doce.

Impaciente por decidir la jornada, Valazé sube uno de los primeros á la tribuna. Vergniaud, que teme el arrojó de sus amigos, hace un ademan de disgusto y combina sus ideas. «Desde que se levantó la sesión de ayer,—dice Valazé,—se oye el toque á rebato y la generala. ¿Y por orden de quién? ¡Atrevedos á mirar dónde están los culpables! Henriot, comandante provisional, ha enviado al Puente Nuevo la orden de disparar los cañonazos de alarma. Es una prevaricación manifiesta, castigada con la pena de muerte. (A estas palabras se sublevan las tribunas.) Si el tumulto prosigue,—continúa Valazé con intrepidez,—declaro que haré respetar mi carácter. Soy aquí el representante de veinticinco millones de hombres. Pido que se mande á Henriot venir á la barra y se le arreste. Pido que la comision de los Doce, tan calumniada, sea llamada para comunicarnos las noticias que haya recogido.»

Thuriot sucede á Valazé. Pide que dicha comision sea, por el contrario, abolida al momento, sus papeles sellados, y el exámen de sus actos conferido al comité de salud pública. El toque á rebato entrecorta é interrumpe al



Los girondinos en la noche del 31 de Mayo.—Pág. 492.

fin las palabras de Thuriot. Levántanse gritos confusos de todos los lados, unos en favor de las conclusiones de Valazé, otros por las de Thuriot, y el cañon de alarma lo domina todo. Vergniaud, desde la tribuna, hace una señal de pacificacion, y obtiene por fin silencio.

«Estoy tan persuadido de las verdades que los han dicho sobre las funestas consecuencias del combate que parece prepararse en Paris, estoy tan convencido de que este combate comprometeria eminentemente la libertad de la república, que segun mi opinion, el que desee verlo empeñado es cómplice de nuestros enemigos exteriores, sea cual fuere el éxito que aquél tuviese. ¡Y os pintan la comision como el azote de Francia en el momento en que oís los cañonazos de alarma! ¿Se pide que sea abolida por haber cometido actos arbitrarios? No hay duda que si esto es cierto, debe ser abolida. Pero debemos oirla, y con todo, no es éste el momento, á mi parecer, de hacerlo, porque su informe irritaria necesariamente las pasiones, lo cual es preciso evitar en un dia de fermentacion. Lo más necesario es que la Convencion pruebe á Francia que es libre. Pues bien, para probarlo no debe hoy abolir la comision, y pido que se aplaze para mañana. Entre tanto, sepamos quién ha mandado disparar el cañon de alarma, y hagamos comparecer á nuestra barra al comandante general.»

Gritos unánimes de aprobacion sancionan este aplazamiento propuesto por Vergniaud, que si no salvaba la libertad ni el honor, á lo ménos salvaba la actitud de la Convencion, apaciguaba al pueblo prometiéndole la victoria, satisfacía á la Montaña excusándole la odiosidad de la violencia, preservaba las cabezas de los girondinos prometiéndole su abdicacion, era una vana protesta de respeto á la ley, convenia á todos, y especialmente á los débiles. Los girondinos se consideraron á la vez perdidos y salvados en la concesion de su orador. Los que pensaban en su propia vida lo aplaudieron; los que atendian á su honor quedaron mudos y consternados.

VIII

Danton quiso arrancar de la Asamblea una victoria cedida ya á medias por Vergniaud. «Ante todo, justicia de la comision,—dice esforzando cuanto puede la voz.—Ha merecido la indignacion popular. Recordad mi discurso contra ella, ese discurso moderado. Un hombre á quien la naturaleza ha criado apacible y sin pasiones, el ministro del Interior, os ha aconsejado que libertáseis á sus víctimas. Esa comision la habeis creado, no para ella, sino para vosotros. Examinad sus actos. Si es culpable, haced un terrible escarmiento que amedrente á los que no respetan al pueblo, aún en su exageracion revolucionaria. El cañon ha retumbado; pero si Paris os ha querido dar una gran señal para provocar las representaciones que os trae; si Paris, por una convocacion demasiado solemne y estrepitosa, no ha querido otra cosa que avisar á todos los ciudadanos para que viniesen á pedir justicia, Paris ha merecido aún bien de la patria. Léjos de vituperar esta explosion, utilizadla en provecho de la causa pública aboliendo vuestra comision.»

Unos murmuran y otros aplauden. Danton lanza una mirada desdeñosa á la Llanura que se agita á sus piés. «Me dirijo—dice haciendo una señal á Vergniaud—sólo á los que han recibido algunos talentos políticos, y no á esos hombres estúpidos que únicamente saben hacer hablar á sus pasiones.» El ademan de su cabeza

y la direccion de su vista dirigen á Guadet, Buzot y Louvet esta insolente invec-tiva. «Digo á los primeros,—continúa Danton:—considerad la grandeza de vuestro fin, que es el de salvar al pueblo de sus enemigos, de los aristócratas y de su propia cólera. La comision ha estado bastante desprovista de sentido para tomar resoluciones temerarias y notificarlas al corregidor de Paris. Pido la formacion de causa á sus miembros. ¿Decis que los creéis sin tacha? Pues yo creo que han servido á sus resentimientos. Es preciso que se aclare este caos y que se haga justicia al pueblo.» «¿Qué pueblo?»—dice la Llanura. «¿Qué pueblo!—prosigue Danton.—Ese pueblo es inmenso. (Tiende la mano hácia las innumerables cabezas que se asoman en lo alto de las tribunas públicas.) Ese pueblo es la centinela avanzada de la república. Todos los departamentos maldicen la tiranía, y todos se adherirán á este gran movimiento que ha de exterminar á los enemigos de la libertad. Seré el primero en hacer una brillante justicia á esos valientes que han hecho resonar el aire con el toque de rebato y los cañonazos de alarma...» Los aplausos de las tribunas no le dejan concluir esta glorificacion de Henriot y del comité revolucionario de la municipalidad. Danton, arrastrado mucho más allá de la moderacion que meditaba al comenzar á hablar, siente que se embriaga en el delirio de su auditorio y que se irrita el furor que queria templar. Vuelve algun tanto en sí, y concluye diciendo: «Si algunos hombres, de cualquier partido que sean, quisieran prolongar un movimiento que sería inútil despues de haber hecho justicia, Paris mismo los anonadaria.» Por último, pide que se consulte á la Asamblea sobre la supresion de la comision de los Doce.

Rabaut pide en vano en medio de los murmullos que á lo ménos se oiga á la comision. Denuncia á Santerre, que por la noche debia, segun él, marchar sobre Paris con los voluntarios destinados á la Vendée, y que para este acto de tiranía se han hecho acantonar á las puertas de la capital. Las palabras de Rabaut son interrumpidas, y ántes que todo se quiere oír á una diputacion del ayuntamiento.

Vergniaud, apostrofado por las tribunas, pide que sean evacuadas. «Nos acusais—grita Rabaut á Bourdon de l'Oise—porque sabeis que debemos acusaros.» Se admite la diputacion del Observatorio, que en nombre del Consejo general dice que quiere comunicar las medidas que ha tomado. Ha puesto, dice, las propiedades bajo la guarda de los descamisados, y como esta clase no puede subsistir sin su trabajo, les ha señalado cuarenta sueldos diarios. «El pueblo,—exclama el orador,—que se ha levantado una vez, el 10 de Agosto, para derribar al tirano del trono, se levanta de nuevo para frustrar las tramas liberticidas de los contrarevolucionarios.» «¡Denunciad esas tramas!»—le gritan los girondinos. Guadet, irritado con tanta audacia, se lanza á la tribuna. «Los peticionarios—dice—hablan de un gran complot y no se equivocan más que en una palabra, y es que en lugar de decir que ellos lo han descubierto, deberian expresar que lo han ejecutado.» Las tribunas, al oír esto, parecen desplomarse sobre la cabeza de Guadet. «Dejad hablar á ese Dumouriez»,—dice Bourdon de l'Oise. «¿Creeis—prosigue Guadet—que las leyes pertenecen á las secciones de Paris, ó á la república entera? Establecer una autoridad superior á las leyes es violar la república. ¿Y no se hacen superiores á la ley los que hacen tocar á rebato, cerrar las puertas de la ciudad y resonar el cañon de alarma? No son las secciones de Paris, son algunos foragidos.» «¡Quereis perder á Paris, le estais calumniando!»,—le grita la Montaña. «El amigo

de Paris soy yo; los enemigos de Paris sois vosotros»,—replica el orador. Quiere continuar, pero los gritos é invectivas le cortan la palabra.

IX

El presidente amenaza á las tribunas con hacerlas desocupar. «Una autoridad rival se levanta junto á vosotros—prosigue Guadet—si dejais subsistir ese comité revolucionario...» Su voz espira de nuevo entre el tumulto. Apénas se oyen sus conclusiones, que se reducen á anular todas las medidas tomadas por la municipalidad, y encargar á la comision de los Doce que descubra y castigue á los que han hecho cerrar las puertas de la ciudad, tocar á rebato y disparar los cañonazos. Vergniaud sucede á Guadet para atenuar la irritacion producida por las palabras de su amigo. «¿Por ventura tendrán los girondinos solos el derecho de hablar?»—le grita Legendre. Couthon obtiene la palabra.

Robespierre habla en voz baja á su confidente y le sigue con la vista á la tribuna. «Sin duda hay un movimiento en Paris,—dice Couthon.—La municipalidad ha hecho tocar á rebato; pero estamos en un momento de crisis, en que puede tomar bajo su responsabilidad medidas exigidas por las circunstancias. Guadet la acusa de haber preparado la insurreccion. ¿Dónde está la insurreccion? Es insultar al pueblo de Paris decirle que está en insurreccion. Si hay algun movimiento, vuestra comision es quien le ha producido. Esa faccion criminal es la que para encubrir un gran complot quiere un gran movimiento. Esa faccion es la que, divulgando tales calumnias, quiere encender la guerra civil, dar á nuestros enemigos el medio de entrar en Francia y proclamar un tirano. Recordad, ciudadanos, que la corte, buscando siempre nuevos medios de perder la libertad, inventó el establecimiento de un comité central. Del mismo modo, la faccion de los hombres de Estado ha hecho crear una comision. La comision de la corte y la de los Doce hicieron prender á Hebert. La primera dió mandamiento de prision contra tres diputados, y cuando vió que la opinion la abandonaba, se aventuró á recurrir á la fuerza armada. ¿No es esto precisamente lo que está haciendo la comision de los Doce?» Este paralelo artificioso de Couthon entre los actos de dos tiranías, excitó el estremecimiento de las tribunas, porque semejante paralelo retraia al 10 de Agosto. El orador, interrumpido por los aplausos, parecia gozar por el odio que habia excitado, y que le faltaba la voz para terminar su discurso.

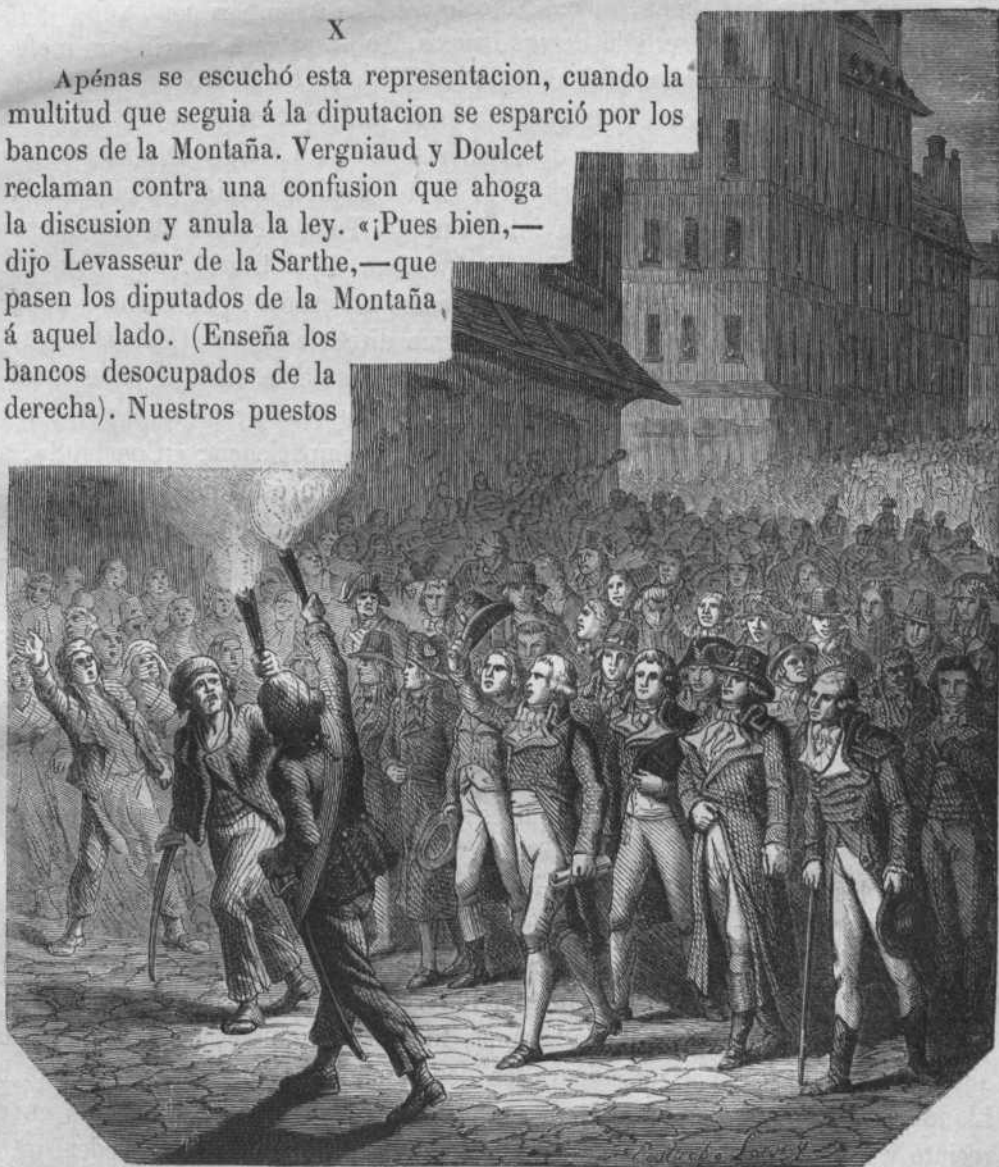
Vergniaud conoció adónde se dirigia el golpe, y se volvió hácia el ujier que renovaba el vaso de agua de los oradores en la tribuna. «Dad á Couthon—dijo—un vaso de sangre: tiene sed de ella.» Recobrando en seguida su calma, y viendo que las circunstancias exigian algun sacrificio para desarmar al pueblo, subió á la tribuna. «Y yo tambien—dijo—pido que decreteis que las secciones de Paris han merecido bien de la patria manteniendo la tranquilidad en dia tan crítico, y que las inviteis á continuar ejerciendo la misma vigilancia hasta que todas las maquinaciones queden burladas.» Esta proposicion de doble sentido fué decretada por ambos partidos, cansados ya, creyendo cada uno de ellos votarla contra el otro.

Pero sobrevienen otros peticionarios, los cuales piden con grande imperio que los diputados *traidores á la patria* sean entregados á la espada de la justicia, un ejército revolucionario de Paris levantado con el socorro individual de cuarenta

sueldos diarios, el arresto de los veintidos girondinos, el precio del pan fijado en tres sueldos libra á expensas de la república, y el armamento general de los *des-camisados*. Despues de estos peticionarios, vienen los miembros municipales de Paris á leer una representacion fulminante contra los girondinos. «Han querido destruir á Paris,—dice su presidente Lhuillier.—Si Paris desaparece de la superficie del globo, será por haber defendido contra ellos la unidad de la república. ¡La posteridad nos vengará! ¡Ya es tiempo, legisladores, de terminar esta lucha! ¡La razon del pueblo se irrita por tanta lentitud! ¡Tiemblen sus enemigos! ¡Su majestuosa cólera está pronta á estallar! ¡Tiemblen, si! El universo se estremecerá de su venganza. Isnard ha provocado la guerra civil y la destruccion de la capital. Os pedimos el decreto de acusacion contra él y sus cómplices, los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Gensonné, los Buzot, los Barbaroux, los Roland, los Lebrun y los Claviere. Vengadnos de Isnard y de Roland, y dad un gran ejemplo.»

X

Apénas se escuchó esta representacion, cuando la multitud que seguia á la diputacion se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doulcet reclaman contra una confusion que ahoga la discusion y anula la ley. «¡Pues bien,—dijo Levasseur de la Sarthe,—que pasen los diputados de la Montaña, á aquel lado. (Enseña los bancos desocupados de la derecha). Nuestros puestos



Los miembros de la Convencion recorren las calles de Paris en la noche del 1.º de Junio.—Pág. 499.

serán bien guardados por los peticionarios.» La Montaña obedece y se precipita al lado de los girondinos, á la derecha del salon. Vergniaud pide que se haga venir al comandante de la fuerza armada para recibir las órdenes del presidente. Valazé protesta, en nombre de las cuatrocientas mil almas que representa, contra toda deliberacion que se efectúe bajo el poder de la insurreccion. Robespierre quiere hablar. Vergniaud se levanta. «La Convencion nacional—dice—no puede deliberar en el estado en que se halla. Vamos á unirnos á la fuerza armada y á poner-nos bajo la proteccion del pueblo.»

Vergniaud sale entónces con algunos amigos suyos, pero vuelve al momento, bien fuese rechazado por la multitud, ó bien sintiendo abandonar la tribuna á sus enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenia á la Asamblea por la actitud vacilante en que estaba y la insignificancia de sus resoluciones. Vergniaud, que oye estas últimas frases del orador, pide la palabra. Robespierre, mirando con desden á Vergniaud desde la tribuna, dice: «No ocuparé á la Asamblea con la fuga y el regreso de los que han desertado de sus bancos. No se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro comité de salud pública os ha hecho por medio de Barere varias proposiciones de las cuales adopto una, que es la supresion de la comision de los Doce. Pero ¿creeis que sea bastante para satisfacer á los amigos inquietos por la salvacion de la patria? No. Esta comision ha sido ya suprimida, y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Tomad contra sus miembros las medidas vigorosas que los peticionarios acaban de indicaros. Hay hombres aquí que quisieran castigar esta insurreccion como un crimen. ¿Volvereis á poner la fuerza armada á disposicion de los que quieren dirigirla contra el pueblo?» Aquí Robespierre parece querer debatir, sin explicarse claramente, las diferentes medidas propuestas por las circunstancias. Vergniaud, cansado de esperar el golpe que Robespierre mueve así sobre su cabeza, exclama con impaciencia: «¡Concluid!», á cuya voz estallan violentos murmullos contra aquél; pero éste dice, mirando con desdeñosa sonrisa al que le ha interrumpido: «Sí, voy á concluir, y contra vosotros; contra vosotros, que despues de la revolucion del 10 de Agosto queríais llevar al cadalso á los que la han hecho; contra vosotros, que no habeis cesado de provocar la destruccion de Paris; contra vosotros, que quisísteis salvar al tirano; contra vosotros, que habeis conspirado con Dumouriez; contra vosotros, que habeis perseguido con encarnizamiento á esos mismos patriotas cuyas cabezas pedia Dumouriez; contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado esa insurreccion con que pretendeis acriminar á vuestras víctimas. Opino, en fin, por el decreto de acusacion contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han sido designados por los peticionarios».

Todas las conclusiones de Robespierre, aplaudidas por la Montaña, los peticionarios y la tribuna, quitaron á Vergniaud hasta la idea de contestar. Todo el peso de la Convencion y del pueblo pareció caer sobre los girondinos. Calláronse. Se puso á votacion el decreto propuesto por Barere, que ademas de la supresion de la comision de los Doce contenia algunas medidas de hipócrita independencia que debian salvar las apariencias para los departamentos. Votáronlo sin debate la Llanura y la Montaña. Un gozo, en parte fingido, en parte cruel, estalló en el recinto y se comunicó de las tribunas á los grupos exteriores que rodeaban el salon. Bazire propuso á la Convencion ir á fraternizar con el pueblo y con-

fundir su concordia con la de todos los ciudadanos. Esta proposicion fué adoptada con entusiasmo. Tambien el miedo tiene sus ternuras. La municipalidad hizo al momento iluminar Paris. La Convencion, precedida y rodeada de hombres que llevaban hachas, recorrió durante mucha parte de la noche los principales barrios de la capital, seguida de los seccionarios, y respondiendo con sus gritos á los de *¡Viva la república!* Los girondinos, temerosos de señalarse con su ausencia, seguian la comitiva y asistian con muestras de un gozo de mandato al triunfo conseguido sobre ellos. Véase allí á Condorcet, Petion, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede. Luis XVI estaba vengado: los conspiradores del 10 de Agosto tenian á su vez su 20 de Junio. Aquel triunfo humillante á que el pueblo los arrastraba encadenados ya, era el próximo presagio de su caída y la primera irrision de su largo suplicio. «¿Qué prefieres entre esta ovacion y el patíbulo?»—dijo con voz bastante perceptible para ser oido Fonfrede á Vergniaud, que marchaba junto á él con la frente inclinada. «Lo mismo me da lo uno que lo otro,—respondió Vergniaud con estoica indiferencia:—no hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque nos conduce á él.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE.

LIBRO VEINTITRES.

La Asamblea y el pueblo.—El poder en la casa de ayuntamiento.—Los jefes salen de sus retiros.—El Consejo del Comun, germen de la Convencion.—Aspecto de la Asamblea.—Los peticionarios en la barra.—Despojos de palacio llevados allí por los combatientes.—Suspension del poder ejecutivo.—Decrétase la Convencion.—Campamento al lado de Paris.—Reposicion de Roland, de Servan y de Claviere.—Danton ministro de Justicia.—Sus palabras en la casa de ayuntamiento.—Paris en la tarde del 10 de Agosto.—Santerre y Lafayette.—El rey y su familia duermen en los Fuldenses.—El pueblo pide nuevos asesinatos.—Danton difiere para más adelante las venganzas populares.—La familia real es conducida al Temple. 5

LIBRO VEINTICUATRO.

Los girondinos se ven en la precision de abdicar.—Disposiciones del ejército.—Lafayette se expatria.—Dumouriez presta juramento á la nacion.—Couthon.—Westermann emisario de Danton en el ejército.—Dumouriez reemplaza á Lafayette en el mando del ejército.—Gana la confianza de las tropas.—El ayuntamiento de Paris se arroga el poder ejecutivo.—Creacion de un tribunal criminal.—Marat prosigue en su idea de exterminio.—Danton la lleva á cabo. 23

LIBRO VEINTICINCO.

Incomunicacion de Paris con el exterior.—Visitas domiciliarias.—Los sospechosos en las cárceles.—Danton se prepara para el acontecimiento.—Robespierre deja marchar á la revolucion.—Saint-Just y Robespierre.—El 2 de Setiembre.—Degüello en las cárceles.—Los suizos.—El baron de Reding.—Los guardias del rey.—Mr. de Montmorin.—Mr. de Sombreuil y su hija.—Mr. de Cazotte y su hija.—Thierry.—Los señores de Maillé y de Rohan-Chabot.—El joven Montsabray.—El abate Sicard.—El arzobispo de Arles.—La princesa de Lamballe.—El negro Delorme. 50

LIBRO VEINTISEIS.

Proscripciones.—Asesinato del duque de Larochehoucauld en Gisors.—Degüellos en Orleans, en Lyon, en Meaux, en Reims y en Versailles.—El corregidor Richaud.—Danton acepta la responsabilidad de las jornadas de Setiembre. 78

LIBRO VEINTISIETE.

El ejército.—Dumouriez se mantiene en el Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campo de Sainte-Menehould.—Posicion de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inaccion.—Perseverancia de Dumouriez.—Acalla las murmuraciones de sus tropas.—La república es reconocida en los campamentos. 85

LIBRO VEINTIOCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolucion.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton. 107

LIBRO VEINTINUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot-d'Herbois pide la abolicion del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion. 119

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.—Los girondinos en casa de madama Roland.—Acusacion contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Danton.—Robespierre.—Pormenores íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Rompimiento entre Danton y los girondinos. 129

LIBRO TREINTA Y UNO.

Diplomacia de Dumouriez.—Westermann.—El amigo del pueblo.—Brissot intenta oponerse á los facciosos.—Louvet.—Su retrato.—Acusa á Robespierre.—Aja á Marat.—Respuesta de Robespierre.—Barere.—Fabre d'Eglantine.—Carta confidencial de Vergniaud.—Fonfrede.—Los partidos se disputan la popularidad. 168

LIBRO TREINTA Y DOS.

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripcion del Temple.—Manuel.—Tison y su mujer.—El zapatero Simon y su ayudante Rocher.—El rey separado de su familia.—Clery.—Toulon. 204

LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey.—Saint-Just.—Su retrato.—Pide la muerte del rey.—La Montaña.—Su idea.—Tomás Payne.—Carestia en Paris.—El clero asalariado.—El armario de hierro.—Denuncias.—El populacho alrededor del Temple.—Madama Roland en la barra.—Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion.—Vergniaud lucha por la vida del rey. 236

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

El Temple.—Luis XVI en la barra de la Convencion.—Su vuelta al Temple.—Mr. de Malesherbes.—Su retrato.—Mrs. Deseze y Tronchet.—Testamento de Luis XVI.—Discusiones sobre el juicio del rey.—Lanjuinais. 261

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Aspecto de la ciudad y de la Asamblea.—Condenacion del rey.—Vergniaud.—Luis XVI.—El abate Firmont.—Ultima entrevista del rey con su familia.—Comitiva.—Ejecucion.—Apreciacion del juicio de Luis XVI. 287

LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresion que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier de Saint-Fargeau.—Gabinets de Europa.—Custine.—Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalicion en el exterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache ministro de la Guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Fernig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor. 318

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Dumouriez contemporiza.—Bélgica.—Danton.—Sus planes.—Descontento de Dumouriez.—Sale de Bruselas.—Va á Paris.—Medita la conquista de Holanda.—Vuelve á Bruselas.—Orden de la Convencion.—Beurnonville.—Derrota.—Dumouriez trata con los enemigos.—Rumores sobre su defeccion.—La familia de Orleans.—Comisionados en el campamento de Dumouriez.—Llamamiento de Dumouriez.—Se niega á obedecer.—Entrega los comisionados á los austriacos.—Defeccion.—Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga. 374

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Sucesos en el interior.—Marat.—Organizacion de los comités.—Instituciones populares.—Sediciones.—Asignados.—Consideraciones.—El máximo.—Decreto de acusacion contra Marat.—Lyon.—La Vendée.—El ejército.—Danton en la frontera.—Robespierre.—Los girondinos.—Comité insurreccional.—Muerte de la mujer de Danton.—Los veintidos diputados girondinos.—Complot contra ellos.—Danton.—Discurso.—El tribunal revolucionario.—Vergniaud.—Discurso.—Los girondinos rechazan las proposiciones de Danton.—Comité de salud pública.—Madama Roland. 398

LIBRO TREINTA Y NUEVE.

Danton y Robespierre.—Segundas nupcias de Danton.—Danton acusa á los girondinos.—Robespierre pide su enjuiciamiento.—Vergniaud se defiende.—Contesta Danton.—Marat.—Teorías de Robespierre.—Apreciaciones. 422

LIBRO CUARENTA.

Robespierre y Danton se unen contra los girondinos.—Triunfo de Marat.—Los girondinos apostrofan á los jacobinos.—Folleto de Camilo Desmoulins.—Prision del duque de Orleans.—Ensayos de Constitucion.—Peligros de la república.—Isnard.—Comision de los Doce.—Prision de Hebert.—Divisiones.—Henriot.—Garat.—Acusaciones.—Los veintidos girondinos. 446

LIBRO CUARENTA Y UNO.

Complots.—Lanjuinais.—Danton.—Hebert conducido en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de Mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos.—Votos concedidos á los peticionarios.—La Convencion.—El pueblo.—Los girondinos. . . . 479

Biblioteca Pública de Valladolid



71897254 BPA 1011 (V.2)





GIRONDINOS

TOMO 2

A. M. D.

BPA
1011